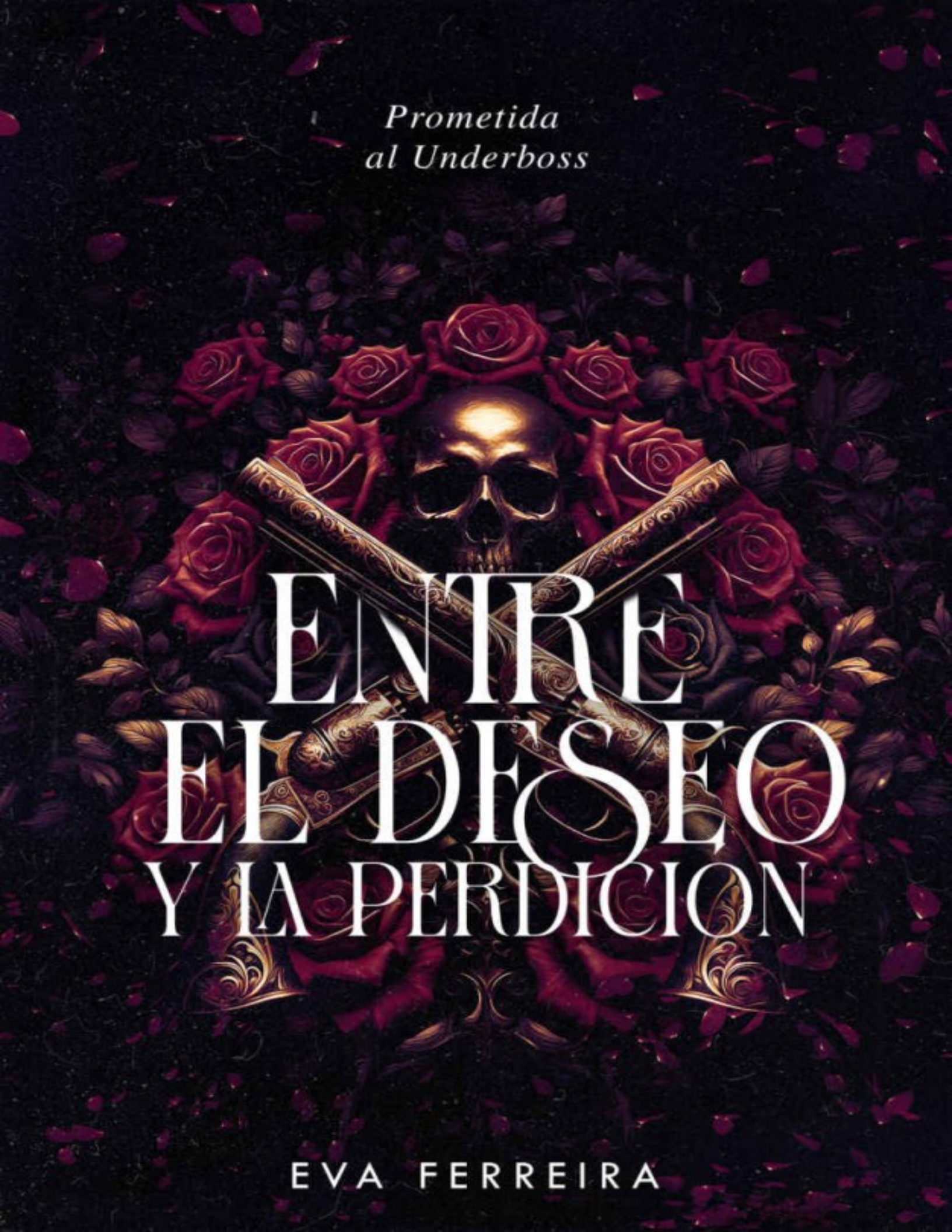
Prometida
al Underboss



ENTRE EL DESEO Y LA PERDICIÓN

EVA FERREIRA

Prometida
al Underboss

ENTRE EL DESEO Y LA PERDICIÓN

EVA FERREIRA

Todos los derechos reservados. © Eva Ferreira, 2025.

Este libro no puede ser reproducido, en todo o en parte, ni registrado en, ni transmitido por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del editor.

El contenido de este libro es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o son utilizados de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene responsabilidad sobre el uso que pueda hacerse de la información contenida en este libro. Las opiniones expresadas en el mismo son del autor y no reflejan necesariamente las del editor.

SUMÁRIO

SINOPSIS:

PRÓLOGO

ROSALINDA

ETTORE

CAPÍTULO 1

ROSALINDA

CAPÍTULO 2

ETTORE

CAPÍTULO 3

ROSALINDA

CAPÍTULO 4

ETTORE

CAPÍTULO 5

ROSALINDA

CAPÍTULO 6

ETTORE

CAPÍTULO 7

ROSALINDA

CAPÍTULO 8

ETTORE

CAPÍTULO 9

ROSALINDA
CAPÍTULO 10
ETTORE
CAPÍTULO 11
ROSALINDA
CAPÍTULO 12
ROSALINDA
CAPÍTULO 13
ETTORE
CAPÍTULO 14
ETTORE
CAPÍTULO 15
ROSALINDA
CAPÍTULO 16
ROSALINDA
CAPÍTULO 17
ROSALINDA
CAPÍTULO 18
ETTORE
CAPÍTULO 19
ROSALINDA
CAPÍTULO 20
ETTORE

CAPÍTULO 21
ROSALINDA
CAPÍTULO 22
ETTORE
CAPÍTULO 23
ROSALINDA
CAPÍTULO 24
ROSALINDA
CAPÍTULO 25
ETTORE
CAPÍTULO 26
ETTORE
CAPÍTULO 27
ROSALINDA
CAPÍTULO 28
ETTORE
CAPÍTULO 29
ROSALINDA
ETTORE
CAPÍTULO 30
ROSALINDA
CAPÍTULO 31
ETTORE

CAPÍTULO 32
ROSALINDA
CAPÍTULO 33
ROSALINDA
CAPÍTULO 34
ETTORE
CAPÍTULO 35
ETTORE
CAPÍTULO 36
ROSALINDA
CAPÍTULO 37
ROSALINDA
CAPÍTULO 38
ROSALINDA
CAPÍTULO 39
ETTORE
CAPÍTULO 40
ROSALINDA
CAPÍTULO 41
ROSALINDA
CAPÍTULO 42
ETTORE
CAPÍTULO 43

ETTORE
CAPÍTULO 44
ROSALINDA
CAPÍTULO 45
ETTORE
CAPÍTULO 46
ROSALINDA
CAPÍTULO 47
ROSALINDA
CAPÍTULO 48
ETTORE
CAPÍTULO 49
ROSALINDA
CAPÍTULO 50
ETTORE
CAPÍTULO 51
ETTORE
CAPÍTULO 52
ROSALINDA
CAPÍTULO 53
ETTORE
CAPÍTULO 54
ROSALINDA

CAPÍTULO 55
ETTORE
EPÍLOGO
ROSALINDA
El juramento

SINOPSIS:

Tenía solo diez años la primera vez que lo vi… y me asustó tanto que tuve pesadillas durante meses.

A los dieciséis, descubrí que mi padre y el suyo habían sellado un acuerdo matrimonial... y que me convertiría en su esposa al cumplir los veintiuno.

Ettore Lucchesi fue mi primer monstruo.

El hombre del saco que atormentó mi infancia.

Pero crecí.

Y lo que antes era puro terror se transformó en algo mucho más peligroso: fascinación.

Era letal, pero imposible de ignorar.

Y, de algún modo perverso, se convirtió en mi tormento más dulce.

Nunca tuve elección. Mi destino era pertenecerle.

Y lo más oscuro de todo… es que, si pudiera elegir, quizá el final seguiría siendo el mismo.

Porque algo en mí —algo que odiaba, temía y deseaba a partes iguales— sabía que, en el fondo, pertenecerle era la única elección que de verdad haría.

AVISO DE CONTENIDO SENSIBLE

Lectura recomendada para mayores de 18 años. Esta es una novela *dark romance* ambientada en el mundo de la mafia y

contiene escenas de violencia explícita, alto contenido erótico y lenguaje ofensivo y vulgar.

No se romantizan situaciones abusivas ni se incluyen escenas de consentimiento dudoso.

Lee solo si es un género con el que te sientes cómoda.



PRÓLOGO

ROSALINDA

«No te conviertas en una mujer débil, o acabaré contigo. ¿Lo has entendido, Rosalinda?»

Esas palabras fueron mi primer atisbo del infierno. No gritó, ni siquiera le hizo falta. Su voz baja y cortante atravesó mi alma como una navaja deslizándose en el silencio. Todavía podía oír su tono grave y arrastrado en mis recuerdos, como un eco maldito de una mañana imposible de olvidar, incluso con el paso de los años.

Yo solo era una niña en aquel entonces, demasiado pequeña para comprender el peso de un hombre como Ettore Lucchesi. Aun así, el impacto fue inmediato, demoledor. Tenía una presencia que hacía que el aire a su alrededor se volviera más denso, y cuando sus ojos de un verde gélido se posaron sobre mí, supe que estaba frente al mismísimo demonio.

Ettore fue mi primer monstruo.

Durante semanas tuve pesadillas después de aquel día. Soñaba con su sombra, más grande que él, persiguiéndome por los pasillos de la mansión. Sentía el olor del cigarro que sostenía, el peso de su mirada que prometía castigo y peligro. Incluso despierta, mi cuerpo reaccionaba a esos recuerdos con

escalofríos y opresión en el pecho. Pero lo que más me aterrorizaba era que, al mismo tiempo que deseaba huir de él, también anhelaba comprenderlo.

Y entonces crecí.

Y lo que antes era puro terror, se transformó en algo aún más peligroso.

Una fascinación.

Cuando nuestros caminos se cruzaron de nuevo, yo ya no era aquella niña asustada, sino una joven intentando descubrir quién era. Y Ettore ya no era solo el "hombre del saco" que habitaba mis pesadillas infantiles. Era un hombre de carne, pecado y acero. Letal, pero imposible de ignorar.

Y de una forma perversa, se convirtió en mi tormento más dulce.

El hombre al que temía, pasó a protagonizar mis sueños más secretos, y cada una de sus miradas era como una sentencia de muerte para lo poco de cordura que me quedaba.

Sabía que desear a alguien como Ettore era una locura, pero la locura nunca ha sido algo que pueda evitarse. Es una enfermedad que se cuela por las rendijas, corroyendo cualquier rastro de sensatez.

Ettore Lucchesi no era el diablo. No exactamente. Pero podría sentarse en el trono del infierno y gobernar sin oposición alguna. Buffalo ya era su inframundo, y la famiglia lo seguía como un rebaño fiel.

El trono de The Arm sería suyo.

Eso era inevitable.

¿Y yo? Fui elegida para ser su reina.

Una decisión tomada cuando era demasiado joven para entender su significado, mucho menos para oponerme. Mi destino fue atado al suyo, una cadena forjada con sangre y promesas. Mi papel quedó sellado: una pieza en su reino, tan esencial como sacrificable.

Lo más oscuro de todo es que, si pudiera elegir, tal vez el final sería el mismo. Porque algo en mí —algo que odio, que temo y que deseo— sabía, en el fondo, que pertenecerle era la única elección que haría.

*****

ETTORE

«No necesito amor. Necesito una esposa trofeo.»

Esas fueron las palabras que salieron de mi boca cuando Ticiano Povvi me propuso el matrimonio con Rosalinda. Directas, frías, calculadas. Como todo en mi vida siempre había sido. No había espacio para ilusiones ni sentimentalismos, y estaba seguro de que Ticiano lo sabía. Mi mejor amigo, actual Consigliere de la famiglia, conocía exactamente el tipo de hombre que yo era.

El matrimonio tenía sentido. No era por deseo, mucho menos por afecto. Era una jugada estratégica, y yo era un jugador con experiencia. Tendría que casarme en algún momento antes de asumir el lugar de mi papà como Boss de The Arm. Y si contaba con una esposa a mi lado y la expectativa de una familia estable cuando llegara el nombramiento, eso solo reforzaría mi posición. El respeto de los hombres de la famiglia no se compraba, se ganaba. Y yo lo ganaría, con o sin el amor de una mujer.

En aquel entonces, consumar el matrimonio ni siquiera era una preocupación. Tenerla como esposa bastaba para mis propósitos. Una alianza de sangre, una unión sellada por el honor. Lo que importaba era tener Buffalo bajo mi mando, una famiglia unida y fuerte.

Rosalinda sería solo un detalle, una pieza más en el tablero.

La acepté con la certeza de que tenía el control de todo.

Ese fue mi primer error.

Ella no debía significar nada.

Un contrato. Un vínculo estratégico.

Pero cada vez que nuestras miradas se cruzaban, sentía la soga apretarse alrededor de mi propio cuello.

Mi error no fue aceptarla. Fue subestimarla.

Aún recuerdo la primera vez que el control se me escapó de entre los dedos por su culpa. Se suponía que sería un encuentro formal, un simple momento para oficializar el acuerdo. Rosalinda tenía dieciséis años entonces, pero algo en ella me desarmó. No solo el parecido con Rosalia, aunque era imposible ignorarlo. Era la forma en que me miraba, con una mezcla de miedo y desafío. Como si supiera exactamente quién era yo y de lo que era capaz, y aun así se negara a inclinarse.

Era tan frágil... pero había una fuerza oculta en ella que no podía ignorar.

En ese instante, sentí vacilar mi corazón.

Un detalle pequeño, casi imperceptible, pero que jamás logré olvidar. Fue ahí cuando supe que estaba jodido. Rosalinda no sería solo una esposa trofeo. No para mí.

Pensé que, al aceptarla como mi mujer, le estaría ofreciendo salvación. Una salida a la vida que Ticiano le había impuesto. Pero al final, comprendí que el que necesitaba ser salvado era yo.

Y, paradójicamente, la salvación nunca llega sin dolor.



CAPÍTULO 1

ROSALINDA

— No te conviertas en una mujer débil, o acabaré contigo. ¿Lo has entendido, Rosalinda?

Su voz sonó como una cuchilla, cortante y precisa, atravesando el aire frío de la mañana. No necesitó gritar; había una firmeza en su tono que resonaba directamente en mi alma. Yo tenía diez años, y aun así sentí el peso de aquellas palabras como una sentencia irrevocable.

El jardín, mi lugar favorito de la propiedad, nunca me pareció tan opresivo como en aquel instante. Las rosas rojas, tan bien cuidadas por mi madre, parecían observarme, sus espinas listas para clavarse en mí al menor movimiento.

Me obligué a mirarle. Requirió más valor del que creía tener. Ettore Lucchesi estaba agachado frente a mí, sus ojos de lince clavados en los míos, como si pudiera ver todo lo que yo intentaba esconder. Parecía demasiado grande, incluso en esa posición; una presencia abrumadora que volvía el aire irrespirable a mi alrededor.

— ¿Quién eres? — logré preguntar, con una voz más temblorosa de lo que me hubiese gustado.

El gatito en mis brazos, pequeño e indefenso, maullaba en voz baja, y yo lo apreté contra el pecho, como si así pudiera protegerlo.

La sonrisa que él me dedicó fue lenta, casi depredadora, saboreando visiblemente mi miedo.

— *L'Uomo Nero* — respondió, arrastrando las palabras como si fueran veneno. — Me como a las niñitas asustadas para desayunar. ¿Eres tú una niñita asustada, *bambina*?

Negué con la cabeza de inmediato, pero mis manos temblaban. Él rió, una risa baja que se burlaba de mi patético intento de fingir valentía.

— No te preocupes. — Su mano grande se extendió hacia mí y cerré los ojos, esperando lo peor. El toque fue suave, sorprendentemente delicado, mientras desordenaba mi pelo. — Ya he desayunado hoy.

Cuando abrí los ojos, el gatito ya no estaba entre mis brazos y mi corazón se aceleró al verlo sujetándolo por el cuello, como si fuese un objeto sin valor.

— ¡Por favor, no le hagas daño! — supliqué, con la voz a punto de quebrarse.

Los ojos de Ettore se entrecerraron, su sonrisa se desvaneció.

— Un animalito indefenso es un punto débil. — Me dio la espalda y comenzó a alejarse, llevándose al gatito con él.

Me quedé allí, paralizada, incapaz de moverme.

Ni él ni el gatito regresaron ese día.

Y así supe que había enfrentado a mi primer monstruo.

*****

SEIS AÑOS DESPUÉS…

La música alta reverberaba por el salón de fiestas, un ritmo palpitante que parecía tan fuera de lugar como me sentía yo en aquel momento. Las risas, los brindis y el tintineo de las copas de

cristal componían un escenario perfecto de celebración, pero nada de eso me parecía real.

Era mi cumpleaños número dieciséis, pero a nadie parecía importarle de verdad.

Mamma estaba más radiante que nunca. Brillaba bajo la atención de los invitados, con el vestido ajustado que resaltaba su barriga de treinta y seis semanas. Las personas a su alrededor reían, brindaban y la felicitaban por la bendición: gemelas.

Ella, que ya había pasado por tanto en la vida, siempre parecía encontrar la forma de convertir el dolor en fuerza. Era imposible no admirarla. Y, al mismo tiempo, imposible no sentirme opacada a su lado.

El embarazo parecía ser el único tema de la fiesta. Me preguntaba si alguien siquiera recordaba que aquella noche también era sobre mí.

—¡Rosalinda, sonríe para la foto! —La voz me devolvió al presente, y forcé una sonrisa mientras alguien apuntaba una cámara hacia mí.

El flash fue rápido, pero la incomodidad permaneció.

Odiaba estar allí.

No porque fuera una fiesta de la *famiglia*, eso era la única parte predecible de mi vida. Lo que me molestaba era la superficialidad. La forma en que las personas me miraban como una obligación social, alguien a quien debían saludar antes de volver a lo que realmente importaba: los negocios, las alianzas, y ahora, las gemelas por venir.

Mi relación con Ticiano era una herida abierta que nunca cicatrizaba. No era un padre cruel, pero tampoco era afectuoso. Siempre actuaba de forma distante y formal, como si no supiera qué hacer conmigo. Si hubiera nacido varón, tal vez nuestra relación sería diferente. Al fin y al cabo, el *Consigliere* de *The Arm* necesitaba un heredero para sucederle en la *Cosa Nostra*. Pero yo no era su tan ansiado primogénito. Era más bien su mayor decepción.

Me alejé hacia un rincón más silencioso del salón, llevando conmigo mi vaso de refresco. Me habría gustado que fuera vino, pero sabía que me reprenderían si lo intentaba.

Todavía no.

Aún era la hija perfecta en público, la chica obediente que sabía comportarse.

Observé a mi alrededor, fijándome en los invitados. Hombres trajeados intercambiando apretones de manos firmes, mujeres con vestidos caros y miradas escrutadoras. La *Cosa Nostra* era como una obra de teatro cuidadosamente ensayada, donde cada gesto y palabra tenía un peso estratégico.

Desde pequeña, *mamma* me había enseñado a sonreír y mantener la compostura, a no mostrar jamás una señal de debilidad. Pero me preguntaba si eso lo hacía por costumbre o por pura supervivencia.

En otro rincón, las conversaciones eran más bajas, casi susurradas. No era difícil imaginar de qué hablaban: negocios. Siempre negocios. Territorios, alianzas, problemas con otras *famiglie*. Aquello era una constante.

Y yo estaba en medio de todo eso, sin saber exactamente dónde encajaba.

Suspiré, mirando el vaso entre mis manos. Me sentía atrapada, invisible. Como si estuviera al margen de algo mucho más grande que yo.

Era mi cumpleaños. Debería ser especial.

Pero lo único en lo que podía pensar era que nada de aquello me pertenecía. Ni mi familia, ni mi mundo, ni siquiera yo misma.

*****

—¡Esto no es el cuento de *Rumpelstiltskin*, Ettore! ¡No voy a entregarte a mi primogénita solo porque me ayudaste a convertir paja en oro!

La voz de *mamma* rompió el silencio en la parte trasera de la propiedad, cargada de una emoción que nunca antes le había escuchado.

Acababa de escabullirme del salón de fiestas. Mi intención era encontrarme con Guido De Luca, lejos de las miradas inquisitivas de *mamma* y Ticiano. Pero antes de dar un paso más, percibí movimientos sigilosos y voces provenientes del otro lado del jardín.

Me pegué contra la pared de la casona, conteniendo la respiración. Había algo en aquella conversación que me hacía querer desaparecer y escuchar al mismo tiempo.

—Si alguna vez de verdad me amaste, por favor, no aceptes esta locura —suplicó mi madre, su voz rompiéndose al final.

Parpadeé, confundida.

¿De qué estaba hablando? Mejor dicho, ¿con quién?

—No seas ridícula, Rosalia. ¿Para qué humillarte así? Los dos sabemos bien el tipo de amor que siempre sentí por ti, así que no intentes manipularme.

Esa voz...

Había algo en ella que hizo que el estómago se me revolviera.

Grave, arrastrada, fría.

Un eco de un recuerdo que no lograba alcanzar.

Mi mente intentó buscar en el pasado alguna imagen que encajara con aquel tono, pero la memoria era nebulosa, una sombra que se negaba a tomar forma.

Aun así, sabía que era importante.

—Sigue siendo una niña… —murmuró *mamma*, con una voz que parecía quebrarse.

—Rosalinda es una adolescente, y no me estoy casando con ella ahora. Estamos hablando del futuro. Tu hija no será una adolescente para siempre.

¿Casarse?

La palabra me atravesó el pecho como una flecha. Todo mi cuerpo se congeló.

Me tapé la boca con ambas manos, intentando contener el sobresalto y el repentino impulso de salir corriendo. Pero el miedo me dejó clavada en el sitio, y lo único que pude hacer fue escuchar.

—Sé que te debo mucho, Ettore. Por haberme ayudado en el momento más caótico de mi vida. ¡Pero Tici no tiene derecho a decidir con quién se casará mi hija! ¡Y mucho menos si eres tú el elegido!

La respuesta llegó helada, cada palabra impregnada de una autoridad implacable:

—Él es su padre. Tiene todo el derecho. Tanto como es mi deber obedecer lo que decidió mi *papà*, Rosalinda también tendrá que obedecer.

Mi corazón latía con tanta fuerza que casi no pude oír la réplica de *mamma*.

—¡Es una injusticia!

—Sabías que, tarde o temprano, este sería su destino. Es lo que ocurre con todas las chicas de la *famiglia*.

El silencio que siguió fue ensordecedor.

Ettore…

El nombre hizo que algo dentro de mí vacilara. Era familiar, pero llevaba un peso que me hacía sentir pequeña.

¡Era él! El hombre al que no veía desde hacía tanto que había llegado a pensar que era una invención de mi imaginación infantil.

Cuando era niña, *nonno* aún vivía y las visitas constantes a nuestra casa eran lo habitual. Una de esas visitas se grabó a fuego en mi mente. El hombre de ojos de lince y voz sibilante que se autodenominaba *L'Uomo Nero*.

Había pasado años fuera de casa, en un internado solo para chicas, y había terminado por olvidar aquel día. Pero ahora, todo volvía con una claridad aterradora.

Estaban hablando de mí.

El pecho se me encogió mientras escuchaba a mi madre suplicar por algo que no terminaba de comprender.

¿Matrimonio? ¿Mi nombre envuelto en un acuerdo?

Una parte de mí quería salir de detrás del muro y exigir respuestas. Pero la otra, la parte que aún cargaba el miedo de una niña, me lo impidió.

Retrocedí con cuidado, pasos ligeros, el corazón acelerado. Decidí seguir con el plan original y encontrarme con Guido.

Más tarde, pensaba enfrentar a *mamma* y aclararlo todo.

O al menos, eso esperaba.

*****

— Tal vez deberíamos volver... —murmuré, intentando soltar mi mano, aún atrapada por la de Guido.

El jardín parecía más oscuro a medida que nos adentrábamos en el laberinto de rosas. El corazón de aquel lugar era uno de los rincones preferidos de *mamma*, un refugio que cuidaba como si fuese su tesoro más preciado. Para mí, sin embargo, ese espacio se sentía como un escenario para algo que no sabía cómo manejar.

El miedo a ser descubiertos comenzó a crecer en cuanto cruzamos el arco de entrada. Si *papà* nos encontraba allí, sabía que las consecuencias no serían nada agradables.

—No seas una cobarde, Rose —Guido me lanzó una mirada desafiante, los labios curvados en una sonrisa que, por un momento, me había parecido encantadora.

Ahora solo parecía arrogante.

Tenía dieciséis años, y el deseo de rebelarme, aunque fuera solo por una noche, me había llevado hasta allí. Guido De Luca era el único chico de edad cercana a la mía que frecuentaba las

reuniones de la *famiglia*. Con dieciocho años, era confiado, atrevido, y poseía ese encanto juvenil que, por un instante, me había engañado.

—No soy una cobarde —repuse, manteniéndome firme mientras por fin lograba liberar mi mano de la suya—. Ya es tarde. Puede que hayan notado nuestra ausencia.

—Pensé que querías estar a solas conmigo —su voz bajó un poco, pero seguía cargada de una provocación latente—. ¿Sabes lo mucho que me estoy arriesgando por venir a verte? Creo que, al menos, merezco un beso antes de regresar.

Tragué saliva.

Tenía razón en algo: *papà* no era conocido precisamente por su paciencia o comprensión. Si alguien nos encontraba allí, el castigo sería severo, y no solo para mí. Pero la prepotencia de Guido despertó algo que aún no sabía que tenía: orgullo.

—¿Mereces? —arqueé una ceja, cruzando los brazos con determinación—. No creo que te hayas esforzado mucho como para merecer ninguna recompensa de mi parte. Estoy arriesgando el cuello tanto como tú. Y, por cierto, me llamo Rosalinda, no Rose.

Él parpadeó, sorprendido por mi firmeza, y luego murmuró con una sonrisa algo torpe:

—Perdón. Estoy actuando como un imbécil apresurado, ¿verdad?

Por un instante, estuve a punto de sonreír al verlo encogerse, pero contuve el impulso.

La verdad era que, por muy molesto que estuviese siendo, Guido también se estaba arriesgando. Ticiano era implacable, y aunque no fuera un padre cariñoso, su protección sobre mí rozaba lo asfixiante. Un error, y Guido podría desaparecer de este mundo en un abrir y cerrar de ojos.

Y entonces, el pensamiento que había estado intentando reprimir volvió con fuerza.

El matrimonio.

La conversación entre *mamma* y aquel hombre al que no veía desde hacía años —pero que aún habitaba mis recuerdos más oscuros— invadió mi mente como un golpe. Fuera lo que fuera lo que estaba ocurriendo, yo no tenía el menor control.

¿Casarme por obligación?

Empujé el pensamiento al rincón más profundo de mi mente, pero no desapareció del todo. Ni siquiera allí, en medio de las rosas, con Guido mirándome como si yo fuera la única persona en el mundo que importaba.

—Creo que merezco al menos un beso, como una disculpa decente —dije, devolviéndole sus propias palabras con sarcasmo mientras me acercaba.

Por un instante, vi la sorpresa cruzar su rostro antes de ser reemplazada por una expresión más atrevida. Dejé de lado mi actitud de dama ofendida y me acerqué a Guido. En un gesto que, para mí, era escandalosamente atrevido, rodeé su cintura con los brazos. Mi corazón latía con fuerza, una mezcla de nerviosismo y excitación.

Estaba a punto de dar mi primer beso.

Cerré los ojos, permitiendo que la expectativa me envolviera. Pude sentir su aliento tan cerca, y por un instante el mundo desapareció a nuestro alrededor. Solo estábamos él, yo, y el momento que estaba a punto de suceder.

Pero el beso no llegó.

Un sonido ahogado y agónico rasgó el silencio del jardín.

Abrí los ojos, el corazón desbocado en alerta, solo para ver a Guido siendo arrancado de mí como si fuera un muñeco de trapo. Se debatía, las manos aferradas inútilmente al brazo que lo sujetaba por el cuello.

—¿Qué…? —Las palabras murieron en mi garganta en cuanto vi quién era el responsable.

¡Él estaba allí!

La luz de la luna iluminaba su rostro, destacando esos ojos de lince que parecían ver a través de mí. Sostenía a Guido suspendido con un solo brazo, como si el chico no pesara más que un juguete.

La expresión en su rostro era pura crueldad, fría e implacable.

—Si vuelves a tocar lo que es mío, te mato —siseó, con una voz tan baja y amenazante que parecía escurrirse como veneno.

Guido balbuceó algo incomprensible, el rostro enrojecido mientras luchaba por tomar aire.

—Por favor… —murmuró él, con la voz estrangulada y desesperada.

Ettore lo soltó con un movimiento brusco, haciéndolo caer de rodillas al suelo. Guido tosió y se atragantó como si acabara de

escapar de las garras de la muerte, luchando por recuperar el aliento.

Debería haber corrido. Gritado. Hecho algo.

Pero no pude moverme.

—*L'Uomo Nero*… —susurré, mi voz apenas audible, pero él la oyó.

Sus ojos se clavaron en mí, y la conexión fue instantánea y devastadora. Era como ser tragada por un abismo. No había calor en esa mirada, solo un control absoluto y un poder que me hacía sentir tan pequeña como una niña.

Dio un paso hacia mí, movimientos lentos, saboreando el momento como un depredador que acorrala a su presa.

—*Buonasera, bambina* —Su sonrisa era oscura, cargada de algo que no lograba nombrar, pero que me heló la sangre.

—¿Por qué…? —Intenté preguntar, pero mi voz falló.

—Porque el mundo no es amable con las niñas que olvidan a quién pertenecen —susurró, cada palabra cargada de un peso imposible de ignorar.

Ettore se acercó aún más, y por un momento pensé que iba a tocarme. Pero se detuvo a escasos centímetros, mirándome desde arriba con una intensidad que casi detuvo mi corazón.

—Vete a casa, Rosalinda. Ahora.

Su orden fue clara e incuestionable.

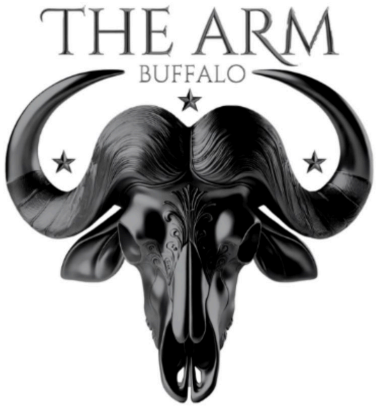
Mi cuerpo por fin reaccionó, aunque las piernas me temblaban tanto que me costó moverme. Di un paso atrás, luego

otro, antes de darme la vuelta y correr por el camino de piedra que llevaba de regreso a la mansión.

Incluso al alcanzar la luz del salón de fiestas, con la música amortiguada y las risas de los invitados, no pude borrar la sensación de su mirada ardiendo sobre mí.

El hombre del saco había regresado después de mucho tiempo.

Solo que no tenía idea de lo que eso significaba para mí.



CAPÍTULO 2

ETTORE

Buffalo siempre fue mi territorio.

Las calles me pertenecían desde que aprendí a caminar, y los nombres que para algunos sonaban como amenazas, para mí eran herramientas. Pero lo que ocurría dentro de las mansiones, en las fiestas exuberantes y cenas formales, era un juego completamente distinto. Allí, la fuerza no se medía con sangre ni balas, sino con control silencioso y alianzas selladas con sonrisas frías y apretones de manos calculados.

La fiesta en la propiedad de Ticiano Povvi era solo una pieza más en el tablero. Un movimiento más en el juego que algún día dominaría por completo.

Crucé la puerta con pasos firmes, saludando con una leve inclinación de cabeza a los hombres que custodiaban la entrada.

Sabían quién era.

Lo que representaba.

Pero hoy, eso no era lo más importante.

Había otro motivo por el que estaba allí.

Al principio, mi atención vagaba entre los invitados. Rostro tras rostro, expresiones conocidas que no requerían más que un intercambio automático de

formalidades. Negocios, alianzas, información velada. Hasta que, entre todo aquello, mis ojos por fin la encontraron.

Rosalinda Povvi.

Estaba en el extremo opuesto del salón, sujetando un vaso de refresco como si fuera su única ancla en ese mar de superficialidad. La luz del candelabro dorado caía sobre su melena castaña, larga y ondulada, acentuando el contraste entre su juventud y el peso del ambiente que la rodeaba.

Durante un momento, lo único que hice fue observar.

Se veía tan distinta de la niña asustada que recordaba. Había una vulnerabilidad en sus hombros tensos, pero también algo desafiante en su postura. Como si quisiera desaparecer y, al mismo tiempo, ser vista.

Pero lo que más me llamó la atención fue lo fuera de lugar que parecía.

Mientras todos a su alrededor charlaban, brindaban y negociaban tras sus máscaras sociales, Rosalinda era la única que no encajaba. Era su fiesta, pero claramente no era su mundo.

Por un instante, algo inesperado me golpeó. Una presión en el pecho que no supe identificar y que no deseaba nombrar.

Y entonces, la sonrisa arrogante de Guido De Luca apareció en mi campo de visión.

El chico era hijo de un asociado de la *famiglia*, un nombre que hasta ese momento me había resultado irrelevante, hasta que se acercó a Rosalinda con una confianza juvenil que me irritó más de lo que debería.

Me quedé quieto, observando mientras le decía algo que la hizo fruncir el ceño, antes de esbozar una sonrisa tímida que no tenía nada que ver con ella.

Sabía lo que estaba ocurriendo. Reconocía la dinámica. Guido era exactamente el tipo de idiota que confundía la gentileza con debilidad, que creía poder obtener algo solo por estar en el lugar correcto.

Y lo odié de inmediato.

No porque fuera insignificante, sino porque estaba demasiado cerca de ella.

—Ettore —la voz familiar de Ticiano me devolvió al presente. Estaba a mi lado, ofreciéndome un vaso de whisky—. ¿Perdido en tus pensamientos?

—Solo observando —tomé el vaso, pero no bebí. Mi atención volvió a Rosalinda, que parecía incómoda con la cercanía de Guido.

—Rosalia querrá hablar contigo más tarde —continuó Ticiano, con un tono demasiado casual para el tema que se avecinaba—. Pero antes, creo que deberíamos conversar.

Esbozó una media sonrisa y me indicó con un gesto que lo siguiera.

Antes de moverme, lancé una última mirada hacia Rosalinda. Guido le había tocado el hombro, y su expresión se endureció por un instante antes de ser reemplazada por una sonrisa educada.

Sabía ocultarlo bien. Pero no de mí.

Guido debía ser eliminado.

No necesariamente esa noche, pero sí en algún momento.

Porque, aunque aún no pudiera admitirlo ni siquiera ante mí mismo, ella ya era mía. Y lo más peligroso que alguien podía hacer… era tocar lo que me pertenecía.

*****

—Lo haré por Rosalia —lo miré con firmeza, asegurándome de que no quedara ninguna duda sobre mi decisión.

El despacho de Ticiano tenía un aire pesado, no por el ambiente en sí, sino por el hombre que lo habitaba. Ticiano Povvi siempre fue una figura compleja: mi mejor amigo, un rival ocasional, y ahora, el padre de la chica que, dentro de algunos años, sería mi esposa.

Rosalia, su mujer, era el único vínculo que mantenía nuestros destinos alineados. Ella era la razón por la que estaba sentado allí, discutiendo el futuro de alguien que debería ser solo un nombre en un acuerdo.

Ticiano sirvió dos vasos de whisky, un ritual casi automático entre nosotros. Sabía que la conversación no sería fácil, pero como buen *Consigliere*, dominaba el arte de ocultar emociones.

—Nos odia a los dos ahora mismo —rompió el silencio por fin, empujándome uno de los vasos—. Si le dices que aceptaste este matrimonio para protegerla, Rosalia es capaz de dispararte antes de meterse una bala en la cabeza.

Esbocé una ligera sonrisa, más por mantener las apariencias que por humor real. Tomé el vaso, dejando que el cristal frío reposara en la palma de mi mano antes de dar un sorbo.

—Rosalia no ha pasado por todo esto para rendirse ahora. Lleva casi dos décadas en América, a salvo contigo y con la *famiglia*.

Ticiano arqueó una ceja, escéptico.

—¿Entonces por qué aceptaste?

Su tono casual me molestaba más de lo que me gustaría admitir. Apreté la mandíbula, manteniendo la mirada fija en la suya.

—¿Aparte de mí, quién más podría ser? —respondí, inclinándome ligeramente hacia él—. ¿Tommaso? Ese tipo es un desastre andante.

—¿Y tú no lo eres? —Tici sonrió de lado, el sarcasmo goteando en cada palabra.

—No seas hipócrita —mi voz salió baja, pero cargada de autoridad. Dejé el vaso sobre la mesa de caoba con un gesto controlado, sin apartar los ojos de los suyos—. Soy el segundo al mando y el próximo *Boss* de *The Arm*. Si no soy yo, Rosalinda tendrá que abandonar Buffalo y casarse con otra *famiglia* de la *Cosa Nostra*. ¿De verdad crees que Rosalia prefiere eso?

Suspiró, frotándose la frente como si llevara sobre los hombros el peso de una decisión que ya se había tomado mucho antes de llegar a ese punto.

—Rosalia aceptaría a cualquiera con menos resistencia, siempre que no fueras tú.

Sentí una chispa de irritación, pero la reprimí al instante.

—Ella lo entenderá —mi voz era cortante, inquebrantable—. Como mi esposa, Rosalinda será intocable. Nadie se atreverá a ponerle una mano encima.

Ticiano negó lentamente con la cabeza, como si yo fuera un caso perdido.

—Al contrario, Ettore. Rosalia cree que como esposa del futuro *Boss*, Rosalinda se convertirá en un blanco. Y tú sabes exactamente cuál es su mayor miedo.

Lo sabía.

—Tu esposa no tiene por qué preocuparse. Me aseguraré de que Rosalinda sea tan respetada y temida como yo.

El silencio que siguió fue denso, solo interrumpido por el sonido del hielo derritiéndose en nuestros vasos. Ticiano me observaba como si intentara ver algo más allá de la superficie, pero sabía que nunca lo encontraría.

—Sabes que me casé con Rosalia porque la amo de verdad —dijo finalmente, con un tono más bajo, casi resignado—. Si no la amara, no habría aceptado todo lo que vino con ella. ¿De verdad quieres asumir este compromiso sin amor?

Todo mi cuerpo se tensó.

—No necesito amor. Necesito una esposa trofeo.

Las palabras salieron más frías de lo que pretendía, pero no me retracté. No era el tipo de hombre que se permitía titubear, ni siquiera ante preguntas que tocaban heridas que prefería ignorar.

Ticiano me miró durante un largo momento, como si estuviera decidiendo si yo era un idiota pragmático o un hombre sin alma.

Quizá era ambos.

Pero la verdad, la que jamás admitiría ni ante él ni ante nadie, era que el control que creía tener sobre la situación empezó a disolverse en el momento en que volví a verla en ese salón.

Rosalinda Povvi no era solo un nombre en un contrato.

Iba a ser mi esposa.

Y, en el fondo, una parte de mí sabía que esa decisión era mucho más peligrosa de lo que estaba dispuesto a admitir.

*****

El jardín de Rosalia siempre me pareció una paradoja. La belleza impecable de las rosas escondía espinas tan afiladas como las palabras que salían de su boca. Era como si hubiera creado aquel lugar como un reflejo de sí misma: encantador y letal.

No debería estar allí. Ya le había dicho a Ticiano lo necesario, pero Rosalia siempre fue distinta. Nunca aceptaba una decisión sin luchar, incluso si el resultado era inevitable.

Al acercarme a la entrada lateral del laberinto de rosas, vi su silueta recortada contra la tenue luz. El vestido ondeaba con la brisa, pero sus hombros estaban tensos. Sabía que vendría. Rosalia nunca dejaba un conflicto sin enfrentar, ya fuera un enemigo o un viejo amigo.

—Siempre has tenido la costumbre de buscarme cuando las cosas se complicaban, Rosalia —mi voz cortó el silencio sin emoción—. ¿Por qué habría de ser distinto esta vez?

Se giró lentamente, los ojos brillando entre la rabia y la frustración.

—Porque ahora se trata de mi hija, Ettore —su voz era baja, pero cargada de una intensidad que exigía atención—. No de mí.

—Rosalinda no podría estar en mejores manos —di un paso al frente—. Lo sabes.

—¿Y se supone que debo aceptarlo sin protestar? —cruzó los brazos, sus dedos apretando la delicada tela del vestido como si eso pudiera contener la furia en su interior—. ¿Aceptar que mi hija... mi niña preciosa, sea lanzada a este mundo solo porque tú y Ticiano decidieron que es lo mejor para ella?

Mi paciencia estaba al límite, pero mantuve el tono controlado.

—No es cuestión de elección, Rosalia. Es cuestión de necesidad.

—¿Necesidad? —rió, pero el sonido era amargo, casi cruel—. Tú no sabes lo que significa necesidad, Ettore. No como yo.

Su mirada me atravesó, y por un instante, vi a la Rosalia que conocí hace casi veinte años. La mujer que escapó de un pasado que pudo haberla destruido, pero que encontró fuerza donde nadie más se atrevió a buscar.

—Todo lo que eres, todo lo que has construido, fue por elección —se detuvo a pocos pasos de mí, los ojos fijos en los míos—. Tú elegiste obedecer, elegiste seguir el camino de tu padre, elegiste sacrificarlo todo por este mundo. Pero yo… yo nunca tuve esa elección. Y no voy a permitir que se la arrebates a Rosalinda.

—No le estoy quitando nada —mi voz salió más dura de lo que pretendía —. Estoy asegurando que tenga un futuro.

—¿Un futuro como el mío? —su pregunta fue un golpe—. ¿En el que aprenda a sonreír mientras sangra por dentro, porque eso es lo que mujeres como nosotras hacemos por hombres como tú, Ettore?

Por un momento, el silencio se apoderó de todo, solo interrumpido por el viento entre las rosas.

—¿Crees que no sé lo que estoy haciendo? —rompí el silencio, mi voz cargada de algo que hizo vacilar su expresión—. He pasado mi vida entera aprendiendo a proteger lo que importa, y no voy a fallarle a Rosalinda.

—¿Protegerla? —Rosalia dio un paso atrás, como si mis palabras la hubieran golpeado—. ¡Tú eres el peligro, Ettore! No vas a protegerla… ¡Vas a destruirla!

Sus ojos estaban llenos de lágrimas, pero su voz se mantuvo firme. Quería responder, pero supe que cualquier palabra mía solo reforzaría su convicción. Nada de lo que dijera cambiaría su visión sobre mí.

Además, el acuerdo ya estaba sellado.

—¡Esto no es el cuento de Rumpelstiltskin, Ettore! —su voz quebró el silencio otra vez, entre la desesperación y la furia—. ¡No voy a entregarte a mi primogénita solo porque me ayudaste a convertir la paja en oro!

Antes de que pudiera responder, continuó:

—Si alguna vez me amaste de verdad, por favor… no aceptes esta locura —su voz se rompió al final, un ruego que sonó más a súplica.

—No seas ridícula, Rosalia —mis palabras fueron frías, calculadas—. ¿Para qué humillarte así? Ambos sabemos el tipo de amor que siempre sentí por ti, así

que no intentes manipularme.

Me sostuvo la mirada durante un largo instante, como si buscara una grieta en la máscara que llevaba puesta.

Y entonces lo sentí. Un sonido leve, casi imperceptible, de pasos sobre la grava. Mi cuerpo reaccionó al instante, los sentidos en alerta. Giré la cabeza hacia un lado, captando una silueta escondida entre las sombras.

Rosalinda estaba allí.

¿Hasta qué punto de la conversación había escuchado?

*****

El jardín de Rosalia siempre me pareció una paradoja. La belleza inmaculada de las rosas escondía espinas tan afiladas como las palabras que salían de su boca. Era como si hubiera creado ese lugar como un reflejo de sí misma: encantador y letal.

No debería estar allí. Ya le había dicho a Ticiano lo necesario, pero Rosalia siempre fue diferente. No aceptaba una decisión sin pelear, aunque el resultado fuera inevitable.

Mientras me acercaba a la entrada lateral del laberinto de rosas, la vi. Su silueta contra la luz tenue. El vestido ondeando con la brisa, pero los hombros tensos. Sabía que vendría. Rosalia nunca dejaba un conflicto sin enfrentarlo, fuera un enemigo o un viejo amigo.

Pero ella no estaba sola.

Mi visión captó la escena antes de que mi mente tuviera tiempo de reaccionar. Estaba allí con Guido De Luca, ese muchacho que ya había notado más temprano en la fiesta. Y él estaba demasiado cerca, con esa confianza insolente que solo un tonto podría permitirse.

Rosalinda parecía incómoda, vacilante. Pero entonces hizo algo que me dejó inmóvil. Rodeó su cintura con los brazos.

Por un instante, la sangre dejó de correr por mis venas.

Mi cuerpo reaccionó antes de que cualquier pensamiento pudiera formarse.

En pocos pasos ya estaba allí. Mi mano se cerró alrededor del cuello de Guido, arrancándolo de su lado como si no fuera nada. Era ligero, insignificante, y su intento de luchar contra mi agarre era patético.

—Si vuelves a tocar lo que es mío, te mato —mis palabras salieron lentas, cada sílaba cargada de una verdad que no se atrevería a cuestionar.

Guido balbuceó, el rostro enrojecido mientras luchaba por respirar.

—Por favor… —murmuró, pero no esperé a que terminara.

Lo mantuve suspendido unos segundos más, solo lo suficiente para asegurarme de que lo entendiera. Luego lo solté con desprecio, dejándolo caer al suelo como el peso muerto que era.

Mi mirada ya estaba puesta en Rosalinda.

Estaba paralizada, los ojos abiertos de par en par. No era solo miedo lo que veía en ella, sino algo más.

Algo que me hizo detenerme en seco.

Sabía que no debía estar allí. Que esa incomodidad en mi interior no tenía cabida en ese momento.

—*L'Uomo Nero…* —susurró, casi sin aliento, y el sonido de su voz pronunciando ese nombre me golpeó de una forma que no esperaba.

Era como si todo convergiera en esa mirada.

Rosalinda ya no era la niña asustada de años atrás, pero aún quedaba en ella una vulnerabilidad que despertaba en mí una necesidad de protección que no podía controlar.

Di un paso hacia ella, cada movimiento medido, lento.

—*Buonasera, bambina.* —Mi tono era controlado, pero la sonrisa que lo acompañó no contenía calidez alguna. Solo una sombra de intenciones que ella no podría descifrar.

—¿Por qué…? —intentó preguntar, pero su voz se desvaneció.

Incliné ligeramente la cabeza, observándola con atención, grabando cada detalle de su expresión en mi memoria.

—Porque el mundo no es amable con las chicas que olvidan a quién pertenecen —mis palabras salieron suaves, pero con un peso imposible de ignorar.

No debía estar tan cerca de ella. Lo sabía. Cada parte lógica de mí gritaba que aún no era el momento, que esa cercanía era un error.

Pero no me moví.

Me quedé allí, a pocos centímetros de distancia, lo suficiente para sentir la tensión que emanaba de ella. Rosalinda era frágil y desafiante al mismo tiempo, como una de esas rosas cuidadas por su madre.

Finalmente, di un paso atrás.

—Vete a casa, Rosalinda. Ahora. —La orden era clara, firme. No dejaba lugar a dudas.

Ella vaciló, los ojos aún fijos en mí, pero pronto comenzó a moverse. Un paso tembloroso tras otro hasta desaparecer por el sendero que conducía de regreso a la mansión.

Me quedé allí, solo en el jardín.

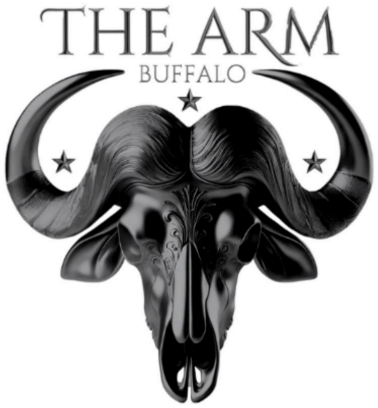
Mi mente era un caos, pero una cosa era segura: no podía permitirme volver a verla hasta que llegara el momento adecuado. No porque no fuera mía, sino porque el peligro estaba tanto en mí como en el mundo que nos rodeaba.

Guido seguía en el suelo, recuperándose como podía.

Lo miré con desprecio, dejando que una única frase escapara de mis labios antes de alejarme:

—Huye mientras aún puedas.

Y entonces, dejé el jardín, consciente de que había cruzado una línea invisible que cambiaría todo en el futuro.



CAPÍTULO 3

ROSALINDA

El sueño comenzó como una bruma, densa y opresiva, como si estuviera atrapada dentro de un velo que no podía atravesar. Todo a mi alrededor estaba distorsionado, los colores vibrantes del jardín de *mamma* mezclándose con sombras profundas que devoraban los rincones del espacio. El olor familiar de las rosas seguía allí, pero había algo metálico y ácido que me hacía querer contener la respiración.

No sabía a dónde ir. Mis pies parecían hundirse en el suelo, como si la tierra tuviera vida propia y quisiera retenerme allí. Cuando por fin logré moverme, el paisaje cambió. El jardín de rosas se deshizo, transformándose en la mansión donde crecí, pero ahora parecía más grande, más vacía. La oscuridad se tragaba los pasillos, mientras el sonido amortiguado de pasos resonaba a lo lejos.

Y entonces, lo vi.

La silueta imponente estaba parada al final del pasillo, los ojos de lince brillando. Ettore. No el hombre que conocí años después, sino el *hombre del saco* que marcó mi infancia. Sostenía algo pequeño y frágil en la mano: mi gatito… su pequeña figura colgando inerte.

—Esto es lo que les pasa a las niñas débiles —su voz era un susurro cortante.

Intenté gritar, pero mi garganta estaba seca. Cuando dio un paso hacia adelante, el pasillo pareció estrecharse, las paredes comprimiendo el aire a mi alrededor. Mis piernas se negaban a moverse, como si hubieran sido cimentadas al suelo.

De pronto, el escenario cambió una vez más.

Estaba en el laberinto de rosas, con Guido De Luca frente a mí. Solo que esta vez no sonreía. Su rostro estaba distorsionado por el miedo, los ojos desorbitados mientras luchaba contra la implacable presión del agarre de Ettore en su cuello. La fuerza que irradiaba era sobrenatural, como si fuera un dios antiguo y cruel, incapaz de ser desafiado.

—Si vuelves a tocar lo que es mío, te mato —siseó Ettore, su voz reverberando en el ambiente como truenos.

Quise intervenir, pero estaba congelada, atrapada entre el miedo y una extraña fascinación. Lo que debería haber sido aterrador era hipnótico, y cuando Ettore soltó a Guido en el suelo, sus ojos se volvieron hacia mí, ardiendo como brasas encendidas.

Dio un paso hacia mí, y luego otro. Sus palabras me envolvieron, densas e imposibles de ignorar:

—El mundo no es amable con las chicas que olvidan a quién pertenecen.

Mi corazón latía tan fuerte que parecía a punto de explotar. Estaba tan cerca que podía sentir el calor de su presencia. Cuando levantó la mano para tocar mi rostro, ya no había crueldad en sus ojos, sino algo mucho más peligroso.

El toque nunca llegó.

El entorno volvió a cambiar y me encontraba sentada frente a mi padre en su despacho:

—Estás prometida para casarte con Ettore Lucchesi. Es tu deber como hija de la *famiglia*.

Sentí el peso abrumador de sus expectativas, pero antes de que pudiera responder, Ettore apareció en el despacho, a mi lado, su presencia intensa y casi asfixiante. Se inclinó, su rostro tan cerca del mío que podía sentir el aliento cálido sobre mi piel.

—Nunca serás de nadie más, solo mía. Para siempre.

Sus labios se acercaron a los míos y el mundo a nuestro alrededor comenzó a derrumbarse. Cuando nuestros labios casi se tocaron, el sonido de un vidrio rompiéndose resonó a lo lejos.

Todo mi cuerpo fue invadido por una oleada de pánico y abrí los ojos, jadeando, sintiendo la humedad del sudor recorriendo mi piel, la habitación sumida en una penumbra familiar. Mi respiración era pesada, el corazón aún golpeando con fuerza en mi pecho, como si quisiera escapar de mi cuerpo.

Por un instante, no supe dónde terminaba el sueño y comenzaba la realidad.

Las sombras danzaban en la pared, proyectadas por las cortinas que se mecían suavemente con la brisa nocturna. El sudor frío en mi frente y el peso en mi pecho dejaban claro que estaba despierta. Pero cuando mi mirada se posó en la ventana, todo a mi alrededor se congeló.

Había una silueta.

Un hombre con los brazos cruzados, observándome con una quietud perturbadora. No se movía, solo permanecía allí, una presencia sólida contra el fondo oscuro.

Mi mente giraba, intentando entender lo que estaba viendo.

¿Era real? ¿Seguía atrapada en la pesadilla?

—Claro, solo puede ser otro sueño —mi voz sonó ronca y temblorosa, pero pronto una risa baja escapó de mis labios.

Una risa que parecía tan frágil como yo me sentía.

La silueta seguía inmóvil, como si esperara algo de mí.

—Ridículo —murmuré, sacudiendo la cabeza mientras me obligaba a apartar la mirada.

Cerré los ojos con fuerza, girando el rostro hacia la almohada y tirando de las sábanas sobre mi cuerpo.

No voy a dejarme llevar por otra alucinación. No lo haré.

El sueño no llegó fácilmente, pero eventualmente el cansancio ganó.

*****

La luz del sol matinal entraba por las rendijas de las cortinas, pintando la habitación con tonos suaves de dorado. El peso opresivo de la noche anterior parecía haberse desvanecido, sustituido por el calor reconfortante que solo el día podía traer.

Una sensación extraña me despertó. Algo cálido y húmedo tocaba mi rostro. Abrí los ojos, parpadeando contra la luz suave, solo para encontrar un hocico negro a escasos centímetros de mí.

—¿Qué...? —Mi voz estaba llena de confusión mientras me incorporaba en la cama.

Un cachorro de dóberman, de pelaje negro brillante y ojos inteligentes, estaba sentado a mi lado. Inclinó la cabeza, como si intentara entender mi reacción, antes de acercarse de nuevo para lamerme la cara con entusiasmo.

—¡Eh! —Reí, levantando las manos para protegerme del aluvión de lamidas.

El cachorro llevaba un lazo rojo alrededor del cuello, la tela contrastando con su pelaje oscuro. Había algo colgando de su collar. Tomé el pequeño disco metálico y leí el nombre grabado en él.

—¿*Lúcifer*, eh? —susurré, sintiendo que una sonrisa genuina se formaba en mis labios.

Ladró suavemente, casi como si lo confirmara.

Por un momento, olvidé la pesadilla, las sombras en la ventana y todo lo demás que me atormentaba. Lo único que importaba era el cachorro mirándome como si yo fuera el centro de su pequeño universo.

Lo tomé en brazos, sintiendo el calor de su cuerpo contra el mío. Algo tan pequeño, pero con una presencia tan grande.

—Bienvenido a mi vida, *Luci*.

Aún no sabía quién había enviado el regalo, pero en ese momento elegí no preocuparme.

—¡Rosalinda! —La voz familiar de mi madre precedió su entrada en la habitación. El tono era firme, pero no severo, cargado de esa autoridad natural que siempre exhalaba.

La puerta se abrió antes de que pudiera esconder al cachorro, y ella entró con la postura de una reina, a pesar del evidente embarazo. Su mano descansaba de forma protectora sobre el vientre redondeado, mientras sus ojos castaños escaneaban el ambiente, posándose de inmediato en *Lúcifer*.

Se detuvo con el ceño fruncido, mientras yo me encogía ligeramente, abrazando al cachorro como si fuera un escudo.

—¿Qué es eso? —preguntó, con un tono más curioso que molesto.

—Un... regalo —respondí, vacilante.

—¿Regalo? ¿De quién?

Tragué en seco, incapaz de formular una respuesta convincente.
No lo sabía.

Pero no quería desprenderme de él. *Mamma* nunca me había permitido tener una mascota, especialmente considerando que yo estudiaba en un internado para chicas.

—¿No venía con una nota, nada? —Inclinó la cabeza, evaluando tanto al perro como mi expresión.

Negué con la cabeza. *Lúcifer*, ajeno a la tensión, intentó lamerme la cara de nuevo, arrancándome una sonrisa involuntaria.

Mi madre permaneció en silencio por un momento, sus ojos entrecerrados como si intentara juntar piezas de un rompecabezas invisible. Pero, como siempre, guardó sus pensamientos para sí misma.

—Espero que sepas cuidarlo, porque ahora es tu responsabilidad —suspiró, pasándose una mano por el rostro.

—Gracias, *mamma* —susurré, apretando al cachorro contra mí, sintiendo una pequeña oleada de alivio.

No respondió de inmediato, pero caminó hasta la ventana, donde la luz de la mañana iluminaba su perfil. Sus pasos siempre eran calculados, pero había algo más allí: cansancio o quizás preocupación.

—Vístete. —Se giró hacia mí, retomando la postura práctica que dominaba tan bien. —Tenemos un almuerzo en casa de *Don Lucchesi*.

El estómago se me encogió.

—¿Por qué? —Mi voz salió más alta de lo que pretendía.

Ella arqueó una ceja.

—Tu compromiso será anunciado oficialmente. Es el momento de mostrar que estamos cumpliendo con nuestra parte del acuerdo.

Sentí que el suelo desaparecía bajo mis pies.

—¿Compromiso? —La garganta se me cerró. —*Mamma*, ¡tengo dieciséis años!

Respiró hondo, sentándose al borde de la cama. Por un instante, parecía tan humana como cualquier otra mujer. Pero entonces su voz recuperó la firmeza:

—Nada va a cambiar, *Rosalinda*. —Su mano se posó sobre la mía, sosteniéndola con una suavidad que contrastaba con sus palabras. —Volverás al internado, terminarás el bachillerato y, para entonces, me encargaré de aplazar la boda hasta que termines la universidad.

—¿Por qué no puedes simplemente decir que no? —repliqué, retirando mi mano.

Me miró con una expresión que era al mismo tiempo triste y resignada.

—Porque, en la *famiglia*, no existe el "no". Hay acuerdos, *Rosalinda*. Promesas hechas con sangre y honor. No puedo cambiar eso, aunque quisiera.

Mi mente se llenó de mil preguntas, pero ella continuó antes de que pudiera decir algo:

—El acuerdo es que te cases a los veintiuno. Eso nos da tiempo.

—Cinco años... —susurré, la mente girando con la idea de un destino ya sellado.

—Lo suficiente para que te conviertas en quien necesitas ser. —Su voz era práctica, pero sabía que en el fondo también intentaba protegerme.

Mi madre se levantó, fue hasta mi *closet*. Cuando regresó, sostenía un vestido blanco de mangas largas y delicados detalles de encaje.

¿Eso todavía existía?

—Ponte esto. —Lo colocó sobre la cama.

Miré el vestido con disgusto.

—Parece ropa de niña, *mamma*.

—Parece apropiado para el momento —argumentó con firmeza. —Cuanto menos atención llames, mejor.

—¿Entonces eso es lo que quieres? ¿Que desaparezca? ¿Que sea invisible? —Las palabras tocaron un nervio que ni siquiera sabía que tenía.

Se detuvo por un instante, pero no me miró.

—Quiero que estés segura —justificó antes de salir de la habitación, dejándome sola con *Lúcifer* y el vestido horrible.

*****

La propiedad de los *Lucchesi* era una fortaleza disfrazada de mansión. Las puertas de hierro forjado se abrieron con un chirrido lento, revelando una larga alameda flanqueada por cipreses perfectamente alineados. Autos de lujo estaban estacionados junto a una fuente central, donde la estatua de un ángel parecía vigilar en silencio a los invitados que entraban y salían. El sol brillaba con fuerza, pero el ambiente mantenía un aire sombrío e intimidante, como si el propio lugar cargara con el peso del poder que residía allí.

Bajé del coche con una postura que esperaba parecer confiada, aunque por dentro sentía que ese mundo me estaba devorando. Mi vestido blanco, angelical, destacaba por las razones equivocadas. A mi alrededor, las mujeres

desfilaban con trajes de alta costura: vestidos de satén y terciopelo, joyas que brillaban como estrellas y tacones que resonaban sobre los mosaicos de mármol. Todo en ellas exhalaba sofisticación y sensualidad.

¿Y yo? Parecía una muñeca de porcelana puesta en el lugar equivocado, un recordatorio de que no pertenecía a ese escenario.

Mis pasos resonaban mientras subía los escalones de la entrada principal, intentando ignorar las miradas evaluadoras. Al pasar junto a un grupo de mujeres jóvenes, escuché risas contenidas. No necesitaba oír exactamente lo que decían para saber que hablaban de mí.

El interior de la propiedad era aún más imponente. El vestíbulo principal era amplio, con un techo abovedado y una lámpara de cristal que parecía pesar toneladas. Hombres de traje se saludaban con firmes apretones de manos, sus voces graves discutiendo asuntos que, sin duda, incluían alianzas y territorios. Mujeres elegantemente vestidas estaban en pequeños grupos, susurrando mientras sus ojos analizaban a cada nuevo invitado que cruzaba la puerta.

Sentí una oleada de resentimiento mientras mis dedos apretaban el tejido de encaje del vestido. Esa ropa no era solo una elección. Era una estrategia. Una forma de borrarme, de asegurar que no llamara la atención.

Mi madre siempre fue el centro de todas las miradas. Hermosa, poderosa, y con una presencia que hacía girar cualquier ambiente a su alrededor. Yo era su sombra, la hija que parecía haber heredado su belleza, pero no su brillo.

A veces, no podía evitar sentir que lo hacía a propósito, mantenerme apagada para que nunca la eclipsara.

Don Lucchesi era viudo y su único hijo —mi futuro prometido— soltero. Por lo tanto, *mamma* era la mujer destacada en *The Arm*, como esposa del *Consigliere*.

Estaba a punto de apartarme, buscando un rincón discreto donde esconderme, cuando sentí un leve toque en el brazo.

—Parece que estás incómoda.

La voz era suave, pero cargada de una fuerza que me hizo girar de inmediato. Frente a mí había una joven de rasgos delicados y ojos intensos,

enmarcados por un velo sencillo que cubría parcialmente su cabello oscuro.

—Perdona, no quise asustarte. —Sonrió, y había algo en su expresión que transmitía honestidad, algo raro en ese entorno. —Soy *Fiorella Lucchesi*.

El nombre me hizo abrir los ojos.

Sabía quién era.

Todos lo sabían.

Fiorella era la menor de los *Lucchesi*, la hermana menor de *Ettore*. Las historias sobre ella circulaban en susurros. Decían que había rechazado a todos los pretendientes elegidos por su *papà* y que se había metido en un convento para evitar un matrimonio por conveniencia.

Era una leyenda silenciosa entre las mujeres de la *famiglia*.

Ojalá tuviera yo el valor de hacer lo mismo.

—*Rosalinda Povvi* —respondí, mi voz más vacilante de lo que me hubiera gustado.

—¡Lo sé! —Inclinó la cabeza, la sonrisa intacta. —Y también sé que odias ese vestido.

Mi rostro se encendió al instante.

—Yo... —comencé, pero ella me interrumpió con un gesto suave de la mano.

—No hace falta que lo expliques. —Sus ojos brillaban con un toque de humor. —Ven conmigo.

Fiorella se dio la vuelta sin esperar respuesta, su paso ligero y grácil contrastando con la imponente presencia que irradiaba. Por un momento dudé, pero la curiosidad ganó.

La seguí por pasillos elegantemente decorados, pasando junto a obras de arte que probablemente valían más que todo lo que había tocado en mi vida. La propiedad de los *Lucchesi* era un palacio, cada detalle meticulosamente diseñado para exhalar poder y riqueza.

—Aquí estamos. —Abrió una puerta, revelando una habitación espaciosa y bien iluminada. Era acogedora, pero aún así conservaba el lujo característico de la mansión.

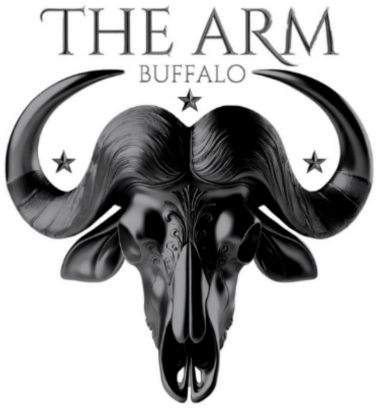
—Puedes elegir lo que quieras —dijo, señalando el *closet* que parecía más grande que mi habitación en el internado.

—No podría...

Me lanzó una mirada que no dejaba espacio para argumentos.

—Sí puedes. Y lo harás. —Volvió a sonreír, esta vez con complicidad. —Considéralo una pequeña rebelión.

Caminé hasta el *closet*, aún dudando, pero algo dentro de mí comenzó a relajarse. Quizás porque, al menos por una tarde, podía elegir ser quien quería ser.



CAPÍTULO 4

ETTORE

El despacho de mi padre tenía el inconfundible olor a cuero envejecido y tabaco, una combinación que siempre me pareció asfixiante. El mobiliario oscuro, los cuadros de paisajes italianos colgados en las paredes y el reloj antiguo que marcaba el tiempo con una precisión casi insultante. Todo en ese lugar era un recordatorio de su autoridad y de la historia que yo heredaría, quisiera o no.

Sentado frente a él, sentía el peso del momento acumulándose sobre mis hombros. *Don Lucchesi, mio padre*, estaba reclinado en su sillón con la mirada fija en mí como si intentara descifrar algo que ni yo mismo entendía del todo.

—No me gusta esta prisa —dije finalmente, mi voz baja pero cargada de firmeza—. Rosalinda solo tiene dieciséis años. Podríamos esperar.

—¿Esperar para qué, Ettore? —La pregunta salió casi como una reprimenda, mientras encendía un puro—. ¿Para dar más tiempo a las serpientes que nos rodean?

Sabía a quién se refería. Otras *famiglie* de la *cosa nostra* habían intensificado sus propuestas de alianzas en los últimos meses, todas implicando matrimonios. La negativa de *Fiorella* a cumplir el papel de mujer sumisa había puesto una presión inesperada sobre nosotros.

—No hay necesidad de un anuncio ahora —continué, ignorando su tono —. Rosalinda sigue siendo una adolescente. No me parece… apropiado.

Mi padre dio una larga calada a su puro antes de responder.

—¿Apropiado? ¿Desde cuándo nos preocupamos por eso? No se trata de sentimientos, Ettore. Se trata de estrategia.

Me incliné hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas, intentando mantener la calma.

—Estrategia o no, estamos hablando de una niña. Debería tener la oportunidad de terminar sus estudios, de vivir un poco antes de ser lanzada a este mundo.

En un instante, comprendí la desesperación de *Rosalia* mientras me suplicaba la noche anterior.

No me oponía al matrimonio. Solo consideraba prematura la exposición que ella enfrentaría con la divulgación anticipada de nuestro compromiso.

—¿Y crees que el mundo va a esperar por eso? —bufó, su voz cargada de irritación—. Las *famiglie* no van a dejar de presionarnos. El compromiso con Rosalinda estabiliza las cosas. Mantiene nuestra posición intacta sin necesidad de mezclarnos con otros clanes. *Ticiano* es nuestro *Consigliere*, un hombre neutral, confiable. Lo sabes bien.

Había lógica en sus palabras, pero eso no hacía la situación más fácil de aceptar.

—Eso podría resolverse de otra manera —repliqué, con la voz un poco más fría.

Me miró durante un largo momento antes de responder, como si estuviera considerando cuidadosamente sus próximas palabras.

—No tenemos otra opción. *Fiorella* se enterró en ese convento y ahora todo recae sobre ti. —Apagó el puro en un cenicero pesado, su mirada clavada en la mía—. ¿Crees que quiero esto? ¿Crees que me alegra presionarte?

—No se trata de mí —dije con firmeza—. Se trata de ella. Rosalinda no está preparada para esto.

Papà rió en voz baja, un sonido que siempre me pareció más cruel que divertido.

—¿Quieres que crea que estás preocupado por ella? ¿El mismo hombre que años atrás estaba dispuesto a casarse con *Rosalia* sin dudar?

Sus palabras me golpearon como un puñetazo.

—Eso no tiene nada que ver con *Rosalia* —gruñí, sintiendo el calor de la rabia expandirse por mi cuerpo.

—¿No tiene? —Alzó una ceja, desafiante—. Estabas dispuesto a enfrentarte a todo y a todos por ella, ¿y ahora me dices que no puedes hacer lo mismo por su hija?

Estaba distorsionándolo todo, manipulando los hechos para fortalecer su argumento.
Y lo peor era que funcionaba.

—¡No es lo mismo! —le enfrenté, la mandíbula tensa.

—No, no lo es —admitió, recostándose de nuevo en su sillón—. Pero el mundo no espera que las cosas sean perfectas, Ettore. Espera resultados. Y tú lo sabes mejor que nadie.

Había algo en su tono que me hizo dudar. Había más en esa historia que él no estaba contando.

—¿Hay algo que deba saber? —entrecerré los ojos.

Él simplemente me observó durante unos segundos antes de negar con la cabeza.

—No compliques más las cosas. Solo haz lo que debe hacerse.

Odiaba sentirme vulnerable, y eso era exactamente lo que sentía en esa situación. No por el compromiso en sí —eso era inevitable, una pieza en el gran tablero de la *cosa nostra*.

El problema era el momento.

—¿Por qué esta urgencia, *papà*? —insistí, con el tono cargado de tensión —. Aún tenemos cinco años antes de que se celebre la boda. Ese anuncio podría

esperar.

Mi padre me observó, tamborileando con los dedos sobre el brazo del sillón de cuero. No era del tipo que permitía que los argumentos se alargaran, lo que hacía su vacilación aún más frustrante.

—No somos nosotros quienes controlamos el tiempo, Ettore —respondió finalmente, implacable—. Las presiones externas son reales, y el anuncio ahora sella el compromiso. Todos sabrán que estás comprometido y no se atreverán a cuestionarlo.

Tragué saliva, con el estómago revuelto.

No era el compromiso en sí. Sabía exactamente lo que hacía al aceptar a Rosalinda como mi prometida. El problema era exponerla de esta forma ahora, cuando todo parecía estar mal.

—¿Y cree que eso no tendrá repercusiones? —pregunté, cruzándome de brazos—. Tengo treinta y cuatro años, *padre*. Ella tiene dieciséis. ¿Cómo cree que va a sonar eso?

Bufó, como si mi preocupación fuera infantil.

—Eres el *Underboss* de *The Arm*. Nada suena más fuerte que eso.

La respuesta debería haber sido tranquilizadora, pero produjo el efecto contrario.

La imagen de Rosalinda, tan joven y tan fuera de lugar en nuestro mundo, no salía de mi cabeza. Estar frente a ella en ese evento oficial, rodeado de miradas evaluadoras y susurros inevitables, me hacía sentir... sucio.

—No se trata de cómo lo perciben ellos. —Mi voz fue casi un gruñido—. Se trata de cómo me hace sentir a mí.

Mi padre me miró con una expresión que rozaba la irritación.

—Te estás dejando llevar por sentimentalismos —soltó, cada palabra tan pesada como una piedra—. ¿Crees que alguno de ellos se preocupa por cómo te sientes? Ellos ven lo que representas. Eso es todo lo que importa.

—¿Entonces cree que no importa que yo me sienta como un maldito pedófilo? —escupí las palabras antes de poder contenerme.

El silencio que siguió fue cortado solo por el tic-tac del reloj.

—No eres un pedófilo. *Per l'amor di Dio*! —espetó, alterado—. Estás exagerando. Rosalinda será tu esposa en el momento adecuado. Este es solo el primer paso.

Me giré, intentando ocultar el caos que hervía en mi mente.

Desde el momento en que la vi la noche anterior, algo dentro de mí había cambiado. Era inexplicable, desconcertante, y absolutamente inaceptable. Rosalinda era mi prometida, pero aún una niña, y la forma en que me sentía respecto a eso era... perturbadora.

—No debería tener que verla antes de eso —volví a mirarlo, sabiendo que ya había sobrepasado el límite de la argumentación—. Si la boda es dentro de cinco años, ¿por qué no podemos esperar para oficializar las cosas?

—Porque el tiempo es un lujo que no tenemos —respondió sin titubeos—. Sabes lo que está en juego.

¡*Porca miseria*! Lo sabía. Y lo odiaba.

—Este compromiso no se trata solo de ti. Se trata de la *famiglia*.

Para él, la conversación había terminado.

Me levanté, sintiendo el peso de sus palabras mientras salía del despacho. No era solo el compromiso lo que me molestaba. Era la sensación de estar siendo manipulado, de que había piezas en este juego que aún no lograba ver.

*****

El salón estaba como siempre: impecable e insoportable. El aire estaba cargado de cigarros caros e intrigas veladas, un contraste familiar con el brillo ostentoso de los candelabros de cristal y la música suave que apenas lograba cubrir los susurros de los presentes.

Yo estaba en el centro de todo, como siempre, rodeado de hombres que se esforzaban por parecer seguros y mujeres que usaban sus mejores sonrisas como armas.

Mi presencia allí ya era una declaración por sí sola. La posición que ocupaba en *The Arm* exigía que estuviera atento a cada gesto, a cada palabra

disfrazada de cordialidad.

Pero mi paciencia estaba al límite.

Rosalinda aún no había aparecido, y eso me inquietaba. El absurdo de anunciar un compromiso con una adolescente frente a tantos ojos juzgadores me corroía por dentro. Lo último que quería era exponerla a ese tipo de atención.

Mi mirada captó a Rosalia al otro lado del salón, conversando con un grupo de mujeres que reían en voz baja. Su sonrisa era ensayada, pero sus ojos vagaban por la multitud, como si buscaran algo. O a alguien.

Caminé hacia ella, esquivando hábilmente a los invitados que intentaban atraparme en conversaciones inútiles. Al acercarme, Rosalia levantó la vista, y su sonrisa se volvió más genuina, aunque cargada con una pizca de exasperación.

—Estás más tenso de lo que deberías, Ettore —comentó con la familiaridad de quien me conocía demasiado bien.

—¿Dónde está Rosalinda? —ignoré el tono provocador.

Mi paciencia para los juegos sociales ya estaba desgastada.

Antes de que pudiera responder, el murmullo en el salón cambió. Una ola de atención sutil recorrió a los invitados, como un viento que anunciaba lo inevitable.

Me giré, y entonces la vi.

Rosalinda bajaba las escaleras al lado de Fiorella.

El vestido rojo moldeaba su cuerpo de una forma que debería estar prohibida. La tela abrazaba su silueta dejando poco a la imaginación, mientras el tono vibrante contrastaba con su piel clara y el cabello castaño que caía en ondas perfectas sobre los hombros.

Por un instante, olvidé cómo respirar.

Ya no era la niña asustada de años atrás. Ni siquiera la adolescente que se escondía bajo trajes angelicales que la subestimaban. Y el impacto de eso me golpeó como una granada explotando en el estómago.

Mientras yo permanecía inmóvil, otros hombres no eran tan discretos. Sus miradas la seguían, algunas descaradas, otras sutilmente disfrazadas detrás de copas de vino. Podía oír los susurros, las voces cargadas de intenciones que no se atrevían a decir en voz alta.

Un nudo me apretó el pecho, y la rabia subió por mi garganta como veneno.

Lo odiaba.

Odiaba la forma en que la miraban. Odiaba que ni siquiera pareciera darse cuenta del efecto que causaba. Pero sobre todo, me odiaba a mí mismo. Porque en ese momento, entre el shock y la furia, había algo más... primitivo y oscuro apoderándose de mi autocontrol.

Y eso me destruyó.

Era incorrecto, inmoral, repulsivo.

Ella era solo una chica. Mi prometida, sí, pero aún una adolescente.

Ese pensamiento debería ser suficiente para enterrar cualquier sentimiento de posesión que intentara alzarse.

Debería.

Pero la imagen de ella con ese vestido, tan segura y al mismo tiempo vulnerable, estaba grabada en mi mente.

Rosalinda finalmente notó mi mirada. Por un instante, nuestras miradas se cruzaron, y ella vaciló.

No había miedo en su expresión.

Curiosidad. Tal vez incluso un rastro de desafío.

Miedo, no.

Fui yo quien desvió la mirada primero.

El calor subió por mi rostro, un recordatorio cruel de que había emociones en mí que no podía controlar, por más que lo intentara.

Rosalinda se detuvo junto a Fiorella, que parecía estar dándole instrucciones discretas. Los hombres alrededor ya comenzaban a moverse,

acercándose como buitres atraídos por el brillo del rojo.

Necesitaba salir de ahí.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo, Rosalia? —Mi voz salió más baja de lo esperado, pero el tono cortante dejaba claro mi descontento.

Rosalia frunció el ceño, pero antes de que pudiera responder, la sujeté por la muñeca y la jalé. El movimiento fue lo suficientemente rápido como para que nadie notara. Ella no se resistió, pero el silencio cargado mientras cruzábamos el salón hasta el invernadero bastaba para saber que estaba furiosa.

Apenas entramos al invernadero, solté su muñeca, quizás con más fuerza de la necesaria. Ella retrocedió un paso, pero mantuvo la cabeza erguida, los ojos brillando con indignación. El silencio que siguió era tan denso como el olor a tierra húmeda y flores delicadas que impregnaba el ambiente.

—¿Qué mierda fue eso?

—Espero que me lo digas tú, Ettore. Porque sinceramente, no tengo idea de lo que está pasando. —Rosalia cruzó los brazos, las cejas arqueadas en desafío.

—¿No lo sabes? —escupí, con la rabia latiendo en cada palabra—. ¿Qué querías decir realmente cuando me suplicaste que mantuviera a Rosalinda lejos de las miradas de este mundo? Porque ahora ella es lo único que todos están mirando. Ese vestido... —Hice un gesto vago, cargado de frustración—. Ese maldito vestido grita exactamente lo contrario de lo que querías para tu hija, ¡*porca miseria*!

Ella parpadeó, confundida, antes de que sus ojos se entrecerraran al comprender.

—¿Crees que fui yo quien lo eligió? —La incredulidad en su voz solo aumentó mi irritación.

—¿No lo fuiste? —retruqué, cruzando los brazos—. Porque sinceramente, no parece algo que tu hija haría sola.

Rosalia dio un paso adelante, su dedo apuntándome como una daga.

—Para tu información, el vestido que elegí para ella era blanco, recatado y completamente apropiado. ¿Eso que viste? ¡Probablemente fue cosa de Fiorella! —Entrecerró los ojos, su tono se volvió más afilado—. Pero estás tan ocupado acusándome que ni siquiera me diste la oportunidad de explicarte.

Mi mandíbula se tensó. La lógica en sus palabras solo alimentaba mi frustración, porque en el fondo sabía que me había precipitado. Pero admitirlo era otra historia.

El sonido de la puerta al abrirse nos detuvo, y Ticiano entró con pasos medidos, sus ojos oscuros recorriendo el ambiente antes de posarse en nosotros.

—¿Puedo saber qué está pasando? —Su voz tenía un tono controlado, pero había algo velado en ella.

—Nada que te involucre, *Tici* —disparé, cruzando los brazos mientras intentaba contener la furia que aún latía en mis venas.

Él frunció el ceño, ignorando mi provocación, y se volvió hacia Rosalia.
—¿Estás bien? —El tono ahora era más suave, casi preocupado.

Ella asintió, aunque su rostro seguía tenso.

—Estábamos discutiendo sobre Rosalinda —empezó, pero la interrumpí.

—Sobre cómo la arrojaron a los leones con ese maldito vestido.

Ticiano alzó una ceja, la comisura de sus labios dibujando una sonrisa sin humor.
—¿Y eso es motivo para arrastrar a mi esposa hasta aquí? —Inclinó la cabeza, la voz adquirió un matiz sarcástico—. Siempre has tenido esa costumbre, Ettore. Invadir y actuar como si tuvieras más derecho sobre Rosalia que yo.

Mi sangre se congeló por un instante antes de hervir.

—No seas ridículo —mi voz salió dura, pero no pude evitar la chispa de rabia que sus palabras encendieron—. ¡Estoy intentando proteger a tu hija!

—¿De verdad? —Dio un paso adelante, sus ojos clavados en los míos—. ¿O estás proyectando tus propias mierdas en ella?

Rosalia alternaba la mirada entre nosotros dos, cada vez más tensa.

—*Tici*, por favor... —intentó intervenir, pero él continuó, ignorándola.

—Admito que me sorprendió cuando aceptaste el compromiso tan rápido, Ettore. Pensé que nunca renunciarías a Rosalia —soltó una risa breve, amarga—. Pero ahora lo entiendo. La hija es un premio de consolación perfecto, ¿no?

Mi visión se oscureció por un momento, y di un paso al frente antes de poder controlarme.

—Cuidado con lo que dices, Ticiano —las palabras salieron como un gruñido bajo.

Él no retrocedió. Al contrario, se acercó más, hasta que estábamos a pocos centímetros uno del otro.

—¿Por qué debería? —entrecerró los ojos, dejando que la furia finalmente se asomara—. Todo el mundo sabe que querías a mi esposa. Pero ahora... tienes a su hija. Así que deberías estar agradecido de haber conseguido una versión más joven de Rosalia.

Rosalia jadeó, el sonido rompiendo el silencio como un cristal que se quiebra.

—¡*Tici*! —El dolor en su voz fue tan evidente que incluso él vaciló, pero ya era demasiado tarde.

Antes de que cualquiera de nosotros pudiera reaccionar, un sonido bajo y contenido llamó nuestra atención. Un sollozo. Nos giramos al mismo tiempo y allí estaba ella.

Rosalinda.

De pie en la entrada, la puerta entreabierta detrás de ella. Su rostro pálido contrastaba con el vestido rojo, y sus ojos abiertos brillaban con lágrimas contenidas.

—Hija... —Rosalia dio un paso vacilante hacia Rosalinda, pero de repente llevó una mano a su vientre, su rostro se contrajo de dolor.

—¡Rosalia! —Ticiano la sostuvo de inmediato, el pánico evidente en su voz mientras ayudaba a su esposa a sentarse en uno de los bancos del invernadero —. Respira hondo, *amore*, respira...

Ella asintió, aunque el dolor aún era evidente. Su mirada, sin embargo, estaba fija en la puerta, donde Rosalinda había desaparecido.

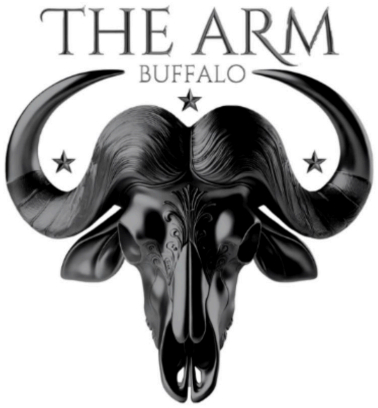
No esperé más.

Pasé junto a ellos y corrí, atravesando el pasillo como si el infierno me persiguiera.

No sabía a dónde había ido, pero eso no importaba.

Iba a encontrarla.

¡Tenía que encontrarla!



CAPÍTULO 5

ROSALINDA

La escalera parecía interminable. Cada escalón era un escenario donde mi inseguridad resonaba. El vestido rojo, una elección que parecía atrevida e imprudente, moldeaba mi cuerpo como una segunda piel. A mi lado, Fiorella mantenía una postura impecable, una mano delicada en mi codo como un recordatorio constante de que yo debía hacer lo mismo.

—Respira hondo —susurró, su tono firme pero gentil—. La confianza empieza en la mirada. Levanta el mentón y míralos como si fueran solo espectadores en una obra de teatro en la que estás a punto de robarte la escena.

Seguí su consejo, aunque el nudo en la garganta y el corazón desbocado hacían tambalear mi determinación. Las miradas se alzaban a medida que bajábamos. Las sentía todas, quemando mi piel como hierro al rojo vivo.

Entonces lo vi.

Ettore.

Estaba de pie, entre un grupo de mujeres, su presencia tan imponente como desconcertante. Por un instante, nuestras miradas se cruzaron, y el tiempo pareció detenerse.

Pero la expresión en su rostro no era la que yo esperaba. No había admiración ni sorpresa. Solo una irritación fría, un desagrado casi palpable.

Desvió la mirada y, con un movimiento brusco, lo vi sujetar a mi madre por la muñeca y arrastrarla, desapareciendo por una puerta lateral.

Una incomodidad creció dentro de mí, pero traté de ignorarla. Hasta que vi a mi padre atravesar el salón y seguir la misma dirección que los dos.
Algo andaba mal.

—Fiorella, necesito un momento —susurré, soltándome de ella antes de que pudiera responder.

Los pasos en el pasillo resonaban mientras me acercaba a la puerta entreabierta. Mis manos temblaban, pero la curiosidad y el miedo me impulsaban.

Mis padres y Ettore discutían, alterados, y mi mente intentaba procesarlo todo al mismo tiempo que un nudo se formaba en mi garganta y mi corazón parecía a punto de salirse por la boca... pero fueron las palabras de mi padre las que me congelaron.

—Todo el mundo sabe que querías a mi esposa. Pero ahora... tienes a su hija. Así que deberías estar agradecido por haber conseguido una versión más joven de Rosalia.

El impacto fue inmediato. La revelación resonando en mi cabeza, perforando mi pecho como esquirlas de vidrio.

"Si alguna vez realmente me amaste, por favor, no aceptes este absurdo..."

El recuerdo de la noche anterior resurgió, trayendo consigo la sensación de traición y desamparo.

Yo era un premio de consolación.

Una pieza de ajedrez en un juego que nunca pedí jugar.

Un sollozo escapó antes de que pudiera contenerlo. Vi a mi madre llevarse la mano al vientre, su rostro contorsionándose de dolor, pero no pude moverme para ir hacia ella.

En realidad, todo lo que más deseaba en ese momento era desaparecer de allí.

Salí corriendo, desorientada, la vista nublada por las lágrimas y la confusión mental.

Los pasillos parecían laberintos, y cuando finalmente llegué a los jardines, el aire fresco no trajo alivio. Estaba tan perdida en sentimientos contradictorios que casi no noté los pasos pesados detrás de mí, hasta que lo oí llamarme por mi nombre.

Ettore.

¡Él venía!

Mi corazón se aceleró de una manera diferente, una mezcla de miedo y rabia que me impulsaba a seguir adelante. No sabía adónde ir, pero no podía dejar que me alcanzara.

Mi mirada captó a un grupo de chicos riendo y conversando cerca de una fuente, y entre ellos estaba Guido De Luca. Fue entonces cuando un impulso insano se apoderó de mí.

Antes de poder pensar con claridad o lógica, simplemente me dirigí hacia ellos, decidida.

—¿Qué…? —Guido apenas tuvo tiempo de reaccionar antes de que atrapara sus labios.

El beso fue apresurado, torpe, y probablemente tan inesperado para él como para mí. No me detuve a pensar, solo actué. Me separé de él y, todavía furiosa, hice lo mismo con otro chico a su lado, que estaba medio atónito por lo que acababa de presenciar, sorprendido cuando también lo besé, ignorando las voces confusas y las risas que resonaban a nuestro alrededor.

Podía sentir las miradas, los murmullos. Pero simplemente no me importó. No había tiempo para arrepentimientos y, tan pronto como me separé del segundo chico, me lancé sobre el tercero, que incluso giró el rostro para evitarme, pero aun así logré capturar sus labios en un beso torpe.

Ahora sí. ¡Estaba hecho!

Uno es poco, dos está bien y tres es demasiado.

No fue así como soñé con dar mi primer beso, y aunque no fue de esos que hacen que las mariposas se revuelvan en el estómago y te dejen sin aliento, fui yo quien decidió cuándo, dónde y con quién.

Ettore Lucchesi no sería el primero.

Me aseguré de quitarle ese "privilegio".

Y hablando de Ettore… estaba cerca. Lo sabía antes incluso de sentir su mano en mi brazo, tirando de mí con tanta fuerza que casi tropecé.

—¿Qué mierda crees que estás haciendo? —Su voz fue un gruñido bajo, cargado de algo que no lograba descifrar.

Mis ojos encontraron los suyos, y el silencio entre nosotros era más ensordecedor que cualquier murmullo a nuestro alrededor.
No dudó. Con un movimiento ágil y firme, volvió a tirar de mí, con más fuerza aún, lanzándome sobre su hombro como si no fuera más que un peso insignificante.

—¡Suéltame! —grité, forcejeando mientras él comenzaba a caminar, ignorando las miradas atónitas de los invitados que presenciaban la escena. —¡No puedes hacer esto!

—¡Cierra la maldita boca! —Su voz era grave y cortante, sin espacio para discusión.

Los protestos fueron inútiles. Cada intento de escapar era como luchar contra una pared de piedra. El aire fresco de los jardines fue reemplazado por el silencio denso de la parte trasera de la propiedad.

Cuando por fin llegamos a un lugar más apartado, me dejó en el suelo con un movimiento brusco y tropecé hacia atrás, jadeando.

—¿Qué demonios se te pasó por la cabeza para lanzarte sobre esos tipos? —Su furia era palpable, irradiando con cada palabra.

—¿Yo? —Mis palabras salieron como un desafío, aunque tenía la garganta seca—. Estoy intentando evitar que me traten como la alfombra donde barren toda la mierda del pasado. ¡Pensé que era mejor escandalizar ahora que convertirme en tu maldita prometida!

Sus cejas se alzaron por un instante, y entonces rió. Una risa baja, cargada de algo tan cruel que un escalofrío recorrió mi columna.

—¿Eso es lo que crees que estás haciendo? ¿Escandalizar? —Dio un paso hacia mí, y retrocedí instintivamente hasta que mi espalda chocó contra la pared de piedra—. ¿Quieres que te rechace? ¿Crees que voy a renunciar a ti por este teatrillo ridículo?

Mi respiración se volvió irregular, pero no me permití titubear.

—Ahora eres libre de elegir otra pretendiente. ¡Adelante! Porque no voy a ser el premio de consolación de nadie.

Su sonrisa desapareció, y algo oscuro tomó posesión de su semblante. Se inclinó hacia mí, tan cerca que el calor de su aliento me erizó la piel.

—¿Premio de consolación? —Su voz fue un susurro, pero con un peso insoportable—. No entiendes una mierda, *bambina*.

—¡No me llames así! —espeté, pero no retrocedió.

—Entonces escucha bien, porque solo lo diré una vez. —Me recorrió con la mirada, su mirada de lince me inmovilizó—. Cualquiera que se atreva a mirarte con lujuria, le arrancaré los ojos. Si intentan seducirte con palabras bonitas, les arrancaré la lengua. Si se atreven a tocar un centímetro de tu piel suave y perfecta, les cortaré las manos. Y si tú llegas a corresponderles con una simple sonrisa… mataré a cada uno de ellos.

Tenía la garganta seca y las rodillas me temblaban. La intensidad de sus palabras era como una descarga eléctrica que me paralizaba.

—¿Por qué estás siendo tan cruel? —susurré, temblando.

—Porque tú me perteneces. —Inclinó la cabeza, los ojos entrecerrados con un brillo que rozaba lo depredador—. Y nadie que codicie lo que es mío sobrevive.

Por un momento, no pude hablar. El peso de sus palabras me envolvía como una cadena pesada, arrastrándome en un mar de emociones contradictorias.
Rabia. Miedo. Y algo que no quería admitir.

—¡Eres un monstruo! —Mi voz por fin salió, cargada de algo entre desafío y desesperación.

Volvió a reír, esta vez más bajo, pero igual de cruel que antes.

—Pero soy el monstruo que te protege, *bambina*.

Quería odiarlo.

Necesitaba odiarlo.

Pero lo único que sentía era una confusión aplastante que parecía no tener fin.

—¡Nunca te amaré! —escupí, encontrando fuerzas para apartarme de la pared y mirarlo de frente—. ¡Nunca!

Las palabras salieron calculadas para herirlo.

Por un breve instante, algo brilló en sus ojos. No era dolor, ni sorpresa. Era… algo más perverso, algo que me hundió el estómago.

Retrocedió un paso, y la sonrisa que se formó en su rostro fue puro desprecio.

—¿Amor? —Soltó una risa breve, helada—. No necesito tu amor, *bambina*. Solo tu obediencia.

Mi respiración se atascó, y la intensidad de su presencia era sofocante. Estaba tan cerca que apenas podía pensar, cada palabra grabándose en mi mente como una sentencia irrevocable.

El silencio opresivo fue interrumpido por el sonido de pasos rápidos acercándose.
Fiorella apareció al girar la esquina, el rostro cargado de preocupación.

—¿Qué está pasando aquí? —Su voz era firme, pero había un dejo de vacilación mientras sus ojos iban de Ettore a mí.

—Nada que te concierna —respondió él, con una voz tan dura como una roca.

Ella lo ignoró y se acercó a mí, colocándose parcialmente entre nosotros como un escudo.

—Rosalinda, ¿estás bien? —preguntó, su mirada cargada de empatía.

No respondí. No podía. Mis manos todavía temblaban y las palabras de Ettore seguían resonando en mi cabeza.

Él se volvió hacia su hermana, la rabia evidente en cada movimiento.

—Consigue algo decente para que se ponga —ordenó, señalándome como si fuera un problema que había que resolver—. Algo que no la haga parecer una puta barata.

Los ojos de Fiorella se abrieron con sorpresa y mi boca también, pero no salieron palabras.

—¡Ettore, esto fue demasiado lejos! —protestó Fiorella, pero él ya se alejaba sin mirar atrás, sus pasos pesados resonando en dirección a la casa principal.

—Vamos, querida —Fiorella me tomó del brazo con suavidad, guiándome.

La seguí sin resistencia, pero el peso del enfrentamiento con Ettore seguía sobre mí como una sombra que no me dejaba respirar.

*****

El cuarto de Fiorella era un contraste evidente con el resto de la propiedad de los Lucchesi. Mientras los demás espacios exudaban un lujo pesado, el suyo era aireado y minimalista, con muebles blancos y detalles delicados que lo convertían en un refugio dentro de aquella opulencia asfixiante.

Me quedé parada en medio de la habitación, con los dedos temblorosos deslizándose por la tela del vestido, que ahora parecía pesar toneladas. Cada movimiento era un esfuerzo, y mi mente hervía con las palabras de Ettore, aún resonando en mi cabeza.

—Aquí. Esto debería servir —Fiorella volvió del vestidor, cargando un vestido azul claro, sencillo pero elegante, algo que parecía reflejar su propia personalidad reservada.

Me negaba a volver a ponerme aquella prenda blanca e infantil. La había dejado en el cesto del baño de la hermana de Ettore, sin un gramo de arrepentimiento.

Asentí en silencio, tomando el vestido sin mirarla. Caminé hasta el espejo, comenzando a soltar las presillas que sujetaban la tela roja a mi cuerpo. El reflejo me observaba con unos ojos que ya no reconocía. Enrojecidos, llenos de rabia impotente mezclada con vergüenza.

El vestido resbaló por mi cuerpo, cayendo a mis pies. Me quedé quieta, observando mi figura en el espejo, solo en ropa interior sencilla y sin gracia.

—Es un tirano —murmuré, con la voz quebrada—. Todos lo son. Me tratan como una pieza moldeable en este juego sucio. Y los odio por eso.

Fiorella, que estaba cerca de la ventana, se giró hacia mí. Sus ojos reflejaban algo más que empatía, como si comprendiera lo que sentía de una forma que nadie más podría.

—Si quieres —comenzó, haciendo una pausa como si eligiera cuidadosamente sus palabras—. Puedo enseñarte a ser una buena jugadora también.

Contuve la respiración y finalmente la miré. No parecía estar bromeando. Había algo en su expresión que era, al mismo tiempo, peligroso y fascinante.

—¿Cómo así?

Una leve sonrisa, casi conspiradora, curvó sus labios.

—El tablero cambia por completo cuando aprendes las reglas, Rosalinda. Y mejor aún, cuando sabes cómo romperlas sin que nadie se dé cuenta.

Guardé silencio, mis manos aferradas al vestido azul como si eso pudiera anclarme a la realidad. Las palabras de Fiorella parecían llevar una promesa que no sabía si estaba lista para aceptar.

Pero al mismo tiempo, tal vez era exactamente lo que necesitaba.

*****

El camino de regreso a casa fue un silencio asfixiante. Sentada en el asiento trasero, notaba las miradas ocasionales de Alessandro y Marco a través del espejo retrovisor, pero ninguno dijo una sola palabra.

Mis padres ya habían regresado antes que yo, porque mamma se había sentido mal y Marco mencionó que llamaron al equipo médico, por si se trataba

de un parto prematuro.

Las damas de la *cosa nostra* daban a luz en casa.

La culpa me carcomía por dentro al saber que yo había desencadenado el malestar de mi madre, y recé en silencio para que mis hermanitas estuvieran bien, para no haber dañado la gestación. Por mucho que me sintiera herida o dolida con mamma, jamás desearía que algo malo le ocurriera, ni a ella ni a las pequeñas que estaban por nacer.

Papà debía estar odiándome en ese momento.

Cuando llegamos a la mansión, cada paso hacia mi habitación pesaba más que el anterior. La vergüenza, el agotamiento y el peso abrumador de las palabras de Ettore estaban grabadas en mí como hierro caliente. Apenas cerré la puerta, me desplomé sobre la silla junto al tocador, respirando hondo para controlar el torbellino de emociones que amenazaba con desbordarse.

Pero sabía que papà no lo dejaría pasar.

El sonido abrupto de la puerta al abrirse retumbó como un trueno que anunciaba una tormenta inminente. Me giré de golpe y allí estaba él, su silueta recortada por la luz del pasillo.

Ticiano Povvi no solo parecía furioso, exudaba una ira fría y letal.

—¿Sabes lo que has hecho? —Su voz baja era más aterradora que cualquier grito.

Me quedé paralizada, mis manos apretando los bordes de la silla. No pude responder. No había excusa para lo que hice, aunque en el fondo supiera que actué por impulso, dolor y desesperación.

Se acercó con pasos firmes, cruzando la habitación en segundos. Antes de que pudiera reaccionar, su mano se alzó y descendió con fuerza, la bofetada resonando en el silencio como un disparo. Mi cabeza giró hacia un lado, el ardor quemando mi piel como una brasa.

No llores. No grites. No le des esa satisfacción.

—¡Eres una vergüenza, Rosalinda! —Su voz era un látigo que golpeaba mi alma con cada palabra—. ¡Solo traes deshonra a esta familia!

Solté un suspiro tembloroso, pero mantuve los ojos fijos en el suelo, sabiendo que mirarlo solo empeoraría las cosas.

No se detuvo. Agarró mi rostro con una mano, sus dedos presionando con fuerza mi mandíbula mientras me obligaba a mirarlo.

—¡Tu mamma casi pierde a las gemelas por tu culpa! —espetó, su aliento caliente impregnado de furia—. El estrés que causaste pudo haberla matado, ¡todo porque decidiste montar un patético escándalo frente a toda la *famiglia*!

Intenté soltarme, pero su mano era una pinza de hierro.

—¡Mírame! —ordenó, sacudiéndome con violencia—. ¿Crees que puedes comportarte como una putita rebelde sin enfrentar las consecuencias?

Mi garganta ardía, pero me negué a emitir un sonido.

—Debería romperte, niña. —Me soltó con un empujón que me hizo chocar contra la pared—. Si no fueras mi hija…

No terminó la frase, pero el silencio que siguió fue más cruel que cualquier palabra.

—Papà, yo... —Mi voz salió débil y quebrada, pero me interrumpió antes de que pudiera continuar.

—¡No! —Dio un paso al frente, señalándome con el dedo—. ¡No me llames papà como si aún sintiera orgullo por ti! Tu mamma puede perdonarte, ¡pero yo no! No después de lo que hiciste hoy.

Me miró durante un momento que pareció eterno, sus ojos cargados de una furia contenida que me hizo estremecer.

—Mañana, vuelves al internado —su voz era fría y calculada—. Y si escucho de nuevo que tuviste una actitud irrespetuosa, juro por Dios que te haré rogar por misericordia.

Antes de irse, se giró una última vez, con los ojos entrecerrados y cortantes.

—Aprende a comportarte, Rosalinda. O este mundo te devorará antes de que entiendas cómo funciona.

La puerta se cerró de un portazo, dejando la habitación sumida en un silencio sepulcral.

Me dejé caer sobre la cama, sintiendo el ardor de la bofetada en mi rostro y el peso de sus palabras aplastando mi pecho. Por más que quisiera gritar, lo único que logré fue morderme los labios con fuerza, conteniendo los sollozos.

Y entonces, como si supiera que lo necesitaba, Lúcifer salió del vestidor, su presencia sólida y reconfortante. Se acercó, apoyando las patas en mi regazo y lamiendo mi rostro con delicadeza.

—Tú no me odias, ¿verdad, chico? —susurré, con la voz rota.

Él ladeó la cabeza como si entendiera, y ese gesto simple trajo un destello de fuerza que creía haber perdido.

Ya no podía seguir siendo manipulada como una marioneta, no podía ser solo una pieza en este juego. Ticiano quería quebrarme, pero no sería tan fácil.

Si quería una oportunidad para sobrevivir, y más aún, para tener control sobre mi propia vida, necesitaba aprender. Entender las reglas y descubrir cómo doblarlas a mi favor.

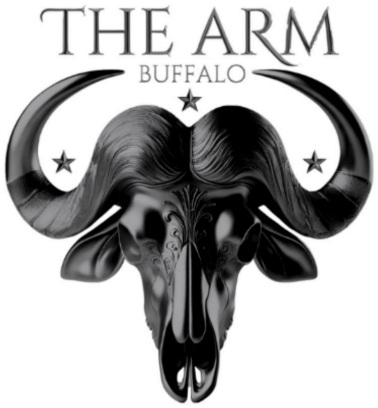
Tomé el celular con las manos aún temblorosas, pero mis dedos estaban firmes al escribir un mensaje corto y definitivo para Fiorella:

"Acepto. Enséñame a jugar."

Lo envié, sintiendo una determinación helada asentarse en mi pecho.

Miré a Lúcifer, ahora acurrucado a mi lado.

—Se van a arrepentir de haberme subestimado.



CAPÍTULO 6

ETTORE

El almacén estaba en una zona industrial abandonada a la orilla del Lago Erie, un lugar donde el viento gélido de Buffalo silbaba a través de las rendijas de las paredes metálicas, corroídas por el tiempo. Era un lugar apartado, olvidado por la ciudad, pero perfecto para *The Arm*. Un territorio que pocos se atreverían a invadir.

El olor a aceite, polvo y hierro impregnaba el ambiente, mezclándose con el sonido amortiguado de las olas del lago a lo lejos. El galpón estaba iluminado por lámparas fluorescentes que parpadeaban intermitentemente, proyectando sombras que danzaban como espectros en las paredes manchadas.

Estaba descalzo, vestido solo con mis pantalones de sastre oscuros, el pecho desnudo brillando con el sudor acumulado de horas de entrenamiento. El calor ascendía por mi piel, una furia visceral ardiendo dentro de mí, alimentada por recuerdos recientes que quería enterrar a golpes.

Mis *soldati* estaban alrededor, formando un círculo perfecto, sus rostros imperturbables, pero con ojos atentos. Sabían que estaba encabronado, y nadie se atrevía a cuestionarlo.

— Tírenlos aquí. — Mi voz resonó como un trueno contenido, pero lo suficientemente amenazante como para que dos *soldati* empujaran a los chicos al centro del galpón.

Guido De Luca tropezó al caer de rodillas, seguido por los otros dos: Matteo Ferrari y Anthony Morelli, hijos de asociados menores de la *famiglia*. Los tres estaban pálidos, el miedo emanando de cada poro.

— Sabes que no fue culpa nuestra, Ettore... — empezó Guido, la voz temblorosa como una hoja al viento.

Levanté la mano, cortando sus palabras.

— Cierra la maldita boca, Guido. — Mi tono era letal. — No quiero excusas. Tuvieron opciones y eligieron mal. Ahora solo tienen dos: o salen de aquí con una bala en la cabeza o luchan para salir, al menos, respirando.

Los tres intercambiaron miradas rápidas, el terror marcado en sus rostros.

— Luchen o mueran — reforcé con una sonrisa fría, haciendo un gesto para que se levantaran.

Matteo fue el primero en avanzar, vacilante pero desesperado por sobrevivir. Intentó golpearme directamente en la cara, pero era predecible. Incliné el cuerpo hacia un lado y sujeté su muñeca, torciéndola con la suficiente fuerza como para hacerlo caer de rodillas. Una patada en su costado lo hizo rodar por el suelo, gimiendo de dolor.

Anthony aprovechó la oportunidad para atacarme por la espalda, pero su duda le costó caro. Giré rápidamente, esquivando su movimiento torpe, y le di un puñetazo en la mandíbula que lo hizo tambalearse.

— Se están esforzando por decepcionarme. — Mi voz era fría, casi aburrida.

Mientras Matteo se levantaba, Guido dudaba, mirando a su alrededor como un animal acorralado.

— Guido, si crees que huir te va a salvar, te sugiero que lo pienses mejor. — Mis palabras eran puro veneno.

Finalmente cedió a la presión y avanzó, más rápido y agresivo que los otros dos, pero aún así predecible. Su intento de golpe fue desviado con facilidad y usé su propio impulso en su contra, girándolo y lanzándolo de cara al suelo.

Los tres decidieron unirse.

Un error.

Vinieron juntos, intentando rodearme. Matteo atacó por la derecha, Anthony por la izquierda, mientras Guido lo hacía de frente. Esperé el momento exacto y, cuando atacaron todos a la vez, me agaché rápidamente, haciendo que Matteo y Anthony chocaran entre sí. Antes de que Guido pudiera reaccionar, mi puño impactó en su estómago, dejándolo sin aire.

Los dos primeros estaban inconscientes en el suelo, pero Guido aún se retorcía, intentando desesperadamente recomponerse.

— Debería matarte ahora mismo. — Me agaché a su lado, mi voz un susurro peligroso. — Pero eso sería misericordia.

Lo agarré del cuello de la camisa, obligándolo a mirarme. Sus ojos estaban abiertos de par en par, desbordantes de terror.

— ¿Creíste que podías tocarla y salir impune? — gruñí, golpeándole el rostro con fuerza.

La sangre comenzó a correr por su nariz y rompió a sollozar, las lágrimas cayendo sin control.

— Por favor... — balbuceó, pero lo golpeé de nuevo.

Su cuerpo temblaba y el olor inconfundible de orina llenó el aire cuando perdió el control por completo.

— Eres un mocoso cobarde, Guido. — Lo solté con desprecio, viéndolo caer al suelo como un saco de huesos rotos.

Un silencio pesado cayó sobre el galpón. Mis *soldati* no dijeron nada, pero el respeto y el miedo en sus miradas eran inconfundibles.

Mi respiración era pesada, y la sangre en mis manos era tanto un alivio como un recordatorio de que la rabia aún ardía.

No había terminado.

Y fue entonces cuando escuché pasos resonando sobre el metal.
Ticiano apareció en el galpón como una tormenta, el sonido de sus pasos reverberando en las paredes metálicas. El silencio que siguió fue denso,

palpable, mientras mis *soldati* intercambiaban miradas tensas. Sabían lo que venía, pero nadie se atrevía a intervenir.

El *Consigliere* se detuvo a unos metros de distancia, los ojos oscuros clavados en mí, el rostro endurecido por una mezcla de ira y frustración. Era una expresión que conocía bien, pero allí, en medio de ese círculo de tensión y violencia, parecía amplificada.

— ¿Estás satisfecho, *amico*? — Su voz quebró el silencio. — ¿Esto es lo que entiendes por resolver un problema?

No respondí de inmediato, solo lo miré fijamente, limpiando la sangre de mis manos en el pantalón como si fuera un gesto casual. Mi pecho subía y bajaba con la respiración agitada, pero mi postura permanecía firme.
— Si viniste aquí a dar un sermón, *Tici*, vuelve a casa. No tengo paciencia para tus mierdas ahora.

Él rió, un sonido corto y vacío, mientras comenzaba a desabotonarse el saco.
— ¿Un sermón? No, Ettore. Esto es mucho más que eso. — Dejó caer el saco al suelo, desabrochando los puños de la camisa enseguida. — ¿Crees que puedes andar por ahí actuando como un animal sin control? ¿Que este comportamiento impulsivo va a resolver algo?

Seguí en silencio, observando mientras se quitaba la camisa y la doblaba con calma, colocándola sobre una pila de cajas. Sus movimientos eran calculados, llenos de una tensión contenida que decía más que mil palabras.

— Esto no es sobre resolver nada, *Tici*. — Mi voz era baja, pero cargada de una ira helada. — Se trata de mantener las cosas en su lugar. Algo que tú deberías entender.

Rió de nuevo, más amargo esta vez, mientras se quitaba los zapatos y los apartaba con una patada.

— ¿En su lugar? — Dio un paso al frente, ahora tan descalzo y expuesto como yo, vistiendo solo los pantalones negros. — No estás manteniendo nada. Estás destruyendo lo poco que queda de control.

El círculo a nuestro alrededor pareció encogerse. Los *soldati* observaban con expresiones rígidas, la tensión creciendo a cada segundo. Era raro ver al *Consigliere* y al *Underboss* a punto de enfrentarse, pero en ese momento era inevitable.

— Si tanto te molesta, *Tici*, ven y muéstrame cómo se hace. — Abrí los brazos en un gesto desafiante, los ojos fijos en los suyos.

Él avanzó de nuevo, deteniéndose a pocos pasos.

— No estás pensando con claridad, Ettore. Y peor, estás dejando que tus emociones lo dominen todo. Eso es peligroso.

— Y tú siempre llegas tarde con tus lecciones de moral. — Señalé a los hombres inconscientes en el suelo. — No sabían lo que hacían y pagaron el precio. Tal vez tú también necesites un recordatorio.

Por un momento vaciló, pero el fuego en sus ojos no disminuyó. En cambio, dio un paso más, ahora dentro del círculo.

— Si eso es lo que quieres, *fratello*, te lo daré.

Esbocé una sonrisa fría y depredadora.

— Finalmente, algo interesante.

El aire del galpón era espeso cuando Ticiano levantó la mano, ordenando a los *soldati* que se retiraran. La vacilación fue evidente, pero una sola mirada mía bastó para que obedecieran. A pesar de la autoridad de Ticiano como *Consigliere*, todos allí respondían ante mí, el *Underboss*.

— Todos ustedes. ¡Fuera! — repitió, mientras los hombres se retiraban en silencio hacia la salida, cerrando la pesada puerta tras de sí.

El espacio vacío amplificó el sonido de nuestros pasos descalzos sobre el concreto. Quedamos frente a frente, ambos con la postura rígida, los cuerpos preparados para el combate que estaba por desatarse.

Ticiano fue el primero en moverse. Su ataque fue rápido y preciso, una serie de golpes que bloqueé con esfuerzo. Él era mayor, cinco años de experiencia que pesaban en su fuerza y técnica, pero yo era más ágil, y la rabia que latía en mis venas era una ventaja peligrosa.

— Estás fuera de control — gruñó entre un golpe y otro, sus palabras cargadas de frustración.

— Tal vez. — Retrocedí, esquivando un cruzado que rozó mi rostro. — Pero al menos no soy un hipócrita.

La provocación dio en el blanco. Avanzó de nuevo, pero esta vez estaba listo. Aproveché una apertura y lo golpeé en el costado, haciéndolo retroceder con una mueca de dolor.

— ¿Hipócrita? — escupió la palabra, recuperando el equilibrio. — ¿Crees que no veo lo que hay detrás de toda esta mierda de sentido del deber?

Nos movíamos en círculos, los ojos fijos el uno en el otro, cada movimiento tenso, cargado de intención.

— Crees que entiendes, pero no entiendes una mierda. — Mi voz salió cortante mientras bloqueaba otro ataque. — Siempre pensaste que le propuse matrimonio a Rosalia por algún sentimiento romántico.

El siguiente golpe fue más fuerte, y *Tici* me alcanzó en el hombro, haciéndome tambalear un poco hacia atrás.

— ¿Y no fue así? — rugió, avanzando de nuevo. — ¡Tenías diecisiete años y estabas dispuesto a enfrentarte a Dios y al mundo para casarte con ella! ¿Por qué?

Esta vez, fui yo quien lo golpeó en el estómago, haciéndolo doblarse por un instante.

— ¡Porque estaba embarazada, carajo! — gruñí, la rabia desbordando en cada palabra. — Porque sabía que Rosalia necesitaba protección, después de toda la mierda por la que pasó por la *famiglia*, y nadie más iba a hacer eso.

Él se enderezó, los ojos ardiendo de ira, pero había un destello de duda, quizás.

— Cuando ustedes dos se juntaron, me sentí aliviado — continué, mi voz más baja pero igual de firme. — Porque sabía que cuidarías de ella. Que Rosalia estaría segura, y que el bebé tendría un buen padre. Sabes que siempre te admiré.

Ticiano dudó, el impacto de mis palabras lo hizo retroceder ligeramente.
— Pero has sido un padre de mierda, *Tici*. — Di un paso hacia adelante, ignorando el sudor que me corría por el rostro y el pecho. — Nunca aceptaste a Rosalinda porque no lleva tu sangre. Siempre la trataste como una carga.

Apretó los puños, la tensión recorriendo su cuerpo.

— ¿Y crees que aceptar este matrimonio te convierte en un héroe? — escupió, el rostro deformado por una mezcla de ira y dolor.

— No soy un héroe. — Mi respuesta fue firme. — Pero al menos sé lo que significa honrar una responsabilidad. Y proteger a Rosalinda es mi responsabilidad ahora.

Hubo un momento de silencio, solo nuestras respiraciones pesadas llenando el espacio.

— Me gustaría que alguien hiciera eso por Fiorella, si alguna vez fuera necesario — continué en voz baja, casi un susurro. — Pero mi hermana tiene el coraje y el poder suficiente para enfrentarse a su destino. Rosalia nunca tuvo esa oportunidad, y con Rosalinda no sería muy diferente.

Lo miré, las palabras pesando entre nosotros.

Tici solo escuchaba.

— Así que deja de insinuar que tengo algún tipo de sentimiento por tu esposa. — Mi voz era fría, pero cargada de una confianza inquebrantable. — Hoy fue la maldita última vez que escuché esa mierda salir de tu boca.

Siguió mirándome fijamente, y pude ver la lucha interna que libraba. Finalmente negó con la cabeza, una risa amarga escapando de sus labios.
— La chica regresará al internado mañana. Estará segura allí hasta que tenga la edad suficiente para el compromiso. Después del fiasco de hoy, es mejor dejar que el polvo se asiente. — Lo que dijo después hizo que mi sangre se congelara. — También le di la lección que se merecía por faltarnos el respeto.

Mi visión se oscureció.

Avancé con todo, mi puño alcanzando su mandíbula con la fuerza suficiente para derribarlo al suelo. *Tici* intentó levantarse, pero mi pie encontró

su pecho, manteniéndolo en el lugar.

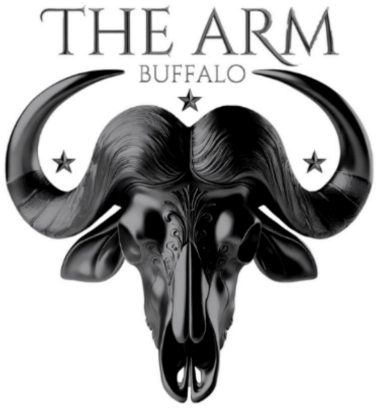
— Si vuelves a tocar un solo cabello de Rosalinda — gruñí, cada palabra saliendo como una sentencia de muerte — considérate un hombre muerto, *fratello*.

Él se quedó inmóvil, su mirada clavada en la mía. Ya no había ira en sus ojos. Solo algo que no podía identificar.

Lo solté, retrocediendo, el cuerpo aún tenso y listo para continuar, pero él no se movió. Solo se levantó lentamente, limpiando el polvo de sus pantalones antes de lanzarme una última mirada.

— Asegúrate de que tus emociones no te maten, Ettore. — Se dio la vuelta y caminó hacia sus ropas, antes de dejarme allí, solo.

Respiré hondo, tratando de contener la furia que aún ardía dentro de mí. Las palabras de *Ticiano* seguían resonando, pero sabía una cosa:
Nunca más permitiría que nadie lastimara a Rosalinda. Jamás.



CAPÍTULO 7

ROSALINDA

CUATRO AÑOS DESPUÉS...

DÍAS ACTUALES...

Dicen que solo conoces verdaderamente un lugar después de dejarlo. Buffalo nunca fue solo mi hogar, sino el escenario de todo lo que amé y odié, el espacio que moldeó quién era y quién me negaba a ser.

Dos años fuera del país no fueron solo un intervalo en mi vida, sino el tiempo que necesité para prepararme y entender que, si el destino era inevitable, entonces lo controlaría a mi manera.

El vuelo de regreso a Buffalo fue tranquilo, pero mi mente no descansaba. *Lúcifer* estaba a mi lado, su cuerpo imponente ocupando el espacio de forma casi intimidante, incluso en una cabina de primera clase. No era precisamente común ver un *doberman* adulto en un avión, pero nada en mi vida había sido común, de todos modos.

Cuando opté por hacer un intercambio en Italia, *papà* aceptó con una rapidez sorprendente. Tal vez porque, cuanto más lejos estuviera, mejor para él. Llevar a *Luci* conmigo no fue difícil. Con las gemelas en casa, él no lo quería cerca, temiendo que representara una amenaza, a pesar de que yo le había asegurado que nunca sería un peligro.

Fue un alivio saber que mi fiel compañero viajaría conmigo. Durante los dos años que pasamos en Europa, *Luci* no fue solo mi guardián, sino también mi ancla emocional. En aquel vuelo de regreso, su presencia era una declaración silenciosa de fuerza, algo que yo necesitaba desesperadamente sentir.

La mirada atenta del *doberman* recorría la cabina de vez en cuando, como si él también supiera que volvíamos al corazón de algo mayor... y más peligroso. Cuando apoyó la cabeza en mi regazo, el gesto trajo un consuelo momentáneo, pero el nudo en mi estómago permanecía.

Marco y *Alessandro* estaban conmigo, como siempre. Eran más que soldados leales a *The Arm* y mis escoltas. Se habían convertido en mis mentores, protectores y, de alguna forma, en mi verdadera familia mientras estuve lejos de casa.

El suave roce de las ruedas en la pista marcó nuestra llegada. El Aeropuerto Internacional de Buffalo Niagara parecía congelado en el tiempo: concurrido, pero impersonal. Personas apuradas se cruzaban, cargando equipaje e historias que nunca serían contadas. Aun así, al atravesar sus puertas, sentí un peso diferente en el aire.

Era la familiaridad de la ciudad que alguna vez llamé hogar, mezclada con la certeza de que nada sería como antes. No era solo el lugar, sino la sensación de regresar al centro de lo que me definía, aunque hubiera pasado dos años enteros intentando crear una nueva versión de mí misma.

En la zona de llegadas, *Lúcifer* atrajo miradas curiosas e intimidadas. Su porte imponente y expresión casi calculadora exigían respeto. Incluso con el chaleco de "animal de apoyo emocional", era imposible ignorarlo.

— No debe de ser muy frecuente que este aeropuerto reciba un pasajero tan... impresionante — murmuró *Marco*, con una sonrisa ladeada mientras caminábamos hacia la salida.

— Lo impresionante es que se comporta mejor que muchos humanos en primera clase — respondí, acariciando a *Lúcifer* detrás de las orejas. Él simplemente alzó la cabeza con aire de superioridad, como si comprendiera perfectamente el elogio.

— No puedo discutir eso — añadió *Alessandro*, sujetando una de las asas de mi equipaje. Sus ojos escaneaban el espacio con atención, como siempre, mientras mantenía el paso a nuestro lado.

Cuando por fin salimos del aeropuerto, el aire fresco de *Buffalo* me golpeó como un recuerdo familiar y bienvenido. *Lúcifer* tiró levemente de la correa, emocionado por el cambio de ambiente. Era disciplinado hasta el límite, pero su energía constante era algo que había aprendido a apreciar.

El SUV negro que habíamos alquilado nos esperaba en la acera, con un empleado uniformado que rápidamente abrió la puerta para mí. *Alessandro* y *Marco* ayudaron a acomodar el equipaje mientras yo indicaba a *Lúcifer* que subiera primero. Saltó al asiento trasero con una agilidad que no se correspondía con su tamaño y pronto estaba acomodado a mi lado, con la cabeza erguida y los ojos atentos a cada movimiento.

El silencio era cómodo. *Marco* iba en el asiento del copiloto, revisando mensajes en el móvil, mientras *Alessandro* conducía con la precisión calculada de quien sabe que tiene vidas bajo su responsabilidad. *Luci* miraba por la ventana, atento a cada movimiento fuera, pero de vez en cuando, me lanzaba una mirada, como queriendo asegurarse de que todo estaba bien.

Mis escoltas se habían encargado de todo, como siempre lo hicieron desde que me convertí en una adolescente consciente del peso de mi apellido. Y en los últimos veinticuatro meses, se convirtieron en la delgada línea entre mi libertad y el control invisible que mi familia aún ejercía sobre mí.

Sin embargo, tuve la oportunidad de ponerlos de mi lado.
Ambos sabían en quién me convertiría dentro de unos años: la futura matriarca de *The Arm*. Proteger a una reina era importante, pero ser protegidos por una era invaluable. Los dos lo sabían perfectamente y me veían como una inversión a mediano plazo, considerando que el próximo año me casaría con el futuro *Boss* de toda esta mierda. No pasaría mucho tiempo antes de que *Nestore Lucchese* se retirara y pasara el Trono a su hijo.

Pasé la mano por el pelaje de *Lúcifer*, que reposaba a mi lado como una estatua viviente. Él era el recordatorio silencioso de que, incluso en un mundo donde todo parecía escapar a mi control, había algo que aún podía llamar mío.

Mientras el coche se deslizaba por las calles de *Buffalo*, algo dentro de mí cambió. Ya no era la niña que había dejado esa ciudad. No. Era una mujer con planes, y estaba lista para empezar a mover mis piezas.

— Todo está listo en *The Mansion*, signorina — *Marco* rompió el silencio, levantando la vista del móvil.

— *Grazie*, *Marco*. — Asentí, dejando que mi mirada vagara por la ventana mientras las calles bien cuidadas de *Buffalo* pasaban.

— Sus padres la esperan mañana en la mansión — *Alessandro*, al volante, lanzó una mirada por el retrovisor. — ¿Está segura de que quiere pasar la noche en el hotel?

— Por eso pedí un regreso anticipado y discreto, ¿no es así? — Sonreí, intentando aliviar la tensión en su voz. — Solo necesito un poco de espacio antes de volver al ojo del huracán.

— ¿Y ese espacio significa pasar la noche sola? — *Marco* arqueó una ceja, sin ocultar su desconfianza.

Me conocían demasiado bien.

— Claro que no. — Solté una risa baja. — Ustedes dos siempre están encima de mí, después de todo.

— Siempre estamos, *signorina*. — *Alessandro* negó con la cabeza, con una sonrisa ladeada que mezclaba exasperación y un tipo de afecto fraternal.

Mientras el coche se dirigía al centro de la ciudad, los recuerdos de *Buffalo* comenzaron a mezclarse con el paisaje. El contorno sereno del *Lago Erie* y la imponente grandeza del *City Hall* eran tan familiares como un aroma o una canción que no sabes que extrañabas hasta que la escuchas de nuevo. Sin embargo, ahora había algo diferente, una conciencia aguda de quién era yo y de lo que estaba a punto de enfrentar.

— Hemos llegado. — *Marco* interrumpió mis pensamientos cuando el coche se detuvo frente a la elegante fachada de *The Mansion*, iluminada por las luces suaves del inicio de la noche.

Bajé del coche, ajustando el abrigo mientras *Alessandro* abría la puerta trasera para *Lúcifer*. El *doberman* descendió con la elegancia que parecía inherente a su porte. Algunas personas en la entrada del hotel se detuvieron a mirar, sorprendidas por su tamaño e imponencia. Incluso en su postura relajada, *Luci* irradiaba un aura de poder que intimidaba a la mayoría.

— ¿Ustedes se encargarán de él mientras yo esté aquí, verdad? — Me arrodillé junto a *Luci*, sosteniendo su rostro entre mis manos. Él respondió con un pequeño gemido, frotando el hocico contra mi cuello.

— Por supuesto, *signorina*. — *Marco* se acercó, dándole una leve palmada en la cabeza al perro. — Es más disciplinado que muchos soldados que he conocido.

— Eso es verdad. — *Alessandro* rió bajo. — No da ningún problema.

Los miré a ambos, sintiendo una leve presión en el pecho. No sabían cuánto les agradecía todo lo que hacían por mí.

— Estaré con *Fiorella* más tarde. No necesitan acompañarnos. — Me puse de pie, alisando el abrigo y mirándolos.

— Ese no era el plan. — *Alessandro* suspiró, lanzando una mirada de soslayo a *Marco*.

— Esta noche es mía. Quiero un poco de libertad antes de volver al papel de hija obediente — argumenté, sabiendo que necesitaría su permiso, aunque fuera de forma indirecta.

Hubo un breve silencio antes de que *Marco* cediera con una leve inclinación de cabeza.

— Una noche, *signorina*. Pero deberá informarnos a dónde va, y estaremos a solo una llamada de distancia.

— Trato hecho. — Me incliné de nuevo hacia *Luci*, sosteniendo su hocico por un momento. — Compórtate, chico. Vuelvo pronto.

Lúcifer, siempre alerta, se sentó al lado de *Marco* con la elegancia de quien sabe que es más que un simple perro. Era mi sombra, mi confidente y, en

muchos momentos, mi fuerza. *Marco* lanzó una mirada cómplice a *Alessandro*, quien negó con la cabeza con una media sonrisa.

— No se preocupe, *signorina*. *Luci* estará bien cuidado. — *Marco* se inclinó, dándole una palmada cariñosa en la cabeza al *doberman*.

— Como si necesitara cuidados... — murmuró *Alessandro* por lo bajo. — Es más probable que él nos cuide a nosotros.

Reí, sintiéndome un poco más ligera. Con una última mirada a *Luci*, subí los escalones del hotel, ajustando el abrigo mientras el aire frío de la noche rozaba mi piel.

Después de hacer el *check-in*, subí a la habitación espaciosa, decorada con una elegancia atemporal. Las amplias ventanas ofrecían una vista impresionante de *Buffalo*, y por un momento me quedé frente al cristal, observando las luces de la ciudad. Parpadeaban como estrellas invertidas, un recordatorio vívido de que estaba de vuelta en el centro de un mundo que necesitaba conquistar.

Teóricamente, me sentía lista.

Preparada.

Había pasado los últimos cuatro años mentalizándome de que me convertiría en la esposa de *Ettore Lucchese*, y no había forma de revertir ese destino, a menos que el propio *Underboss* renunciara al acuerdo. Y él había dejado muy claro que no lo haría.

Papà no se preocupaba por mí, y ya lo había avergonzado durante el evento donde debía anunciarse mi compromiso con *Ettore*. *Mamma* no tenía poder de decisión alguno y... bueno, ya no confiaba en ninguno de los dos.

Desde lo que presencié en aquel jardín de invierno, comprendí que solo podía contar conmigo misma, y durante estos últimos años, me transformé. Ya no era la chica que *Ettore Lucchese* asustó y amenazó.

Estar de vuelta era más pesado de lo que imaginaba, pero fue mi elección. Y no tenía intención de desperdiciarla.

Sin embargo, la euforia de estar allí se mezclaba con la ansiedad.

¿Qué había hecho?

Adoptar un estilo tan radical...

El impacto sería inevitable.

Pero esa es la intención, ¿verdad?

Ser notada, destacar.

Un suave sonido en la puerta me sacó de mis pensamientos. Ajusté el abrigo y fui hacia ella, ya sabiendo quién estaba del otro lado.

— *Cara mia*! — exclamó *Fiorella* al verme en cuanto abrí la puerta, con esa sonrisa suya que iluminaba más que cualquier lámpara.

Antes de que pudiera decir algo más, la abracé con fuerza.

— Es bueno verte de nuevo — murmuré, sintiendo una punzada de emoción que no esperaba.

Ella devolvió el abrazo con la misma intensidad y, al separarnos, sus ojos me analizaron con atención.

— ¿*Khaleesi*, la madre de los dragones? — Alzó una ceja, sonriendo de forma provocadora mientras entraba y cerraba la puerta tras de sí. — Llegaste decidida a mover el tablero de la seducción, ¿eh?

Solté una risa, pero los nervios me hicieron desviar la mirada.

Sabía que mi cambio sería un impacto, adoptando ese tono platino. Pero me gustó mucho el resultado, a pesar de que aún me costaba acostumbrarme. Nunca antes había hecho ningún procedimiento químico en el cabello, más allá de hidrataciones. Me gustaba mi tono castaño y la forma ondulada de mi melena, pero ya hacía tiempo que sentía la necesidad de una transformación radical.

Mis hermanitas tenían un rubio con reflejos cobrizos, muy parecido al de *papà*. En cuanto a mí, era prácticamente la versión veinte años más joven de *mamma*. Si no fuera por el par de ojos claros, entre verde y gris, que ninguno de mis padres tenía, podría pasar por su doble.

Además del aspecto, nuestros nombres también eran similares. *Mamma* se llamaba *Rosalia*, y me nombró *Rosalinda*. Tenía treinta y nueve años y fácilmente podría pasar por mi hermana mayor.

En las pocas ocasiones en que estuvimos juntas en eventos sociales, recibía innumerables elogios por mi belleza, siempre comparada con la de ella.

¿Celos, tal vez? No sabía con certeza qué era ese sentimiento incómodo que me invadía por tantas comparaciones. Pero algo era seguro: estaba harta de ser la sombra de *mamma*. Quería que vieran a *mí*, no a una réplica.

— ¿Crees que exageré? — Me giré para mirar mi reflejo en el gran espejo junto a la puerta. — Caray, me siento tan bonita y... poderosa.

Fiorella se acercó, colocando las manos sobre mis hombros.

— No exageraste nada, *ragazza*. Estás maravillosa. Una mezcla entre *femme fatale* y estrella de cine. Un golpe certero, si me preguntas.

Sonreí, intentando absorber sus palabras como un bálsamo para mi inseguridad momentánea.

— Quizá me pasé de la raya — murmuré, mientras mis dedos jugaban con el labial dentro del bolsillo de mi abrigo, alejándome del espejo para sentarme en la cama. — ¿En qué momento pensé que sería buena idea un cambio tan radical?

Me cubrí el rostro con las manos, apoyando los codos en las rodillas, lamentando mi acto impulsivo de rebeldía y pensando en lo que dirían mis padres al verme.

Aquella autoconfianza de minutos atrás había desaparecido en un abrir y cerrar de ojos.

Teóricamente preparada, pero en la práctica... ¡una farsa!

— *Rosalinda Povvi*, ¡mírame ahora mismo! — *Fiorella* se volvió hacia mí con una expresión firme. — Mira tu cambio como un acto simbólico. A partir de hoy, serás una presencia constante y un nombre muy mencionado entre los miembros de la *cosa nostra*. *Ettore* se va a enfurecer y yo quiero verlo desde primera fila.

Fue imposible contener la risa.

— ¡Tú solo quieres el caos! — Puse los ojos en blanco. — Vaya novicia que eres.

Ella se encogió de hombros, mirándose en el espejo.

— Pero el caos es el camino hacia el control, querida. Y tú estás más que lista para dominarlo. — Su provocación era más que un incentivo. Era una inyección de coraje que necesitaba. — Además, esta *novizia* aquí pretende divertirse horrores en la *Peccato*, esta noche.

La *Peccato* era el club nocturno más famoso de Buffalo y el favorito de los turistas. Pero el detalle más importante: pertenecía a *Ettore Lucchese* y era allí donde pasaba sus noches y realizaba buena parte de sus negocios.

— Estoy segura de que llamarás la atención de mi hermano sin mucho esfuerzo — continuó ante mi silencio. — ¿Tal vez he creado un monstruito lindo y encantador?

Dejé escapar una risita, sintiéndome un poco más animada.
Fiorella fue la primera en apoyarme después de mi pelea con *Ettore*. Odiaba la forma en que las mujeres de la *cosa nostra* tenían que ser condescendientes y sumisas ante sus padres y, después, ante sus maridos. Ese fue el motivo por el cual se metió en un convento, ya que vocación de monja no tenía ninguna.

— Me encantaría ser una *viuda negra*, ¡pero me conformo si logro triunfar como *femme fatale*! — Solté un largo suspiro y me puse de pie otra vez, volviendo frente al espejo. Saqué el labial rojo del bolsillo y pinté mis labios de carmesí, ignorando cualquier rastro de vergüenza o timidez. — ¿Sabes qué? ¡Tienes razón! Lo hecho, hecho está. El cabello es mío y me encantó el cambio de look. Ya hay demasiadas cosas en mi vida sobre las que no tengo control, ¡así que por lo menos quiero poder elegir el maldito color de mi pelo!

— ¡Así se habla, *ragazza*! — reforzó con entusiasmo, logrando finalmente convencerme. — ¿Qué tal si exageramos un poquito más y nos damos un festín con unas *Buffalo Wings*, antes de ir a la *Peccato*?

— ¡Excelente idea! — Finalmente sentí la tensión comenzar a disiparse.

Fiorella sabía cómo animarme y mantenerme enfocada al mismo tiempo. Y esa noche, necesitaría toda la fuerza que pudiera reunir.

— ¡Perfecto! Ve a darte una ducha mientras pido la comida por la app. También pasaré por mi habitación para buscar los regalitos que te compré.

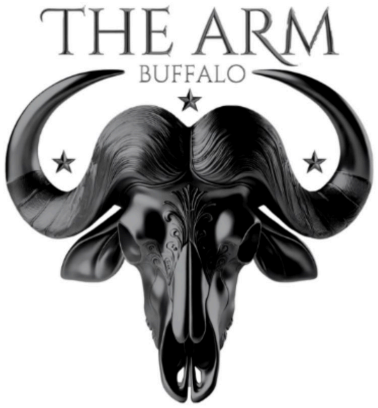
Reí, sacudiendo la cabeza mientras ella salía, su energía casi tangible en el aire. Fui hasta la ventana una vez más, observando las luces de la ciudad esparcirse en el horizonte.

Buffalo estaba allá afuera, esperando.

Ettore estaba allá afuera, esperando.

Pero esta vez, yo no sería un peón en el tablero de nadie.

Un nuevo juego estaba a punto de comenzar.



CAPÍTULO 8

ETTORE

El viento cortaba mi rostro mientras galopaba por los senderos del club hípico. El sonido rítmico de los cascos contra la tierra compactada era casi hipnótico. En ese momento, éramos solo yo, el caballo y el vacío temporal de responsabilidades que flotaba en el aire.

El club, ubicado en las afueras de Buffalo, en una zona arbolada cerca del Chestnut Ridge Park, era un oasis reservado para los ricos y poderosos. Parte club exclusivo, parte fachada para nuestros esquemas de apuestas y juegos de azar. Aquí, el dinero y los secretos circulaban con más libertad que el viento entre los árboles.

Vestía ropa adecuada para la equitación: pantalones de montar, botas de cuero hasta la rodilla y una camisa blanca remangada hasta los codos, manchada en algunos puntos por el polvo del recorrido. La *cravatta* que comenzó el día alrededor de mi cuello ahora colgaba floja del bolsillo del abrigo que dejé en la oficina principal. Me gustaba despojarme de las capas de formalidad siempre que montaba a mi favorito, *Aquila*, un pura sangre tan indomable como yo.

Impulsé al animal al límite, su musculatura se flexionaba bajo mí mientras avanzaba como si huyera de algo invisible. Conocía bien ese impulso. Montar era lo único que me permitía desconectarme de los aspectos más feos del mundo que gobernaba junto a mi *papà*. Sin cadáveres, traiciones ni cuentas que saldar.

Solo el sonido de su respiración, el olor a tierra y la fuerza bruta de cada movimiento.

Cuando finalmente desaceleré, llevando a *Aquila* a un trote suave, las miradas de algunos de los empleados más jóvenes se alzaron en mi dirección. Respeto, temor, curiosidad. Todos sabían quién era, pero pocos se atrevían siquiera a susurrar mi nombre.

Desmonté con la facilidad de quien lo ha hecho desde niño y entregué las riendas a uno de los mozos.

— Agua tibia, un cepillado completo, y nada de tocarlo con manos sucias de café o cigarrillos. ¿Entendido? — Mi tono era firme, y el chico asintió, visiblemente nervioso.

Me dirigí al edificio principal del club, limpiándome las manos con un pañuelo mientras intentaba regular la respiración.

*****

Ticiano estaba sentado detrás de su escritorio de roble macizo, y el ambiente de la oficina estaba impregnado con el olor a tabaco. No se molestó en disimular su disgusto al verme entrar. Un cigarrillo ardía entre sus dedos, el humo subiendo en espirales lentas. El lugar estaba en silencio, excepto por el sonido amortiguado del reloj de pared.

—Espero que no hayas olvidado la cena de mañana —comenzó sin rodeos.

Desabotoné los puños de la camisa y me acerqué al bar en la esquina del despacho, sirviéndome una copa de whisky.

—¿Qué cena? —pregunté con una indiferencia calculada, llevando el vaso a los labios.

—No te hagas el idiota, Ettore —bufó, aplastando el cigarro en el cenicero con más fuerza de la necesaria.

Tici siempre creyó que podía disciplinarme con su actitud autoritaria. Era casi patético.

¡Tengo treinta y siete años, carajo!

Nos veíamos con frecuencia por cuestiones de trabajo. Él administraba el centro hípico donde manteníamos nuestros caballos de carrera y, con la ayuda de Tommaso, dirigía todo el esquema de apuestas y juegos clandestinos en torno a los eventos organizados por *la famiglia*.

Aunque no me involucraba directamente en esa parte del negocio, me gustaba asistir a las competiciones y, de vez en cuando, aparecer para cabalgar y observar el entrenamiento de los equinos, sobre todo para asegurarme de que nuestros animales no sufriesen ningún tipo de maltrato.

—¿El cumpleaños de las diablillas? ¿No es un poco pronto para eso? —Me aseguré de dejar claro que recordaba la celebración por el nacimiento de sus gemelas. Después de todo, eran mis ahijadas.

Ticiano soltó una risa seca, cargada de sarcasmo.

—Aún faltan semanas para su cumpleaños. Mañana es por Rosalinda, tu *prometida*, en caso de que lo hayas olvidado.

La mención de su nombre me hizo detenerme por un instante.
Tragué las palabras que me vinieron a la mente, optando por mantener la expresión serena mientras me sentaba en la butaca frente a él.

—¿Mi *prometida*? —Le di un sorbo al whisky, aprovechando el calor que bajaba por mi garganta. —Pensé que seguía en Italia.

No la veía desde el desastroso evento en el que se suponía que se anunciaría nuestro compromiso y, afortunadamente, no ocurrió. Era una adolescente de dieciséis años, herida e impulsiva, que me sacó de quicio como jamás imaginé que una chica pudiera hacerlo. Ni siquiera mi hermana menor había logrado tal hazaña.

La última vez que escuché su nombre fue cuando Tici mencionó que había terminado la secundaria y se iba de intercambio a Italia, lo cual me pareció perfecto. Desde entonces, me sumergí en todo lo posible para olvidar ese día, el acuerdo, y sobre todo, a la chica.

No estaba en absoluto ansioso por el reencuentro, mucho menos por el matrimonio.

—Después de dos años, ya era hora de que regresara —se recostó en la silla, tamborileando los dedos en el brazo de madera—. Llega mañana por la mañana.

—¿Y por qué esto es noticia para mí?

Ticiano rió, pero no había humor en su voz.

—Porque no preguntaste. Estás tan ocupado haciendo honor a tu cargo de *Underboss* que olvidaste que los asuntos de *la famiglia* no son solo dinero y sangre. Pero con el regreso de Rosalinda, ya mayor de edad, no hay más excusas para posponer la oficialización del compromiso.

—¿Espera, compromiso? —Mi mente giraba con la información, pero mi rostro permanecía impasible. —Hasta hace un minuto se trataba de una cena de cumpleaños.

Cuatro años habían pasado más rápido de lo que imaginaba. La última imagen que tenía de ella era la de una chica asustada, desafiante e irritantemente petulante.

Ticiano encendió otro cigarro, el fuego de la llama reflejándose en sus ojos sombríos.

—Con la boda a solo un año de distancia, mañana es el momento ideal para anunciar el *compromiso*, Ettore. Estarán presentes invitados importantes. Tu padre está de acuerdo y no será un evento tumultuoso como aquella otra vez.

—¿De verdad es necesario esto? —Solté una risa baja, sarcástica—. ¿Quién planeó esta mierda?

No es que me resistiera a oficializar el *compromiso*, especialmente ahora que Rosalinda era oficialmente una adulta, pero el hecho de que hubieran planeado todo a mis espaldas me tenía bien cabreado.

—*Rosalia*. A pedido del *Boss*, por supuesto —aclaró, dando una larga calada antes de soltar el humo—. A partir de mañana, tú y Rosalinda deben ser vistos juntos con cierta frecuencia. Tenemos que mostrar que este acuerdo es sólido.

La mención de "mostrar" me irritó. Mi presencia, por sí sola, ya era suficiente para solidificar cualquier acuerdo. No necesitaba desfilar por Buffalo con una prometida a cuestas para demostrar poder e influencia.

Aun así, dejé que Ticiano continuara, solo para observar cómo estudiaba mi reacción.

—¿Y tú crees que Rosalinda va a tomárselo bien? —pregunté, inclinándome ligeramente hacia adelante, apoyando los antebrazos sobre las rodillas—. Nuestro último encuentro no fue precisamente memorable, y sabes cuánto miedo me tiene tu hija.

La culpa de eso era toda mía, y nunca me molesté en corregir la pésima impresión que dejé en la chica. Probablemente me seguiría llamando *L'Uomo Nero* por el resto de su vida.

—Lo que la chica piense no importa —replicó, la frialdad de sus palabras resonando en el ambiente—. Este matrimonio no es un cuento de hadas romántico. Cuanto antes entienda cuál es su papel en *la famiglia*, más rápido aprenderá lo que se espera de ella.

La brutal sinceridad del comentario no me sorprendió.

Medité mis próximas palabras.

Aunque ya no éramos tan cercanos, Tici seguía siendo mi amigo y me había salvado la vida un par de veces, tantas como yo le había salvado a él. Además, era el brazo derecho de mi *papà*. El *Consigliere* de *la famiglia*. Y lo sería para mí también cuando llegara mi turno de asumir la *Cadeira*.

Pero a pesar del respeto y la admiración que sentía por él, algo en la forma en que descartaba las emociones de Rosalinda me molestaba más de lo que quería admitir.

Para Tici, ella era como una piedra en el zapato con la que tenía que lidiar eventualmente.

El colegio interno fue la alternativa para mantenerla lo suficientemente cerca como para no abandonarla, pero no tan cerca como para tener que soportar su presencia y convivir como padre e hija.

El intercambio en Italia parecía un regalo de compensación para una chica que pasó años encerrada en una institución educativa llena de reglas estrictas, pero yo sabía bien que era otra de las artimañas que él usó para mantenerla alejada de casa tanto tiempo como fuera posible.

Y nuestro matrimonio sería el arreglo más conveniente, ya que la responsabilidad sobre ella pasaría a ser mía, y no más suya.

—Deberías ser un buen padre para Rosalinda tanto como lo eres para tus pequeñas diablillas, *amico* —le di tiempo para que asimilara mis palabras—. Cuando *Rosalia* aceptó casarse contigo, no fue solo porque te amaba. Fue porque realmente creía que serías capaz de amar todo lo que formaba parte de ella. Pero tú y yo sabemos lo selectivo que puedes ser, ¿verdad?

Odiaba revivir ese tema, pero sabía que era una herida que nunca sanó para Tici, y si necesitaba hurgarla hasta hacerla sangrar un poco para recordarle el compromiso que asumió en aquel entonces, lo haría sin remordimiento alguno.

—Mañana —continuó, ignorando mi comentario, señalándome con el cigarro como si fuera un arma—. Vas a sonreír, a tomarle la mano, y los dos serán la imagen perfecta de una maldita pareja de la *Cosa Nostra*. Ese fue el mensaje que tu padre me pidió que te transmitiera.

Me quedé en silencio por unos segundos antes de levantarme, acomodando la camisa con calma, reprimiendo toda mi furia y desagrado.

—Entendido, *Consigliere*.

—Puedes fingir que no te importa una mierda, pero sé que esa fachada no va a durar mucho —soltó una risa seca, sacudiendo la cabeza—. ¿Crees que olvidé lo fuera de control que puedes estar cuando mi hija está presente? Estoy algo ansioso por presenciar ese reencuentro.

No respondí, simplemente terminé el whisky de un solo trago antes de dirigirme hacia la puerta y salir, dejando a Ticiano en el pesado silencio del despacho.

Tal vez debería reconsiderar algunos nombres cuando finalmente asumiera *la Cadeira*. Con cada día que pasaba, coincidía menos con nuestro

consejero.

*****

El brillo suave del panel digital del Maserati Quattroporte iluminaba parcialmente el interior del coche blindado mientras me recostaba en el asiento trasero, observando las luces de Búfalo pasar como manchas por la ventana. El silencio dentro del vehículo era interrumpido solo por el sonido amortiguado del motor y el ocasional crujido de la radio de los *soldati* en el coche que nos seguía.

En el asiento del conductor, Domenico, mi *soldato* de confianza, mantenía los ojos fijos en la carretera. En el asiento del copiloto, Lorenzo, otro *soldato* experimentado y leal a la *famiglia*, sostenía una tableta en la que leía informes recientes. Detrás de nuestro vehículo, una SUV negra con otros tres hombres armados nos seguía de cerca, parte del protocolo estándar que yo exigía cada vez que salía de una propiedad de *la Arm*.

Mis manos apretaban ligeramente el vaso de cristal que llevaba conmigo, un resto de whisky aún girando en el fondo. La conversación con Ticiano giraba en mi mente como una máquina desgastada, repitiendo palabras que deseaba olvidar.

Rosalinda había regresado.

Mañana la vería por primera vez en cuatro años, pero de algún modo eso se sentía más como una molestia que como un acontecimiento.

Solté un suspiro bajo, la mirada perdida en la ciudad. Búfalo era mía, aunque muchos no lo supieran. Cada calle, cada esquina, cada negocio o transacción relevante pasaba por los ojos atentos de *la Arm*. Y yo estaba a punto de tomar el control total de este tablero, eliminando cualquier pieza que se atreviera a desafiarme.

La Peccato apareció a lo lejos, su fachada imponente iluminada por neones rojos y dorados, el logotipo discreto en letras cursivas brillando como una invitación a la decadencia. Ubicada en uno de los barrios más exclusivos de Búfalo, era un refugio, mi territorio favorito, y el corazón palpitante de una red de negocios que iba mucho más allá de las noches con música alta y bebidas costosas.

Apenas el coche se detuvo frente a la entrada principal, dos porteros elegantemente vestidos aparecieron para abrir la puerta. Domenico ya estaba fuera del coche, y Lorenzo se posicionó a mi lado, sus ojos atentos escaneando el entorno. Las filas de clientes e invitados cuidadosamente seleccionados se extendían por la acera, hombres y mujeres vestidos para impresionar, esperando ansiosos su oportunidad de entrar en el ambiente exclusivo.

Los guardias se alinearon en formación mientras pasaba, cada uno inclinando la cabeza en señal de respeto. La música alta y la vibración de las luces me golpearon apenas entré, el olor a perfume caro y alcohol mezclándose con el ambiente cargado de lujuria.

La decoración del club nocturno era una mezcla de *art déco* moderno con toques góticos. Candelabros de cristal colgaban del techo alto, reflejando la luz en cientos de facetas que danzaban por las paredes en tonos de rojo, negro y dorado. Los sofás de cuero suave distribuidos en las áreas VIP contrastaban con las mesas de mármol y las rejas metálicas que dividían los espacios.

En el piso principal, los clientes bailaban al ritmo de una base electrónica que hacía temblar el suelo. El bar, pieza central del club, estaba hecho de vidrio iluminado desde dentro, dando al ambiente un aura casi etérea. Detrás del mostrador, *bartenders* bien entrenados preparaban cócteles con precisión quirúrgica, sus manos rápidas y eficientes.

Pero lo que realmente hacía de *la Peccato* algo único estaba en el subsuelo.

Descendí en el ascensor privado, acompañado por Lorenzo y dos *soldati* adicionales que ya esperaban en la planta baja. Las puertas se abrieron para revelar un ambiente completamente distinto, bañado en luces suaves y melodías más sutiles. El casino, con sus mesas de póker, ruletas y máquinas tragamonedas exclusivas, era el paraíso de los jugadores ricos y poderosos.

Allí, el dinero cambiaba de manos con más frecuencia que cualquier botella de champán en el piso superior. Hombres con trajes a medida y mujeres con vestidos brillantes hacían apuestas altas, mientras *croupiers* elegantes mantenían el orden con sonrisas frías y controladas.

Pasé junto a las mesas, saludando discretamente a algunos rostros conocidos que me devolvieron el saludo con una inclinación de cabeza o miradas respetuosas, hasta que una figura familiar llamó mi atención. Vincent Moretti, uno de los magnates de la construcción que desde hacía años mantenía un acuerdo lucrativo con *la Arm*, estaba recostado en una silla de cuero cerca de la mesa de póker. Sus ojos oscuros captaron mi presencia de inmediato y se levantó, ajustando su costoso saco con un gesto automático.

—Lucchese. —Su voz era baja, pero cargada de un respeto casi reverencial.— Un honor verlo por aquí esta noche.

Incliné la cabeza en reconocimiento, una sonrisa discreta curvando mis labios. Moretti era el tipo de hombre que entendía las reglas del juego: *lealtà* incuestionable y la habilidad de mantenerse útil. Sabía que mi simple aprobación valía más que cualquier suma de dinero que pudiera circular por sus obras.

—Espero que la suerte esté de tu lado, Moretti. —Mi voz fue tranquila, pero el mensaje estaba implícito: no desperdicies las oportunidades que ofrecemos.

Él rió nerviosamente, un sonido corto y apagado que delataba el malestar que mi presencia siempre parecía provocar.

Mi atención se desvió hacia la mesa de póker donde estaba jugando. Pilas de fichas doradas y rojas se acumulaban frente a él. Los otros jugadores, incluyendo a un banquero internacional y un político local, estaban visiblemente incómodos con mi presencia.

Sabían quién era yo y lo que representaba.

Y me temían por el mismo motivo.

—Sigue jugando, Vincent. —Cerré el diálogo.

Sus ojos bajaron un instante antes de recomponerse y volver al juego. Los demás jugadores mantenían la vista fija en las cartas.

Lorenzo se acercó discretamente mientras avanzaba por el pasillo, su voz baja y profesional:

—Moretti se está volviendo codicioso.

Solté una risa baja, sin girarme para mirarlo.

—Déjalo sentir el peso de las fichas por ahora. El miedo es la mejor manera de mantener el orden.

Seguí adelante, rumbo a mi destino.

En el nivel más profundo de *la Peccato*, había otra área accesible solo para los clientes más exclusivos. El club de acompañantes era una celebración del hedonismo, un espacio cuidadosamente diseñado para ofrecer el máximo de privacidad y lujo. Salas exclusivas con cabinas de vidrio espejado permitían a hombres influyentes observar *performances* artísticas y eróticas sin ser vistos.

Las mujeres, cada una seleccionada con pinzas, eran tan letales como hermosas, entrenadas no solo para seducir, sino para extraer secretos e influencias de quienes cruzaran sus caminos. En una esquina, un escenario presentaba un espectáculo burlesco, las luces doradas destacando el brillo de los trajes y el movimiento elegante de las bailarinas.

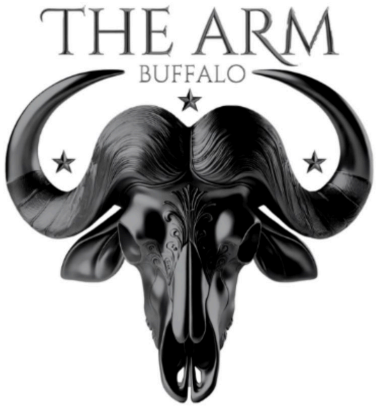
Elegí uno de los *lounges* privados, alejándome de la multitud mientras los *sicari* tomaban posiciones estratégicas. Sentado en un sofá de terciopelo negro, acepté el vaso de whisky que me trajo una camarera de mirada afilada.

El ambiente a mi alrededor era un recordatorio de lo que controlaba. Cada centímetro de *la Peccato* era mi territorio, y cada alma que entraba allí, consciente o no, formaba parte de mi juego.

Pero incluso con toda la grandiosidad a mi alrededor, mis pensamientos volvían una y otra vez al mañana.

A Rosalinda.

Y por primera vez en mucho tiempo, la perspectiva de algo más allá de los negocios me dejaba inquieto.



CAPÍTULO 9

ROSALINDA

El brillo rojo y dorado de la fachada de *la Peccato* parecía palpitar al ritmo acelerado de mi corazón. El letrero discreto en letras cursivas era casi inocente comparado con el peso del nombre *Lucchese* y todo lo que significaba.
Fiorella, a mi lado, ajustaba la peluca pelirroja que ocultaba su cabello oscuro natural. Su elección de disfraz era casi cómica, considerando la confianza con la que caminaba. Parecía más una actriz de Hollywood intentando evitar a los paparazzi que una hija rebelde de la *Cosa Nostra* escapando de las garras de la *famiglia*.

—¿Estás lista, *ragazza*? —preguntó con una sonrisa traviesa, tirando suavemente de mi brazo mientras nos acercábamos a la entrada VIP.
Tragué saliva, intentando ignorar el nudo en el estómago que crecía con cada paso.

—¡Totalmente! —La palabra salió demasiado vacilante como para convencer a alguien, incluso a mí misma.

La entrada al área VIP estaba rodeada por una cuerda de terciopelo y custodiada por dos guardias con trajes impecables. Mostramos las pulseras exclusivas para ese espacio y, sin hacer preguntas, fuimos escoltadas hacia dentro.

Apenas entramos, el sonido grave de la música electrónica se apoderó de mi cuerpo. La vibración del bajo resonaba en el suelo y subía por mis piernas, mientras luces en tonos de rojo, púrpura y dorado cortaban la oscuridad del ambiente. El aire olía a perfume caro, alcohol y lujuria.

Llevaba un vestido negro de vinilo, ajustado, con mangas largas y una longitud que apenas cubría los muslos. Cada paso que daba hacía que el material brillara bajo las luces del club, como si quisiera atraer todas las miradas.

Completé el conjunto con unas botas largas del mismo material, cubriendo las piernas que el vestido dejaba expuestas. No necesitaba mostrar mucho para ser sexy. Al contrario: estar completamente cubierta me hacía sentir aún más poderosa.

Mi cabello suelto caía en ondas suaves, y el maquillaje ligero resaltaba mi mirada, pero era el labial rojo vibrante lo que llamaba la atención. Era la cereza sobre la armadura, un toque de provocación en un rostro que, para muchos, aún parecía demasiado ingenuo y angelical.

Cada elemento de aquel look tenía un propósito, un mensaje subliminal. Puede que no dominara el mundo a mi alrededor, pero al menos esa noche, en ese espacio, controlaba cómo quería ser vista.

—Ok, *principessa*, confiesa —dijo Fiorella inclinándose hacia mí mientras subíamos las escaleras—. ¿Estás lista para desmayarte o ya sientes que naciste para esto?

Solté una risa nerviosa.

—Creo que estoy entre los dos —respondí, pasando la mano distraídamente por el vestido, tratando de disimular los nervios—. Todo esto es… mucho más de lo que imaginé.

Fiorella había sido mi mentora en los últimos años y esta noche era prácticamente un ritual de iniciación. Estaba a punto de regresar al seno de la *famiglia* y comenzaría a ser vista como la futura esposa del *Underboss*.

Pero más que eso, estaba a punto de iniciar un juego de seducción, cuyo objetivo era lograr que Ettore *Lucchese* terminara besando el suelo que yo

pisara.

Nunca más me intimidaría ni me asustaría.

Porque yo me convertiría en su todo.

Eso si tenía el coraje suficiente para llevar a cabo el plan.

En teoría, creía que sí. Pero desde que puse un pie nuevamente en Buffalo, había una lucha interna entre la mujer que quería ser y la niña asustada que había dejado atrás.

—Y esto es solo el comienzo, querida —dijo Fiorella, guiándome de la mano hacia uno de los sofás de terciopelo dispuestos estratégicamente alrededor de los postes de *pole dance*.

Bailarinas profesionales enmascaradas giraban en algunos de ellos, sus movimientos eran tan fluidos y sensuales que desafiaban la gravedad. En otros, clientes atrevidos o borrachos intentaban imitarlas, con resultados mucho menos impresionantes, pero igual de divertidos.

Fiorella pidió dos copas de champán, entregándome una mientras alzaba la suya. Aún no tenía la edad legal para comprar alcohol, pero eso no era un problema para ella.

—¡Un brindis!

—¿Por qué? —Levanté mi copa con cierta vacilación.

—Por tu cumpleaños —sonrió, sus ojos brillando con picardía—. ¡Y por la mujer seductora que estás empezando a ser!

Intenté no poner los ojos en blanco, pero el rubor en mis mejillas delató mi incomodidad.

—Está bien. —Toqué mi copa con la suya. —¡Por el futuro, entonces!

El champán estaba frío y descendió por mi garganta como un susurro de coraje líquido. Los nervios comenzaron a dar paso a una emoción cautelosa. Estaba aquí, oculta a plena vista, en el territorio de Ettore *Lucchese*.

—Todo esto... —Giré la copa entre mis dedos, observando las burbujas subir. —Es tan surrealista. Siempre escuché hablar de *la Peccato*, pero estar aquí

es... diferente.

—Bienvenida al corazón de la lujuria y el poder, *carina*. —Fiorella sonrió ampliamente. —Pero recuerda, no eres solo una espectadora aquí. Eres un secreto. Una carta escondida en la manga.

Sus palabras resonaron en mi mente mientras observaba el ambiente a nuestro alrededor. *La Peccato* era una arena de juegos implícitos. Y yo estaba allí, lista para descubrir hasta dónde podían llevarme mis propias cartas y, inevitablemente, me encontré pensando en él.

¿Estaría Ettore allí?

Aquel era su territorio, parte de su imperio. El lugar donde él reinaba y donde, por lo que parecía, casi todos los aspectos de su vida confluían. Era difícil imaginar que no estuviera presente, aunque fuera en uno de los pisos más exclusivos, rodeado de figuras influyentes y mujeres tan deslumbrantes como peligrosas.

¿Llenaría su cama con las mujeres que desfilaban por el club? ¿Usaría su posición para explorar sus cuerpos de la misma manera que explotaba el miedo y el respeto que su presencia inspiraba?

Un nudo incómodo se formó en mi estómago.

¿Por qué estoy pensando en eso?

Sacudí la cabeza, intentando alejar la imagen de Ettore con otra mujer. Sabía que no tenía derecho a importar, pero de alguna manera el pensamiento me molestaba más de lo que debería. Tal vez era el champán. O los nervios. O quizás, simplemente, la expectativa de volver a verlo por fin.

Fiorella se inclinó hacia mí, su perfume floral mezclándose con el aroma del champán en mi copa.

—Estás pensando demasiado, *bella*. —Alzó una ceja, divertida. —Olvídalo todo, al menos por hoy. ¡Esta noche es tuya!

—Tienes razón. —Sonreí, levantando mi copa y bebiendo el resto del champán de un solo trago.

El coraje líquido empezó a recorrer mis venas, soltando los nudos invisibles que me ataban. Dos copas después, los nervios desaparecieron por completo, reemplazados por una osadía que parecía nacer de la propia atmósfera de *la Peccato*.

Los postes de *pole dance* me llamaban como una invitación irresistible. Las bailarinas que se presentaban allí eran como diosas en cuerpos humanos, desafiando la gravedad con movimientos elegantes y sensuales.
Algo dentro de mí anhelaba experimentar eso, recordar cómo era perder el control de manera calculada.

Me levanté, acomodando el vestido, sintiendo cómo se ajustaba perfectamente a mi cuerpo como una armadura flexible. Cada movimiento que hacía parecía reforzar esa sensación de control y poder, aunque mi corazón aún latía con fuerza ante la idea de lo que estaba a punto de hacer.

—¿A dónde vas? —preguntó Fiorella, alzando una ceja, su expresión oscilando entre sorpresa y curiosidad mientras jugaba con su copa de champán.

—A divertirme. —Una sonrisa traviesa apareció en mis labios, una mezcla de desafío y anticipación.

Me dirigí hacia el *pole dance*, sintiendo la mirada de Fiorella arder en mi espalda. Las botas producían un sonido rítmico contra el suelo mientras atravesaba el ambiente lujoso y envuelto en una neblina de luces tenues.
Mi mirada fue atraída por una de las bailarinas, cuyo cuerpo se movía con una precisión hipnótica en el tubo. Su confianza y sensualidad irradiaban como una energía magnética.

Cuando me acerqué, la máscara que llevaba —negra, brillante, con largas orejas de conejo que le daban un toque de misterio y seducción— resbaló de su rostro, cayendo al suelo cerca de mis pies. Instintivamente, me agaché para recogerla, y la textura suave y firme del vinilo en mis manos hizo que mi corazón se acelerara aún más.

—Aquí tienes. —Le ofrecí la máscara a la bailarina, que había descendido del tubo con una ligereza casi irreal. Ella sonrió, una curva suave y cálida en sus labios rojos que contrastaban con su maquillaje impecable.

—¿Te gustó? —preguntó, sus ojos chispeando con curiosidad al notar mi fascinación por la pieza.

—Es... hermosa —admití un poco avergonzada, mientras giraba la máscara entre los dedos, incapaz de ocultar el brillo en mis ojos.

—Entonces quédate con ella. —Se encogió de hombros, como si fuera lo más natural del mundo.

—No podría... —empecé, pero mi voz se apagó cuando ella puso sus manos sobre las mías, afirmando la máscara en mi posesión.

—Deberías. —Su voz era baja y sugestiva, casi como un secreto compartido. —¿Por qué no tomas mi lugar por un momento? Necesito un trago.

Mi mirada se movió del tubo vacío a la máscara en mis manos. El pensamiento era al mismo tiempo aterrador y emocionante. La bailarina, al notar mi vacilación, dio un paso adelante y retiró sutilmente la máscara de mis manos.

Antes de que pudiera protestar, la colocó sobre mi rostro con cuidado, ajustándola para que se acomodara perfectamente.

La atmósfera cambió en el instante en que la máscara tocó mi piel. De repente, ya no era Rosalinda Povvi. Ese accesorio simple, pero poderoso, parecía transformar mi identidad en algo más grande, más fuerte e infinitamente más seguro. Mis ojos estaban cubiertos, pero mis labios, pintados de rojo intenso, eran una declaración en sí mismos.

—Ahora estás lista. —Dio un paso atrás, evaluándome con aprobación.
Me guiñó un ojo y se dirigió al bar. Respiré hondo, sintiendo un torbellino de emociones dentro de mí. Una parte de mí quería retroceder, volver al rincón seguro donde Fiorella me observaba con interés, pero otra parte ansiaba la sensación de libertad una vez más.

Cuando mis dedos tocaron el metal frío del tubo, sentí un escalofrío recorrer mi columna. Cerré los ojos, y como si el universo conspirara, una canción lenta y sensual comenzó a sonar. *Earned It*, de The Weeknd, llenaba el ambiente, cada nota reverberando dentro de mí.

La música era como una invitación, y decidí aceptarla.

Me moví con la melodía, comenzando despacio, explorando el tubo como a un viejo conocido. Dejé que mi cuerpo fluyera con el ritmo, cada movimiento cargado de una sensualidad deliberada. Cerrar los ojos lo volvía todo más intenso, como si el resto del mundo hubiera desaparecido.

Era liberador. Era audaz. Era yo, abrazando un lado mío que siempre había estado oculto bajo las expectativas asfixiantes que me rodeaban.
Cuanto más avanzaba la música, más me soltaba. Las voces a mi alrededor parecían desvanecerse, pero surgió un sentimiento nuevo, un calor que subía por mi piel. Era como si el ambiente a mi alrededor hubiera cambiado de repente. Como si alguien me estuviera observando.

Abrí los ojos lentamente y mi movimiento vaciló por un segundo cuando lo vi.

Ettore Lucchese.

Mi respiración se detuvo y mi corazón latió con una fuerza que nada tenía que ver con el esfuerzo físico.

No es real. Solo estás fantaseando su presencia porque, en el fondo, deseabas que él estuviera allí observándote ahora.

Eso fue lo que me repetí en mi mente.

El depredador dentro de mí rugió en respuesta, pero la mujer enmascarada continuó. No iba a detenerme ahora. Si Ettore realmente estaba allí, entonces tendría que ver lo que quería mostrarle. No la chica ingenua y obediente que todos esperaban. Sino la mujer que tenía más capas de lo que él podría siquiera imaginar.

Lo que empezó como un intento de olvidar todo lo que me esperaba se transformó en algo más profundo. La música me envolvía, cada movimiento era una declaración silenciosa de que, por una noche, yo era libre. Libre para ser quien quisiera, para dejar atrás a la niña pura e ingenua que todos esperaban de mí. Mi bestia interior estaba suelta, danzando bajo las luces y disfrutando de la atención a su alrededor.

Giré una vez más, con la pierna extendida, el vinilo ceñido moldeando mi cuerpo como una segunda piel. Mis manos apretaron el tubo mientras bajaba

lentamente, cada movimiento deliberado, hasta que mis pies tocaron el suelo.

Y allí continuaba él, en un rincón reservado del área VIP, semioculto por las sombras, pero su presencia imposible de ignorar. Su mirada seguía fija en mí, intensa y perturbadora.

Sentí que mi respiración se atascaba, mi cuerpo se congelaba por un instante.

¿Está realmente aquí? ¿No es sólo imaginación?

Sentado con naturalidad, como si el ambiente alrededor fuera un mero accesorio para su dominio absoluto. Un vaso de whisky colgaba de su mano y sus ojos recorrían cada centímetro de mí con una mezcla de fascinación y autoridad.

Mi corazón latió con fuerza, como si me hubiera descubierto en un momento íntimo.

¿Qué estará pensando?

¿Qué estará sintiendo?

¿Me habrá reconocido?

Era imposible de descifrar.

Por un instante, pensé en desviar la mirada, en retroceder y escapar de ese momento. Pero algo dentro de mí se negó y me quedé allí, mi pecho subiendo y bajando mientras trataba de recuperar el aliento.
No sabía qué era más embarazoso: que él me reconociera en ese instante de vulnerabilidad, o el hecho de que, en lugar de sentir vergüenza, una ola inexplicable de excitación me recorriera.

El mundo pareció detenerse por un momento, los sonidos de la música y la multitud se desvanecían ante el latido de mi propio corazón. Era como si Ettore hubiera absorbido todo el oxígeno del lugar, dejando solo el calor abrasador de su mirada.

Apreté los dedos alrededor del tubo tratando de anclarme, pero la máscara me otorgaba una valentía inesperada. Incliné la cabeza ligeramente

hacia un lado, en una provocación sutil, y di un paso atrás, sosteniendo su mirada.

Él no me intimidaría con su presencia, ni mucho menos con sus ojos de lince.

No esta versión de mí.

Pero entonces, la adrenalina dio paso al pánico.

No vi a Fiorella donde debería estar, y el peso de aquella presencia, el reconocimiento de Ettore allí, se volvió abrumador.

¿Dónde se había metido?

Cogí mi bolso de la mesa, mis dedos temblaban al sujetar la correa, y me alejé rápidamente, intentando evitar cualquier mirada que siguiera mis pasos. Crucé el ambiente lujoso hacia el lavabo, el sonido de mis tacones resonando en mi mente como una alerta constante.

Al empujar la pesada puerta del baño, fui recibida por un silencio sorprendente, roto solo por el latido lejano de la música allá afuera. El espacio estaba iluminado con luces suaves, reflejadas en espejos impecables. Apoyé las manos en el frío lavabo y me enfrenté a mi reflejo tras la máscara; por un instante, casi no reconocí a la mujer que me devolvía la mirada. Mis labios temblaban levemente mientras respiraba hondo, tratando de calmar el caos que dominaba mi pecho.

¿Qué estaba haciendo?

¿Por qué Ettore me afectaba tanto, incluso sin estar segura de que me hubiese reconocido?

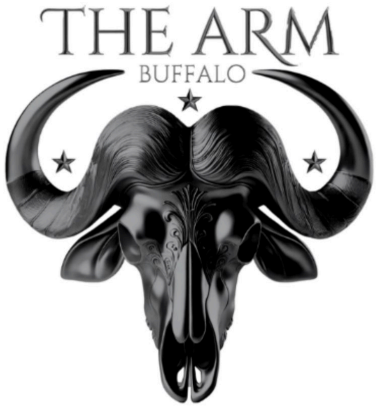
Observé el accesorio brillante en mi rostro otra vez, como si llevara el peso de quien intentaba ser: una versión de mí que no sabía si podría sostener cuando llegara el mañana.

En ese instante, una certeza me atravesó como un relámpago: el juego acababa de comenzar y ya no podía dar marcha atrás.

Mis manos seguían temblando, pero ahora había algo más.

No era miedo, sino anticipación.

Ettore Lucchese había visto mi verdadero yo esa noche. Y por más que intentara negarlo, algo dentro de mí deseaba que nunca olvidara lo que acababa de presenciar.



CAPÍTULO 10

ETTORE

El brillo tenue del monitor sobre el escritorio de roble iluminaba la oficina con un tono frío e impersonal. Allí, en el corazón de mi imperio, la sensación de poder era casi palpable. Un eco apagado de la música que palpitaba en el piso superior alcanzaba el espacio aislado, mientras el aire se cargaba con el olor a cuero, tabaco y algo metálico, como si el ambiente estuviera impregnado de la violencia que frecuentemente acontecía entre aquellas paredes.

Mariah todavía estaba allí, empeñada en estirar su suerte más de lo que debía.
Peor para ella.

—¿Quién es la perra por la que me estás cambiando? —espetó entre dientes, la voz impregnada de una furia que intentaba, sin éxito, disimular.

Seguí de espaldas a ella, observando los registros que parpadeaban en la pantalla del portátil. Movimientos financieros de la semana, transferencias entre cuentas offshore, registros de apuestas del casino. Todo estaba impecable, como debía ser.

—Esa es una pregunta retórica, ya que no existe posibilidad alguna de que tenga que justificarme contigo en ningún ámbito.

Mi tono era seco y controlado, como siempre. Una advertencia sutil, pero clara. Y, como siempre, ella la ignoró.

—¿Crees que puedes desecharme así? ¿Como si fuera basura?

Ah, pero lo era. No solo basura. Una rata que se infiltró en el lugar equivocado.

—¿Por qué sigues aquí, Mariah? —murmuré, el peso de las palabras cargado de amenaza. Saqué mi Zippo del bolsillo trasero, junto con la cajetilla de cigarrillos. —Estás despedida.

—Ettore...

—No. —di la primera calada, soltando el humo lentamente sin apartar los ojos de la pantalla.

—Pero...

—Lárgate.

Mi paciencia era corta, especialmente esa noche. La reunión con los Gerentes había sido un recordatorio de lo que significaba portar el título de *Underboss*. Todos esperaban algo de mí. Siempre. Una decisión, una orden, una solución. Las responsabilidades eran pesadas, pero necesarias. A diferencia de Mariah, que era desechable.

—¿¡Por qué, joder!? —gritó, sus tacones resonando contra el suelo mientras se acercaba.

Ah, así que decidió poner a prueba mis límites...

Me giré con un movimiento rápido y, antes de que pudiera reaccionar, mi mano rodeó su cuello. La piel caliente y frágil bajo mis dedos temblaba mientras la presionaba contra la pared con fuerza.

—¿Estás segura de que no sabes, *cagna*? —susurré, acercando mi rostro al suyo.

Los ojos de Mariah se abrieron de par en par, el pánico apoderándose de ella. Lágrimas resbalaban en un esfuerzo inútil por conmover a alguien que no tenía piedad que ofrecer.

—Espero que haya valido la pena, lo que sea que te hayan ofrecido a cambio de pasar información sobre mi rutina y sobre *la Peccato*.

Intentó negar, balbuceando palabras incoherentes entre sollozos.

—¡Es mentira! ¡Jamás me atrevería a traicionar a *la famiglia*...!

—¿Qué *famiglia*? —Apreté su cuello con más fuerza, sintiendo el pulso frenético bajo mi palma. —No eres nada.

Mis palabras eran gélidas, calculadas. No necesitaba gritar para imponer autoridad. No era el tipo de hombre que desperdiciaba energía en histrionismos.

—No tienes ninguna importancia para mí. —Me incliné aún más, casi susurrando. —Nunca la tuviste.

Solté una risa baja y fría al ver el pavor apoderarse de su rostro. No me molesté en ocultar mi desprecio.

Jamás mencioné *la famiglia* en las pocas veces que estuvimos juntos.

Mariah creyó que podía vender información a *la Tríada*, como si el peso del nombre Lucchese fuera negociable. Tontos. Ella y ellos. *La Tríada* era una piedra irritante en mi zapato, pero no era más que eso. La única razón por la que esos taiwaneses no estaban ya enterrados bajo los cimientos de algún edificio en Buffalo era porque sabían mantenerse a distancia... hasta ahora.

—Mi *soldato* va a deshacerse de tu cadáver en la zanja más podrida que encuentre en el camino. —Solté su cuello con un empujón brusco, haciéndola tropezar contra la pared.

Ella se atragantó, tratando de recuperar el aliento, pero yo ya no estaba interesado. Tomé mi cigarrillo y presioné la punta contra la pared, junto a su rostro, dejando que el olor a cabello quemado impregnara el aire antes de apagar la brasa.

—Eso es lo que una rata sucia como tú merece por escupir en el plato que la alimentaba.

Di dos pasos hacia atrás y volví mi atención hacia Lorenzo, que esperaba en la puerta. Él entendía perfectamente lo que debía hacerse sin que yo tuviera que decir una palabra.

—Llévate esto de aquí.

Lorenzo avanzó y sujetó a Mariah por el brazo, ignorando sus súplicas y los sollozos que empezaban a intensificarse.

—¡Ettore, por favor! ¡Puedo explicarlo! ¡Puedo...

La puerta se cerró de golpe, ahogando el sonido de su voz.

La traición era un crimen que no perdonábamos.
No contra mí, no contra *la famiglia*.

Tomé un vaso de whisky de la mesa lateral, sintiendo el líquido dorado calentar mi garganta mientras intentaba borrar el sabor amargo que aquella pequeña actuación había dejado.

Mi atención volvió a la cámara de seguridad que transmitía imágenes de la zona VIP de *la Peccato*. El ambiente hervía de vida. Hombres en trajes caros, mujeres vestidas de glamour y peligro, y una energía palpitante que parecía correr bajo la superficie de todo.

El club era mi refugio, pero también mi escenario. Cada movimiento allí era observado, calculado, controlado. Y esa sensación de control era todo lo que necesitaba para recordarme quién era.

Hasta que algo distinto llamó mi atención.

Una rubia enmascarada.

Mi visión se estrechó al observar a la mujer en el tubo de *pole dance*, el brillo del vinilo moldeando cada curva de su cuerpo como una obra de arte obscena. Su movimiento era hipnótico, una combinación de fuerza y delicadeza que hacía imposible apartar la mirada.

Debería haber centrado mi atención en los negocios.

Debería haber ignorado la distracción.

Pero no pude.

Por alguna razón, algo en la manera en que se movía me desarmó. Era como si, por un breve instante, la conejita no fuera solo una mujer más en busca de placer efímero. Había algo más allí que todavía no lograba nombrar.

Dejé el vaso de whisky sobre la mesa y me puse de pie.

Fuera lo que fuera, necesitaba descubrirlo.

*****

Elegí una mesa más reservada, con una vista privilegiada del escenario improvisado en la zona VIP. No era la primera vez que ocupaba ese rincón estratégico, un lugar que me permitía observar el entorno sin ser fácilmente percibido. Pero esa noche, mis ojos no vagaron por el resto del club ni por las figuras conocidas que transitaban por allí.

Estaban fijos en ella.

La rubia enmascarada.

Había algo en ella que atrapaba mi atención con una fuerza casi irritante. El vinilo negro que cubría su cuerpo era como una extensión de su piel, brillando bajo las luces como si quisiera llamar la atención de cualquier alma viva que se atreviera a desviar la mirada. No era el tipo de sensualidad obvia y vulgar que tantas mujeres buscaban exhibir en ese espacio.

Aquello era algo mucho más refinado y provocador.

El material moldeaba sus curvas de manera impecable, como una obra maestra que desafiaba la necesidad de mostrar piel para ser devastadoramente sexy. El vestido abrazaba su cuerpo como si hubiera sido hecho a medida, mientras que las botas de caña alta acentuaban la línea poderosa de sus piernas. Cada movimiento era una danza calculada, incluso cuando parecía perderse en el ritmo de la música. Y era esa dualidad la que me fascinaba.
Fuerza y vulnerabilidad.

Control y rendición.

Por un momento, me hundí contra el respaldo del sillón de cuero, llevando el vaso de whisky a los labios mientras mis ojos permanecían fijos en ella. Las voces a mi alrededor se convirtieron en ruido. La música, un telón de fondo insignificante. Todo lo que importaba estaba concentrado en ese tubo y en los movimientos gráciles e hipnóticos de la mujer que lo dominaba como si fuera una extensión de su propio cuerpo.

—Lorenzo. —Mi voz cortó el aire, baja pero cargada de autoridad.

Mi *soldato* se acercó de inmediato, sin necesidad de una orden más explícita. Era un hombre eficiente, siempre presente en las sombras, pero nunca innecesariamente invasivo.

—Dime que conozco a esa mujer. —La pregunta salió más como una afirmación, mis ojos sin apartarse de la figura que giraba en el tubo.

Lorenzo echó un vistazo discreto hacia el escenario antes de volver a mirarme, su expresión tan seria como siempre.

—No pertenece a nuestro *casting*, señor. Estoy seguro de ello. —Hizo una breve pausa, reflexionando. —Debe ser clienta. Tal vez alguien que consiguió acceso al VIP por medio de uno de nuestros contactos regulares.

Mi mandíbula se tensó por un instante. Conocía a cada mujer que trabajaba en *la Peccato*. Yo mismo me encargaba de aprobar todas las contrataciones, desde las bailarinas hasta las acompañantes más exclusivas. Me gustaba mantener el control, saber exactamente quién cruzaba los límites de mi territorio y por qué.

Pero esa mujer no figuraba en mis registros. Eso significaba que no estaba allí bajo mi supervisión directa. Era un elemento fuera de control, algo que me molestaba tanto como me fascinaba.

—Averigua quién la trajo.

Lorenzo asintió y se alejó, desapareciendo entre los clientes.

Volví mi atención hacia la rubia. Se había inclinado contra el tubo, sus brazos rodeando el metal frío mientras sus caderas se deslizaban con una sensualidad natural que parecía destinada a ser hipnótica. La máscara de conejita que cubría sus ojos y parte del rostro sólo añadía una capa de misterio que me provocaba aún más.

Había algo casi irritante en la forma en que no necesitaba esforzarse para ser devastadora. Ya había visto a muchas mujeres usando vinilo, pero en ninguna de ellas el material parecía tan absolutamente correcto como en ella.
No era sólo un atuendo.

Era una declaración de poder silencioso, algo que desafiaba las convenciones y, al mismo tiempo, las dominaba por completo.

La mujer seguía el ritmo como si el entorno hubiese sido creado para ella y no al revés. Mi cuerpo reaccionó antes de que pudiera siquiera pensar en controlar la respuesta. Ese labio rojo, brillante bajo la luz, parecía implorar por algo que no sabía si estaba lista para ofrecer.

No importaba.

Estaba decidido a descubrirlo.

Aun así, permanecí en mi lugar, sosteniendo el vaso de whisky con más fuerza de la necesaria.

La observé mientras finalizaba su presentación con sutileza, deslizándose fuera del tubo con la misma elegancia con la que había comenzado, y se dirigía a una mesa cercana, tomando su bolso con un movimiento que podría parecer banal para cualquiera, pero que para mí estaba cargado de una gracia que solo ampliaba su misterio.

Me levanté, ajustando el traje y señalando a Lorenzo que permaneciera en su posición. La seguí con pasos calculados, manteniendo una distancia que no llamara la atención. El pasillo hacia el baño era un lugar donde las luces eran más suaves, la música más apagada, y el aire estaba cargado de algo más íntimo.

Ella estaba apoyada en el lavabo cuando entré sin aviso, ajustando la máscara con delicadeza, como si estuviera considerando quitársela. Pero al verme reflejado en el espejo, dudó, sus movimientos se congelaron por un instante antes de girar el rostro en mi dirección.

—*Signor Lucchese* —murmuró con una voz baja y suave.

El sonido de mi nombre en sus labios fue un golpe inesperado. Sabía quién era yo. Eso debería darme ventaja, pero de alguna forma me sentí un paso atrás.

—Parece que mi reputación me precede. —Una sonrisa curvó mis labios mientras me acercaba, deteniéndome a una distancia respetuosa, pero lo

suficientemente cercana para sentir su perfume. Un aroma dulce y provocador, que combinaba perfectamente con su presencia.

Ella inclinó levemente la cabeza, como si evaluara mis intenciones.

—¿Quién aquí no conoce el nombre *Lucchese*? —Su tono tenía un toque de provocación, pero también una neutralidad que me dejaba intrigado.

—No te reconozco. —Mi voz salió casi en un susurro. —Eso no sucede con frecuencia.

—Quizás sea mejor así. A veces, el anonimato es una bendición. —Sus labios se curvaron en una sonrisa que parecía casi cruel.

Algo en sus palabras me golpeó como un desafío velado.

—Y a veces es peligroso. —Me incliné levemente, acercándome, pero sin invadir su espacio. —Especialmente en este lugar.

Ella no retrocedió. Al contrario, sus ojos ocultos tras la máscara parecían evaluarme con una calma que era casi irritante.

—El peligro es relativo, *signor Lucchese*. —Sus palabras eran como una partida de ajedrez, cada movimiento minuciosamente calculado. —Pero agradezco su preocupación.

Se giró, como si fuera a irse, y mi mano se movió instintivamente, tocando su brazo. La presión fue suave, un gesto que pedía, no exigía.

—Espera. —Mi voz era firme, pero no agresiva. —Permíteme ofrecerte una bebida.

Ella se detuvo y, por un breve segundo, pensé que aceptaría. Pero entonces se giró, inclinando la cabeza hacia un lado como si estudiara cada detalle de mi rostro.

—Es una oferta generosa. —Su voz descendió a un tono más bajo, casi un susurro. —Pero no estoy interesada.

Retiró delicadamente mi toque de su brazo, como si fuera una danza ensayada, y dio un paso atrás.

—Que tenga una buena noche, *signor Lucchese*. —Su voz llevaba una serenidad devastadora.

Me quedé allí inmóvil, mientras ella se alejaba por el pasillo, cada paso resonando como un recuerdo de lo que acababa de perder.

Mi mano aún sentía la leve presión de su toque, como si su piel hubiera dejado una marca invisible. Por un momento, simplemente me quedé allí, absorbiendo el rechazo con una mezcla de frustración y fascinación.

Regresé a la oficina con pasos firmes, pero algo en mí estaba fuera de compás.

¿Fui rechazado?

La idea era tan absurda como intrigante.

Lorenzo me esperaba dentro, su postura siempre impecable, pero había algo en sus ojos que sugería una curiosidad que sabía no demostrar abiertamente.

—¿Algún problema, *signore*?

Tomé el vaso de whisky olvidado en la mesa y bebí el líquido de un solo trago, sintiendo el calor descender por mi garganta como un intento de silenciar la inquietud que palpitaba en mí.

—Ningún problema. —Mi voz era firme, pero por dentro, algo ardía.

Me senté en la butaca de cuero y encendí un cigarro, el sonido del *Zippo* llenando el silencio momentáneo. El humo ascendía lentamente, acompañando los pensamientos que se entrelazaban como hilos sueltos.

No era solo el rechazo lo que me irritaba. No era solo el hecho de no haber conseguido lo que quería. Eso era una molestia, claro, pero algo más grande estaba en juego.

Había algo en esa mujer, algo en su tono, en la manera en que pronunciaba mi nombre, como si supiera exactamente quién era yo, pero no le importara. Como si por un instante me hubiera desnudado sin esfuerzo, mientras permanecía intocable.

Ese tipo de control era raro y profundamente irritante.

Mis manos apretaron los brazos del sillón, la tensión irradiando por cada músculo.

¿Quién era ella?

¿Una clienta común?

¿Una jugadora astuta probando los límites? ¿O algo más?

Volví a mirar las cámaras, retrocediendo a la grabación de minutos antes. La rubia enmascarada atravesaba el pasillo con pasos decididos, la cabeza erguida, como si acabara de conquistar una victoria. Pausé la imagen en el momento exacto en que desaparecía por la salida lateral, el brillo del vinilo aún resplandeciendo bajo las luces tenues.

¿Podría ser olvidada como cualquier otra?

La respuesta vino como un puñetazo directo al ego.

No. Ella era diferente.

Y lo odiaba.

Porque sabía, sin sombra de duda, que volvería a verla. Y me aseguraría de descubrir qué había exactamente bajo esa máscara que me había dejado tan... desarmado.

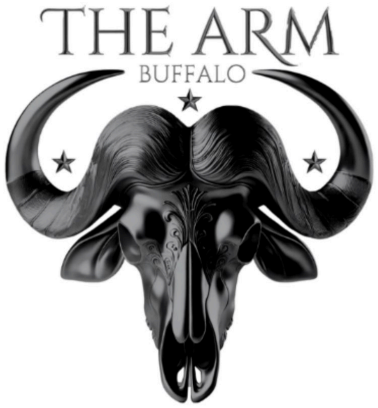
Solté una risa baja y amarga, apagando el cigarro en el cenicero con más fuerza de la necesaria.

—Lorenzo —llamé, con voz cortante.

—Sí, *signore*?

—Averigua todo lo que puedas sobre ella. Ahora.

La única respuesta fue un asentimiento firme antes de que Lorenzo desapareciera por la puerta, dejándome solo con mis pensamientos y el recuerdo de esa mujer que ya empezaba a corroer mi control.



CAPÍTULO 11

ROSALINDA

El sonido palpitante de la música parecía resonar dentro de mi pecho mientras me movía por la pista de la Peccato, intentando ignorar el zumbido de adrenalina que aún corría por mis venas. El mensaje de Fiorella me indicó encontrarla por allí. Ella había abandonado el área VIP para evitar un encuentro no deseado con su hermano.

Al mirar a mi alrededor, pronto distinguí su silueta inconfundible en el extremo opuesto de la pista. Caminé hacia ella, esquivando cuerpos que se movían, hasta finalmente alcanzar el refugio improvisado que había encontrado junto al bar.

—¡Perdón por dejarte sola! —sus ojos estaban muy abiertos y su tono mezclaba preocupación con alivio.— …creí que me había desmayado cuando vi a Ettore entrar en el área VIP.

Fiorella siempre había sido valiente e independiente, dentro de lo permitido. Después de tantos años en el convento, si él la descubría, habría problemas graves, especialmente si se enteraba de conmigo allí. Lo que, inevitablemente, también me metería en problemas.

—Pensé que estabas en el baño, así que fui a buscarte —le expliqué, un poco más abrupta de lo que había planeado.— Ettore me siguió hasta allí.

—¿Él te siguió? ¡¿Estás bromeando?! —exclamó con asombro y cierta fascinación.

Sentí el peso de la multitud a nuestro alrededor.

—No, no lo estoy —pasé mi mano por la frente, tratando de ordenar mis pensamientos—. Ya había logrado salir cuando él llegó. Por un segundo pensé que iba a arruinarlo todo.

—¿Y qué hiciste? —Ella me sujetó del brazo, con curiosidad evidente.

—Hablé con él —respondí, con voz firme y baja, como si pronunciarlo lo hiciera más real—. Rechacé la bebida que me ofreció y me las ingenié para salir antes de que insistiera en que nos quedásemos.

Fiorella me miró como si acabara de confesar un crimen.

—¿Le rechazaste a *Ettore Lucchese*? —su expresión mostraba incredulidad… con un fondo de orgullo.

—No fue una elección real —traté de parecer distante, pero la imagen de sus ojos fijos en mí, la intensidad de su voz… seguía ardiendo bajo mi piel.

Ella negó con la cabeza, mezcla de sorpresa y aprobación.

—Tenemos que irnos —dije, más decidida—. No quiero arriesgar que nos encuentre.

No creía que un hombre como él aceptara un "no" sin saber por qué.

—Tienes razón. Vámonos.

Con pasos rápidos y decididos, cruzamos la pista de baile, esquivando luces y cuerpos que danzaban al frenético ritmo de la música. Cada paso me alejaba del rastro de Ettore… pero no de las sensaciones confusas que despertó en mí.

Por suerte, no me reconoció. Eso me daba una ventaja, pero no la seguridad que necesitaba.

Al llegar a la salida, uno de los guardias abrió la puerta con un leve gesto, y el aire fresco de la noche me golpeó con una liberación inesperada.

—Aún no lo creo… —murmuró Fiorella mientras avanzábamos hacia los taxis—. Conseguir llamarle la atención sin siquiera planearlo…

No respondí de inmediato, pero sus palabras resonaron en mi mente. Quizá, por primera vez, yo realmente tenía el control.

El taxi avanzaba suavemente por las calles de Buffalo, pero por dentro, yo era un caos. Las luces de la ciudad entraban parpadeantes por la ventana, acompañando el ritmo irregular de mis pensamientos. Fiorella, a mi lado, estaba absorbiendo la pantalla del celular. No esperaba conversación. Ella sabía que necesitaba silencio.

Mis dedos trazaban patrones invisibles sobre el suave material de mi bolso, donde la máscara de conejita descansaba como recuerdo de la noche. Era casi ridículo cómo un accesorio tan pequeño podía contener el peso de todo lo vivido.

Ettore…

Todavía sentía su olor. Una mezcla de tabaco, whisky y algo profundamente masculino que parecía impregnar el aire a su alrededor. Su voz ronca y autoritaria aún resonaba en mis oídos, cada palabra cargada de una intensidad que hacía que mi corazón latiera con fuerza. Su mirada... tan intensa y penetrante, parecía haber escudriñado cada capa de mi alma, incluso sin saber quién era yo.

Parte de mí sintió un leve alivio porque *Ettore* no me había reconocido.
Otra parte... sintió algo que no estaba lista para nombrar.

Él me deseaba. Eso era evidente.

Pero lo que no lograba entender era cuánto eso me afectaba.
¿No se suponía que debía tenerle miedo? ¿Qué había cambiado? ¿Por qué había cambiado?

Negué con la cabeza, intentando alejar esos pensamientos.

Cuando finalmente llegamos al *The Mansion*, el majestuoso hotel parecía un refugio seguro, un santuario temporal frente al caos del mundo exterior. Fiorella y yo caminamos en silencio por el lujoso vestíbulo, el sonido apagado de nuestros tacones resonando mientras subíamos hacia nuestras habitaciones.

Se detuvo frente a la puerta de su cuarto, volviéndose hacia mí con una sonrisa maliciosa que no combinaba con la seriedad de sus ojos.

—¿Estás bien? —preguntó, aunque su tono sugería que ya conocía la respuesta.

Asentí, aunque la confusión seguía gobernando dentro de mí.

—Sí. Solo... demasiadas cosas para procesar.

Ella se inclinó para abrazarme, su perfume floral llenando el espacio entre nosotras.

—Feliz cumpleaños otra vez, *ragazza*. —Su voz era suave, pero cargada de afecto.— Lamentablemente, tengo que volver al convento por la mañana, así que no estaré en la cena de mañana por la noche.

—Lo entiendo —intenté sonreír, aunque saber eso me entristeció un poco.

Fiorella seguía en el convento, aunque aún no había hecho sus votos. Probablemente estaba esperando mi boda con *Ettore* para renunciar, aunque nunca hablamos abiertamente sobre sus planes.

—Pero quiero que me cuentes todo después. —Retrocedió, sujetándome por los hombros con firmeza.— Y antes de dormir, abre tu regalo. Tal vez alguno de los juguetitos te ayude a... relajarte un poco.

Me guiñó un ojo, y el rubor que subió a mis mejillas fue inmediato.

—¡Fiorella!

—Solo digo. —Retrocedió un paso, levantando las manos en gesto de rendición.— *Buonanotte, principessa.*

—*Buonanotte, sorella.*

Continué por el pasillo hasta llegar a la puerta de mi habitación. El silencio lujoso del ambiente me envolvió de inmediato, y cerré la puerta tras de mí con un suspiro profundo. Caminé hasta la cama king size impecablemente tendida, dejando mi bolso sobre el edredón suave. El contraste entre el entorno sofisticado de la habitación y el torbellino que llevaba dentro era casi irónico.

Había enfrentado a *Ettore Lucchese*.

Hablé con él.

Lo rechacé.

Y él no sabía quién era yo.

Esa pequeña victoria debería haber sido suficiente para que pudiera dormir tranquila, pero en lugar de eso, sentí algo hervir bajo mi piel.
No era miedo, ni ira.

Era algo más peligroso.

Más tentador aún.

Solté el cierre de las botas lentamente, sintiendo el sonido del *vinil* cediendo con un leve chasquido a cada movimiento. Había algo casi ceremonial en desnudarme de aquella armadura, como si me liberara de un papel cuidadosamente ensayado. La presión del material contra mi piel había sido tanto una carga como una fuente de poder esa noche. El contraste entre el calor que envolvía mis piernas y el frío que me golpeó cuando finalmente las liberé fue vigorizante.

El vestido vino después, deslizándose por mi cuerpo con una resistencia suave. Cada movimiento traía de vuelta fragmentos de la noche: las miradas, la música, el brillo de las luces danzando sobre el *vinil*. Cuando finalmente lo dejé caer al suelo, me quedé allí por un momento, sintiendo la extraña vulnerabilidad de estar desnuda frente a mis propios pensamientos.

Respiré hondo y caminé hacia el baño. El espacio era impecable, con mármol frío y luces suaves que reflejaban mi imagen en varias superficies. Abrí la llave de la ducha, ajustando el agua hasta que una niebla caliente llenó el ambiente. Entré, dejando que el calor envolviera mi cuerpo, lavando el cansancio y la tensión que parecían haberse incrustado en mi piel.

Cerré los ojos y apoyé la frente contra los azulejos húmedos, permitiendo que el agua corriera sobre mí como una cascada purificadora. Pero incluso en el silencio de ese momento, mi mente no me daba tregua.

—*Ettore*...

La intensidad en su mirada. La forma en que su presencia parecía consumir el aire a su alrededor. Era como si llevara consigo una fuerza gravitacional propia, arrastrándome a su órbita incluso cuando sabía que debía mantenerme lejos.

—¿Qué habría pasado si hubiera aceptado su oferta?

Mi respiración se detuvo, y mi mano subió instintivamente a mi cuello. El agua seguía cayendo, pero ahora parecía fría en comparación con el calor que subía por mi piel.

Cerré los ojos una vez más, permitiendo que mi mente divagara. Lo imaginé detrás de mí, su presencia tan cercana que podía sentir el calor de su cuerpo, el timbre ronco de su voz murmurando mi nombre como una plegaria obscena. El escalofrío que recorrió mi columna fue imposible de ignorar.

Mis manos recorrieron mi piel, siguiendo el flujo del agua. El toque era suave, casi vacilante, pero cada movimiento parecía traer de vuelta la intensidad de su proximidad.

En la fantasía, *Ettore* me envolvía por completo, sus manos firmes, pero nunca apuradas, explorando cada centímetro de mi cuerpo como si quisiera memorizar mi forma. Su toque era una paradoja: controlado y urgente, posesivo y reverente. Su voz grave y autoritaria susurraba órdenes y promesas contra mi piel, palabras que encendían una llama en mi vientre e incendiaban cada célula de mi ser.

Mis manos imitaron lo que mi mente imaginaba, descendiendo por mi abdomen hasta encontrar el calor palpitante entre mis muslos. El toque fue titubeante al principio, pero rápidamente se volvió más seguro. La respiración se volvió irregular mientras mi dedo se deslizaba con suavidad, estimulando un punto sensible que hizo estremecer mi cuerpo.

Cerré los ojos nuevamente, entregándome al momento. En mi mente, *Ettore* se inclinaba hacia mí, su aliento caliente contra mi oído mientras susurraba algo que me hizo gemir suavemente. El sonido resonó en el espacio húmedo y cerrado del baño, un eco de vulnerabilidad y poder que era exclusivamente mío.

Mis piernas temblaron mientras la presión aumentaba, cada movimiento un paso más cerca del abismo. Mi cadera se movía sutilmente en busca de más, de todo. El calor que crecía en mi cuerpo se volvió casi insoportable, un apretón dulce y doloroso que finalmente estalló en una ola de alivio devastador.

Mordí mi labio para ahogar el gemido que escapó, mi cuerpo relajándose mientras el placer se expandía cálido y suave. Cuando abrí los ojos de nuevo, vi mi reflejo en el vidrio empañado. El rostro que me miraba no era el de una niña sumisa a las expectativas de los demás, sino el de una mujer que se atrevía a explorar sus deseos y enfrentar sus miedos, que acababa de bailar al borde del abismo y sobrevivió para contarlo.

Apagué la ducha y me quedé allí por unos instantes, sintiendo el peso del silencio envolverme de nuevo.

No me arrepentía de la fantasía.

Al contrario, me sentía más fuerte y más centrada.

Mientras me envolvía en la toalla suave, pensé en la cena de mañana y en el inevitable reencuentro con *Ettore*.

Él no sabía quién era yo, pero pronto lo descubriría.

Y cuando eso sucediera, ya no sería la chica a la que intimidó en el pasado.

Sería la mujer que lo haría desear lo imposible.

*****

«Cualquiera que se atreva a mirarte con lujuria, le arrancaré los ojos. Si intentan seducirte con palabras bonitas, les arrancaré la lengua. Si se atreven a tocar un solo dedo de tu piel suave y perfecta, les arrancaré ambas manos. Y si tú les correspondes con una sola sonrisa, mataré a cada uno de ellos.»

Desperté con un sobresalto, el pecho subiendo y bajando en respiraciones rápidas, como si el peso de aquellas palabras aún flotara sobre mí. La habitación estaba sumida en penumbra, pero los primeros rayos del sol comenzaban a bañar las paredes con tonos suaves de dorado.

Me froté los ojos, intentando borrar el recuerdo del sueño, pero las palabras de Ettore aún resonaban en mi mente, cada sílaba cargada de una promesa que oscilaba entre la obsesión y la posesión.

Me incorporé despacio, sintiendo el suelo frío bajo mis pies mientras me dirigía al baño. Abrí el grifo del lavabo y dejé correr el agua, salpicando el líquido helado sobre mi rostro. El choque fue bienvenido, un antídoto frente al fervor que ese recuerdo había despertado.

No podía permitir que él volviera a tener ese poder sobre mí.
No más.

Ettore Lucchese tendría que volverse loco por mí, y no al revés.

Cuando mi celular vibró en la mesita, regresé al cuarto, aún con gotas de agua resbalando por mi barbilla. Tomé el aparato y vi el mensaje de Marco:

"Estamos en el hall. Avísame cuando estés lista."

El simple recordatorio de que estaba regresando a la mansión Povvi hizo que mi estómago se revolviera. Era un retorno largamente esperado, pero cargado de expectativas e incertidumbres.

Volví mi vista a la maleta abierta en un rincón del cuarto. El regalo de *Fiorella*, aún envuelto, estaba cuidadosamente guardado entre la ropa. A pesar de mi curiosidad, decidí dejarlo para más tarde. Ya me imaginaba lo que había escogido, dado su sentido del humor atrevido y provocador.

Elegí mi look con calma. Necesitaba algo que dijera exactamente quién soy ahora: confiada, sofisticada y lista para lo que vendrá. Opté por una camisa de seda blanca impecable, con botones dorados que añadían un toque refinado. La combiné con unos pantalones de sastre negros de cintura alta, ajustados al cuerpo, y completé con un chaleco de *vinil* negro que abrazaba mi silueta con elegancia.

Las botas de *vinil*, esta vez de caña corta, completaban el look. Añadí también guantes negros del mismo material, como un detalle que reforzaba mi personalidad fashionista. Por último, apliqué el labial rojo, el mismo tono que había usado la noche anterior. No era solo un color, era una declaración.

Recogí mi cabello en una coleta alta; los mechones sueltos alrededor del rostro suavizaban el conjunto, creando un equilibrio entre la rigidez de las líneas del outfit y la feminidad que siempre me ha gustado mantener. La elección fue estratégica: práctica y, al mismo tiempo, sofisticada, revelando mi rostro por completo y destacando el contraste del labial rojo sobre mi piel.

El resultado era un estilo que exhalaba control y confianza, sin renunciar a la sensualidad discreta que me convertía en una mujer atractiva.

Tomé mi maleta, ajustándola con una mano mientras colocaba la correa del bolso sobre mi hombro. Antes de abrir la puerta de la habitación, hice una última revisión en el espejo. El reflejo me devolvió una imagen de determinación, y eso era exactamente lo que necesitaba para enfrentar el día que se desplegaba ante mí.

Caminé por los pasillos silenciosos del *The Mansion* con pasos firmes, el sonido de mis tacones resonando suavemente contra el mármol. Al llegar al vestíbulo, la escena frente a mí era exactamente como la había anticipado. Marco y Alessandro estaban allí, impecables en trajes oscuros que reforzaban su postura seria y vigilante.

Al verme, Marco fue el primero en levantarse, su expresión endurecida suavizándose con una sonrisa cómplice que sólo él sabía dar. Alessandro lo siguió, poniéndose de pie con la calma meticulosa de alguien que siempre evalúa su entorno antes de actuar. Entre los dos, reposando a los pies de Marco, Luci alzó la cabeza al escuchar mis pasos. Sus ojos inteligentes y profundos me observaron por un instante antes de soltar un leve gruñido, seguido por un movimiento de cola lento, casi aristocrático.

—¿Lista para el gran regreso, *signorina*? —preguntó Marco, su voz cargada de una familiaridad que mezclaba humor y lealtad.

—Más lista que nunca —respondí, una pequeña sonrisa curvando mis labios mientras me agachaba para acariciar a Luci. Su cabeza pesada se apoyó brevemente en mi mano, una demostración silenciosa de reconocimiento.

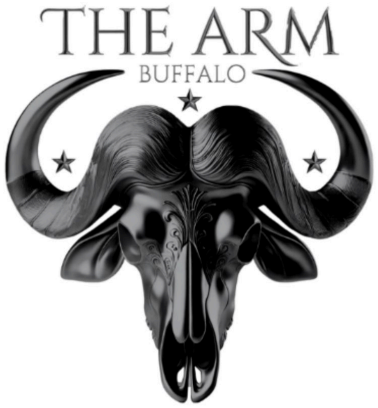
Me enderecé nuevamente, encontrando las miradas atentas de mis dos hombres de confianza. Ellos abrieron espacio para que pasara y juntos nos

dirigimos hacia la salida.

De repente, una extraña energía palpitante me recordó que, a partir de ese día, no habría más espacio para las dudas.

Estaba de regreso.

Y esta vez, todo sería diferente.



CAPÍTULO 12

ROSALINDA

El coche avanzaba despacio por el camino de piedras que serpenteaba hasta la mansión Povvi, como si quisiera prolongar lo inevitable. Afuera, los jardines impecables rodeaban la propiedad como un cuadro vivo, con flores meticulosamente podadas y estatuas de mármol blanco que parecían vigilar el entorno.

Marco aparcó el coche cerca de la escalinata principal y Alessandro fue el primero en bajar, manteniendo la postura de vigilancia que para él era casi instintiva. Luci saltó justo después, su porte elegante y el pelaje negro impecable contrastaban con la luz pálida de la mañana. Movió la cola ligeramente, pero sus ojos atentos parecían escanear el terreno como si buscara cualquier amenaza.

Apenas bajé del coche, el sonido de risas infantiles cortó el aire, seguido de pasos ligeros corriendo hacia mí. Allegra y Arianna, las gemelas de casi cuatro años, vinieron corriendo con sus vestidos florales a juego, los rostros iluminados por sonrisas radiantes.

—¡*Sorellina*! ¡*Sorellina*! —gritaron al unísono, sus voces dulces llenando el vacío que ni siquiera sabía que cargaba hasta escucharlas de nuevo.

Había convivido muy poco con mis hermanas, pero *mamma* se aseguraba de que habláramos por videollamada al menos una vez por semana para que pudiera interactuar con las pequeñas.

Me agaché con los brazos abiertos y ambas prácticamente se lanzaron sobre mí, envolviéndome en abrazos apretados y torpes. El calor de sus pequeños cuerpos, el olor a jabón infantil y la textura suave de sus cabellos rubios contra mi rostro fueron casi suficientes para hacerme olvidar el peso que cargaba durante el camino hasta allí.

—*Le mie bambine*... —murmuré, besando la coronilla de cada una. —¡Cómo han crecido! ¡Y están aún más hermosas!

—¿Trajiste regalos? —preguntó Allegra, con los ojos brillando de expectativa mientras Arianna asentía con entusiasmo a su lado.

Hablaban muy bien, aunque aún enredaban una palabra u otra.

—¡Claro que sí! —aseguré, riendo. —Están en mi maleta, pero vamos a dejarlos para más tarde, ¿de acuerdo?

Antes de que pudieran protestar, Luci se acercó, sentándose a mi lado con su postura imponente de siempre. Las niñas soltaron gritos emocionados y se volvieron hacia él, abrazando su cuello con total confianza. Él aceptó el cariño con la paciencia de un verdadero guardián, su cola golpeando suavemente el suelo.

—¡Es el perro más grande del mundo! —anunció Arianna, enterrando el rostro en el pelaje del doberman.

—Y el mejor de todos. —Acaricié la cabeza de *Lúcifer* mientras él me lanzaba una mirada casi cómplice.

—Finalmente, mi *bambina* está en casa. —La voz suave y cargada de emoción de Bibiana me hizo levantar la mirada.

La ama de llaves estaba parada al lado de Sabino, su esposo y mayordomo del *clan Povvi* desde la época de mi *nonno*. Se veían exactamente como los recordaba: Bibiana con su moño apretado y el delantal impecable, y Sabino con su traje negro impoluto y la expresión serena que solo él podía mantener incluso en los momentos más caóticos.

—¡Bibi, Bino! —Mi voz salió algo quebrada al mencionar los apodos con los que solía llamarlos desde niña, pero sonreí mientras me acercaba.

Me abrazaron con un calor que solo el tiempo y la lealtad inquebrantable podían proporcionar.

—Estás aún más linda, *ragazza*. —Bibiana se apartó lo suficiente para evaluarme, los ojos brillando con un orgullo maternal. —Me encantó este nuevo estilo.

—Italia te hizo bien —agregó Sabino, su voz grave cargada de respeto.

Antes de que pudiera responder, otra figura familiar apareció detrás de ellos.

Mamma.

Estaba diferente. No en apariencia, porque seguía deslumbrante, con sus rasgos latinos y el cabello recogido en un moño clásico que acentuaba su cuello elegante. Pero había algo en su expresión que no esperaba: emoción cruda, casi vulnerable.

—Rosalinda... —Su voz salió en un susurro.

Me quedé inmóvil mientras se acercaba, sus ojos analizándome como si no pudiera creer que realmente fuera yo quien estaba allí. Cuando se detuvo frente a mí, sus dedos tocaron mi rostro con una suavidad casi vacilante.

— Estás tan... diferente. — Había un temblor en su voz, pero no de crítica. Era algo más profundo. — Ese cabello platinado... con esos ojos. Pareces otra persona.

Mi cuerpo se tensó, esperando la reprimenda o la mirada de desaprobación que tantas veces había recibido en el pasado. Pero para mi sorpresa, ella no hizo nada de eso.

Mamma me atrajo hacia un abrazo.

Fue apretado, lleno de añoranza, y sentí su respiración temblar contra mi hombro.

— Estás tan hermosa, *mi hija*. ¡Tan deslumbrante! — Su voz rebosaba orgullo. — Saliste de aquí una niña y volviste una mujer.

Parpadeé rápidamente, luchando contra la humedad repentina en mis ojos mientras le devolvía el abrazo.

No lo esperaba.

No esperaba sentir ese calor después de tanto tiempo.

Pero allí, rodeada por las personas que amaba, incluso con el peso de las expectativas, algo en mí finalmente se permitió relajarse.

— Te extrañé, *mamma*. — Las palabras salieron más sinceras de lo que había planeado, mientras mis brazos aún la rodeaban.

Era verdad. A pesar de todas las diferencias y heridas, la nostalgia había sido una constante silenciosa durante mis años fuera.

Mamma se apartó lo suficiente para mirarme a los ojos, el brillo de la emoción aún evidente en su rostro.

— Y yo te extrañé, *mia bambina*. — Tocó mi rostro con delicadeza, como si temiera que desapareciera de nuevo.

Me encantaba cómo mezclaba el italiano con el español, sin olvidar nunca su origen mexicano a pesar de tantos años perteneciendo a la *famiglia*.

Pero la ausencia de él era palpable.

Mi padre, siempre una presencia imponente, no estaba allí para recibirme.

— Tu padre está en la hípica, resolviendo algunos asuntos. — *Mamma* suspiró, ajustando su moño mientras se alejaba del abrazo. — Pero estará de vuelta a tiempo para la cena. No te preocupes, no se lo perdería por nada.

Claro que no se lo perdería, ya que habría invitados importantes, como en todos mis cumpleaños anteriores. Personas que apenas conocía y con quienes nunca había intercambiado más que unas pocas palabras de cortesía.

Asentí, guardando cualquier comentario para mí.

No valía la pena insistir en el tema.

Caminamos juntas hacia el interior de la mansión, cada paso resonando en los pasillos que conocía tan bien, pero que ahora parecían de algún modo distintos. La entrada principal estaba impecablemente decorada con flores frescas, los arreglos cuidadosamente escogidos para combinar con la sofisticación del entorno.

Cuando llegamos al segundo piso, *mamma* me condujo hasta mi antigua habitación, ahora renovada de una forma que parecía un reflejo de lo que me había convertido: elegante, pero llena de sombras. Al abrir la puerta, vi algo que capturó de inmediato mi atención.

El vestido estaba colgado en un maniquí junto a la cama. Rojo como la sangre, de un corte clásico y sofisticado, con líneas que abrazaban el cuerpo y un escote sutil, elegante.

— Lo elegí especialmente para ti. — La voz de mi madre tenía un tono de satisfacción, como si ya esperara mi aprobación. — Pensé que encajaría con tu nueva etapa, y será perfecto para la cena de esta noche.

Di un paso al frente, observando cada detalle del vestido, desde el brillo satinado de la tela hasta la costura impecable. Por fuera, mantuve una sonrisa educada, pero por dentro, los recuerdos ardían.

«¡Consíganle algo decente para ponerse! ¡Algo que no la haga parecer una puta barata!»

El recuerdo de aquel evento de años atrás resurgió en mi mente como un fantasma no deseado. El vestido rojo que usé en aquella ocasión había sido menos discreto, pero no menos impresionante. Y las palabras de Ettore aún resonaban, llenas de desprecio.

La herida de aquella humillación parecía recién abierta, pero forcé una sonrisa.

— Es hermoso, *mamma*. *Grazie*.

Ella sonrió, claramente aliviada, antes de acercarse y tocar mi brazo.

— *Don Lucchese* indicó que el compromiso debe oficializarse esta noche. Ettore también estará presente. — Su voz era suave, pero había una nota de aprensión allí.

Por supuesto que él estaría.

No tenía nada que ver con mi cumpleaños, sino con una noche en la que un viejo acuerdo sería sellado ante la *Cosa Nostra*.

Mamma continuó, quizás interpretando mi silencio como incertidumbre.

— Sé que Ettore puede ser... intimidante. — Había cautela en sus palabras. — Pero será un buen esposo, *Rosalinda*. Te protegerá, pase lo que pase.

El instinto de responder con sarcasmo casi me venció, pero me contuve. Lo que importaba era que mi madre creía en eso. Tal vez necesitaba creer.

Desvié la mirada hacia el vestido una vez más, como si analizarlo me diera tiempo para organizar mis pensamientos. No quería decepcionarla, no en ese momento, pero tampoco permitiría que sus palabras me cegaran ante lo que realmente se avecinaba.

Lúcifer, que había seguido a las gemelas al jardín, no estaba cerca para ofrecerme la distracción que necesitaba. Así que aproveché otra oportunidad para alejarme de la conversación.

— Necesito descansar un poco, *mamma*. Fue un viaje largo y quiero estar bien para la cena.

Ella tocó mi rostro una vez más, sus ojos llenos de ternura.

— *Por supuesto, cariño.* Te dejo descansar. Si necesitas algo, solo llámame.

Asentí, observando cómo salía de la habitación, cerrando la puerta con suavidad tras de sí.

Sola, miré el vestido por unos instantes más antes de sentarme en la cama, permitiéndome sentir las emociones que había ocultado.

No usaría ese vestido.

No después de todo lo que simbolizaba.

Ettore Lucchese podría ser un buen esposo, pero eso no significaba que yo fuera la mujer que él esperaba.

Ya no.

*****

HACÍA CUATRO AÑOS...

— Es un tirano —murmuré, con la voz quebrada—. Todos lo son. Me tratan como una pieza moldeable en este juego sucio. Y los odio por eso.

— *Si quieres, puedo enseñarte a ser una buena jugadora también* — respondió *Fiorella* con una calma que parecía casi peligrosa, mientras yo terminaba de vestirme.

Me detuve y la miré, tratando de descifrar su expresión. No había burla en sus ojos, solo una determinación que me intrigaba y asustaba al mismo tiempo.

— ¿Qué quieres decir?

Una sonrisa leve, casi conspiradora, curvó sus labios.

— *El tablero cambia completamente cuando aprendes las reglas, Rosalinda. Y aún mejor, cuando sabes cómo romperlas sin que nadie se dé cuenta.* —Se inclinó levemente hacia adelante, con los brazos cruzados sobre la rodilla mientras un gesto sutil se dibujaba en su rostro—. *No importa cuán poderosos o tiranos sean. Todo hombre, incluso el más fuerte y temido, necesita algo que lo mantenga en pie. Y eso nunca será solo dinero, armas o alianzas.*

— ¿Y qué sería entonces? —Fruncí el ceño, confundida.

— *Una compañera.* —Su respuesta fue inmediata, como si fuera una verdad universal—. *Los hombres de la Cosa Nostra lo tienen todo: riqueza, poder, respeto. Pero ¿sabes qué buscan realmente en una esposa? No solo una mujer que les dé hijos y organice cenas. Sino alguien que sea su refugio. Alguien que los vea más allá de las máscaras que muestran al mundo.*

De repente, la conversación se volvió mucho más íntima... mucho más seria.

— ¿Estás diciendo que debo ser... una especie de consejera? ¿Aliada?

— Exactamente. *Necesitan a alguien que sea leal, fuerte, y que les recuerde por qué luchan cada día.* No se trata de manipular. Se trata de ser indispensable.

— ¿Y cómo se logra eso exactamente? —pregunté, sin poder ocultar mi creciente curiosidad.

— Para empezar, deja de verte como una víctima. —Fiorella se levantó de la cama y se acercó a mí, su tono firme pero no duro—. *No digo que no tengas razones para sentirte así, pero el mundo en el que vivimos no recompensa a quienes se entregan a la autocompasión. Demuéstrale a Ettore que no eres una obligación ni una carga. Demuestra que eres un as bajo la manga.*

— ¿Demostrar cómo? —Di un paso atrás, asimilando sus palabras.

Ella volvió a sonreír, pero esta vez con un matiz casi afectuoso.

— Mostrándole que entiendes su mundo. No tienes que estar de acuerdo con todo, pero debes saber cómo piensa, cómo actúa. Estar un paso adelante. Cuando Ettore tenga un problema, sé la persona en la que confíe para buscar consejo o consuelo.

— Él nunca me escuchará. —Mi incredulidad era evidente.

— Lo hará, si sabes cómo hablarle. —Fiorella se encogió de hombros—. *No se trata de rebajarte o perder quién eres. Se trata de mostrar que eres mucho más que un acuerdo o un nombre en una lista de obligaciones. Sé alguien que él tema perder.*

La profundidad de sus palabras me dejó sin aliento por un momento.

— ¿Cómo sabes tanto sobre esto?

— Mi mamma. —Una sombra de emoción cruzó sus ojos—. *Fue la mujer más inteligente que he conocido. Ella me decía que el verdadero poder de una mujer no está en gritar más fuerte que un hombre, sino en crear un espacio donde él sepa que la necesita más que a cualquier otra cosa.*

— ¿Y funcionó? —quise saber, genuinamente intrigada.

— Funcionó tan bien que mi papà haría cualquier cosa por ella. Incluso sacrificar parte de su orgullo. —Fiorella sonrió con un toque de nostalgia—. *Sabía que sin ella, el castillo que había construido no era más que arena.*

Me quedé en silencio, sus palabras resonando en mi mente como un desafío.

— Suena muy fácil cuando lo dices así.

— *No es fácil.* —Me miró directamente a los ojos—. *Es lo más difícil que harás, porque requiere paciencia, fuerza y, sobre todo, inteligencia. Pero créeme, vale la pena.*

Volvió a sentarse en la cama, indicando que la conversación había llegado a su fin.

— *Entonces, ¿qué será, Rosalinda? ¿Pasarás el resto de tu vida odiando tu lugar en el mundo o empezarás a moldearlo a tu manera?*

Sus palabras fueron como un golpe directo al estómago, pero también la chispa de algo que no sabía que llevaba dentro.

— *No estoy segura de saber por dónde empezar...*

— *Puedo ayudarte. —Fiorella* se encogió de hombros con una sonrisa conspiradora—. *Pero el primer paso es simple: no necesitas amarlo, Rosalinda. Solo necesitas ser indispensable.*

Mi estómago se revolvió con la idea.

¿Ser indispensable para *Ettore Lucchese*?

¿Él, que ya me había humillado más de una vez?

— *No es fácil* —murmuré—. *Él me ve como...*

— *Él te subestima. Por eso va a funcionar. —Fiorella* levantó el dedo, como si estuviera dando una clase—. *Recuerda esto: el error más fatal que un hombre puede cometer es subestimar a una mujer.*

Las palabras de *Fiorella* quedaron grabadas en mi mente como una cicatriz recién marcada. Esa misma noche, aunque aún no supiera cómo, decidí que no sería una pieza descartable en ese juego de poder.

*****

DÍAS ACTUALES...

Un sonido agudo e insistente rompió el silencio de la habitación.
La alarma del celular.

Intenté ignorarla, hundiendo el rostro en la almohada suave, pero no duró mucho. Una presión considerable sobre mis piernas fue suficiente para sacarme

del letargo. Lúcifer había saltado a la cama con la elegancia habitual de un dóberman, y ahora estaba acostado sobre mí como si fuera un cachorro necesitado de cariño.

—¡Luci! —protesté, mi voz ahogada contra la almohada. Él respondió con un leve gruñido juguetón antes de empezar a lamerme la cara con insistencia.

Era imposible no sonreír.

—¿Ya te mimaron demasiado las niñas hoy, no? —Empujé ligeramente su cabeza mientras él me miraba con esos ojos oscuros y llenos de inteligencia.

Lúcifer apoyó la cabeza en mi pecho, soltando un largo suspiro, como si quisiera decir que merecía ese momento de atención. Pasé la mano por su pelaje brillante y suave, disfrutando del calor reconfortante que su presencia ofrecía.

—Eres mi buen chico, ¿verdad? —murmuré, enterrando los dedos detrás de sus orejas. Él cerró los ojos, claramente satisfecho con las caricias.

Por un breve momento, me permití olvidar el peso que traía la noche. Pero el reloj no se detenía y no podía seguir posponiéndolo. Suspiré profundamente y aparté a Luci con delicadeza, recibiendo a cambio una mirada ofendida.

—Esta vez no va a funcionar —bromeé, deslizándome fuera de la cama y estirando los brazos por encima de la cabeza.

El dóberman saltó al suelo con un movimiento fluido, siguiéndome mientras caminaba hacia el baño. El reflejo en el espejo me devolvía la mirada con ojos cansados pero firmes. La luz suave resaltaba el tono pálido de mi cabello platinado y el contraste marcado con los rasgos que heredé de mi madre.

Abrí la llave, dejando que el agua caliente llenara el ambiente con una cómoda neblina. Mientras la bañera se llenaba, me quité la camisa de seda y los pantalones de algodón que había usado para dormir, sintiendo el frío del mármol bajo mis pies.

Mi cuerpo parecía cargar un nerviosismo latente, como si ya supiera que esa noche sería un punto de inflexión.

La cena, el compromiso... Ettore.

Lúcifer observaba acostado cerca de la puerta, la cabeza reposando sobre sus patas, pero sus ojos me seguían, atentos y silenciosos. Parecía percibir mi estado de ánimo, un guardián incansable incluso de las emociones que no podía ocultar.

Entré al agua, sintiendo cómo el calor envolvía mi cuerpo mientras apoyaba la cabeza contra el borde de la bañera.

Era la calma antes de la tormenta.

Tenía que estar lista.

CAPÍTULO 13

ETTORE

El motor del coche ronroneaba suavemente mientras ajustaba la solapa del saco, los ojos fijos en el paisaje que pasaba por la ventanilla. Lorenzo conducía con su habitual competencia, manteniéndose en silencio, salvo por eventuales intercambios de miradas a través del retrovisor, como si intentara medir mi humor.

—Dime que tienes algo. —Mi voz salió baja, pero cargada de expectativa.

Él vaciló un momento antes de responder.

—Nada más de lo que ya sabemos, señor. Nadie la vio salir de la *Peccato*. No tenemos ningún registro. No es una clienta regular y no usó uno de nuestros transportes. Es como si... no existiera.

¿No existía?

Esa era la explicación más irritante de todas.

El recuerdo de la rubia enmascarada volvía a mi mente con una frecuencia que no admitiría en voz alta. No era fascinación ni nada remotamente sentimental.
Era puro ego.

Ella me rechazó.

Su comportamiento fue una afrenta.

¿Quién era para irse como un fantasma, sin dejar rastro?

—Sigue buscando.

—Sí, señor. —Lorenzo asintió, los ojos enfocados en la carretera.

Mi mente volvió a la conversación que tuve con mi padre más temprano.

*****

—Sabes lo que tienes que hacer esta noche, Ettore. —*Don* Lucchese estaba de pie en el despacho, los ojos fijos en los mapas y documentos esparcidos sobre la mesa.— Nadie espera que ames a Rosalinda. Pero necesitan creer que esta unión es más que un acuerdo comercial.

—Porque eso es exactamente lo que es. —El eco cínico de mi propia voz resonaba aún en mi mente.

—Los matrimonios en la *cosa nostra* siempre han sido arreglados, hijo. Pero también son permanentes. —La voz de mi padre se endureció.— El divorcio es inaceptable. Y lo más importante: el matrimonio debe generar herederos. Sin ellos, no solo debilitas tu posición, sino también a nuestra *famiglia*.

Herederos.
Esa era la palabra que todos evitaban decir directamente. Esperaban que construyera algo con Rosalinda Povvi, algo duradero. Mi obligación era clara.

—Entendido —asentí, con el mismo pragmatismo que él siempre me inculcó.

*****

Cuando llegamos a la mansión Povvi, Lorenzo detuvo el coche frente a la entrada principal. El lugar estaba deslumbrante, como siempre. Arreglos florales meticulosamente dispuestos adornaban la

entrada, y las luces suaves creaban un ambiente de sofisticación incuestionable.

Salí del coche, ajustándome el saco, mientras Lorenzo se mantenía a una distancia discreta. Algunos invitados ya estaban allí, sus conversaciones llenando el aire con un murmullo constante. Cada rostro me resultaba familiar, figuras importantes de la *cosa nostra*, pero en ese momento, no eran ellos quienes buscaba.

Ticiano y Rosalia estaban en el salón principal, rodeados por una pequeña multitud. La presencia de ambos exudaba autoridad, algo que siempre había admirado. Me acerqué a ellos con pasos firmes, saludando a los hombres que encontraba en el camino con una inclinación o un apretón de manos.

—Ettore, qué bueno que llegaste —dijo Ticiano con voz baja, pero cargada de una tensión que solo yo parecía notar.

—Ticiano. Rosalia —incliné ligeramente la cabeza, saludándolos con la formalidad que la ocasión exigía.

Rosalia sonrió, pero sus ojos me analizaron con cuidado, como si buscaran algo más allá de las palabras, lo que siempre me mantenía alerta. Prefería cuando hablaba sin parar, al menos así podía descifrar sus pensamientos.

Antes de que el silencio se volviera incómodo, dos figuras pequeñas rompieron la formalidad.

—¡*Padrino*! —Allegra y Arianna corrieron hacia mí, sus voces animadas resonando en el salón.

Me agaché para recibirlas, una en cada brazo, sus risas llenando el espacio vacío que las palabras no lograban ocupar.

—¡*Le mie bambine*...! —besé la parte superior de sus cabezas, sujetándolas con firmeza.

—¡Tardaste mucho! —Allegra hizo un puchero, mirándome con falsa seriedad.

—¡Te estábamos esperando! —añadió Arianna, enterrando el rostro en mi hombro.

—Algunas cosas importantes me retrasaron, pero ya estoy aquí —lancé una mirada rápida a Ticiano, que observaba la escena con una media sonrisa.

El peso de las expectativas seguía allí, pero por un breve momento, la ligereza de las gemelas hacía que todo pareciera más fácil.

—Están llenas de energía hoy, ¿eh? —comenté, acomodándolas en los brazos mientras ambas hablaban al mismo tiempo, cada una intentando ser escuchada primero.— ¿Por qué están tan animadas?

—Nuestra *sorella* es una princesa tan linda. Cuando sea grande, quiero ser como ella —declaró Allegra con la seriedad de quien cree completamente en sus palabras, los ojos brillando de admiración.

Entendí.
Estaba hablando de Rosalinda.

—Y Luci es gigante —añadió Arianna, gesticulando con sus pequeñas manos para enfatizar el tamaño del dóberman.— Pero no le tenemos miedo. Bibi dijo que los perros no comen ratones, así que nuestro Sr. Splinter está a salvo de Luci. ¿Verdad, *mamma*?

Rosalia rió en voz baja, llevándose la mano al rostro como si intentara ocultar su propia incredulidad.

—¿Sr. Splinter? —pregunté, alzando una ceja mientras observaba a las niñas.

— Es su ratón —suspiró Rosalia—. Un regalo... inesperado de una feria escolar. Ellas insisten en que ahora es parte de la familia.

—¡Y lo es! —Allegra cruzó los brazos, como si desafiara a cualquiera a contradecirla.

Ticiano intentó contener una risa, pero solo negó con la cabeza, con esa mezcla de paciencia y resignación que solo los padres de niños pequeños comprenden.

Antes de que pudiera responder, Bibiana apareció en el pasillo, con la postura impecable de siempre. Sus ojos cálidos se posaron primero en las gemelas, luego en mí, en un saludo sutil y respetuoso.

—Niñas, es hora de subir —hizo una leve reverencia a los patrones antes de volver su atención a las gemelas—. Necesitan dormir temprano para estar listas mañana.

—¡Pero queremos quedarnos con el *padrino*! —protestó Arianna, aferrándose a mi brazo como si eso bastara para prolongar el momento.

—¡Y él puede contarnos una historia! —añadió Allegra, mirándome con ojos suplicantes.

Sonreí, colocando una mano sobre el hombro de Arianna y la otra en la cabeza de Allegra.

—Les prometo que otro día les contaré una historia —mi voz salió firme, pero amable—. Esta noche, necesito... hablar con su *sorella*.

Ambas fruncieron el ceño, pero no insistieron. Luego de unos segundos más de abrazos y protestas tímidas, Bibiana logró convencerlas de subir, prometiendo que pondrían al Señor Splinter en un lugar especial antes de dormir.

Mientras corrían hacia las escaleras con sus voces animadas aún resonando, me volví hacia los padres de las pequeñas traviesas.

—Aún no he visto a Rosalinda —el tono de mi pregunta era casual, pero mis ojos buscaban cualquier pista en la expresión de Rosalia.

Ella alzó ligeramente el mentón, evaluándome con la mirada por un momento antes de responder.

—Está en su habitación. Debería bajar en breve —había algo en la suavidad de su voz que sonaba como una advertencia disfrazada.

Asentí, ajustando el reloj en mi muñeca mientras ella desviaba la mirada hacia Ticiano, quien mantenía una expresión como de quien intenta medir el ambiente en el salón.

—Ni siquiera has tomado cinco minutos para saludar a tu propia hija, *Tici* —la tristeza en su tono era evidente. Él, por su parte, no disimuló el malestar que se reflejaba en su postura—. Ni siquiera ahora que estás a punto de entregarla a tu mejor amigo.

El comentario quedó flotando en el aire como una bomba a punto de estallar. Ticiano se pasó la mano por la nuca, un gesto raro

de vacilación, antes de intentar dar una respuesta.

—*Amore*... —comenzó, pero su intento fue rápidamente interrumpido por la sonrisa cortés de Rosalia, quien retomó la postura de anfitriona impecable.

—Con permiso, señores —su voz era melódica y controlada, pero había una frialdad subyacente que convertía cada palabra en un golpe calculado.

Giró sobre sus talones y se alejó, ignorando cualquier excusa que Ticiano pudiera formular para justificar el comentario. El *Consigliere* se quedó donde estaba, con los hombros tensos y la mirada fija en la dirección de su esposa, pero sin intención de seguirla.

—Parece que no soy el único que se da cuenta, al final —murmuré en tono neutro, lo suficiente para romper el silencio sin avivar la tensión.

Tici respiró hondo antes de volverse hacia mí, los ojos cargados de una mezcla de frustración y resignación.

—Rosalia es excelente para señalar lo obvio cuando quiere —Ticiano se acomodó la corbata, recuperando su compostura habitual —. No es algo por lo que debas preocuparte, Ettore. Rosalinda estará a la altura de las expectativas, ha sido educada para ello. Eso es lo único que importa ahora.

Mi mandíbula se tensó, pero mantuve un tono casual al responder:

—Claro. Parece que mientras no tenga esposa, tu tranquilidad nunca estará en orden.

Ticiano soltó una risa seca, inclinando la cabeza como si considerara esa posibilidad, pero había algo afilado en su mirada.

—Piensa lo que quieras. Aún no eres el rey de este tablero. Así que cumple con tu deber, *amico*.

Mi expresión permaneció inmutable, pero había peso en mi respuesta, cada palabra elegida como una pieza colocada estratégicamente en ese supuesto "tablero".

Le encantaba esa metáfora.

Pues bien, yo también sabía cómo usarla para enviar un mensaje.

—Lo haré. Es lo que siempre hago... Solo ten cuidado, Tici. Tu posición en el tablero tampoco es definitiva.

El aire pareció congelarse por un instante. Ticiano sostuvo mi mirada sin parpadear, pero el silencio pesado fue súbitamente roto por un murmullo creciente entre los invitados.

Los cuchicheos atrajeron la atención de todos hacia la escalera principal. Los ojos de Ticiano se desviaron de los míos, fijándose en algo detrás de mí. Me giré lentamente, siguiendo el movimiento colectivo.

Ella estaba allí.

Contuve la respiración por un momento, como si el tiempo se hubiera ralentizado a propósito para permitirme absorber cada detalle.

Rosalinda Povvi, a quien no veía desde hacía cuatro años, ya no era ni de cerca la misma chica que dejé atrás.

El cabello, antes castaño y discreto, ahora mostraba un tono platinado que brillaba bajo las luces del salón, recogido en un moño impecable que dejaba su rostro completamente expuesto. Los rasgos suaves de la juventud habían dado paso a una estructura marcada por la confianza, con pómulos aún más prominentes y una barbilla delicada que sugería determinación.

Bajaba los escalones con pasos firmes y gráciles, el ritmo de sus tacones resonando en el mármol. La postura era erguida, casi aristocrática, y la confianza en su movimiento hacía imposible no notar su presencia. Estaba más alta, o tal vez era la forma en que se sostenía a sí misma. Su cuerpo ahora curvilíneo y esculpido no dejaba lugar a dudas: había dejado atrás cualquier rastro de niña.

Por un momento, pensé que era un truco de la luz, pero no: el mono negro de vinilo abrazaba cada curva de su cuerpo, de mangas largas y cuello alto, cubriéndola por completo y al mismo tiempo exponiendo algo más visceral y perturbador. Encima, el vestido de encaje negro suavizaba la provocación del vinilo, transformando el conjunto en algo sofisticado y *fashionista*. La transparencia estratégica del encaje permitía que el brillo sutil del material inferior se revelara, creando un contraste que no era solo visual, sino una declaración de quién era ella ahora: una mezcla embriagadora de fuerza y sensualidad.

Las sandalias negras dejaban a la vista sus pies delicados, con las uñas pintadas en un tono neutro que solo reforzaba la sofisticación. El labial rojo vibrante era el único color en un conjunto diseñado para exudar misterio y poder.

Pero lo que me golpeó con fuerza no fue la ropa, ni el maquillaje sutil que destacaba sus ojos profundos, sino la expresión en su rostro.

Neutra.
Intocable.

Sus ojos, sin embargo, eran otro asunto.

Recorrieron el salón con una precisión calculada antes de fijarse en los míos.

Fue como un puñetazo en el estómago.

El impacto silencioso de esa mirada hizo que mi sangre hirviera, como si me hubiera desafiado sin siquiera mover los labios.

Fue entonces cuando la realización me golpeó.

¡Ella era la rubia enmascarada de la noche anterior!

El cabello platinado. La postura segura. El labial rojo que brilló bajo las luces de la *Peccato*. Todo encajó en un instante que tensó todo mi cuerpo, una mezcla de incredulidad y fascinación. Los destellos de ella bailando en el *pole dance* invadieron mi mente: sus movimientos provocativos, sus miradas esquivas.

¿Cómo no lo vi antes?

Había estado tan cerca, rechazando mi acercamiento como si yo fuera un hombre común. Como si yo fuera... insignificante.

Mis puños se cerraron a los lados de mi cuerpo, un calor extraño subiendo por mi espina dorsal.

La tensión que me consumía fue interrumpida por otro detalle: el dóberman que caminaba a su lado, con la postura altiva de un verdadero guardián. Sus ojos oscuros y atentos recorrían el

salón con el mismo cuidado que la mirada de su dueña, como si ambos supieran algo que el resto de nosotros ignoraba.

Todo el salón se había silenciado, como si todos los presentes también hubieran sido atrapados en la red que Rosalinda había tejido sin aparente esfuerzo. Las conversaciones cesaron, sustituidas por algunos murmullos que aún resonaban, aunque en un ritmo casi vacilante, como si nadie supiera cómo reaccionar ante lo que veía.

Y entonces se detuvo en el último escalón, alzando el rostro y mirándome con una precisión cortante. No había vacilación, solo control absoluto.

Ella lo sabía.

Sabía exactamente lo que me estaba haciendo.

Sabía que yo la había reconocido.

Y sabía que ahora no podría ignorarla, aunque quisiera.

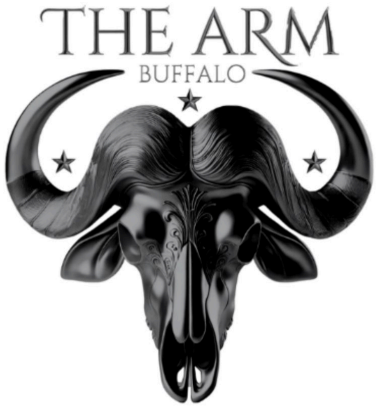
Una pequeña sonrisa amenazó con curvar las comisuras de sus labios, pero nunca llegó a formarse del todo. Rosalinda mantuvo la máscara de neutralidad, impenetrable, y dio el primer paso hacia el salón sin romper el contacto visual.

Sabía que estaba perdido.

No por ella, sino por la necesidad insoportable de recuperar el control de la situación. Yo era Ettore Lucchese. Nadie me desafiaba, y mucho menos con la audacia de hacerlo personal.

Pero allí estaba ella, avanzando con la gracia de una depredadora y yo no sabía con certeza quién era la presa.

Por primera vez en mucho tiempo, no estaba seguro de mi próximo movimiento en el tablero.



CAPÍTULO 14

ETTORE

La observé como un halcón, cada detalle de Rosalinda Povvi grabado en mi mente con la precisión de un bisturí. La manera en que movía los pies, la firmeza elegante de sus pasos, el leve balanceo de sus caderas. Nada quedaba al azar, como si cada gesto fuera un movimiento deliberado en un ambiente que ella acababa de dominar.

Las miradas fueron inevitables, algunas cargadas de admiración, otras de envidia, pero todas marcadas por el mismo hechizo.

La rubia enmascarada de la *Peccato* ya no era un enigma.

Se había convertido en un desafío que necesitaba resolver.

De pie, cerca de una de las columnas de mármol que enmarcaban la entrada, reparaba en cada detalle del movimiento a mi alrededor.

Ella avanzó hacia sus padres con pasos firmes, el vestido de encaje fluyendo suavemente mientras el brillo del vinilo que llevaba debajo relucía bajo las luces del salón. No era solo su apariencia lo que llamaba la atención, sino la forma en que parecía consciente del poder que poseía, pero cuidadosa al usarlo.

Ticiano la interceptó antes de que pudiera avanzar más, extendiendo los brazos y atrayéndola hacia un abrazo que parecía tan calculado como su

postura. Besó su frente con una delicadeza ensayada, como si quisiera convencer a los presentes de que el momento era genuinamente paternal.

— Rosalinda... —comenzó, su voz baja pero cargada de una autoridad inconfundible—. Has vuelto al lugar que siempre fue tuyo, *figlia mia*.

Ella mantuvo una expresión neutra, una leve sonrisa curvando sus labios, pero nada más. Ticiano continuó, alzando ligeramente la cabeza, con un tono de voz que resonaba para alcanzar los oídos más cercanos:

— Criar hijas en nuestro mundo es saber desde el principio que no son nuestras para siempre. —Hizo una pausa, sosteniéndola por los hombros—. Nosotros, los padres, somos guardianes temporales, preparándolas para el momento en que otro hombre asuma esa responsabilidad.

El salón quedó en silencio, salvo por el ocasional tintinear de una copa apoyada sobre una mesa.

— Hoy celebro no solo el regreso de mi hija mayor y su vigésimo cumpleaños, sino también la alianza que será oficializada esta noche. Rosalinda, estás a punto de comenzar una nueva etapa, y no tengo dudas de que estarás a la altura de todo lo que se espera de ti.

Mi mandíbula se tensó. No había ahí nada más que pragmatismo disfrazado de sentimentalismo. Ticiano veía a Rosalinda como un comodín, una pieza esencial para solidificar los lazos entre las familias Povvi y Lucchese, nada más.

Entonces volvió su cabeza hacia mí.

— Ettore.

No había forma de rechazar ese llamado.

Respiré hondo y avancé, cruzando el salón con pasos firmes, consciente de las miradas que seguían cada uno de mis movimientos. El ambiente parecía contener la respiración mientras me acercaba.

Ticiano colocó una de sus manos en el hombro de su hija, mientras extendía la otra hacia mí en un gesto casi amistoso.

— Aquí tienes al hombre con quien compartirás tu futuro, Rosalinda. —La frase era formal, casi mecánica, pero cargaba la fuerza de un decreto.

Ella me miró directamente, sin desviar la vista, sin vacilar. Había algo en sus ojos que me desafiaba, incluso mientras mantenía una compostura perfecta.

— Rosalinda —dije con firmeza, mi voz controlada, pero con algo más bajo las palabras: el intento de descifrar qué se escondía detrás de esa mirada calculada.

Ella inclinó levemente la cabeza en un gesto cortés, pero no dijo nada. Su silencio era un arma, y sabía cómo usarla.

Los murmullos en el salón disminuyeron a medida que todas las miradas se centraban en mí. Ticiano había terminado su introducción, y era mi turno. La oficialización del compromiso dependía de cada palabra que dijera, de cada gesto que hiciera.

Respiré profundo, mis ojos recorrieron los rostros en el salón antes de volver a Rosalinda. Ella seguía inmóvil, manteniendo una postura impecable y un rostro neutro, pero sus ojos eran una fortaleza inquebrantable.

Di un paso al frente, exhalando con control absoluto. Cuando mi voz se escuchó, fue firme, cargada con la certeza que todos esperaban de mí.

— Es un honor estar aquí esta noche, rodeado de tantos rostros conocidos, aquellos que representan lo más fuerte y unido de nuestra *famiglia*. — Mis ojos recorrieron la multitud, estableciendo conexión con algunos de los presentes, antes de volverme hacia Ticiano y Rosalia. — Ticiano, Rosalia... ustedes me han confiado algo más valioso que cualquier acuerdo o alianza: su hija.

Incliné la cabeza levemente, un gesto de respeto que rara vez ofrecía, pero que era necesario en ese momento.

— Rosalinda, como muchos aquí saben, no es solo una mujer de belleza incomparable. Ella es la prueba viva de lo que significa llevar un legado con dignidad y fuerza. — Hice una pausa, permitiendo que las palabras resonaran, mientras mis ojos encontraban los suyos. — Es un privilegio poder llamarla mi prometida y, muy pronto, mi esposa.

Los aplausos comenzaron tímidamente, pero se extendieron rápidamente por el salón. No eran solo por la formalidad de las palabras, sino por la expectativa colectiva que flotaba en el aire.

Con un gesto sutil, indiqué al camarero cercano que me entregara la pequeña caja de terciopelo que llevaba. El salón quedó en completo silencio mientras la abría, revelando el anillo. Una joya de oro blanco con un diamante central rodeado por pequeños rubíes, cuidadosamente elegida para simbolizar tanto el lujo como la sangre que alimentaba a nuestra familia.

— Rosalinda. — Mi voz resonó en el salón, pero era como si solo existiéramos nosotros dos en ese momento. — Este anillo es símbolo de nuestro compromiso. No solo entre tú y yo, sino entre nuestras familias y todo lo que representamos.

Ella extendió la mano con la misma gracia que había emanado desde que bajó las escaleras. Sus dedos eran delicados pero firmes, y los tomé con cuidado, deslizando el anillo en su dedo con precisión. El diamante brilló bajo las luces del salón, como si capturara cada respiración contenida a nuestro alrededor.

Cuando el anillo estuvo en su lugar, los aplausos regresaron con más fuerza, casi ensordecedores. Todos a nuestro alrededor parecían satisfechos, brindando con copas de champán y cruzando miradas de aprobación.

Pero mis ojos no se apartaron de ella.

Rosalinda levantó el rostro, y por un breve instante, algo brilló en su mirada. No era gratitud, ni alegría. Era algo que me inquietaba, porque no lograba identificarlo del todo.

La música comenzó a sonar suavemente al fondo, y antes de que pudiera procesar el momento, alguien anunció:

— Los novios, por favor, a la pista de baile.

Rosalinda dio un paso hacia el lado, esperando a que la condujera. Sin vacilar, extendí mi brazo hacia ella, que lo aceptó con la misma naturalidad calculada que parecía irradiar en cada movimiento.

La llevé al centro del salón, donde todas las miradas seguían fijas en nosotros. Coloqué mi mano en su cintura y tomé su mano libre, guiándola en los primeros pasos de la música. Bailaba con la misma precisión con la que había descendido las escaleras, cada movimiento fluido y premeditado.

— Parece que ya somos el centro de atención —murmuré, manteniendo un tono bajo y casual.

Quería oír su voz nuevamente, solo para confirmar lo que ya sabía.

— Parece. — Su respuesta fue corta, pero la forma en que sus ojos me observaron era una provocación silenciosa.

No cabía duda: ella era la mujer de la noche anterior.

— ¿Tuviste un buen viaje? —insistí, intentando iniciar conversación.

— Sí.

— ¿Lúcifer estuvo en la cabina contigo? — Fue una pregunta genuina. Sabía que lo había llevado con ella a Italia.

Rosalinda frunció ligeramente el ceño, como si el hecho de que yo supiera el nombre de su dóberman la sorprendiera.

— Tanto de ida como de vuelta. — Esbozó una sonrisa sutil, pero lo suficientemente intenso como para que mi cuerpo reaccionara de inmediato. — Es toda una presencia, ¿no te parece?

— De hecho.

Mi mano en su cintura se ajustó un poco más, sin perder la compostura. El baile continuaba, cada paso un recordatorio de que estábamos rodeados de personas que observaban cada detalle y analizaban cada gesto, por más sutil que fuera.

Y aun así, todo parecía reducirse a la tensión entre nosotros dos.

— ¿Tus padres saben que llegaste antes de lo previsto? — Me incliné levemente, acercando mi rostro al suyo, mientras mis labios se curvaban en una sonrisa controlada, ensayada para la ocasión.

— Una chica necesita mantener algunos secretitos solo para sí misma. — Ahora estaba más cerca, sus ojos fijándose en los míos con una intensidad que me hacía sentir como si estuviera siendo diseccionado.

Me sentí satisfecho con la respuesta. Rosalinda no se molestó en mentir, ni parecía preocupada de que yo lo supiera. Ni siquiera mostró temor de que pudiera contárselo a sus padres. Tal vez porque sabía que no lo haría.

La música resonaba por el salón, envolviéndonos en una falsa aura de romance. Mi cuerpo seguía los movimientos con precisión, pero mi mente estaba afilada, enfocada en ella.

Estaba tan distinta... y eso me fascinaba, me intrigaba.

— Estás deslumbrante esta noche, *mia bellissima sposa*.

Poder decir algo así sin sentirme culpable era bastante liberador.

Ella ya no era una niña.

— ¿De verdad? — Su mirada permaneció firme, pero detrás de su expresión serena había algo... afilado. Entonces su respuesta llegó, baja, cargada de veneno disfrazado de dulzura. — ¿Estoy lo suficientemente decente para ti? ¿O parezco una puta barata?

Sus palabras me golpearon como un puñetazo inesperado, trayendo de vuelta un recuerdo que había intentado enterrar.

Cuatro años atrás.

El vestido rojo.

Las miradas hambrientas de otros hombres mientras ella bajaba las escaleras de la mansión Lucchese, demasiado ingenua para darse cuenta de cuánto la devoraban con los ojos esos malditos pervertidos.

Y mis palabras...

«¡Consíganle algo decente para ponerse! ¡Algo que no la haga parecer una puta barata!»

Tragué saliva, pero no retrocedí.

Había demasiadas personas alrededor, todos observando, creyendo que el baile era una celebración de nuestro compromiso.

No había espacio para errores.

Mi orgullo no lo permitía.

Me acerqué un poco más, inclinando la cabeza para que mis palabras fueran solo para ella.

— Tenías dieciséis años. Solo eras una niña intentando adelantar el tiempo.

Rosalinda se detuvo brevemente, su mirada brillando con algo entre desprecio y diversión, antes de recomponerse.

— ¿Y qué fue lo de anoche, entonces? — Su voz salió baja, pero cortante. — ¿Confundirme con una puta barata? ¿Queriendo invitarme una copa para llevarme a tu cama?

El impacto de sus palabras fue directo e inmediato.

A pesar de que mi rostro permanecía inexpresivo, algo se revolvió dentro de mí. El hecho de que Rosalinda creyera que yo la trataría de esa forma... me irritaba de una manera que no sabía explicar.

— No fue eso lo que pasó. — Incluso mientras pronunciaba las palabras, sabía que no sonaban como yo quería.

Ella sonrió con sutileza, como si supiera exactamente lo que estaba haciendo.

— Anoche me deseaste, incluso antes de saber que yo ya era tuya por el acuerdo entre nuestras familias. — Su voz era afilada y rechazaba cualquier defensa que yo intentara formar. — Pero también significa que, durante todo ese tiempo, no dejaste de buscar placer con otras mujeres. Ni siquiera en la víspera del anuncio de nuestro compromiso.

La insinuación me molestó más de lo que debería, pero Rosalinda continuó antes de que pudiera responder:

— ¿Y yo? Pasé los últimos cuatro años teniendo pesadillas con tus amenazas, muerta de miedo de que cualquier hombre siquiera me mirara,

porque no quería ser la responsable de la muerte de nadie.

Mi mano en su cintura se afirmó un poco más, un gesto sutil que parecía más una advertencia, pero ella no mostró ni una sola reacción.

— Parece que la balanza está un poco desequilibrada, ¿no crees? — Alzó las cejas con una inocencia fingida.

La había humillado y asustado cuando aún era solo una niña.

Y ahora que se había convertido en una mujer atractiva, la deseaba.

Ella lo sabía, porque yo no podía disimularlo.

¡Mis propios ojos lo delataban, joder!

Caí en su red como un novato inexperto.

— ¿Qué significa eso? — Mis palabras sonaron más controladas que el torbellino que se formaba dentro de mí.

Ella inclinó levemente la cabeza, una sonrisa casi imperceptible jugando en sus labios.

— Quizás deberías luchar un poco por algo que deseas tanto... — Su mirada se intensificó, perforando cada capa de mi fachada. — No creo que me merezcas, ¿sabes?

— Pero igual serás mía. — Mi respuesta fue rápida, casi automática, cargada de una convicción en la que ni siquiera estaba seguro de creer.

— Claro, en el papel. — Rosalinda se encogió de hombros con indiferencia, aunque había algo en sus ojos que decía lo contrario. — Todo es cuestión de perspectiva, ¿no? Al fin y al cabo, tú también serás mío. Solo que, desde mi punto de vista, creo que sigo llevando la ventaja.

Cada palabra suya parecía calculada para desestabilizarme.

— Nada me impide tener otras mujeres después de que nos casemos.

— De hecho. — Su calma me irritó profundamente.

— ¿Eso no te preocupa ni te ofende?

Rosalinda rió bajito, pero la ligereza del sonido contrastaba con la fuerza que había detrás.

— En absoluto. Me ahorra el trabajo. Además, yo tengo mis propios medios de diversión. Y tú sabes muy bien lo que *la famiglia* piensa sobre el adulterio. Solo sé discreto.

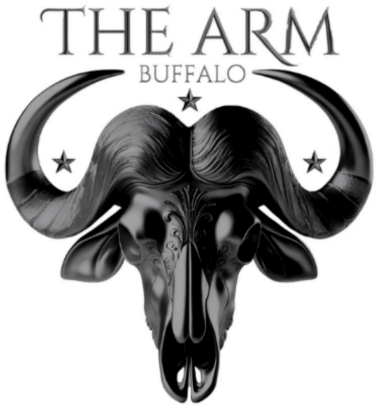
Mi mandíbula se tensó. Debería haber respondido, pero las palabras no salieron.

Ella se inclinó levemente hacia mí, sus labios casi rozando mi oído mientras susurraba:

— Me alegra que hayamos puesto algunas cartas sobre la mesa, *sposo*.

La música llegó a su fin y con ella, el baile. Rosalinda se apartó un paso, inclinando ligeramente la cabeza mientras los aplausos estallaban a nuestro alrededor. Yo respondí con una sonrisa forzada, pero por dentro algo rugía, furioso e insatisfecho.

Ella había ganado ese enfrentamiento, pero sabía que esto estaba lejos de haber terminado.



CAPÍTULO 15

ROSALINDA

El salón parecía un escenario, y yo, la pieza central de una puesta en escena cuidadosamente montada. Todas las miradas estaban sobre mí. Algunas eran admirativas, otras curiosas, pero también estaban aquellas cargadas de descontento velado, como si mi presencia allí hubiera despertado algo que la gente no podía tolerar.

En cuanto la música llegó a su fin y los aplausos finalmente cesaron, me alejé de Ettore sin mirar atrás. Avancé entre los invitados con pasos firmes, la ligereza de mis movimientos ocultando la tormenta que rugía dentro de mí. Mi sonrisa aún flotaba en los labios, ensayada e intocable, mientras mis ojos buscaban algo familiar.

Y entonces lo vi.

Lúcifer estaba sentado cerca de las escaleras, inmóvil como una estatua, pero sus ojos oscuros brillaban con alerta. Incluso en medio del caos elegante del salón, él era un ancla, una presencia que me devolvía al eje cuando todo parecía a punto de derrumbarse.

Tomé una copa de champán de la bandeja que equilibraba un camarero cerca de mí, murmurando un *grazie* sin mirarlo directamente. El cristal frío contra mis dedos parecía ayudar a contener el calor que amenazaba con subir

por mi cuerpo, un recuerdo del enfrentamiento silencioso que acababa de tener con Ettore.

Por fuera, yo era la novia perfecta. Graciosa, educada, intocable. Por dentro, un torbellino de emociones conflictivas. Mi corazón latía con fuerza, no por lo que todos creían que era un momento de cuento de hadas, sino por la rabia y la frustración... y algo que no quería admitir ni siquiera ante mí misma.

Avancé hacia *Lúcifer*, pero el camino parecía más largo de lo que debería. A cada paso me detenía algún rostro familiar, manos que tocaban mi brazo o mi hombro en gestos que variaban entre lo afectuoso y lo interesado. Por suerte, el mono de vinilo cumplía su papel como mi reluciente armadura.

— Señorita Povvi, está usted magnífica esta noche. — La voz de uno de los antiguos aliados de mi padre me alcanzó antes de que pudiera identificarlo.

— *Grazie*. — Mi sonrisa permaneció intacta mientras asentía, un gesto mínimo que parecía satisfacer su necesidad de impresionarme.

— El novio es un hombre con suerte. — La frase era previsible, casi tediosa, pero cargada de una malicia que no pasó desapercibida.

— Y yo también. — Mi respuesta fue cortante, pero envuelta en la dulzura que todos esperaban.

La admiración en los ojos de los invitados era algo que nunca había experimentado antes. Durante mi adolescencia, las miradas siempre fueron de indiferencia, como si yo fuera solo una figurante mientras *mamma* brillaba en su protagonismo. Sin embargo, esa noche había algo distinto. Pero sabía que no era por mí, sino por la posición que había pasado a ocupar como la futura esposa de Ettore Lucchese.

Lo odiaba.

Odiaba la manera en que la gente se inclinaba, cómo sus voces adoptaban tonos de adulación forzada. Era por el apellido que pronto heredaría. Por el poder que creían que ahora poseía por simple asociación.

Tragué saliva y mantuve la compostura, sintiendo el peso de cada mirada que me seguía. La copa en mi mano temblaba levemente, un reflejo imperceptible de mi estado interno, pero mi expresión se mantenía serena.

Después de lo que pareció una eternidad, finalmente llegué hasta *Lúcifer*. Inclinó la cabeza apenas me vio, moviendo la cola con suavidad, pero manteniendo su postura imponente. Me agaché a su lado, mis dedos hundiéndose en su pelaje cálido y suave mientras soltaba un suspiro que parecía cargar todo el peso de la noche.

— Eres el único que me ve de verdad, ¿no es así? — murmuré, mis labios casi rozando su oreja.

Luci ladeó la cabeza, como si entendiera, y lamió mi mano en respuesta. Era el único allí que no tenía intereses ni segundas intenciones. Solo lealtad.

Me puse de pie, no sin antes echar un último vistazo a mi alrededor. Todos estaban distraídos, inmersos en sus propias conversaciones o mirando a Ettore, que ahora hablaba con un grupo de hombres que claramente esperaban alguna oportunidad para adularlo.

Era el momento perfecto.

Pasé la mano por el vestido de encaje, acomodándolo de forma casi automática, y asentí con la cabeza a *Luci*, moviéndome hacia la puerta lateral que conducía al jardín. Un camino menos llamativo y menos vigilado.

Cada paso parecía más difícil que el anterior. Ya no era como antes, cuando podía desaparecer sin ser notada, porque mi mera presencia parecía portar un foco invisible que atraía las miradas como un imán.

Pero necesitaba espacio para respirar y alinear los pensamientos que amenazaban con desbordarse.

La noche allá fuera sería mi aliada.

El jardín parecía más silencioso de lo normal, como si incluso el viento hubiera decidido respetar mi momento de soledad.
Me senté en un banco de hierro forjado, el mismo donde solía pasar horas cuando era más joven. El olor seguía siendo el mismo, una mezcla de rosas y césped que impregnaba el aire como un recordatorio del pasado. Solía creer que ese jardín era el único lugar donde podía ser realmente libre, donde las reglas y los protocolos no me alcanzaban.

Lúcifer yacía junto a mis pies, la cabeza apoyada sobre sus patas, los ojos alerta ante cualquier movimiento que pudiera interrumpir el pequeño refugio que habíamos conseguido. Él era la única presencia que no exigía nada de mí, y yo me aferraba a eso como a una tabla de salvación.

Pero ahora, sentada allí como una mujer de veinte años, todo se sentía diferente. El mismo lugar que una vez me trajo paz, ahora parecía un escenario para los recuerdos que prefería olvidar.

Mi mente seguía girando en torno a lo que había ocurrido en el salón.

El compromiso.

El baile.

Las palabras de Ettore, que parecían tan calculadas como los pasos que daba. Pero lo que más me perturbaba era cómo logré darle la vuelta al juego. Por más que hubiera sido intencional, no podía ignorar el peso del impacto.

Yo no quería solo jugar.

Quería ganar.

Aunque eso significara destrozar a alguien en el proceso.

— Rosalinda... — La voz grave y contenida de Ticiano me devolvió al presente.

Levanté la mirada, encontrando sus ojos. Estaba allí, a pocos metros, con las manos cruzadas a la espalda y la postura firme de siempre.

Me puse de pie automáticamente, enderezando la espalda. Era imposible no reaccionar así en su presencia, incluso cuando no hacía nada para imponerlo.

— *Papà*.

Él dio algunos pasos hacia mí, deteniéndose a mi lado. *Ticiano Povvi* no era el tipo de hombre que buscaba conversaciones triviales ni desperdiciaba palabras. Cuando hablaba, cada frase tenía un propósito, al igual que cada uno de sus gestos.

— ¿Buscando un descanso lejos de todo aquello? — No esperaba respuesta, porque ya sabía la verdad.

— Solo... necesitaba aire.

Asintió, como si comprendiera algo que no había sido dicho. Sus ojos vagaron un instante por el entorno antes de volver a posarse en mí.

— Este jardín siempre ha sido tu refugio, ¿verdad? — Su voz tenía un tono casi... nostálgico.

Asentí.

— Solía esconderme aquí cuando... — Hice una pausa, eligiendo con cuidado las palabras. — Cuando las cosas dentro de la mansión eran demasiado.

Papà permaneció en silencio unos segundos, como si reflexionara sobre lo que acababa de escuchar. Luego respiró hondo, sacando algo del bolsillo interior de su chaqueta.

— Tengo algo para ti.

Mi mirada descendió hacia sus manos mientras abría una pequeña caja de madera pulida. Dentro reposaba un conjunto de joyas: un collar delicado con un colgante en forma de lágrima y una pulsera intrincada, ambos de oro blanco, incrustados con pequeños diamantes que brillaban suavemente bajo la luz de la luna.

— Esto perteneció a mi madre. Y antes a mi abuela. Y antes aún, a mi bisabuela — explicó sin rodeos, con una voz cargada de algo que no logré identificar de inmediato. — Ahora es tuyo.

Mi corazón dio un vuelco inesperado, pero mantuve mi expresión bajo control.

— *Papà*...

— Es tradición que esta joya pase a la mujer mayor de la familia cuando está lista para comenzar la suya propia. — Me miró directamente, su expresión firme. — Ahora estás comprometida. Y un día, cuando tengas una hija... o cuando alguna de tus hermanas la tenga, será tu turno de entregarla.

No supe qué decir. Sostuve la caja en mis manos, su peso simbólico mucho mayor que el físico.

— ¿Confías en mí algo tan importante?

— Por supuesto que confío. — Su respuesta fue inmediata, sin dudar. — Siempre he confiado. Incluso cuando tú creías que no estaba prestando atención.

Mi pecho se encogió ante esa revelación.

No recordaba la última vez que había sido tan... honesto conmigo.

— Fui un padre distante, Rosalinda. Siempre lo supe. — *Ticiano* volvió a hablar, su voz un poco más baja, pero sin perder firmeza. — No sabía cómo lidiar contigo cuando eras una niña. Y si quieres la verdad, todavía no sé cómo lidiar con *Allegra* y *Arianna*.

Desvió la mirada por un momento, como si la confesión fuera difícil de hacer.

— Siempre fue más fácil concentrarme en los negocios de la *famiglia*, en lo que entendía. — Volvió a mirarme, su semblante cargado de algo más pesado que todo el poder que llevaba encima. — Pero eso no significa que no me importe.

Las palabras tocaron algo dentro de mí, pero me mantuve en silencio, permitiendo que continuara.

— Lo que quiero que sepas es que estoy orgulloso de ti. — Colocó una mano sobre mi hombro, su toque firme, pero extrañamente reconfortante. — Te has convertido en una mujer fuerte. Una mujer que, creo, ni siquiera la *cosa nostra* será capaz de doblegar.

Se me formó un nudo en la garganta, pero no permití que se escapara.

— Siempre te apoyaré, Rosalinda. Aunque nunca lo haya hecho antes.

Papà se inclinó y besó mi frente, un gesto tan inesperado que hizo que mi corazón se encogiera aún más.

Antes de que pudiera reaccionar, una nueva figura apareció en la entrada del jardín.

— *Tici*... — La voz de *mamma* tenía un tono suave, pero también algo más. Se detuvo a pocos pasos de distancia, con los ojos brillando con una emoción que no logró ocultar del todo.

Mamma había escuchado.

Se acercó lentamente, como si no quisiera interrumpir el momento, pero no pudiera evitarlo. Cuando llegó hasta nosotros, abrió los brazos y me envolvió en un abrazo fuerte, incluyendo a *papà* también.

— Los amo tanto... — Su voz estaba cargada de emoción, algo raro en mi madre, quien siempre mantenía una fachada impecable.

Ese era un momento que no sabía si volvería a tener. Y quizás por eso, no resistí. Cerré los ojos y me permití hundirme en el abrazo de ambos, aunque fuera solo por un instante.

Papà se apartó un paso, con las manos aún cruzadas detrás de la espalda, pero con los ojos fijos en mí y en *mamma*, como si quisiera grabar el momento. *Ticiano Povvi* no era un hombre dado a sentimentalismos, pero en ese instante, había algo en su expresión que rozaba la melancolía.

— Las dejaré solas. — Su voz era controlada, pero con una suavidad inusual. — Se merecen este momento.

Me lanzó una última mirada, una leve inclinación de cabeza que parecía decir mucho más que cualquier palabra. Cuando se dio la vuelta para regresar a la mansión, *Luci* levantó la cabeza por un momento, como si observara cada paso del *Consigliere*. Pero el *dobermann* permaneció en su lugar, fielmente a mi lado.

Mamma esperó hasta que *papà* desapareció completamente de vista antes de girarse hacia mí, su sonrisa delicada pero cargada de ese algo que solo las madres son capaces de transmitir.

— Estás preciosa, *mi hija*. — El elogio salió de forma casi casual, pero era imposible ignorar el subtexto. — El atuendo que elegiste es... impresionante.

Sabía exactamente lo que quería decir. El vestido de encaje negro sobre el mono de vinilo había sido una elección intencionada, una declaración sutil de independencia. No era el vestido rojo que había colgado en el maniquí, sino algo que elegí para reflejar quién soy realmente ahora. Una elección que sabía que no pasaría desapercibida.

— *Grazie, mamma*. — Incliné levemente la cabeza, agradeciendo con una sonrisa tranquila. — Creo que finalmente soy una mujer que puede tomar sus propias decisiones... al menos en lo que respecta a mi estilo y personalidad.

Sus ojos brillaron con algo que parecía una mezcla de sorpresa y orgullo. Entonces rió, una risa baja, casi musical, que sonaba genuina.

— Tienes razón. — Asintió despacio, sus ojos escudriñando mi rostro como si me analizara. — Y debo admitir que tienes buen gusto... atrevido, pero elegante. Es como si por fin estuvieras mostrándome quién eres realmente, Rosalinda.

Esas palabras me tomaron por sorpresa, aunque no lo dejé ver. *Mamma* siempre había sido una mujer de apariencias, preocupada por cómo los demás nos percibían y por cómo cada detalle de nuestras vidas reflejaba sobre la imagen de la *famiglia*. Un elogio viniendo de ella, especialmente sobre una elección tan atrevida como aquella, era... inesperado.

— Creo que todos cambiamos, ¿no? — Mantuve el tono ligero, pero había algo más profundo escondido ahí.

Ella me observó por un momento, su sonrisa disminuyendo levemente mientras sus ojos se suavizaban.

— Es verdad. — Su voz bajó, casi como si hablara consigo misma. — Creo que nunca imaginé que esta noche llegaría... el día en que mi hija mayor estaría comprometida, a punto de construir su propia vida.

Hubo un momento de silencio entre nosotras, pero no fue incómodo. Era como si ambas estuviéramos navegando entre recuerdos y pensamientos no dichos, permitiendo que las palabras se asentaran.

Lúcifer, aún sentado junto al banco de hierro forjado, movió la cola levemente como si captara el cambio sutil en el ambiente. Sus ojos atentos alternaban entre *mamma* y yo, siempre vigilante.

Ella volvió a sonreír, pero esta vez había algo melancólico en su expresión.

— Sabes que todo lo que siempre quise fue que fueras fuerte, ¿verdad? — preguntó, dando un paso más cerca, aunque mantuvo una distancia que

seguía pareciendo calculada. — Aunque a veces no lo haya demostrado de la mejor manera.

Mi mirada se encontró con la suya, y por un instante, todo lo que podía decir pareció desvanecerse. Era extraño oír eso, especialmente de alguien que siempre había llevado la carga de ser inmaculada... de ser el pilar intocable de nuestra *famiglia*.

Asentí, mis dedos rozando suavemente el colgante del collar que *papà* acababa de entregarme.

— Lo sé, *mamma*.

Ella suspiró, como si esas palabras liberaran algo que llevaba años guardado.

— Y lo lograste. Eres fuerte, Rosalinda. Más fuerte de lo que yo jamás podría haber sido.

Por un breve instante, sentí el nudo en mi garganta apretar, pero no permití que se hiciera visible. Solo me permití sonreír, una sonrisa que esta vez no era ensayada.

Ella extendió la mano, tocando mi rostro brevemente, con una ternura casi vacilante.

— ¿Volvemos? — preguntó con ese tono que sabe que el momento debe terminar, pero que no quiere romperlo del todo.

— Sí, vamos. — Asentí, pasando la mano por *Luci*, que ya se había puesto de pie a mi lado.

Aunque sabía que, al cruzar esas puertas de nuevo, todo lo que habíamos construido en ese pequeño instante quedaría oculto tras las máscaras que estábamos obligadas a llevar.

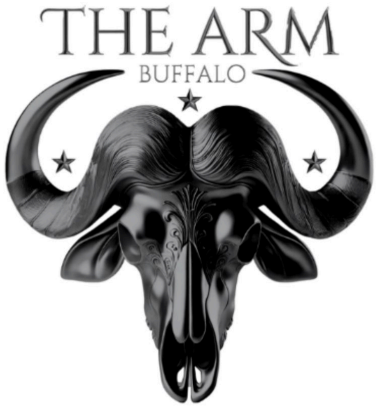
Caminamos lado a lado de regreso a la mansión, como madre e hija, pero también como dos mujeres que, siendo tan distintas, se comprendían más de lo que jamás admitirían.

— Esta noche por fin entendí por qué tu padre quiso que Ettore fuera el elegido para ser tu marido — murmuró *mamma* en voz baja justo cuando

llegamos a la puerta principal del salón de fiestas, haciéndome mirarla con curiosidad.

— ¿Puedo saber por qué? — pregunté, casi sin aliento, ansiando su respuesta.

— Porque así como *Tici* es capaz de matar y morir por mí, Ettore será capaz de hacer lo mismo por ti.



CAPÍTULO 16

ROSALINDA

La casa estaba en silencio. Un tipo de silencio que no traía consuelo, sino una presencia aplastante, como si los eventos de la noche aún resonaran por los pasillos oscuros. Después de que se retiró la última copa y los pasos de los invitados se desvanecieron, la mansión Povvi parecía haber entrado en un estado de hibernación.

No para mí.

Estaba en mi habitación, bajando la cremallera lateral del mono de vinilo y tardando un poco en quitármelo sola antes de darme una ducha rápida. Solté el moño con los dedos ágiles en cuanto salí del baño, dejando que los mechones platinados cayeran sobre mis hombros. La seda del camisón que me puse después ofrecía cierto alivio... pero hasta ahí.

Luci yacía a los pies de la cama, los ojos entrecerrados, pero con las orejas atentas a cualquier sonido. Sabía que no se relajaría mientras yo siguiera despierta.

Me deslicé hacia el tocador para quitarme los pendientes, pero antes de alcanzar el espejo, un ruido me hizo detenerme. Un sonido apagado, sutil, pero presente. No era el tipo de ruido que se espera oír en el tercer piso de una mansión.

Mi mano se movió automáticamente hacia el cajón junto a la cama, donde guardaba una Glock 19. Discreta, pero letal. La tomé con dedos firmes, desactivando el seguro. Mi corazón se aceleraba, pero mi respiración seguía controlada.

Lúcifer levantó la cabeza y gruñó bajo, su cuerpo tenso como un resorte listo para disparar.

— *Quieto, Luci* — susurré, acariciando su cabeza con la mano libre.

La dirección del sonido quedó clara. Venía de la ventana.

Mi mente giraba con posibilidades mientras me posicionaba junto al marco de la puerta, la espalda contra la pared. El cristal vibró suavemente, y el sonido del metal rozando metal indicó que estaban forzando el pestillo. Quienquiera que fuese, tenía la suficiente confianza como para intentar entrar por la ventana del tercer piso.

¡Idiota!

El pestillo cedió y la ventana se deslizó hacia arriba con un movimiento silencioso, pero decidido. Una figura comenzó a elevarse por el borde, moviéndose con la fluidez de quien está acostumbrado al riesgo.

Le dejé poner ambos pies en el suelo antes de moverme. En un instante, presioné el cañón del arma contra el lateral de su cabeza.

— Un movimiento en falso y te reviento los sesos antes de que puedas explicarte — mi voz salió baja, pero firme.

La figura se congeló, pero no parecía sorprendida. Por el contrario, una risa baja y ronca llenó el espacio entre nosotros.

— Parece que te subestimé, *bella sposa*.

Reconocí la voz antes de que se girara. La silueta bajo la tenue luz de la luna reveló el perfil inconfundible de *Ettore Lucchese*.

— ¿Estás bromeando? — siseé, sin bajar aún el arma.

— No. Pero me alivia un poco saber que sabes protegerte sola — se giró despacio, levantando las manos en un gesto de rendición exagerado, aunque la sonrisa ladeada permanecía en sus labios.

Lúcifer gruñía bajo, alternando la mirada entre él y yo.

— Deberías enseñarle eso también a tu perro. Parece que le caigo mejor yo que tú.

— Le gusta el olor de los idiotas confiados. Ahora habla de una vez o consideraré que fue un accidente.

Su sonrisa disminuyó, pero el brillo en sus ojos permaneció.

— Baja el arma, Rosalinda. ¿O quieres matarme antes de la boda?

— Tentador, pero aún no has respondido a mi pregunta.

Ettore dio un paso hacia adelante, ignorando el cañón de la Glock. Debería haberlo detenido, pero mi cuerpo no se movió. Tal vez fuera la curiosidad... o tal vez la forma en que dominaba el espacio. Inclinó levemente la cabeza, sus ojos recorriendo mi figura.

— ¿Vas a matarme con eso? — Sus ojos se deslizaron hasta el camisón negro que se ajustaba a mi cuerpo.

— Si es necesario, sí.

— Hasta me gustaría verte intentarlo. — Él bajó lentamente la mano y sujetó mi muñeca, forzándola a desviar el arma de su cabeza. Su fuerza era firme, pero no violenta.

— Eres un idiota por entrar así — murmuré, sin resistirme al movimiento.
— No, *bella rosa*. Soy un idiota porque, aun sabiendo que podías reaccionar así, igual quise verte esta noche.

Solté el aire que ni sabía que estaba conteniendo. Él se inclinó más, su rostro peligrosamente cerca del mío, los ojos fijos en los míos como si intentara descifrar algo oculto.

— ¿Y ahora... vas a invitarme a entrar o prefieres seguir con el juego?

Aún sostenía el arma, pero el momento en que cedí el control hizo que pareciera solo un adorno inútil entre nosotros.

— ¡Estás loco!

— ¿Por ti? Tal vez.

Su tono era casual, pero había algo en él que aceleraba aún más mi corazón. No era un cumplido vacío. Realmente había subido hasta mi ventana solo para sacudirme el equilibrio.

Y maldita sea... lo estaba logrando.

— ¿Qué quieres? — Intenté sonar firme, pero mi voz titubeó ligeramente.

— Que vengas conmigo. Ahora.

— ¿Irrumpiste en mi habitación en plena madrugada solo para arrastrarme a… dónde exactamente?

Ettore no respondió de inmediato. En su lugar, su mano libre rozó mi rostro, sus dedos sorprendentemente suaves, en contraste con la dureza que siempre irradiaba.

— ¿Confías en mí, *bella rosa*? — Su voz era un susurro ronco, pero cargado de un peso que me dejaba sin aliento.

— No confío.

Él rió, una risa baja que vibró en la habitación.

— Perfecto. Eso lo hace aún más interesante.

— ¿Adónde? — insistí, mostrándome inflexible aunque la curiosidad me devoraba.

— A un lugar que nunca has visto. — Dio un paso atrás, aún sujetando mi muñeca, y me lanzó una mirada que desafiaba cualquier resistencia. — Y no me digas que te haga rogar, porque no soy bueno en eso.

Debería decir que no.

Debería echarlo y cerrar la ventana.

Pero, en el fondo, quería ir.

— *Luci*, quédate aquí. — Le di una orden corta al dóberman, que aún me miraba como pidiendo permiso para atacar.

Entonces me giré hacia Ettore.

— Tienes diez minutos para convencerme de que esto no es una idea estúpida.

Su sonrisa se ensanchó, peligrosa y provocadora.

— No necesitaré tanto tiempo.

Ettore se inclinó un poco más, su rostro aún más cerca del mío, tan cerca que pude sentir el calor de su respiración contra mi piel. El brillo en sus ojos de lince era algo que no lograba descifrar del todo, pero sabía que era peligroso.

— Has pasado demasiado tiempo encerrada entre paredes, Rosalinda. Demasiado tiempo viviendo bajo las reglas de otros, bajo las expectativas de todos… menos las tuyas. — Esbozó una media sonrisa, pero había algo oscuro en ella. — Tal vez sea hora de romper las reglas, solo un poco.

Levanté el mentón, intentando no ceder tan fácilmente.

— ¿Y crees que eres la persona adecuada para enseñarme eso?

— Sin duda. — No dudó, y su confianza, aunque irritante, también era hipnótica.

— Nadie en este mundo conoce mejor que yo las consecuencias de romper las reglas.

— ¿Me estás ofreciendo una lección de vida ahora? — Solté una risa breve e incrédula.

— No. — Su voz bajó aún más, convirtiéndose casi en un susurro. — Te estoy ofreciendo libertad. Aunque sea por una noche.

Mis manos se aferraron instintivamente al dobladillo de la camisola, intentando disimular el nerviosismo que comenzaba a surgir.

¡Dios! Este hombre...

¿No era precisamente eso lo que había deseado durante todos estos años?

— ¿Crees que una noche va a cambiar algo? — pregunté, desafiándolo, aunque mi voz no tuvo la fuerza que pretendía.

Él sonrió, una sonrisa lenta y peligrosa que hizo que se me encogiera el estómago.

— No lo sé, *bella rosa*. — La punta de sus dedos rozó levemente mi mano, casi imperceptible, pero lo suficiente como para hacerme estremecer. — Eso es algo que tendrás que descubrir por ti misma.

El silencio que siguió fue denso, una batalla invisible entre mi lógica y el deseo creciente de aceptar su invitación. Ettore lo sabía. Sabía que estaba ganando, y eso lo hacía aún más irritante.

— Está bien. — Mi respuesta fue baja, pero firme. — Confieso que tengo curiosidad.

Él dio un paso atrás, soltando mi muñeca y levantando las manos en un gesto de falsa inocencia, pero la sonrisa en su rostro mostraba que sabía exactamente lo que hacía.

— Ponte algo cómodo. Prometo que no te arrepentirás.

Por mucho que mi mente gritara que aquello era una locura, algo dentro de mí sabía que Ettore era la persona adecuada para enseñarme cómo romper las reglas.

*****

El coche cortaba el silencio de la madrugada con el rugido grave del motor. No había música, ni conversaciones triviales para llenar el vacío. Solo el sonido de los neumáticos contra el asfalto mojado y la respiración controlada de Ettore a mi lado. Él iba al volante, sin escolta ni soldados, algo que debería sorprenderme, pero no lo hacía. Al parecer, sabía cómo arreglárselas solo, lo cual combinaba perfectamente con el aura de peligro que lo envolvía.

Me acomodé en el asiento del pasajero, ajustando ligeramente el borde de la chaqueta de cuero sintético que me había puesto antes de salir. Debajo, la lycra de la camiseta negra se adhería a mi cuerpo como una segunda piel, acompañada de un pantalón del mismo material y unos coturnos que golpeaban rítmicamente el suelo del coche cada vez que cambiaba de posición.

— ¿Esto es lo que llamas "ropa para salir en plena madrugada"? — La voz de Ettore cortó el silencio, cargada de sarcasmo.

— ¿Querías que viniera en camisón? — respondí sin apartar la mirada de la carretera.

Soltó una risa baja, algo que reverberó como un trueno contenido.

— Tal vez. Te queda bien... el negro, quiero decir.

— Entonces me alegra no decepcionarte. — Crucé los brazos, manteniendo mi tono tan casual como el suyo, pero mis ojos desobedecieron y se detuvieron en sus manos sobre el volante.

Los dedos largos sujetaban el cuero con firmeza, los movimientos eran suaves mientras cambiaba de marcha con naturalidad. Había algo hipnótico en eso, algo que iba más allá de la habilidad. Los tatuajes, que ya había notado antes, se destacaban sobre su piel bajo la tenue luz de los postes que pasaban rápidamente. Espinas y hojas negras se enroscaban sobre los tendones del dorso de sus manos, dibujando trayectorias intrincadas.

En la mano derecha, sin embargo, había un espacio vacío en el centro. Era como si el diseño estuviera incompleto, esperando algo.

— ¿Te gusta lo que ves? — Su voz me sacó de mis pensamientos y me di cuenta de que lo estaba mirando demasiado tiempo.

Aparté la mirada, una oleada de calor subiéndome por el cuello.

— Me gusta observar — corregí con firmeza. — Parece que estás reservando espacio allí.

— Tal vez sí. — Ettore me miró fugazmente, con una media sonrisa.

— ¿Para qué?

Volvió a mirar la carretera, tamborileando los dedos contra el volante como si reflexionara sobre la respuesta.

— Para algo que signifique más que el resto. — Había algo enigmático en su respuesta, pero antes de que pudiera presionarlo, cambió de tema. — ¿De dónde sacaste esa Glock?

Su tono era casual, pero cargado de una curiosidad genuina.

— Del fondo de un cajón — respondí, con sarcasmo en la voz.

Él alzó las cejas, pero no parecía sorprendido.

— Bueno, eso explica por qué sabías exactamente qué hacer con ella.

— Por supuesto que sé. — Me incliné ligeramente hacia él. — Estoy bien entrenada, Ettore. A diferencia de lo que puedas pensar, sé cómo defenderme.

— Nunca dije lo contrario. — Su respuesta fue inmediata, pero su mirada desafiante se deslizó hacia mí por un breve segundo antes de volver al camino. — Solo me resulta curioso que tu padre lo haya permitido. Tici siempre fue... demasiado protector contigo.

— Él no lo permitió. — Solté una risa seca, mirando por la ventana. — Si fuera por *papà*, estaría en algún convento.

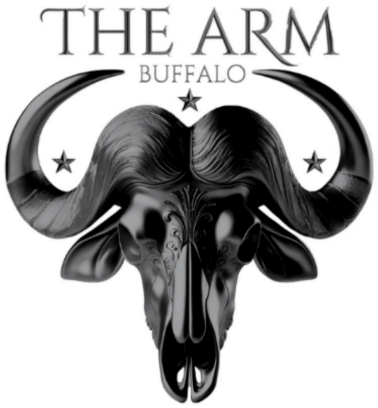
— ¿Un convento? — Rió, pero había algo más en el sonido, algo casi sombrío. — Te expulsarían antes de completar una semana.

No pude evitar la sonrisa que curvó mis labios, aunque no quería darle el gusto de notarlo.

— Tal vez. Pero lo que importa es que aprendí. Y puedo asegurarte que sé usar un arma, probablemente mejor que la mayoría de tus hombres.

Ettore sonrió de lado, pero no respondió enseguida. La forma en que sus dedos apretaron ligeramente el volante indicaba que estaba pensando, quizá analizándome de una forma que prefería no admitir.

— Mientras dependa de mí, *bella rosa*, nunca tendrás que usar esa arma ni tus habilidades de defensa personal.



CAPÍTULO 17

ROSALINDA

Ettore redujo la velocidad del coche cuando los faros iluminaron el gran portón de hierro que cercaba el almacén. No era un simple depósito. Las paredes exteriores eran altas, reforzadas con concreto, y había cámaras estratégicamente posicionadas que seguían cada movimiento en los alrededores. Incluso a la distancia, logré distinguir figuras sombrías moviéndose por el perímetro: soldados de guardia.

El portón comenzó a abrirse lentamente, el sonido de los mecanismos resonando en el silencio de la madrugada. El ambiente exudaba autoridad y peligro, el tipo de lugar al que solo se accede con permiso.

— ¿Dónde estamos? — La curiosidad me ganó, y aunque intenté ocultarlo, mi tono arrastraba una nota de desconfianza.

Él me lanzó una mirada de soslayo, pero mantuvo las manos firmes en el volante mientras avanzaba por el patio iluminado por reflectores altos que bañaban el lugar en una luz fría e impersonal.

— Un sitio donde se aprende lo que realmente importa: fuerza y lealtad.

La respuesta fue evasiva, pero había algo en su tono que cortaba cualquier intento de más preguntas. Aparcó el coche junto a otros vehículos negros y discretos, alineados como si formaran parte de un desfile silencioso.

Antes de que pudiera abrir la puerta, Ettore ya estaba a mi lado, abriéndola con un gesto controlado y preciso. El viento frío de la noche se deslizó por la abertura, despeinándome.

— Qué caballeroso — murmuré, arqueando una ceja mientras salía del coche.

Él sonrió, esa sonrisa peligrosa que era imposible ignorar, pero optó por no responder. En su lugar, extendió la mano en una invitación muda. La ignoré, cruzando los brazos mientras ajustaba mi chaqueta de cuero.

— Ven — su voz sonó cargada de mando.

El patio no estaba vacío. Hombres armados caminaban en formación, algunos parados en puntos estratégicos, claramente atentos a cada detalle a nuestro alrededor. Nos saludaban con leves inclinaciones, pero había algo más en sus miradas: un respeto silencioso hacia Ettore que decía mucho más que cualquier palabra.

— ¿Todos aquí trabajan para ti? — pregunté con un dejo de provocación en la voz.

Ese lugar pertenecía a la *famiglia*, obviamente. Y Ettore era el segundo al mando, pero tenía la impresión de que todos ya lo veían como el *Boss*.

— Para nosotros. — La énfasis en su respuesta fue calculada, lo suficiente como para recordarme lo que el futuro me tenía reservado.

Abrió la puerta del almacén, un espacio inmenso y oscuro que cobró vida con un chasquido. Las luces se encendieron, revelando lo que parecía un santuario de violencia cuidadosamente planeada.

Había sacos de boxeo colgando del techo, hileras de armas organizadas como si fueran piezas de museo, y rings de lucha en el centro, delimitados por gruesas cuerdas. A lo largo de las paredes, estanterías mostraban equipos de entrenamiento, y en un área más alejada, una mesa con mapas y documentos parecía servir como punto estratégico.

Estaba impresionada, pero no iba a demostrarlo.

— Interesante — murmuré, con indiferencia ensayada.

— Bienvenida al pabellón de entrenamiento de *The Arm*. — Cruzó los brazos, observando mi reacción.

Había algo en el tono de Ettore que mezclaba orgullo y desafío, como si esperara que me sintiera intimidada. Pero en lugar de eso, mantuve los brazos cruzados y di un paso adelante, mirándolo directamente.

— ¿Esto es un centro de entrenamiento o un escenario para tu ego?

La provocación trajo un brillo divertido a los ojos de Ettore, pero él mantuvo la postura firme.

— Tal vez un poco de ambos. — Sonrió, inclinando ligeramente la cabeza. — Pero estoy seguro de que con el tiempo sabrás distinguir la diferencia.

— Realmente te gusta jugar con fuego, ¿verdad? — Mi sonrisa se amplió, desafiante.

Se acercó, deteniéndose a pocos centímetros de mí. El aire entre nosotros pareció cargarse de una electricidad peligrosa, y la intensidad en sus ojos era un desafío silencioso.

— Siempre.

Sabía que estaba entrando en un juego que él controlaba, pero por algún motivo, no me importó.

Antes de que pudiera replicar, un movimiento en la esquina llamó mi atención. Un hombre con mirada calculadora y atenta se acercó a nosotros llevando una caja negra que depositó sobre una de las mesas.

—¿Quién es él? —pregunté, lanzando una mirada desconfiada al sujeto, que parecía ignorar por completo mi presencia.

—El tatuador de la *famiglia* —respondió Ettore, desviando la mirada hacia la caja mientras se acercaba a la mesa.

Comenzó a arremangarse la camisa, dejando al descubierto sus antebrazos donde más espinas y hojas se extendían sobre su piel, y se sentó en la silla cercana mientras el tatuador preparaba sus instrumentos.

—¿Qué estás haciendo? —Claramente ya sabía la respuesta, pero aún no comprendía el propósito de mi presencia allí.

—Un tatuaje, por supuesto —respondió encogiéndose de hombros, con una sonrisa perezosa bailando en sus labios.

Ettore tenía treinta y siete años, si no me equivocaba. Pero cuando sonreía, casi podía vislumbrar al joven *soldato* que fue algún día. Su apariencia elegante y sus trajes siempre impecables no delataban al *gangster* que durante años convirtió las calles de Búfalo en su escenario de terror.

Sí, conocía las historias.

Nunca fue un príncipe azul, y tampoco esperaba que lo fuera.
Pero estar allí, en su territorio de violencia —a diferencia de la *Peccato*, que destilaba lujo y diversión— revelaba la verdadera cara del hombre al que durante años llamé el coco.

—¿Y por qué necesitas hacerlo ahora?

¿Qué significaba aquello? ¿Por qué me llevó allí, al fin y al cabo?

Ettore me miró, con esa mirada intensa que parecía adentrarse en mi alma.

—Porque algunas marcas deben hacerse en el momento adecuado.

El otro hombre claramente ya sabía cuál era el diseño que Ettore iba a tatuarse, pues lo tenía todo preparado para transferir el boceto a la piel. En silencio, arrastré una silla y me senté frente a ambos, lo suficientemente cerca como para no perderme ningún detalle del proceso.

El tatuador empezó a trabajar, sus manos rápidas y precisas mientras la máquina zumbaba, su sonido reverberando por el pabellón. La imagen de una rosa comenzó a tomar forma en el centro de la mano de Ettore, el contraste con los tatuajes ya existentes creando algo casi poético.

Observaba en silencio, pero no podía evitar la sensación de que aquello tenía un significado mucho más profundo del que él estaba dispuesto a admitir.

Mi curiosidad se transformó en fascinación mientras lo observaba.
El silencio solo era interrumpido por el zumbido de la aguja y la respiración controlada de Ettore. No mostraba dolor alguno, mantenía los ojos fijos en mí, como si tratara de descifrar cada pensamiento que cruzaba por mi mente.

Una rosa...

—¿Por qué? —la pregunta se escapó sin que me diera cuenta, cuando el tatuador finalmente limpió la zona y empezó a guardar sus instrumentos, algo más de una hora después.

Ettore extendió la mano hacia mí, mostrando el resultado. La luz fluorescente del galpón hacía que la tinta recién aplicada brillara con una intensidad casi sobrenatural.

Hizo un gesto al tatuador en silencio, que se marchó sin pronunciar palabra, como si se hubieran comunicado por miradas o pensamientos. Luego, volvió su atención hacia mí con una pequeña sonrisa cargada de algo que no supe identificar de inmediato.

—Las rosas son bonitas y delicadas, pero también peligrosas. Hay que manejarlas con cuidado. Por sus pétalos, que pueden caer y destruir su belleza, y por sus espinas, que pueden hacernos sangrar. —Hizo una pausa, inclinándose ligeramente hacia mí, su voz descendiendo hasta convertirse en un susurro—. Las rosas me recuerdan a ti.

Mi corazón se aceleró, pero no dejé que se notara.

—Eso suena a discurso ensayado —mi intento de sonar sarcástica fue débil, incluso para mí.

Ettore se puso de pie, contemplando la mano recién tatuada, como si estudiara el significado detrás de ella. Luego tomó el rollo de *film* plástico que el tatuador había dejado sobre la mesa y cortó un trozo para cubrir la tatuaje como si fuera una venda.

—No necesito ensayar nada contigo, Rosalinda —rió, pero el sonido fue más seco que otra cosa—. Ya deberías haberlo notado, ¿no crees?

—¿Notado qué? —La pregunta salió antes de que pudiera procesarla.

Me miró, los ojos más oscuros que nunca. Caminó hacia mí con pasos lentos y calculados, cada uno de ellos parecía cargar con el peso de todo lo que estaba a punto de decir. Cuando se detuvo frente a mí, su mirada me atrapó como si estuviera desnudando cada capa de resistencia que aún insistía en mantener.

—Hay algo que necesitas saber —su voz era baja, casi ronca.

—Te escucho —crucé los brazos, un intento inútil de parecer inquebrantable, sentada mientras él estaba de pie frente a mí.

Cuando inclinó levemente la cabeza, una pequeña sonrisa curvó sus labios, pero no era divertida. Parecía amarga, cargada de algo que todavía no lograba descifrar.

—Todavía recuerdo aquel día como si fuera ayer. Tú bajando las escaleras con ese vestido rojo... —Hizo una pausa, pasando la mano por el cabello, como si intentara ordenar sus pensamientos—. No tenías idea de lo hermosa que estabas, de lo imposible que era para cualquier hombre en ese salón apartar la vista de ti.

Mi garganta se cerró, pero no dije nada. Simplemente lo dejé continuar, aunque cada palabra se clavaba en mí como espinas.

—Eras demasiado joven e inocente para darte cuenta de lo que estaba pasando. Pero yo lo vi. —Rió, un sonido seco que no tenía nada de humor—. Vi las miradas hambrientas, escuché los comentarios que creían que yo no oía. Cada maldito pensamiento sucio sobre ti.

Sus puños se cerraron a los lados del cuerpo, los músculos de los brazos tensándose mientras hablaba.

—Odiaba a todos ellos. A cada maldito hombre en aquel salón. *Guido De Lucca*, sus amigos, incluso los camareros que te miraron un segundo más de lo debido. —Sus ojos se fijaron en los míos, brillando con una intensidad casi brutal —. Quería arrancarles los ojos a todos.

—¿Por qué? —Me puse de pie, demasiado inquieta como para seguir sentada.

Ettore dio un paso más cerca, la distancia entre nosotros era ya casi inexistente.

—Porque eras mía. —Aquellas palabras salieron como un rugido contenido, cargadas de una convicción que me hizo contener la respiración—. Y odiaba cada segundo porque tú aún no lo sabías.

—Yo te tenía miedo.

—Lo sé. —Respiró hondo, inclinando la cabeza como si fuera una penitencia—. Y la culpa siempre fue solo mía. Nunca me esforcé por deshacer la primera impresión que causé en ti.

—No lo entiendo...

—Había tantas cosas ese día que hacían que todo estuviera mal. Sabía que eras demasiado joven, que ese compromiso había sido sellado para protegerte y garantizar que nadie más pudiera tocarte. Pero yo... —Se detuvo, cerrando los ojos por un momento antes de volver a mirarme—. Me odiaba por desear algo que no debía. Por ser tan posesivo con una niña...

Mis manos estaban frías, aunque mi cuerpo ardía bajo el peso de sus palabras.

—Intenté convencer a *papà* de aplazar el anuncio del compromiso. Quería preservarte. Y de repente... te convertiste en el centro de todas las miradas. Te miraban como si fueras un trozo de carne.

—Ettore... —mi voz tembló, ante el torbellino de emociones que se apoderaban de mí.

—No quería corromperte, Rosalinda. Quería protegerte del mundo, de todos esos hombres que vi codiciándote. Pero el problema es que... —Volvió a reír, ese sonido amargo y afilado—. Yo era tan pecador como todos ellos.

La confesión quedó suspendida entre nosotros, pesada y cruda, pero no se detuvo ahí.

—Cuando besaste a Guido y a esos chicos... —Hizo una pausa, los ojos entrecerrados como si reviviera el momento—. Quise matar a cada uno de ellos con mis propias manos. No porque tú hicieras algo mal, sino porque mi lado más egoísta... y más podrido, quería que me esperaras a mí.

Sus palabras tocaron algo dentro de mí que ni siquiera sabía que aún existía. Un calor subió por mi piel, mezclado con indignación y algo que no quería admitir.

—¿Esperarte? —pregunté, mi voz fallando ligeramente—. ¿Por eso hiciste aquellas amenazas? ¿Para que me mantuviera como una santa intocable mientras tú hacías lo que te daba la gana todos estos años?

No es que fuera a acostarme con cualquiera, ¡pero joder! Me asustó muchísimo en aquella época.

—No fue justo. —Asintió, su expresión dura, pero sincera—. Lo sé ahora. Y si quieres saberlo, también lo sabía entonces. Pero lo que necesitas entender es que... —Su mano tocó mi rostro, el pulgar acariciando mi mejilla con una delicadeza que contradecía todo lo que había dicho hasta ese momento—. Nada parece justo cuando se trata de ti.

Mi corazón latía con fuerza y odiaba la manera en que mi cuerpo reaccionaba ante él, incluso mientras mi mente luchaba contra cada palabra que salía de su maldita boca perfecta.

—¡Nunca pedí ser tuya, Ettore! —Mi voz era baja, pero afilada.

—Lo sé —se inclinó más, el calor de su aliento rozando mi piel—. Y tal vez sea eso lo que hizo que te deseara aún más. Nunca lo pediste. Nunca me diste permiso. ¿Entiendes por qué está tan mal? ¿Por qué soy un jodido obsesionado?

Estaba tan cerca que cada pensamiento lógico parecía escurrirse entre mis dedos.

—¿Y entonces? —pregunté, mi voz apenas un susurro—. ¿Qué pasa ahora?

Parte de mí quería golpearlo por su arrogancia descarada, pero la otra... quería saber hasta dónde llegaría para demostrar que hablaba en serio.
Ettore esbozó una leve sonrisa, pero no había nada amable en ella.

—Ahora... voy a luchar por ti, Rosalinda. Voy a demostrar que soy digno de ti. Vamos a equilibrar la puta balanza.

Hubo un momento de silencio entre nosotros, pero el aire parecía vibrar con la intensidad de lo no dicho.

—¿Y si no quiero? —desafié, aunque mi voz temblaba.

—Cuando tu padre y yo sellamos el acuerdo matrimonial, le prometí que te haría tan temida como yo. —Apartó la mano de mi rostro, pero su cercanía seguía siendo asfixiante—. Nuestros destinos ya están entrelazados, *bella rosa*.

No hay vuelta atrás. Seremos el uno del otro, al menos en los papeles.

—Entonces sigo sin tener elección.

—Puedes seguir rechazándome. No pondré un dedo sobre ti si no es por tu voluntad. Pero eso no significa que te desee menos. Probablemente me vuelva aún más obsesionado. Es mejor que lo sepas. Y no es una amenaza, solo estoy siendo honesto.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire como una promesa.
Ya no había nada más que decir.

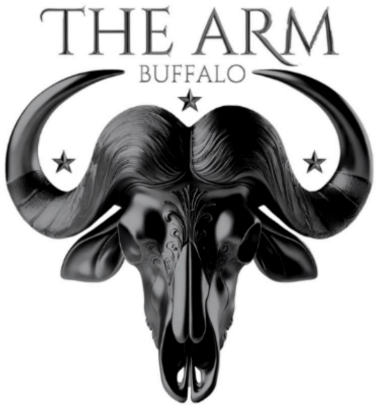
Nada que pudiera decir para negar lo que ya estaba escrito en sus ojos.

—Este tatuaje... es el símbolo del compromiso que asumí contigo. Puedes elegir usar o no el anillo que te di esta noche... en cuanto a mí, no tengo la menor intención de eliminar ni cubrir esta rosa. Todos sabrán a quién pertenezco.

Mi pecho se oprimió con aquellas palabras, pero no hubo tiempo para procesarlas. El sonido de una notificación en su móvil lo hizo apartarse para comprobarla.

Sabía que Ettore Lucchese no era un hombre que hiciera promesas a la ligera.
Pero el problema era que... no sabía si quería creerle.

—¡Mierda! ¡Joder!



CAPÍTULO 18

ETTORE

Mi corazón se aceleró en el pecho, y por un segundo el móvil se sintió más pesado en mi mano. El código del mensaje brillaba en la pantalla, danzando ante mi vista como una sentencia:

«¡Las mocosas están seguras en la guarida del hombre del saco!»

¡Maldición!

—¡Puta madre! ¡Joder! —El grito retumbó por todo el pabellón, tan cortante que incluso el sonido lejano de las máquinas y del acero pareció enmudecer.

La adrenalina empezó a correr por mis venas antes siquiera de procesar completamente lo que aquello significaba. *Allegra* y *Arianna* estaban en la sala de pánico que diseñé, y la única razón para que eso ocurriera era que algo andaba mal.

¡Muy mal!

—¿Ettore? —Rosalinda. Su voz cargada de preocupación apenas logró alcanzarme.

Lo único que importaba en ese instante era la *villa Povvi*.

Mis manos ya estaban de nuevo sobre el móvil antes de que pudiera preguntar otra vez. La pantalla temblaba bajo mis dedos mientras pulsaba el

botón de llamada, pero no esperé respuesta. Giré sobre los talones y empecé a gritar órdenes:

—¡*Código Nero*! ¡Quiero a todos en la *villa Povvi*! ¡Ahora! ¡Rápido, joder! —Mi voz resonó como un trueno mientras los *soldati* en el pabellón se detenían por un segundo antes de empezar a moverse con prisa y precisión.

—¡Ettore! ¿Qué está pasando? —Rosalinda me siguió, su voz más alta ahora, exigiendo atención.

No podía girarme.

No podía detenerme.

Cada segundo perdido era uno menos para salvar a alguien.

—Te quedas aquí, por ahora. Es más seguro... —gruñí, pulsando el botón de marcación directa de *Tommaso Caccini* mientras avanzaba hacia el coche.

—¿Qué? ¿Cómo que me quedo? ¿Qué ha pasado? ¿Por qué has enviado a tu gente a mi casa?

—¡Solo quédate aquí, joder!

—¡Ettore! —No se rindió.

Ya debería haber imaginado que Rosalinda no sería del tipo que guarda silencio ante las órdenes, y aquella era solo otra maldita prueba de ello.

—¡Ni de coña voy a obedecer esa orden estúpida, cuando está más que claro que algo ha pasado con mi familia! —Su voz era firme, pero había algo más en ella. Determinación mezclada con pánico contenido, una combinación que debería admirar, pero que en ese momento solo me hacía querer estallar.

—¡Es por tu seguridad, joder! —Me detuve y me giré para encararla, los ojos fijos en los suyos.

—¡Me importa una mierda! —Dio un paso al frente, el mentón alzado como si desafiara al mismísimo diablo—. ¿No se supone que eres mi prometido ahora? Entonces haz tu trabajo y protégeme, ¡pero no pienso quedarme aquí!

Joder, debería dejarla allí. Era lo correcto. Lo lógico. Pero había algo en la forma en que me miraba, desafiando todos mis intentos de control, que hacía

evaporarse cada decisión racional.

Cerré los ojos un segundo, intentando contener la tormenta que rugía dentro de mí. Cuando los abrí de nuevo, sabía que había perdido esa batalla.

—Entonces sube al coche. Pero si me distraes o desobedeces una orden, te juro que...

—¿De verdad vas a amenazarme? Eso puede funcionar con tus perras, Ettore, pero no conmigo. ¡Vamos ya! —Rodeó el coche y entró sin esperarme. El sonido de la puerta al cerrarse fue casi tan satisfactorio como el clic de una bala cargándose en una pistola.

Entré tras ella, encendiendo el motor con una urgencia tal que casi se me resbaló la llave de los dedos. Salí del pabellón con los neumáticos chillando sobre el asfalto, acelerando como si el mismísimo infierno nos persiguiera.

El silencio dentro del coche era tan opresivo como el peso de mis preocupaciones. Rosalinda estaba a mi lado, intentando llamar a alguien. Sus dedos se movían con agilidad sobre el teléfono, el rostro iluminado por la pantalla mientras la frustración se apoderaba de cada línea de su expresión.

Nadie contestaba.

Joder, *Tici*, ¿dónde estás?

Mi mente iba a mil por hora mientras mis manos se aferraban al volante. Rosalinda lo notó, claro. Sus ojos bajaron a mis dedos, fijándose en los tatuajes. Podía sentir su curiosidad, pero no dijo nada.

—¿Por qué nadie contesta? —Su voz cortó el silencio, pero era más para sí misma que para mí.

La ignoré.

Mi mente estaba enfocada en las niñas. *Allegra* y *Arianna*. Las mocosas. Las malditas estrellas de mi constelación, aunque nunca lo hubiera dicho en voz alta. Eran todo lo que quedaba de inocente y puro en este mundo podrido al que llamábamos nuestro. Y ahora, estaban escondidas en una caja fuerte porque alguien se atrevió a invadir nuestra puta propiedad.

—Ettore... —Rosalinda lo intentó de nuevo, su voz algo más baja esta vez.

—Cállate. —La respuesta fue automática, pero no por ello menos sincera. No había espacio para charlas en ese momento.

Los faros cortaban la oscuridad de la carretera mientras la *villa Povvi* se acercaba. Mis manos seguían firmes en el volante, mis pensamientos divididos entre la preocupación por *Allegra* y *Arianna*, y la mujer a mi lado, que ahora sujetaba el teléfono con tanta fuerza que los nudillos se le habían puesto blancos.

—Marco nunca deja de contestar el teléfono. Ni Alessandro. —Finalmente rompió el silencio, pero no había pánico en su voz, solo una preocupación que parecía desafiarme a contradecirla—. Prácticamente nunca duermen...

Sus guardaespaldas. Tan bien entrenados como mi equipo y el personal de seguridad que protegía la *villa Povvi*.

Mi pecho se apretó, pero no dije nada.

No podía poner en palabras un miedo que amenazaba con devorarme desde dentro.

Cuando por fin vislumbramos los portones de la *villa Povvi*, estaban completamente abiertos.

La escena frente a mí era una pesadilla que sabía que no olvidaría en mucho tiempo.

Pero lo peor de todo era que esa pesadilla apenas acababa de comenzar.

Mi corazón ardía mientras el coche derrapaba, deteniéndose de golpe. La propiedad estaba a oscuras, salvo por las luces de los postes, que proyectaban sombras largas y amenazantes por el patio.

—Quédate en el coche —mi voz sonó firme, pero había un peso en ella que ni siquiera yo pude ocultar.

Ella, por supuesto, no me hizo caso.

—¿Mis padres están muertos, verdad? —Su pregunta fue un golpe.

Simple. Directa. Sin rodeos.

Rosalinda me miraba, los ojos brillando con lágrimas que aún no caían, pero su postura seguía erguida, desafiando al propio desconsuelo. Había algo en ella que mezclaba dolor y acero, un contraste que sabía que la mayoría de la gente no soportaría.

—No digas eso... —intenté, pero mi voz vaciló, traicionada por la mentira.

Porque tenía razón. Porque sabía que las probabilidades de que *Ticiano* y *Rosalia* estuvieran vivos eran mínimas. Ningún enemigo sería tan idiota como para invadir la fortaleza *Povvi* sin un propósito claro.

No era un robo.

No era una advertencia.

Era una ejecución.

Rosalinda alzó el mentón, y aunque su voz tembló un poco, mantuvo la firmeza.

—¿Mis hermanas?

Respiré hondo.

—En la sala de pánico. Están a salvo.

Cerró los ojos por un momento, como si estuviera organizando sus emociones antes de que pudieran desbordarse. Cuando los abrió de nuevo, había en ellos una determinación que me dejó sin palabras.

—Vale, entonces iré con ellas primero. —Sin esperar por mí, abrió la puerta y salió del coche, sus botas resonando con firmeza sobre el asfalto del patio.

—Rosalinda... —La seguí, pero me cortó antes de que pudiera terminar.

—Cállate. —La risa que salió de sus labios fue áspera, sin humor, cargada de un dolor que intentaba disimular—. Solo... cumple con tu puta parte, Ettore.

¡Maldito infierno!

Cerré los ojos un instante, dejando que el peso de aquellas palabras se disipara.

No gritó, no suplicó, no se derrumbó. En cambio, canalizó su dolor en una fuerza tan admirable como devastadora.

Antes de que pudiera reaccionar, la figura de *Tommaso Caccini* emergió de las sombras.

—Ettore —su voz era baja, pero cargada de urgencia—. Tenemos que hablar.

Me giré para encararlo. El rostro de Tommaso era una máscara de tensión, lo que no hizo más que aumentar mi ansiedad. Llevaba un abrigo oscuro que parecía absorber la luz, y sus ojos estaban afilados, calculando cada detalle a nuestro alrededor.

Rosalinda se detuvo a mi lado, los ojos fijos en Tommaso.

—¿Qué ha pasado? —preguntó antes de que pudiera abrir la boca.

Tommaso vaciló, sus ojos iban de mí a ella, claramente incómodo con la idea de hablar frente a la hija de su *Consigliere*.

—Tommaso... —La voz de Rosalinda fue cortante, una orden que ni él se atrevió a ignorar.

Si las circunstancias hubiesen sido otras, habría encontrado aquello jodidamente sexy.

Pero no era el caso.

—¿Cuál es la situación? —pregunté, mi tono más duro de lo que pretendía.

Tommaso se pasó la mano por la cara, visiblemente agotado.

—Los *soldati* fueron neutralizados con dardos tranquilizantes. Ninguno ha muerto, *meno male* —hizo una pausa, como si necesitara ese segundo para prepararme—. *Bibiana* estaba en la habitación con las gemelas. Fue ella quien activó la sala de pánico. Están a salvo. Aún no las hemos sacado de allí porque estábamos esperando por ti.

Un peso invisible se desprendió de mis hombros. Las niñas estaban a salvo, pero la tensión en el rostro de Tommaso decía que aún había más que decir.

—¿Y mis padres? —La voz de Rosalinda tenía ese hilo de desesperación que trataba de ocultar.

Tommaso vaciló.

—Encontramos los cuerpos. —Respiró hondo, desviando la mirada—. *Tici* y *Rosalia*... fueron ejecutados en el despacho.

Aquellas palabras parecieron drenar todo el aire a nuestro alrededor. Aunque sabía que era una posibilidad, oír la confirmación fue como recibir un disparo.

Cerré los ojos, sintiendo el peso de la pérdida. *Ticiano* era más que un *Consigliere* para mí. Era... mi hermano, mi mentor... mi brújula.

Cuando abrí los ojos, Tommaso continuó:

—La invasión fue quirúrgica. Sabían exactamente adónde ir y qué hacer.

Rosalinda dio un paso atrás, como si la hubieran empujado, pero se mantuvo firme, los puños cerrados a los costados del cuerpo.

—Mis hermanas —su voz era fría, pero había algo roto en ella—. Quiero verlas. Ahora.

Tommaso dudó, pero lo interrumpí antes de que pudiera sugerir otra cosa.

—La llevaré yo. —Mi tono no dejaba espacio para discusión.

Ella me lanzó una mirada breve pero intensa antes de empezar a caminar hacia la entrada.

La seguí, con Tommaso justo detrás, pero cada paso se sentía más pesado que el anterior. La *villa Povvi*, que siempre fue símbolo de fuerza y poder, ahora parecía un mausoleo frío y sin alma.

Y a cada segundo, una única pregunta martillaba en mi mente: ¿quién se había atrevido a desafiar a *The Arm* de esa manera?

Fue entonces cuando la silueta de *Lúcifer* emergió de entre las sombras, sus patas golpeando con fuerza el suelo mientras avanzaba hacia Rosalinda.

Ella se detuvo, dejándose caer de rodillas.

—*Luci*... —Su voz finalmente se quebró, y la fuerza que había mantenido hasta ese momento pareció escapársele entre los dedos mientras abrazaba al dóberman con todas sus fuerzas.

Lúcifer lamió su rostro, protegiéndola con su cuerpo. Incluso en medio del caos, sabía que su prioridad era estar a su lado.

Antes de que pudiera alcanzarla, oí a Tommaso a mis espaldas.
—Su habitación estaba completamente revuelta —dijo por fin, su voz baja para que Rosalinda no escuchara—. A diferencia del cuarto de las niñas... que estaba intacto.

Un escalofrío recorrió mi espalda.

—Ella también era un objetivo —mi voz salió más sombría de lo que pretendía.

Solo pensar que alguien había invadido esa casa con la intención de tocar a Rosalinda hacía que algo primitivo rugiera en mi pecho.

—Ella era el objetivo, Ettore —Tommaso retrocedió unos pasos para que pudiéramos hablar sin ser oídos—. *Tici* y *Rosalia* murieron protegiendo a sus hijas.

Pestañeé, pero me tomó menos de un minuto procesar la información. No fueron ejecutados en el despacho, como Tommaso había dicho frente a Rosalinda.

¡Joder!
—Llama al equipo forense, que documenten todo y luego manda al equipo de limpieza. Quiero que borren cada maldita huella de este ataque —ordené a Tommaso, mis ojos fijos en Rosalinda, observándola levantarse e intentar recomponerse—. También puedes organizar ya el accidente de coche. Llama a *Destroyer*, está en la ciudad, nos va a echar una mano.

Ella era el objetivo...

Si iban tras ella, significaba que aún no habían terminado.

Mi mente empezó a trabajar frenéticamente, conectando puntos invisibles, buscando sentido a ese ataque. Y lo sabía, con cada fibra de mi ser: el

verdadero infierno no había hecho más que empezar.

Me acerqué a ella, observando mientras *Lúcifer* se mantenía fielmente a su lado, como una sombra viva, un guardián que no permitiría que nadie más le hiciera daño. Sus ojos encontraron los míos y lo que vi en ellos me hizo tragar saliva: un mar de emociones contradictorias, un grito silencioso de dolor, rabia y... determinación.

—¿Estás segura de que quieres entrar? —pregunté, aunque ya sabía cuál sería su respuesta.

Ella alzó el mentón.

—No me pidas que me quede fuera de esto. Esta es mi casa.

No era solo su determinación lo que me movía, sino el hecho de que, en el fondo, lo único que realmente podría romper a Rosalinda sería perder a las personas que amaba. Y por más que quisiera protegerla del caos que se avecinaba, sabía que ella jamás aceptaría eso de buen grado.

Tommaso me observaba desde lejos, esperando más órdenes.

—Encubre todo, *Tommy*. Asegúrate de que los titulares solo digan las verdades que queremos contar. —Mi voz salió baja, pero cargada de intención—. Y dile a *Destroyer* que quiero informes actualizados cada hora.

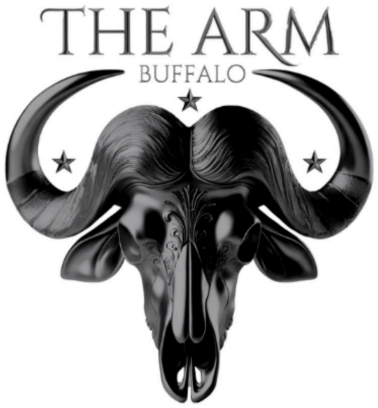
—¿Vienes o no? —Rosalinda ya había dado los primeros pasos hacia la *villa*, con *Lúcifer* a su lado.

¡Joder!

Mientras seguía sus pasos decididos, una sola cosa resonaba en mi mente, tan clara como una sentencia de muerte:

Si querían a Rosalinda, tendrían que pasar por encima de mí.

Y eso jamás ocurriría mientras yo siguiera respirando.



CAPÍTULO 19

ROSALINDA

El olor de la muerte era más sutil de lo que imaginaba.

No impregnaba el aire de inmediato, pero estaba allí, deslizándose por las paredes de la *villa*. Era un peso invisible, un fantasma que flotaba sobre cada estancia, y sentía su presencia incluso cuando intentaba no pensar en lo que significaba.

Mis padres estaban muertos.

La frase giraba en mi cabeza como una campana lejana, un sonido amortiguado que aún no podía aceptar del todo.

Ticiano y *Rosalia*.

Papà y *mamma*.

La fortaleza que siempre creí inquebrantable se había derrumbado, y yo estaba allí, de pie entre los escombros.

Pero no podía rendirme.

Allegra y *Arianna* aún estaban vivas. Me necesitaban.

Tragué saliva mientras avanzaba por los pasillos de la *villa*. Cada paso parecía resonar, como si la casa misma intentara recordarme lo ocurrido. *Lúcifer* estaba a mi lado, sus patas golpeando con firmeza el suelo. Era una presencia

sólida en medio del caos, un guardián que parecía comprender mi dolor mejor que cualquier persona.

Cuando llegué a la puerta del cuarto de las niñas, me detuve un instante. Cerré los ojos, intentando reunir las fuerzas que me quedaban. No podía permitir que ellas vieran lo que yo sentía.

Empujé la puerta con cuidado, y el suave murmullo de sus voces me alcanzó. Era un sonido cálido, casi reconfortante, pero también doloroso. La risa inocente de *Allegra* y *Arianna* llenaba el espacio, una melodía que parecía fuera de lugar en una noche tan oscura.

Bibiana estaba sentada en el suelo con ellas, rodeada de muñecas y peluches. Su expresión era serena, pero sus ojos cargaban el mismo peso que los míos.

Lúcifer entró antes que yo, caminando directamente hacia las niñas.

—¡*Luci*! —gritó *Allegra* con entusiasmo, corriendo a abrazarlo.

Ver su pequeña figura aferrada al cuello del dóberman me hizo respirar hondo. Al menos por un momento, aún podían sonreír.

—¡Rosalinda! —me llamó *Arianna*, y antes de que pudiera responder, ya estaba a mi lado, abrazando mi pierna como si temiera que desapareciera.

Me agaché automáticamente, envolviéndola en un abrazo mientras *Allegra* se unía a nosotras.

—Hola, mis amores —mi voz salió suave, aunque sentía el pecho apretado.

—Tardaste en encontrarnos en el escondite, así que *Bibi* dijo que podíamos salir —explicó *Arianna*, alzando sus ojos grandes y brillantes hacia mí.

Intercambié una mirada rápida con *Bibiana*, que ahora se había puesto de pie, observando la escena con cautela.

—Me perdí por el camino, pero *Luci* me ayudó y ahora estoy aquí —forcé una sonrisa que me sonó falsa hasta a mí, pero era lo mejor que podía ofrecer.

—¿*Mamma* sigue dormida? —*Allegra* soltó a *Lúcifer* y me miró con curiosidad—. ¡*Bibi* no nos dejó ir a despertarla!

Mi corazón se encogió.

Bibiana se adelantó rápidamente, colocando una mano sobre el hombro de *Allegra*.

—Tu *mamma* está descansando, *bambina*. ¿Qué tal si le enseñas la casita de muñecas a *Luci*? Apuesto a que le encantará.

—¡Pero *Luci* no sabe jugar! —*Arianna* cruzó los brazos, su terquedad ya evidente en la voz.

—Sí que sabe —me arrodillé junto a ellas, intentando parecer despreocupada—. *Luci* es bueno en todo, ya lo sabéis.

Como si entendiera lo que decía, el dóberman ladeó la cabeza y movió la cola, provocando risas en ambas.

—Bueno... Pero luego quiero ver a *mamma*, ¿vale? —*Allegra* no parecía del todo convencida, pero tomó la mano de *Arianna* y comenzó a arrastrarla de vuelta a la alfombra.

—Claro, *amore* —mi voz casi se quebró, pero la mantuve firme.

Bibiana esperó a que las niñas estuvieran distraídas antes de acercarse a mí.

—No sé cuánto tiempo podremos mantener esto —susurró, con los ojos fijos en las niñas.

Sabía que tenía razón. *Allegra* y *Arianna* eran listas, curiosas, y no pasaría mucho tiempo antes de que empezaran a hacer preguntas para las que no tenía respuestas preparadas.

—Solo necesito un poco de tiempo —respondí, intentando convencerme tanto a mí misma como a ella.

Bibiana asintió, pero podía ver que estaba tan perdida y desolada como yo.

Centré mi atención en mis hermanas. Estaban tumbadas sobre la alfombra, riendo mientras *Lúcifer* se acomodaba a su lado, permitiendo que *Arianna* le colocara una tiara de princesa en la cabeza.

Durante un instante, me limité a observar la escena.

Eran tan pequeñas… tan inocentes… y no tenía sentido que su mundo hubiera sido destruido de esa forma. No tenía sentido que nos hubieran arrebatado a nuestros padres de forma tan abrupta y violenta.

El recuerdo del último encuentro con *Ticiano* y *Rosalia* en el jardín me golpeó como un puñetazo.

Las palabras de *papà*.

La sonrisa de *mamma*.

Debería haber dicho más.

No habría otra oportunidad.

Respiré hondo, intentando apartar los pensamientos antes de que se desbordaran. *Allegra* y *Arianna* aún estaban aquí, y necesitaban que yo fuera fuerte. Aunque por dentro me estuviera desmoronando.

Dejé a *Luci* en la cama con ellas, aún con la tiara que *Arianna* había insistido en ponerle. Parecía satisfecho de ser el guardián de las pequeñas, tumbado entre ellas como una muralla viva.

Convencerlas de dormir un poco más no fue fácil. Aún estaban entusiasmadas, la adrenalina de haber sido despertadas en mitad de la noche con la excusa de un escondite era evidente. Pero, con algunas palabras tranquilizadoras y vagas promesas de que me enseñarían todas sus muñecas por la mañana, conseguí que cerraran los ojos durante unas horas más.

Bibiana se quedó junto a la cama, vigilante, aunque su rostro estaba tenso.

—Volveré pronto —murmuré antes de salir del cuarto.

El pasillo estaba más silencioso, pero el peso de la madrugada seguía presente en cada rincón de la *villa*. La luz fría de las lámparas proyectaba sombras alargadas en las paredes, y la sensación de vacío era asfixiante. Aunque hubiese *soldati* por toda la casa y pasos apresurados en la distancia, el hogar parecía… muerto.

Así como mis padres.

Mientras avanzaba por el corredor, algo llamó mi atención. Había movimiento al otro lado, cerca de mi habitación. Vi figuras trabajando en silencio, hombres con monos blancos que se movían con una eficiencia aterradora. Llevaban equipos, cajas y bolsas plásticas.

En medio del caos controlado, *Ettore* estaba parado frente a las escaleras del segundo piso. Parecía congelado en el tiempo, los brazos cruzados sobre el pecho mientras sus ojos lo observaban todo con atención.

Cuando me acerqué, percibió mi presencia antes de que pudiera decir algo. Sus ojos se fijaron en los míos de inmediato.

—¿Qué está pasando? —pregunté, intentando mantener la voz firme, aunque por dentro fuera una tormenta—. ¿Qué es todo esto?

Él enderezó la postura, pero no se acercó.

—Procedimiento estándar —su voz era baja, casi fría—. El equipo forense está documentando todo. Recogiendo pruebas.

—¿Pruebas? —Mi pregunta salió como un susurro, pero él la oyó.

—Tenemos que descubrir quién hizo esto —indicó con la cabeza a los hombres que trabajaban, murmurando mientras tomaban fotos y analizaban—. Luego vendrá un equipo de limpieza.

—¿Limpieza? —La palabra me dejó aturdida.

—No podemos dejar rastros —se encogió de hombros, como si fuera lo más normal del mundo—. Ninguna evidencia que pueda usarse contra la *famiglia*.

Aquello parecía una pesadilla. Era como si me hubieran lanzado a una película de la mafia, solo que yo no era una espectadora segura al otro lado de la pantalla.

—¿Dónde están mis padres? —La pregunta escapó antes de que pudiera pensar en las consecuencias de oír la respuesta.

Sabía que no me dejaría verlos.

¡Dios! No quería verlos... muertos.

—*Tommaso* ya está ocupándose de eso —suspiró, pasándose una mano por la cara como si intentara aliviar la tensión—. Se va a simular un accidente de coche. Se encontrarán dos cuerpos calcinados en uno de los vehículos de *Ticiano*.

—¿Cuerpos… calcinados? —Mi respiración se quedó atrapada en el pecho.

—*Rosalinda*… —dio un paso hacia mí, pero no intentó tocarme—. No serán sus cuerpos.

—¿Cómo dices? —El choque me golpeó como una bofetada.

—No vamos a usar los cuerpos de tus padres. Eso sería… una falta de respeto —hizo una pausa, la mandíbula tensa mientras me observaba—. Tenemos maneras de conseguir otros cuerpos para el… escenario.

El horror de lo que estaba diciendo empezó a infiltrarse lentamente, como veneno.

—Esto es surrealista… —mi voz vaciló, pero había un matiz de rabia en ella.

En todos esos años, aun siendo consciente de quién era mi padre y qué representaba la *cosa nostra*, jamás había presenciado algo ni remotamente parecido a lo que estaba ocurriendo.

—Así es como funcionan las cosas, *bella rosa*. —Su tono era firme, pero no cruel. *Ettore* parecía estar intentando explicarme algo inevitable, como si fuera una lección que necesitaba aprender cuanto antes—. Si la policía se involucra, atraerá la atención hacia la *famiglia*. No podemos permitirlo.

Lo miré, intentando encontrar algo de humanidad en aquella explicación. Pero él seguía imperturbable, sus ojos fijos en los míos, desafiando cualquier juicio.

—¿Y tú crees que esto es normal? —mi voz salió más afilada de lo que pretendía.

—No se trata de normalidad —dio un paso más cerca, su presencia se volvió sofocante—. Se trata de supervivencia.

Tragué saliva, intentando procesar todo aquello.

—Esto es como… limpiar una maldita escena del crimen —las palabras salieron cargadas de amargura, pero él simplemente asintió, como si confirmara un hecho obvio.

—Exactamente —su voz tenía una gravedad que me erizó la piel—. Es lo que hacemos, *Rosalinda*. Así es como protegemos a la *famiglia*.

Me giré, incapaz de mirarlo un segundo más. Mis ojos se posaron en la actividad a mi alrededor: los hombres trabajando con una eficiencia casi mecánica, como si limpiaran un escenario tras una obra de teatro.

Pero aquello no era teatro.

Era mi vida.

Mi casa.

Y lo único que quedaba ahora era el vacío.

Cerré los ojos por un momento, intentando encontrar algo dentro de mí que todavía tuviera sentido. Pero todo lo que sentí fue un abismo creciente, un vacío imposible de llenar.

Cuando volví a abrirlos, *Ettore* seguía allí, observándome como si esperara que me derrumbara en cualquier instante.

Pero no podía hacerlo.

No delante de él.

—¿Y después de todo esto? —respiré hondo, alzando el mentón.
Ettore vaciló, pero solo por un segundo.

—Después de esto, la vida sigue.

Aquellas palabras fueron como una bofetada. Un mantra cruel que me hacía querer gritar y al mismo tiempo colapsar. Porque para mí, nada volvería a ser igual.

¿Cómo podía decir algo así con tanta naturalidad?

Cerré los ojos una vez más, intentando aferrarme a cualquier fragmento de fuerza que aún quedara dentro de mí. Mi corazón latía como un tambor

desacompasado, recordándome que sí, todavía estaba viva. Pero vivir no significaba mucho cuando todo a mi alrededor se desmoronaba.

Mi casa estaba llena de sombras silenciosas, hombres que se movían como espectros, borrando cada rastro de lo que había sucedido. No había espacio para el duelo. No había tiempo para lágrimas. La *cosa nostra* no concedía esos lujos.

Me obligué a girarme de nuevo hacia *Ettore*. Sus ojos seguían fijos en los míos, buscando alguna grieta en mi fachada, alguna debilidad que pudiera reparar antes de que se convirtiera en abismo.

—¿Cómo puedes ser tan… frío? —mi voz fue apenas un susurro.

Sus labios se curvaron en algo que parecía entre una sonrisa triste y un gesto resignado.

—No es frialdad, *bella rosa*. —Dio un paso más cerca, aunque mantuvo una distancia cuidadosamente medida—. Es necesidad.

—¿Necesidad? —mi risa fue amarga, cargada de ironía—. ¿Tú crees que esconder los cuerpos, fingir un accidente y convertir todo esto en una mentira conveniente es necesidad?

—Sí. —*Ettore* no se inmutó. Cruzó los brazos, su mirada fija en mí, intensa como siempre—. Porque si no lo hacemos, todo lo que hemos construido se desmorona. Y con ello, cada persona que amamos.

En el fondo, sabía que tenía razón. Y odiaba admitirlo, pero odiaba aún más la forma en que el mundo al que pertenecía parecía arrancarme cualquier posibilidad de elección.

Respiré hondo, girándome para mirar el pasillo vacío. Parte de mí deseaba estar dormida con *Allegra* y *Arianna*, abrazada a *Luci*, lejos de toda esta realidad asfixiante.

—¿Crees que será suficiente? —pregunté, manteniendo los ojos fijos en la pared frente a mí—. ¿Borrar las huellas, fingir un accidente? ¿Evitará que quien hizo esto regrese?

Ettore no respondió de inmediato.

—No. —Su honestidad me sorprendió—. Pero nos dará tiempo para descubrir quién fue. Tiempo para prepararnos.

Tiempo para fortalecernos.

Para proteger a *Allegra* y *Arianna*.

Y para que yo entendiera cómo mi vida se había convertido en... esto.

—¿Y tú? —Mi voz bajó, casi vacilante—. ¿Cómo vas a descubrir quién fue el responsable?

Ettore se inclinó levemente, su presencia dominando el espacio a mi alrededor.

—A mi manera —respondió con una tranquilidad escalofriante, como si fuera una simple cuestión de lógica—. Y cuando lo descubra, van a desear no haber nacido nunca.

Hubo algo en su tono que me hizo estremecer. Porque, a pesar de todo el caos y el dolor, sabía que *Ettore* decía la verdad. Era un hombre que cumplía sus promesas. Tanto *papà* como *mamma* lo dijeron tantas veces a lo largo de los años que acabé por creerlo.

Cuando finalmente volví a mirarlo, encontré sus ojos estudiándome con una intensidad casi devastadora. Seguía esperando algo de mí... una reacción... tal vez incluso un colapso.

Pero en lugar de eso, simplemente asentí.

—Vale. —Fue todo lo que pude decir.

—Ahora vete a descansar —su tono fue más suave, aunque aún cargado de autoridad—. Necesitas estar fuerte por tus hermanas.

Quería discutir, decir que no podía descansar mientras mi casa se convertía en una escena macabra. Pero mis fuerzas estaban agotadas y algo en la voz de *Ettore* me hizo entender que no estaba pidiendo.

Mientras me giraba para atravesar el pasillo hacia mi habitación, sentí sus ojos sobre mí, como una sombra silenciosa que nunca se iría. Y por extraño que parezca, había algo reconfortante en ello. Porque en el fondo, sabía que incluso ante todo este pandemónium, *Ettore Lucchese* no permitiría que nadie me

hiciera daño, ni a mí ni a mis hermanas. Y por ahora, eso tendría que ser suficiente.

Quería gritar, pero el sonido se quedaba atascado en mi garganta. Quería llorar, pero no podía permitir que las lágrimas cayeran. El dolor era como una corriente de aire helado, paralizándome mientras la realidad me aplastaba.

—¿Estás bien? —La voz de *Ettore* sonó cerca de mí.

Me giré para mirarlo, sorprendida de que se hubiera acercado sin que lo notara. Su expresión grave, los ojos de lince examinando cada línea de mi rostro.

—No. —Mi respuesta fue honesta, cruda.

No estaba bien y él lo sabía.

Ettore siguió parado frente a mí sin decir nada, su presencia imponente, una muralla impenetrable. Cuando dio un paso hacia mí, algo en mí se tensó, pero antes de que pudiera decir una sola palabra, me levantó en brazos.

—¿Qué? —Mi voz fue un susurro irritado, pero sin fuerza—. ¿Qué estás haciendo?

Sus brazos eran firmes, seguros, como si no existiera espacio para la resistencia.

—Confía en mí.

Esas palabras sonaron como un desafío. Una súplica sin margen para negación.

Cargándome por los pasillos como si no pesara nada, ignoró completamente las miradas periféricas de los *soldati* que seguían trabajando. El aire era frío cuando cruzó la puerta trasera de la mansión, llevándome al exterior. El cielo seguía oscuro, pero había una promesa de luz en el horizonte. El laberinto de rosas en el jardín se recortaba a lo lejos, las plantas oscuras balanceándose suavemente con el viento.

Me llevó hasta el centro del laberinto, donde un banco de hierro forjado permanecía oculto entre las flores y los arbustos altos. El aroma de las rosas era dulce y sofocante a la vez, combinando perfectamente con el nudo en mi pecho.

Se sentó en el banco, aún sosteniéndome en brazos. Antes de que pudiera protestar, levantó la mano en la que acababa de tatuarse la rosa en el centro —ya sin el plástico protector— y sostuvo mi rostro con firmeza, obligándome a mirarlo.

—Mírame, *Rosalinda*.

Mis lágrimas estaban atrapadas, pero el peso de su mirada casi las liberaba.

Toqué su mano sobre mi rostro; el calor del tatuaje aún fresco en su piel era perceptible. No se trataba solo de un dibujo eterno. Era una promesa que me había hecho horas antes... y que ya no podía ignorar.

—Este tatuaje... —murmuré, mis dedos acariciando la rosa marcada en el centro de su mano—. ¿Lo hiciste de verdad por mí?

—Lo hice. Porque eres mía. —No apartó la mirada. Ni siquiera parpadeó —. Y yo soy tuyo.

Sus palabras fueron directas, casi brutales, pero había algo más en su voz. Algo que sonaba... vulnerable.

—*Ettore*... —empecé, pero me interrumpió.

—Tienes diez minutos. —Apoyó su frente en la mía.

—¿Diez minutos para qué? —Parpadeé, confundida.

Los ojos de *Ettore* brillaban, una mezcla de furia y algo que parecía... compasión.

—Diez minutos para derrumbarte, *bella rosa*. —Sostuvo mi rostro con más fuerza, con ambas manos, como si quisiera asegurarse de que lo escuchara—. Diez minutos para llorar, gritar, maldecir... lamentar la pérdida de tus padres. Y yo estaré aquí. Te sostendré.

—Yo... —Mi voz se quebró, un nudo formándose en mi garganta.

—Y después —ignoró mi intento de hablar— te levantarás, secarás esas lágrimas y serás fuerte. Quien haya hecho esto jamás sabrá cuánto te duele por dentro. Nunca verán cuánto te ha afectado. Y yo seguiré aquí. No estarás sola. ¿Entendido?

Mi respiración se quedó atrapada en el pecho. Lo miraba, incapaz de decir nada. Porque sabía que *Ettore* tenía razón. En la *cosa nostra*, la debilidad era una invitación para que el enemigo atacara de nuevo.

—*Rosalinda*. —Usó mi nombre como si fuera una orden—. Dime que lo entiendes.

—Lo entiendo... —asentí lentamente, mi barbilla temblando mientras sus palabras finalmente penetraban en mi mente.

Ettore inclinó su frente hasta tocar la mía nuevamente.

—Entonces derrúmbate. Ahora. Yo te sostendré.

El nudo en mi garganta finalmente se deshizo, y las lágrimas brotaron como un torrente, deslizándose por mi rostro mientras sollozaba sin control, cada respiración era un esfuerzo.

El vacío, el dolor, la rabia... todo se desbordó de golpe.

Ettore permaneció en silencio, sus brazos rodeándome como un escudo contra el mundo. No dijo nada, pero su presencia era todo lo que necesitaba en ese momento.

Los minutos pasaron como un borrón. Mi pecho dolía, la garganta ardía, y mi mente era un campo de batalla. Pero poco a poco, los sollozos comenzaron a disminuir. Las lágrimas dejaron de caer.

Lloré hasta no poder más.

Cuando por fin me aparté y levanté el rostro para mirar a *Ettore*, el pecho me dolía y los ojos estaban hinchados, pero algo dentro de mí se sentía distinto.
—¿Ya está? —preguntó, su voz suave pero cargada de significado.
—Sí. —Asentí, limpiándome las lágrimas con el dorso de la mano.

Ettore sacó un pañuelo del bolsillo frontal de su camisa y me lo ofreció. Lo tomé, notando el cuidado en cada detalle. Incluso un simple pañuelo parecía lujoso en sus manos.

—Vamos a levantarnos. —Me ayudó a salir de su regazo, pero no soltó mi mano.

Nos pusimos de pie juntos, el viento frío meciendo las hojas de las rosas a nuestro alrededor.

—¿Y ahora qué pasa?

Ettore apretó mi mano, sus ojos ardiendo con determinación. Mientras entrelazaba nuestros dedos, el tatuaje brillaba bajo la luz tenue del amanecer, un símbolo tan hermoso como amenazante.

—Ahora, vamos a devolverles esto... con intereses.

Hubo algo en sus palabras que encendió en mí una chispa que creí perdida.

No era esperanza.

Era rabia.

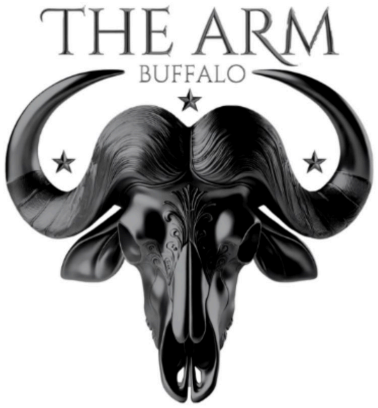
Rabia por haber destruido a mi familia. Rabia por haber convertido mi casa en un mausoleo. Y, sobre todo, rabia por pensar que saldrían impunes.

Seguí a *Ettore* de vuelta por el laberinto, el olor de las rosas mezclándose con el aire frío de la mañana. Esta vez, mis pasos eran más firmes, mi determinación más clara.

Porque, por muy destrozada que estuviera, sabía que él tenía razón. No podíamos permitirnos caer.

Fuera lo que fuera lo que viniera después, lo enfrentaría con la cabeza bien alta.

Por primera vez desde que comenzó esta pesadilla cruel, sentí que no estaba sola.



CAPÍTULO 20

ETTORE

La mansión Povvi estaba impecable, como si ningún crimen hubiera tenido lugar allí.

La luz del amanecer atravesaba las ventanas, iluminando los pasillos con una quietud casi traicionera. Todo estaba limpio, organizado, restaurado a su antigua gloria. Pero para mí, el olor a muerte aún impregnaba el aire. Invisible, pero constante.

A pesar de todos los esfuerzos por borrar los rastros, el peso de la violencia flotaba sobre la propiedad como una sombra permanente. Sabía que *Ticiano* jamás habría permitido algo así. Siempre decía que la seguridad de su hogar era la seguridad de su alma. Pero, por desgracia, ambas habían sido violadas.

Y yo cargaba con el peso de haberle fallado.

Ver a *Ticiano* y *Rosalia* muertos fue un golpe que me dejó sin aliento y ciego de rabia. Estaban tendidos en el pasillo, cerca de la puerta del cuarto de *Rosalinda*. Como guardianes caídos defendiendo lo que más les importaba.
No había cámaras en esa parte de la mansión, una petición específica de *Rosalia* para preservar la privacidad de la familia. El tercer piso era su refugio, donde las niñas corrían descalzas por los pasillos y *Tici* les leía cuentos a *Allegra* y *Arianna* antes de dormir.

La ausencia de registros me carcomía por dentro. Sin grabaciones, nunca sabría con certeza qué ocurrió en sus últimos momentos. Solo la sangre en el suelo y los cuerpos inmóviles contaban una historia incompleta, y eso no era suficiente.

Tommaso fue el primero en encontrar los cuerpos. Actuó con rapidez, filmó y fotografió cada detalle, un procedimiento estándar antes de mover cualquier evidencia, pero no suficiente para calmar el huracán que rugía dentro de mí. Vi las imágenes después. Cada ángulo, cada herida. Fue un oscuro alivio saber que no sufrieron durante mucho tiempo.

El cuerpo de *Ticiano* estaba parcialmente sobre el de *Rosalia*, como si hubiera intentado protegerla hasta el último segundo. El *consigliere* y su reina. Dos pilares que cayeron para salvar a la próxima generación.

Aun así, cuando finalmente llegué al lugar, el olor metálico de la sangre era asfixiante. *Tommy* ya había ordenado retirar los cuerpos antes de que *Allegra* o *Arianna* salieran del cuarto del pánico. *Rosalinda* tampoco los vio al llegar. No permitiría que esa imagen quedara grabada en sus memorias. Porque sabía que era una escena que jamás saldría de la mía.

—*Ettore*. —La voz de *Tommaso Caccini* me sacó de mis pensamientos. Estaba parado en la puerta, con ese aire de quien sabe que no hay tiempo para debilidades. *Tommy* siempre había sido así. Metódico, calculador, y lo más importante: leal. De todas las personas en las que podía confiar, él estaba en la cima de la lista.

Levanté la mirada hacia él, que entró en el despacho de *Ticiano* con pasos firmes, portando una seriedad que encajaba con el momento. *Tommy* era alguien que querrías a tu lado en tiempos de crisis. La clase de persona a la que podías mandar al infierno sin previo aviso y seguiría con la misión como si nada.

—Los protocolos de seguridad han sido actualizados —comenzó sin rodeos, sosteniendo una tablet con los informes—. Los *soldati* han sido reemplazados. Yo mismo formé un nuevo equipo. Alarmas de última generación, cámaras con reconocimiento facial, sensores en el perímetro. La mansión *Povvi* volvió a ser una fortaleza impenetrable.

Impenetrable.

Casi solté una carcajada.

Nada es impenetrable.

—*Bibiana* y *Sabino* están listos para partir con las niñas en cuanto sea posible. *Fiorella* ya dejó el convento y está organizando lo necesario en la casa segura. —Alzó la vista de la tablet, mirándome directamente—. Nadie más que nosotros tres conocerá la ubicación. Ni siquiera *Rosalinda*.

Asentí, aunque la idea de no decirle me incomodaba. La lógica era clara. Cuantas menos personas supieran el destino de las niñas, más seguras estarían. Pero sabía que *Rosalinda* no aceptaría eso sin luchar.

—Buen trabajo, *Tommy*. —Mi voz salió baja, pero firme—. ¿Y los demás empleados?

—Reasignados —respondió de inmediato, cerrando la tablet y cruzando los brazos—. Pero no sin antes pasar por el interrogatorio estándar. Estamos monitoreando a todos. Si alguno se ha desviado lo más mínimo, yo lo sabré.

Había algo casi cruel en la eficiencia de *Tommaso*. Pero por eso era tan bueno en lo que hacía.

—¿Lograste sacar a *Fiorella* del convento sin problemas? —pregunté, cambiando de tema.

Tommaso inclinó la cabeza, dejando ver un atisbo de cansancio antes de volver a enmascarar su expresión.

—No fue difícil —se encogió de hombros—. Cuando le expliqué la situación, no dudó. *Fiorella* es lista. Sabía que no había tiempo para discusiones ni sentimentalismos. Ya está encargándose de todo.

Un silencio se instaló entre nosotros por un momento. Las noticias estaban siendo entregadas con precisión, pero el peso de la pérdida era innegable.

No era solo trabajo. Era personal.

—El accidente de coche fue un éxito —continuó, claramente odiando cada palabra—. Los medios compraron la tragedia. *Ticiano* y *Rosalia* ahora son una

pareja adorada que se fue demasiado pronto en un trágico accidente. Las urnas serán colocadas mañana en el mausoleo familiar, sin público ni ceremonia.

Ese teatro era necesario, pero aún teníamos que lidiar con la realidad.

—Prepara todo para el velatorio. Serán enterrados, como era el deseo de *Tici*. Las niñas también necesitan esa despedida.

Aunque *papà* estaba bajo protección, se aseguraría de asistir a la ceremonia secreta. *Tici* era como un hijo para él, y *Nestore Lucchese* siempre había admirado a *Rosalia* y le tenía un profundo cariño.

Mientras no tuviésemos ninguna pista sobre quién orquestó el ataque, el paradero del *Boss* de *The Arm* tendría que mantenerse en secreto y, como segundo al mando, era precisamente en momentos así cuando mi responsabilidad con la *famiglia* se volvía aún mayor. Proteger a *Don Lucchese* y descubrir quién fue el autor de la muerte de nuestro *consigliere*, era la máxima prioridad en ese momento.

Además, tenía que honrar la confianza depositada en mí cuando bautizamos a *Allegra* y *Arianna*, junto con *Fiorella*. Éramos los padrinos de esas pequeñas demonias y, siguiendo el deseo de *Tici* y *Rosalia*, la custodia de las niñas pasaría a ser mía, por ser también el futuro esposo de *Rosalinda*.
Definitivamente, no era así como quería que nos convirtiéramos en una familia.

—¿Y *Rosalinda*? —*Tommaso* rompió el silencio, su voz ahora más baja. Me observaba con atención, como si ya supiera la respuesta pero necesitara oírla de mí.

—Se quedará conmigo —respondí de forma directa, sin margen para discusión—. En mi apartamento.

—¿Estás seguro de que es el lugar adecuado? —Alzó una ceja, pero su tono no era de duda, sino de desafío.

—Completamente —crucé los brazos, enfrentando su mirada—. No hay lugar más seguro para ella que a mi lado.

Tommy asintió lentamente, pero el peso de la tragedia se reflejaba claramente en sus ojos.

—No te lo va a poner fácil —comentó, aunque había algo casi irónico en su voz.

—¿Y cuándo lo hizo? —Solté una risa baja, sin humor—. Sinceramente, no espero que lo haga ahora.

Tommaso guardó silencio durante unos segundos, sus ojos oscuros fijos en los míos, antes de inclinar finalmente la cabeza en señal de acuerdo.

—Nos encargaremos de esto, *Ettore* —su voz sonaba como un juramento.
—Lo sé —respondí con la misma intensidad.

Pero incluso mientras decía eso, la incertidumbre flotaba como un espectro en el fondo de mi mente. Porque, a pesar de todos los protocolos de seguridad, de toda la fuerza de nuestra *famiglia*, de todo el poder acumulado... alguien había osado atacarnos.

Y yo aún no sabía quién era.

Tan pronto como *Tommaso* se retiró, volví mi atención una vez más al despacho vacío, sintiendo el peso del pasado y del presente colisionando en aquel espacio.

Ticiano siempre decía que el verdadero poder provenía del control. Control sobre los demás, sobre el caos, sobre uno mismo. Pero en ese momento, todo lo que sentía era una furia incontrolable ardiendo dentro de mí.

Tenía que proteger a *Rosalinda* y a las pequeñas. Tenía que asegurarme de que nadie osara tocarlas. Y para eso, necesitaba descubrir quién era el enemigo. Porque cuando lo encontrara... no habría misericordia.

Sentado en el sillón que perteneció a mi mejor amigo, intentaba encajar las piezas del rompecabezas que se formaba en mi mente.

The Arm no se involucraba en el tráfico de drogas, y eso por sí solo eliminaba algunos nombres de mi lista de sospechosos. Nuestro acuerdo de no interferencia con los mexicanos de Guadalajara llevaba casi dos décadas vigente. Además, ellos eran mucho más crueles y sanguinarios.
Don Alejandro Santino no dejaría a nadie con vida para contar la historia. En una guerra del cartel contra la *famiglia*, mi *papà* estaría el primero en la lista de ejecución, y yo también ya estaría muerto. No habría tiempo para represalias.

La *cosa nostra*, aunque poderosa, sabía en qué terrenos pisaba y las consecuencias de cada paso. Compartir territorio y evitar una guerra sangrienta, aunque fuera como caminar sobre una cuerda floja, parecía lo más sensato.

Nuestra piedra en el zapato últimamente era la *Tríada*. Esos cerdos taiwaneses se estaban extendiendo como una gripe que, aunque no mortal, debilitaba y jodía bastante. Desde que empezaron a infiltrarse en los negocios de prostitución y protección, comenzaron a reclutar a nuestras chicas y a intimidar a los comerciantes para que cambiaran de bando.

Estábamos a un paso de estallar una guerra en las calles.

Eso me hizo recordar a *Mariah*. Se infiltró en la *Peccato* como una de las putas de lujo que servían a mis mejores asociados y consiguió que la mantuviera en mi cama más tiempo del habitual. Filtró información. Una traidora de mierda, pero que ya había sido eliminada.

—Me va a estallar el cerebro de tanto pensar... —Me froté las sienes, soltando un largo suspiro.

No había dormido, ni siquiera echado una cabezada. Estaba cansado y emocionalmente agotado también.

Después de darle algo de apoyo a *Rosalinda* mientras se permitía derrumbarse por unos minutos, parecía que ahora era yo quien necesitaba un poco de consuelo.

Nunca he sido del tipo que se lleva bien con las emociones ajenas.

Nunca.

Odiaba los dramas, las lágrimas y la fragilidad.

Pero sostener a *Rosalinda Povvi* en ese momento fue distinto.

Temblaba en mis brazos, se rompió en silencio antes de que los sollozos se apoderaran de ella, y todo lo que pude hacer fue mantener mi abrazo, asegurándome de que no se viniera abajo sola.

—¡Joder! —Pasé la mano por el rostro, sintiendo la tensión sujetar mis músculos como cadenas invisibles. El peso de aquella noche seguía sobre mis hombros, y no había alivio a la vista.

Cuando le dije que tenía diez minutos, sabía que era más por mí que por *Rosalinda*. Necesitaba que se desahogara, que soltara ese dolor antes de que la consumiera por dentro. Pero también necesitaba asegurarme de que no se entregara al sufrimiento.

El mundo en el que vivíamos no permitía debilidad.

Pero la verdad era que... si *Rosalinda* se derrumbaba, probablemente yo me derrumbaría con ella.

El olor a rosas seguía impregnado en mi ropa.

Su perfume también.

Cerré los ojos por un instante, tratando de apartar la imagen de su rostro empapado en lágrimas, los ojos enrojecidos y la forma en que sus dedos se aferraron al tejido de mi camisa, como si yo fuera la única ancla que le quedaba.

Si supiera lo que esa mierda significaba para mí...

Me levanté del sillón, sintiendo cada músculo protestar contra el cansancio.

*****

Las pequeñas estaban acurrucadas junto a su hermana mayor en una de las camas individuales, profundamente dormidas.

Había amanecido y yo quería salir a la calle a buscar al maldito asesino, pero no podía siquiera pensar en dejarlas solas por ahora. Confiaba en mis hombres, pero quería ser yo mismo quien las protegiera.
No tenían a nadie más aparte de mí para ser un puerto seguro.

Me senté en la cama libre y *Lúcifer* se plantó a mi lado, vigilante. Le acaricié la cabeza y el torso, como agradecimiento por su lealtad, pero ambos nos pusimos en alerta al notar movimiento en la otra cama.

Allegra y *Arianna*, siempre tan conectadas, acababan de despertar. Mientras una se frotaba los ojos, la otra se estiraba con los brazos en alto y el cuerpo encorvado.

Rosalinda debía de estar agotada, porque su respiración ni siquiera se alteró y siguió roncando suavemente.

—Necesito hacer pipí... —murmuró una de ellas, sin que pudiera identificar de inmediato cuál era.

—¡Yo también!

Ambas se levantaron de la cama aún somnolientas y tardaron algunos segundos en notar mi presencia y la de *Lúcifer*.

—¡Padrino! —susurraron emocionadas, lo que me hizo deducir que *Rosalinda* aún no les había contado nada sobre sus padres.

—¡*Buongiorno*, *bambine*!

—Volvemos rapidito —identifiqué a *Allegra* cuando tomó la mano de su hermana y lideró el camino hacia el baño.

—¡Rapidito, rapidito! —repitió *Arianna*, agitando la manita.

Aprovechando la breve ausencia de las niñas, me levanté y me acerqué a la otra cama, sin poder resistir el impulso de sentarme cerca de *Rosalinda*.

¿Cuándo se había transformado en una mujer tan atractiva? Era la pregunta que flotaba en mi mente sin cesar, mientras mis ojos se deleitaban viéndola dormir.

Me había puesto jodidamente cachondo con su actuación en la *Peccato*, y estaba decidido a llevármela a la cama aquella noche, sin tener ni idea de que aquella chica del club era mi futura esposa.

¡Qué locura!

Aún recordaba la primera vez que *Rosalinda* me miró aterrada por haberle quitado su gatito. Pero ahora estaba lejos de parecer una niña asustada.

Extendí la mano para apartar un mechón de pelo que le cubría el rostro, pero el gruñido de *Lúcifer* y su proximidad me hicieron retroceder para mirarle directamente.

—Te he entrenado muy bien, ¿verdad? —susurré al doberman, sonriendo con satisfacción.

Era un excelente *soldato*. El mejor guardián que *Rosalinda* podía tener.

—Parece la Bella Durmiente, ¿verdad, padrino? —señaló *Arianna* hacia *Rosalinda* al salir del baño acompañada de *Allegra*.

—Sí que lo parece —retiré la mano para no estresar al perro.

—Entonces, ¿puede despertarla con un beso de amor verdadero? —*Allegra* me agarró del brazo para susurrármelo al oído.

—No soy un príncipe, *bambina* —intenté sonreír, algo incómodo.

—Pero no hace falta ser príncipe. ¡Solo hay que amar!

—Vamos a dejar que tu hermana duerma un poco más —miré a las gemelas con resignación.

Tenían la costumbre de llenarme de preguntas para poner a prueba mi paciencia, esa que tanto me costaba dominar.

—Quiero a mi *mamma*...

—¡Yo también!

Las pequeñas estaban inquietas y eso no era nada bueno. Pero intentaría ganar un poco más de tiempo hasta que *Rosalinda* despertara y asumiera la responsabilidad.

Mi joven prometida tendría que ser fuerte para ayudarme a criar a sus hermanas.

—¡Venid! —Esperé a que ambas se acercaran y estampé un beso en la mejilla de cada una antes de levantarme de la cama—. Aquí tenéis mi beso de amor verdadero para mis princesas favoritas. ¿Qué os parecen unas tortitas con sirope de arándanos para el desayuno? *Bibiana* os espera abajo.

—¿Podemos llevar al señor *Splinter*? —*Allegra* sería una excelente abogada.

—¿Cómo es que *Luci* aún no ha hecho de ese ratón un suculento almuerzo? —bromeé, sabiendo cuánto lo adoraban.

Casi había olvidado lo cabreado que se puso *Tici* cuando las pequeñas lo convencieron de adoptar un ratoncito de laboratorio que conocieron en una feria escolar.

Mi *amico* estaba loco por sus hijas.

—¡Él no es un almuerzo, es nuestro sabio señor *Splinter*! —*Arianna* salió en defensa de su mascota.

—Está bien —mantuve el tono en susurro, aunque había notado que *Rosalinda* ya estaba despierta, aunque fingiera seguir dormida—. Podéis llevar al sabio señor *Splinter* al desayuno. Pero no lo saquéis de la jaula. Por su propio bien.

—¡Sí, sí, sí, padrino!

Esperé a que las pequeñas tomaran la jaula y salieran del cuarto antes de caminar hacia la puerta.

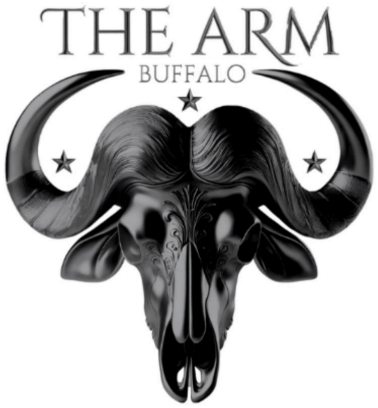
—Recupérate, *Rosalinda* —mi tono fue más severo de lo que pretendía—. No podemos seguir posponiendo lo inevitable. Te espero abajo con las niñas.

En cuanto salí del cuarto, me apoyé contra la pared del pasillo, soltando un suspiro pesado. Mi cuerpo pedía descanso a gritos, pero mi mente se negaba a ceder.

Rosalinda aún no lo sabía, pero aquel día sería el comienzo de su nueva realidad. Una que yo tendría que controlar con mano de hierro. Porque no importaba cuánto intentara resistirse, ahora ella era mi responsabilidad... así como mi maldita debilidad. Y mataría a cualquiera que osara amenazarla.

Pero a estas alturas, también había comprendido que mi futura esposa era una mujer de carácter.

Solo había que tocar los puntos adecuados.



CAPÍTULO 21

ROSALINDA

Antes de bajar y enfrentarme de nuevo a *Ettore*, fui a mi habitación para darme una ducha y recomponerme. La mansión estaba sumida en un silencio casi fantasmal, el tipo de calma que parece estar a punto de desmoronarse. Aún era temprano, pero ya sentía el peso de la mañana aplastándome los hombros.

El agua caliente caía sobre mi piel, pero no se llevaba el cansancio, la tensión ni la confusión de mi mente. Cerré los ojos e inspiré hondo, intentando alejar el torbellino de pensamientos. La sensación de desorientación persistía, como si mi cuerpo estuviera presente, pero mi mente atrapada en algún punto entre la noche anterior y el dolor inevitable del futuro.

Al salir de la ducha, noté que mi habitación estaba impecable. Las sábanas estiradas, los muebles relucientes, la alfombra sin una mota de polvo. El olor a productos químicos impregnaba el aire, denunciando el paso de aquel equipo de limpieza.

Habían estado aquí. ¿Por qué?

Mis ojos recorrieron cada rincón de la habitación, buscando cualquier anomalía, cualquier prueba invisible de lo que había sido borrado allí. Me pregunté si el suelo que pisaba esa mañana había sido bañado con la sangre... de mis padres.

—*Procedimiento estándar*, dijo *Ettore*. —Tragué en seco. No servía de nada perderme en suposiciones. Tenía problemas más urgentes que resolver.

Después del episodio en el laberinto de rosas, me refugié en el cuarto de las niñas, aferrada a la única chispa de inocencia que aún quedaba en mi vida. El agotamiento me venció, y ahora, además de tener que lidiar con la muerte de mis padres y encontrar una forma de contárselo a mis hermanas, aún tenía que enfrentar a mi... prometido.

Durante años, *Ettore Lucchese* fue la sombra en el rincón de mi mundo. Un amigo al que mi padre respetaba y el monstruo del que yo tenía miedo. Sin embargo, allí estaba yo, confrontando un pensamiento que me incomodaba más que cualquier amenaza real:

Ya no le tenía miedo.

Y ese quizás era mi mayor problema.

Mi miedo ahora era otro.

Era la forma en que me sostuvo aquella madrugada, como si me anclara a la realidad mientras yo me deshacía en pedazos. La forma en que sus ojos se clavaron en los míos y me dieron permiso para sentir, aunque solo fuera por diez minutos. Pero, sobre todo, la forma en que me hizo sentir segura.

¡El hombre se había tatuado una maldita rosa en la mano por mi culpa!

¿Cómo demonios se supone que debía reaccionar a eso?

¿Con satisfacción o con preocupación?

Recogí el pelo en un moño desordenado y solté un suspiro frustrado, cogiendo una sudadera y poniéndomela sobre las mallas de lycra antes de calzarme unas deportivas. Nada combinaba con nada, porque claramente no estaba de humor para pensar en un conjunto decente.

—Vamos, *Luci* —murmuré al doberman, que estaba tumbado cerca de mi cama. Levantó la cabeza al oírme, con los ojos atentos.

Necesitaba hablar con *Fiorella* y buscar a *Marcos* y *Alessandro*. Tenía demasiadas preguntas, demasiadas incertidumbres, y cada minuto que pasaba

sin respuestas me hacía sentir como si caminara sobre un lago helado a punto de romperse.

Aún tratando de digerir todo lo que había ocurrido en las últimas horas, me dirigí a la cocina, guiada por el aroma del café recién hecho.

Y fue allí donde lo vi.

Ettore estaba sentado casualmente a la mesa con una taza de café entre los dedos, su cuerpo relajado contra la silla de madera rústica. La luz dorada de la mañana entraba por las ventanas y cortaba su perfil de una forma casi cinematográfica.

Pero lo que me pilló desprevenida no fue la escena en sí.

Fue la risa.

¡Él estaba riendo!

Allegra y *Arianna* estaban a su alrededor, hablando emocionadas sobre algo que no alcancé a oír de inmediato, y... me quedé allí, parada en la entrada de la cocina, intentando conciliar aquella imagen con el hombre que, pocas horas antes, hablaba de ocultación de cadáveres con la naturalidad de quien comenta el tiempo.

No parecía un hombre letal. Ni siquiera el heredero de *The Arm*.
Era solo un hombre sentado a la mesa, escuchando a dos niñas y sonriendo de verdad.

Y eso me desarmó... profundamente.

Entonces, como si sintiera que estaba siendo observado, giró el rostro y nuestras miradas se encontraron.

Allí, en ese instante, lo supe: Por más que intentara resistirme... ya me estaba ahogando en él.

Ettore Lucchese no solo era peligroso, era una trampa.
Y yo estaba a punto de caer de lleno en ella.

Fruncí el ceño, ligeramente incómoda y extrañamente impresionada por lo mucho que le favorecía ese semblante tranquilo y relajado.
El *Ettore* que creía conocer era un hombre frío, imperturbable, siempre cargando

un peso invisible sobre los hombros. Pero allí, sentado a la mesa, interactuando con mis hermanas como si no fuera una de las figuras más peligrosas de *Buffalo*, parecía... distinto.

Más humano.

Y eso, en sí mismo, ya era una amenaza para mi corazón frágil.

Aparté la mirada antes de que mi mente decidiera aferrarse demasiado a esa idea.

—*Buongiorno*. —Me senté frente a él, ignorando cómo sus ojos seguían cada uno de mis movimientos. Volví mi atención hacia mis hermanas, fingiendo casualidad—. ¿Me han dejado alguna tortita?

Arianna asintió, el rostro iluminado por una sonrisa entusiasta, y pronto señaló el plato de tortitas que *Bibiana* había preparado.

—Están riquísimas, *sorella*. ¡La *Bibi* es la mejor!

—Estoy segura de que sí, *bambina*. —Antes de que pudiera alcanzar el plato, *Ettore* lo acercó hacia mí, su mirada cargada de una intensidad silenciosa.

—*Grazie*. ¿Dónde está la *Bibi*?

Para las tres, *Bibiana* era más que una ama de llaves. Era una *nonna*, un refugio seguro cuando *mamma* y *papà* estaban demasiado ocupados con los asuntos de la *famiglia*. *Sabino*, su marido, era tan protector con nosotras como ella, y juntos formaban los cimientos invisibles que mantenían nuestra casa en pie.

—Conociendo al nuevo equipo de seguridad —aclaró *Ettore*, sirviendo una segunda taza de café y deslizándola hacia mí. Su mirada era una orden muda—. Bebe esto.

—Te encanta darme órdenes, ¿verdad? —Alcé una ceja.

—Y disfruto cuando, aparentemente, las obedeces —se encogió de hombros con naturalidad, aunque la comisura de su boca se curvó en una media sonrisa satisfecha.

Puse los ojos en blanco, pero llevé la taza a los labios, sintiendo el calor del café extenderse por mi cuerpo. El sabor era exactamente como me gustaba.

—¿Hasta qué parte de mi conversación con las pequeñas llegaste a oír allá arriba?

—Toda, por supuesto. —Le dediqué una sonrisa presuntuosa, fingiendo desinterés, aunque seguía sorprendida por lo que había presenciado—. Me impresionó que, además de llevarte muy bien con ellas, también tuvieras sentido del humor.

—No lo digas muy alto —respondió, bromeando—. Tengo que mantener mi reputación intacta.

Antes de que pudiera contestar, el grito de *Arianna* rompió el aire, agudo y alarmado:

—¡*Luci*, no! ¡Él no es un almuerzo!

Mi *dobermann*, que hasta ese momento estaba sentado a mi lado, se lanzó hacia la jaula del señor *Splinter* y empezó a gruñir al ratón.
La tensión invadió la estancia en cuestión de segundos.

La raza de *Luci* no era precisamente compatible con otras especies. Para él, aquella pequeña criatura no era más que una presa.

—*Luci*, ¡ven aquí! —La voz de *Ettore* cortó el momento antes de que yo pudiera reaccionar.

El *dobermann* dudó un segundo, pero enseguida retrocedió y se dirigió directamente a él, sentándose a su lado como si nada hubiera pasado.

La obediencia ciega me sorprendió.

—¡Buen chico! —*Ettore* acarició su cabeza, sus dedos rozando detrás de la oreja del perro, y vi cómo la postura del animal se relajaba bajo su toque.

Observé la escena, intrigada.

—No lo llamas por su otro nombre delante de las niñas —comenté, cruzándome de brazos.

—Imaginé que no te gustaría.

El silencio se instaló entre nosotros por un momento, cargado de algo indefinible.

Ettore sostuvo mi mirada con esa maldita confianza presuntuosa, como si supiera exactamente lo que estaba haciendo conmigo. Como si pudiera leer los pensamientos que yo intentaba enterrar.

Respiré hondo, desviando la mirada. No tenía tiempo para sus juegos mentales. Tenía un duelo que enfrentar y dos hermanas que me necesitaban. Pero por algún motivo, sentado allí, con una taza de café entre los dedos y mi perro a sus pies... él parecía tan arraigado a mi vida como cualquier otra cosa a la que intentara aferrarme.

Y eso era lo peor. Porque en el fondo, sabía que no importaba cuánto intentara resistirme, ya era demasiado tarde.

—¿Dónde está la *mamma*? —La voz suave de *Arianna* rompió el silencio, arrastrándome de nuevo a la realidad como una bofetada.

Mi estómago se revolvió. No había tenido valor para contárselo aún.

¿Cómo se le dice a dos niñas que nunca más oirán la voz de su madre canturreando en el jardín, o sentirán los brazos de su padre alzándolas en el aire?

¿Cómo hacerlo sin destruirlas?

Esperaba que *Bibiana* o *Fiorella* pudieran ayudarme, porque *Ettore* dejó claro que no participaría en ese momento. Y siendo honesta, ni siquiera imaginé que lo hiciera. Era mi responsabilidad.

—¿Por qué no lleváis al señor *Splinter* a jugar al patio mientras *Rosalinda* termina el desayuno? —La voz de *Ettore* sonó baja, pero firme como siempre.

Una vez más tomaba las riendas de la situación, encontrando una forma de protegerme... o de proteger a las niñas.

—¿Y la *mamma*? —*Allegra* frunció el ceño.

Mis dedos apretaron con fuerza la porcelana de la taza.

—Voy a llamar a la *mamma* en cuanto termine el café. —La mentira escapó de mis labios antes de que pudiera detenerla.

El sabor amargo me quemó la lengua y me odié por ello.

—Está bien.

Era extraño darme cuenta de que *Ettore* tenía más intimidad con las gemelas que yo misma. Habíamos convivido muy poco en los últimos años, porque estuve en un internado y luego en Italia. Pero necesitaba conectar con ellas cuanto antes.

En silencio, observé cómo las niñas tomaban la jaula del señor *Splinter* y salían al jardín con la inocente emoción de quienes aún no sabían que su mundo había sido reducido a cenizas.

Solté un largo suspiro, pasándome la lengua por los labios resecos antes de girarme hacia *Ettore*.

—Deberías haberme tratado del mismo modo que interactúas con ellas, la primera vez que nos vimos.

Él alzó una ceja, sin prisa por responder.

Solo me miró.

Me miró de verdad.

Aquella intensidad me inmovilizó, obligándome a sostenerle la mirada.

—Nunca supe cómo tratar con niños —dijo al fin, y su confesión me tomó por sorpresa—. Tú fuiste mi primer desastre. Serviste de ejemplo para no volver a cometer el mismo error.

—Entonces fui un error. —La ironía me cortó la respiración.

—Un error... interesante. —La comisura de su boca se alzó ligeramente, y sentí unas ganas tremendas de golpearle.

—Podrías haber cambiado esa primera impresión, pero empeoraste las cosas cuando nos vimos una segunda vez. —Mi voz salió más dura de lo que pretendía. El recuerdo de aquel día aún ardía bajo mi piel como una herida sin cicatrizar.

Los ojos de *Ettore* se tornaron sombras vivas.

—En nuestro segundo encuentro, yo tenía perfectamente claro cómo manejar a un adolescente lleno de malas intenciones —su tono adoptó una

gravedad oscura—. No hubo ningún malentendido. *Guido* se lo merecía.

Mi corazón martilleó contra las costillas.

—¿Y yo? —La indignación subió como un incendio, inflamando mis palabras—. ¿Yo también merecía quedarme aterrada?

El silencio se estiró entre nosotros.

Sabía que *Ettore* no era un hombre que se arrepintiera de sus acciones. Pero necesitaba saber... entender qué pasaba por su mente en aquella época.

—En parte, sí. —Su frialdad fue un puñetazo en mi estómago. No había ni rastro de culpa—. No pude anticipar cuál sería tu reacción, pero todo fue consecuencia de una decisión tuya, *Rosalinda*. —Se inclinó ligeramente, sus ojos fijos en los míos—. Tú quisiste besarlo.

Mi respiración falló. El recuerdo del episodio en el laberinto de rosas, en mi decimosexto cumpleaños, invadió mi mente como un fantasma no deseado.

—¡Y lo habría conseguido si no nos hubieran interrumpido! —desafié, levantando el mentón.

Él se inclinó más, hasta que su rostro quedó lo suficientemente cerca del mío como para sentir la amenaza de su presencia.

—Para suerte del chico —dijo en un susurro cortante—. Porque siguió con vida.

—¿Habrías matado a *Guido*? —Se me heló la sangre.

—Sin la menor duda.

—¿Delante de mí? —Tragué saliva.

Sonrió.

Lento.

Peligroso.

El silencio pesaba como plomo entre nosotros.

—Eso... se lo dejo a tu imaginación. En cualquier caso, no sucedió. —*Ettore* se acomodó el traje con un movimiento calculado, alejándose de la encimera. Su mirada nunca se despegó de la mía—. Pero no actúes como si

hubieras olvidado que besaste a *Guido* al día siguiente. Al fin y al cabo... no fue el único.

Mi corazón latía con furia, una mezcla de rabia y desasosiego hirviendo dentro de mí.

—¡Yo no era tuya! —Mis dedos se cerraron en puños.

—Siempre fuiste mía. —Alzó una ceja, claramente divertido con mi indignación—. Solo que eras demasiado inocente para entenderlo aún.

Una oleada de ira subió por mi pecho, pero antes de que pudiera responder, *Ettore* se acercó una vez más, acortando la distancia entre nosotros como si quisiera probar mis límites.

—¿Quieres saber qué les pasó aquella noche? —Inclinó la cabeza, la voz baja y cargada de algo que me revolvió el estómago.

—¿Qué hiciste? —No quería. Pero no pude evitar preguntarlo.

Su sonrisa se ensanchó y mi cuerpo se tensó con la anticipación.

—Digamos que esos niñatos aprendieron algunas lecciones importantes sobre respetar los límites y la jerarquía de la *cosa nostra*.

—Les pegaste. —No los había matado, o lo habría sabido en su momento.

—No, *amore mio*... Destruí a esos cabroncitos. —Rió, como si fuera un recuerdo dulce—. *Guido* se meó encima, y los otros dos se desmayaron antes de llegar a ese punto.

Abrí la boca, pero no salió ninguna palabra.

—Fui amable, sin embargo. Todos siguen respirando. —Me lanzó una mirada cargada de diversión perversa—. Porque fuiste tú quien los besó… y nunca te castigué por eso.

—Eres increíble. —Debería estar furiosa. Pero lo único que sentía era un torbellino de emociones confusas e inquietantes.

Odio.

Frustración.

Fascinación.

Y un miedo extraño e intoxicante de que, desde aquella época, ya era suya.

—Soy muchas cosas, *bella rosa*. —Se apartó de repente, pero sus ojos oscuros y hambrientos parecían analizar cada pedazo de mi alma—. Cuando se trata de mí, concéntrate siempre en lo peor que puede pasar.

Cada palabra fue pronunciada como una promesa. Y supe que quería que las absorbiera.

Ettore me desarmaba con una facilidad que me irritaba. Me desestabilizaba sin el menor esfuerzo. Quería mandarlo a la mierda. Pero sabía que cruzaría una línea peligrosa. Así que simplemente respiré hondo, apreté los dientes y me giré hacia la ventana, observando la silueta de *Allegra* y *Arianna* jugando en el jardín.

No podía seguir postergando la verdad por mucho más tiempo.

—Ahora soy todo lo que ellas tienen. —Solté un largo suspiro, preparándome para ir al encuentro de las dos—. Seremos nosotras tres contra el mundo.

—Nada de eso, *Rosalinda*. Me tienen a mí.

—¿Y qué significa eso? —Giré lentamente la cabeza para mirarlo, el peso de sus palabras cayendo sobre mí como una tormenta silenciosa.

Ettore me miró con esa intensidad que parecía atravesar capas invisibles dentro de mí, llegando a lugares donde nadie más había llegado.

—Que a partir de ahora, seré capaz de incendiar el mundo para protegerlas.

Mi pecho se contrajo. Sus palabras eran crudas. Directas. Y tenían peso. No estaba haciendo promesas vacías. No era un gesto barato de consuelo. Era un juramento.

El *Underboss* de la *The Arm* no jugaba con las palabras. Y eso era peligroso. Porque por más que intentara aferrarme a lo evidente, a la realidad fría y racional de que nuestro matrimonio era una cuestión de conveniencia,

honor y un acuerdo entre familias, en el fondo de mi ser germinaba una esperanza distorsionada.

Si había algo absoluto en el mundo oscuro de la *cosa nostra*, era la fuerza de un matrimonio arreglado. Los matrimonios fortalecían a la *famiglia*, y los hijos nacidos de esas uniones perpetuaban el legado. Al casarme con *Ettore Lucchese*, sería suya para siempre. Independientemente de los sentimientos.

¿Seré capaz de entregarme a él?

Mi mirada se deslizó sobre mi futuro marido.

Ettore poseía una belleza cortante, como una hoja afilada oculta bajo terciopelo. Su porte era altivo, su postura impecable. Cada detalle de él exudaba control, poder y un peligro silencioso que hacía pensar dos veces antes de desafiarlo.

El cabello oscuro y ligeramente desordenado contrastaba con su piel clara y sus ojos verdes, y la barba oscura acentuaba la fuerza de su mandíbula. Sus hombros anchos sostenían el traje caro como si la tela hubiera sido cosida sobre su cuerpo. Y aunque nunca lo había visto, sabía que debajo, su cuerpo estaba esculpido por músculos y cicatrices.

No era un hombre que se permitiera ser débil. Y yo necesitaba recordarlo si quería sobrevivir al papel que me fue impuesto cuando *papà* y *Don Lucchese* me designaron como su futura esposa.

—¿Desde cuándo *Luci* te obedece? —Cambié de tema abruptamente, notando que mi *dobermann* aún estaba sentado.

—Desde siempre. —*Ettore* arqueó una ceja.

—¿Cómo? —Fruncí los ojos. —*Luci* no se acerca a cualquiera.

—Yo no soy cualquiera, *Rosalinda*.

Y entonces se agachó delante de *Lúcifer*, acariciando su pelaje. El gesto fue tan natural que me dejó momentáneamente aturdida. Nunca había visto a *Luci* permitir que otra persona, aparte de mis hermanas y yo, lo tocara así. Ni siquiera *Marco* o *Alessandro*.

—¿Qué…?

—*Lúcifer* llegó a ti como un regalo de cumpleaños. —Alzó la mirada, y una sonrisa leve tiró de la comisura de sus labios—. ¿No lo recuerdas?

Fruncí el ceño, confundida.

—Sí, pero…

—Fui yo quien lo eligió. Especialmente para ti.

—¿Por qué? —Mi corazón se detuvo por un segundo.

Recibí a *Luci* en mi decimosexto cumpleaños. Me enamoré de él al instante. *Papà* nunca me había permitido tener una mascota antes.

Ahora sabía quién fue el responsable.

—Porque un gato no era el animal adecuado para protegerte.

Ettore se levantó y se acercó a mí. No retrocedí. Extrañamente, su proximidad ya no me hacía querer huir en dirección contraria. Era como si su presencia empezara a volverse… familiar.

—¿Entonces me regalaste a *Luci* para calmar tu conciencia por haber matado a un pobre gatito indefenso?

—¿Cómo sabes que fui yo quien mató al minino? —Sus ojos brillaron, y una sonrisa perezosa se dibujó en sus labios.

—Porque eres quien eres.

Soltó una risa baja.

Debería haberme asustado, pero por algún motivo, lo único que sentí fue un escalofrío recorriéndome la espalda. Entonces alzó la mano y mi cuerpo se tensó. Por un instante, creí que iba a tocarme el rostro. Pero retrocedí un paso antes de que lo hiciera.

—Soy un hombre de honor. —La risa desapareció tan rápido como había surgido—. No mato a nadie que no merezca morir.

—Si tú lo dices…

—¿No me crees?

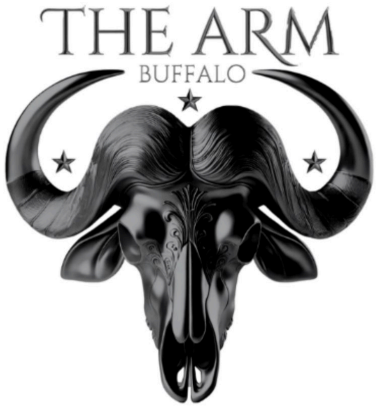
—¿Haría alguna diferencia?

Él inclinó la cabeza, un gesto sutil pero cargado de significado.
—Como tú misma dijiste, *Rosalinda*: soy quien soy.

Mi pecho subía y bajaba con fuerza. Él se apartó, ajustándose el reloj de pulsera, como si diera por terminada la conversación.

—Ahora ve con tus hermanas. Te necesitan más que nunca. —Había algo casi cortante en la forma en que me despachó.

Y por más que mi mente gritara en alerta… mi terco corazón se preguntaba cuánto tiempo más podría seguir resistiéndome a *Ettore Lucchese*.



CAPÍTULO 22

ETTORE

— *Tommaso será mi nuevo Consigliere*. — La voz de *papà* rompió el silencio del despacho en la mansión Povvi, poco antes de que saliéramos hacia el entierro de Ticiano y Rosalia.

No reaccioné de inmediato. Las palabras flotaron en el aire, densas, hundiéndose en mi mente ya saturada por el luto y la furia latente.

Había pasado una semana desde la tragedia. Siete días asfixiantes, en los que el dolor tuvo que tragarse, la rabia contenerse y la necesidad de venganza mantenerse con la correa corta. Tuvimos que esperar a que el murmullo en los medios se disipara antes de realizar el entierro, una jugada estratégica para evitar atraer atención innecesaria.

Pero el tiempo no curó nada. Solo reforzó la verdad que ya sabía: no habría paz hasta que pusiera la cabeza de los hijos de puta responsables de todo esto a los pies de la lápida de Ticiano.

Miré a *papà*. Parecía exhausto, pero en sus ojos brillaba un destello de acero. Ese tipo de mirada que un *Don* no podía permitirse que sus enemigos vieran flaquear.

— Pensé que elegirías a alguien más mayor. — Mi voz sonó firme, aunque ya conocía la respuesta.

— *Tommaso* era la sombra de *Ticiano* en los negocios — respondió con tranquilidad. — Trabajaba a su lado en la administración del hipódromo, dirigía el sistema de apuestas y conoce cada centímetro de los bastidores de la *famiglia*. Si hay alguien que pueda llenar el vacío que dejó *Tici*, es él.

Cerré los puños.

El vacío que dejó *Tici*...

Odiaba admitir que, por más que la *famiglia* fuese un organismo vivo y funcional, no era inmune a las pérdidas. *Ticiano Povvi* era más que el *Consigliere* de *The Arm*. Más que la mano derecha del *Don*. Era mi amigo. Mi hermano.

Y ahora estaba muerto.

— En efecto, *papà* — murmuré, manteniendo un tono profesional. — Confío mi vida a *Tommaso* sin pensarlo dos veces. Cuando asumiera el Trono, pensaba nombrarlo mi segundo al mando, porque *Tici* seguiría siendo mi *Consigliere*.

Las palabras tenían sabor a hiel. Un destino que nunca se cumpliría.

Aunque nos lanzáramos pullas todo el tiempo y me sacara de quicio, jamás destituiría a *Ticiano* de su cargo en la *famiglia*. *The Arm* era lo que era porque él ayudó a fortalecerla durante años.

Lo amaba.

— Sé cuánto apreciabas a *Ticiano*. — La voz de *papà* llevaba el peso de los años, la experiencia, y la comprensión de que, al final, la *cosa nostra* no perdona las debilidades. — Él y *Tommaso* son los hermanos que nunca tuviste. Es adecuado que *Tommy* asuma mientras yo aún soy el *Don*. Cuando llegue tu momento, él estará más afilado que nunca para ser tu mano derecha.

Crucé los brazos, observando la sala a mi alrededor. El despacho de *Ticiano*. El espacio que le perteneció hasta hace una semana. Todo aún olía a él, su presencia seguía impregnada, como si *Tici* fuera a entrar por la puerta en cualquier momento, poner los ojos en blanco y decirme que dejara de ser un hijo de puta tan insoportable.

Pero no entraría.

Porque estaba muerto.

The Arm no podía permitirse el lujo de debilitarse. No con los ojos atentos de aliados y enemigos encima. La cima de la pirámide debía estar completa.

La *famiglia* no lloraba. La *famiglia* vengaba.

— *Tommy* es una excelente elección — murmuré al fin, asintiendo.

Pero en cuanto saliéramos de ese entierro, la única elección que realmente importaría para mí sería cómo comenzaría la caza. Y cuando encontrara a los malnacidos que hicieron esto, aprenderían, de la peor manera posible, lo que ocurre cuando se desafía a un *Lucchese*.

— Gracias por venir, *amico*.

Presioné levemente el comunicador intraauricular mientras caminaba hacia el mausoleo de la familia *Povvi*, con la postura rígida y la mente tan afilada como una hoja a punto de ser desenvainada.

— Dile a *Dario* que le debo un gran favor a los *GoodFellas*.

La respuesta vino con la risa burlona que ya esperaba.

— No soy un recadero, *Lucchese*. — La voz de *Destroyer* destilaba sarcasmo afilado. — Y la deuda es conmigo, no lo olvides.

— No lo olvidaré.

Troy Parker era el dueño del apodo que causaba escalofríos incluso entre los más poderosos de la *cosa nostra*. El mejor francotirador, un ejecutor letal y sociópata funcional. El *sniper* más jodido del oeste era el perro guardián de *Dario De Angelis*, el *Don* de los *GoodFellas* de San Diego. Eso hacía a *De Angelis* tan intocable como los cinco reyes de Nueva York.

Conocí a *Destroyer* hace una década, durante mi entrenamiento militar con un equipo de mercenarios. Desde entonces, mantuvimos una relación sólida. No era del tipo que aceptaba órdenes, pero sí respetaba las alianzas.

Y ahora, estaba aquí.

— Ya he hecho un barrido completo del perímetro, y mi equipo de apoyo está en posición. Nadie ajeno a *The Arm* entra en este cementerio. Informaré si

detecto cualquier movimiento sospechoso.

— *Grazie*.

Entierros, bautizos y bodas siempre fueron sagrados en la *cosa nostra*. No por sentimentalismo, sino por simbolismo. Por más pecadores que fuéramos, la fe católica estaba entrelazada en nuestros huesos. Y aunque yo no le diera tanta importancia, *papà* era un hombre que no faltaba a una sola misa.

Pero hoy, mi fe no estaba en la cruz.

Estaba en la seguridad de las personas bajo mi protección.

Si existía alguna amenaza, si algún desgraciado pensaba en convertir ese momento de luto en una masacre, no dudaría en transformar el cementerio en un campo de batalla.

Me mantuve al lado de *papà* y *Tommaso*, observando a los principales miembros de la *famiglia* reunirse en torno a los ataúdes. *Ticiano* y *Rosalia Povvi* serían enterrados sin alarde, sin público, sin cámaras. Solo los que realmente importaban.

Las hermanas *Povvi* aún no habían llegado. *Sabino* y *Bibiana* estaban trayendo a las niñas. Quería estar con ellas, pero mi lugar era junto al *Don*, asegurándome de que todo transcurriera según lo previsto.

Hasta que una voz ronca, cargada de humor dudoso, resonó por el comunicador.

— Alerta por una presencia peculiar, ya en mi mira — anunció *Destroyer*. — Es el puto rey mexicano. Cártel de *Los Santinos*. *Don Alejandro*. Pero, por favor, no me pidas que mate al mismísimo diablo. Hasta yo tengo límites, *Lucchese*.

Entrecerré los ojos.

— ¿Qué hace *Don Alejandro* aquí, *papà*? — murmuré bajo, solo para que él oyera.

El hombre estaba solo, sin escoltas. No representaba una amenaza inmediata. Pero ¿un jefe de cártel asistiendo al entierro del *Consigliere* de *The Arm*? Eso me jodía.

— No imaginé que vendría. — La voz de *papà* se mantuvo inquebrantable. — Fue por *Rosalia*.

— ¿Por *Rosalia*? — Apreté la mandíbula.

— Deja que ofrezca sus condolencias. No tenemos problemas con *Los Santinos*.

Era cierto. El cártel nunca nos había amenazado directamente. Nuestro acuerdo con ellos era de no interferencia, y *Don Alejandro* siempre fue un líder meticuloso, aunque impredecible.

Pero presentía que había más en esa historia.

— Está bien. — Di la orden para que *Destroyer* permitiera el ingreso del mexicano.

Sabía que mantendría su mira en el hombre, sin necesidad de más instrucciones.

— Respira un poco, *Ettore*. — *Papà* me tocó el hombro con suavidad. — Hoy no habrá derramamiento de sangre.

Mi padre fue a su encuentro.

Tragué saliva en cuanto los vi abrazarse y besarse en las mejillas dos veces, como dictaban nuestras tradiciones.

— Estás demasiado tenso — murmuró *Tommaso* a mi lado.

— No me gustan las sorpresas, joder — siseé, sin apartar la vista de los patriarcas.

— Entonces mira quién acaba de llegar.

Reprimí una sonrisa al ver a *Lúcifer* caminando al lado de *Rosalinda*, que cruzaba el cementerio con una gracia feroz que me hizo sentir un puto orgullo.

Estaba impecable con un vestido negro ajustado al cuerpo, mangas largas, hasta las rodillas, y botas de vinilo. El cabello platinado recogido en una coleta severa y las gafas oscuras ocultando cualquier rastro del dolor de los últimos días.

Blindada.

Fuerte.

Detrás de ella, *Sabino* y *Bibiana* traían a *Allegra* y *Arianna*, cabizbajas, ya conscientes de que sus padres no volverían.

Y entonces, mis ojos se desviaron hacia la figura que caminaba unos pasos detrás de las gemelas.

Mi visión se nubló.

— ¿Qué hace *Guido De Luca* allí? — mi voz salió fría, peligrosa.

Tommaso me miró, desconcertado.

— Es uno de nuestros mejores *soldati*, *Ettore*. Fue asignado como guardaespaldas de las gemelas.

Mi sangre hirvió. El sentimiento de posesión que casi dominó mi razón surgió tan rápido que apenas logré contenerlo con una expresión impasible.

— Me importa una mierda. No lo quiero bajo el mismo techo que *Rosalinda*.

— Pero...

— ¡Me importa una mierda, *Tommy*! — Mi paciencia estalló. — Ella es mía. Y no lo quiero cerca.

Hubo un instante de silencio entre nosotros. *Tommaso* me observó con atención, como si por fin estuviera entendiendo cuál era el verdadero problema.

— *Guido* es el protector de las gemelas — insistió con cautela.

Apreté los puños.

— Y si no se aleja de ellas en cinco minutos... será un cadáver. — Mi respiración era irregular, la rabia latía como un tambor de guerra dentro de mi pecho.

Rosalinda Povvi era mía.

Ver a otro hombre tan cerca de ella despertaba algo primitivo en mí, algo que aún no estaba preparado para nombrar... y eso era peligroso. Tanto para mí como para cualquiera que se atreviera a acercarse a ella.

*****

Mi autocontrol estaba colgando de un hilo.

Desde que *Destroyer* informó sobre la llegada del viejo mexicano, no había tenido un solo minuto de sosiego. La presencia de *Don Alejandro* ya era suficiente para ponerme en alerta, pero la maldita noticia de que *Guido De Luca* era el nuevo responsable de la seguridad de las mocosas fue la gota que colmó el vaso.

Jamás permitiría que el idiota que le robó el primer beso a mi prometida estuviera lo bastante cerca como para siquiera intentarlo de nuevo.

Tommaso ya lo había reasignado antes de que tuviera que arrancarle la puta cabeza con mis propias manos. Un *soldato* más veterano y experimentado asumió el puesto, y eso era una preocupación menos.

Pero aún quedaba saber qué demonios había movido el culo de *Don Alejandro* hasta Búfalo.

Tras el entierro, estaba a punto de acercarme a las hermanas *Povvi* cuando vi a *papà* hacerme una señal discreta para que me uniera a él y al diablo mexicano.

Tragué saliva antes de entrar en el mausoleo, preparándome para lo que estaba por venir.

— *Figlio*, he estado hablando con *Don Alejandro* sobre *Rosalinda* —dijo *papà* con voz neutra, como si se tratara de un negocio trivial.

Pero nada que involucrara a *Rosalinda* era trivial.

— ¿Por qué motivo? —Mi espalda se tensó de inmediato.

No confiaba ni un ápice en que *El Padrino* del *Cartel de Los Santinos* hubiese venido solo para asistir a un funeral.

El viejo malnacido sonrió, esa sonrisa que no llegaba a los ojos.

— *Rosalinda* tiene conexiones con Guadalajara —dijo, su voz cargada de un peso que aún no lograba descifrar—. Estoy aquí para llevármela conmigo. Ahora que su madre se ha ido... y de forma tan violenta, no creo que sea seguro para la *muchacha* quedarse en Búfalo. Bajo mi protección, aquel que quiere matarla no se atreverá a tocarla.

El infierno se abrió bajo mis pies.

Mannaggia. ¿Qué coño de conexiones son esas?

El viejo cabrón nunca me lo diría.

Entrecerré los ojos, mi mente ya procesando las mil maneras en que aquello podía acabar mal.

— ¿Quién desea la muerte de *Rosalinda*? —Mi voz salió firme, pero había una tensión que no logré disimular—. No es alguien importante dentro de la *cosa nostra*. Quiero decir, mientras no sea mi esposa, es solo la hija del difunto *Consigliere*.

No tenía ningún puto sentido.

Don Alejandro y *papà* intercambiaron una mirada cómplice.

— Tu hijo hace demasiadas preguntas, *Don Lucchese* —rió el viejo mexicano, sin un ápice de humor.

Una ola de furia me golpeó el pecho.

Sabía que me estaba extralimitando, considerando que estaba ante dos *Don* a quienes debía respeto, pero era como si un león rugiera dentro de mí cada vez que el nombre de *Rosalinda* era pronunciado.

Imposible de contener.

— Y estaré agradecido si obtengo respuestas, *Don Alejandro* —mi voz cargada de amenaza—. *Rosalinda* es mi prometida. Es mi responsabilidad protegerla.

El viejo mantuvo su postura imponente. Manos en los bolsillos, mirada penetrante, voz suave y amistosa... pero yo sabía que esa calma podía volverse tormenta en cuestión de segundos.

— No creo que seas capaz de ello, *mi joven* —la tranquilidad en su tono fue un insulto directo a mi paciencia—. La *famiglia* perdió a su *Consigliere* por culpa de una bastarda. Solo es cuestión de tiempo antes de que atrapen a la chica, sin dudar en eliminar a cualquier testigo. Y eso incluye a esas dos niñas.

Un odio sordo se extendió por mi pecho. No podía ni parpadear, porque si lo hacía, tal vez perdería el control... y acabaría destrozando esa maldita sonrisa complaciente que llevaba *Don Alejandro*.

— ¿Está diciendo que sabe quién mató a *Tici* y *Rosalia*? — Tragué saliva, mi mirada oscilando entre el viejo y *papà*, que permanecía en silencio. Pero yo conocía bien esa quietud. Estaba absorbiendo cada palabra, analizando el juego entre líneas, esperando el momento adecuado para mover las piezas correctas.

Don Alejandro suspiró, como si tuviera que explicar algo obvio.

— Su *Consigliere* fue un daño colateral. Debió de complicar las cosas al defender a su esposa. — Sus ojos se entrecerraron levemente. — *Rosalia* y la hija mayor eran los verdaderos objetivos. Fue un plan mal ejecutado.

El mundo pareció inclinarse.

La sangre en mis venas se enfrió.

Rosalinda era el objetivo.

No *Tici*. No *papà*.

Ella.

Mi estómago se revolvió, pero tragué el sabor amargo de ese descubrimiento.

— *Papà*... — murmuré, esperando que dijera algo, lo que fuera, para contradecir esa mierda.

Pero su respuesta fue fría. Cruel.

— No entraré en conflicto con *Los Santinos* por una bastarda, *Ettore*. No fueron *Los Santinos* quienes mataron a *Ticiano*. — El tono de *papà* no mostraba emoción alguna. — *Don Alejandro* está aquí como cortesía, para evitar que la *famiglia* sufra más pérdidas innecesarias.

Apreté la mandíbula, mi paciencia al límite.

— Si no fue el cartel, ¿por qué no podemos contraatacar y eliminar a quien lo hizo? — siseé, la furia a punto de desbordar.

La respuesta vino del mismísimo demonio mexicano:

— Porque el único que decidirá cuándo debe morir esa persona... soy yo. — Su tono no era solo una afirmación. Era una sentencia. Sonrió, venenoso. — Y eso solo sucederá cuando, y si, me conviene, *mi joven*.

Apreté los puños.

Ese hijo de puta sabía quién lo había hecho.

Y no solo lo sabía. Estaba controlando toda la situación.

— No permitiré que sea separada de sus hermanas. — Mi voz era baja, pero había algo amenazante en ella.

— Puedo llevarme a las tres. — *Don Alejandro* abrió los brazos con un gesto exagerado de falsa generosidad. — Estarán seguras en mi hacienda.

Antes de que pudiera estallar, *papà* intervino.

— Permití este compromiso porque *Rosalinda* lleva el apellido de *Ticiano*, *figlio*. — Su tono era serio. Neutro. Definitivo. — Pero ya que *Don Alejandro* quiere asumir la protección de la *ragazza*, no veo razón para continuar con ese compromiso.

Un peso invisible aplastó mi pecho.

Nunca fui un hombre sentimental, pero aquello no era solo una decisión fría. Era un descarte. Una negociación sucia, como si ella fuera un problema que había que eliminar de la ecuación.

Lo miré, traicionado.

No podía simplemente aceptar que *Rosalinda* fuera tratada como un objeto sin valor de mercado. Como algo que pudiera descartarse según la conveniencia de los grandes jugadores de este puto tablero.

— Soy el *padrino* de *Arianna* y *Allegra*. — Mi voz fue firme. — Adquirí un compromiso con *Ticiano* cuando las bauticé. Están frágiles por la muerte de sus padres y no quiero empeorar todo separándolas de su hermana mayor. *Rosalinda* nació y creció dentro de la *cosa nostra*. Fue criada con nuestras costumbres. Asumiré la responsabilidad de criar a las gemelas, y nadie mejor que su hermana para asumir el papel de madre a mi lado. Es lo más conveniente.

Me detuve un momento, dejando que mis palabras se asentaran en ese mausoleo donde el cuerpo de mi mejor amigo acababa de ser sepultado.

No fui la elección de *Rosalia* en el pasado, pero fui yo quien eligió a *Rosalinda*. Y nadie me la arrebataría. Ni siquiera el diablo en persona.

El silencio se prolongó entre nosotros.

Don Alejandro entrecerró los ojos, como si me analizara desde una nueva perspectiva. Luego, sonrió.

— Parece que su heredero siente algo por la prometida. — Se volvió hacia *papà*, como si solo comentara sobre el clima.

Pero yo sabía lo que quería decir ese tono. Era un insulto velado. Una insinuación de que yo era un hijo desobediente.

Apreté los dientes. Me daba igual lo que intentara insinuar. *Rosalinda* era mía y nadie la tocaría.

La tensión en el mausoleo era tan densa que parecía adherirse a mi piel. Cada palabra de *Don Alejandro* era un golpe calculado, una provocación disfrazada de preocupación. Pero ya había lidiado con hombres como él antes. La diferencia era que ese hijo de puta cargaba un reino de sangre y pólvora a sus espaldas.

No sabía exactamente cómo funcionaban las cosas entre él y sus herederos, pero mi relación con *papà* siempre se había basado en el respeto. *Nestore Lucchese* era mi *Don*, pero no me obligaría a aceptar algo contra mi voluntad. Confiaba en mis decisiones, en mi juicio, y por eso algún día sería su sucesor, no solo por la sangre, sino por la lealtad y el peso de las responsabilidades que yo cargaba y honraba.

— Eso no es de su incumbencia, *Don Alejandro*. — Me negué a mantener la compostura. Ya estaba hasta los cojones de la pantomima. — Agradezco su preocupación por *Rosalinda*, pero seamos honestos: ella sería solo una pieza moldeable en su juego de intereses. Igual que *Rosalia* lo fue. ¿Y mire cómo acabó?

Las palabras salieron afiladas, cargadas del tipo de veneno que atraviesa siglos de tradición. La sonrisa del viejo no vaciló, pero algo oscuro cruzó por su

mirada.

Continué:

— No hay garantía alguna de que su hija esté segura bajo su cuidado. Usted se lavó las manos cuando la entregó a la *famiglia* hace casi dos décadas. *Rosalinda* nació en *The Arm*. Búfalo siempre será su hogar. Y yo la protegeré.

Papà me miró de reojo, evaluando mi reacción. Pero *Don Alejandro* ignoró por completo mis palabras, como si fueran simples caprichos de un joven sin experiencia.

— *Don Lucchese*? — Se volvió hacia mi padre, buscando su palabra como definitiva.

¡Viejo astuto de mierda!

Si *papà* decidía entregar a *Rosalinda* al jefe del cartel, tendría que aceptarlo. Por más jodido que me sintiera. Por más sediento de arrancarle la cabeza al viejo que estuviera. Porque, al final, yo era leal a la *famiglia*. A mi *Don*.

Pero algo dentro de mí gritaba. La idea de no volver a verla. De no tener la oportunidad de conocerla mejor. De dejarla ir sin pelear por ella.

— Deje a la niña con nosotros y no iremos tras quien orquestó esta tragedia. — *Papà* rompió por fin el silencio. — Pero si ese hijo de puta vuelve a pisar mi territorio, y descubro quién es... habrá consecuencias. Si no fueron *Los Santinos*, entonces esta guerra no es suya.

Los ojos de *Don Alejandro* brillaron con algo que no supe identificar. Pero asintió. Aceptando. O tal vez solo recalculando su jugada.

El silencio fue roto por el sonido del viento soplando suavemente desde fuera. El viejo mexicano entrecerró los ojos.

— Solo recuerda que se te tendió una mano amiga, y tú te negaste a estrecharla, *Don Lucchese*. — Su voz llevaba la amenaza de alguien que sabía exactamente lo que hacía. — A partir de ahora, si hay conflictos de interés, tomaré la decisión que más convenga a mis negocios.

¡Tal como imaginaba! Ese hijo de puta no se habría tomado la molestia de venir hasta Búfalo solo por generosidad. Había mucho más en este juego de lo

que podía ver.

— Agradezco la diplomacia, *Don Alejandro*. — *Papà* fue cortés, pero frío. — Y espero, con respeto, que no tengamos que vernos de nuevo en mucho tiempo.

El viejo no dijo nada más. Solo estrechó la mano de *papà* y se marchó sin siquiera dedicarme una mirada. No me sentí ofendido. Me mantuve impasible a propósito, pero mi mente ya estaba catalogando cada detalle de la conversación.

No confiaba en *Don Alejandro*. ¡Y jamás lo haría!

— *Grazie, papà* — murmuré, inclinándome hacia él y besando el anillo de *Don* en señal de respeto.

Esperó un instante antes de responder:

— Permitiré que te cases con esa *ragazza*, pero quiero que descubras quién fue el autor intelectual de las muertes y, sobre todo: el motivo. — Su mirada se volvió más afilada. — ¿Por qué un hombre tan poderoso como *Don Alejandro* se tomaría la molestia de venir hasta aquí por una bastarda?

— Le pido que no la llame así, *papà*. — Apreté los dientes. Él arqueó una ceja. — *Rosalinda* era hija de *Tici*. Él asumió ese papel cuando decidió casarse con *Rosalia*. Respetemos su voluntad.

Papà soltó un suspiro impaciente.

— Creo que me estoy ablandando con la edad. — Negó con la cabeza. — No debería haber permitido que *Tici* se casara con la mexicana, y menos aún que tú te cases con su hija. Podríamos haber forjado una alianza con otra *famiglia*, casándote con una heredera de cuna.

Ya esperaba ese argumento.

— Usted mismo dijo que prefería que me casara con alguien de la *famiglia*, sin interferencias de alianzas externas. — Crucé los brazos. — Además, no olvide su promesa a *mamma*. *Fiorella* y yo solo nos casaremos con quien queramos.

Hubo un segundo de silencio tenso antes de que concluyera:

— Y yo quiero a *Rosalinda*.

Los ojos de *papà* brillaron con algo que no supe interpretar. Mantuvo mi mirada durante un largo momento antes de soltar una risa breve.

— El amor me convirtió en un necio — murmuró, casi para sí mismo. Pero había algo oscuro en su expresión cuando volvió a mirarme. — Desperdicié grandes alianzas por nada. Y ahora *Ticiano* ha sido asesinado por alguien lo bastante poderoso como para invadir nuestro territorio, mientras nosotros seguimos a oscuras sin conocer el nombre ni el apellido del peligro.

La tensión volvió a instalarse. Sabía lo que venía a continuación.

— Voy a descubrir quién fue. — Mis palabras fueron un juramento.

Mi padre me estudió por un momento.

— ¿Y empezar una guerra con *Los Santinos*?

Mi mandíbula se tensó.

— *Don Alejandro* nunca sabrá que fue la *famiglia*, *papà*.

Si es que él no era en realidad el responsable. Porque si solo estaba encubriendo a alguien, entonces la guerra ya había comenzado.

— No subestimes al diablo, *Ettore*.

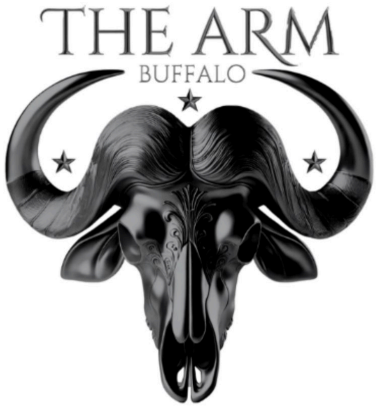
— Confíe en mí, *papà*. — Sonreí. Lento. Frío.

Él soltó un largo suspiro y caminó hacia la salida del mausoleo. Pero antes de cruzar la puerta, dejó escapar una última sentencia:

— Si no confiara, no estaríamos teniendo esta conversación. Espero que sepas lo que haces.

El viejo podía ser el diablo en México. Pero yo era el diablo en Búfalo.

Mi territorio. ¡Mis reglas!



CAPÍTULO 23

ROSALINDA

El viento helado de Buffalo me cortaba la piel mientras observaba los últimos puñados de tierra cubrir los ataúdes de mis padres.

El cementerio estaba en silencio, salvo por el murmullo de las plegarias y el sonido amortiguado de la pala hundiéndose en el suelo húmedo. El dolor era un peso constante en mi pecho, comprimiendo cada respiración, convirtiendo cada latido en un recuerdo amargo de lo que había perdido.

Ticiano y *Rosalia Povvi* ya no existían.

El mundo seguía girando, la gente seguía respirando, hablando, moviéndose. Pero para mí, todo se había detenido en ese instante. Nunca me había sentido tan desconectada de la realidad.

Mis dedos apretaron con fuerza la rosa blanca que sostenía. El tallo frío contra mi piel era lo único tangible que me recordaba que aún estaba ahí, de pie, mientras una parte de mí quedaba enterrada con ellos.

Arianna y *Allegra* estaban abrazadas a *Bibiana*, sus rostros escondidos contra el tejido oscuro del vestido de la mujer que siempre fue nuestra segunda madre. Eran demasiado pequeñas para comprender por completo la magnitud de la pérdida, pero el dolor estaba presente. Lo sentí en cada sollozo contenido, en cada mirada confusa y asustada que me lanzaban.

Días antes reuní el valor para decir la verdad. Pedí ayuda a una psicóloga, siguiendo el consejo de *Fiorella*, sin que *Ettore* lo supiera. Él no lo habría aprobado: el orgullo de la *cosa nostra* no aceptaba interferencias externas. Pero no podía hacerlo sola. No cuando lo único que quería era huir de esa conversación, encerrarme en mi habitación y fingir que aún teníamos tiempo.

Lloraron. *Allegra* preguntó cuándo volverían *mamma* y *papà* a buscarlas. *Arianna*, siempre más callada, solo se acurrucó contra mí, aferrándose a mi brazo como si yo también pudiera desaparecer.

Intenté ser fuerte. Intenté decir que todo estaría bien.

Pero, ¿cómo podía prometer algo en lo que ni siquiera creía?

Suspiré con pesadez y regresé al presente. La ceremonia fue discreta, limitada solo a quienes realmente importaban. La *famiglia* estaba presente, figuras vestidas de negro formando un murallón silencioso a nuestro alrededor. No hubo lágrimas públicas. *Ticiano Povvi* y su esposa eran respetados, pero este no fue un funeral común. Fue una despedida sin alarde, sin espacio para la debilidad.

Decidí llevarme a *Lúcifer* al entierro como forma de intimidación. Aunque estaba destruida por dentro y claramente vulnerable, necesitaba demostrar que no permitiría ser sobrepasada ni ser la huérfana que todos compadecían. Su presencia me ayudaba a mantener la barrera emocional en pie. Al menos por unas horas.

Las gafas oscuras también ayudaban, pero aun así, cuando mi mirada se cruzó con la de *Ettore*, al otro lado de los ataúdes, sentí que podía leer hasta el rincón más profundo de mi alma.

El escalofrío que recorrió mi espalda no tuvo nada que ver con el miedo que siempre le tuve a mi monstruo protector. Al contrario: cada vez que lo veía, el estigma aterrador que marcó mis emociones en la infancia se desvanecía.

Ni siquiera la tristeza lograba borrar su rostro de mi mente durante los días en que no lo veía.

Estaba junto al *Don*, impecable en su traje oscuro, con la postura de quien carga el peso de un imperio. Pero sus ojos eran dos grietas sombrías,

analizando todo, como si esperara que algo se derrumbara en cualquier momento.

La semana previa al funeral fue una borrasca. *Ettore* desaparecía durante horas con *Tommaso*, sin dar explicaciones.

Necesitaba hablar con él. Quería preguntar por *Marco* y *Alessandro*, que habían sido removidos de sus puestos y puestos bajo supervisión. Intentaba contactarlos, pero mis mensajes no tenían respuesta, y eso me inquietaba. Fueron ellos quienes me protegieron durante años. Eran mis hombres de confianza. ¿Ahora los trataban como sospechosos?

Giré los ojos al recordar que no había tenido la oportunidad de discutir esto con *Ettore*.

Pero la mayor sorpresa de la semana fue encontrarme cara a cara con *Guido De Luca* en la mansión. El chico que *Ettore* aterrorizó años atrás había crecido. Estaba más alto, más fuerte, y su mirada tenía una nueva intensidad, muy diferente al adolescente que conocí. Lo habían designado como nuevo guardaespaldas de las gemelas. Y aunque una parte de mí se sintió reconfortada al ver un rostro conocido entre tantos desconocidos, otra parte se preguntaba por qué *Ettore* había tomado esa decisión, especialmente después de que él se jactara de haberles dado una lección a mis besucones años atrás.

Necesitaba entender lo que estaba pasando.

Pero antes de eso, debía encontrar fuerzas para arrojar esa maldita rosa sobre los ataúdes. Después de eso, no habría vuelta atrás. Mis padres estarían realmente... muertos... y la vida, implacable como siempre, seguiría girando.

Apreté el dobladillo de mi vestido con fuerza, tratando de contener el torrente de emociones que amenazaba con devorarme por completo.

De pronto, sentí un toque delicado en mi hombro. Me giré y vi a *Fiorella*. Por fin estaba allí. Y por un instante, el dolor aplastante dio paso a un alivio tenue.

— *Principessa*... — Su voz era baja, cargada de ternura y tristeza.

Me envolvió en un abrazo profundo antes de que pudiera reaccionar.

Cerré los ojos e inhalé hondo, absorbiendo ese momento. *Fiorella* era mi única amiga; tenerla a mi lado después de días sin verla era lo único que parecía correcto en medio de esa pesadilla.

Cuando nos alejamos de los ataúdes, ella retiró mis gafas y se las entregó a *Bibiana*, luego puso las manos suaves sobre mi rostro, mirándome con ese análisis compasivo que solo ella sabe tener, como si pudiera ver todas las heridas invisibles que intenté esconder tras mis gafas oscuras.

— ¿Cómo estás? — preguntó, sabiendo bien la respuesta.

Tragué saliva.

— Intentando no derrumbarme.

— ¿Estás comiendo bien? — Su tono se tornó levemente reprendedor, los ojos llenos de preocupación.

Reí. Un sonido débil, casi sin vida, pero real.

— ¿En serio vas a preguntarme eso ahora?

— Estás pareciendo un fantasma, *sorella*. No me mires así. Si yo no pregunto, ¿quién lo va a hacer? ¿*Ettore*?

Un nudo apretó mi garganta.

— Apenas respira, sorella. —Tomé aire con dificultad—. Ni siquiera tiene tiempo de respirar, ¿quién diría preocuparse por mi alimentación?

— El *padrino* de las gemelas y tu futuro marido también debería encontrar tiempo para eso.

— Ha estado... presente. A su manera, supongo.

Fiorella soltó un suspiro, sin discutir. Sabía tan bien como yo que su hermano no era el tipo de hombre que demostraba preocupación con palabras dulces o gestos predecibles. Sus cuidados venían en forma de órdenes que yo odiaba obedecer y decisiones tomadas sin consultarme.

Fiorella deslizó los dedos por mi brazo y entrelazó nuestras manos, apartándonos de todos para que tuviéramos algo de privacidad para conversar.

— Quería haberte hablado antes, pero tuve que resolver algunas cosas — su voz bajó un tono—. Y *Ettore* pensó que sería más seguro que me mantuviera al margen hasta que bajara el polvo. Ya está todo listo para ir a la casa segura.

— ¿Cómo que? —Parpadeé, sorprendida.

— ¿*Ettore* no te lo contó? —Ella apretó mi mano, con un toque firme, intentando tranquilizarme—. Saldremos de aquí en breve. *Bibiana* y *Sabino* vendrán con nosotras.

Un nudo aún más fuerte me estranguló. Si *Fiorella* estaba allí, si todo ya estaba decidido, entonces… mi mente conectó los puntos antes de que ella los mencionara.

Detesto sentirme arrastrada por la corriente sin el control de nada.

— Lo estás haciendo muy bien —dije, reconociendo su esfuerzo con una expresión que nadie se atrevía a decir en voz alta—. Resiste un poco más y pronto sacaré a tú y a tus hermanas de aquí.

— ¿Y el convento? —Las palabras escaparon antes de que pudiera detenerlas.

— Volví para cumplir la promesa que le hice a tu *mamma*, *Rosalinda*. — *Fiorella* arqueó una ceja, sorprendida por mi pregunta—. Protegeré a *Arianna* y *Allegra*. Y tú también podrás contar conmigo.

— Soy capaz de proteger a mis hermanas. —Mi tono se tornó más cortante de lo que esperaba, la posesión desbordando junto con el dolor que intentaba tragar.

Fiorella no pareció afectada.

— Seamos honestas, *sorella*. Ninguna mujer de la *cosa nostra* puede defenderse sola. Podemos ser fuertes, testarudas y resilientes, pero al final del día, el responsable de nuestro destino es el hombre al que pertenecemos. Primero el padre, luego el marido.

— ¿Tenías que recordármelo justo ahora? —mi tono era amargo, pero me negaba a romper en llanto. Ahora que papá ya no estaba, sabía exactamente a quién pertenecería mi vida.

— Escucha, *Rosalinda*. —*Fiorella* miró discretamente alrededor antes de continuar en un susurro—. Ya hemos tenido esta conversación incontables veces. Sabes lo que debes hacer para que *Ettore* sea un compañero fiel y devoto. No te doblegues, *ragazza*. Eso es lo que todos esperan que hagas.

Me abrazó de forma inesperada y, antes de que yo pudiera responder, susurró al oído:

— Además, mi hermano está completamente obsesionado contigo.

La tensión cortó el aire.

— Lo que ella te haya dicho, ignóralo. —Su voz profunda sonó tan cerca que *Fiorella* retrocedió abruptamente, girándose para enfrentarlo.

— ¿Por qué, *fratello*? ¿Temes que convenza a tu prometida para hacerse monja? —Ella sonrió descarada, con provocación evidente.

Mi mirada deambuló entre ellos, intrigada por la tensión subyacente.

— Dejaré a los tortolitos a solas. —*Fiorella* se apartó antes de que *Ettore* respondiera.

Era la primera vez en días que se acercaba a mí.

— *Tú me acompañas.* —No era una pregunta. Era una orden. Como siempre.

Me giré para mirarlo, sorprendida y molesta.

— No es como si tuviera elección, ¿verdad? —Fruncí el ceño y permití que una sonrisa irónica curvara mis labios.

El borde de la boca de *Ettore* se elevó ligeramente, pero sus ojos no mostraban humor.

— Aprecio demasiado tu inteligencia, *Rosalinda*. —Su mano rozó mi espalda, cálida y posesiva, guiándome hacia la salida del cementerio—. Tienes dos opciones: ser obediente, sin poner trabas, y como recompensa tendrás todas las comodidades que merece una mujer de la *famiglia*. O puedes ser rebelde, convertirte en la piedra en mi zapato, y entonces tu falsa libertad será arrebatada sin piedad. Al final, es simple. Todo depende de lo que más te convenga.

Ahí estaba él, revelando su verdadero rostro.

El monstruo protector intimidándome otra vez.

Con cada paso, meditaba sus palabras y sabía que no había salida. Si fuese solo por mí, tal vez pensaría en huir, en desafiar el destino impuesto. Pero *Arianna* y *Allegra* me necesitaban. Y *Ettore* sabía que jamás pondría en riesgo la seguridad de mis hermanas.

No había escape.

Me detuve de golpe; él frunció el ceño.

Sonreí levemente, sosteniendo su mirada con desafío.

— No te preocupes por mí. —Mi tono era dulce, suave como veneno en una copa—. No seré la piedra en tu zapato.

Sus ojos se estrecharon, como si evaluara mis palabras, intentando decidir si aquello era provocación o promesa.

La tensión entre nosotros era intensa; una brasa a punto de arder.

Podía sentirlo.

Y sabía que él también.

— *Luci*... —Me giré para buscar al dobermann, el instinto protector superando mi razón—, pero antes de dar un paso, *Ettore* me sujetó del pulso.

— Irá en el otro coche, no te preocupes. —Su toque era firme, cálido y dominante.

La forma en que lo dijo... como si su palabra fuera ley, hizo hervir mi sangre. Tragué saliva y apreté los puños para contener el impulso visceral de saltar sobre él y abofetearle la cara hermosa.

No era el momento.

Aún no.

Seguí su movimiento mientras abría la puerta del coche —el mismo de aquella noche en que me llevó al centro de entrenamiento de *The Arm*. Dudé por un segundo, pero entré, sintiendo su presencia a mi lado cuando se acomodó al volante.

El silencio entre nosotros era un campo minado, arrastrando consigo las chispas de una combustión inminente.

Esperé a que encendiera el coche antes de abrir la boca.

No podía seguir callada después de todo lo que había pasado en los últimos días.

— ¿Te das cuenta de lo que estás haciendo? —Mi voz salió cargada de frustración—. ¿O simplemente te da igual?

— ¿Qué quieres decir? —Sus manos se aferraron al volante, los nudillos blanqueando levemente. Su tono denotaba confusión, como si realmente no viera lo obvio.

— Me estás tratando como si fuera una muñeca de porcelana, a punto de romperse con cualquier movimiento en falso… o peor, como una marioneta que solo tú puedes manipular.

Ettore soltó una risa baja y sin humor, el borde de su boca se curvó apenas, pero sus ojos mantenían ese brillo calculador que desafiaba mis nervios.

— Solo estoy siendo pragmático.

— No, no. —Dejé escapar una risa incrédula, cruzando los brazos—. Estás siendo un imbécil.

Su expresión permaneció impasible, pero sentí cómo la tensión entre nosotros se intensificaba, llenando el coche como una niebla densa.

— Ya no soy una niña de diez años.

Silencio.

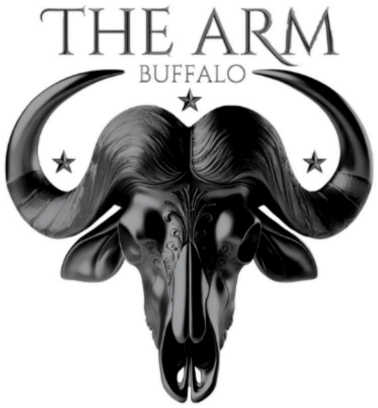
Siguió conduciendo como si mis palabras no importaran, como si nada de lo que dijera pudiera cambiar su curso. Pero noté cómo su mandíbula se tensaba y los dedos apretaban aún más el volante.

— Y antes de que abras esa boca arrogante para decir que estoy actuando como una cría mimada, piénsalo dos veces. Porque sabes perfectamente que no es el caso. —Me incliné ligeramente hacia él, provocándolo—. No estoy haciendo una rabieta.

Ettore no respondió. Solo desvió los ojos hacia mí por una fracción de segundo. Su mirada era oscura y enigmática, como un abismo en el que no sabía si quería caer… o escapar. Y luego volvió su atención a la carretera.

Cerré los ojos, demasiado cansada para seguir discutiendo. Pero entonces recordé el último consejo de *Fiorella*, minutos antes:

"No te doblegues, ragazza. Es lo que todos esperan que hagas."



CAPÍTULO 24

ROSALINDA

El rugido del motor se había convertido en un zumbido de fondo mientras mi mente flotaba entre el sueño y la vigilia. Mis ojos pesaban, el cuerpo estaba exhausto, pero algo dentro de mí se negaba a relajarse por completo.

Desperté con el movimiento del coche al detenerse. Parpadeé varias veces, intentando ubicarme. El entorno a mi alrededor estaba envuelto en sombras, en un contraste marcado con las luces artificiales reflejadas sobre el capó.

Un estacionamiento cubierto. Subterráneo, tal vez.

—¿Dónde estamos? —Mi voz salió ronca, aún cargada de sueño.

Ettore apagó el motor.

—En mi edificio. —El sonido grave de su voz reverberó dentro del vehículo, alcanzándome en un lugar que no debería.

No fue miedo lo que recorrió mi espalda.

—¿Por qué me trajiste aquí? —Giro en el asiento para mirarlo, los ojos aún pesados, pero despiertos ante su presencia.
Estaba ahí, tan cerca. Su rostro impenetrable, su postura siempre dominante, sosteniendo mi mirada sin vacilar. Tan guapo... e imperturbable.

—Pensé que íbamos a la dichosa casa segura. —Solté un bufido de aire completamente exasperada, cruzando los brazos.

—No quería que te pusieras nerviosa o te asustaras.

—¿De verdad? —Mi risa fue vacía—. No tienes ni idea de cómo tratarme, ¿verdad?

Un músculo se contrajo en su mandíbula, pero no respondió de inmediato.

—Y tú no pareces muy dispuesta a colaborar.

El clic del cinturón de seguridad resonó en el silencio cuando *Ettore* lo liberó y salió del coche. En pocos segundos ya estaba a mi lado, abriendo la puerta antes de que pudiera hacerlo yo.

La proximidad era asfixiante. Su presencia llenaba todo el espacio.

—¡No le des la vuelta a esto como si fuera culpa mía tu falta de tacto y sensibilidad! —Intenté mantener la compostura, pero él tenía el don de encender mi temperamento más salvaje.

Una sonrisa ladeada apareció en la comisura de su boca.

¡Maldita sonrisa!

—*Camomillati*. Vamos arriba. —Sus dedos se cerraron alrededor de mis hombros, manteniéndome presa contra el coche mientras sus ojos recorrían cada centímetro de mi rostro. El contacto era mínimo, pero la energía entre nosotros parecía electrificar el aire a nuestro alrededor—. Allá arriba hablaremos.

Mi corazón dio un salto traidor en el pecho. La forma en que lo dijo, como si cada palabra fuera una promesa velada, me hizo contener el aliento. Sabía que mi resistencia solo lo provocaba aún más.

—Está bien. —Respiré hondo, recobrando mi autocontrol.

Pero en el fondo... lo que más me inquietaba era saber que estaba a punto de pisar el territorio personal de *Ettore*. Completamente a su merced. Sin tener claro si eso era algo bueno o peligroso.

—Perfecto. —Tuvo la última palabra, como siempre. Pero antes de alejarse, entrelazó nuestros dedos.

Debería haber retirado la mano. Pero no lo hice.

La rosa tatuada en el centro de mi mano izquierda aún estaba cicatrizando.

Permanecimos en silencio durante la subida en el ascensor. Su toque era firme, como todo lo que hacía, y me odié por notar el calor de su piel contra la mía.

Extrañamente, no sentí miedo. Ningún pensamiento tipo "va a abusar de mí o me va a descuartizar con una motosierra" cruzó por mi mente. Y quizás eso fuera más peligroso que cualquier otra cosa.

La puerta del ascensor se abrió, y *Ettore* me guió suavemente hacia el vestíbulo de su apartamento.

—Bienvenida a casa, *bella sposa*.

Mi estómago dio un vuelco.

—A tu casa, querrás decir —murmuré sin rodeos, mientras entraba y dejaba que mi mirada se paseara por el lugar.

El apartamento era amplio, minimalista, con un lujo discreto que gritaba exclusividad. Tonos grises cubrían las paredes, contrastando con los muebles negros y el enorme candelabro de cristal colgado en el centro del salón.

El refugio sombrío para un hombre como Ettore Lucchese.

Su presencia impregnaba cada detalle.

Peligroso.

Sofisticado.

Intimidante.

Debería sentirme inquieta. Pero en lugar de eso, un escalofrío recorrió mi piel.

Un movimiento en la esquina de la sala llamó mi atención, haciéndome retroceder un paso de forma involuntaria.

¡Una sombra negra!

Contuve la respiración por un segundo, hasta que mis ojos se ajustaron y entendí lo que era.

—¿Tienes un gato?

La criatura se movía lentamente, con una mirada inquisitiva, como si tratara de descifrar quién era yo y por qué estaba allí. Un gato negro, de pelaje denso y ojos amarillos penetrantes. Sombrío y elegante. Igual que su dueño.

—Hola, chico... —murmuré, quitándome los botines y dejándolos por el camino mientras me acercaba con cautela.

El felino alzó la barbilla con superioridad, analizándome como un rey que observa a una intrusa en su territorio.

—¿Un gato que cree ser un puma? —bromeé, agachándome para acariciarlo, pero retrocedí de inmediato cuando una pata rápida y agresiva vino directo hacia mí.

Casi me araña la piel con sus garras afiladas.

—Cuidado, *bella*. Puede arañarte —la voz de *Ettore* sonó perezosa, pero cargada con ese tono enigmático de siempre—. Tienes el olor de *Lúcifer*.

—¿Una hembra con personalidad difícil? —me incorporé y lo encaré. Él mantenía las manos en los bolsillos del pantalón, el cuerpo relajado, pero los ojos siempre atentos—. ¿Por qué no me sorprende?

—Se llama *Lilith*. —Una sonrisa casi imperceptible curvó sus labios.

Volví a mirar a la gata, que ahora me lanzaba una mirada felina, llena de desdén y desafío.

—Nunca imaginé que tuvieras una mascota. Una vez me dijiste que los animalitos indefensos se convierten en puntos débiles... pero adoptaste a una gata.

No sé por qué quise lanzarle eso en la cara. Tal vez por el simple placer de desafiar sus propias palabras.

—No me refería a *Lilith* cuando te dije eso. —Sus ojos se entrecerraron levemente.

La frase resonó en mi mente y, un segundo después, comprendí.

—Oh... esa es la... *Mio Dio*...

Podría haberme sentido ofendida por la insinuación de que yo era ese "animalito indefenso". Pero tan pronto como entendí la provocación, comprendí quién era *Lilith*.

Me cubrí la boca con las manos, los ojos bien abiertos, fijos en la gata que, indiferente a mí, se acercó a *Ettore*. Con la elegancia perezosa de los felinos, se enroscó en sus piernas, exigiendo atención.

Como si fuera su dueña.

—¿Sorprendida de que no pudiera matar a una cría, *bella sposa*? —Se agachó, deslizándose los largos dedos sobre el pelaje negro de la gata.

—Entonces, tú... —La boca se me secó.

—Sí. —Alzó la mirada, atrapándome en esos dos abismos oscuros—. *Lilith* es aquel gatito que te quité.

El corazón me latía con fuerza.

—Increíble... —Mis manos cayeron lentamente a los costados.

—Ya es toda una señora. Pero no te engañes. —Sus dedos recorrieron su lomo, y la gata ronroneó en respuesta—. Puede volverse arisca cuando se trata de proteger su territorio de intrusos.

La insinuación fue clara.

—¿Soy una intrusa? —Mis ojos encontraron los suyos.

Se incorporó con lentitud, sin apuro.

—Tendrás que demostrarle que no. —*Ettore* pasó junto a mí, el calor de su cuerpo rozando el mío, su perfume embriagador invadiendo mis sentidos.

Sabía que lo hacía a propósito.

Sabía que quería que lo sintiera.

—Ven, siéntate en el sofá. —Su voz era una orden disfrazada—. Debes estar cansada de estar de pie tantas horas.

—*Grazie*. —Acepté la invitación. Pero antes de que pudiera sentarme, me sujetó por la muñeca.

Contuve la respiración. Su toque ardía. Levanté la mirada lentamente, encontrando los ojos de *Ettore* a escasos centímetros de los míos.

—¿Por qué estoy aquí, *Ettore*?

No respondió de inmediato. Su pulgar acarició mi piel suavemente, como si probara mi reacción. Como si dijera, sin palabras, que ya sabía la respuesta. Y tal vez... la sabía.

El calor de su mirada se demoró en mi rostro antes de que su boca se curvara levemente.

—*Figurati*, *bella sposa*. Pronto lo sabrás. Pero antes... tengo algo para ti.

Ettore soltó mi muñeca, y al instante siguiente, sacó una pequeña caja de terciopelo del bolsillo.

Mi cuerpo se tensó de inmediato. Fue una reacción involuntaria, pero él lo notó.

—Ya te di tu anillo de compromiso —explicó serio, abriendo la caja.
Dentro, descansaba una delicada cadena de oro, fina y elegante, con un hermoso colgante en forma de corazón. En el centro, una piedra de rubí resaltaba, rodeada de pequeños brillantes incrustados alrededor.

—Este es mi regalo de cumpleaños para ti.

Parpadeé, intentando procesar sus palabras. Mi respiración se atoró en la garganta.

Mi cumpleaños...

El anuncio de nuestro compromiso esa noche había hecho que lo olvidara por completo. Y después… nada más importaba.

Tragué saliva, pero antes de que pudiera decir algo, él continuó:

—Decir "feliz cumpleaños" no encaja con el momento, pero guardé este regalo durante cuatro años y pensé que ya era hora de entregárselo a quien le pertenece.

Levanté los ojos hacia él.

—¿Cuatro años? —Mi corazón dio un vuelco.

Ettore inclinó la cabeza, la mandíbula tensa, como si odiara admitir lo que diría a continuación.

—Iba a dártelo cuando cumpliste dieciséis. —Soltó un suspiro corto, casi irónico—. Pero el episodio con Guido De Luca me cabreó tanto que cambié de idea.

Guardé silencio. ¿Qué podría decir?

—¿Puedo ponértelo ahora, *bella sposa*? —La cadena brillaba bajo la luz del candelabro, pero no tanto como la intensidad de sus ojos sobre mí.

Asentí, extrañamente conmovida.

Ettore se movió lentamente y sentí el calor de su cuerpo cuando sus manos tocaron mi piel, apartando delicadamente mi coleta hacia un lado. El metal frío rozó mi clavícula cuando aseguró la cadena alrededor de mi cuello.

Pero lo que hizo que mi respiración se agitara no fue la joya. Fue la cercanía.
Los dedos de Ettore recorriendo mi nuca por un instante más de lo necesario.
Su toque era cálido.

Firme.

Posesivo.

Permanecí inmóvil, sintiendo el aroma amaderado de su perfume mezclado con un leve olor a whisky y tabaco. Estaba lo suficientemente cerca como para que, si giraba un poco más el rostro, su boca rozara mi piel.

La cadena descansaba sobre mi pecho.

—Ahora sí. —Su voz era baja, ronca, casi un susurro.

Cerré los ojos por un instante.

No debería estar sintiendo nada.

Pero lo sentía.

—Finalmente te pertenece. —Ettore se alejó despacio, observándome.

El problema era...

No sabía si hablaba de la cadena.

Mi respiración aún estaba descompasada cuando tomé la iniciativa de romper el silencio.

—¿Por qué Guido De Luca fue asignado para proteger a mis hermanas? —Mi voz salió más firme de lo que esperaba, y me aferré a ese pequeño atisbo de autocontrol como si fuera mi única salvación.

—¿Querías que lo asignaran para protegerte a ti? —Los ojos de Ettore brillaron con algo peligroso.

—¿Qué? ¡No! —Fruncí el ceño, confundida por la pregunta—. Yo... ni siquiera sabía que había sido iniciado en la *cosa nostra*.

Ettore soltó una risa baja, sin rastro de humor.

—Parece que la paliza que le di lo motivó a tener más ambición en la vida. Guido se convirtió en uno de los mejores *soldati* de la *famiglia*. Trabajó duro para demostrar que era digno. Todo para asegurarse de que nadie más lo hiciera orinarse los pantalones.

La manera tan casual en que dijo eso me despertó un pequeño destello... Una chispa de diversión en medio del caos mental que arrastraba. Intenté contenerla. Lo juro. Pero fue inútil.

Una risa se me escapó antes de que pudiera evitarlo.

Y entonces... empecé a reír a carcajadas.

El sonido resonó en el silencio del apartamento, llenando el espacio entre nosotros. El peso en mi pecho, la tensión insoportable de los últimos días, todo se desvaneció en ese momento. Reí como si fuera lo más absurdo del mundo.
Tal vez lo era.

Tal vez me estaba rompiendo del todo.

O tal vez simplemente no podía lidiar con el hecho de que, Ettore Lucchese, el hombre más intimidante que jamás haya conocido, claramente se estaba carcomiendo por algo que pasó hace años... ¡por puro celos!

—¿Qué te parece tan gracioso, *amore*? —Su expresión se endureció.

Mi risa vaciló por un instante cuando dio un paso hacia adelante. Pero ya había ido demasiado lejos como para retroceder de repente.

—Tú. —Resoplé, limpiando una lágrima rebelde en la esquina del ojo—. Aún piensas en ese día, ¿verdad? Y no soportas que haya elegido a Guido para mi primer beso.

Ettore inclinó ligeramente la cabeza, los ojos oscuros brillando de un modo casi peligroso.

La intensidad en su mirada me golpeó con fuerza.

Mi risa murió en la garganta.

El silencio entre nosotros se prolongó por largos segundos. Lo suficiente para que el aire en el apartamento pareciera enrarecido. Ettore me estudiaba, inmóvil. Pero podía sentir la energía densa, palpitante y hambrienta que emanaba de él.

—*Bella rosa*... —Su tono estaba cargado de algo oscuro—. ¿De verdad quieres provocarme con esa historia?

Debería haber parado.

Pero no lo hice.

—Solo estoy diciendo la verdad. —Mi voz salió más baja, pero firme.

Los ojos de Ettore brillaron con algo casi primitivo. Entonces se movió.
El espacio entre nosotros desapareció en un solo paso y, antes de que pudiera reaccionar, ya tenía mi espalda atrapada contra la pared.
El impacto fue más psicológico que físico.

Mi corazón se disparó. No me tocó, pero estaba ahí. Tan absurdamente cerca que su aliento cálido rozó mi piel.

—¿De verdad crees que no lo superé? —Su voz era un murmullo cargado de desdén.

Mis labios se entreabrieron, pero no salió ninguna respuesta. Porque ambos sabíamos que yo estaba tan consumida por la electricidad del momento como él.

—¿Que perdí el sueño pensando en eso? —La forma en que pronunció las palabras... como si las escupiera desde dentro, hizo que mi estómago se retorciera.

Todo mi cuerpo estaba en alerta, mis sentidos hipersensibles a su presencia abrumadora.

—¿Que imaginé cómo fue? —Rió levemente, pero el sonido fue frío, peligroso.
Posesivo.

Mi respiración se quedó atrapada. Ettore levantó una mano lentamente, los dedos rozando a propósito mi cadera antes de subir con lentitud por el costado de mi cuerpo.

Mi piel ardió bajo su toque.

—¿Él te tocó así?

Tragué en seco.

—Ettore…

—*Non parlare!* —Su mirada descendió a mi boca y mi vientre se contrajo en respuesta.

El deseo en su rostro era avasallador.

Brutal.

—Lo odié... —La aspereza de su barba rozó mi piel, enviando una descarga directa a mi vientre—. Odié ver a alguien tocándote primero.

Pasó la lengua por sus propios labios y mi corazón casi salió por la boca cuando su mano se deslizó hacia mi nuca, sus dedos enredándose en mi cabello atado en una coleta floja.

Y entonces me tomó... y todo mi cuerpo entró en combustión.

El beso no fue gentil.

Fue feroz, bruto y posesivo.

Su barba raspó contra mi piel cuando profundizó el contacto, un contraste perfecto entre la aspereza y el calor devastador de su boca.
Los labios de Ettore aplastaron los míos y un sonido ronco escapó de mi garganta al sentirme devorada por completo.

El sabor de él.

El calor de él.

La textura de él.

Todo.

Era demasiado.

Demasiado intenso. Demasiado caliente. Demasiado Ettore.

Mis manos volaron a sus hombros, pero en lugar de empujarlo... lo atraje. ¡Porque quería más!

Ettore gruñó contra mi boca, y la vibración recorrió mi piel, deslizándose por mi mandíbula mientras su barba me rozaba.

Como si se hubiera contenido durante años y ahora no quisiera parar. Me presionó más contra la pared, el peso de su cuerpo cubriendo el mío, sin dejar ningún margen para escapar.

Su beso era exigente, devastador, peligroso. Y el roce de la barba contra mi piel sensible provocó un escalofrío violento que recorrió todo mi cuerpo, dejándome sin aliento, sin elección... sin nada más que él.

Mis uñas se clavaron en su nuca cuando mordió mi labio inferior, tirando ligeramente antes de profundizar aún más el beso.

Una llamarada feroz subió por mi cuerpo.

Mis pulmones suplicaban oxígeno.

Mi mente gritaba que estábamos yendo demasiado lejos.

Pero no me detuve.

Ni él.

Solo cuando mis rodillas flaquearon, Ettore finalmente rompió el contacto, su respiración entrecortada mezclándose con la mía. Entonces, sujetó mi rostro, sus ojos de lince clavados en los míos con un brillo febril, caótico y descontrolado.

—*Nunca más* —gruñó, su voz un trueno de advertencia— me hables de otro hombre.

Yo seguía demasiado aturdida para responder.

Ettore me miró por un segundo más antes de alejarse finalmente. Caminó hasta el bar, tomó una botella de whisky y se sirvió un poco en el vaso, como si necesitara la bebida para enfriar su propia sangre. Pero no estaba tranquilo. Sus hombros seguían rígidos, la mandíbula tensa.

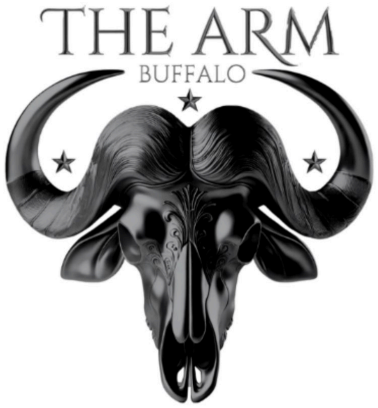
Yo sabía que aún quería más.

Y lo peor...

Yo también.

Ya no había vuelta atrás. Habíamos cruzado la línea.
Ettore Lucchese no permitiría que yo huyera.

Pero ¿quién dijo que quería huir?



CAPÍTULO 25

ETTORE

El humo del puro recién encendido se mezclaba con el aroma amaderado del whisky mientras observaba a Rosalinda.

Ella seguía donde la dejé, apoyada contra la pared, el pecho subiendo y bajando con una respiración inestable.

Los labios rojos, hinchados.

Mi sabor aún estaba en ella... y yo quería más.

Debería ser suficiente.

Pero nunca lo sería.

Llevé el puro a los labios y aspiré despacio, sintiendo el ardor en la garganta mientras exhalaba el humo con una paciencia calculada.
El gesto era automático, un artilugio para mantener las manos ocupadas, ya que el deseo de tocarla me estaba consumiendo.

Ella alzó la mirada lentamente, sin apartarla de la mía. Lo que antes fue miedo, ahora era desafío.

Y yo sabía que eso solo ocurría porque ya me conocía demasiado bien.

Sabía que no la obligaría.

Pero también sabía que nunca la dejaría escapar.

—Sírveme un poco. —Su voz cortó el silencio.

Levanté una ceja, aspirando de nuevo antes de soltar el humo lentamente.

—¿Qué?

—Quiero un trago. —Señaló mi vaso de whisky.

Solté una risa seca, girando el vaso con la otra mano, haciendo que el líquido ámbar girara antes de bebérmelo de un solo trago.

—No.

—¿No? —Alzó una ceja.

—No —repetí, llevando de nuevo el puro a mis labios.

Ella cruzó los brazos, lo que hizo que su vestido se ajustara aún más a su cuerpo.

Lo noté.

Y ella también lo sabía.

Mis dedos apretaron el puro por un instante, como si eso fuera suficiente para contener la tensión que me dominaba.

—Será mejor que siga sobria, entonces. —Suspiró teatralmente, con un toque de malicia en la voz—. Necesito estar alerta para proteger mi virginidad, ¿cierto?

Mi sangre se congeló antes de hervir.

Mi mandíbula se tensó.

Mi visión se oscureció.

El whisky quemó en mi garganta al tragar con fuerza, sin apartar los ojos de ella.

La maldita sabía exactamente qué decir para sacarme de quicio.

Pero eso... fue demasiado lejos.

Con lentitud, dejé el vaso sobre la mesa de centro.

Ella percibió el cambio en mi postura.

La vi tragar saliva.

—Repite lo que dijiste. —Mi voz salió baja. Callada. Amenazadora.

Ella dudó. Pero solo por un instante.

—Dije... —Se despegó de la pared, la cabeza erguida en desafío—. Que será mejor que esté sobria para proteger mi virginidad.

El puro entre mis dedos ardía lentamente. Lo apreté con más fuerza, tratando de contener el torbellino dentro de mí, antes de llevarlo una vez más a la boca.

La miré. Y luego me acerqué, sin prisa.

Sus ojos se fijaron en cada uno de mis movimientos mientras cruzaba el espacio entre nosotros.

Cada paso calculado.

Cada músculo de mi cuerpo cargado con puro deseo y furia contenida.

El aroma del humo se mezcló con su olor natural cuando estuve lo suficientemente cerca.

Y entonces, sin apartar los ojos de ella, extendí la mano y apagué el puro en el cenicero más cercano.

Me detuve a centímetros de ella.

Lo suficientemente cerca como para que sintiera el peligro de mi toque antes de que ocurriera.

Lo suficientemente cerca como para que mi olor la invadiera, para que mi presencia la aplastara.

Ella contuvo la respiración.

—¿De verdad crees... —Incliné el rostro hasta que mi nariz rozó levemente la piel de su mandíbula— que necesitas protegerte de mí?

No respondió.

—¿Crees que te tomaría por la fuerza, *amore*? —Mis manos se cerraron a ambos lados del cuerpo, en puños apretados, porque el deseo de tocarla me consumía.

Ella permanecía en silencio.

Pero sus ojos...

Sus ojos me destruyeron.

Porque vi la verdad en ellos.

No tenía miedo de mí.

Tenía miedo de lo que deseaba de mí.

Y, *Dio mio*, ¡yo quería darle todo!

Mi mano finalmente se alzó, los dedos deslizándose deliberadamente lentos por su brazo, subiendo por el hombro hasta alcanzar su garganta.

Sentí el pulso acelerado bajo mi palma.

Mi pulgar rozó su piel.

—Dime, *bella rosa*... —Mi voz era un gruñido bajo. Oscuro. Amenazante. Obsesivo.— ¿Quién necesita realmente protección aquí?

La tensión ardía entre nosotros.

Un segundo.

Dos.

Entonces hizo lo impensable: se inclinó hacia mí.

Su rostro rozó el mío, y el roce de mi barba contra su piel delicada la hizo jadear suavemente.

Sentí su respiración entrecortarse.

—Que te jodan, Ettore... —susurró antes de agarrarme por el cuello de la camisa y aplastar su boca contra la mía.

¡Inferno!

El beso fue un golpe directo a mi cordura. Rosalinda me sujetó con tanta fuerza, como si quisiera arrancar de mí todo lo que había estado conteniendo desde que la vi en la *Peccato*.

Y la dejé.

Dio santo, ¡la dejé!

Rosalinda me deseaba... y ya no había marcha atrás.

Mi mano se deslizó hasta su cintura, apretándola con fuerza, atrayéndola más. Ella jadeó contra mi boca y el sonido se me metió directo en la sangre, volviéndome salvaje.

Mi otra mano se hundió en su cabello, tirando suavemente hacia atrás, dominando el beso, obligándola a abrirse más para mí.

Ella gimió.

Y eso fue todo.

El detonante.

La paciencia, el autocontrol, las barreras que había mantenido... se hicieron pedazos de una vez.

La empujé contra la pared con el peso de mi cuerpo, y ella no resistió. Al contrario, se arqueó hacia mí. Me aferró del cuello. Me clavó las uñas en los hombros y me permitió sentir el calor de su cuerpo quemando contra el mío.

Mi mano bajó hasta su muslo, subiendo lentamente, los dedos rozando la piel suave y cálida bajo el vestido.

Ella suspiró contra mi boca cuando mis manos atraparon la tela, subiéndola lentamente.

Mía.

La necesitaba.

¡Tenía que tenerla!

Ahí.
En ese momento.

—*Porca miseria, amore*... —Mi boca se deslizó hasta su cuello, y ella giró la cabeza, dándome más acceso.

La mordí, no lo suficiente para dejar marca, pero sí lo bastante como para hacerle perder la respiración.

Se aferró más a mí.

Su aroma me estaba volviendo loco.

Sus suspiros y gemidos me llevaban directo al abismo.

Mis manos subieron más, jalando la tela delicada del vestido, casi desgarrándola...

Pero entonces... empecé a darme cuenta. La forma en que su cuerpo reaccionaba al mío. Cómo temblaba bajo mis manos. La tensión inocente entre la experiencia y el descubrimiento. Sus palabras anteriores comenzaron a resonar en mi mente.

Una ola de satisfacción oscura se mezcló con mi furia.

Rosalinda... aún era virgen.

No fui su primer beso. Pero sería el primero en todo lo demás.

Y el único.

Me aparté apenas lo suficiente para mirarla, y ella parpadeó, los ojos brillando de deseo y confusión.

Entonces sujeté su rostro entre mis manos.

Necesitaba preguntar...

Necesitaba oírlo.

—¿Nunca…? —Mis dedos apretaron suavemente su barbilla.— ¿De verdad nunca has estado con nadie?

La había asustado años atrás, amenazando con matar a cualquiera que pusiera los ojos sobre ella.

Pero nunca pensé que se lo tomaría al pie de la letra…

Ni siquiera la vigilé.

Rosalinda había pasado dos años en Italia con la única supervisión de los guardaespaldas. Si hubiera querido...

Su expresión vaciló.

Pero ya conocía la respuesta.

¡Porca miseria!

Todo mi cuerpo se tensó, la respiración pesada.

Mi posesión sobre ella se volvía absoluta.

—¡Dilo! —Mi voz fue un gruñido.

Ella me miró a los ojos, respirando con dificultad.

Y entonces, bajito, casi en un susurro...

—Nunca.

¡Mierda!

Mi control se quebró.

Mi pulgar rozó sus labios entreabiertos, sintiendo el aliento caliente y errático contra mi piel.

Gruñí bajo, mi boca regresando a la suya, pero esta vez el beso fue diferente.

Antes quería que cediera.

Pero ahora… necesitaba *poseerla*.

Mi lengua invadió su boca y ella gimió sin poder contenerse, sus manos aferrándose a mi camisa como si necesitara algo a lo que aferrarse para no caer.

Quería reclamar cada centímetro de su cuerpo.

Y habría llegado aún más lejos...

Pero entonces... el maldito celular empezó a sonar en el bolsillo trasero de mi pantalón.

Alto.

Estridente.

El sonido me golpeó como un puñetazo.

¡Hijo de puta!

Mi mandíbula se tensó.

Rosalinda también se congeló.

Ambos respirando con dificultad, ofegantes, consumidos por el fuego que esa interrupción dejó ardiendo entre nosotros.

Mi celular seguía sonando, insistente.

Quise ignorarlo.

Quise estrellar esa mierda contra la pared.

Pero sabía que nadie se atrevería a llamarme en ese momento sin una razón urgente.

Rosalinda abrió los ojos, aún nublados.

Los labios rojos e hinchados por mis besos.

El maldito celular no dejaba de sonar.

Gruñí, luchando contra cada impulso dentro de mí.

Y entonces...

Ella rió.

Bajo.

Jadeante.

Provocadora.

— Parece que el universo decidió que debería mantener mi virginidad por más tiempo... — Su voz salió arrastrada, maliciosa.

Mi sangre hirvió.

Nunca había estado con nadie.

Nunca había sido tocada.

Nunca había pertenecido a otro hombre.

¡Mía!

Mi instinto más primitivo rugió dentro de mí. La necesidad de marcarla, reclamarla, de grabar mi nombre en su alma y en su piel se volvió insoportable.

Pero al mismo tiempo…

Era tan mía que me hacía querer protegerla incluso de mí mismo.

Me mordí el labio, tratando de decidir si respondía esa maldita llamada o si acababa con la distancia entre nosotros de una vez por todas. Solté una maldición baja antes de alejarme, sintiendo el cuerpo de Rosalinda estremecerse cuando mis dedos se soltaron de su piel.

Intentó disimularlo. En vano.

Saqué el celular del bolsillo, aún con su sabor en mi boca, y contesté, con un tono feroz e irritado:

— Que valga la maldita interrupción, Tommaso.

Rosalinda aún estaba apoyada contra la pared, intentando controlar la respiración.

Pero yo lo veía.

Lo sabía.

Ella ya sentía la ausencia de mi contacto.

Y esa era mi maldita victoria.

Pero entonces, la voz de Tommaso lo echó todo abajo.

— *Subjefe*… lo encontramos. Te estamos esperando en el almacén. — Discreto. Objetivo. Sin revelaciones comprometedoras. Como es costumbre entre los hombres de la *cosa nostra* en conversaciones telefónicas.

Mi mente se aclaró al instante.

Mi mirada encontró la de Rosalinda.

Ella aún no tenía idea de lo que estaba a punto de suceder.

El nombre de Tommaso todavía brillaba en la pantalla cuando finalicé la llamada y guardé el celular de nuevo en el bolsillo. Mi sangre aún hervía. Rosalinda todavía me miraba con esa expresión de desafío que hacía que mi paciencia se desgastara un poco más con cada segundo.

Mannaggia!

Estaba entre la necesidad brutal de acabar con el desgraciado que mató a sus padres y la maldita tentación de volver a ella, presionarla otra vez contra la pared y arrancar de su boca cada sonido que aún no sabía que podía hacer.

Pero entonces respiró hondo, recomponiéndose, y su voz me alcanzó.

— Creo que será mejor que me lleves a casa. Ya está oscureciendo. Quiero ver a mis hermanas. No traje mi celular y...

— Puedes usar el mío si quieres hablar con ellas. — La inocencia en su petición me irritó.

Rosalinda cruzó los brazos, sus ojos se entrecerraron.

— Solo llévame a casa, ¿sí? Fue un día largo y estoy exhausta, física y mentalmente.

Ah, sí. Sabía que estaba exhausta. Yo también. Pero el maldito día estaba lejos de terminar para mí.

— La verdad es que te traje aquí por un motivo, *bella rosa*. Y es tu seguridad.

— Sé más claro, Ettore. — Frunció el ceño.

Pasé la lengua por los dientes mientras absorbía su irritación.

— Envié a tus hermanas, junto con Fiorella, Sabino, Bibiana y Lúcifer a un lugar seguro en Niagara Falls. Mientras tanto, te quedarás aquí conmigo.

— ¿Cómo dices? — Sus ojos se agrandaron, la respiración vaciló.

— Exactamente lo que oíste, Rosalinda. Serás mi huésped hasta que resuelva la muerte de tus padres.

El impacto de mis palabras se hundió en ella. Vi cuando su pecho subía y bajaba en una respiración inestable. Cuando su mente intentaba procesar la orden implícita. Pero continué, firme:

— Ya estoy trabajando en ello, es solo cuestión de tiempo.
— No lo entiendo... ¿Por qué mantenerme separada de mis hermanas? — La rabia brilló en sus ojos. — Envíame al lugar donde están y todo estará bien.

Solté una risa corta y sin humor.

— No es seguro para las mocosas, ni para nadie de la *famiglia*, estar cerca de ti mientras los responsables no hayan sido eliminados.

La confusión en su rostro se mezcló con algo más profundo.

— ¿De mí? Pero...

Respiré hondo, reuniendo la poca paciencia que me quedaba.
— Eras tú y tu madre a quienes querían. Tici fue un daño colateral, Rosalinda.

Tu vida corre peligro, y la única forma de mantenerte a salvo mientras voy tras los culpables es teniéndote aquí.

Parpadeó, los labios se abrieron y cerraron como si estuviera intentando encontrar las palabras correctas.

— No puedo quedarme aquí, yo... — Tragó saliva, las manos crispadas a los lados del cuerpo. — ¿Por qué alguien querría matarme? No tiene el menor sentido y...

— Sé que tienes miedo y estás confundida, *principessa*. Pero en cuanto tenga las respuestas, tú serás la primera en saberlo. Mientras tanto, te quedarás en mi apartamento.

— No traje nada conmigo y...

— Me encargaré de eso. Solo quédate aquí y espera.

Sus ojos se entrecerraron, los puños apretados a los lados del cuerpo.

— ¡Como si fuera tan simple! — Su voz se alzó. — ¡Acabo de perder a mis padres y tengo que estar con mis hermanas! ¡Ellas me necesitan! ¡Yo las necesito! ¿Será que toda mi vida será así, obedeciendo órdenes sin tener ninguna oportunidad de decir lo que quiero, lo que necesito o lo que pienso?

— *Camomillati*, querida. ¿Puedes darme un voto de confianza?

— ¿Confianza?

Ignoré la evidente furia en su voz.

— Voy a salir por esa puerta y no volveré hasta arrancarle el corazón al malnacido que mató a tus padres.

Sus ojos brillaron.

— *Dio mio*...

— Yo soy quien soy, Rosalinda. Para bien o para mal.

Ella respiró hondo, tratando de contener la avalancha de emociones dentro de sí. Pero entonces, de la nada, disparó:

— Marco y Alessandro. Quiero que regresen.

Mi mandíbula se tensó.

— Está fuera de cuesti...

— ¡Quiero que regresen! — Avanzó, la mirada chispeando furia. — ¡Ya he perdido demasiado en los últimos días, no vas a quitarme también a ellos, ¿entiendes o quieres que te lo dibuje?!

— ¿O qué? — Una oleada de irritación me recorrió.

— Atrévete a comprobarlo, Ettore. — Dio un paso más, el mentón en alto en un claro desafío. — Estoy al puto límite. Solo atrévete a comprobarlo.

Rechinaban mis dientes.

— Están bajo supervisión.

— Me protegen desde que era niña. Estuvimos juntos durante dos años en Italia. Acabamos de regresar a Buffalo. ¿De verdad crees que ellos orquestaron todo esto? — Abrió los brazos, la voz cargada de convicción. — Si alguien quisiera matarme y ellos estuvieran involucrados, puedes apostar que ni siquiera estaríamos teniendo esta conversación. Así que, *amore*, quiero que regresen. Son los únicos en quienes confío para protegerme.

— ¿No confías en mí? — Mi estómago se revolvió.

Su risa fue débil y sin humor, pero me golpeó como un puñetazo.

— ¡No te conozco! — Sus palabras fueron un latigazo dentro de mi cabeza mientras cruzaba los brazos. — Además… ¿Quién me sacó de la mansión en la madrugada en que mataron a mis padres? ¿Quién tiene ahora las riendas de mi vida y de la de mis hermanas ahora que somos huérfanas? ¿Quién está tomando el control de todo lo que le pertenecía a mi familia?

La sangre me hervía en las venas.

— ¿Estás insinuando que yo…?

— Marco y Alessandro. — Su voz se hizo más intensa. — ¡Quiero que regresen! No es negociable.

Me pasé las manos por la cara, intentando controlar la tormenta dentro de mí.

— ¿Quieres que me quede aquí, encerrada como la puta de Rapunzel en una torre? — Me miró sin parpadear. — Entonces quiero a mis hombres de confianza conmigo.

Mis fosas nasales se ensancharon.

— ¡Yo soy el puto único hombre en quien necesitas confiar a partir de ahora, Rosalinda!

El silencio entre nosotros ardía como una brasa encendida.
Entonces dio un paso hacia adelante.

Nuestros ojos se encontraron.

El choque fue inmediato.

— Gánate esa confianza. — Su voz salió baja, pero cortante. — Porque la balanza aún está desequilibrada.

La furia estalló dentro de mí.

Rosalinda sabía exactamente dónde golpear para desestabilizarme.

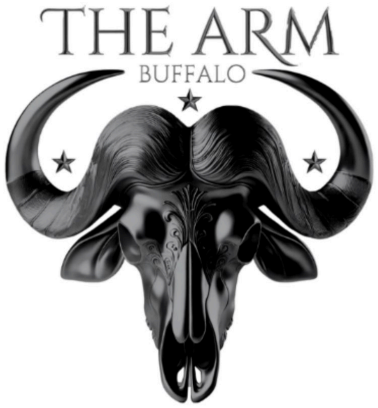
Tragué en seco, la mandíbula apretada, luego me giré y caminé hacia la puerta. Cada fibra de mi cuerpo gritaba para no dejarla allí. Para volver, presionarla contra esa pared y mostrarle exactamente lo que significaba ser mía.

Pero no lo hice.

Giré el pomo, abrí la puerta y la cerré de un portazo.

El puto día aún no había terminado.

¡Necesitaba sangre en mis manos!



CAPÍTULO 26

ETTORE

Era última hora de la tarde cuando pasé por el portón y aceleré hacia la parte trasera del almacén. Los faros del coche iluminaron el garaje cubierto, donde algunos de mis hombres ya me esperaban.

Tommaso estaba de pie junto a *Destroyer*, que terminaba de limpiarse las manos ensangrentadas con un trapo, con la expresión impasible de siempre.

Salí del coche y me acerqué a ambos, saludándolos con un leve movimiento de cabeza. La puerta lateral del almacén estaba entreabierta. Mis ojos se ajustaron a la penumbra, y lo primero que vi fue a él.

El cabrón estaba atado a una silla de acero en el centro de la sala de interrogatorios, con los brazos amarrados a la espalda, la camisa empapada de sudor, pequeñas manchas de sangre salpicando el tejido. Un ojo hinchado, el labio partido. Pero no parecía asustado.

Interesante. Un hombre entrenado.

—¿Está entero? —Mi voz salió baja, pero cargada de amenaza.

Tommaso me miró de reojo antes de asentir.

—Ninguno de nosotros lo ha tocado. —Su postura era firme, leal.— Es todo tuyo.

Me acerqué despacio, cada paso resonando sobre el hormigón.

—¿Cómo lo encontrasteis? —pregunté, sin apartar la mirada de la puerta.

—*Destroyer*. —Tommaso señaló con la cabeza.— Cazó al cabrón como un lobo a su presa.

Giré lentamente la cabeza hacia Troy Parker, que simplemente se encogió de hombros.

—Incluso intentó huir. Pero no corrió lo suficiente.

El hijo de puta pensó que podía desaparecer, que no sería rastreado. Pero no existe un agujero lo bastante profundo para quien está en mi lista.

Una sonrisa sombría se dibujó en mis labios. Si alguien sabía cómo encontrar fantasmas del submundo, ese alguien era *Destroyer*.
Una sombra reconoce a otra.

Respiré hondo, intentando contener la impaciencia y el deseo creciente de hacer que ese cabrón suplicara.

—Es hora de ensuciarme un poco.

Tommaso empujó la puerta del almacén del todo, y el sonido de las bisagras chirriando y de gotas cayendo sobre el suelo de cemento resonó en el amplio espacio mal iluminado. Di un paso más al frente y, por primera vez, la expresión del prisionero cambió.

Sabía que era el final.

Pero yo no quería un saco de carne inútil.

Lo quería consciente. Sintiéndolo todo.

Sus ojos fríos me estudiaban, evaluaban cada uno de mis movimientos. Vi las señales sutiles: la tensión en la mandíbula, el control de la respiración, el esfuerzo por no mostrar vulnerabilidad. No había ni rastro de miedo.

Ya había estado en esa posición antes.

Y sobrevivió.

Esta vez no.

—Si vas a hacer esta mierda, hazlo bien. —Su voz salió ronca, pero con un deje de desprecio.

¡Hijo de puta!

Solía ser un hombre paciente. Pero hay días en los que la paciencia simplemente se agota. Cerré el puño antes siquiera de darme cuenta de lo que hacía. Un segundo después, el golpe seco del puñetazo resonó en la sala. Su cabeza se giró violentamente hacia un lado, con sangre resbalando por la comisura de su boca.

Mis *soldati* permanecieron inmóviles, pero lo sentí. *Destroyer* me observaba.

—¿Eso es todo lo que tienes para mí, Lucchese? —El cabrón soltó una risa baja, escupiendo al suelo antes de volver a mirarme.

Mi respiración se volvió más lenta. Mi sangre, más caliente.

¿Quiere un espectáculo? Perfecto.

Saqué el cuchillo táctico de la funda en mi cintura y lo sostuve a un lado de mi cuerpo.

—Fuiste contratado. —Mi voz salió baja. Para intimidar a hombres como él, no hacen falta gritos. Hacen falta promesas.— ¿Quién te pagó?

Sonrió de nuevo.

—Que te jodan.

Error.

El jodido era él.

Hice girar el cuchillo entre los dedos y lo clavé de una vez en su muslo. El dolor fue inmediato. El gemido que intentó reprimir salió seco, cortado. Todo su cuerpo se tensó, pero el imbécil no gritó.

Ya sabía que estaba entrenado, pero eso solo lo confirmaba: también tenía experiencia. Sabía lo que venía y aun así me desafiaba.

La hoja se hundió más cuando la giré lentamente.

—Nombre. —Mi tono no cambió.

Sus dientes rechinaron.

Nada.

Solté una risa baja.

—Ya has matado antes. —Apreté el mango del cuchillo, sintiendo la carne desgarrarse por dentro.— Y también has sido torturado.

Él me sostuvo la mirada, sin negar nada.

Profesional. Entrenado. Acostumbrado al dolor.

Pero yo no había venido a jugar.

Apreté su pelo y tiré de su cabeza hacia atrás. La hoja seguía clavada en su pierna. Su cuello quedó expuesto y mi voz fue un susurro letal junto a su oído.

—Soy un hijo de puta mucho peor que cualquiera que hayas conocido.

Respiró hondo, el pecho subiendo y bajando. Pero no cedió. Arranqué el cuchillo con fuerza. La sangre caliente brotó a borbotones, y esa vez sí gritó.

—Nombre. —Repetí.

Nada.

¡Malnacido!

Gire el mango del cuchillo y lo descargué con fuerza contra su rostro. Su cabeza se ladeó, un corte abriéndose justo debajo del ojo.

Pero el cabrón no cedía.

Mis pulmones se expandieron con una respiración agitada. La sangre subía y bajaba por mi pecho como una marea furiosa.

—Si sigues así, se va a desmayar antes de soltar nada. —Tommaso se movió detrás de mí.

A la mierda. No quería que hablara. ¡Quería que suplicara! La rabia dentro de mí estaba en un punto donde el resto del mundo se volvió irrelevante. Solo estábamos él y yo.

Iba a arrancarle cada diente. Romper cada uno de sus dedos. Desgarrar su piel pedazo a pedazo hasta que su respiración no fuera más que un sonido ahogado por su propia sangre.

Entonces *Destroyer* puso su puta mano sobre mi hombro.

¡Fuera! —Mi voz fue un trueno.

Pero no se apartó.

Nadie se interponía en mi camino… salvo *Destroyer*.

—*Ettore*. —Su tono fue bajo, controlado. Solo para mí.— No eres un aficionado.

—Va a hablar. —Respiré hondo.

—Sí. Pero no ahora.

—¿Entonces cuándo? —Apreté el mango del cuchillo.

—Cuando crea que tiene algo que perder. —*Destroyer* no parpadeó.

Solté una maldición y respiré hondo, mi cabeza luchando contra el impulso de seguir. *Destroyer* tenía razón. Si lo mataba ahora, me quedaría sin respuestas.

Pero yo no quería solo respuestas.

También quería el puto de su alma.

Cerré los ojos por un segundo. El silencio se volvió denso. Pero eso no calmaba el odio que palpitaba dentro de mí. Me aparté un paso y miré al pedazo de mierda que aún tenía fuerzas para sonreír, aunque la sangre le chorreaba por la barbilla.

Pasé la lengua por los dientes y me giré hacia *Destroyer*.

—No dejes que este hijo de puta muera. —Mi tono era una advertencia y una maldita promesa.

Salí de la sala, sacando un cigarro y mi *zippo* del bolsillo, encendiéndolo con la mano todavía manchada de sangre. La noche apenas comenzaba. El aire frío golpeó mi rostro al cruzar el garaje, caminando hacia el patio. El humo llenaba mis pulmones, pero no calmaba la furia que me quemaba bajo la piel.

Mis manos aún temblaban por el impulso de destrozar a ese desgraciado en pedazos, de escuchar su voz quebrarse mientras me suplicaba por el final

Pero *Destroyer* tenía razón. Si lo mataba ahora, me quedaría sin respuestas.

Saber eso debería haber bastado. Pero no era así.

Mi mente seguía clamando por violencia.

Necesitaba romper algo. O a alguien.

Cerré los ojos e incliné la cabeza hacia atrás, soltando el humo lentamente.

—Tú tampoco lo soltarías todo a la primera. —Unos pasos firmes resonaron tras de mí.

Tommaso.

No respondí.

—Ese tipo no es un delincuente de poca monta. —Se detuvo a mi lado, sacando su propio paquete de cigarrillos y encendiendo uno.— Probablemente ya ha pasado por esto antes.

Dejé que el silencio se prolongara un instante.

—Lo sé.

Tommaso exhaló el humo despacio, analizándome de reojo.

—Está entrenado, *Ettore*. Profesional. Pero nadie sobrevive en esta vida sin tener algo o alguien por quien volver.

—¿Qué estás sugiriendo? —Entrecerré los ojos.

—Que averigüemos quién es realmente. Y qué es lo que le importa.

Giré la cabeza hacia él.

Tommaso tenía razón. Nadie se convierte en asesino sin un pasado. Y nadie sobrevive tanto tiempo en ese estilo de vida sin un buen motivo.

Tiré el cigarro al suelo y lo aplasté con la punta del zapato.

—Quiero un nombre. —Mi voz salió cortante.— Descubrid quién es y a quién le importa. Quiero esa información antes del amanecer.

Tommaso asintió sin titubear.

—Consideralo hecho.

Guardé silencio un rato, observando el horizonte oscuro. El olor de la calle, del cemento frío, del aceite quemado mezclándose con el aroma de la sangre aún pegada a mis manos.

Entonces, inevitablemente, mi mente volvió a ella.

Salí de aquel apartamento con la sangre hirviendo. Pero, por primera vez esa noche, me permití recordar lo que había dejado atrás.

Rosalinda. La jodida de su boca deliciosa presionada contra la mía. La forma en que su cuerpo perfecto se arqueó contra el mío. Su voz desafiante.
¡Maldita sea!

Mi deseo por ella… era incontrolable.

La manera en que me fui no fue la ideal. Lo sabía. Dejarla sola después de nuestra discusión fue un error. Vi la rabia en sus ojos. Pero también vi la desconfianza. Y eso… me golpeó de un modo que aún no sabía cómo poner en palabras.

Pero nada de eso cambiaba el hecho de que ella era mía.

Todo mi cuerpo se tensó cuando mi decisión se solidificó.

—Ocúpate de esta mierda. —Me giré hacia *Tommaso*.— Voy a volver a casa.

Sus ojos se entrecerraron levemente, pero no dijo nada. Solo asintió.

El viaje de regreso al apartamento fue un borrón. Mi mente era un desastre. El peso de la tortura aún impregnaba mi piel, el olor a sangre metido bajo las uñas, pero no era eso lo que hacía que mi corazón latiera con fuerza.

Rosalinda.
Sabía que estaba al límite. Y por mucho que deseara que entendiera que todo lo que había hecho era por su seguridad, comprendía que su cabeza estaba llena de dudas. Aún no confiaba en mí, pero debía hacerlo. Solo que no tenía ni idea de hasta dónde estaba dispuesto a llegar por ella.

Apreté el volante con más fuerza al aparcar por fin en el subterráneo de mi edificio. Salí del coche y subí en el ascensor hasta el ático, intentando contener la inquietud latente que me consumía.

Pero entonces… En cuanto abrí la puerta, supe que algo no iba bien.
Lo primero que noté fue el silencio. Ningún ruido, ningún movimiento. Ninguna presencia.

Lilith apareció desde una esquina del salón, sus ojos amarillos observándome con algo cercano a la reprobación. Caminó lentamente hasta el sofá y saltó sobre él, tumbándose como si no pasara nada.

Pero algo había pasado.

Rosalinda no estaba allí.

¡Joder!

Mi pecho se apretó, y la peor posibilidad comenzó a desplegarse en mi mente.

Avancé por el apartamento, mis ojos recorriendo cada rincón, sin encontrarla.

¿Alguien estuvo aquí?

¿Alguien se la llevó?

¿Hubo una brecha en la seguridad?

No. No. ¡No! ¡No le dije a nadie que *Rosalinda* estaba aquí, joder!

Lorenzo y *Domenico* estaban en la *Peccato*.

Y yo fui un imbécil imprudente, que en el calor del momento le di la espalda sin siquiera considerar que la estaba dejando sola, sin ninguna seguridad.

Claramente, esa fue la brecha que ella necesitaba para marcharse por su cuenta.

Saqué el móvil del bolsillo y marqué el número del equipo de seguridad del edificio. La voz del jefe de seguridad contestó al segundo tono.

—¿Señor *Lucchese*?

—¿A qué hora salió la chica de mi edificio? —Mi voz era un trueno a punto de estallar.

El silencio no duró ni un segundo.

—No hace ni una hora, señor.

Colgué sin siquiera dar las gracias, la sangre hirviendo y la mente al borde del colapso. Estaba tan cabreado con mi propia incompetencia que estuve a punto de golpearme la cabeza contra la pared para intentar poner en orden los pensamientos y las emociones.

La notificación de un mensaje en el móvil fue lo único que me impidió cometer esa estupidez.

«La Srta. *Povvi* acaba de llegar a la mansión. Sola.»

El alivio me golpeó como un puñetazo.

Estaba viva. Y a salvo.

Pero mi jodida paciencia se había agotado.

Marqué al equipo de seguridad de la mansión *Povvi*. No tardaron en contestar; fue un *soldato* quien respondió.

—*Rosalinda* no sale de esa casa bajo ninguna circunstancia. No permitáis que ponga un pie fuera si yo no estoy con ella.

—Entendido, señor.

Finalicé la llamada y respiré hondo, intentando domar la tormenta dentro de mí. Esa diabla me desafiaba en cada oportunidad, y eso estaba empezando a salirse de control.

Mis dedos aún se cerraban con fuerza alrededor del teléfono cuando hice la siguiente llamada.

—Dime. —*Tommaso* contestó de inmediato.

—Libera a *Marco* y *Alessandro*.

El silencio al otro lado fue casi audible.

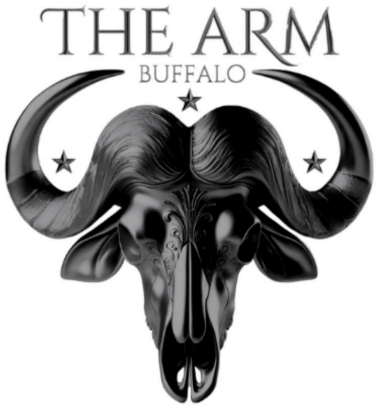
—¿Estás seguro?

—Diles que me encuentren mañana por la mañana, en la mansión *Povvi*. —Mi voz salió cortante. Definitiva.

La duda de *Tommaso* duró apenas un segundo.

—Entendido.

Colgué y dejé el móvil sobre el aparador, mi mente ya ocupada por una única certeza: *Rosalinda* y yo necesitábamos equilibrar la balanza de esa relación cuanto antes, por el bien de mi cordura y por su propia seguridad.



CAPÍTULO 27

ROSALINDA

El sonido de la puerta cerrándose aún resonaba por el apartamento cuando, por fin, mi respiración cedió.

Lejos de *Ettore* y del peso de su mirada, mis pulmones parecían volver a funcionar. Pero la sensación de libertad duró lo que una sola bocanada de aire… antes de que el verdadero peso se me viniera encima.

Estaba sola. Y mi cuerpo todavía ardía... de puro deseo.

Apoyé las manos sobre las rodillas, intentando recuperar el autocontrol, pero todo dentro de mí parecía fuera de lugar. La sala estaba en silencio, pero mi mente seguía siendo un torbellino, agobiante, demasiado cargada.

El velorio. La tierra cubriendo los ataúdes. El peso frío de las lágrimas que no tuve tiempo de derramar. El vacío a mi alrededor. La ausencia de mis hermanas. El aislamiento. La maldita revelación de que alguien quería mi cabeza hasta el punto de que mi padre fue asesinado como daño colateral...
Y para colmo, el torbellino de emociones que sentí entre los brazos de *Ettore*.

Mi respiración titubeó.

Si su móvil no hubiese sonado… Si aquella maldita llamada no hubiese interrumpido ese momento… me habría entregado a él sin dudarlo. Sin resistencia alguna.

La verdad llegó como una cuchilla helada desgarrando mi lucidez.
Quería haber sentido su peso sobre mí. Su piel contra la mía. Quería haber sido suya allí mismo, contra esa pared.

Una oleada de calor recorrió mi cuerpo, seguida por una punzada aguda de culpa y frustración.

Mis padres acababan de ser enterrados.

Debería estar de luto, sintiendo solo el peso del sufrimiento.
Pero lo único que me consumía era *Ettore Lucchese*.

La forma en que me tocó.

Cómo me miró.

El sonido de su respiración agitada mientras me devoraba con los ojos.

¡Maldición!

Cerré los ojos con fuerza, llevándome las manos al rostro, intentando borrar de mi memoria el recuerdo vívido de su contacto. Pero fue inútil.
Todavía sentía su barba rozando mi piel, sus dedos clavándose en mi cintura, su boca silenciándome e incendiándome al mismo tiempo.

Todo mi cuerpo anhelaba algo que mi mente me gritaba que debía rechazar.

¡Pero no lo rechacé!

El teléfono sonando fue lo único que impidió que *Ettore* me follara.

¿Y si no hubiese pasado?

¿Si me hubiese arrancado el vestido y me hubiese tomado en el sofá, en la mesa, en el maldito suelo...? ¿Habría resistido?

No.

¡Habría suplicado que me hiciera suya!

No era solo deseo. Era él.

Ettore Lucchese estaba muy lejos de ser un hombre cualquiera. Era el hombre más peligroso que jamás había conocido.

Un hombre sin límites.

Que tomaba lo que quería sin pedir permiso.

¡Y yo quería ser suya!

Dio mio, ¿qué demonios me pasa?

Todo mi cuerpo temblaba. No podía quedarme en ese apartamento, rodeada por su olor, esperando a que volviera a terminar lo que empezó.

Si me quedaba, acabaría cediendo.

Ettore me consumiría… y yo no quería luchar contra eso. Pero necesitaba hacerlo.

O no habría equilibrio en nuestra relación.

Me calcé los botines a toda prisa y fui hacia la puerta con pasos firmes. Cada célula de mi cuerpo me pedía que me quedara, pero no confiaba en mí misma en ese momento.

Hui.

Pero, en el fondo… sabía que no importaba cuánto ni a dónde corriera.

Ya era suya.

******

El aire frío del inicio de la noche golpeó mi rostro en cuanto salí por la puerta del edificio.

Mi piel aún ardía, cargando los vestigios del contacto áspero de *Ettore*, su barba, sus besos.

Necesitaba alejarme, no porque estuviera en peligro, sino porque tenía que demostrarle —y demostrarme— que no podía ser controlada tan fácilmente.

«No te doblegues, *ragazza*. Es lo que todos esperan que hagas.»

La calle estaba casi desierta, salvo por algunos coches que pasaban a velocidad moderada.

Las luces de las farolas proyectaban sombras alargadas sobre el asfalto mojado por la llovizna reciente.

Mis pies se movieron por instinto hacia la acera.

Fue entonces cuando me di cuenta del verdadero problema: no tenía nada.

Sin bolso.

Sin móvil.

Sin dinero.

—¡Mierda! —Cerré los ojos por un segundo y solté una risa sin humor.

Ettore me había sacado del funeral de mis padres y me llevó a su apartamento sin siquiera darme la oportunidad de recoger una sola pertenencia. Tampoco tenía ni idea de dónde quedaba aquella supuesta casa segura a donde había enviado a mis hermanas y a *Fiorella*.

Mi única opción era la mansión *Povvi*.

Vi unos faros acercándose a lo lejos y levanté la mano, señalando al taxi que venía en sentido contrario.

El conductor se detuvo a mi lado, observándome con una mezcla de cansancio y desconfianza antes de bajar la ventanilla.

—¿Necesitas carrera?

Asentí, abriendo ya la puerta trasera y entrando antes de que pudiera hacer más preguntas, indicándole la dirección de la propiedad que pertenecía a mi familia.

Al menos… eso esperaba. Que aún nos perteneciera.

*****

El trayecto fue silencioso.

Mis ojos estaban fijos en la ventana, observando las luces borrosas de la ciudad pasar a mi lado.

El asfalto mojado reflejaba las farolas como si fueran espejos rotos.

Hace una semana, estaba al otro lado del océano, en un país que no era el mío, con una vida que, por desgracia, tampoco lo era.

Una rutina que ahora parecía tan lejana que bien podría haber pertenecido a otra persona.

En cuestión de días, lo perdí todo.

A mis padres.

A mis hermanas.

Mi casa.

Mis hombres de confianza.

Mi... falsa libertad.

Mi mente giraba como un disco rayado, repitiendo cada acontecimiento que me había traído hasta este punto.

Cada paso en falso, cada decisión que no fue mía, cada maldita orden que *Ettore* impuso sin siquiera pedirme opinión.

Sabía que mi huida no significaba nada.

Tampoco es que realmente estuviera desapareciendo o intentando esconderme.

Solo quería que *Ettore* entendiera que no quería ser una pieza irrelevante en su tablero… que no podía moverme ni descartarme como le diera la gana.

No importaba lo que *Ettore* dijera.

No importaba lo que *Ettore* ordenara.

¡Seguiría siendo dueña de mí misma!

Cuando el taxi por fin se detuvo ante las rejas de la mansión *Povvi*, solté un largo suspiro, sintiendo cómo el corazón me latía con fuerza.

Mi casa.

O al menos… lo que quedaba de ella.

La gran estructura de piedra y cristal parecía sombría bajo la luz tenue de la luna.

Las ventanas oscuras, las sombras proyectadas sobre el jardín…
La sensación de vacío me golpeó incluso antes de bajar del coche.

Antes de que el conductor pudiera abrir la boca, la puerta de la garita junto al portón se abrió.

Un *soldato* salió rápidamente, frunciendo el ceño al acercarse y reconocerme.

—¿Señorita *Povvi*?

—Paga al taxista, por favor. —Mi voz salió calmada, pero cargada de agotamiento.

Salí del coche sin mirar atrás, avanzando hacia el portón que se abría automáticamente.

Crucé el jardín con paso firme, ignorando las miradas atentas de los *soldati* que patrullaban la propiedad.

*****

Me encontré con la completa oscuridad en cuanto abrí la puerta principal y entré en casa.

La garganta se me cerró.

Todo estaba absurdamente silencioso.

Mis pasos resonaban sobre el mármol mientras cruzaba el vestíbulo, tragada por el vacío de aquel lugar que, hacía solo unos días, rebosaba de vida.

Encendí una lámpara.

La luz tenue iluminó solo una parte de la estancia, dejando que las sombras danzaran en las paredes.

Solté un suspiro tembloroso, pasándome una mano por el cabello.

Ahí estaba yo.

De vuelta a mi casa… pero sintiendo que ya no pertenecía a ningún lugar.

Mis ojos recorrieron el espacio, buscando algo que me anclara a la realidad, que hiciera que todo aquello volviera a parecer familiar.

Pero nada encajaba.

Los recuerdos me golpearon en oleadas violentas.
Las pocas cenas familiares cuando no estaba en el internado.

Las risas breves de mis hermanas resonando por los pasillos, que tuve el privilegio de escuchar por pasar tanto tiempo lejos.

El olor del desayuno que preparaba *Bibi* cada vez que lograba convencer a *mamma* de dejarme quedarme unos días más, más allá de los fines de semana y feriados.

Los pocos pasos firmes de *papà* cruzando el recibidor, siempre ocupado con el trabajo… con la *famiglia*.

Todo eso me fue arrancado.

Todo… que siempre fue tan poco.

Y toda mi esperanza de que, tras mi regreso de Italia, las cosas fueran diferentes… y realmente lo serían.

Mis padres fueron reducidos a nombres grabados en lápidas recientes.
Mis hermanas corrían peligro de muerte si permanecían cerca de mí.

Cerré los ojos, sintiendo cómo una lágrima caliente descendía por mi mejilla.

Respiré hondo.

Tragué saliva.

Seguí adelante.

Aún seguía en pie.

Aunque todo a mi alrededor se viniera abajo… ¡me negaba a caer!

Subí a mi habitación y cerré la puerta, encendiendo la luz al entrar.
Mis dedos subieron hasta la cadena que colgaba de mi cuello.
El pequeño colgante en forma de corazón descansaba sobre la tela de mi vestido, pero lo sentía frío y pesado como si fuera de plomo.
Mis manos dudaron un instante, luego solté el broche y dejé la joya sobre el tocador.

El regalo de *Ettore* debería significar algo más que un compromiso que jamás pedí y la marca invisible que él dejó en mí desde que selló un acuerdo con *papà*, cuando yo aún era una adolescente.

Pero todo lo que veía en ese collar era el recuerdo del día en que mi falsa libertad me fue arrebatada.

Me di la vuelta y llevé las manos a la gola del vestido, tirando del tejido hacia arriba, desesperada por quitármelo.

Su olor seguía en mí.

Una mezcla embriagadora de whisky, tabaco y ese aroma amaderado y cálido que se me había impregnado en la piel.

El aire escapó de mis pulmones cuando lancé el vestido al suelo, como si eso pudiera ahuyentar el recuerdo de cómo *Ettore* me sujetó, de cómo su cuerpo me aplastó contra la pared, incendiándome por dentro, haciéndome suplicar en silencio por lo que casi ocurrió.

Me quité los botines, arrojándolos a un lado, y con dedos temblorosos solté mi cabello.Cada movimiento era un esfuerzo mayor de lo que debería.
Mi cuerpo aún vibraba con la energía que él había dejado en mí y lo odiaba.

Odiaba que, incluso estando sola, todavía me sintiera dominada por él.

Me dirigí al baño y encendí la luz, evitando mirarme en el espejo.

El reflejo me recordaría todo.

El deseo aún grabado en mis ojos, el rubor en mi piel, mis labios levemente hinchados por los besos brutales de *Ettore*.

Abrí la ducha y me metí bajo el agua, sintiendo cómo descendía caliente en cascadas sobre mi cuerpo.

Cerré los ojos.

La primera lágrima cayó en silencio.

Después, otra.

Y luego… la presión en mi pecho explotó de golpe.

Mi cuerpo se deslizó lentamente contra la pared fría hasta que mis rodillas tocaron el suelo del box.

Mis brazos se cerraron en torno a mí misma, intentando contener el llanto que, al fin, se liberaba.

Todo estaba mal.

Los cumpleaños que nunca eran sobre mí, sino sobre los intereses de la *famiglia*.

Un compromiso forzado.

La forma en que mi identidad era constantemente ahogada por deberes, pérdidas y un destino que jamás pude elegir.

Ettore.

Dio mio… Ettore.

El hombre que me fue impuesto.

Que debía ser mi verdugo… el coco.

Pero que me estaba consumiendo de una forma en la que nadie más lo había hecho jamás.

El día del entierro de mis padres, debería sentir solo el luto.
En cambio, me culpaba por casi haberme entregado al hombre que me reclamaba como suya.

Era como si mi vida fuera un juego cruel del destino.

Cada vez que intentaba encontrarme, algo mayor venía y arrancaba cualquier posibilidad de control.

Cada emoción mía era corrompida antes de poder abrazarla.
Cada momento que debía ser mío acababa siendo marcado por algo que lo volvía amargo.

Nunca podía simplemente sentir.

Era como si estuviera maldita.

El agua seguía cayendo, caliente y pesada, lavando mi cuerpo… pero no el peso de mis emociones.

Estaba agotada.

Drenada hasta los huesos.

Cuando por fin salí de la ducha, me envolví en una toalla y fui al lavabo, tomando otra para secarme el cabello.

Evitaba el espejo mientras me movía, ignorando el rostro cansado que sabía que estaría allí reflejado.

El baño seguía lleno de vapor cuando regresé al dormitorio y dejé la toalla en el cesto.

Saqué una camiseta ancha y cómoda del cajón y me la puse, sintiendo cómo el tejido suave se deslizaba sobre mi piel antes de finalmente dejarme caer sobre la cama.

El colchón parecía tragarme, como si quisiera arrastrarme a un lugar donde el cansancio finalmente me venciera.

Pero el sueño no llegó de inmediato.

Me quedé allí, mirando el techo, con el pecho aún pesado, los ojos ardiendo por un llanto que se negaba a apagarse del todo.

El silencio en la mansión era absoluto.

Solo el sonido de mi propia respiración llenaba el cuarto, devolviéndome la cruda verdad de mi realidad.

Estaba sola.

Y nadie vendría a salvarme de ello.

*****

Mi respiración llenaba el espacio oscuro, aún levemente entrecortada por el llanto que tardó en cesar.

El colchón me envolvía como si quisiera arrastrarme hacia un sueño profundo, pero mi cuerpo se resistía.

La mente seguía hirviendo, demasiado pesada, demasiado inquieta.

Me giré de lado, subiendo la manta hasta el pecho, y cerré los ojos, intentando rendirme al cansancio.

El sopor llegó lentamente.

Ettore...

Era él quien invadía mis pensamientos.

Su voz ronca murmurando mi nombre contra mi piel. Sus manos grandes sujetándome con fuerza, como si yo fuera su ancla, su adicción.

Lo vi en la oscuridad, en mi sueño.

Mis dedos deslizándose sobre su tatuaje, mi boca trazando cada línea de tinta negra sobre su piel.

Su cuerpo pesando sobre el mío, su aliento entrecortado rozando mi boca.

Él me devoraba.

Y yo me dejaba consumir.

Mi cuerpo se arqueó bajo la sábana. Un calor incómodo creció entre mis piernas. Mi pecho subía y bajaba con más rapidez. Lo sentía allí, aun sabiendo que no era más que un sueño.

Pero entonces... algo rompió el hechizo.

Ese instinto que siempre latía dentro de mí encendió una chispa de alerta, arrastrándome poco a poco fuera del sopor.

Un escalofrío me recorrió la espalda y mi respiración se quebró.

Aún entre el delirio, abrí los ojos y busqué el techo.

El cuarto estaba oscuro, iluminado solo por la pálida luz de la luna filtrándose por las cortinas entreabiertas.

Pero la sensación extraña seguía allí, como si alguien me estuviera observando.

Giré lentamente la cabeza, mis ojos deslizándose por la penumbra.
Y entonces, lo vi.

La silueta junto a la ventana.

La garganta se me cerró y el corazón se saltó un latido.

Ya había visto esa sombra antes, otras veces.

Ya había sentido esa presencia en otros momentos, años atrás.

Solo que esa vez los contornos estaban más definidos.

El cuerpo grande.

Los hombros anchos.

La postura inmóvil.

Y entonces lo supe.

—*Ettore*... —El aire escapó de mis pulmones en un susurro inaudible.

Él estaba allí.

Dentro de mi habitación.

Observándome mientras dormía.

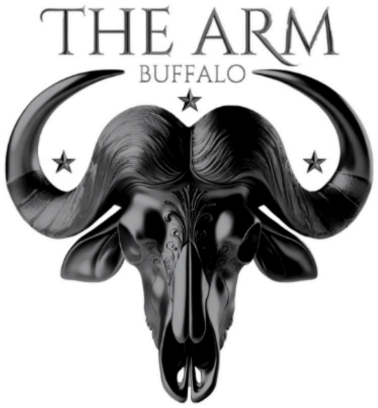
El sueño aún pesaba sobre mí, mezclándose peligrosamente con la realidad.

Mi piel seguía hormigueando por el deseo no saciado.
El calor aún palpitaba en mi vientre.

¿Qué demonios hacía allí?

Y lo más importante…

—¿Qué quieres de mí?



CAPÍTULO 28

ETTORE

Después del infierno en el almacén. Después de llegar a casa y darme cuenta de que se había ido. Después de ducharme, cambiarme de ropa y repasar cada decisión en mi cabeza… Sabía exactamente dónde tenía que estar.

Y allí estaba yo.

La luz de la luna se filtraba por su habitación, cubriendo su piel con un brillo pálido.

Rosalinda dormía de lado, el cabello desparramado sobre la almohada, la camiseta fina subiendo levemente con su respiración pausada. Pero lo que captó mi atención no fue la maldita visión del paraíso justo frente a mí. Fueron los rastros del llanto. Los ojos hinchados. La piel ligeramente marcada. El nudo en mi pecho me golpeó como un puñetazo seco.

Rosalinda era un caos de emociones que no sabía cómo reparar.
Pero, *cazzo*, sabía que quería intentarlo. No planeaba despertarla. Solo quería verla. Necesitaba comprobar con mis propios ojos que estaba bien.

Pero entonces... se movió.

La manta se deslizó un poco, revelando más de la piel expuesta de su pierna, y un escalofrío recorrió su cuerpo. Su rostro se contrajo levemente, la respiración vaciló, y por un momento creí que era solo un reflejo de algún sueño.

Hasta que sus labios se movieron en un susurro roto:

—*Ettore*… —La maldita pronunciación de mi nombre salió de su boca mientras dormía.

Un calor denso me recorrió. El deseo y la obsesión que llevaba conteniendo como una maldita cadena se rompieron. Pero entonces volvió a moverse. Sus pestañas temblaron.El aire escapó de sus pulmones en un suspiro bajo. Y fue solo cuando su respiración vaciló que lo entendí.

No estaba simplemente soñando.

¡Estaba soñando conmigo!

La tensión ardía entre nosotros, incluso aunque ella aún estuviera en ese limbo entre el sueño y la vigilia. Mi sangre hervía al ver cómo su piel parecía arder, cómo su cuerpo reaccionaba a algo que ni siquiera ella comprendía del todo.

Y entonces… *Rosalinda* abrió los ojos.

El silencio se volvió espeso, cortante. Parpadeó unas cuantas veces, las pestañas aún pesadas por el sueño. Pero pronto la realidad se impuso. Sus músculos se tensaron y ese par de ojos perfectos encontró los míos.

Y en ese momento, comprendió al fin que no estaba sola.

Yo estaba allí. Observándola. Esperando.

—¿Qué quieres de mí? —Su voz salió vacilante, pero cargada de algo que no podía descifrar del todo.

Dio mio.

Esa pregunta me golpeó como una bala.

¿Qué quería yo?

Mi mente se disparó con todas las respuestas posibles. Quería su boca. Su cuerpo. Su maldito corazón. Su confianza, su rendición total, y, si era posible, su alma de una maldita vez.

Pero en lugar de escupir cualquier mierda que aligerara el peso de esa pregunta, simplemente me moví.

Despacio.

Crucé la habitación sin apartar los ojos de ella. Mis pasos eran firmes, pero nunca amenazantes. No quería que se alejara. No quería que corriera.
Necesitaba que me dejara acercarme.

Y *cazzo*, me dejó.

Solo cuando estuve al lado de la cama, lo suficientemente cerca como para sentir el calor de su cuerpo irradiando bajo la manta, fue que finalmente respondí:

—Todo.

El aire entre nosotros se volvió más denso. Ella no apartó la mirada. Ni siquiera respiró. Su vacilación era palpable, pero no había ningún rastro de miedo.

—*Rosalinda...* —Me incliné levemente, mi mano cerrándose sobre la cama, cerca de su almohada.— No fue el acuerdo con tu padre lo que me trajo hasta aquí. No fue porque prometí protegerte. Ni porque nuestro compromiso fue arreglado. Mucho menos porque ese fue el destino que eligieron para ti.

—*Ettore…* —Su nombre salió más tembloroso, casi como un ruego.

—Tú crees que soy un hombre que destruye todo lo que toca. Que no tengo límites. Y que te tengo solo porque así fue decidido. —Mi voz se volvió más baja, casi un gruñido.— Pero la verdad, *amore*, es que tú eres el primer caos que no puedo controlar.

Sus ojos estaban abiertos de par en par. Podía ver cada emoción pasando por ellos.

—Nunca quise nada antes, en toda mi jodida vida, como te quiero a ti. — Continué, mi pulgar deslizándose sobre la manta, el tejido entre nosotros siendo la única barrera real en ese momento.— ¿Quieres equilibrio? Aquí lo tienes.

Finalmente, levanté mi mano y toqué su rostro. La piel de ella estaba caliente. Tan absurdamente caliente que ya no me quedaba paciencia.
Pero aun así, le daría el derecho a elegir.

—Si no quieres esto… —Mi tono se volvió ronco.— Si no me quieres, paro ahora. Y no volveré a tocarte jamás.

Ella contuvo la respiración.

—¿Estás diciendo que vas a dejarme en paz?

Mis dedos se deslizaron por su mandíbula, el pulgar rozando la comisura de sus labios.

—¿De verdad crees que vas a tener paz si no te vuelvo a tocar?

El silencio se prolongó.

Lo suficiente como para casi enloquecerme.

—Dilo, *amore*. —Mi voz salió baja, cortante, llenando cada rincón de esa habitación.— Dime que no me quieres. Que no sientes este maldito fuego quemándote la piel como yo lo siento en la mía. Que no piensas en mí cuando estás sola, que no extrañas mi contacto.

—Yo…

—Desde que te vi en la *Peccato*, sin saber aún que eras tú, apenas puedo dormir por las noches. —Mi mano se deslizó hasta la base de su cuello, mi pulgar rozando su pulso acelerado. Ella temblaba, y *cazzo*, cómo amaba sentir eso.— Incluso con toda la mierda sucediendo, eres tú a quien veo. Eres tú en quien pienso cuando apoyo la cabeza en la almohada y cierro los ojos. Tu presencia me consume todo el tiempo hasta hacerme creer que estoy perdiendo la cordura.

—Creo que a eso se le llama obsesión.

—Estoy obsesionado contigo desde mucho antes de eso. —La verdad salió como un gruñido bajo.— Es mi pecado más sucio… el que me va a condenar al infierno, pero no me importa una mierda.

Ella respiró hondo, aún dudando.

—Yo... —Su voz falló.— Necesito saber... No puede ser solo eso.

Dentro de la *cosa nostra*, un matrimonio arreglado era mucho más difícil para las mujeres que para los hombres. Para nosotros, el matrimonio era un deber. Un compromiso con la *famiglia* y una responsabilidad que debía ser honrada. Parte importante de un legado que había que perpetuar.

Para las mujeres, era un destino sellado y sin escapatoria. Ellas eran sentimentales, románticas. Querían amar y ser amadas. Querían saber que no eran solo una pieza en un tablero de intereses.

Cuando *Ticiano* y *papà* sugirieron que me casara con *Rosalinda*, acepté sin ninguna objeción. Ella aún era muy joven, y yo tendría más tiempo hasta que cumpliera la edad que estipulé para que nuestro matrimonio se realizara.

En aquella época, yo ya debería estar casado. Pero pasé toda mi vida enfocado en ser un buen *soldato* y luego un buen *Underboss*. Pero un hombre de honor debía saber administrar bien su propia casa para probar que era capaz de manejar bien los negocios de la *famiglia*.

¿Anticuado? Sí. Pero algo que la *cosa nostra* se tomaba muy en serio.

Sin embargo, yo aún no me sentía preparado, y ese acuerdo me dio tiempo.

Pero mi tiempo se estaba acabando. La presión para que me casara era como una cuerda en mi cuello, que *papà* comenzaría a apretar día tras día, especialmente tras la muerte de nuestro *Consigliere*.

Podría elegir a cualquier mujer.

Si Rosalinda me rechazaba, eso no sería un problema para mí.

¿Pero para ella? Sería una maldita catástrofe.

Anular nuestro compromiso mancharía su reputación dentro de la *cosa nostra*, y un buen matrimonio sería imposible. Todos se preguntarían por qué el futuro Don rechazó a la hija del fallecido *Consigliere*.

Y si eso no fuera suficientemente malo, *papà* la entregaría a Don Alejandro, y yo no podría protegerla de semejante destino.

Aun así, no quería que Rosalinda me aceptara por falta de una mejor alternativa. Revelar las implicaciones que la ruptura de nuestro compromiso traería para ella solo le robaría, una vez más, su derecho a elegir.

Sí, podría ser el villano de su historia. El monstruo perverso y obsesivo que la mantendría atrapada en un matrimonio forzado.

Y eso era exactamente lo que haría si fuera necesario.

Si Rosalinda me rechazaba, la mantendría bajo mi protección aunque me odiara hasta su último día en esta Tierra. Aun así nos casaríamos. Aunque fuera en circunstancias nada amigables. Incluso usaría a sus hermanas para chantajearla, si fuera preciso. Siempre y cuando siguiera segura bajo mi protección.

Pero antes, quería una oportunidad.

También quería que ella creyera que tenía una opción.

Y deseaba, con cada maldita fibra de mi cuerpo, que ella me eligiera.

Pero también veía la batalla dentro de ella. La vacilación, el conflicto, el deseo mezclado con la necesidad de mantener cierto control. Rosalinda era terca. Orgullosa. Y yo sabía que, por más que quisiera desafiarme, también estaba al borde de un abismo emocional.

La punta de mi pulgar aún rozaba la comisura de su boca, y aunque no se había apartado, tampoco se acercaba. Sus ojos estaban abiertos de par en par, las pupilas dilatadas, la respiración inestable. Mi autocontrol pendía de un hilo, pero no me acercaría más que eso.

Ella tenía que desearme tanto como yo la deseaba a ella.

—Si no me quieres, dilo ahora. —Mis dedos se apretaron contra su piel, no como amenaza, sino por necesidad. Quería grabar mi presencia en ella. En su carne. En su maldito corazón.— Porque si no me detienes… voy a tomar lo que tanto deseo.

El aire se volvió denso. Mi pecho subía y bajaba con descompás. Sus ojos estaban nublados, el rostro enrojecido, los labios aún hinchados por mis besos de horas antes.

Sus dedos tocaron mi pecho, no para alejarme, sino para marcar una distancia entre nosotros. Apreté la mandíbula, esperando que encontrara las palabras adecuadas.

—No quiero ser solo la mujer que llevará tu apellido. —Su voz estaba cargada de un dolor que no sabía cómo borrar.— Necesito saber que puedo ser más que eso para ti.

Mi pecho se contrajo.

Ella quería algo que nadie me había exigido antes.

¡Ella lo quería todo!

Me incliné, rozando mis labios sobre su frente, un gesto pequeño, pero cargado de promesas.

—No eres un adorno. Y no quiero a nadie más que a ti, Rosalinda. —Mis palabras salieron como un juramento sagrado.— Nunca te haré daño. Nunca te forzaré. Nunca te traicionaré. Si dices que no me quieres, lo respetaré y jamás volveré a tocarte. Pero si dices que sí… entonces serás mía para siempre, *bella rosa*.

Sus ojos estaban fijos en los míos, buscando… algo.

—¿Me estás diciendo que tengo una opción?

No, *amore*. No tienes opción. Aún vamos a casarnos.

—Tienes mi palabra. No volveré a tocarte.

Era la única promesa que podía cumplir, aunque eso me volviera loco.

El silencio se alargó, tenso, hasta que finalmente susurró:

—¿Y si digo que sí…?

Mis ojos se oscurecieron.

—Entonces te mostraré exactamente lo que significa ser mía.

Rosalinda era una mujer fuerte. Desde niña, llevaba en los ojos esa resistencia que la hacía distinta a cualquier otra. No nació para ser sumisa. Nunca lo sería. Ni siquiera ante mi nombre, mi reputación, o mi maldita obsesión por ella.

—Habla, *amore*… —Mi boca se acercó lo suficiente como para que su respiración se mezclara con la mía.

La vi dudar por un segundo.

Un único segundo.

Y entonces… vi el instante exacto en que su control se hizo pedazos ante mis ojos, y cualquier rastro de resistencia se evaporó.

Rosalinda me atrajo hacia sí. Sus labios se separaron, y el mundo dejó de girar cuando finalmente susurró:

—Quiero ser tuya… y quiero que seas mío.

El control que me quedaba se hizo añicos.

Y la vida, por fin, empezó a tener sentido.

Mis manos se cerraron sobre su rostro, los dedos sujetando su mandíbula como si necesitara tocar su piel para creer que aquello era real.

¡Rosalinda me eligió!

Mi boca aplastó la suya sin el menor rastro de paciencia. Ya no había espacio para dudas. Ni para juegos. Ni para miedos.

Ella gimió contra mis labios, incendiando cada músculo de mi cuerpo. Mi rodilla se coló entre sus piernas, obligándolas a abrirse para mí mientras mis manos descendían hasta su cintura.

Y fue entonces que lo noté.

Nada.

Ni una maldita cosa.

No llevaba bragas.

Un gruñido escapó de mi garganta cuando el puro placer mezclado con locura recorrió mi sangre como una descarga.

—*Cristo…* —murmuré contra su boca, mi barba raspando su piel mientras mi lengua reclamaba la suya.

Ella jadeó, su cuerpo reaccionando al mío como si hubiera sido hecho para eso.

Como si siempre hubiera sido mía.

—Aún puedes escapar… —murmuré contra su boca, mi respiración entrecortada por la jodida necesidad de devorarla.

Sus ojos brillaron con una mezcla de desafío y deseo puro.

—No quiero huir.

Mi cuerpo cubrió el suyo por completo, empujándola contra el colchón, dejando muy claro lo que eso significaba. Mi boca descendió hacia su mandíbula, mis dientes rozando su piel sensible, la aspereza de mi barba arañándola lo justo para hacerla estremecer.

—*Ettore…*

Mi mano se deslizó por su muslo desnudo, subiendo despacio, provocando, explorando, y entonces lo sentí.

Calor.

Húmeda.

Estaba tan lista.

Me aparté solo lo suficiente para tirar de la basta de su camiseta ancha y subirla por su cuerpo.

Nada debajo. Solo piel y tentación.

No tenía ni idea de lo que estaba despertando en mí.

Nunca había sido gentil. Nunca fui un hombre de contenerme.

Pero con ella tenía que ser distinto.

Porque ella era distinta.

Mi lengua se deslizó por el valle entre sus pechos, trazando un camino caliente y húmedo mientras mis manos sujetaban su cintura firme contra el colchón. Era pequeña, pero me hacía sentir como si estuviera sosteniendo algo demasiado precioso como para ser tratado con brutalidad.

¡Joder! Quería devorarla. Quería arrancarle cada sonido, suspiro y gemido que estuviera destinado a ser mío. Y aunque ese pensamiento me consumía, no era la posesión lo que me excitaba. Era ella. La forma en que se retorcía debajo de mí, cómo su cuerpo respondía a mi toque y su aroma me enloquecía más y más.

Mi barba rozó la piel delicada bajo su pecho, y ella jadeó, el sonido tan deliciosamente torturado que tuve que cerrar los ojos un instante para no perder el control.

—*Cazzo, amore...* —murmuré contra su piel, deslizando mi lengua hasta envolver su pezón, succionando con la fuerza suficiente como para sentirla arquearse contra mi boca.

Sus dedos se entrelazaron en mi cabello, tirando como si quisiera obligarme a suplicar. Quería ponerme a prueba, ver hasta dónde podía llevarme.

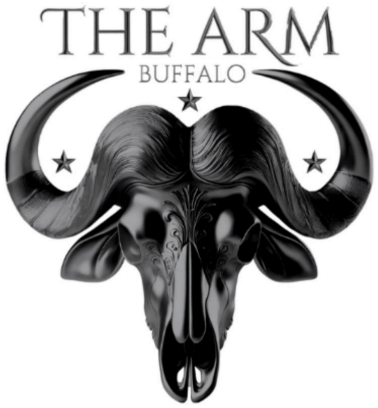
Alcé la vista, encontrando la suya. Sus ojos estaban oscuros, intensos, rendidos. Pero también llenos de desafío.

Rosalinda no quería ser simplemente tomada.

Quería hacerme perder el control.

Mi mano se deslizó entre sus muslos, sintiendo su piel caliente y suave temblar bajo mi toque. Sabía exactamente lo que necesitaba.

Y estaba a punto de darle algo que jamás olvidaría.



CAPÍTULO 29

ROSALINDA

El mundo a mi alrededor se disolvía en puro calor.

Cada centímetro de mi piel vibraba, hipersensible al contacto de él. Mi pecho jadeaba, el vientre se retorcía en un nudo insoportable de deseo y tensión.

La boca de Ettore dejaba rastros de fuego donde pasaba, su barba áspera raspando mi piel, intensificando cada sensación.

Estaba desnuda. Ya no había barreras. Ninguna tela. Ninguna duda. Ninguna vacilación. Solo yo, el colchón debajo de mi cuerpo y él… encima de mí, envolviéndome y devorándome con su hambre brutal.

Un gemido tembloroso escapó de mi garganta cuando sus dientes rozaron mi pezón, y la succión que siguió me hizo arquearme contra su boca. Era una tortura. Cada tirón, cada lamida, cada provocación descarada.

—*Ettore…* —El sonido salió suplicante, y ya no sabía si le pedía que continuara o que me diera un segundo para respirar.

Él alzó la vista, los ojos absurdamente oscuros, las pupilas dilatadas como un depredador saboreando a su presa.

—*No intentes controlar esto, amore.* —Su voz salió baja, ronca, cargada de promesas peligrosas.— *Solo siente.*

¡Ya estaba sintiendo!

Nunca había sentido algo así antes. Mi propio toque nunca se acercó ni remotamente a lo que él me estaba haciendo sentir en ese momento. Ninguno de los juguetes que escondía en el cajón de mi habitación en Italia me había preparado para esto.

Ettore me quería en llamas, entregada y tan desesperada que ni siquiera pudiera pensar. Y lo estaba logrando.

Mis uñas se clavaron en sus hombros cuando descendió aún más, su barba rozando un camino hasta mi vientre. Mis músculos se contrajeron en respuesta, el cuerpo anticipando lo inevitable.

¡Joder! Iba a hacerlo.

Darme placer de una forma que ningún hombre había hecho jamás.
Y entonces se detuvo allí, demasiado cerca, su respiración caliente contra mi piel expuesta. Cuando alcé la vista, lo encontré observándome, una media sonrisa cargada de promesas perversas en los labios.

Él me deseaba. Y yo lo deseaba aún más.

Pero Ettore no tenía prisa. El desgraciado quería torturarme.

Y entonces… sopló contra mi piel.

Me arqueé violentamente, todo mi cuerpo contrayéndose por la expectativa.

Soltó una risa baja.

—*Ya te has tocado pensando en mí, ¿verdad, amore?* —Su voz salió obscenamente lenta, vibrando contra mi piel sensible.

Tragué en seco, pero no respondí.

A él no le gustó eso.

Sus dedos se deslizaron entre mis piernas. Solté un gemido roto, aferrándome a las sábanas con fuerza.

—*Responde, Rosalinda.* —La orden llegó cargada de promesas peligrosas.

Mi corazón falló un latido. El aire se atascó en mi garganta.

—¿Qué…?

—*Sabes de qué estoy hablando.* —Rozó su nariz por mi piel, tan cerca de mi centro que todo mi cuerpo tembló. —*Cuando estabas sola…*

Quise luchar contra él. Quise mantener el control.

Pero ¿cómo, si nunca había experimentado nada parecido antes?

—*¿Deslizaste los dedos dentro de ti, imaginando que eran los míos? ¿Que era mi polla?* —Su voz era una caricia pecaminosa y dulce.— *¿Te tocaste, pensando en lo que yo podría hacerte sentir?*

Debería mentir. Debería fingir que no. Pero la forma en que mi cuerpo reaccionaba, cómo mi pecho subía y bajaba descompasado... cómo mis muslos temblaban en anticipación… Él ya sabía la respuesta.

—*Sí…* —El susurro escapó antes de que pudiera evitarlo.

Una sonrisa de puro pecado se formó en sus labios.

—*Apuesto que fue bueno… pero no lo suficiente.*

—*Ettore…* —Mi cuerpo suplicaba por algo que mi boca no podía verbalizar.

—*Pero a partir de ahora, amore, nunca más tendrás que imaginar.*

Y entonces, sin más provocación ni advertencia, sus labios rozaron allí abajo… y me desmoroné.

Su lengua caliente se deslizó entre mis pliegues, lenta, firme, explorando cada centímetro sensible con una precisión brutal. Mi cuerpo reaccionó como si se hubiera incendiado. Mi espalda se arqueó, mis dedos se clavaron en las sábanas, y un gemido entrecortado escapó de mis labios.

Ettore no tuvo piedad.

Me abrió con sus manos grandes, manteniéndome expuesta a su mirada hambrienta, sujetándome como si fuera algo precioso y pecaminoso al mismo tiempo. Su lengua se hundió más profundo, chupando, lamiendo, provocando con una lentitud implacable.

No estaba preparada para eso. Para ser desnudada y consumida de esa forma. Para ser completamente devorada por un hombre que hacía de mi

entrega su objetivo.

Mi piel ardía. Mi vientre se retorcía con una necesidad avasalladora. ¿Y Ettore? El maldito bastardo se deleitaba con mi descontrol.

Sus ojos estaban fijos en mí, oscuros, hipnotizantes, mientras su boca me arrastraba a un abismo que jamás había conocido. La aspereza de su barba rozaba mi piel hipersensible, marcándome y recordándome que nunca más sería la misma después de esto. Después de él.

Mis manos fueron a su cabello, tirando, agarrando y buscando cualquier resquicio de cordura que aún quedara dentro de mí.

—*Ettore…* —Mi gemido salió tembloroso, casi suplicante.

Él gruñó contra mi piel, las vibraciones reverberando directamente en mi centro. Mi visión se oscureció. Todo mi cuerpo se arqueó contra su boca, completamente rendido al placer intenso que me consumía.

—*Carajo, amore…* —Su voz sonó ronca, cargada de algo indescifrable. Sus dedos se deslizaron dentro de mí sin previo aviso, y me ahogué en un jadeo agudo. —*Tan caliente y empapada para mí.*

El sonido húmedo de sus movimientos resonó en la habitación.
Vergonzoso. Sucio. ¡Perfecto!

—*Mírame.* —La orden llegó baja y cortante.

Mi mente giraba, pero obedecí, mi mirada encontrando la suya. Ettore sonrió contra mi piel. Una sonrisa de puro pecado. Una advertencia... una maldita promesa.

Y entonces… chupó.

Fuerte.

Profundo.

Mis uñas arañaron sus hombros cubiertos por la camisa.

Grité.

Muy alto.

La sacudida del orgasmo me golpeó con fuerza, una ola devastadora que me arrastró hacia un abismo desconocido. Todo mi cuerpo tembló, espasmos desgarrándome de adentro hacia afuera. Ettore no se detuvo. Me sostuvo firme en su lugar, devorándome y prolongando cada segundo de mi colapso.

Destruyéndome.

Reformándome.

Cuando finalmente pude respirar, mis ojos estaban pesados, el cuerpo aún temblaba, y Ettore… me observaba como si fuera a devorarme otra vez y otra vez y otra vez. Pasó la lengua por sus labios, su barba húmeda de mis fluidos, los ojos absurdamente oscuros, intensos y salvajes.

—*Voy a hacerte esto tantas veces que vas a rogarme que me detenga…* —Su voz salió baja, cargada de una certeza brutal.

Y entonces, se arrodilló sobre la cama, los dedos yendo a los botones de su propia camisa.

Y lo supe.

Eso estaba lejos de terminar.

******

ETTORE

Yo quería devorarla de nuevo.

Quería enterrar la lengua en su coño hasta que mi nombre fuera lo único que quedara en su mente. Hasta que olvidara completamente quién era antes de mí.

Pero entonces… ella se movió.

Rosalinda se incorporó sobre los codos, el pecho aún jadeante, los ojos tan cargados de deseo que casi gruñí de frustración. Estaba obscenamente hermosa ahí, deshecha por el placer que le di, pero aún no completamente satisfecha.

Y carajo… eso me destruyó más que cualquier otra cosa. Quería ser el único capaz de saciarla. Quería que su hambre no pudiera calmarse a menos que fuera por mí.

Mis dedos aún estaban en el borde de mi camisa, listos para arrancarla, cuando ella se acercó. Una presa que de repente se volvió cazadora.

—Déjame hacerlo yo. —Su voz sonó ronca, los ojos clavados en los míos.

Me deshice de los zapatos torpemente y luego me senté en el colchón, sintiendo el peso de su cuerpo cuando se movió sobre mi regazo. Rosalinda pasó las piernas alrededor de mi cintura, envolviéndome por completo. Sus muslos aún temblaban ligeramente por el orgasmo, pero la intensidad en su mirada me hizo contener la respiración.

Ella quería tocarme... explorarme... descubrirme.

Entonces finalmente llevó las manos al primer botón de mi camisa, sus dedos pequeños deslizándose contra mi piel caliente. Su toque era vacilante, curioso… pero nada inocente.

No era inexperta con su propio cuerpo.

Pero conmigo... yo sería el primero.

El primer hombre en sentir su calor. El primero en ver sus ojos perderse en puro placer. El primero en tocarla. Probarla. Poseerla.

Ya no respiraba cuando ella desabrochó los botones uno por uno, sin prisa, los ojos siguiendo cada pedazo de piel que era revelado. El control absoluto que siempre mantuve se rompía un poco más cada vez que sentía sus dedos deslizándose por los músculos de mi abdomen, subiendo, explorando cada línea de mi pecho.

Cazzo. Me estaba tocando. Sin miedo. Sin vacilar.

Y la sensación era casi insoportable.

El deseo en esos ojos. La manera en que su respiración se volvía irregular al sentirme bajo sus manos. El modo en que su lengua humedecía los labios, como si ya imaginara el sabor de mi piel.

Ella quería más... y yo quería darle todo.

Cuando el último botón se abrió, Rosalinda apartó la camisa y deslizó las manos por mis hombros, empujando la tela hacia atrás, hasta que cayó de mis brazos.

Yo estaba expuesto.

Y por primera vez en toda mi vida, me permití ser visto.
Sus ojos recorrieron cada centímetro de mi cuerpo, absorbiendo

cada detalle, cada cicatriz, cada marca que contaba la maldita historia de mi vida.
Hasta que se dio cuenta de lo que había ahí... y entonces algo cambió en su mirada.

—Ettore… —Su voz salió temblorosa.

Pasó los dedos sobre el tatuaje recién hecho en mi pecho, delineando cada letra del apodo que le di: *Bella Rosa*.

Sabía exactamente lo que estaba pensando.

—Esto no es un símbolo de posesión, *amore*. —Mi voz salió más ronca de lo que pretendía.— Es una maldita promesa.

—¿Conmigo? —Levantó los ojos hacia mí.

¿No era obvio?

Casi me reí, pero entendía su inseguridad.

Tal vez por eso pedí la presencia del tatuador de la *famiglia* en mi apartamento, en cuanto decidí lo que haría cuando la encontrara esa noche.

—Contigo. —Mis manos se deslizaron por sus muslos desnudos, apretando, sintiendo la piel caliente bajo mis dedos.— No quiero a nadie más, *Bella Rosa*.

Sus labios se entreabrieron. Sus ojos se oscurecieron. Y entonces, antes de que pudiera decir algo más, se inclinó y pasó la lengua sobre el tatuaje.

¡Carajo!

Mi respiración fue arrancada de mis pulmones. Todo mi cuerpo se tensó como un cable de acero a punto de romperse. Ella

lamió mi piel, cálida, suave, humedeciendo la cicatriz en mi pecho como si pudiera reclamar lo que ya era suyo.

Que el infierno me lleve… porque estaba perdido.

—Sigue y no voy a poder contenerme más, *amore*. —Mi mano fue a su cabello, sujetándola firmemente en la base de la nuca, obligándola a mirarme.

Sus labios se curvaron en una pequeña sonrisa.

La más peligrosa de todas.

—¿Quién dijo que quiero que te contengas?

Estaba jodido.

Sus ojos brillaban con una mezcla de desafío y excitación.

Ya sabía que Rosalinda era terca, pero verla así, en control, sabiendo exactamente lo que quería de mí, casi me hizo perder la maldita cordura. Mordió su labio inferior, aún sentada en mi regazo, con los muslos apretando mi cintura y su coño empapado rozando mi polla dura, que ya dolía dentro del pantalón.

—Eso no parece muy justo. —Su tono era pura provocación.

—¿Qué? —Arqueé una ceja, intentando mantener el control, aunque eso ya era casi imposible.

Deslizó las uñas cortas por mi pecho desnudo, sin prisa, hasta alcanzar mi cintura.

—La balanza aún está desequilibrada.

¡Maldita diabla!

—¿Ah, sí? —Una risa escapó de mi garganta.

Antes de que pudiera responder, mis dedos se deslizaron entre sus piernas, encontrando ese calor húmedo y palpitante. Presioné con la punta del dedo justo ahí, donde sabía que la volvería loca, y sentí su cuerpo entero estremecerse contra mí.

—Te comí hasta que gritaste mi nombre, *Bella Rosa*. —Gruñí contra su boca, sintiendo su pecho subir y bajar con desesperación. — ¿De verdad crees que esa maldita balanza sigue sin estar equilibrada?

Tragó saliva, pero no cedió. En lugar de eso, apartó mis manos y se deslizó fuera de mi regazo. Y entonces... se arrodilló entre mis piernas.

Mi corazón se saltó un latido.

Toda mi maldita cordura se fue al carajo.

¿Rosalinda quería jugar? ¿Quería probar sus límites?

Entonces estaba a punto de descubrir que yo no tenía ninguno.

Sus manos fueron a mi cinturón, desabrochándolo con una facilidad que me hizo entrecerrar los ojos.

—¿Lo has hecho antes?

—¿Quieres saber si alguna vez estuve arrodillada ante otro hombre? —Alzó la mirada hacia mí, esa sonrisa peligrosa en sus labios hinchados.

Mi mandíbula se tensó.

La respuesta tenía que ser no.

El maldito mundo explotaría si fuera diferente.

Pero entonces, antes de que pudiera gruñir cualquier mierda posesiva, se inclinó y deslizó la lengua por la línea de mi abdomen, justo en el contorno de la "V" que bajaba hasta dentro de mis pantalones.

Mi polla palpitó tan fuerte que vi estrellas.

—Nunquita —susurró contra mi piel.

Casi me desmayé.

Mis manos fueron a su cabello, los dedos enredándose en sus mechones platinados, sujetando con fuerza mientras ella desabrochaba mi pantalón y bajaba el cierre. El silencio se volvió espeso. Mi respiración era lo único que se oía.

Y entonces… finalmente me liberó.

Mi ropa interior fue bajada junto con el pantalón, y el aire de la noche golpeó directo contra mi polla, pesada y palpitante por ella. Tan dura que dolía.

Sus ojos se oscurecieron.

Ettore Lucchese, el maldito futuro *Don* de *The Arm*, estaba a merced de una mujer.

Y no me importaba.

Si era Rosalinda, incluso arrastrarme lo haría.

La observé deshacerse de mis calcetines y luego comenzar a deslizar las palmas de las manos por mis piernas, subiendo hasta los muslos, tocándome y explorándome, conociéndome por primera vez. Su mirada se clavó en mi polla, y el brillo de lujuria que vi en sus ojos casi me hizo perder el maldito control.

—*Bella Rosa...* —Mi voz salió como un gruñido.

Ella mordió su labio inferior y alzó los ojos hacia mí.

—Ahora sí, la balanza está equilibrada.

Mi cordura se fue directo al infierno.

Rosalinda estaba arrodillada entre mis piernas, sus pequeños dedos deslizándose por mi piel caliente. ¿Y yo? Estaba jodido.

Volvió a morderse el labio, con los ojos fijos en mi polla, y cuando alzó la mirada hacia mí, una sonrisa ladeada curvó sus labios, aún hinchados por mis besos y el roce de mi barba.

—Me hiciste gemir tu nombre tan alto, Ettore… —Su voz salió lenta, pecaminosa, un susurro caliente de pura tentación. —¿Será que yo podría hacer lo mismo contigo?

Mi respiración falló. Mis dedos volvieron a su cabello y mi polla palpitó con tanta fuerza que casi gruñí de frustración. Me estaba torturando lentamente con su crueldad erótica.

—Depende, *Bella Rosa*. —Mi voz cargada de pura necesidad. —¿Tú crees que tu boca puede tragármela entera?

Sus ojos brillaron con algo que me hizo contener el aliento. Arrastró sus uñas cortas por mi muslo, subiendo despacio, torturando cada músculo que intentaba mantener bajo control.

—No lo sé... —murmuró, inclinándose hasta que la punta de su lengua rozó la base de mi polla. —Tal vez necesite probar.

Apreté la mandíbula, mi mano sujetando su cabello con más fuerza.

Antes de que pudiera responder, Rosalinda tomó mi polla con ambas manos, explorando, sintiendo, y luego pasó la lengua por toda la extensión, sin prisa, como si saboreara cada centímetro.

Mi cabeza cayó hacia atrás. El aire fue arrancado de mis pulmones. Todo mi cuerpo se tensó como si me hubiera golpeado una descarga directa en la sangre.

—*Mierda...* —gruñí, sintiendo sus labios calientes deslizarse sobre la punta, su lengua jugando ahí antes de succionarme por primera vez.

La visión de Rosalinda tomándome con la boca, con los ojos fijos en los míos mientras me chupaba, fue la maldita cosa más obscena que he visto jamás.

—No tienes idea de lo que me estás haciendo, *amore*... —susurré entre dientes, los músculos de mi abdomen contrayéndose.

Ella se apartó apenas lo suficiente para respirar, los labios enrojecidos y húmedos.

—¿Un hombre tan experimentado como tú… —Su voz era veneno endulzado.— podría conformarse con alguien que nunca ha estado con otro antes?

Estaba jugando con fuego.

Y si no tenía cuidado, yo la haría arder hasta quedar en cenizas.

Me incliné hacia adelante, tirando de su cabello hasta que nuestros rostros estuvieron muy cerca.

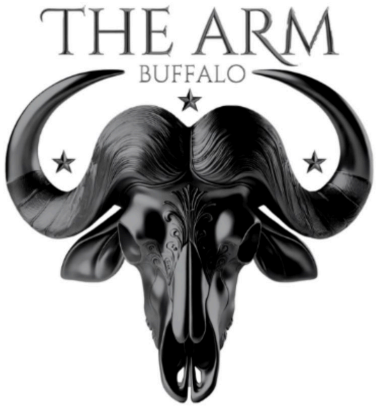
—¿Quieres aprender a follarme, *Bella Rosa*?

Ella no respondió. Solo sonrió. Una sonrisa peligrosa, la misma que vi cuando pasó la lengua sobre mi tatuaje. Y entonces, sin más dudas, volvió a tomarme con la boca.

—*¡Joder!* —solté alto.

Mis manos se aferraron a su cabello con más fuerza, no para guiarla, sino para contenerme. Mi maldita cordura ya estaba hecha trizas.

Y sabía que después de esa noche, jamás volvería a ser el mismo.



CAPÍTULO 30

ROSALINDA

El sabor de él se esparció por mi lengua.

Caliente. Denso. Intenso.

Exactamente como lo imaginé.

Ettore Lucchese era grande. En todos los sentidos. Mi corazón latía tan fuerte que lo sentía vibrar en mi garganta mientras mis labios se adaptaban a su polla. Tenía la boca completamente llena, y sabía que no lograría tragármela toda de una vez, pero eso no me impidió intentarlo.

Deslicé los labios por toda su extensión, provocando, sintiendo la textura, explorando cada centímetro de aquello que ahora era mío. Mi lengua recorrió la vena gruesa en la base, subiendo lentamente hasta la punta, saboreando el gusto de su deseo, y su respiración se quebró.

Perfecto.

Quería más.

Quería verlo perder el control.

Quería oír mi nombre salir de esa boca arrogante con la misma necesidad brutal que él arrancó de mí.

Ya había practicado para esto antes. En mis momentos solitarios en Italia, cuando aún intentaba entender mi propio cuerpo y cómo respondía a las

fantasías que creaba en mi mente.

Ettore siempre fue mi obsesión silenciosa.

Por más que hubiera intentado resistirme, por más que me hubiera convencido de que solo era un acuerdo, un matrimonio impuesto…
Siempre supe que jamás pertenecería a otro hombre.

Él fue el único para quien me preparé.

Mis uñas se clavaron en sus muslos cuando lo sentí palpitar dentro de mi boca. Su piel ardía bajo mis dedos, los músculos tensos, rígidos.

Y entonces, su voz sonó por encima de mí.

—*Cazzo…* —salió ronca, torturada. Tomó mi cabello, inclinando mi cabeza hacia atrás solo lo suficiente para obligar nuestras miradas a encontrarse.

Sus ojos estaban absurdamente oscuros, cargados de un deseo tan salvaje que me hizo temblar.

—¿Entrenaste para esto, *Bella Rosa*?

Mis labios se curvaron en una media sonrisa.

Sí.

Pero no respondí. Solo deslicé los labios más profundamente, hasta sentir la punta golpear mi garganta. Mi mirada nunca se desvió de la suya.

Ettore maldijo algo en italiano, su mano apretó mi nuca, y yo amé cada segundo de eso. Pero no quería que se viniera ahora.

Quería más.

Lo quería dentro de mí.

Entonces me alejé despacio, chupando la punta antes de soltarlo, mi lengua provocando una última caricia. Su respiración era pesada, su pecho subía y bajaba a un ritmo frenético. Parecía listo para follarme contra el colchón.

Me deslicé lentamente por su cuerpo hasta encajar mis muslos alrededor de su cintura. Su polla rozó entre mis piernas, y temblé al sentir cuán duro y caliente estaba contra mi coño.

Mis labios rozaron los suyos, la respiración entrecortada.

—Quiero que te corras dentro de mí, Ettore. —El susurro salió como una plegaria profana.

Sus ojos se cerraron por un segundo fugaz. Cuando se abrieron de nuevo, lo supe. La última línea había sido cruzada y jamás volveríamos a ser los mismos.

Me miraba como si no pudiera creerlo. Sus ojos oscurecidos por la lujuria y algo más.

Duda.

La cabeza de su polla ya me abría, caliente, palpitante, exigente… pero no avanzó. Su pecho jadeaba contra el mío. Sus manos grandes sujetaban mi cintura como si quisiera evitar que me moviera. Que fuera llenada por completo.

Entonces lo entendí.

Mi respiración se aceleró al comprender lo que pasaba por su mente. Él me deseaba. Pero en ese momento, no era solo eso.

Ettore sería el primero.

Él quería sentir mi inocencia deshaciéndose a su alrededor.

Y pensaba que me dolería.

Pero eso no iba a pasar.

—Tú… —No terminó la frase.

Una pequeña sonrisa curvó mis labios mientras mis manos se deslizaban por sus hombros, mis uñas clavándose levemente en su piel caliente.

—Te esperé todo este tiempo, Ettore. —Mi voz salió baja, pero firme. Cargada de una verdad que siempre existió dentro de mí.

El asombro brilló en sus ojos cuando se dio cuenta de eso. Un músculo saltó en su mandíbula, como si intentara procesar lo que significaba.

Y entonces, finalmente lo entendió.

No necesitaba contenerse. No necesitaba temer hacerme daño.

Yo lo quería todo.

Mis caderas se movieron, obligándolo a entrar más, y un gruñido ronco explotó en su garganta cuando se hundió un poco más.

¡Joder… por fin!

Su calor denso y palpitante me llenó más, y gemí, mi cabeza cayendo hacia atrás cuando la sensación me golpeó con fuerza.

Fuerte.

Profunda.

Perfecta.

Ettore sujetó mi cintura con más fuerza, como si intentara retener el control que ya se le escapaba entre los dedos.

—Me estás matando… —Su voz salió entre dientes, los músculos tensos bajo mis manos.

Sonreí, con el corazón desbocado, y me incliné hacia adelante, rozando mis labios con los suyos.

—Entonces hazme tuya de una vez por todas…

Sus ojos buscaron los míos una última vez.

Y entonces, cedió y se entregó por completo a mí.

Con un solo movimiento, Ettore me llenó por completo.

Jadeé, mis uñas se clavaron en su piel cuando lo sentí llegar al límite, su extensión palpitante dentro de mí, abriéndome y moldeándome para él.

Estaba tan llena de él.

Tan completamente colmada.

Mis piernas se apretaron alrededor de su cintura, mis muslos ardiendo por la intensidad del momento. Ettore soltó una maldición baja, su frente cayendo contra la mía, la respiración caliente y entrecortada.

—*Cazzo...* estás tan apretada, *amore*.

Mis manos se deslizaron por su espalda, mis caderas moviéndose bajo él, provocando, exigiendo. Yo quería más.

—No te contengas —mi voz salió en un gemido, mis labios rozando su mandíbula, sintiendo la aspereza de su barba contra mi boca. —Fóllame como siempre has querido.

Sus ojos se abrieron, un brillo feroz reluciendo en sus pupilas.
Vi el instante exacto en que el último vestigio de control se hizo añicos.
Ettore sujetó mis muslos, alzándolos, encajándose aún más profundo.

— ¿Quieres sentirlo todo, *Bella Rosa*? — su voz fue un gruñido de puro placer salvaje.

— Sí…

Él se deslizó hacia afuera, casi por completo, y mi cuerpo protestó con un gemido desesperado. Luego volvió a enterrarse dentro de mí.

Fuerte.

Profundo.

Sin contenerse.

Y supe que nunca pertenecería a otro hombre.

El primer movimiento me arrancó todo el aire de los pulmones. El segundo me hizo olvidar mi propio nombre. Ettore entró con fuerza, poseyéndome sin reservas, sin disminuir la intensidad. Sentí cada centímetro suyo deslizándose dentro de mí, profundo, caliente, palpitante.

Mi espalda se arqueó contra el colchón cuando finalmente me tumbó. Sus ojos se cerraron por un momento mientras una ola intensa de placer me consumía.

Siempre había imaginado cómo sería. Siempre me pregunté si mi cuerpo soportaría la posesión brusca de un hombre como Ettore. Pero nada — absolutamente nada— me había preparado para esto.

— Rosalinda… —su voz salió ronca, un gruñido primal.

Sus dedos descendieron por mi pierna, elevando mi rodilla, abriéndome aún más para él.

— *Cazzo*… tu coño envuelve mi polla tan perfectamente… — Apretó mi cintura con más fuerza. — Como si todo tu cuerpo me rogara que te follara más fuerte.

Un gemido tembloroso escapó de mis labios.

Porque tenía razón.

Quería más.

Necesitaba más.

Clavé mis uñas en su espalda, mi boca entreabierta buscando la suya, mi cuerpo adaptándose instintivamente a cómo él me llenaba por completo.

— ¡Entonces no pares!

El golpe seco de nuestros cuerpos resonó en la habitación. Se movió duro, firme, cada embestida cargada de posesión y deseo primitivo.

Ettore me sujetó con fuerza, atrayéndome hacia él en cada empuje. Su frente rozó la mía y su respiración cálida y entrecortada apenas me permitía respirar mientras reclamaba lo que siempre fue suyo.

— *Carajo...* —gruñó, su boca devorando la mía en un beso profundo y desesperado.

Mis piernas se cerraron a su alrededor y el ángulo cambió. El placer explotó como una descarga eléctrica, desgarrándome por dentro.

— Ah, *Dio*! —mi grito fue silenciado por su boca.

Ettore lo sintió. Y no tuvo clemencia. Me sostuvo por la cintura y me levantó, follándome aún más profundo, cada embestida más fuerte, más intensa, dejándome completamente rendida al placer que solo él podía darme.

Nunca me había sentido tan vulnerable.

Y nunca me había sentido tan poderosa.

Mi cuerpo se rindió sin resistencia, mi mente se sumergió en el calor húmedo de ser poseída por Ettore Lucchese.

Ya me estaba deshaciendo. Estaba al borde del abismo, rogando en silencio ser lanzada en él. Y Ettore lo sintió. Lo percibió.

— ¿Vas a correrte para mí otra vez, *Bella Rosa*? — su voz fue un gruñido, su boca recorriendo mi cuello, y su barba áspera raspando mi piel sensible.

— Mi gemido fue una confesión desesperada.

— ¡Sí…!

Sus manos se clavaron con más fuerza en mi cintura, sus dientes rasgaron mi clavícula, y entonces hizo exactamente lo que dijo que haría: me folló con tal brutalidad que me destruyó por completo. El placer me desgarró de adentro hacia afuera. Mis uñas se clavaron aún más profundo en sus hombros cuando mi orgasmo me atravesó como una descarga directa al alma.

Mi cuerpo entero tembló, mis piernas se apretaron con fuerza, mi boca se abrió en un grito agudo, pero Ettore no se detuvo. Metió aún más hondo mientras yo corría sobre su polla, prolongando cada espasmo y cada segundo de ese colapso intenso.

Rompiéndome.

Reconstruyéndome.

Haciéndome suya.

El mundo a mi alrededor desapareció, y el único que existía era él.

Ettore...

El hombre que, desde siempre, estuvo destinado a poseerme.

Cuando la última ola de mi orgasmo se disipó, mi cuerpo estaba rendido, saciado, consumido en puro éxtasis. Pero… él todavía no había terminado. Sus músculos estaban rígidos, su mandíbula tensa, su mirada rota, salvaje, perdida en mí. Porque él todavía tenía que culminar en mi interior.

Y yo lo deseaba. Necesitaba sentirlo.

— No te contengas —gruñí contra su boca, mi lengua deslizándose dentro, mi mano hacia su nuca.

El golpe de nuestros cuerpos retumbó en la habitación como un trueno y Ettore lanzó un gruñido, sus ojos cerrándose con fuerza.

— Ve… *amore*… —Deslicé los dedos por su cabello empapado de sudor, tirando suavemente, mordiendo su labio inferior. — Ven en mi interior.

Se paralizó. Por un segundo, ni se movió. Y entonces perdió todo control. Con una última embestida brutal, Ettore me sostuvo contra él y gimió mi nombre… bramando en voz alta.

Mi corazón se detuvo un instante al sentir su cuerpo entero estremecerse. Me derramó dentro, caliente, intenso, brutal, su cuerpo tenso mientras cada onda de su orgasmo le arrebataba lo que no podía entregar a nadie más que a su esposa.

Pero me lo dio.

Porque ahora…

Yo era suya.

Y él era mío.

La habitación quedó sumida en sombras y silencio, interrumpido solo por nuestra respiración agitada. Mis músculos estaban exhaustos, mi piel pegajosa de sudor, y aun así, Ettore seguía dentro de mí.

No se movió.

No se apartó.

No dijo una palabra.

Su pecho jadeaba contra el mío, su corazón latía como un tambor descompasado. Sus manos aún me sostenían, una en mi cintura, la otra abierta junto a mi cabeza, como si temiera que desapareciera si daba un solo paso atrás.

Mi piel todavía vibraba. Mi cuerpo aún sentía los restos de lo que acabábamos de hacer. Cada centímetro de mí todavía estaba lleno de él, completamente marcado.

Pero Ettore… parecía librar una batalla interna.

Alcé la mirada para mirarlo y su expresión me golpeó como un choque. El hombre que siempre ha llevado el peso del mundo, que nunca dudó, que

siempre tuvo el control absoluto de todo, ahora me miraba con incertidumbre. Como si acabara de cruzar una línea sin retorno.

El peso de esa mirada me hizo jadear.

Mis manos se deslizaron por su espalda sudorosa, sintiendo los músculos tensos bajo mis dedos. Mi piel hormigueó cuando percibí lo vulnerable que estaba, pero aun así no se apartaba.

Aprenté mis piernas alrededor de su cintura. Él gruñó bajo, su mandíbula se tensó, su mirada se ensombreció.

— Ahora estás tan atada a mí como yo estoy atada a ti —murmuré, mi voz aún ronca por el placer.

La tensión en el aire se volvió más densa. Ettore cerró los ojos por un instante, como si necesitara procesar el peso de esas palabras.

Cuando los abrió de nuevo, lo supe.

El futuro *Don* de *The Arm* no iba a aceptar esto fácilmente.

Había corrido dentro de mí.

Podría haberme dejado embarazada esa noche.

Y aún no estábamos casados.

Sus dedos se deslizaron por mi nuca, sujetándome con firmeza, inclinando mi cabeza hacia atrás. Sus labios rozaron mi mandíbula, bajando hacia mi cuello, y entonces sentí sus dientes clavándose en mi piel sensible.
No fue un beso.

Fue una marca.

Una maldita reivindicación.

Como si fuera una bestia... un animal marcando territorio.

Mi respiración se detuvo y mi cuerpo respondió al instante, mis uñas hundiéndose aún más en su espalda.

— Perteneces a mí, *Bella Rosa* —su voz salió baja y ronca, cargada de promesas peligrosas—. Y nunca voy a dejarte ir.

Mi corazón golpeó fuerte contra el pecho. Algo dentro de mí se retorció, reconociendo que él estaba diciendo mucho más que simples palabras.

Me deseaba, y me tendría.

Para siempre.

Pero Ettore no era el único que sentía eso.

Mis dedos se deslizaron por su cabello húmedo, tirando con fuerza, obligándolo a mirarme. Mi boca rozó la suya, nuestras respiraciones mezclándose.

— ¿Y tú crees que puedes tenerme sin que yo también te tenga, *amore*? —susurré, arrastrando las uñas por su nuca, sintiendo el escalofrío recorrer su piel—. ¿Crees que puedes poseerme sin ser poseído?

Su mirada se convirtió en un abismo profundo, un océano oscuro de deseo y obsesión pura. No tenía respuesta para eso.

Ettore Lucchese siempre fue el hombre que nunca dejó que nada se le escapara de las manos. Pero ahora... estaba descubriendo que también podía ser prisionero de alguien.

Sus dedos apretaron mi cintura con más fuerza y su polla, aún semi-erecta dentro de mí, palpitó.

— Me cogiste, Ettore —murmuré contra sus labios, provocándolo, sintiendo mi propio cuerpo reaccionar al contacto de él dentro de mí—. Ahora tú eres mío tanto como yo soy tuya.

El silencio se extendió. Casi podía oír el sonido de su corazón retumbando.

Y entonces… cedió.

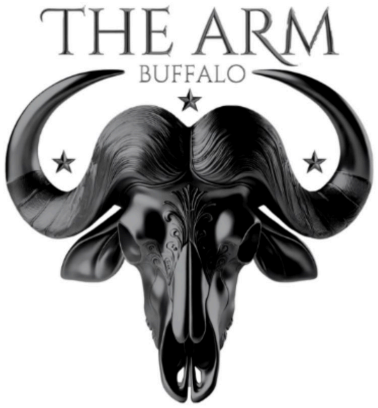
Sus labios tomaron los míos de nuevo. Su lengua invadió mi boca, exigente y desesperada. Como si quisiera dejar marcado en mí que nunca sería de nadie más.

Sus caderas se movieron. Lentas. Profundas. Un solo movimiento y el calor entre nosotros se reavivó como un maldito incendio a punto de

descontrolarse otra vez. Un gemido escapó de mi garganta al sentir su polla encajarse aún más profundo.

Ettore jadeó, su frente presionada contra la mía, su mirada fija en la mía. Y entonces, con la voz cargada de algo irreversible, susurró:

— Si soy tuyo… entonces demuéstramelo.



CAPÍTULO 31

ETTORE

Toda la noche aún ardía en mi piel.

Rosalinda dormía a mi lado, su cuerpo desnudo parcialmente cubierto por la sábana arrugada, el cabello esparcido sobre la almohada, los labios entreabiertos, la respiración suave.

Mía.

Cada centímetro de ella.

Me la follé… la llené con mi semen, sellando un destino que ya estaba escrito mucho antes de esa noche.

Ya no podría pertenecer a otro hombre. No en nuestro mundo.

Ambos sabíamos cómo funcionaban las cosas dentro de la *cosa nostra*. Para los de la vieja guardia, la virginidad de una esposa significaba pureza, honor, un vientre inmaculado para engendrar herederos dignos. Aunque en *The Arm* eso no fuera un requisito, mi padre seguía siendo un hombre tradicionalista y conservador. Esa fue una de las razones por las que eligió a la hija del propio *Consigliere* como futura nuera, con suficiente anticipación para asegurarse de que se mantuviera casta hasta el matrimonio. Sabía cuánto Tici y Rosalia sobreprotegían y educaban a la chica bajo las antiguas tradiciones de la *cosa nostra* siciliana.

Desvié la mirada hacia Rosalinda nuevamente y un orgullo oscuro creció dentro de mí al verla tan exhausta... satisfecha... reivindicada. Completamente mía.

Ella me pidió que acabara dentro de ella. Y cuando una mujer de la *cosa nostra* hacía una petición así, no se trataba solo de placer. Era un compromiso sellado, un vínculo implícito de que nos perteneceríamos mutuamente, sin retorno.

Un simbolismo aún más profundo que mis tatuajes.

Ya no podía esperar un año más para convertirla oficialmente en mi esposa.

Tendríamos que casarnos cuanto antes.

Y aun así…

Mis ojos descendieron hacia las sábanas impecables.

Demasiado limpias.

Esa constatación me hizo apretar la mandíbula mientras el pensamiento se infiltraba como veneno en mi mente.

No hubo sangre. Ninguna marca carmesí que probara lo que ya sabía. Que fui el primero. Que nunca había pertenecido a nadie más que a mí.

Pero entonces, ¿por qué carajo eso me molestaba tanto?

Lo que importaba era que ahora Rosalinda era mía y nadie más podría tenerla. Su cuerpo solo respondería a mi toque y su piel llevaría únicamente las marcas que yo dejara.

Pero, por la mierda, *amore*… ¿de verdad nunca estuviste con otro antes?

Cerré los ojos con fuerza, soltando el aire pesadamente.

¡Qué pensamiento de mierda!

Ella no me debía ninguna prueba de virginidad y yo no sería tan hipócrita como para pedir algo así después de todo lo que habíamos pasado.
Fuera cual fuera la respuesta a esa maldita duda, había algo que sabía con absoluta certeza: Nunca la dejaría ir.

Rosalinda siempre estuvo destinada a ser mía.

Pero… aún seguía siendo un enigma.

Los pensamientos intrusivos volvieron a golpearme con fuerza.

Ella no sintió dolor…

Sí, estaba mojada. Mojada de verdad.

Pero no era solo una cuestión de lubricación.

La primera vez de una mujer, incluso con toda la excitación del mundo, solía ser algo... incómoda. Y no hubo nada de eso. Ninguna resistencia. Ninguna señal de dolor.

Y yo soy grande.

No quería creer que pudiera haber mentido.

Solo… necesitaba entender.

Rosalinda murmuró en sueños, girándose de lado, los brazos deslizándose por el colchón buscando algo... A mí.

Mi pecho se apretó al notarlo.

Pero necesitaba alejarme un poco y enfriar la cabeza. Así que me levanté en silencio de la cama y me dirigí al baño.

El espejo reflejaba mi imagen: ojos sombríos, mandíbula tensa, marcas rojizas en mi pecho, hombros y cuello… marcas dejadas por ella. Mi piel aún estaba caliente, el cuerpo todavía sentía los ecos del placer que nos habíamos arrancado el uno al otro.

Fui hasta la ducha y abrí la llave, dejando que el agua caliente cayera sobre mí. Cerré los ojos, inclinando la cabeza hacia atrás, sintiendo el agua resbalar por mi rostro. Pero por más que lo intentara, no conseguía alejar los malditos pensamientos inquietantes.

Si Rosalinda realmente me esperó, entonces ¿por qué no sentí la maldita barrera del himen rompiéndose?

Y si realmente estuvo con otro antes que yo, ¿sería capaz de perdonarla?

Porque soy un cabrón egoísta y posesivo...

Si otro hombre la poseyó antes que yo, lo cazaré hasta el infierno y lo mataré con mis propias manos.

Apreté los ojos, intentando apartar esos pensamientos.

Debería confiar en ella.

Y si la duda me estaba carcomiendo por dentro, la única forma de estar seguro era preguntándoselo.

¿Pero cómo hacer esa pregunta sin que parezca que estoy dudando de su palabra?

Rosalinda era orgullosa.

Y feroz.

Bien podría mandarme al carajo si pensara que la estoy acusando de algo.

Cazzo!

El agua hirviendo corría por mis hombros, intentando llevarse la tensión. Pero antes de que pudiera organizar mis pensamientos, sentí su presencia detrás de mí.

Mi pecho se expandió con una respiración pesada cuando su pequeña mano se deslizó por el lateral de mi abdomen, subiendo lentamente, dejando un rastro de electricidad por donde tocaba.

—*Bella Rosa…*

—¿Qué te hizo salir de la cama a esta hora, *amore*? —su voz sonó bajita. Perezosa. Aún cargada con los resquicios de nuestra noche intensa.

Mis manos se cerraron en puños a los costados del cuerpo cuando sentí su piel desnuda presionada contra mi espalda. El vapor caliente de la ducha nos envolvía a ambos, pero el calor que venía de ella era aún más devastador.

Su boca rozó suavemente mi omóplato.

Pequeños toques.

Pequeños besos.

Pequeños infiernos.

Intenté controlar la reacción de mi cuerpo al simple contacto, pero no podía saciarme de ella.

Mis párpados pesaban.

Si decía la verdad, ella me odiaría.

Así que, en vez de responder, me giré lentamente para enfrentarla. El agua caliente resbalaba entre nosotros, deslizándose por su piel desnuda, goteando desde las puntas de su cabello platinado. Rosalinda me observaba con esa intensidad silenciosa que me jodía por completo, el mentón ligeramente inclinado, los ojos curiosos.

Porca miseria, ¡era tan hermosa! Y quería devorarla otra vez.

Pero entonces algo se me ocurrió, y antes de que ella pudiera notar el rumbo de mis pensamientos, deslicé las manos hasta su cintura y la atraje más cerca.

—¿Estás adolorida? —pregunté en voz baja, con los ojos clavados en los suyos.

Rosalinda parpadeó, como si la pregunta la hubiera tomado por sorpresa. Su expresión se suavizó un poco, y por un instante pensé que se pondría tímida, pero entonces una sonrisa presuntuosa apareció en sus labios.

—Fuiste rudo —murmuró, mordiendo su labio, sin retroceder—. Pero disfruté cada segundo.

Mannaggia!

Mi polla se endureció al instante. Y ella, por supuesto, lo notó.
Sus ojos brillaron con esa maldita mezcla de picardía y desafío que me hacía querer estrellarla contra la pared y follarla sin contemplaciones.

Pero entonces vaciló, la sonrisa tembló por un segundo y desvió la mirada, mordisqueando su labio inferior como si estuviera buscando el valor para decir algo.

—¿Qué pasa? —apreté mis dedos contra su cintura, sujetándola firme.

—Hay algo que necesito contarte... —dijo lentamente, su tono cambiando —. Pero tienes que prometerme que no me vas a juzgar.

—¿Por qué te juzgaría? —entrecerré los ojos.

Pasó la lengua por sus labios, desvió la mirada, y luego soltó el aire con fuerza antes de volver a mirarme.

—Porque es una historia un poco... ridícula.

¿Será ahora cuando me diga que no era virgen, carajo?

Crucé los brazos, entornando la mirada, esperando.

—Todavía recuerdas aquel evento, hace cuatro años, en el que se suponía que anunciarían nuestro compromiso, ¿verdad?

Mi mandíbula se tensó.

¿Recordarlo? Nunca olvidaría esa mierda.

—Lo recuerdo. Casi mato a cada uno de esos bastardos que besaste frente a toda la *famiglia*.

—Quería sacarte de tus casillas —murmuró mientras se mordía el labio y desviaba la mirada.

—¿Y pensaste que besar a tres tipos frente a mí era una buena idea?

Ella gimió frustrada y se cubrió el rostro con las manos.

—¡Fue una decisión estúpida, lo sé! Pero era joven, estaba dolida... Y quería que supieras que aún tenía opciones.

—Nunca tuviste opción, *Bella Rosa*.

Sus ojos brillaron cuando volvió a mirarme.

—Lo sé... —susurró.

Silencio.

Solo el sonido del agua cayendo entre nosotros.

—Después de ese día, supe que no importaba lo que hiciera... al final, terminaría aquí.

—¿Aquí? —una oleada de calor me recorrió el pecho.

—Contigo. —Pasó la yema de los dedos por mi mandíbula, sus ojos fijos en los míos—. Sabía que algún día serías mío. Que sería tuya. Pero si iba a

convertirme en tu esposa... no quería ser una niña asustada e inexperta.

Levanté una ceja.

—¿Entonces qué hiciste?

Ella se sonrojó.

¡*Rosalinda se sonrojó*!

—Ah, ¿ahora te pones tímida? —mi boca se curvó en una sonrisa lenta y peligrosa.

—¡No jodas, Ettore! —me fulminó con la mirada.

Reí bajo.

—Continúa, *Bella Rosa*. ¿Qué hiciste?

Tragó saliva, vacilando unos segundos antes de responder.

—Decidí que, al menos en la cama... sería audaz. Quería volverte loco por mí.

Mi polla palpitó de nuevo.

Cazzo!

La forma en que decía esas cosas, con esa voz dulce pero cargada de deseo, me hacía querer estrellarla contra el suelo mojado de esa ducha y follarle esa maldita osadía.

—Entonces abriste tu mente para explorar tu sexualidad —concluí, rezando para que no hubiese ido más allá de eso.

Como coger con Guido y esos malnacidos.

—Ajá... —su rostro se encendió, pero sus ojos no titubearon.

Recordé el momento en que le pregunté si se había masturbado pensando en mí, y una sonrisa perversa se curvó en mis labios.

—¿Te gusta tocarte, *Bella Rosa*?

—Me encanta venirme. —Su boca rozó mi mandíbula—. Pero nada se comparó con el momento en que me permití ser tuya.

Mi corazón se detuvo por un instante y mis manos se deslizaron por su espalda, atrayéndola contra mí.

—*Cazzo, amore*... —mi polla estaba dura y lista para ella—. Te voy a follar contra esta pared, más tarde.

Porque aún teníamos una conversación pendiente.

Mis ojos recorrieron su rostro, absorbiendo sus rasgos enrojecidos por el calor, esa mirada determinada pero a la vez vacilante.

Ella quería contármelo todo.

Así que simplemente esperé.

Sus dedos se deslizaron perezosamente por mi pecho húmedo, las uñas cortas dejando suaves rastros en mi piel caliente.

— Además de tocarme... —su voz fue baja, casi un secreto— también usé algunos juguetes eróticos.

— ¿Ah, sí? —alzaron mis cejas.

Debería estar sorprendido, incluso molesto por no haber esperado intacta a mí, pero lo que sentí fue puro deseo.

Ella mordió su labio inferior, desviando la mirada por un segundo más.
— Me preguntaste si había entrenado mientras me chupabas... —su voz tembló ligeramente.

— ¿Entrenaste?

Mis manos descansaban en su cintura, pero mi cerebro dejó de funcionar.

— Sí... con un juguete erótico, claro —su voz fue ronca, vulnerable—. Quería estar bien para ti, Ettore. No quería tener miedo de probar nada.

¡Por el demonio! ¿Se preparó para... chupar mi polla?

Mi Bella Rosa... esa chica impulsiva que me sacó de quicio años atrás, se había convertido en una mujer que no teme al placer... y quiso darme lo mejor antes de siquiera ser mía.

Si esa mujer pensaba que yo aún tenía algún control sobre mí, estaba terriblemente equivocado. Estaba listo para empotrarla contra la pared y follarla

otra vez. Pero entonces...

Finalmente soltó la bomba:

— Y… fue así que… —tragó saliva, su piel sonrojada aún más—. Rompí mi himen.

— ¿Qué? —mi mente se bloqueó instantáneamente.

Ella cerró los ojos, la vergüenza en su rostro delicado:

— Me emocioné con un vibrador... y terminé perdiendo mi virginidad sola.

Silencio absoluto.

Parpadeé varias veces, intentando procesar lo que acababa de decir. Y entonces… solté una carcajada que retumbó en mi garganta con tanta fuerza que incliné la cabeza hacia atrás.

Rosalinda me miró, mortificada.

— ¡Ettore! —golpeó mi pecho con puñitos—. Para ya...

Quise hablar, pero solo salieron más risas.

— ¡Tú...! —me incliné hacia ella, sujetando su cintura— ¿Me estás diciendo que me ganaste con un vibrador?

Ella se sonrojó tanto que casi me atraganto de risa.

— ¡NO TE RÍAS!

Estaba listo para declarar una guerra por esa mierda... listo para matar al que se atrevió a tocarla antes que yo. Pero al final, ¡había perdido contra un trozo de silicona!

Rosalinda escondió su rostro contra mi pecho.

— No debería haberte contado esto...

La abracé, apretando su cuerpo caliente contra el mío.

— *Bella Rosa*... —tomé su barbilla con suavidad, obligándola a mirarme—. No tienes idea de cuánto me alivia saberlo.

— ¿Aliviado?

Mi sonrisa se suavizó, pero mi mirada se intensificó.

— Porque, de todos modos, fuiste mi primera vez.

—¿Cómo que así? —frunció el ceño.

Deslicé las manos por su trasero delicioso, atrayéndola hacia arriba, mi erección presionando contra su vientre.

—Fuiste la primera mujer que me hizo perder el control y la única que jamás podría compartir. — mordí su labio inferior, tirando de él —. Me arruinaste para todas las demás, *amore*. Ahora… quiero ver hasta dónde puedes llegar.

Su sonrisa tambaleó un segundo antes de transformarse en algo más peligroso. Una provocación silenciosa. Una tentación que me hacía olvidar quién era.

El aire entre nosotros estaba impregnado de pura electricidad. Todo mi cuerpo pulsaba con una única necesidad: follarla hasta que nunca más cuestionara a quién pertenecía. Hasta que comprendiera que poseerla de esa forma significaba que jamás podría soltarla.

Mis dedos apretaron su trasero con más fuerza, moldeando la carne tersa bajo mi toque mientras mi espalda se encontraba con la fría pared del baño. El vapor caliente nos envolvía, pero el calor entre nosotros era suficiente para incendiar toda la propiedad.

—¿Hasta dónde puedo ir, *Bella Rosa*? —murmuré contra sus labios, provocando, tanteando el límite de esa mujer que ya me había follado completamente.

Ella deslizó sus uñas cortas por mi pecho húmedo, mordiendo mi barbilla antes de susurrar:

—Hasta el final, *Ettore*.

¡Maldito sea!

Mis labios tomaron los suyos con violencia. Sin ternura, sin vacilación. Posesión brutal, salvaje. Mis manos sujetaron su trasero firme antes de levantarla con un solo movimiento, encajándola contra mi polla dura como una roca.

Ella jadeó en mi boca, los brazos aferrándose a mis hombros, las piernas apretándome la cintura.

—¿Me quieres fuerte, *amore*? —gruñí contra su piel húmeda, sintiendo su cuerpo temblar contra el mío.

—¡Sí…! —su gemido fue una confesión desesperada.

Mi espalda se separó de la pared y, en un movimiento rápido, la presioné contra los azulejos fríos. El contraste entre el calor de su piel y la superficie helada arrancó otro gemido de su garganta.

—¿Confías en mí? —mi voz fue puro aguijón de deseo brutal.

Ella se aferró con más fuerza, sus ojos brillando como un abismo de pecado.

—Con todo lo que soy.

Estaba acabado.

Mi polla se deslizó contra su coño caliente y resbaladizo, provocando, excitando, dejándola aún más desesperada por mí. El vapor denso se elevaba a nuestro alrededor, el murmullo del agua resonando por el baño. Pero nada superaba el sonido de su deseo entregándose a mí.

La acomodé contra mí y, sin aviso, me hundí dentro de su coño caliente y apretado con una sola y brutal embestida.

—*Cazzo...* —gruñí contra su boca, mis manos sujetando su cintura, sintiéndola ajustarse a mí como si hubiera sido hecha exclusivamente para esto.

Rosalinda soltó un gemido desgarrado, su cabeza cayendo hacia atrás contra los azulejos mientras sus uñas se clavaban en mis hombros.

—Más fuerte... —su voz temblaba, desesperada— —*Ettore*, por favor...

Mi puta voluntad se desintegró.

Me retiré casi por completo antes de empujarla contra la pared de nuevo, follándola como un animal hambriento. Cada embestida era un golpe de placer crudo, cada uno de mis movimientos arrancaba un sonido vergonzosamente perfecto de sus labios.

—¡Ah, joder! —gritó cuando la penetré aún más hondo, todo su cuerpo arqueándose.

Mi boca encontró su cuello, mi barba raspando su piel sensible mientras mi lengua lamía la marca que había dejado antes.

—Eres toda mía, *Bella Rosa*… —murmuré contra su piel.

Mis manos sujetaron sus muslos abiertos, mis caderas embistiendo sin piedad, mi polla deslizándose profundamente en su coño que me apretaba como un infierno caliente y húmedo.

—¡Sí! —gimió alto— ¡Toda tuya!

El chasquido seco de nuestros cuerpos llenaba el baño, mezclado con el sonido del vapor y el agua cayendo a nuestro alrededor. Me abrazaba tan fuerte que ya no sabía dónde terminaba yo y dónde empezaba ella.

—Corre para mí, *amore*… —ordené entre dientes, mi boca deslizándose hasta su oído, mordiéndolo—. Quiero sentirte apretándome, succionándome hacia dentro, marcándome con ese coño delicioso.

Rosalinda soltó un sollozo quebrado y su cabeza golpeó contra la pared cuando su cuerpo comenzó a temblar. Lo sentí primero. El apretón caliente a mi alrededor, las olas de placer rasgándola desde dentro.

Se vino con fuerza, su coño apretándose alrededor de mi polla tan deliciosamente que vi estrellas.

—¡Ah… *Dio*, *Ettore*…!

Todo mi cuerpo se tensó. No podría contenerme más.

Un rugido grave desgarró mi garganta cuando me enterré una última vez y me corrí dentro de ella, caliente, intenso, cada espasmo marcando lo que ya era inevitable.

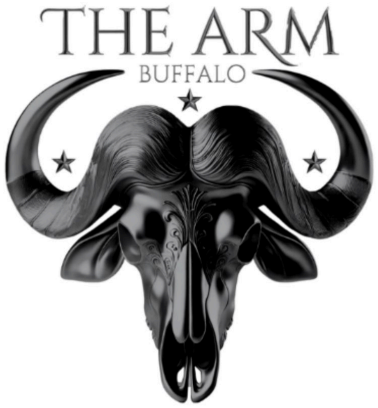
Ella era mía.

Mis músculos se mantuvieron rígidos mientras todo el aire escapaba de mis pulmones. Todo el maldito mundo dejó de existir. Lo único que importaba era la mujer en mis brazos, jadeante, marcada, follada.

Mis manos se deslizaron por la curva de su trasero, sosteniéndola contra mí mientras intentábamos recuperar el aliento. Su cabeza cayó sobre mi hombro, los brazos aún alrededor de mi cuello, y comprendí que nunca me había sentido tan completo en toda mi vida.

Por primera vez, no tuve miedo de eso.

Y deseé que esa sensación nunca terminara.



CAPÍTULO 32

ROSALINDA

— Estás consintiéndome demasiado —murmuré, intentando sonar casual, pero mi voz salió un poco temblorosa.

Él levantó la mirada, y el brillo de pura satisfacción en sus ojos hizo que algo cálido se expandiera por mi pecho.

— *Bella Rosa*… —El tono fue casi de reproche—. Apenas estoy comenzando.

El vapor caliente del baño envolvía el ambiente, haciéndolo todo más íntimo. Seguíamos desnudos, el agua escurriendo lentamente por nuestras pieles mientras sentía los músculos de mi cuerpo relajarse bajo el toque cuidadoso de Ettore.

Delicado. Atento. Posesivo de una manera casi reverente.

El Ettore Lucchese que había imaginado por tanto tiempo era frío, despiadado, un líder nato que aplastaba a cualquiera que osara desafiarlo. El hombre que me miraba ahora, sin embargo, no era un criminal a punto de declarar la guerra. Era el hombre que acababa de poseerme de una forma irreversible.

Y, por algún motivo, parecía estar tan afectado como yo por eso.

—Estás temblando... —murmuró, deslizando una toalla por mis hombros, secándome con calma.

Mi respiración se atascó en la garganta.

—No tengo frío... —respondí, la voz más baja de lo que pretendía.

—¿Fui demasiado duro? —Sombras oscuras danzaban en la profundidad de su mirada intensa.

La pregunta me tomó por sorpresa. Parpadeé un par de veces antes de responder, capturando cada detalle de su expresión. El ceño ligeramente fruncido, la tensión en su mandíbula, la forma en que sus dedos apretaban la toalla con un poco más de fuerza de la necesaria.

Él realmente estaba preocupado.

Mi corazón dio un vuelco.

—No... —exhalé, sonriendo suavemente—. Me follaste exactamente como te pedí.

La mandíbula de Ettore se tensó.

—*Porca miseria*, *Bella Rosa*...

Reí bajo, sintiendo cómo el calor familiar se esparcía por mi pecho al verlo reaccionar.

Ettore era... tan intenso, feroz... y completamente mío ahora.

Deslizó la toalla por mi cintura, secando cada centímetro de piel, mientras su respiración se volvía cada vez más pesada. Me miraba como si quisiera estrellarme contra la pared y follarme otra vez.

Pero en lugar de eso, soltó la toalla y sujetó mi rostro entre sus manos, inclinándose hasta que nuestras bocas se rozaron suavemente.

—Eres peligrosa para mí...

Mi pecho se apretó.

—Y tú eres el único peligro del que no pienso huir...

El beso llegó intenso y lento, cargado de todo lo que aún no teníamos palabras para expresar. Mi cuerpo cedió al suyo instintivamente, las manos deslizándose hacia su cabello mojado, tirando suavemente, sintiéndolo perderse aún más en mí.

Cuando nos separamos, estaba sin aliento. Y él también.

Sus ojos recorrían mi piel desnuda, sus dedos firmes pero gentiles mientras se agachaba para tomar la toalla y comenzar a secar mi vientre, deslizándola lentamente hasta mis muslos.

Mi respiración falló. Él lo notó.

Una sonrisa satisfecha asomó en sus labios antes de que se inclinara y depositara un beso suave justo encima de mi ombligo.

Mis piernas se volvieron débiles. Él lo notó de nuevo, porque rió bajo, orgulloso del efecto que tenía sobre mí. Me aferré a sus hombros anchos, intentando recuperar un poco del control que me arrancaba con tanta facilidad.

Entonces Ettore se incorporó, dejándome completamente expuesta ante él mientras aún llevaba la toalla que había tomado para sí. Sus dedos acariciaban mi rostro, apartando un mechón mojado de mi piel antes de deslizar el pulgar por mi boca entreabierta.

Por un instante, nos quedamos simplemente mirándonos. El silencio entre nosotros era cómodo... íntimo.

Pero entonces la realidad empezó a filtrarse entre las grietas de ese momento.

Ettore soltó el aire lentamente, sus dedos aún trazando círculos suaves sobre mi piel desnuda.

— *Marco* e *Alessandro* estarán aquí en breve —advirtió, analizando mi reacción con la mirada.

Mis ojos brillaron.

—¿Entonces los trajiste de vuelta?

—Tú lo pediste, ¿no?

Una ola de satisfacción me alcanzó. Podía ser el Underboss de The Arm, intimidar a cualquiera con una mirada… pero estaba cediendo por mí.

—¿Eso significa que confías en que me protegerán?

—Significa que confío en que darán la vida por hacerlo —respondió rápido y firme—. Pero no significa que me sienta cómodo con que estés en ningún otro lugar que no sea donde pueda protegerte personalmente.

—¿Entonces planeas mantenerme prisionera en tu apartamento?

Los ojos de Ettore se oscurecieron.

—No te estoy encerrando. Solo no quiero arriesgar que pase lo peor.

La tensión entre nosotros se volvió densa.

No podía discutir con eso. Sabía que él haría cualquier cosa para mantenerme a salvo.

Ettore pareció notar mi falta de protesta. Algo en su expresión se suavizó, soltó el aire lentamente y extendió su mano hacia mí.

—Ven.

Me condujo fuera del baño. El aire más frío del dormitorio erizó mi piel aún caliente.

Los sábanas revueltas, su ropa esparcida… cada detalle me hizo revivir nuestra noche. Mi cuerpo aún vibraba con el recuerdo de todo lo que me hizo sentir.

Mordí mi labio inferior. Lo observé mientras se inclinaba para recoger su ropa. Seguía húmedo, con la toalla bajando demasiado en la cintura, revelando los músculos definidos del abdomen y esa línea que conocía tan bien.

Mi respiración se detuvo.

—¿Vas a quedarte mirándome así todo el tiempo? —levantó los ojos, con una sonrisa presuntuosa asomando en sus labios.

—Tal vez...

Ettore soltó una risa baja, pero no apartó la mirada mientras terminaba de ordenar su ropa. Luego tomó mi camiseta del suelo y se acercó.

—Póntela.

Me quedé inmóvil un instante, absorbiendo ese tono autoritario en su voz.

¿De verdad creía que podía decirme qué ponerme?

La diversión brilló en mis ojos mientras tomaba la prenda de su mano. En lugar de ponérmela, la hice deslizar por mis dedos mientras la giraba distraída.

—Creo que prefiero quedarme desnuda.

—No me provoques, *amore*.

—¿O qué? ¿Me vas a follar de nuevo?

Sus ojos se oscurecieron. Sabía que estaba jugando con fuego.
Ettore lo valoraba todo… pero yo lo desestabilizaba.

—Si sigues desafiándome… —su voz bajó, cargada de amenaza velada— te voy a poner de cuatro en esa cama y voy a follarte el culo hasta que te olvides de tu nombre.

Mi cuerpo vibró.

Ettore detectó la reacción.

—No queremos que Marco y Alessandro me vean solo con esto, ¿verdad? —dijo, mientras le daba la espalda y me dirigía al armario.

Su presencia se sentía aún detrás de mí, su mirada quemando cada centímetro de mi piel desnuda.

Abrí el cajón de lencería y deslicé los dedos sobre los tejidos delicados, buscando algo para ponerme. Siempre elegía piezas hermosas, atrevidas… no para agradar a un hombre, sino porque me encantaba sentir el lujo contra mi piel.

Ettore lo notó.

—Te gusta, ¿eh? —su voz baja provocó que mi piel se erizara.

—La lencería bonita me hace sentir poderosa —respondí con naturalidad, sacando un conjunto de encaje negro.

Se acercó aún más y se adueñó de mi espacio. Su respiración rozó mi nuca, su presencia imponente.

—Elige esto —tomó una pieza de satén y encaje rojo, haciéndola deslizar entre sus dedos.

El rojo era audaz. Seductor. Intenso.

Como él.

Me giré y lo miré, entrecerrando los ojos.

—¿Vas a actuar de mandón otra vez? —lo provoqué—. Un "por favor" de vez en cuando no mata a nadie.

El brillo divertido en sus ojos disminuyó. Algo más profundo salió a la superficie. No se trataba solo de elegir lencería.

—Me gustaría que, de vez en cuando, tú me preguntaras antes de decidir todo por mí y ordenarlo como si fuera decreto irrevocable.

Él me observó durante un largo momento, y la tensión entre nosotros cambió, volviéndose más seria.

— Nunca he estado en una relación antes, Rosalinda — suspiró, pasándose la mano por el cabello aún húmedo.

Mi respiración vaciló.

El Ettore Lucchese que yo creía conocer jamás admitiría una debilidad. Pero ahí, frente a mí, se estaba abriendo.

— Nunca tuve que preocuparme por lo que una mujer piensa o siente. Ninguna se quedó en mi vida el tiempo suficiente para que eso fuera un problema.

Tragué en seco.

— ¿Entonces esto es nuevo para ti?

— Tanto como lo es para ti.

Por un momento, solo nos miramos, absorbiendo lo que eso significaba. Estábamos navegando por un territorio desconocido, intentando descubrir cómo encajar el uno en el otro.

Entonces, sin apartar la vista de la mía, Ettore tomó la tanga roja que sostenía y se agachó frente a mí. Sus dedos largos se deslizaron por mis piernas, subiendo por el interior de mis muslos con la lentitud tortuosa de quien sabe exactamente el efecto que causa. Mi cuerpo se contrajo instintivamente al toque cálido y reverente, la piel erizándose dondequiera que sus dedos pasaban.

Luego guió la prenda por mis pies, subiéndola lentamente hasta que el encaje se ajustó finalmente a mi cadera.

No podía respirar.

La forma en que lo hizo... cómo sus pulgares acariciaron los bordes, acomodando la prenda en su lugar, sus ojos oscuros siguiendo cada pequeño movimiento... Ver a Ettore Lucchese arrodillado frente a mí, con sus manos fuertes tan suaves mientras me vestía, fue una de las escenas más impresionantes e intensas que he vivido.

Se demoró allí, sus dedos explorando la textura del encaje y el calor de mi piel antes de presionarlos suavemente contra mis muslos. Era imposible no notar cómo la toalla en su cintura se elevaba sutilmente, delatando cuánto le afectaba todo aquello.

Entonces levantó la mirada hacia mí.

— Eso significa que voy a intentar mejorar — su voz era más baja, ronca, casi vacilante. Como si, por primera vez, estuviera admitiendo que podía ceder en algo.

Pero luego se incorporó lentamente, tomando el sostén y guiando mis manos hasta los hombros para que me lo pusiera. Sus dedos se deslizaron por los tirantes, subiéndolos por mis brazos, acomodando la tela contra mi piel caliente. Luego rozó mi cuello, subiendo hasta mi nuca, y con calma abrochó el broche del sostén, dejando un beso suave en la parte superior de mi columna antes de deslizar sus manos por mis hombros y girarme para enfrentarme.

— Pero hay cosas que tendrás que aceptar, Rosalinda — pasó los brazos alrededor de mi cintura, atrayéndome contra su pecho desnudo. Rozó su boca con la mía, sus ojos fijos en los míos —. Voy a intentar no decidir todo por ti. Voy a preguntar antes de imponer mis deseos. Pero honestamente, la mayoría de las veces, tendrás que confiar ciegamente en mis decisiones.

El peso de sus palabras me golpeó.

Porque Ettore no era solo un hombre mandón.

Era un líder. El *Underboss* de *The Arm* y el futuro *Don*.

Yo también tendría que ser flexible... porque, me gustara o no, ese era el mundo en el que nací. Y aunque estaba empezando a mover mis propias piezas en el juego, no podía ganar sola. Pero sería una reina al lado del vencedor.

Él deslizó los dedos por la lateral de mi rostro, atrapando mi mirada con la suya.

— Poco a poco, iremos conociéndonos mejor — murmuró con un tono más suave. — Iremos encajando. Como tiene que ser.

Ettore no era un hombre de muchas palabras.

Pero cuando decía algo... era una promesa.

Cuando se alejó un poco, vi cuán duro seguía estando bajo la toalla. El volumen evidente, presionado contra mi vientre, decía que por más que intentara mantener el control, su cuerpo ya había decidido otra cosa. Nos quedamos así unos segundos, solo mirándonos.

Entonces, antes de que pudiera decir algo, Ettore deslizó los pulgares por los costados de mi cadera una última vez, dejó un beso en mi hombro y se giró para salir del vestidor.

Me quedé allí por unos instantes, absorbiendo todo, antes de finalmente moverme. El silencio pesado que dejó al salir aún reverberaba en el aire. Pero necesitaba vestirme.

Me acerqué a los colgadores y deslicé los dedos por las telas de la ropa, tomando unos *leggings* de vinilo negro. La prenda se deslizó entre mis dedos como una segunda piel, y ya sabía exactamente cómo se ajustaría a mi cuerpo.

Elegí una camiseta de algodón negra para acompañar y, para completar, un abrigo grueso de lana, también negro, que fácilmente podría confundirse con un sobretodo.

Antes de salir del vestidor, tomé un par de medias limpias y fui hasta el sillón cercano a la cama para sentarme y calzar mis botas. Eran las mismas que usé el día anterior: negras, robustas, cómodas, con cordones reforzados y suela gruesa.

— Tu celular. — La voz de Ettore resonó por la habitación, y cuando levanté la mirada, ya estaba vestido.

El pantalón negro marcaba sus muslos fuertes y su camisa, arremangada hasta los antebrazos, dejaba expuestos los tatuajes de espinas y hojas, dándole un aire aún más depredador. Sacó el aparato del bolsillo y lo extendió hacia mí.

— Lo tomé del *soldato* que los llevó al cementerio. Está descargado.

— *Grazie*. — Mis dedos se cerraron alrededor del aparato frío.

Ettore me observó durante unos segundos más, frunciendo el ceño.

— ¿Es idea mía o solo usas negro?

Solté una risita mientras me sentaba de nuevo para terminar de atar los cordones de las botas.

— Me gusta el negro.

— Me di cuenta. — Cruzó los brazos, sus ojos fijos en mí, evaluando cada detalle de mi elección. — ¿Y qué pasa con el vinilo?

¡Se dio cuenta!

Me enderecé en el sillón y deslicé las manos por los costados del *legging*, sintiendo la textura lisa y firme que siempre me dejaba un tanto... eufórica.

— El látex llamaría demasiado la atención. Y mis padres se volverían locos. — Me encogí de hombros, con una sonrisa triste al mencionarlos. — Terminé... encariñándome.

Debí haber dicho "obsesionándome", pero podría sonar raro.

Sin embargo, él volvió a leer entre líneas.

— Es tu fetiche. — Ettore entrecerró los ojos, intrigado.

Sentí mis mejillas arder de repente, pero no aparté la mirada.

— Me gusta la textura, cómo se amolda a mi cuerpo... el sonido. — Mis uñas se deslizaron por el tejido brillante del pantalón, produciendo ese ruido característico que tanto me gustaba. — Además, es casi como una armadura. Me hace sentir... segura.

Por un momento, Ettore no dijo nada. Solo me observó. La forma en que su mirada recorrió mi silueta me hizo contener la respiración. Parecía absorto, procesando lo que acababa de decir. Hasta que una sonrisa lenta apareció en sus labios.

— Me has estado sorprendiendo mucho desde que nos reencontramos, *Bella Rosa*. Cada nuevo detalle sobre ti me fascina e intriga en igual medida. — Se acercó lentamente, con pasos firmes y calculados. — Y me obsesiona aún más descubrirte por completo.

Un escalofrío recorrió mi columna. Ya sabía lo que él provocaba en mí. Pero escuchar esas palabras, dichas de esa manera, con esa mirada... Me dejó completamente sin aliento.

Ya había entendido que Ettore no era del tipo que decía cosas porque sí.

Pero entonces, volvió a romper el encanto, recordándome otra vez que existía un caos completo fuera de mi habitación:

— Necesito que prepares tus cosas. Marco y Alessandro te acompañarán a mi apartamento.

Solté un largo suspiro, sabiendo que no debía ni siquiera discutirlo, y deslicé la punta de mis dedos por su mandíbula, sintiendo la aspereza de su barba espesa.

Él sostuvo mi muñeca, esbozando una sonrisa, apreciando el gesto inesperado.

Entonces fue mi turno de echar un balde de agua fría sobre el momento entre nosotros:

— Mencionaste que no podría quedarme con mis hermanas y Fiorella en la casa segura. Porque alguien quiere matarme y todavía no sabes quién.

— Exactamente. — La sonrisa desapareció de su rostro.
— Pero el hombre que mató a mis padres fue capturado. — No fue una pregunta.

Ettore me miró durante un largo momento antes de responder:

— Lo fue.

— ¿Por eso me dejaste sola ayer?

No vaciló.

— Sí.

Todo mi cuerpo se estremeció.

Ettore no era solo el hombre que me poseía como si yo fuera lo único que importaba. Era el *Underboss* y, aunque ya no necesitara ensuciarse las manos, estaba segura de que, en ciertas ocasiones, lo hacía con gusto.

Su reputación como *L'Uomo Nero* dentro de la *Cosa Nostra* fue construida a base de sangre derramada y huesos rotos, no con besos ardientes y orgasmos intensos.

Ya había entendido que Ettore era letal e implacable cuando era necesario. Pero ahora, al mirar directamente a sus ojos, veía algo más. Determinación y sed de venganza. Disposición a llegar hasta las últimas consecuencias para proteger a quien le importaba. Un hombre capaz de destruir a cualquiera que se atreviera a interponerse en su camino.

Pero no le temía. En realidad... lo admiraba. Y sabía exactamente lo que eso significaba: Quería conocer todas sus capas. Y quería cada una de ellas para mí.

— Necesito volver al almacén...

Ya sabía lo que eso significaba. Volvería para seguir sacando respuestas del hombre que destruyó a mi familia.

— Vas a conseguir lo que buscas. — Mi voz salió más firme de lo que esperaba.

Él sostuvo mi nuca, inclinando mi cabeza hacia atrás antes de sellar nuestros labios en un beso lento, posesivo y tan profundo que me dejó sin aire.

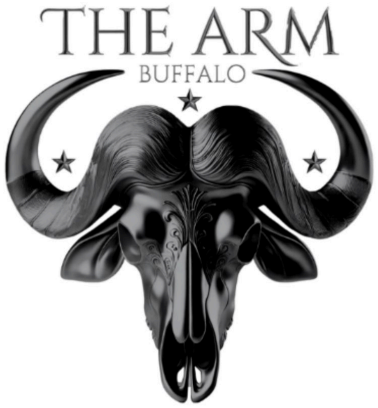
Cuando se apartó, sus ojos estaban más oscuros.

— Siempre lo consigo.

Debería haberme asustado esa certeza brutal. Pero todo lo que sentí fue excitación.

Ettore Lucchese nunca dejaba que nada se escapara de sus manos.

Y ahora... yo también estaba exactamente donde él quería.



CAPÍTULO 33

ROSALINDA

El apartamento estaba en silencio. El tipo de silencio que me envolvía y hacía que el espacio a mi alrededor resultara aún más asfixiante.

Era mi tercera mañana allí, y la ausencia de Ettore comenzaba a clavarse bajo mi piel como una droga adictiva arrancada de golpe.

Suspiré, removiéndome entre las sábanas arrugadas. La enorme cama a mi alrededor parecía mucho más grande sin él. Mis manos desplazaron el edredón, sintiendo la textura fría del tejido. A diferencia de la noche que compartimos en mi habitación, cuando el calor de su cuerpo impregnaba las sábanas, todo en ese apartamento se sentía... demasiado impersonal.

Lilith, la gata pretenciosa y territorial de Ettore, estaba enroscada al pie de la cama. Sus ojos ámbar me observaban con una expresión escéptica, como si aún no hubiese decidido si me odiaba o, al menos, podría soportarme.

Inquieta, alcancé el celular sobre la mesita de noche. La pantalla se encendió, y lo primero que me llamó la atención fue la ausencia de cualquier notificación de Ettore.

Ninguna llamada. Ningún mensaje.

Apretando los labios, revisé mis últimas conversaciones:

Marco: *Tutto a posto, signorina*?

Yo: Sí. ¿Alguna novedad de Ettore?

Marco: Nada aún.

Me tragó la frustración.

Desde que Ettore me dejó en la mansión Povvi para que hoyara mis cosas y se dirigió al galpón de la *famiglia*, lo único que recibí fue un mensaje esa primera noche:

Ettore: Siéntete en casa, *Bella Rosa*. Cambia lo que quieras de lugar. Este apartamento también es tuyo ahora. Tú eres la señora de este hogar.

Toqué la pantalla del celular, releyendo esas palabras.

Si fuese completamente honesta conmigo misma, tendría que admitir que ese mensaje tenía un peso inmenso. Ettore no es del tipo que dice cosas por decir. Pero entonces... ¿por qué diablos no me escribió más?

Dos malditos días sin noticias, sin ni una sola llamada o información sobre qué estaba pasando.

Tratando de alejar la irritación creciente, ocupé mi tiempo lo mejor posible desde mi llegada. La mudanza no fue un capricho suyo, sino una necesidad. No podía quedarme en la casa segura junto a mis hermanas y Fiorella y ponerlas en riesgo.

Alguien quería matarme; Ettore no sabía quién era, y eso lo impulsaba con un odio ciego—y me asustaba.

Marco y Alessandro están en el edificio, alojados en el departamento de los soldados, un piso más abajo. Volvieron a asumir mi seguridad, y aunque confío en ellos, sigo sin sentirme... estable. Estar siendo cazada por un enemigo desconocido me aterroriza.

Entonces decidí mantenerme ocupada.

Organicé mis cosas en el armario y aproveché para investigar más sobre Ettore, intentando descifrar su rutina y descorrer un poquito sus hábitos.
Descubrí que tenía a alguien encargada de la limpieza y la comida: Ermine Riva, esposa de Domenico, uno de los soldados de la *familia* y conductor de Ettore.

Me cayó bien de inmediato. Ermine es eficiente y discreta, pero también posee una energía cálida que hizo más fácil mi adaptación.

Ella me contó sus horarios: le gusta el café negro y fuerte por la mañana y prefiere la carne poco hecha en la cena. Pequeños detalles que me ayudaban a conocerlo mejor.

Y fue un choque darme cuenta de lo mucho que quería conocerlo aún más.

Durante años, Ettore fue una presencia constante en mi mente, aunque tratara de negarlo. Ahora estaba viviendo en su penthouse. Compartíamos el aire, los muebles... la cama. Era surreal. Y por más que intentaba evitarlo, sabía que me estaba encariñando demasiado con esa idea.

Lo mejor de todo: mantenerme ocupada evitó que pensara en la muerte de mis padres.

La pérdida aún era reciente, pero la verdad cruda es que mi relación con ellos había sido inexistente por mucho tiempo. Pasé años fuera: primero en el internado, luego en Italia. Mi regreso a Buffalo debería haber sido una oportunidad de reconstrucción familiar, pero ahora... era demasiado tarde. Ya no estaban. Y debía seguir adelante.

Pero mis hermanas...

Allegra y Arianna eran diferentes. Demasiado jóvenes para comprender lo sucedido. Se habían quedado más frágiles. Lo supe solo por sus voces en las videollamadas.

Quería estar con ellas, ser el apoyo que necesitan. Pero en lugar de eso estoy sola en el penthouse de Ettore, sintiendo un vacío cada vez más profundo.

Dejé el celular sobre la almohada vacía a mi lado y me llevé las manos al rostro, soltando un largo suspiro. Finalmente, me levanté de la cama, ignorando a Lilith, que enseguida se apartó, desconfiada, y caminé hasta la ventana para correr la cortina blackout.

La ciudad se extendía debajo de mis pies, gris y densa, envuelta en una niebla matinal.

Ettore estaba allá afuera, enfrentándose al bastardo que mató a mis padres, y yo no sabía nada de nada.

Cerre los ojos un instante. Luego los abrí.

Necesitaba respuestas.

— ¿Sabes qué? Si Ettore no viene por mí… entonces voy yo hacia él.

*****

El aroma de café fuerte invadía la cocina del apartamento, mezclado con el sutil perfume de pan fresco y especias. Ermine ya había dejado la mesa lista, con frutas cortadas y huevos revueltos en su punto exacto. La mujer era eficiente, discreta y sorprendentemente perspicaz. Desde que llegué, me di cuenta de que nada escapaba a sus ojos atentos.

Marco y Alessandro estaban sentados a la mesa, tomando café. El sonido apagado de las tazas contra los platillos era lo único que rompía el silencio contenido de la mañana. Insistí en que desayunaran conmigo en el *attico*, porque teníamos ese hábito desde Italia. Ellos eran mis protectores, pero también parte de la familia.

— *Buongiorno, signorina*. — Marco inclinó la cabeza en un gesto respetuoso. Alessandro solo alzó la vista, asintiendo levemente.

— *Buongiorno*. — Mi voz salió firme, pero mi mente ya estaba en otro lugar. Tomé una taza de café, pero no me senté. Solo llevé el líquido caliente a los labios, bebiendo un sorbo prolongado.

Mis ojos se deslizaron hacia los dos hombres frente a mí.

— Necesito hablar con Tommaso.

Marco y Alessandro se miraron entre sí.

— *Signorina*… — Alessandro comenzó, dudando. — Si es sobre el *Underboss*, aún no tenemos información.

— Justamente por eso. Si nadie aquí sabe nada, entonces voy a hablar directamente con quien sí sabe. — Mi expresión dejaba claro que no iba a ceder.

Marco suspiró, rascándose la barba. Luego, murmuró algo en italiano antes de sacar el celular del bolsillo y marcar. Cuando atendieron la llamada, solo dijo:

— La *signorina* quiere hablar contigo.

Y me pasó el teléfono.

— Tommaso. — Mi tono era directo.

— Rosalinda. — La voz del hombre contenía una sorpresa velada.

— No sé nada de Ettore desde hace casi tres días. Quiero saber qué está pasando.

Hubo un silencio tenso antes de que Tommaso respondiera:

— Ettore está manejando la situación.

La situación.

Claro.

Las llamadas siempre requerían discreción y palabras cuidadosamente escogidas.

Nunca se sabe cuándo la *famiglia* puede estar intervenida, ¿cierto?

— ¿Y está bien? — Mi tono seguía firme.

— Define "bien". — Soltó una risa seca. — Si preguntas si está vivo y respirando, sí. Pero, sinceramente, creo que será mejor que vengas tú misma.

— ¿Por qué? — Mi respiración se detuvo por un instante.

— No sé qué demonios le hiciste, pero Ettore no ha sido el mismo desde que volvió de su último encuentro contigo. — El tono de Tommaso era tenso. — Está en el infierno ahora mismo. Y quizás tú seas la única capaz de sacarlo de ahí.

Mi corazón dio un vuelco.

— ¿Estás seguro de que puedo ir?

— ¿Quieres respuestas, no? Entonces ven a ver con tus propios ojos.

Había un peso en sus palabras. Una advertencia velada.

— Nunca he sido del tipo que cierra los ojos ante la verdad, Tommaso.

Escuché un suspiro resignado del otro lado de la línea.

— Entonces vamos a ver si realmente estás lista para ser la mujer que Ettore Lucchese necesita a su lado.

La llamada se cortó.

Marco y Alessandro me observaban atentamente, esperando mi decisión.

— Vamos al galpón. — Mi voz sonó inquebrantable.

No discutieron. Solo se pusieron de pie y tomaron sus abrigos. Después de todo, ya no era la hija del *Consigliere*, sino la futura esposa del *Underboss*.
Y estaba a punto de conocer el lado más oscuro del hombre que me pertenecía.

******

El trayecto hasta el galpón se hizo en silencio.

El SUV blindado se deslizaba por las calles grises de Buffalo, cortando el tráfico como una sombra discreta entre las luces frías de la mañana. Dentro del vehículo, la tensión era densa.

Yo iba en el asiento trasero, vestida con unas mallas de vinilo negras que se moldeaban a mis piernas como una segunda piel, un *body* ajustado y un abrigo grueso de lana por encima. El cuero de los botines crujía levemente cada vez que cambiaba de posición.

Mi mirada estaba fija en el paisaje urbano del otro lado del cristal, pero mi mente ya estaba dentro de ese galpón, intentando imaginar lo que me esperaba.

Tommaso no me habría llamado en vano. Sabía que Ettore no aprobaría mi presencia allí. Sabía que, de alguna manera, estaba rompiendo la jerarquía al involucrarme. Pero también sabía que, si Ettore seguía en ese estado, tarde o temprano, todo podría salirse de control.

Si Ettore se estaba hundiendo, yo necesitaba traerlo de vuelta a la superficie.

Apreté los labios, mis dedos cerrados sobre el regazo.

— *Signorina*… — Marco habló, su voz grave, pero siempre respetuosa. — ¿Está segura de esto?

Me giré para mirarlo.

— ¿Qué voy a encontrar allí dentro, Marco?

Desvió la mirada hacia Alessandro, como si buscara alguna respuesta en él. El otro *soldato* solo suspiró, concentrado en el tráfico frente a nosotros mientras conducía.

— El *signor* Lucchese no se ha detenido en los últimos días. — Finalmente respondió Alessandro. — Tommaso tiene razón cuando dice que está en el infierno.

— ¿Qué está haciendo?

— Lo que se necesita hacer. — Marco encontró mi mirada a través del retrovisor. — Pero la cuestión es... ¿De verdad quiere ver eso?

Mi respiración se quedó atrapada en la garganta por un instante. Pero ya sabía la respuesta.

— Sí. Quiero.

Ettore no era solo el hombre que me hacía perder el aliento con un solo toque. Era el segundo al mando y futuro *Don* de la *famiglia*. Si realmente quería equilibrar la balanza, entonces necesitaba conocer todas sus caras.

******

Cuando el coche se detuvo en el garaje del galpón, sentí que el estómago se me revolvía.

Marco y Alessandro bajaron primero, dejándome espacio para salir justo después. El viento cortante de la mañana hizo que mi cabello se agitara cuando mis pies tocaron el suelo de concreto.

Tommaso ya estaba en la puerta, esperando. Vestía un abrigo oscuro, el cabello peinado hacia atrás, la expresión cerrada y la barba por afeitar. Pero había algo en su mirada al verme que me hizo levantar el mentón.

Una evaluación.

La duda silenciosa de si realmente sabía en lo que me estaba metiendo.

— Viniste. — Entrecerró los ojos, sin moverse del lugar.

— No me gusta que me dejen en la oscuridad.

Soltó un suspiro corto, deslizando una de las manos por el rostro.

— Voy a ser honesto, *signorina*… — Su voz estaba cargada de algo que me hizo prestar aún más atención. — Si va a tener una rabieta de niña mimada, le sugiero que vuelva al coche y se largue ahora.

Mi mandíbula se tensó.

— No soy una niña mimada.

— Perfecto. Porque ahí dentro no encontrará al hombre que puso ese anillo bonito y caro en su dedo de *principessa*. — Tommaso dio un paso al frente, su expresión dura. — Va a encontrar a *L'Uomo Nero*.

Mis pulmones se contrajeron.

Ettore no era un monstruo.

Pero sabía que era perfectamente capaz de convertirse en uno.

— ¿Y qué exactamente quieres que haga?

El hombre me analizó por un instante, luego pasó la lengua por los dientes antes de responder:

— Si de verdad es por usted que el *Underboss* se ha transformado en el ángel de la muerte, tal vez ha llegado el momento de que demuestre por qué está aquí.

No dudé.

— Estoy lista. — No lo estaba, pero lo estaría en cuanto lo viera.
¡Tenía que estarlo!

Tommaso me miró un segundo más, como si buscara cualquier rastro de vacilación en mi postura. Pero no lo encontró. Así que simplemente asintió y se giró sobre los talones.

Lo seguí, sin mirar atrás. No importaba lo que me esperara ahí dentro.

Iba hasta el final.

Hasta Ettore.

Y no saldría de ahí sin él.

El olor fue lo primero que me golpeó.

Sangre y sudor. Moho seco y carne quemada.

El aire dentro del cuarto estaba tan denso que me costaba tragar saliva. Pero no lo hice. No con los ojos atentos de *Tommaso*, que caminaba a mi lado con el semblante duro, los hombros rígidos y la mandíbula tensa.

La iluminación era precaria: solo un foco del techo iluminaba la figura central de la sala de interrogatorio: el prisionero.

El desgraciado que mató a mis padres.

Estaba ahí, atado, de pie, suspendido por las muñecas en una cadena que lo mantenía doblado y expuesto. Los brazos elevados, los pies apenas tocando el suelo. Tenía los ojos vendados. Su cuerpo estaba destrozado: la piel desgarrada, hematomas oscuros y cortes profundos en cada centímetro visible. La camiseta, que una vez fue blanca, estaba hecha jirones, empapada en sudor y sangre. La cabeza caía hacia adelante, como si estuviera semiinconsciente. Pero seguía respirando.

No querían matarlo.

Todavía no.

Tragué en seco por el sabor ácido, mientras mis ojos se ajustaban lentamente a la escena.

Botellas de licor tiradas por el suelo. Paquetes de cigarrillos aplastados. Colillas por todos lados.

Y entonces... mi mirada finalmente encontró a Ettore. Sentado en el suelo, recostado contra la pared, con una botella de whisky olvidada a su lado, sostenida entre los dedos. No llevaba camisa. Solo pantalón y zapatos. Su cuerpo entero estaba cubierto de sangre... ¿la suya o la del asesino? No podía

saberlo. El cabello desgreñado, la barba sin afeitar, los ojos marcados por el cansancio y la violencia que aún hervían bajo su piel.

Lo reconocí apenas.

Ettore Lucchese parecía... decadente.

Un dios caído, sumido en su propio infierno.

L'Uomo Nero.

Nunca supe que pudiera desmoronarse de ese modo.

La bilis subió otra vez al notar los detalles que me rodeaban: instrumentos de tortura ensangrentados, dedos cercenados en el suelo, un balde de metal lleno de algo que preferí no identificar. El suelo era un borrón rojo oscuro, testimonio de lo que había ocurrido ahí en los últimos días.

El impacto de la escena me golpeó como un impacto físico. El olor, la humedad pegajosa en el aire, la tensión asfixiante de la sala. Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente. El aroma volvió tan intenso que tuve que apretar los dientes para no caer y vomitar allí mismo.

Sabía que Ettore estaba involucrado en eso. Sabía que ese era el lado de la cosa nostra del que quería mantenerme alejada. Pero presenciarlo en forma tan cruda y brutal... era aterrador.

Tommaso se mantuvo a mi lado en silencio. Tal vez esperando ver si podría soportarlo. Lo soporté. O al menos lo intenté. Respiré profundo. Di un paso. Otro. Mis pies avanzaron hasta que finalmente me detuve frente a él.

Ettore soltó un suspiro, acercó la botella a sus labios, sus ojos clavados en el suelo sucio como si fuera la única cosa que lo mantenía anclado a la realidad. Frunció el ceño, sin mirarme directamente.

Pero entonces... algo en él se tensó. Sus hombros se endurecieron. Los dedos se cerraron sobre la botella y, lentamente, sus ojos subieron para encontrar los míos. El asombro brilló en ellos por un segundo. Luego la incredulidad. Parpadeó, como si me viera en una alucinación.
Como si no pudiera ser real.

— *Cazzo*... — la palabra salió arrastrada, gutural, casi inaudible.

Sentí un agarrotamiento en el pecho. Me arrodillé frente a él, sintiendo la aspereza del suelo frío en mis rodillas. Con cada paso que daba, el olor a cigarro, alcohol y sangre se intensificaba. Pero no me detuve.

Porque, a pesar del caos que me rodeaba, a pesar del monstruo que todos veían ahí...

Era él.

Mi Ettore.

Me incliné despacio, mis dedos rozando la aspereza de su barba sin afeitar, sintiendo la dureza de su mandíbula bajo mi palma. Él no se movió. Solo me observó como si yo fuera un fantasma. Como si esperara que yo desapareciera al mínimo contacto.

No desaparecí.

Me incliné más. Mis labios rozaron los suyos. El sabor a whisky y nicotina invadió mi boca. Ettore contuvo el aliento. Sus dedos se clavaron en el suelo. Y entonces... finalmente entendió.

Yo estaba ahí.

De verdad.

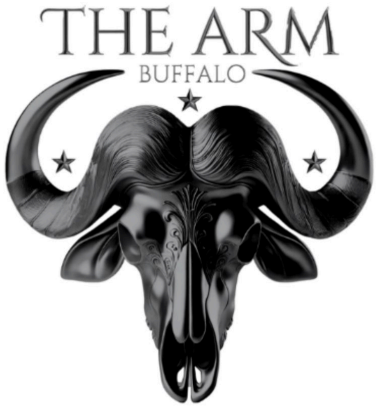
Con él.

Sus ojos se oscurecieron, y antes de que pudiera decir nada, sentí su cuerpo vibrar con mi toque.

Fue en ese instante que supe:

Lo había rescatado del infierno.

Ettore Lucchese nunca más se separaría de mí.



CAPÍTULO 34

ETTORE

El extremo del cigarrillo ardía entre mis dedos, la brasa anaranjada parpadeando contra la penumbra del lugar. El aroma a nicotina y whisky se mezclaba con el olor a sangre impregnado en el concreto.

El humo quemaba mis pulmones, ardiendo como fuego… pero no servía de nada. Nada aliviaba esta tensión maldita que consumía mi mente.

Gutierrez no cedió. El maldito resistió todo. Horas de tortura. Dosis meticulosamente calculadas de dolor y silencio. El acero frío perforando la carne, los huesos crujiendo bajo el peso de los golpes. Las puntas de cinco de sus dedos yacían esparcidas por el suelo de la sala, ahora simples muñones empapados en sangre… pero él seguía firme.

Y lo peor de todo: disfrutaba. No se reía, no provocaba con palabras, pero sus labios se curvaban ligeramente, lo justo para que yo lo percibiera. Lo suficiente para encender en mí un odio silencioso que lo consumía todo. Porque ese hijo de puta sabía. Sabía que yo estaba desesperado por respuestas.

Sabía que a cada segundo que pasaba sin una confesión, mi paciencia se desmoronaba… hasta que lo único que brotaba en mi interior era la ansia de arrancarle la lengua y reventarla contra su propia garganta.

Y él… no hablaba. Porque quien lo había contratado estaba un paso adelante. Y probablemente, observándome en ese preciso instante.

La idea me devoraba por dentro.

Mi mandíbula latió, los músculos del cuello tensos al límite. Los dedos se enterraron en mi cabello enmarañado. Necesitaba un nuevo plan. Necesitaba una salida.

Pero la única imagen que invadía mi mente era Rosalinda. Su rostro. El sabor de su boca. La sensación de su cuerpo bajo el mío, en mis brazos, gimiendo mi nombre como si nada más existiera.

Dos días.

Dos días sin verla.

Dos días sintiendo cómo cada célula de mi cuerpo imploraba por ella.

La dejé a salvo con Marco y Alessandro. Protegida. Pero cada segundo lejos la sentía más amenazada, porque había alguien dispuesto a matarla.

Alguien intentaba arrebatarme lo que es mío.

Y yo no podía más que torturar a un mercenario que prefería desgarrar su propia piel antes de hablar.

Mi garganta ardió cuando vacié otro trago de whisky directo de la botella.

Destroyer estaba rastreando información sobre Gutierrez. Pero ese hijo de puta no tenía rastro, como si hubiera nacido únicamente para cumplir esa maldita misión.

Un fantasma.

Y yo no cazo fantasmas. Yo cazo hombres.

Los hombres sangran. Los hombres se quiebran.

Pero por primera vez, comencé a preguntarme si con él sería diferente. Si estaba frente a algo que no podía controlar.

Estaba perdiendo el maldito control.

Y solo pensarlo me enfurecía.

YO soy quien controla el caos.

YO decido cuándo un hombre muere.

¡YO nunca pierdo!

La botella chocó contra la pared… y se hizo añicos.

Gutierrez se sobresaltó, mas no dijo una palabra. Silencioso… como siempre.

Lo encaré, escuchando el latido de mi corazón retumbando en mi cráneo como una cuenta regresiva para la explosión.

— ¿No vas a decirme nada? — mi voz emergió grave, áspera por el cansancio y la furia.

El asesino permaneció inmóvil, solo su respiración, pesada, delataba que aún estaba vivo.

Me acerqué. Tomé una hoja de metal de la mesa, una tan fina y fría que parecía rasgar el aire.

Hice un corte fino en el costado de su abdomen. No era profundo; solo lo justo para que el aire lo besara y lo hiciera arder como fuego.

— ¿Tienes miedo de quien te contrató? — susurré contra su oído, mi voz era un veneno líquido, arrastrándose con calma por su piel. — ¡Eso es patético!

La sonrisa torcida volvió a aparecer.

Se estaba divirtiendo.

Un chasquido seco rompió el aire cuando mi puño chocó directo contra su rostro. Sentí su cráneo vibrar bajo mis dedos. Sentí el hueso ceder ante el impacto. Mi respiración salía pesada. Mis nudillos latían. Pero nada cambió. No soltó ni una palabra.

La adrenalina aún palpitaba bajo mi piel, caliente y corrosiva. Mis manos estaban cubiertas de sangre, los dedos hormigueando por la última ronda de golpes. Y aún así… ese maldito no se quebró.

Sentí el agotamiento intentar posarse sobre mis hombros, pero lo ignoré.

No podía parar. Respiré hondo, mis pulmones llenos de humo y desesperación. El hedor a sangre y sudor impregnaba el aire, se infiltraba en mi piel como una segunda naturaleza.

Este era *mi mundo*.

Mi infierno personal.

Y tenía que seguir adelante.

Pero entonces… el silencio cambió. No fue abrupto. Fue sutil. Como un hilo invisible tensándose en el aire.

Solté la hoja sobre la mesa metálica y tomé otra botella de whisky. Mis dedos se cerraron con fuerza sobre el vidrio. El alcohol ardió al pasar por mi garganta, pero no ayudó en nada.

Pasé una mano por mi rostro, sintiendo la aspereza de la barba y el sudor seco en la piel. Mis ojos pesaban. El cansancio acumulado tiraba de mí como un abismo al que no podía permitirme caer.

El caos seguía bajo control. Todavía era mío.

Apoyé la cabeza contra la pared, exhalando lentamente. El cigarro ardía entre mis dedos, el humo subiendo en espirales densas. El cristal helado de la botella contra mi piel sucia era lo único que me mantenía anclado al presente.

Por un instante, me permití parar. Me senté en el concreto sucio y cerré los ojos, ignorando toda esa mierda por unos minutos… tratando, como tantas veces, de no caer al vacío donde solía caminar en la cuerda floja.

Estoy jodidamente cansado.

Fue entonces cuando lo sentí.

Un escalofrío recorrió mi columna. El olor en el aire cambió. Entre nicotina, whisky y sangre… había algo más. Un perfume cálido. Suave. Familiar.

Mantuve los ojos cerrados. El agotamiento me estaba haciendo mierda. Pero el olor no desapareció. Se intensificó.

Mis músculos se tensaron. Mis dedos apretaron la botella.

No.

No.

¡No!

Era un truco de mi mente. Una alucinación provocada por la fatiga y la rabia.

Y aún así… abrí los ojos.

Mi respiración se detuvo cuando la vi.

No podía ser real…

Estaba ahí. De pie. A sólo unos metros.

Cabello suelto. Una *legging* de vinilo negra ceñida a sus piernas. Sus ojos clavados en mí como si mirara a un animal herido… y eso me destrozó por dentro. Yo no era un maldito adicto en abstinencia alucinando por su dosis. Pero eso tenía que serlo… porque ella no podía estar ahí.

Parpadeé.

Seguía ahí.

Mi mente giró. La botella osciló en mis dedos.

— *Cazzo*… — La palabra salió baja, ronca, un murmullo gutural de incredulidad.

Estaba soñando. Tenía que estarlo.

Volví a cerrar los ojos. Y cuando los abrí otra vez… aún estaba ahí.

Mierda, no…

Mi cabeza latía. Mi mente oscilaba entre la realidad y el delirio.

Y entonces… se movió.

Lenta. Precisa. Como si temiera que me rompiera en cualquier momento.

Tal vez lo haría.

Se arrodilló. En ese suelo manchado de sangre.

Días atrás, yo me arrodillé ante ella.

Ahora… mi mujer se arrodillaba ante mí.

Si era una alucinación… era la más jodidamente hermosa que había tenido en mi vida.

Sus ojos se clavaron en los míos, y sentí mis pulmones arder al intentar respirar. El toque cálido de su mano sobre mi rostro fue como una descarga eléctrica. Me quedé rígido. Mi corazón se detuvo por un instante. El calor de su cuerpo llenó el espacio entre nosotros… y luego… me besó.

Su sabor se mezcló con el amargor del whisky y la nicotina. Sus labios eran suaves. Cálidos. Sus dedos recorrieron mi mandíbula, deslizaron por mi barba, como si quisiera asegurarse de que yo era real.

Real…

Ella era real…

Mi mente colapsó. El corazón golpeó tan fuerte contra mis costillas que supe que ella lo sentía.

El peso del mundo seguía sobre mis hombros. La sangre. El cansancio.

La furia sin resolver.

Pero por primera vez en dos días… respiré aliviado.

¡Mía!

Rosalinda estaba ahí.

De verdad.

Por mí.

La boca de ella aún rozaba la mía cuando la realidad me golpeó en el estómago como un puñetazo: estaba sucio. Inmundo. Mi piel pegajosa de sudor, alcohol y sangre seca. Mi cabello despeinado caía sobre la frente, la barba áspera y descuidada me arañaba los dedos.

El instinto de apartarla surgió como un reflejo primitivo. No quería que me viera así. Destruido. Nunca quise que presenciara esa parte de mi vida, el lado más sucio de la *cosa nostra*... mi lado más cruel y oscuro.

El sabor de su beso ahora era un pecado que me quemaba por dentro.

Alcé la mano para apartarla, pero no pude. Rosalinda no se movió. No retrocedió. Sus ojos seguían clavados en los míos, y eso me rompió de otra

forma. Ella sabía dónde estaba. Sabía lo que significaba esa sala. Sabía lo que hice ahí dentro.

El silencio entre nosotros se prolongó. Su respiración era suave, estable; la mía, un trueno retumbando en mi pecho. Mis ojos bajaron hasta sus manos sobre mis muslos. Pequeñas, delicadas… tocando al monstruo.

— ¿Eres un ángel que vino a rescatarme del infierno? — mi voz salió ronca, arrastrada por el cansancio y la bebida.

Sus labios temblaron, no por duda, sino por desafío. Levantó la mano con el anillo de compromiso y deslizó los dedos por mi mejilla, sin apartar la mirada.

— Si lo soy, entonces llegué tarde… — murmuró. — Ya llevas ardiendo varios días.

No supe qué dolía más: que ella tuviera razón o que viera hasta lo que no quería mostrar. Rosalinda parecía ver partes de mí que nadie más podía. Y ahora estaba viendo la peor de ellas. No quería eso. Nunca lo había deseado. Pero ella estaba ahí y no podía mandarla lejos.

Me atrajo hacia sí, sus dedos en mi nuca, nuestras frentes juntándose. Sentí su respiración cálida en mi boca. Sentí cómo se fundía conmigo. Mi infierno seguía ardiendo alrededor, pero ella estaba ahí, y eso lo cambió todo.

El silencio creció entre nosotros como un abismo. Mis dedos la sujetaron fuerte por la cintura, como si me necesitara en ella para no hundirme en esa sensación abrumadora que cubría mi pecho.

— Esto soy yo, amore… — mi voz salió densa. — Y Tommaso. Y mi papà… y el tuyo… Marco y Alessandro… el maldito de Guido De Luca… Todos somos así, detrás de nuestros trajes caros… Y nuestros hijos lo serán también.

Mi sentencia quedó flotando en el aire. Sabía su peso. Ella también.

Nuestros hijos.

Nunca lo había dicho en voz alta. Nunca había imaginado un futuro en el que realmente tendría una familia. Pero ahora la idea de una niña con los ojos de Rosalinda y un niño con mi temperamento caótico era lo único que tenía sentido.

Herencia de sangre.

Legado.

El medio sonrió de Rosalinda se dibujó en sus labios antes de que ladeara la cabeza con suavidad letal, y tan certera como una bala en el pecho murmuró:

— No se quedarían dos días sin bañarse… los iré a buscar igual que hice con su padre.

La risa de Tommaso retumbó como un trueno seco desde el fondo, recordándome su presencia espectadora.

Me quedé ahí, en medio del infierno, con mi mujer diciendo que si algún día tuviéramos hijos, los iría a buscar del cuello si actuaran como su padre.

Y eso…

Eso hizo que algo muy jodido dentro de mí se reconfigurara.

Mis manos subieron por su cuerpo, los dedos enredándose en su cabello mientras la atraía más cerca.

— Dices eso como si ya lo hubieras decidido todo, *Bella Rosa*. — mi voz salió baja, peligrosa, pero cargada de una fascinación que no intentaría ocultar ni aunque quisiera.

Ella mordió su labio inferior… y sonrió. No me miraba como una *principessa* intocable que se mantenía ajena a lo que la sociedad decía sobre hombres como yo… *mafiosi*. Rosalinda me miraba como la mujer que compartiría la vida con el futuro *Don* de *The Arm*, y sabía exactamente lo que eso significaba.

Pasé la mano por mi rostro sucio, tratando de ignorar la tensión que latía en mi mandíbula. Dos días sin ducharme. Sin comer bien. Sin dormir. Dos días ahogándome en un maldito infierno. Y entonces, mi mujer simplemente entró allí para arrancarme de mi propio abismo.

Ella se inclinó un poco y su perfume me golpeó de nuevo. Debería apartarla. Debería decirle que ese galpón no era lugar para ella. Debería protegerla de ese mundo sucio.

Pero la jodida verdad era que, en el fondo, me gustaba verla allí.
No con los ojos abiertos como una chica frágil que entró donde no debía. Sino con la determinación de una mujer que sabía dónde pertenecía.

Mi mujer.

— No deberías estar aquí... — murmuré, mi voz casi ronca.

Ella arqueó una ceja.

— Pero estoy.

No retrocedió al mirar alrededor y ver la sangre, las cadenas, al desgraciado colgado, a punto de perder más partes del cuerpo.
Rosalinda Povvi no tuvo miedo. No huyó.

Exhalé lentamente y deslicé los dedos por su cabello, apartando un mechón suelto detrás de su oreja.

— ¿De verdad viniste a buscarme, hum?

Ella me apretó el rostro entre los dedos, una leve sonrisa danzando en la comisura de sus labios, pero sus ojos lo decían todo.

— Y solo saldré de aquí si te llevo conmigo.

Yo sabía que había encontrado a mi igual.



CAPÍTULO 35

ETTORE

— Ahora descansa un poco… y confía en mí. — Su voz fue un susurro contra mi piel, mientras los dedos cálidos de Rosalinda recorrían mi rostro, trazando una línea invisible desde mi mandíbula hasta la comisura de los labios.
Un contacto suave, íntimo, pero que llevaba un mandato silencioso.

La vi alejarse de mí, erguida, con paso felino, como cazadora aproximándose a su presa. Y entonces se detuvo junto a Gutierrez.
Fruncí el ceño. ¿Qué carajo está haciendo?

La fatiga desapareció de golpe cuando me puse alerta. Enderecé el cuerpo, los músculos tensos, y mi mirada osciló entre la figura de Rosalinda y la de Tommaso, recostado contra la pared, observando con demasiado interés.

No mostraba sorpresa.

Apreté la mandíbula.

Maldito. ¡Él sabía algo que yo ignoraba!

El silencio en la sala se volvió opresivo. Gutierrez estaba tan inmóvil que parecía muerto. Entonces, Rosalinda habló… y todo cambió.

— Hola… creo que ya sabes quién soy, ¿no? — Su voz era baja, casi amable. Un escalofrío me recorrió. — Mejor ahorrémonos presentaciones. Yo también sé quién eres… y lo que hiciste. No te preocupes, no voy a gritar ni llorar frente a ti.

Hizo una pausa, y sus ojos recorrieron el cuerpo maltrecho del asesino de mis padres. Luego, sonrió.

— Pero alguien llorará hoy. Eso te lo aseguro. — Rosalinda dio un paso a la derecha, contorneando lentamente a Gutierrez. El pisar de su coturno raspando el concreto sucio resonó, vibrante y cortante, junto con el crepitar intermitente de la lámpara.

Se inclinó, acercando sus labios al oído del prisionero, tensándolo.

— Sabes que vas a morir pronto. Eso no va a cambiar. Podría irme ahora mismo y llevar a mi hombre a casa… podríamos dejarte aquí pudriéndote.

Los ojos de Tommaso destellaron con algo que no supe descifrar.
¿Qué diablos estaba ocurriendo?

— Puede faltar un día o puede que unas horas, pero vas a ir al infierno. — La voz de Rosalinda seguía suave, cálida, íntima. Inclinó la cabeza. — Quizá cambies de idea y te muerdas la maldita lengua hasta ahogarte en tu propia sangre, pero supongo que alguien como tú es demasiado orgulloso para eso. ¿Estoy en lo cierto?

No hubo respuesta. Ni movimiento.

Pero Gutierrez dejó de estar relajado.

— Creo que estoy en lo cierto. — Rosalinda sonrió de nuevo.

El aire a mi alrededor se volvió más denso. Respiraba con dificultad, también mi pecho se movía irregularmente. No sabía si quería detenerla... o seguir observando. El foco iluminaba su piel pálida, sus labios perfectos pintados de rojo, sus ojos con ese brillo maldito y seductor que bien conocía.

Pero esta noche había algo distinto. Me mostraba una faceta suya que, quizás, siempre existió y nunca percibí.

— Ettore haría lo mismo en tu lugar, para proteger a quienes ama… — Su tono no era de rabia ni de juicio. Simplemente un hecho. Mi puño se apretó. — Mi papá también lo haría… pero tú ni siquiera le diste una oportunidad. Ahora mis hermanitas y yo somos huérfanas. Por tu culpa. ¿Y por qué? Porque ese es tu puto trabajo. Matar por dinero.

Gutierrez inhaló con fuerza. La cadena chasqueó. Pude imaginar su sangre circulando rápido.

Rosalinda deslizó la cabeza, evaluándolo como un rompecabezas inacabado.

— ¿Sabías que tienen apenas cuatro años? — Silencio. El aire en la sala pareció evaporarse. — La misma edad de tu pequeña hija más joven. La tierna Juanita.

Mi mente se detuvo. Miré a Tommaso, pero él no correspondió. Seguía mirando a Rosalinda con atención.

Apreté los dientes.

¿Qué carajo…?

Pero antes de que reaccionara, Gutierrez lo hizo por primera vez: su cuerpo tembló, y aunque tenía los ojos vendados, era claro que algo lo había removido.

— Rosalinda se acercó aún más, la boca casi rozando su oreja. Y entonces… deslizó, con voz helada:

— Mataste a nuestros padres a metros del cuarto donde dormían… Y ahora… Juanita no tendrá a su papá contándole historias para dormir.

El cuerpo de Gutierrez tembló. Su respiración se convirtió en un siseo. La cadena se movió.

¡Ella lo había atrapado!

Tommaso deslizó un cigarrillo entre los dedos, una media sonrisa sucia y admirada bailando en sus labios. Finalmente me miró, sin una sola palabra. Pero su mirada lo decía todo: "Déjala terminar."

Mi mandíbula estaba tan rígida que sentía el sabor a hierro en la boca.
El silencio era tan denso como el humo, infiltrándose en los pulmones, intoxicando cada maldita célula de mi cuerpo.

Solo observaba.

Rosalinda estaba firme frente a Gutierrez, y él ni siquiera la veía —porque seguía con los ojos vendados—. Pero eso no importaba. Él sentía su presencia. Sentía cada palabra de mi mujer reptando sobre su piel como cuchillas afiladas. Y yo también.

— ¿Y Yolanda? — Su voz fue dulce, tranquila.

Yo ya sabía que la calma antes de la tormenta era lo peor.

Gutierrez no respondió, pero vi los músculos de su cuello tensarse.

— ¿Crees que va a extrañarte? — continuó Rosalinda, yendo a su alrededor como una sombra letal. La cadena se tensó cuando él encogió los brazos. — Porque yo extrañé a mis padres cuando estaba en el internado… Incluso a pesar de que papá estaba demasiado ocupado con el trabajo.

Sentí el peso de cada palabra instalándose como plomo en mi estómago. Sabía adónde quería llegar y lo que estaba dispuesta a hacer. Pero aun así… no podía apartar la mirada.

Rosalinda le tenía en la palma de la mano.

— Yolanda incluso sabe que viajabas tanto para costearles la vida cómoda que llevaban. — De nuevo, la cadena crujió. Respiración entrecortada. Yo me enderecé.

— Pero eso se va a terminar pronto…

Los hombros de Gutierrez temblaron como si ya sintiera la soga asfixiando su cuello.

— ¿Y sabes una cosa? — Rosalinda inclinó la cabeza, su sonrisa era cruel de un modo que nunca había visto. — No creo que ellas te perdonen por lo que va a pasar.

Gutierrez se sacudió y yo me levanté. Mi instinto gritó que era hora de intervenir. Pero Tommaso puso un brazo frente a mí, deteniendo cualquier movimiento. Mis ojos se clavaron en él, amenazantes, buscando respuestas. Y él solo asintió levemente.

"Déjala continuar."

Mi corazón golpeaba en mi pecho como un tambor de guerra.
Rosalinda no vaciló.

— Pero aún están en ventaja… — La tensión en la sala explotó. El cuerpo de Gutierrez quedó rígido como estatua.

— Porque incluso cuando estés muerto… Milagros estará con ellas. Y eso me molesta. Las balanzas desequilibradas me molestan.

Mis pupilas se dilataron.

Estaba en shock. No solo porque ella lo dijera. Sino porque, por un instante… realmente creí que lo mataría a él.

El asesino estiró los brazos en la cadena, los músculos de su cuello palpitando.

Sintió el peligro. Pero ya era demasiado tarde.

El aire se volvió un veneno espeso, imposible de soportar.

— Porque mataste a *mamma*… Así que, si no te importa el dolor de mis hermanitas… — Rosalinda cruzó la última línea entre la luz y la oscuridad. — No necesito importarme por el dolor de tus hijas si acabas dejándolas huérfanas también. Es justo, ¿no crees?

Gutierrez se agitó y comenzó a maldecir en español. Rosalinda por fin le quitó la venda. Sus ojos se abrieron de golpe, parpadeando con rapidez por la luz tenue. Nos vio por primera vez. Y en ese instante, vislumbré un miedo real en su rostro.

— Hola… — Ella sonrió, manteniendo una calma mortal. — Seguro que ahora estarás cabreado por no haberme matado también, ¿verdad?

La cadena vibró violentamente cuando él intentó moverse. Pero no pudo.

— Porque tengo una idea… desde que conocí a tu encantadora familia en Baja California.

Mi visión se nubló por un instante.

— No… — gruñó Gutierrez.

— Sí. — Su sonrisa se amplió.

Sentí cómo todo mi cuerpo se contrajo.

Y entonces… Rosalinda metió las manos en el bolsillo del abrigo y sacó un celular.

¡Qué diablos está haciendo?!

— En este momento, hay un francotirador con el visor apuntando a la cabeza de tu esposa. Solo esperando mi llamada. — Mi mujer estaba jugando con la cabeza de un asesino entrenado, sin mover un solo dedo. La respiración de Gutierrez se tensó, desesperada.

— Y después de que *Milagros* se una a *mamma*… el tipo me traerá a Juanita y a Yolanda. Y pasarán el resto de su vida pagando por lo que tú me hiciste a mí y a mis hermanas.

El infierno entero se desató dentro de esa sala.

— ¡SON NIÑAS! — rugió él. La cadena tembló. Su respiración era un trueno sucio y sofocante.

— *Los niños crecen*. — Rosalinda no vaciló. Ni siquiera desvió la mirada.

Entonces se dispuso a marcar y acercó el celular a su oído.

— ¡NO! — chilló Gutierrez. — ¡Maldita perrita del carajo…!

Pero Rosalinda ni pestañeó.

Tommaso, a mi lado, permaneció impasible.

Sabía exactamente lo que iba a pasar.

— Pero antes de eliminar a Milagros… — continuó Rosalinda — voy a contarle a tus hijas por qué de pronto se quedan huérfanas...

Y entonces...

— Yo no fui allí para matarte... — jadeó Gutierrez, desesperado. — ¡Y ese hombre ni siquiera era tu padre de verdad!

Esas palabras retumbaron en mi cabeza como un trueno sordo.
Rosalinda no se movió. Simplemente se quedó quieta, el celular aún cerca, con la mirada fija en Gutierrez como si intentara comprender lo que acababa de decir.

Yo entendí todo de inmediato.

La verdad siempre estuvo allí, escondida entre las líneas de mis conversaciones con *Tici*.

Papà también lo sabía. Autorizó que mi *amico* se casara con Rosalia sabiendo que ella estaba embarazada de otro hombre. Un secreto entre *Boss*, *Underboss* y *Consigliere*. Los tres protegíamos a madre e hija.

Entonces *Don Alejandro* apareció en el funeral, reclamando la protección de mi prometida... porque él también lo sabía.

¡Mannaggia!

Las piezas finales del rompecabezas encajaron en mi mente.
Mi pecho se elevaba y descendía, el corazón martilleaba el pecho.
No fue una simple provocación: Gutierrez quiso desestabilizar a Rosalinda. Y lo logró.

Ella aún procesaba sus palabras cuando el desgraciado le escupió encima, dejando un rastro húmedo y repugnante en su abrigo. La mandíbula de Rosalinda se tensó. Su respiración se profundizó, los dedos le palidecieron apretando el celular.

Mi visión se oscureció. La tensión, insostenible, explotó en mi pecho. Un hilo de sudor recorrió mi sien cuando saqué el arma del cinturón y la liberé tan rápido como me acerqué al bastardo que merecía el infierno. El clic resonó cuando apunté a su frente y presioné el gatillo.

¡Iba a volarle la cabeza!

Pero antes de que pudiera mandar esa maldita bala al cráneo de Gutierrez...

— ¡No! — el grito de Rosalinda fue lo único que me detuvo.

Su mirada se cruzó con la mía. No había miedo, no temblor: solo determinación mortal. Desvió la mirada de mí y enfrentó al hijo de puta como si ya estuviera muerto.

Rosalinda limpió la saliva del escupitajo de su abrigo, luego volvió a concentrarse en el celular y comenzó a marcar de nuevo.

— Quiero un nombre *antes* de que alguien conteste — su voz, baja y glacial — y entonces dejaré vivir a tu familia.

El primer tono resonó.

Gutierrez tembló.

El segundo.

Apretó los puños, tensando la cadena.

El tercero.

— *El Dragón*. — su voz, un hilo rasgado — *Cartel del Viento*.

Ese nombre explotó en mi mente.

Pero antes de que pudiera reaccionar… vi en los ojos de Rosalinda el instante exacto en que algo en su interior se quebró por completo.

Y entonces se movió.

Fue rápido.

Fue letal.

Fue brutal.

El brillo de la navaja cortó el aire.

El sonido fue húmedo.

La sangre brotó.

Gutierrez ni siquiera tuvo tiempo de gritar. Su cuerpo se estremeció, los ojos abiertos de par en par. La sangre estalló desde la herida abierta en su cuello, salpicando a mi mujer.

Vi cómo se paralizaba. La navaja resbaló de sus dedos.

Su expresión… ¡joder!

Era un torbellino de estupor, incredulidad… algo nuevo e irreversible. El labial rojo contrastando con las gotas de sangre salpicadas en su rostro, la mirada fija en el hombre al que acababa de matar.

Rosalinda siguió mirando al cadáver, respirando de forma irregular, los ojos desorbitados.

—Joder… —Tommaso soltó un silbido bajo.

La rabia que me consumía desapareció, sustituida por un instinto primitivo de protegerla. Mi vista recorrió a Rosalinda y se posó en el cuerpo sin vida de Gutierrez.

Arrojé el arma. Ni siquiera miré dónde cayó. Me acerqué a ella, la abracé, la sostuve con fuerza antes de que cualquier mierda fuera a instalarse en su mente.

Ella no reaccionó.

No se resistió.

Solo me dejó sostenerla.

Vi a Tommaso sobre su hombro.

El hijo de puta parecía orgulloso.

—Limpia este desastre —ordené con voz seca, cargada de ira contenida.

Él levantó la barbilla con una media sonrisa, consciente de lo que había ocurrido y sin esconder lo mucho que le había gustado.

Me giré y salí, llevando a Rosalinda en mis brazos. Subimos las escaleras del galpón sin detenernos, mi respiración era un torbellino. Las piernas me obedecían por impulso: sacarla de allí.

El peso de ella contra mi pecho era un ancla. Su perfume, mezclado con sangre, me generaba un orgullo enfermo y un deseo posesivo.

Ella ya no era una niña ingenua.

Rosalinda acababa de corromperse.

Y estaba jodido… porque la verdad es que quería besarla y corromperla aún más.

Abrí de golpe la puerta de mi cuarto privado. Entré sin detenerme. El espacio era amplio, oscuro, impregnado de tabaco y cuero. Pero no quería llevarla allí.

Fui directo al baño. El flexo emitía una luz amarillenta, suave, sobre el mármol oscuro. Las llaves doradas reflejaban un lugar que debía ser lujoso, pero

que ahora solo servía como escenario para el caos que sostenía.

Sus ojos me buscaron, vacíos de arrepentimiento.

La senté en el lavabo, con las piernas separadas, los coturnos golpeando los muebles de madera. Quité su abrigo ensangrentado y lo dejé en el suelo. No protestó. Llevé sus zapatos y calcetines al suelo, sin ceremonia. Tenía prisa.

Ella me miraba en silencio. La electricidad entre nosotros vibraba en el aire, al ritmo agitado de nuestros corazones.

Me coloqué frente a ella y limpié su rostro de sangre con mis dedos.

—¿Estás respirando? —pregunté, con voz grave y ronca.

—Sí —respondió ella en un susurro, humedeciéndose los labios.

Sentí mi autocontrol romperse. Me incliné hacia ella, mis manos bajando por sus piernas, el tacto firme del vinilo sobre su piel caliente.

Mi boca se detuvo a centímetros de la suya. Ella contuvo la respiración. Sus manos temblorosas me tomaron del rostro, atrayéndome a un beso que tenía el sabor del caos y la redención simultáneamente.

El infierno pudo estar allá afuera... pero allí, dentro, Rosalinda Povvi era solo mía.

El sabor a sangre y adrenalina se mezclaba con el dulce y el amargo del beso. Sus labios se movían con hambre, con desespero y con algo más profundo que me incendiaba por dentro.

Mis manos subieron por sus piernas, apretando la carne caliente a través del vinilo. Ella gimió contra mis labios mientras mis dedos subían hasta su cintura, encontrando el dobladillo de la blusa. La levanté con violencia contenida, tirando de ella por la cabeza, revelando su piel manchada.

Mi mujer.

Una reina cubierta con la sangre del enemigo.

Ella arqueó la espalda, los ojos clavados en los míos, mientras mis dedos bajaban por las tiras del sujetador y lo bajaban, dejando al descubierto sus senos firmes.

Perfecta.

Mis pulgares rozaron sus pezones, presionando suavemente; la piel se endureció al contacto. Rosalinda inclinó la cabeza hacia atrás, su cabello desordenado cayendo sobre sus hombros, mientras soltaba un gemido contenido.

Mi boca volvió a la suya. La urgencia aumentaba con cada segundo. El olor a sangre, sudor y deseo llenaba el aire. Bajé los besos hacia su mentón, deslizándome por la línea de su mandíbula y bajando por la curva de su cuello. Mis manos descendieron hacia su cintura otra vez, encontrando la textura firme de la legging de vinilo.

Tiré del cierre lateral con lentitud, sintiendo su cuerpo contraerse bajo mi toque. Deslicé la prenda hacia abajo, mis dedos rozando su piel caliente. Rosalinda arqueó las caderas, permitiéndome liberarla de la ropa.

Solo quedaba la maldita tanga diminuta.

Mis dedos hallaron el lateral de la última barrera entre ella y la completa desnudez. Un tirón y la tela de encaje fue arrancada de su cuerpo, deslizándose por sus piernas hasta unirse al resto de la ropa en el suelo.

Y entonces, ella estaba completamente desnuda.
Completamente mía.

Mis pulgares rozaron sus pezones una vez más, entintando su piel con la sangre que aún teñía mis manos.

La visión de ella, en ese momento, era inexplicablemente hermosa.

Mi mente se incendió.

Mis entrañas se quemaron.

La condenada de mi alma ardió.

La necesidad de poseerla estalló dentro de mí, tan primitiva que resonaba con la obsesión enfermiza que sentía por ella. Me separé apenas lo suficiente para tomarla por la cintura, haciéndola deslizarse un poco más hasta el borde del lavabo.

Mi boca colisionó con la suya de nuevo. Un beso cálido, desesperado, sin espacio para dudas ni vacilaciones. Mis manos bajaron a sus muslos, abriéndolos aún más, sintiendo el calor que emanaba de ese lugar.

— ¿Tienes alguna idea de lo que realmente sucedió allá abajo, amore? — pregunté con un gruñido salvaje, separándonos un instante para recuperar el aliento.

Sus ojos se oscurecieron, pero negó con un sutil movimiento de cabeza.

Ya suponía que Rosalinda no tenía ni idea del significado. Pero dejaría mis cuentas pendientes con Tommaso para otro momento.

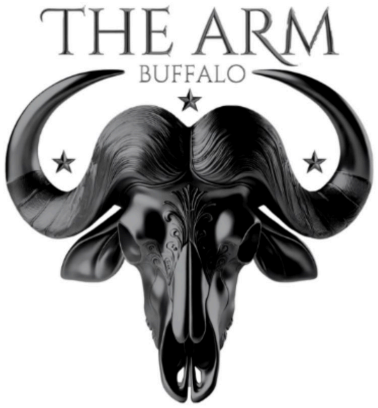
Por ahora, necesitaba adorarla.

Exaltar a mi condenada de mujer.

— Un bautismo de sangre, Bella Rosa… Bienvenida a la famiglia.

Luego, me arrodillé.

Y caí de boca en ella.



CAPÍTULO 36

ROSALINDA

El aliento aún se me atoraba en la garganta cuando Ettore se arrodilló frente a mí. Todo mi cuerpo latía, las venas rebosaban adrenalina en lugar de sangre. Los músculos tensos, pero no por miedo. Ni por remordimiento. Era otra cosa… algo que jamás había sentido antes.

La verdad era que… me gustó.

Me gustó ver a Ettore en ese estado brutal y salvaje.

Me gustó el caos.

Y me gustó lo que hice.

Los dedos de Ettore se clavaron en la piel desnuda de mis muslos, abriéndolos con más fuerza, exponiéndome ante él sin reservas. Su lengua se deslizó despacio, cálida y exigente, arrancándome un gemido tembloroso.

No tenía prisa. Me torturó con un ritmo calculado, explorando cada nervio, cada centímetro de mi piel sensible.

Mi pecho subía y bajaba con una respiración desordenada. Mis dedos se enredaron en su cabello sucio, jalándolo con fuerza, como si pudiera mantenerlo ahí, entre mis piernas, para siempre.

El mundo se desmoronaba a nuestro alrededor. Ettore era destrucción pura. Pero, de algún modo, me reconstruía al mismo tiempo que me consumía.

La oscuridad a nuestro alrededor se deshacía en espirales de placer crudo. Su barba áspera rozaba mi piel, provocándome escalofríos violentos. Su boca se movía con precisión letal, succionando, explorando, arrastrándome a un estado febril y delirante.

—*Dio, Ettore…* —mi voz fue apenas un susurro suplicante.

Él sujetó mis piernas con más fuerza, aprisionándome contra el borde frío de mármol, impidiéndome escapar del placer que derramaba sobre mí.

Mi cuerpo se arqueó. Los muslos temblaban a los lados de su rostro. Y entonces, el orgasmo me golpeó como una explosión cruda, arrancándome un gemido que retumbó en el baño.

Mis uñas se hundieron en su cuero cabelludo. Ettore gruñó contra mí, saboreando cada espasmo. Sentí cada segundo. Y él me devoró hasta la última gota antes de levantar el rostro, la barba manchada con los fluidos de mi rendición.

Nuestros ojos se encontraron. Oscuros. Depredadores. Obsesionados.
Era una tormenta viva. Y yo quería que me arrastrara con él hacia el ojo del huracán.

Antes de que pudiera decir nada, Ettore me alzó de nuevo, me cargó en brazos y, al entrar conmigo a la ducha, abrió el grifo.

El agua caliente se derramó sobre nosotros, empapando nuestra piel. Él aún seguía parcialmente vestido, cubierto de sangre, con el olor a tortura y furia contenida impregnado en su cuerpo.

Mis dedos recorrieron su cintura, desabrochando el *coldre* vacío para liberarlo de la ropa mojada.

—Quítate eso… —mi voz, aún cargada de placer, sonó como una orden.

Ettore me sostuvo la mirada, recorriendo cada centímetro de mi cuerpo desnudo. Y luego obedeció. El *coldre* cayó al suelo con un golpe húmedo. Las manchas de sangre seca seguían esparcidas por su piel caliente, pero había algo morboso y sexy en ver cada músculo delineado del hombre que ahora era mío.

Comenzó a desabotonar los pantalones, pero tomé sus muñecas.

—Déjame hacerlo yo —murmuré, mientras mis dedos trabajaban con lentitud en los botones.

Cuando bajé el cierre, sentí la rigidez de su erección latir contra la tela mojada. Levanté la vista para encontrarme con la suya, y por un instante, ninguno de los dos respiró.

El agua corría sobre nosotros, llevándose la sangre, el sudor y el peso de todo lo que habíamos hecho. Pero no la oscuridad. Esa seguía siendo nuestra.

Le bajé los pantalones junto con la ropa interior, liberándolo por completo.

Ettore tomó mi rostro entre sus manos y me besó con un desespero que incendió todo a nuestro alrededor.

El infierno podía esperar.

Ahí, bajo el agua caliente, yo era solo suya.

Y él era mío.

Ettore se apartó lo suficiente para quitarse los zapatos y los calcetines empapados, empujándolos hacia un rincón del box. Luego, con una patada perezosa, se deshizo de los pantalones y la ropa interior mojada. Y entonces, quedó completamente desnudo.

Mis ojos bajaron antes de que pudiera evitarlo.

Tan grande. Duro. Grueso.

La *glande* rojiza brillaba bajo el chorro caliente de la ducha, palpitando de forma indecente, pidiéndome.

¡Por Dios, estaba embriagado de deseo!

Ettore ignoró mi mirada hambrienta y estiró el brazo hacia el dispensador de jabón en la pared, apretando bastante en sus manos grandes y frotándolas entre los dedos. El aroma cítrico y amaderado se mezcló con el vapor del baño cuando deslizó las manos por su propio miembro, limpiándolo, los dedos esparciendo la espuma lentamente por toda su firme extensión.

Observé cómo se tensaban los músculos de su abdomen. Vi su mandíbula apretarse cuando apretó la base y sus manos volvieron a subir, lavándose con un

movimiento casi provocativo, una invitación evidente al placer prohibido.

Mi boca se entreabrió y la respiración se me cortó. La sangre seguía hirviendo en mi cuerpo. Mis nervios estaban en llamas. Lo que me había hecho instantes antes no había sido suficiente. Moví mis manos antes de pensar y tomé un poco de jabón también, acercándome a él.

Ettore alzó la mirada y me observó con un fuego cálido y eléctrico. No vacilé. Deslicé las palmas por su abdomen, sintiendo la textura de su piel caliente y los músculos endurecidos. Era puro acero; cada línea de su cuerpo parecía esculpida en odio y caos.

Pasé la espuma por sus hombros anchos, bajando por su pecho firme, donde aún quedaban manchas de sangre seca, llegando más abajo, lavando cada trozo de su ingle y sus muslos gruesos.

Ettore tembló. Sus ojos ardían en los míos.

Tomó más jabón y me hizo lo mismo a mí.

Sus manos comenzaron por mis hombros, deslizaron lentamente, trazaron mi cuerpo como si me estuviera cartografiando, poseyéndome con su tacto. Mis pechos se apretaron contra sus palmas firmes. Sus dedos recorrieron mi piel enjabonada, apretaron, sintieron. Mis pezones se endurecieron al instante, rozando con sus manos calientes, provocando un estremecimiento violento en la base de mi columna.

No dijimos ni una palabra, solo respiramos juntos.

Nuestro silencio era puro deseo y perdición.

Él esparció la espuma por mi cintura, rodeó la curva de mis caderas, la extendió por mi vientre y bajó por mis muslos. Cuando regresó a mis pechos, sus pulgares rozaron los pezones, presionando suavemente.

Mi cabeza cayó hacia atrás. Cerré los ojos, y un suspiro escapó de mis labios, traicionándome.

Él rió.

Bajo.

Peligroso.

El agua enjuagaba la espuma de mi piel cuando su boca me alcanzó otra vez. La lengua caliente invadió mi boca, famélica y dominante. Mis manos se deslizaron sin aviso hacia su miembro, sujetando la base con firmeza y apretando suavemente.

Ettore gimió contra mis labios y el sonido resonó dentro de mi pecho. Sus caderas se movieron instintivamente al ritmo de mi toque, buscando más. Lo provoqué. Deslicé mi palma enjabonada despacio, subiendo y bajando a lo largo de su dureza, sintiéndolo palpitar en mi mano.

—Bella Rosa… — gruñó, como una advertencia, la frente pegada a la mía, la respiración irregular.

Continué. Mis dedos presionaron la punta hinchada, repartiendo la espuma junto al propio líquido viscoso que fluía de allí. Ettore cerró los ojos, su mandíbula se tensó. Sus dedos hundidos en mi cintura me sujetaban con fuerza.

—*Cazzo!* — gruñó cuando apreté con más fuerza, sus ojos abriéndose de golpe. —Rosalinda, si sigues… te voy a follar contra este box.

La amenaza surgió baja, grave, como un trueno denso y violento que reverberó dentro de mí. Y entonces sonreí. Mis ojos no se apartaron de los de él mientras me daba un paso atrás y me giraba de espaldas, lentamente, sin prisa, dejándole ver cada detalle de mi cuerpo desnudo bajo la tenue luz amarillenta del baño de paredes oscuras.

— Entonces folla — pronunció, mis manos abiertas contra el vidrio empañado del box, arqueando la cadera.

Mis músculos estaban tensos, el placer recorriendo mi columna como una corriente eléctrica a punto de estallar.

Por un instante todo se detuvo. Solo existía el sonido del agua cayendo y el tambor irregular de nuestros corazones. Mis manos permanecían abiertas contra el vidrio caliente, la piel húmeda vibrando de expectativa.

Él no se movió de inmediato. Pero sentí cuando inhaló hondo detrás de mí, intentando dominar algo que ya estaba muy fuera de control. Sentí cómo su deseo se espesaba, haciéndose imposible de ignorar. Su presencia se acercó, el

calor de su cuerpo desnudo irradiando, cercándome, atrapándome en un espacio que ya era solo suyo.

Entonces me tocó. Sus dedos acariciaron la curva de mi espalda, despacio, casi reverentes. El contacto de un hombre que conoce su poder y sabe exactamente el efecto que provoca. Sus manos siguieron hasta mi cintura, apretando con firmeza, los pulgares marcando mi piel húmeda.

— Sabes que no deberías jugar con fuego, Bella Rosa — musitó, su voz ronca, cargada de peligro y promesas que me incendiaban.

— Pero me gusta quemarme, Ettore.

Un gruñido grave surgió desde lo más profundo de su garganta. Antes de que pudiera advertirlo, un brazo fuerte se deslizó por mi cintura, atrayéndome de nuevo contra su cuerpo. Mi columna se arqueó, mis ojos se cerraron al sentir su erección presionando contra mí, deslizándose entre el agua caliente y el deseo crudo.

— No aquí… — la advertencia llegó en un susurro contra mi oído, su respiración caliente y entrecortada. — Si te follo contra este vidrio, puedo terminar rompiendo esta mierda.

Sus dientes rozaron mi piel justo antes de girarme con una brutalidad medida, haciéndome enfrentar su mirada felina. Mi espalda chocó contra los azulejos fríos de la pared y, antes de que pudiera procesarlo, él sujetó mi garganta con una mano, manteniéndome allí.

Mi pulso se desbocó. La mirada de Ettore descendió a mi boca, luego a mi pecho agitado, y más abajo, hasta el espacio entre mis muslos. Sus ojos brillaban con algo que hacía temblar cada centímetro de mi cuerpo.

Posesividad.

Obsesión.

Adoración brutal.

Alzó el pulgar y lo deslizó por mi labio inferior, presionando.

— Abre la boca. — Y yo obedecí. Su dedo entró. — Chupa.

La orden fue baja, cargada de un tono ronco y posesivo.

No aparté los ojos de los suyos mientras chupaba lento, jugando con la lengua, provocándolo. Cedí sin vacilar, rodeando su dedo, saboreando la mezcla de jabón y deseo crudo.

— Rosalinda… — Sus ojos decían todo.

Me estaba devorando sin apenas tocarme. Entonces su otra mano descendió por mi cuerpo, pasando por mi vientre, trazando cada curva con un toque lento y torturante de quien sabe exactamente lo que hace.

— No tienes idea de lo que sentí al verte allí, jodiendo la cabeza de ese maldito bastardo… — Su voz era deseo puro con una rabia contenida. Sus dedos alcanzaron mi centro, caliente y palpitante. Mi cuerpo tembló. — Cuando entendí que no era una alucinación…

Su pulgar se deslizó sobre el punto más sensible de mi coño empapado. Sus dientes rozaron mi cuello, provocando un escalofrío que recorrió cada centímetro de mi piel. Mis piernas temblaban. Los muslos se apretaron alrededor de los dedos que ya me estaban tocando.

—No sabes cuánto pensé en ti estos días —murmuró, moviendo los dedos, jugando con mi placer. Mi cuerpo se arqueó, el corazón martillando contra las costillas—. Cuánto deseé sentirte... marcarte otra vez... recordarte quién es el dueño de toda esta jodida locura.

Sus dedos se hundieron más profundamente dentro de mí. Mi cabeza cayó hacia atrás, chocando contra la pared, los ojos parpadeando lentamente, la boca entreabierta en un gemido tembloroso.

Dios, lo deseaba tanto que cada célula de mi cuerpo parecía suplicar por él.

—Ettore... —Mi voz salió en un susurro, pura desesperación—. Por favor...

Y lo único que me respondió fue un gruñido gutural antes de hundir aún más los dedos en mi coño.

Sacó el dedo de mi boca y lo deslizó por mi mejilla, luego sujetó mi rostro, obligándome a mirarlo directamente a los ojos.

—Pídelo otra vez.

Me estremecí. Me estaba deshaciendo.

—Por favor, Ettore…

Ettore apartó el cabello mojado de mi cara, sus ojos clavados en los míos. Su mirada era feroz, hambrienta, como si ya me estuviera devorando incluso antes de poseerme de verdad.

—¿Crees que puedes aparecer en mi infierno y salir ilesa, *Bella Rosa*? —El tono grave de su voz retumbó en mi pecho.

Él entró aún más profundo. Un sonido entre gemido y sollozo escapó de mis labios. Me aferré a su antebrazo, mis uñas clavándose en su piel humedecida en busca de anclaje.

—¿Me quieres? —susurró contra mi oído, mordiendo mi lóbulo mientras sus dedos seguían cavando lenta e implacablemente en mí.

—Sí… —jadeé, perdida en él, en la sensación, en cómo mi cuerpo cedía a cada contacto.

—¡Dímelo! —tironeó casi sus dedos en su totalidad y se detuvo.

—Te quiero, Ettore… por favor…

Se separó lo justo para colocar su cuerpo entre mis muslos, y hundió dos dedos nuevamente dentro de mí, más profundo y con fuerza, haciéndome arquear y soltar un grito ahogado.

—¿Así, Bella Rosa? —su boca rozó la mía, curvada en una sonrisa cruel—. ¿Es esto lo que quieres?

Solo pude gemir y clavar mis uñas en sus hombros.

—Si ahora te doy lo que quieres… —murmuró, sujetando mi barbilla y obligándome a mirarlo directamente—…no sabré contenerme.

Ettore no me ofreció tregua. Sus dedos se movieron con ritmo incansable dentro de mí, mientras su pulgar jugueteaba con mi clítoris.

Mis músculos temblaron; el orgasmo se acercaba, brutal, dejándome sin aliento.

El aire en el baño pareció volverse más espeso.

El silencio entre nosotros se volvió ensordecedor.

Sin aviso, retiró sus dedos y, con la misma urgencia, agarró su polla, alineándola justo donde yo más la necesitaba.

El primer embate fue lento… pero profundo.

—Dio… —hundió la cabeza en el pliegue de mi cuello, su respiración entrecortada—…siempre tan apretada, amore…

Las piernas me temblaban mientras me aferraba a él, con cada fibra de mi cuerpo al límite. Su mano me sostuvo la cintura y volvió a moverse, entrando y saliendo despacio, haciéndome sentir cada maldito centímetro de él dentro de mí.

—Eres mía —gemió contra mi piel, su voz cargada de un tono poseído y siniestro—. Siempre lo fuiste. Y siempre lo serás.

Mi cuerpo se rindió por completo, y en ese instante no existía nada más que la sensación de ser marcada, poseída, follada tal y como yo necesitaba.

Permaneció allí por un segundo, enterrado completamente, los músculos de su brazo temblando contra mi cuerpo.

—Quédate bien abierta para mí, Bella Rosa… —su voz era una pura tortura—…porque te voy a follar hasta que olvides todo… excepto mi nombre.

Y entonces aceleró sus movimientos. Más rápido. Más fuerte. Más profundo. Cada embestida me empujaba contra la pared, llevándome a un abismo del que nunca quise salir.

Mi mente quedó en blanco. Mi cuerpo se abrió para él, se moldeó a él, se convirtió completamente en suyo.

Ettore me follaba como si quisiera grabarme en su piel, y yo solo podía suplicar por más. Su agarre en mi cintura se volvió posesivo, desesperado, y yo ya no era dueña de mi cuerpo.

Me tenía por completo.

Cada embestida me recordaba el peso de lo que éramos. De lo que habíamos hecho. De la oscuridad que ahora compartíamos.

—¿Así, amore? —su voz era puro pecado y devoción al mismo tiempo.

Solo podía gemir, aferrada a él, intentando seguir el ritmo frenético de sus caderas golpeando contra las mías.

Pero Ettore quería más.

Siempre quería más.

Sus dedos se cerraron alrededor de mi garganta de nuevo, aprisionándome contra la pared con fuerza, aunque sin sofocarme.

—Eres la puta mujer más hermosa que he visto en mi vida, Bella Rosa — gruñó, mientras la otra mano se anclaba a mi cintura, manteniéndome firme—. Y también la más peligrosa…

Mi cuerpo tembló de placer.

El agua caliente continuaba deslizando sobre nuestras pieles, mezclándose con el sudor, la respiración entrecortada, el sonido obsceno de nuestros cuerpos encontrándose.

—¿Sabes qué sentí cuando mataste a ese hijo de puta? — se rió, pero fue una carcajada oscura, cargada de un deseo enfermizo—. No, no tienes ni idea, amore…

Clavó su embestida con profundidad.

Grité.

—¡Que tú eres perfecta para mí! — soltó mi cintura, deslizando los dedos por mi vientre, bajando hasta el punto más sensible de mi cuerpo. Un gemido surgió de mí y retumbó en el baño.

Cafeinó mi clítoris en círculos lentos, en sintonía con el ritmo cada vez más torturante de sus embestidas. Mis piernas comenzaron a ceder. El placer se acumulaba, intenso, ardiente… un incendio consumiendo cada puto centímetro de mi cuerpo.

Estaba a punto de estallar.

—¿Sabes lo que significa, verdad? — respiró con fuerza contra mi nuca, sus dientes rozando mi piel, marcándome—. Cuando cortaste la garganta de ese mierda… cuando me miraste como si yo fuera tu mundo entero…

—¿Qué… significa? — mi voz salió temblorosa, entre gemidos desesperados.

Su mirada me atravesó, me desgarró por dentro.

—¡Que somos iguales… que somos para siempre!

Una ola de placer me alcanzó con la fuerza de un tsunami. Todo mi cuerpo se contrajo alrededor de él, atrayéndolo aún más dentro de mí mientras el orgasmo me rompía desde dentro hacia afuera.

Ettore maldijo en italiano, su control desapareciendo por completo. Sus movimientos se tornaron erráticos, hambrientos, su respiración pesada y caliente contra mi piel, consumiéndome por completo.

Mis pulmones ardían. Mi cuerpo aún temblaba bajo el convulso orgasmo.

—Porra… Rosalinda… — me besó como un hombre roto que encuentra en aquel instante su única salvación. Como un pecador en devoción a su pecado favorito. Y me entregué.

Porque ahí, debajo del agua caliente, envuelta en su aroma, su sabor, su fuerza brutal…

Yo ya no era solo yo.

Yo era de él.

Siempre lo fui.



CAPÍTULO 37

ROSALINDA

— ¿Conoces la teoría del caos? — rompí el silencio mientras Ettore me cargaba hasta la cama.

La tensión en sus músculos delataba el cansancio, pero me sostuvo con firmeza, sin vacilaciones ni debilidades. Como si, incluso después de todo, siguiera creyendo que podría protegerme de lo que fuera.

Después de vestirme con una de sus camisetas y unos boxers anchos, él hizo lo mismo. Luego me llevó hasta el colchón suave, me arropó y se acomodó a mi lado: exhausto, pero alerta. Siempre alerta.

Nunca imaginé que Ettore pudiera tener un dormitorio tan lujoso en el galpón que funcionaba como centro de entrenamiento de The Arm. Había un armario impecable, con la ropa alineada como soldados en formación: trajes perfectos, camisas planchadas, ropa de equitación, de entrenamiento. Todo organizado al detalle, el orden perfecto para un hombre que gustaba tener control de su existencia.

Pero tenía sentido. Ettore siempre está un paso por delante, listo para cualquier posibilidad. Es un hombre meticuloso, obsesionado con el control. Tal vez para compensar su naturaleza caótica. O quizás esa simbiosis entre orden y destrucción es lo que lo hace tan… devastadoramente irresistible.

Después de casi destruirme contra los azulejos de la ducha, mi prometido me compensó con su faceta más protectora y tierna. Me duchó. Con paciencia y cuidado lavó cada trazo de sangre y muerte de mi piel. Como si al finalizar ese baño pudiéramos emerger limpios de algo que ya estaba grabado en nuestro ADN.

Yo no dije nada. Solo me dejé cuidar.

Y luego le devolví el favor.

El silencio entre nosotros no era vacío. Y solo podía pensar que sería feliz si pudiera repetir esto todos los días el resto de mi vida. Lo cual daba miedo.

Hace menos de un mes que volví a Buffalo, y todo lo que imaginé que haría fue completamente desechado. El destino tenía otros planes. Y, aunque me quitó muchas cosas, también me entregó algo que no sabía que me hacía falta: la otra mitad de mí.

Mi pecho se oprimía con tantas preguntas que quería hacer y respuestas que necesitaba exigir. Pero aún me sentía abrumada por la adrenalina de lo vivido y las revelaciones recientes. Quedaba mucho por asimilar… Solo era cuestión de tiempo.

— Estoy segura de que me lo vas a explicar — escuché a Ettore susurrar, su aliento mentolado por la crema dental inundando mis sentidos y sacándome de mis pensamientos.

Sus ojos estaban pesados, las ojeras marcadas en su rostro bello y devastador. Aun así, me miraba como si no quisiera perderse ni una palabra de lo que estaba a punto de compartir.

— El simple aleteo de una mariposa en Buffalo puede desencadenar un tornado en Japón.

— Acabas de fuckear mi cerebro — frunció el ceño.— Eso es… demasiado filosófico para esta hora.

— Es el principio de que una acción insignificante puede desatar eventos gigantescos e imprevisibles. Que cada elección elimina muchas otras posibilidades. Entonces, si cada detalle puede cambiarlo todo, ¿realmente controlamos nuestro futuro? ¿O solo navegamos en el caos?

Sus ojos se entrecerraron ligeramente, analizando cada palabra.

— Interesante. ¿Cuál es tu punto?

Me quedó la garganta seca.

— Si no hubieras aceptado ese acuerdo de matrimonio, ¿estaríamos aquí? Si Ticiano no se hubiera casado con mamma… ¿estaríamos aquí? Y si ese hombre no hubiera matado a mis padres esa noche… ¿aún así estaríamos aquí?

Sus dedos se deslizaron lento por las sábanas hasta descansar sobre mi cintura.

— Rosalinda…

— Si no me hubieras quitado a Lilith cuando era niña… — mi voz me salió en un susurro— y me hubieras dicho que no fuera débil o él me destruiría… ¿Me habría convertido en quien soy ahora? ¿Estaríamos aquí?

Un músculo saltó en su mandíbula.

— No lo sé — respondió en voz baja, pero intensa. — Pero prefiero creer que todo sucede por una razón, aunque no la entendamos. La red del destino puede ser aliada del caos. Trabajan juntos, tejiendo rutas distintas. A veces alejadas, a veces tan cerca que se entrelazan sin que lo advirtamos. Pero al final, muchos de esos caminos nos llevan al mismo lugar.

Absorbí sus palabras, sintiendo un peso extraño en el pecho.

— Interesante. ¿Cuál es tu punto?

Ettore sonrió de lado. Una sonrisa oscura, con un matiz peligroso.

— ¿Y si cuando eras niña no te hubiera asustado? ¿Habrías crecido sin miedo a mí? — Su voz bajó una octava.— ¿Y si nunca nos hubiéramos visto atados a un acuerdo matrimonial? O aquella noche en Peccato, cuando te vi en pole dance, ¿hubieras aceptado mi invitación a una copa? ¿Estaríamos aquí?

Contuve la respiración.

— Caminos distintos…

— …llevándonos al mismo lugar — dijo él, sosteniendo mi rostro entre sus manos, la mirada incendiaria. — No necesitas justificar lo que sientes, amore. No

hay que racionalizar. No estamos aquí por ese acuerdo. Estamos aquí porque tú eres quien eres. Y yo soy quien soy.

— Yo no esperaba… — vacilé, cerrando los ojos un momento antes de soltar lo que me ahogaba la voz: — No esperaba enamorarme tan rápido.

Ettore se inclinó sobre mí, sus labios rozando los míos.

— De una forma u otra, nos habríamos encontrado — murmuró con voz grave, feroz, innegociable—. Y aún así serías mía.

Y entonces me besó.

No fue un beso urgente como los anteriores. Fue algo más profundo. Más lento. Más inevitable. Como si, sin importar la ruta, siempre acabaríamos exactamente ahí.

Juntos.

*****

La sangre saltó caliente en mi rostro.

La navaja temblaba en mi mano, resbaladiza, mientras el cuerpo de Gutierrez convulsionaba en la cadena que lo sostenía. Sus ojos se fijaron en mí en sus últimos segundos de vida, sus labios se entreabrieron en un arqueo silencioso, como si intentara decir algo. Pero era demasiado tarde.

El aire se volvió denso, espeso como humo, y de repente la sala empezó a desvanecerse. La cadena que lo aferraba ya no estaba.

Ahora él estaba de pie.

Sus ojos blancos y muertos se clavaron en los míos. El corte grotesco en su garganta seguía abierto, la sangre goteando en el cemento.

— Te gustó… — Su voz no debería existir. Pero estaba allí, un susurro macabro que me congeló. — Lo vi.

Mi corazón estalló en mi pecho.

Di un paso atrás, pero el entorno volvió a cambiar. Ya no estaba en el galpón. Estaba en mi casa. La alfombra color vino oscuro del despacho de mi padre ahora estaba empapada de sangre. El cuerpo de mamá yacía en el suelo,

sus ojos vidriosos apuntando al techo. Papá estaba a pocos metros de ella, un charco rojo brotando de su pecho perforado.

Mis pies estaban húmedos. Cuando los miré, descubrí que estaba descalza… cubierta de sangre hasta los tobillos.

— Te gustó… — La voz de Gutierrez volvió a sonar, pero esta vez no salió de él.

Salió de dentro de mí.

Desperté jadeando, el grito ahogado en la garganta. Todo mi cuerpo temblaba. Mi corazón latía frenético, intentando escapar de mi caja torácica.
Me costó unos segundos entender dónde estaba. El techo de hormigón oscuro. El colchón suave. El aroma a tabaco y cuero mezclado con el perfume de Ettore. El cuarto dentro del galpón de The Arm.

El pecho me subía y bajaba de forma irregular. Parpadeé varias veces, tratando de disipar el aturdimiento del sueño, pero la sensación persistía. La navaja aún parecía real en mi mano. La sangre, caliente en mi piel.

Yo maté a un hombre.

¿Y lo peor?

Tenía razón.

Me gustó.

Giré la cabeza en la almohada. Ettore dormía a mi lado, su respiración lenta y profunda. Su cuerpo, amplio y firme, estaba parcialmente cubierto por las sábanas; los músculos, relajados por primera vez desde que lo vi en aquella sala de interrogatorio. Estaba exhausto. No había señal alguna de que notara mi agitación.

Mis ojos recorrieron su mandíbula apretada, sus ojeras marcadas, sus hombros relajándose incluso en sueño. Cargaba el mundo en su espalda, siempre listo para la próxima guerra. Y aun así, me abrazaba como si yo fuera su única paz.

Necesité un momento para respirar. Me levanté de la cama con pasos silenciosos, abrí la puerta, cuidando con no hacer ruido. Avancé por el pasillo de

forma instintiva, como si hiciera este recorrido con él, aún con el golpe del shock de haber matado a alguien.

El pabellón del galpón estaba vacío, salvo por el sonido rítmico y seco del saco de boxeo... golpes contra cuero. Mis pies descalzos apenas hicieron ruido en el cemento mientras bajaba las escaleras. Entonces lo vi: Tommaso Caccini.

Vestía solo unos joggers negros; sus músculos dorsales tensos bajo la piel sudorosa con cada impacto en el saco. El cabello negro pegado a su frente húmeda. La barba afeitada, resaltando su mandíbula fuerte. Parecía una máquina perfecta de destrucción. Cada golpe medido, preciso. Sin vacilaciones.

Lo había visto antes en ocasiones. Tommy, como lo llamaban papá, trabajaba directamente con él en la hípica y otros asuntos. Un hombre de confianza para Ettore, con su lugar en la famiglia.

Pero yo no lo había visto así...

Hasta ahora.

Porque sabía que no era un simple coordinador. Tommaso Caccini jugaba ajedrez con vidas humanas.

Me llamó al galpón, me dio la información que necesitaba para tener ventaja, me colocó dentro de aquella sala con Gutierrez. Me entregó la navaja, porque apostó a que la usaría.

Tommaso hizo de mí su arma secreta.

Y no sabía qué me molestaba más: haber sido manipulada… o disfrutarlo. Porque, en esa apuesta ciega, Tommy fue el primero en no subestimarme. El primero en creer que era capaz.

Sentí su mirada —él lo sabía— y detuvo el puñetazo. Giras la cabeza y su mirada me recorrió: bajó por mis piernas desnudas. Una sonrisa curva dibujó sus labios: lenta, pícara.

— Si Ettore se despierta y te ve aquí así, con las piernas al aire… — acomodó el sudor de la frente con el antebrazo—. Creo que voy a necesitar mentón nuevo cuando él te rompa todo.

Le alcé una ceja.

— Basta de mirar mis piernas — respondí, cruzándome de brazos—. No estoy aquí para presumirlas para ti.

Él soltó una risita, casi satisfecho.

— Siempre fuiste una mocosa insolente.

La llamé por su apodo antes de poderlo evitar:

— Y tú eres un manipulador de mierda, pero no vine aquí para jugar tu juego, Tommy.

Tommaso no lo negó. Sabía perfectamente que ya lo había comprendido. Sus ojos brillaron en la tenue luz del galpón. Se desató lentamente las vendas de las manos. El calor del esfuerzo aún tensaba sus brazos. Pero no fue eso lo que me mantuvo alerta…

Sino la forma en que me observaba. Un jugador esperando el siguiente movimiento de la pieza más impredecible del tablero.

— Fiorella es tu mentora, lo sé — afirmó—. ¿Desde cuándo esa víbora te anima a ponerle bozal al Underboss?

Mis cejas se fruncieron.

El nombre "Fiorella" de su boca sonaba extraño.

— ¿Cómo dices? — mantuve un tono neutro, sin revelar que esa información me había sorprendido.

No sabía que él y Fiorella tuvieran cercanía. Y lo que aprendí de hombres como él es que una reacción impulsiva puede ser una trampa astuta.
Si papá y Ettore confiaban en él, yo todavía no.

— Me gusta que seas astuta — sonrió de lado—. Solo espero que no estés jugando a la femme fatale con el Underboss; porque en tu primer descuido… te cuelgo de una cuerda y se la doy a Ettore para que la apriete.

— ¿Cuál es la tuya? — disparé, cruzándome de brazos.
— Yo te pregunto, signorina, ¿cuál es la tuya?

La forma en que pronunció ese título tenía un matiz indescifrable. Mi mirada se mantenía afilada, clavada en él, buscando rastros de hacia dónde

llevaban esa conversación.

— Ettore es mío. Y yo soy suya. No tienes nada que ver en esto — mis palabras salieron cortantes—. No te debo explicaciones. No te debo nada.

Tommaso inclinó la cabeza, con una expresión analítica, como examinarme bajo una lupa.

— Tan hija de tu mamma… — murmuró, como si hablara consigo mismo.

— ¡No menciones a mi madre! — mi columna se tensó, firme.

— Fue un cumplido, no te preocupes — alzó las manos en señal de rendición—. Solo te estaba poniendo a prueba.

Dejó la frase en el aire, como carnada. Pero no mordí el anzuelo. Me limité a seguirlo con la mirada, expectante.

Se rió en voz baja, un sonido grave y arrastrado.

— Pero ya lo habías pasado… cuando le abriste la garganta a ese maldito — sus ojos me miraban como si rememorara esa escena—. Fue uno de los bautismos de sangre más hermosos que he visto en mi vida.

Mis músculos se tensaron. No sabía qué esperaba oír de él, pero definitivamente no eso.

— ¿Qué significa "bautismo de sangre"? — pregunté con voz baja, áspera.

Ettore lo había mencionado antes, en el baño.

Tommaso dejó las vendas sudadas sobre un banco de entrenamiento y me observó por un largo momento antes de responder finalmente:

— Es tu primera muerte en nombre de la famiglia. Para un iniciado, marca la transición de periodo de prueba al juramento de lealtad que lo convierte oficialmente en un soldato de la cosa nostra.

Mi corazón dio un vuelco.

Mis manos se apretaron al costado de mi cuerpo.

— ¿Y para una mujer?

Ya sabía la respuesta.

Las mujeres no se convertían en soldato dentro de la cosa nostra.

Los ojos de Tommaso brillaron con una mezcla de diversión y desafío.

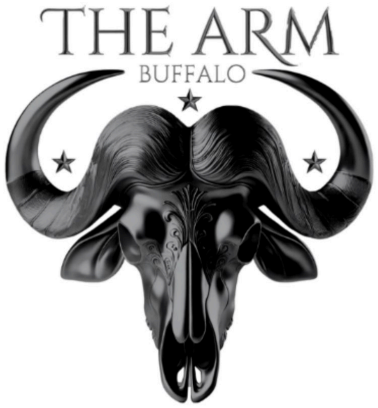
— Una Sorella D'Omertà.

El nombre me heló por un instante antes de girarme hacia quien había pronunciado esas palabras profundas y rugosas detrás de mí.

— Ettore.

— Buonasera, fratello.

Estaba al pie de la escalera, vistiendo solo un pantalón de chándal; su pecho y hombros tensos, listos para atacar con la mirada. Y, sorprendentemente, eso me molestó. Porque estaba claro que había cosas en esa conversación que Ettore no quería que supiera. Pero ahora, más que nunca, necesitaba descubrirlas.



CAPÍTULO 38

ROSALINDA

El silencio en el pabellón era casi absoluto, apenas el eco suave de los pasos de Ettore resonaba sobre el cemento mientras descendía los últimos escalones.

Mi mirada osciló entre los dos hombres frente a mí. La tensión que se respiraba entre ellos era espesa. Ettore iba descalzo, solo con un pantalón de chándal negro que caía bajo en sus caderas, dejando a la vista los contornos rígidos de sus abdominales y el tatuaje con mi nombre en su pecho. Su mirada, siempre afilada como una cuchilla, analizaba a Tommaso con una mezcla de exasperación y algo más que no logré descifrar de inmediato.

Tommaso, por su parte, no parecía ni mínimamente incómodo. Tomó una toalla del banco de entrenamiento y se la pasó por la cara y el cuello con una calma estudiada. Era más joven que Ettore y estaba por debajo en la jerarquía, pero aun así irradiaba una presencia peligrosa. Cada movimiento suyo era calculado y preciso, como si midiera sus palabras incluso antes de pronunciarlas.

— Deberías dormir más, *amico*. —Su voz sonó casual, pero cargada de una provocación apenas velada—. ¿O es que ella no te dejó?

El músculo en la mandíbula de Ettore se tensó.

— Duermo mejor que tú, por lo que veo. —Su tono era despreocupado, pero goteaba esa arrogancia peligrosa—. ¿Sigues aquí golpeando un saco de

boxeo a media noche? ¿Qué no te deja dormir, Tommy?

El otro sonrió, pero no respondió de inmediato. En su lugar, se echó la toalla al hombro y crujió el cuello, como si valorara si valía la pena entrar en ese juego de provocaciones.

— Me llevó un tiempo limpiar todo ese desastre —se refería, sin duda, al cuerpo de Gutierrez—. Después tuve que encargarme de algunos asuntos. Esto es lo único que queda para despejar la mente.

Ettore soltó una risa breve, seca.

— ¿Asuntos por resolver o pensamientos por rumiar?

Los ojos de Tommaso brillaron con algo peligroso, pero solo sonrió, desviando la mirada hacia mí antes de hablar:

— Si queréis cenar, *Ermine* envió comida más temprano. Está todo en el comedor.

La mención de la comida me hizo notar lo vacío que estaba mi estómago. Ettore murmuró algo en respuesta, y Tommaso nos lanzó una última mirada antes de alejarse.

— *Buonanotte*, Ettore. —Su voz llevaba un matiz divertido—. *Signorina Bella Rosa*.

Entrecerré los ojos. El apodo sonó intencionadamente íntimo, y la forma en que lanzó esa última mirada a Ettore antes de subir las escaleras solo confirmó que estaba provocando deliberadamente.

Tan pronto como desapareció en el pasillo superior, me giré hacia Ettore:

— ¿Qué problema tiene contigo?

— Quiere lo que no puede tener. —Me dedicó una sonrisa ladeada, cargada de algo más divertido que molesto.

Mi estómago dio un vuelco.

— ¿Qué? Ettore… no.

La idea de que Tommaso estuviese interesado en mí me pareció absurda y totalmente equivocada. Pero antes de que pudiera decir algo más, Ettore se

acercó de repente y me levantó del suelo, obligándome a rodear su cintura con las piernas.

— Mi hermana —aclaró, rozando mis labios con los suyos en una sonrisa irónica—. Tommaso está tan obsesionado con *Fiorella* como yo contigo. Tal vez incluso más.

Parpadeé, tratando de procesar aquella información.

¿Tommaso y *Fiorella*?

La idea me tomó por sorpresa, porque *Fiorella* nunca había mencionado nada al respecto. Y si alguien como Tommaso estaba obsesionado con ella, entonces había mucho más en esa historia de lo que jamás podría imaginar.

— Estás bromeando...

— ¿Ah, sí? —Alzó una ceja, como si supiera exactamente el efecto que estaba teniendo en mí con aquella revelación.

Mi mente bullía con preguntas, pero antes de que pudiera continuar, Ettore sostuvo mi nuca y me besó.

A diferencia de los besos brutales y hambrientos de antes, este fue más lento, posesivo, como si estuviera reafirmando su marca sobre mí.

Cuando se apartó, su aliento seguía ardiendo contra mi piel.

— Vamos a comer algo antes de que decida que prefiero devorarte a ti primero.

Me llevó así, aferrada a su cuerpo, mientras subíamos una pequeña rampa lateral que conducía al comedor del pabellón. El espacio era amplio, con mesas de madera robustas y una cocina industrial al fondo. No conocía esa parte del almacén, pero tenía sentido que estuviese bien equipada, ya que varios hombres de la *famiglia* entrenaban allí a diario.

Ettore me dejó sobre el suelo, cerca del mostrador de acero inoxidable, donde varias bolsas térmicas estaban apiladas. Abrió una de ellas, revelando recipientes bien organizados, y tomó uno, llevándolo hasta la nevera para revisar los demás.

— *Ermine* siempre se pasa —murmuró, cogiendo dos platos y colocándolos sobre la encimera—. Pero no puedo quejarme.

— ¿*Ermine* mandó esto? —No había prestado mucha atención cuando Tommaso la mencionó.

— Sí. —Cerró la nevera y abrió uno de los recipientes, dejando que el aroma de pasta fresca y salsa de tomate impregnara el ambiente—. Mi desaparición dejó a la pobre mujer preocupada.

Crucé los brazos y puse los ojos en blanco, torciendo el gesto.

— No solo a ella, *signor* Lucchese.

Él arqueó una ceja, pero una sonrisa ladeada se asomó en su rostro.

— Perdí la noción del tiempo... solo quería solucionarlo todo rápido para que pudiéramos tener un poco de paz. —Su voz bajó un poco el tono—. Ya sabes... lidiar con el duelo, estar con las fierecillas...

La mención de mis hermanas devolvió un peso incómodo a mi pecho. Yo también echaba de menos a Luci, Bibi y Sabino. A *Fiorella*. Dejar a las niñas pasar por todo aquello sin mí aún era algo que no lograba aceptar. Tenía que convencer a Ettore de dejarme estar con ellas... especialmente después de lo que hice allí, en ese galpón.

Solo necesitaba tiempo para enfrentar todo lo que estaba reprimiendo por miedo a colapsar... porque tarde o temprano, la carga sería demasiada para sostener.

Estaba barriendo el dolor bajo la alfombra.

Pero ese no era el momento. Antes de tocar temas tan delicados, necesitábamos reponer fuerzas. Si había algo que *mamma* y Bibi siempre decían, era que la hora de comer es sagrada.

Cuando el microondas pitó, Ettore sacó el plato caliente, sirviendo la comida con gestos tranquilos pero certeros. Me senté en una de las sillas de madera maciza, y él hizo lo mismo. Su pierna rozó la mía bajo la mesa, un toque casual que llevaba una intimidad cruda, de esas que se instalan bajo la piel antes de que una pueda asimilar su peso.

Aún estaba procesándolo todo. El calor de su cuerpo tan cercano. El aroma amaderado de su piel mezclado con el de la comida. La extraña sensación de pertenencia, como si hubiésemos hecho eso muchas veces antes, aunque la realidad dijese lo contrario.

— ¿Dormiste bien? —pregunté, notando que parecía menos agotado, aunque aún quedaban rastros de insomnio marcados bajo sus ojos.

Ettore se encogió de hombros, pinchando la pasta con el tenedor sin llevársela aún a la boca.

— Lo suficiente. Pero no me gustó despertar y no verte en la cama.

Mis manos se detuvieron en mitad del movimiento, sujetando los cubiertos.

— Parecías muy cansado, no quise despertarte. —Mordí mi labio, desviando la mirada por un instante antes de volver a fijarla en él.

Un destello oscuro cruzó sus ojos.

— Me he dado cuenta de que ya no me gusta dormir solo.

Tragué saliva. La confesión llegó baja, casi perezosa, pero cargada de una verdad que me golpeó en lo más profundo.

Antes de que pudiera reaccionar, sentí un roce sutil en mi pierna. Al principio fue leve, casi inocente, pero luego Ettore deslizó los dedos del pie lentamente por mi pantorrilla, subiendo sin prisa, tanteando, provocando.

Clavé mis ojos en los suyos, pero Ettore continuó comiendo como si no estuviera haciendo absolutamente nada. Su pie rozó la parte interna de mi muslo, cálido y firme, y mi cuerpo reaccionó antes de que mi mente pudiera seguirle el ritmo.

Sin apartar la mirada, deslicé mi pie entre sus piernas, subiendo despacio hasta presionar justo donde sabía que ya estaba duro.

Ettore tensó la mandíbula. El tenedor se detuvo a mitad de camino entre el plato y su boca, y sus ojos, antes cargados de diversión contenida, se oscurecieron con algo más denso. Un músculo saltó en su sien cuando solté un suspiro inocente y presioné un poco más.

Exhaló pesadamente por la nariz, dejó el cubierto a un lado y apoyó ambas manos sobre la mesa, como si necesitara anclarse a algo.

— *Bella Rosa*… —murmuró, su tono peligrosamente bajo, una advertencia envuelta en deseo.

Pero yo simplemente sonreí de lado y seguí comiendo, fingiendo una inocencia que ambos sabíamos que ya no existía.

— ¿De verdad crees que andar por aquí solo con camiseta y *boxer* es seguro? —rompió el silencio, su voz arrastrada, pero aún teñida de una nota posesiva.

Levanté las cejas.

— ¿No se supone que este debería ser el lugar más seguro de todos? — me encogí de hombros—. Todos aquí son de la *famiglia*, hombres de confianza… y yo soy tu mujer.

Ettore soltó una risa baja, sin pizca de humor.

— Es que no tienes idea de lo hermosa que eres.

— ¿Y eso es un problema?

— Cuando se trata de otros hombres, sí. —Respondió sin dudar. Sus ojos recorrieron mi rostro antes de bajar por mi boca y después por el escote holgado de la camiseta, donde la curva de mi hombro quedaba al descubierto—. Soy lo bastante egoísta como para no querer que nadie te mire. Aunque todos aquí ya sepan que eres mía.

Bajé el tenedor y crucé los brazos.

— Ah, claro. Tú puedes andar sin camisa, pero yo no puedo estar cómoda.

Rió, ese sonido ronco y pecaminoso, lleno de promesas. Luego inclinó las caderas hacia delante, forzando aún más mi pie contra su erección.

— Come, *Bella Rosa*. —Su voz vibró caliente contra mi piel—. O voy a acabar probándote antes que a la comida.

Apreté los dedos alrededor del tenedor, y un escalofrío traicionero recorrió mi espalda. La mirada de Ettore seguía clavada en mí, intensa, cargada de promesas que hacían que mi vientre se tensara.

Lo sostuve con la mirada y llevé un bocado de pasta a la boca, masticando despacio, dejando que mi lengua rozara deliberadamente el cubierto antes de tragar.

— No me importaría ser tu postre.

El silencio se alargó.

Ettore me observó durante largos segundos, como si calculara exactamente lo que quería hacerme allí mismo, sobre esa mesa. Pero, para mi sorpresa, simplemente sonrió de lado, tomó su tenedor y continuó comiendo.

A cada bocado, sentía su presencia más fuerte, el calor de su cuerpo irradiando, el peso de su mirada deslizándose por mi rostro, bajando por mi cuello hasta mis pechos, cubiertos por la camiseta fina.

El silencio entre nosotros seguía cargado, pero ninguno se apresuró.
Cuando terminamos, me levanté y recogí los platos, caminando hasta el fregadero y empecé a lavarlos, sintiendo a Ettore detrás de mí, aún sin decir una sola palabra.

Después de guardar los platos limpios, fui hasta la nevera en busca de una botella de agua.

— ¿Tienes sed? —pregunté, sin darme la vuelta.

Sentí el calor de su cuerpo irradiando contra mi espalda antes incluso de que sus manos me tocaran. Y cuando lo hicieron, fue certero.
Sus dedos se deslizaron por mi cintura y me atrajeron hacia atrás, pegando mi cuerpo a la firmeza dura del suyo.

— Mucha sed… —Su voz fue un susurro cálido contra mi oído. Su respiración erizó mi piel—. Pero no es de agua.

Sentí el pulso latir entre mis piernas, mi coño reaccionando de inmediato. Tragué saliva, intentando ignorar la erección que presionaba mi trasero. Giré el

tapón de la botella y tomé un sorbo, sintiendo el agua helada deslizarse por mi garganta.

Pero Ettore no se apartó. Deslizó los labios por mi hombro, rozando la piel expuesta.

— Estoy listo para el postre. —Su voz recorrió mi cuerpo como un escalofrío.

Antes de que pudiera procesarlo, sus manos ya estaban subiéndome la camiseta, deslizando la tela antes de quitármela por completo. El aire frío del pabellón acarició mis pechos desnudos y apenas tuve tiempo de reaccionar antes de que Ettore me girara para quedar frente a él.

Mis ojos se encontraron con los suyos, y lo que vi allí me hizo temblar.

Lujuria.

Hambre.

Posesión.

— Quiero cada gota de tu placer en mi boca.

La botella se deslizó de entre mis dedos y cayó sobre la encimera.

Lo que vino después fue rápido e inevitable.

Ettore me alzó en brazos, sus manos firmes sujetando mis muslos, y me sentó sobre la mesa de madera. Mi corazón martilleaba contra las costillas, la respiración acelerada, los dedos clavados en sus hombros anchos.
Sus ojos descendieron por mi cuerpo, y un músculo se tensó en su mandíbula al ver mi piel erizada, los pezones endurecidos por el frío y la excitación.

— *Cazzo*... —gruñó, encendido.

Mi mente ya estaba en blanco.

Mi cuerpo ya le pertenecía.

Ettore agarró la cintura de mi *boxer* y la deslizó por mis piernas, bajándola sin titubeos, dejándome completamente desnuda ante él.

Mis muslos se abrieron instintivamente.

— Siempre tan perfecta para mí —su voz fue un gruñido bajo y pecaminoso—. Siempre lista… y tan mojada.

Mis labios se entreabrieron, pero no salió sonido alguno. Entonces Ettore empujó hacia abajo su pantalón de chándal, liberándose por completo.

Mis ojos bajaron sin control.

Tan duro.

Tan grueso.

Su polla palpitaba entre nosotros, la punta enrojecida brillando bajo la luz tenue.

Ettore captó mi mirada y esbozó una sonrisa ladeada.

— Ahora sí… —murmuró, arrodillándose ante mí—. Hora de alimentarme.

Sus ojos felinos estaban clavados en cada detalle de mi cuerpo desnudo, como si quisiera memorizar cada rincón. Su aliento caliente acariciaba mi piel, sus manos sujetaban con fuerza mis muslos, como si quisiera impedir que escapara.
Pero yo no pensaba escapar.

Entrelacé mis dedos en su cabello, tirando con suavidad, animándolo.
Deslizó su boca por la curva interna de mi muslo, dejando besos lentos y ardientes, un rastro de escalofríos mientras se acercaba cada vez más a mi coño.

— Estás temblando, *Bella Rosa*... —susurró con una voz baja cargada de indecencia.

Mi piel se erizó. No de miedo, sino de puro deseo.

Entonces su lengua encontró mi punto más sensible.

Mi cabeza cayó hacia atrás mientras me lamía con una hambre que rozaba la obsesión. Su nombre se escapó de mis labios en un gemido ahogado, y eso solo lo animó a profundizar la tortura.

Su barba áspera rozaba mi piel mientras me devoraba, explorando cada una de mis reacciones con un placer cruelmente calculado. Ettore sabía

exactamente cómo llevarme al borde del colapso, solo para arrastrarme de vuelta y prolongar mi agonía.

El riesgo de que alguien entrara al comedor todavía flotaba en el ambiente, pero en ese momento, me era imposible preocuparme. Solo existía su lengua llevándome al límite, su dominio absoluto sobre mi cuerpo.

Ettore se alimentaba de mi placer, de cómo mi cuerpo respondía a cada nueva provocación. Su tacto era exigente, sus labios y lengua un pecado que se deslizaba caliente por mi coño. Me estaba deshaciendo, consumiéndome por dentro, y él solo seguía, como si no existiera nada más en el mundo que esa necesidad de empujarme al borde.

— Ettore… —Un suspiro tembloroso se perdió en el aire.

Él gimió contra mí, el sonido vibrando directamente en mi vientre, acercándome aún más al abismo.

Y entonces, de repente, se detuvo.

Jadeando, abrí los ojos justo a tiempo para verlo incorporarse, pasando el dorso de la mano por la boca, los ojos brillando con una diversión oscura.

— ¡Date la vuelta! —La orden llegó firme, autoritaria.

Antes de que pudiera protestar, sus manos me giraron con agilidad, colocándome boca abajo sobre la mesa, con el pecho presionado contra la madera y las palmas abiertas apoyadas en ella.

— Quédate así, *Bella Rosa*. —Su voz llegó baja, cargada de mando y promesas peligrosas—. Quiero disfrutar de la vista.

Sentí a Ettore moverse detrás de mí, deslizando las manos por mi espalda, trazando un camino hasta mi cintura, que sujetó con firmeza antes de acercarme más a él.

— Todos aquí son de la *famiglia*, hombres de confianza… y tú eres mi mujer. —Su aliento caliente acarició mi oído mientras una de sus manos subía para rodear mi garganta, sujetándome en el lugar—. Cualquiera de ellos sabe exactamente de lo que soy capaz si se atreven a mirarte más de la cuenta…

El tono grave de su voz reverberó en mi piel, y mi cuerpo reaccionó al instante. Cerré los ojos, mordiendo mi labio inferior. Sabía perfectamente a dónde quería llegar.

— Pero para evitar interrupciones... —rió, rozando mi piel con la punta de la nariz—. Solo tienes que gemir bien alto y gritar mi nombre. Nadie se atreverá a entrar aquí.

El impacto de su declaración se propagó por mis venas como fuego. Sabía que estaba disfrutando del juego, jugando conmigo.

¿Y lo peor? ¡Me encantaba!

Jadeé al sentir el primer contacto de su lengua sobre mí, cálida y devastadora. Todo mi cuerpo se contrajo y me aferré a la mesa. La sensación era completamente nueva, un choque de placer y vulnerabilidad que me golpeó de lleno. El puro dominio de Ettore sobre mí, la forma en que me tenía ahí, abierta para él, me hizo perder todo vestigio de control.

Estaba en sus manos, y no había otro lugar en el que quisiera estar.

Mi mente estaba nublada, el cuerpo tenso, reactivo a cada nueva provocación. Sus dedos jugaban conmigo, provocando, midiendo mis respuestas, mientras su boca seguía un camino propio, torturante y meticuloso.

— ¿Te acuerdas de lo que me contaste sobre ese secreto? —La pregunta llegó con un tono casual, pero cargado de un subtexto perverso.

Mis ojos parpadearon con lentitud, la respiración agitada.

— ¿Qué secreto? —Mi voz salió ronca.

Ettore deslizó la lengua por mi piel antes de morder suavemente la parte lateral de mi muslo.

— Ese sobre el vibrador. —La diversión oscura en su voz me incendió por dentro.

— Ettore…

Él rió, su lengua rozando mi piel ardiente, sus dedos moviéndose con más precisión en una tortura deliciosa. Apenas podía pensar con claridad.

— Dime, *Bella Rosa*… ¿alguna vez jugaste con él de otra forma?

Mi corazón se desbocó y Ettore siguió explorando, su toque alternando entre firmeza y provocación, empujando límites, tomando todo lo que quería, llevándome al borde de la cordura.

Estaba a su merced, y amaba cada segundo.

Ettore no esperó mi respuesta. No la necesitaba.

Su risa fue baja, cargada de algo cruel e intoxicante.

— Estás tan preciosa así... —murmuró, trazando círculos lentos con los dedos sobre la piel sensible de mi cadera—. A cuatro patas, con este coño chorreando, suplicando por una buena follada.

— Ettore... —Mis dedos se aferraron con fuerza a la madera de la mesa, los nudillos blancos por la presión.

— No esquives la pregunta, *amore*. —Su voz era un gruñido indulgente, como si disfrutara de mi vacilación. Hasta que una de sus manos se deslizó peligrosamente cerca de mi ano, un roce apenas perceptible que me hizo estremecer—. ¿Alguna vez te has metido algo en este culito? ¿Un vibrador, un dedo, un *plug anal*...? ¿O sigue virgen, esperando solo por mí?

Todo mi cuerpo se tensó. Un calor vergonzoso me subió al rostro, quemándome hasta la raíz del cabello. Sabía que Ettore se alimentaba de mis reacciones, de cómo me retorcía bajo sus provocaciones.

— Mira nada más… —rió bajo, perverso—. Mi prometida se ha puesto colorada.

Sentí la palma de su mano deslizarse lentamente por mi cadera antes de que un azote seco sonara contra mi trasero. No fue lo bastante fuerte para doler, pero sí para dejar mi piel ardiendo, aún más consciente de cada toque.

— Contesta, *amore*. —Deslizó un dedo hasta mi boca, obligándome a chuparlo antes de bajarlo por mi columna—. O voy a tener que averiguarlo yo mismo.

— Ettore... —Mis muslos se juntaron instintivamente.

— ¡Habla! —Otro azote. Más fuerte esta vez.

Mi cabeza cayó hacia adelante, un gemido escapando contra la mesa. No sabía cómo responder. Pero Ettore no parecía interesado en darme tiempo para pensar.

— No te preocupes, *Bella Rosa*... —murmuró contra mi piel, sus dientes raspando mi muslo—. Soy un hombre paciente… y sé que cuando te rompa aquí, vas a amar cada segundo.

Mis uñas arañaron la madera de la mesa cuando su boca me invadió por detrás, lamiendo, provocando, echando gasolina sobre el fuego que ya me consumía por dentro.

— Ábrete bien para mí, *amore*... —Su voz reverberó por mi columna—. Quiero sentir este culito temblar cuando te haga correrte en mi boca.

Mi visión se oscureció por un instante cuando bajó otra vez, su lengua encontrando ese punto inexplorado.

Había leído sobre el *beso griego*, pero jamás imaginé entenderlo en carne propia... y disfrutarlo tanto.

Mi mente era un borrón, un torbellino de sensaciones crudas y salvajes devorándome desde dentro. El placer llegaba en oleadas cada vez más intensas y devastadoras, mientras Ettore me sujetaba con firmeza, su lengua explorándome sin piedad.

Las piernas me temblaban, el cuerpo ansiaba, y cuando sus dedos encontraron mi clítoris, deslizándose en círculos lentos y torturantes, un sollozo ronco escapó de mi garganta.

— Así, *Bella Rosa*... —gruñó contra mi piel—. Gime bien rico para mí.

Ettore me estaba rompiendo en pedazos, reduciéndome a puro deseo, y todo lo que quería era más.

Cuando aumentó la presión con la lengua, su barba áspera rozando mi piel sensible, el placer ascendió como un incendio descontrolado, consumiéndome por completo.

— Ettore... —Gemí temblorosa, mi cabeza cayendo hacia delante.

— ¡Córrete para mí, *amore*! —Su voz vino cargada de orden y promesas oscuras.

Y entonces, me desintegré.

El orgasmo me golpeó con fuerza, arrancando de mí un grito ahogado mientras mi piel se incendiaba bajo sus caricias implacables.

Todo mi cuerpo palpitaba, cada fibra vibrando con la intensidad del clímax, y Ettore siguió prolongando la tortura, saboreando cada espasmo, cada temblor.

Cuando por fin empecé a recuperar el aliento, aún inclinada sobre la mesa, lo sentí moverse detrás de mí.

— Mi turno —murmuró, y al instante siguiente, sus manos me sujetaron por las caderas, recolocándome.

Sentí la punta rígida de su polla rozando mi entrada, tanteando mi sensibilidad aún exacerbada por el orgasmo.

— ¿Lo sientes, *Bella Rosa*? —Su tono era un gruñido grave, cargado de promesas pecaminosas—. Estás mojadita y bien abierta para mí… lista para que te folle.

No tuve tiempo de responder.

Con un solo movimiento, Ettore me invadió, hundiéndose por completo dentro de mí, arrancando un gemido alto de mis labios.
Mi cuerpo se estiró para acomodarlo, la sensación de estar completamente llena me robó el aliento.

— *Cazzo*... —su voz era una mezcla de devoción y posesión cruda—. Este coño es mío. ¡Solo mío!

Empezó a moverse, rítmico e intenso, cada embestida me empujaba más contra la mesa, haciéndome jadear y aferrarme a cualquier cosa a mi alcance.
No podía responder, solo me rendí al ritmo que él imponía, a sus manos firmes que me sostenían, al sonido sucio y pecaminoso de nuestros cuerpos chocando.

El segundo orgasmo llegó rápido y feroz, arrancándome un grito ahogado mientras mis piernas flaqueaban.

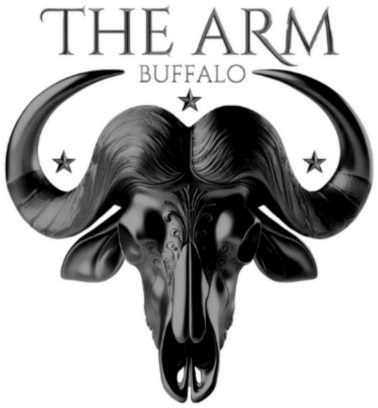
Ettore soltó un gruñido bajo, enterrándose una última vez antes de derramarse por completo dentro de mí, su cuerpo tenso, el placer consumiéndolo junto conmigo.

El silencio que siguió estaba cargado de electricidad.
Mi pecho subía y bajaba con fuerza, los músculos temblaban, y Ettore permaneció sobre mí unos instantes, recuperando el aliento, sus manos deslizándose perezosamente por mi piel.

Entonces se inclinó, sus labios encontrando mi nuca en un beso lento, posesivo.

— Siempre mía… —susurró contra mi piel, sellando su promesa.

Y supe, sin la menor duda, que esa era la verdad más pura.



CAPÍTULO 39

ETTORE

Aún podía olerla en mi piel. El aire arrastraba el rastro de lo que habíamos hecho, de lo que le había arrebatado durante toda la noche. Rosalinda dormía profundamente a mi lado, con las sábanas enredadas en su cuerpo desnudo, el pelo esparcido sobre la almohada, los mechones platinados contrastando con la funda blanca.

Era mía. Y joder… si eso no bastaba para mantenerme allí, no sabía qué más lo haría. Pero yo no era un hombre que se permitiera debilidades.

Me deslicé fuera de las sábanas y salí de la cama, sintiendo aún la tensión en los músculos. Un recuerdo físico de las últimas horas. Rosalinda no se movió, solo respiró hondo, dejando escapar un pequeño suspiro entre los labios entreabiertos. Mi mandíbula se tensó al verla. El instinto de protegerla me golpeó el pecho, el mismo que me recordaba que, tarde o temprano, tendría que enfrentarse a lo que había hecho.

La primera muerte.

Su *bautismo di sangue*.

No importaba cuántas veces la follara ni cuántos orgasmos le arrancara para distraerla; tarde o temprano, el peso de la hoja en su mano volvería a perseguirla.

Me alejé antes de reconsiderar quedarme. Crucé el dormitorio hasta el vestidor, abrí el cajón de la ropa interior y tomé el móvil, encendiéndolo después. La pantalla iluminó la oscuridad, y parpadeé un par de veces hasta que mis ojos se acostumbraron a la luz. Las 5:47 de la mañana.

Pasé la mano por el rostro, arrastrando los dedos por la barba incipiente. Llevaba días allí, y todo lo que había importado era sacarle información a un hombre que ya no respiraba en este mundo, todo para mantener a salvo a mi mujer mientras encontraba la forma de vengar la muerte de *Tici* y *Rosalia*, sin iniciar una guerra con *Don Alejandro* y el *Cartel Los Santinos*.

A la mierda si ese viejo bastardo quería decidir cuándo y cómo moriría *El Dragón*. Yo quemaría el *Cartel del Viento* como y cuando me diera la gana. Y sería muy pronto. Sebastián Ortega tenía los días contados. Jamás pondría sus dedos sucios sobre Rosalinda.

Me aseé, me puse un pantalón corto de entrenamiento y me calcé unas zapatillas antes de salir del dormitorio, cerrando la puerta sin hacer ruido. El pasillo del almacén estaba en silencio.

El cambio de turno no sería hasta dentro de unas horas, y los *soldati* solían llegar pasadas las ocho para entrenar en el gimnasio del almacén. Tiempo suficiente para tener un momento a solas con las máquinas antes de volver al cuarto y despertar a Rosalinda. Después de lo de ayer, seguramente seguiría dormida un par de horas más.

Conocía bien el efecto post-mortem. Cuando maté a mi primer hombre por la *famiglia*, pasé días bebiendo y follando hasta el agotamiento. Hasta que mi mente se centró únicamente en la liberación del orgasmo y no en el sabor amargo de la culpa.

Así funcionaba para mí. Y fue exactamente lo que hice con Rosalinda.
Pero ella no era yo, y no tardaría en notarse la diferencia.

Bajé las escaleras del pabellón con pasos lentos, intentando conectar con el mundo fuera de esa burbuja. El aroma del café me alcanzó incluso antes de entrar en el comedor.

Tommaso ya estaba allí.

Solo llevaba un pantalón de chándal oscuro, el torso desnudo, el pelo despeinado y aún húmedo, como si acabara de salir de la ducha. Su cuerpo, marcado por cicatrices discretas y músculos forjados en violencia, se movía con precisión mientras servía una ración generosa de huevos revueltos en un plato.
Parecía estar en casa, porque, en cierto modo, ese era su refugio personal. Tommy nunca fue de apartamentos. Prefería estar donde realmente sucedían las cosas. Con la muerte de *Tici*, pronto asumiría el puesto de *Consigliere*. Un papel que le iba como anillo al dedo, aunque fuese dos años más joven que yo… y un maldito loco con una boca sucia de cojones. Aun así, desempeñaba el cargo de Gerente de forma impecable.

Si en un tablero de ajedrez el *Underboss* y el *Consigliere* eran las dos torres del rey —que representaba al *Boss*— Tommy, como Gerente, conseguía ser ambos alfiles y ambos caballos. Siempre fue el mejor *soldato*, admirado por todos en la base de la jerarquía. Era indispensable para mí, como lo fue para *Tici*… y contaba con la total confianza de mi *papà*.

¿Si confiaba en él?

Pregunta retórica.

Nos conocíamos desde niños. Mi hermano del alma, igual que *Tici*.
Me vio antes de que pudiera decir nada.

— Por fin sales de tu cueva, *fratello*. — Su voz arrastraba el sarcasmo de siempre, pero había algo más. Una provocación velada. — Pensé que no saldrías hasta pasado el mediodía, considerando cómo tu *Bella Rosa* gemía tu nombre anoche.

Mi expresión no cambió, pero el músculo de mi mandíbula se contrajo. Nunca dejaría de burlarse de mi tatuaje… no hasta el día en que se tatuara el nombre de mi hermana en su puta piel.

Tommaso soltó una risa baja y dejó la espátula sobre la sartén.

— Relájate, Ettore. Ninguno de los hombres se acercó. Me aseguré personalmente.

No respondí. Me limité a caminar hasta la cafetera y servirme una taza. El aroma intenso llenó mis fosas nasales, anclándome un poco más a la realidad.

Tommaso arrastró la silla y se sentó, llevándose un tenedor lleno de huevos a la boca. Me observaba por encima del borde de la taza.

— Tienes pinta de mierda.

— Y tú sigues hablando como un cabrón —gruñí, sin poder evitar rodar los ojos.

Le encantaba ponerme a prueba.

— Alguien tiene que hablar, ya que tú solo gruñes y das órdenes.

Bebí un sorbo, sintiendo el amargor del café rasparme la garganta. El silencio se alargó unos segundos entre nosotros, hasta que soltó un suspiro y apoyó los codos sobre la mesa.

— Vas a tener que hablar con ella, Ettore.

Mis ojos volvieron a centrarse en él.

— Ya hablo con ella.

— Te la follas. — Alzó una ceja. — Lo cual, debo admitir, es un método bastante eficaz para evitar colapsos emocionales. Pero tarde o temprano, la cosa la alcanzará.

No dije nada. Porque, en el fondo, sabía que tenía razón.

Rosalinda no era uno de mis *soldati*. No era un hombre entrenado para matar en frío y simplemente olvidarlo. Podía ser mía, podía estar convirtiéndose en algo mucho más oscuro de lo que cualquiera de nosotros imaginaba, pero aún quedaba algo en ella que no quería ver romperse… su alma. Y si no la preparaba, ese momento llegaría.

Lo vi pasar con *Rosalia*. Y no fue bonito.

— Me gustó lo que vi ayer.

— Cuidado con lo que dices. — Alzé una ceja.

Rió bajo.

— Tranquilo, *fratello*. No es lo que estás pensando. — Sus ojos se oscurecieron un tono. — Hablo de cómo sostuvo esa navaja… de la forma en que no dudó. Eso no se enseña. O lo tienes, o no lo tienes.

No respondí. Porque sabía que era cierto. Pero había una línea muy fina entre la fuerza y la condena. Y no estaba seguro de estar preparado para ver a Rosalinda cruzarla.

— Ya tiene el título, lo sabes, ¿no?

Entrecerré los ojos.

— *Sorella D'Omertà* —murmuré, pensativo, aún sin tener claro si deseaba eso para ella, aunque supiera que la propia Rosalinda elegiría ese camino en cuanto se sintiera lista.

Y se acercaba a él cada día… demasiado rápido.

— Un título raro en la *cosa nostra*. — Sonrió de lado. — Pero la verdad es una, Ettore: puedes proteger a tu mujer del mundo, pero no puedes protegerla de lo que ha nacido para ser.

La frase quedó flotando entre nosotros, pesada como el plomo.

Porque, en el fondo, yo ya lo sabía.

Rosalinda Povvi ya no era una princesa sobreprotegida encerrada en lo alto de una torre. Había descendido… y se había mezclado con nuestra oscuridad.

Y la verdad era que no sabía si eso me aterraba… o me volvía aún más obsesivo por ella.

Ella sería la reina del tablero en cuanto yo me convirtiera en el rey.

Nunca estuvo destinada a ser una esposa trofeo.

Fui yo quien fue lo bastante ingenuo como para subestimarla.

— Aún no ha procesado todo lo que pasó —solté un suspiro, la mente luchando por poner orden en el torbellino de pensamientos que se agolpaban.

— Ninguno de nosotros lo procesa, *amico*. Solo seguimos adelante.

Otro sorbo de café.

Otra línea delgada.

Otro camino sin retorno.

— Deberías comer algo —Tommaso cogió un pan de la cesta y lo partió por la mitad—. Te hace falta reponer energías.

— Comeré cuando me apetezca.

— Sí, ya lo sé —rió—. Normalmente después de follarte a alguien hasta dejarla exhausta.

El tenedor que le lancé pasó rozando su cabeza y golpeó la pared antes de rebotar en el suelo con un sonido metálico.

Tommaso soltó una carcajada.

— *Ah, cazzo*, echaba de menos esto, *fratello*.

No respondí. Me limité a beber otro trago de café, dejando que la cafeína se infiltrara en mi torrente sanguíneo como un recordatorio de que el mundo exterior seguía ahí.

Y que, tarde o temprano, tendría que enfrentarlo.

El café estaba fuerte, pero no lo suficiente como para disipar el peso de lo que estaba por venir.

— ¿Te deshiciste del cuerpo? —mi voz salió sin emoción alguna.

No era el tema ideal para un desayuno, pero Tommaso no tenía el estómago delicado. Y yo, menos todavía. Cuanto antes habláramos de ello, antes podríamos seguir adelante con los planes.

Tommaso masticó el trozo de pan con calma, como si la pregunta no fuese más que un comentario banal sobre el clima. Luego tomó la taza y dio otro sorbo antes de responder finalmente:

— Es como si ese hombre nunca hubiese existido. — Dejó la taza sobre la mesa y me lanzó una mirada cargada de algo que no supe descifrar al instante. — Solo no diré que nadie lo echará de menos porque… bueno, ya sabes. Mujer e hijas.

El peso de sus palabras flotó en el aire.

Mi mente me arrastró de vuelta a aquella sala sofocante, al instante en que Rosalinda desarmó a Gutierrez solo con palabras.

Ya sabía que había sido cosa de Tommaso, que *Destroyer* había recibido la orden de conseguir lo que necesitábamos para hacer hablar al cabrón.
Lo que no sabía era que Tommy metería a Rosalinda en la ecuación.
Y fue su jugada la que nos dio la pieza final del puzle.

— Que sigan adelante y encuentren cómo sobrevivir —mi voz sonó más dura de lo que pretendía—. No es asunto nuestro.

Tommaso asintió simplemente, manteniendo la expresión neutra.

La *cosa nostra* tenía valores y principios innegociables. La *Comisióne* existía precisamente para garantizar que esos valores perduraran generación tras generación, por muy anticuados que parecieran para algunos. Porque incluso el caos necesitaba algo de orden.

Uno de esos principios era: no se tocaba a inocentes. Mujeres, niños y ancianos eran sagrados, a menos que, de forma intencionada, nos perjudicaran.

Gutierrez conocía ese código de honor, y confió en él para mantenerse en silencio mientras yo lo torturaba.

Pero cuando Rosalinda entró en aquella sala, con información sobre su familia y fuego en los ojos, todo cambió.

Ella no pondría un dedo sobre la mujer o las niñas. Pero él no era tan estúpido como para correr el riesgo. Porque ya no se trataba de un hombre cuyo voto de *Omertà* bastara para impedir que cumpliera su amenaza.
Era la hija del matrimonio que él había asesinado.

Y por eso mismo, Tommaso eligió a Rosalinda como su última jugada contra Gutierrez.

Mis dedos se cerraron con fuerza alrededor de la taza, más de lo necesario. Parte de mí quería atravesar esa maldita mesa y partirle la cara, dejar claro que nadie tomaba decisiones que involucraran a mi mujer sin consultarme primero.

Pero la otra parte… sabía que él estaba actuando como el *Consigliere* que mi *papà* esperaba que fuese. Que yo mismo esperaba que fuese. Tommaso honró a *Ticiano*.

Y más aún… hizo que el nombre de Rosalinda empezara a ser respetado dentro de la *cosa nostra*.

— ¿*Destroyer* ya volvió a San Diego? —Mi voz salió algo más controlada.

Tommaso asintió con la cabeza.

— Regresa hoy. Pero dijo que, si lo necesitamos de nuevo, no dudemos en llamarlo.

El infierno apenas estaba empezando.

Saqué el móvil del bolsillo y busqué el nombre de *Domenico* en la lista de contactos. El sonido de los tonos resonó por el pequeño altavoz antes de que su voz respondiera al otro lado.

— *Señor Lucchese.*

— *Domenico* —mi voz seguía ronca por el sueño y el cansancio acumulado en mis músculos—. Pídele a *Ermina* que prepare una maleta para mí y Rosalinda. Lo necesario para dos semanas.

Hubo un breve silencio al otro lado de la línea, pero *Domenico* no hizo preguntas.

— Entendido.

— Quiero que vigilen a *Lilith* mientras estemos fuera. Tú y *Lorenzo* deben monitorear la *Peccato*. Si pasa cualquier mierda, llamad a *Tommaso*.

— Sí, señor.

— Quiero informes diarios.

— Lo haremos.

Colgué y marqué de inmediato a *Alessandro*, que respondió al segundo tono.

— *Señor Lucchese.*

— Pasa por mi ático. Recoge la maleta con *Ermina* y llévala al almacén.

— *Marco* y yo ya estamos listos para cualquier movimiento.

— Saldremos en unas horas. Quiero que estéis preparados para acompañarnos en el viaje.

— Sí, señor. — *Alessandro* no preguntó nada más de lo necesario.

Colgué y guardé el móvil en el bolsillo, dejando la taza ya vacía sobre la encimera. Mi mirada se encontró con la de *Tommaso*, que masticaba un trozo de pan con una expresión relajada, como si estuviera viendo una obra de teatro y esperara el clímax.

— Llama a *Fiorella*.

El pan se detuvo a medio camino de su boca. *Tommaso* parpadeó lentamente, analizando mis palabras como si esperara alguna trampa.

— ¿Perdona?

Crucé los brazos y me apoyé en la encimera.

— Llama a *Fiorella*. Avísale de que vamos para allá. Cuatro huéspedes más en la casa segura.

Tommaso soltó una risa seca e incrédula, dejando el pan sobre la mesa con un leve golpe.

— ¿Tú haces todas las llamadas solo, pero justo cuando toca hablar con tu hermana me lanzas la bomba a mí?

Esbocé una media sonrisa cínica y me encogí de hombros.

— Necesitas una excusa para oír su voz, ¿a que sí? Y ahora que mi *sorella* no está en el convento, puede que tengas unos momentos para molestarla.

La mirada que me lanzó fue una mezcla de exasperación… y algo peligroso que intentaba ocultar.

— Te crees muy gracioso, *Lucchese*.

— No soy gracioso. Solo soy un amigo servicial.

La tensión en su mandíbula aumentó, y saboreé el momento.

— Si llamo a *Fiorella*, me va a mandar a la mierda.

— No sería ninguna sorpresa. Pero no creas que no me di cuenta… la última vez que la viste, no le quitaste los ojos de encima.

Me sostuvo la mirada durante unos segundos antes de inclinarse en la silla y cruzar los brazos.

— ¿Sabes qué me hace gracia? Que pasaste años huyendo de tu prometida como si fuese un castigo, y ahora mírate… parece que por fin alguien te puso la correa.

Mi mandíbula se tensó por un instante, pero una sonrisa torcida se dibujó en mis labios.

— Rosalinda era solo una niña. No soy un pervertido —mi voz salió baja, cargada con el peso que llevaba encima desde hacía demasiado tiempo—. Pero ahora es una mujer, y nada me impide aceptar mi destino y asentarme de una vez con la mujer que elegí para ser mía.

Tommaso soltó una risa burlona.

— No elegiste una mierda. Solo tuviste suerte de que la chica creciera y estuviese lo bastante loca como para seguir queriéndote después de todos estos años.

— Exactamente. — Mi sonrisa se amplió. — Y ya que tengo esa suerte, no soy tan idiota como para desperdiciarla.

La mirada de *Tommaso* se oscureció ligeramente.

Entrecerré los ojos, analizando la tensión sutil que se formó en su postura, en la forma en que sus hombros se contrajeron por un segundo y contuvo la respiración.

— Ahora que vas a ser *Consigliere*, tendrás que prepararte para la presión de mi padre.

— El *Boss* no me intimida —soltó una risa seca, sin una pizca de humor—. Sé cómo esquivar sus embestidas.

— ¿Hasta cuándo?

— ¿Qué quieres decir con eso? —Su mirada se estrechó.

— O arreglas de una vez las cosas con *Fiorella*, o sigues adelante y te casas con otra. Así, ella puede por fin salir de ese convento, dejar de desperdiciar su vida… y de volver loca a la *Madre Superiora*.

Sostuvo mi mirada un instante, los ojos oscuros cargados de algo que conocía muy bien.

Rabia.

Pero no contra mí.

Sino contra la verdad que acababa de echarle en la cara.

— ¿Me estás diciendo que me case ya, *Lucchese*? —Se inclinó hacia delante, apoyando los codos en la mesa—. ¿De verdad estoy escuchando eso?

Me encogí de hombros.

— O eso… o admite de una vez que tu obsesión por mi hermana no va a desaparecer.

Tommaso se pasó la lengua por los dientes y desvió la mirada, como si intentara contener algo dentro de sí.

— ¿Y si no quiero ninguna de las dos opciones? —soltó una risa sarcástica.

— Entonces prepárate para el infierno. Porque tarde o temprano, *papà* te buscará una esposa. Y puedes apostar lo que quieras a que *Fiorella* encontrará la manera de joder cualquier trato que él intente cerrar.

Su risa murió en la garganta.

El silencio que siguió pesaba.

Así que continué:

— Arreglad esa mierda entre vosotros antes de que *Fiorella* decida darte una patada en los huevos y deje de esperar a que te atrevas de una vez.

Por un momento, pensé que *Tommaso* me soltaría una provocación, que replicaría con alguna de sus pullas. Pero no.

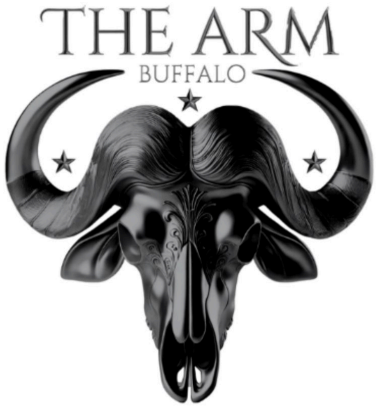
Solo inspiró hondo y sacó el móvil del bolsillo del chándal.

— Joder, *Lucchese*… realmente sabes cómo arruinarle el desayuno a un hombre.

Marcó el número de *Fiorella* y se llevó el teléfono al oído.

Sonreí de lado.

Porque, a pesar de su irritación, estaba haciendo exactamente lo que yo quería.



CAPÍTULO 40

ROSALINDA

La sábana de lino suave rozaba mi piel cuando me giré en la cama, estirándome, con los músculos aún pesados por el sueño profundo. La habitación estaba envuelta en un silencio reconfortante.

Mi mano se deslizó instintivamente sobre el colchón a mi lado, buscando el calor ya tan familiar del cuerpo de Ettore, pero lo único que encontré fue vacío.

Abrí los ojos lentamente, parpadeando contra la luz suave de la lámpara de noche, y antes de que pudiera formarse un pensamiento coherente, escuché el clic discreto de la puerta abriéndose y, al girar la cabeza, ahí estaba él.

Ettore apareció en la habitación cargando una bandeja de desayuno y una bolsa de papel, su presencia imponente e inconfundible. El pantalón corto de entrenamiento caía suelto sobre su torso, y el cabello húmedo por el sudor delataba que ya llevaba un buen rato despierto, probablemente entrenando en el gimnasio.

Sus ojos me encontraron al instante, y la comisura de sus labios se curvó en una media sonrisa satisfecha, cargada de algo posesivo y peligrosamente indulgente.

— *Buongiorno, Bella Rosa*. — Su voz grave arrastraba ese tono ronco de quien ya ha tomado café y lidiado con asuntos importantes antes de que yo

abriera los ojos.

Cerró la puerta con el pie y caminó hasta la cama, dejando la bandeja sobre la mesilla antes de sentarse a mi lado.

Sus dedos se deslizaron bajo la sábana, trazando un camino lento por mi muslo desnudo, un toque cálido y deliberado, como si reafirmara su posesión sobre mí.

— Iba a despertarte ahora —murmuró, sus ojos oscuros recorriendo mi rostro como si memorizara cada detalle.

— Menos mal que no lo hiciste antes —mi voz aún arrastraba el sueño, pero iba acompañada de una sonrisa perezosa—. Si consigo caminar hoy, será todo un logro.

Sus ojos brillaron con diversión.

— Fui un poco duro contigo, ¿no?

— Tal vez un poco —mordí mi labio, sintiendo el calor extenderse por mi vientre al recordar la noche anterior.

Ettore soltó una risa baja, la yema de sus dedos presionando levemente mi piel antes de subir hasta mi cintura.

— Desde que te quité la virginidad hace unos días, no he sido precisamente delicado contigo…

— No te lo pedí —lo interrumpí, deslizando la mano por su barba áspera y acercándome a él. Mi voz salió suave, pero cargada de algo inquebrantable—. Por lo que recuerdo, fui yo quien fomentó toda esa intensidad.

Me observó durante un momento, su mirada felina ardiendo contra la mía, antes de deslizar los dedos por la curva de mi cadera y acercarme aún más.

— Siempre tan valiente… —murmuró contra mis labios, su aliento cálido mezclándose con el mío, denso y cargado de algo peligroso.

— Solo estoy siendo sincera —susurré, dejando que mi mirada se deslizara lentamente por su rostro, absorbiendo cada detalle de esa expresión pecaminosamente satisfecha.

Ettore no esperó más.

Su boca encontró la mía en un beso lento, pero cargado con la misma intensidad de siempre.

Sus dedos se hundieron en mi cadera, atrayéndome contra él, como si necesitara sentirme entera junto a su cuerpo.

Cuando nos separamos, mi respiración estaba acelerada y el sabor de su boca aún ardía en mi lengua.

— ¿Has dormido bien? —sus ojos, oscurecidos, me devoraban sin prisa.

— Sí —pasé la yema de los dedos por su mandíbula marcada, sintiendo la aspereza de su barba—. ¿Y tú?

— Lo suficiente. Pero tuve que ocuparme de algunas cosas… —sus ojos brillaron con algo indomable mientras deslizaba el pulgar sobre mi labio inferior, presionando ligeramente, como si no quisiera soltar el momento.

— ¿Y qué cosas serían esas? —murmuré, dejando que mi lengua rozara con sutileza la punta de su dedo, provocándolo.

La sonrisa que me dedicó estaba cargada de advertencia y diversión oscura.

— Nada de lo que debas preocuparte, *amore*.

Por supuesto.

Asuntos de la *famiglia*.

Al fin y al cabo, estábamos en el centro de entrenamiento de *The Arm*.

Antes de que pudiera decir nada más, Ettore tomó la bolsa de papel que había traído consigo y la abrió, revelando pequeños panecillos en forma de concha, espolvoreados con azúcar glas.

Mi corazón se derritió al instante.

Mis labios se curvaron en una sonrisa instantánea, y sin esperar más, mordí un trozo, sintiendo la textura crujiente de la masa hojaldrada y el relleno suave y ligeramente dulce de ricotta deshacerse en mi lengua.
Un suspiro de satisfacción escapó antes de que pudiera contenerlo.

— *Mmm... Está perfecto* —murmuré, cerrando los ojos por un instante para saborear cada detalle.

Cuando los abrí, encontré a Ettore observándome.

No solo mirándome… me devoraba con la mirada, como si cada pequeña reacción mía fuese una victoria personal suya. Ese brillo depredador en sus ojos lo delataba.

— *Ermina* es un ángel —añadí, lamiendo con delicadeza mis dedos cuando algunas migas se quedaron pegadas.

Su ceño se frunció al instante.

— ¿Y yo qué? —la pregunta salió baja, cargada de una falsa indignación que solo servía para darme ganas de provocarlo aún más.

Me entregó la taza de café, sus manos rozando las mías con un toque cálido y deliberado.

— Tú… —murmuré, llevando la taza a los labios y tomando un sorbo. El amargor equilibraba el dulzor de la *sfogliatella*. Mantuve la mirada fija en la suya mientras lamía un resto de azúcar del borde de mis labios—. Tú eres el pecado que hace que valga la pena arder en el infierno.

— *Bella Rosa*... —gruñó en un tono que me hizo sentir la respuesta directamente entre las piernas—. No me tientes tan temprano...

— No me atrevería, *señor Lucchese*.

Se recostó contra el cabecero de la cama.

— Quiero que te prepares después del desayuno. Vamos a la casa segura.

Bebí otro sorbo de café, aún digiriendo la información.

La casa segura.

¡Donde estaban mis hermanas!

— ¿Qué ha cambiado? —pregunté antes de poder evitarlo, con el pecho latiendo con esperanza.

Ettore suspiró y se pasó una mano por el pelo, desviando la mirada brevemente antes de volver a mirarme.

— Ahora que *Gutierrez* está muerto y sé exactamente quién es el verdadero enemigo, puedo tomarme unos días… para reajustar las cosas. — Su tono era neutro, pero cargado de algo más profundo y enigmático.

— ¿Y no crees que podría ser un error? —Mi voz fue vacilante, porque sabía que Ettore no tomaba decisiones impulsivamente.

Pero también sabía que estaba preocupado por mí… después de lo que hice. No quería ser la razón por la que cometiera un movimiento que pusiera a otros en peligro.

— Si pensara que es un error, no estaríamos yéndonos —su voz era firme e inquebrantable.

Había una certeza fría en sus palabras, la de un hombre que siempre calcula sus pasos antes de moverlos.

— *Gutierrez* mencionó que no vino a matarte —sus ojos se entrecerraron ligeramente al continuar—. Ahora que lo sé, puedo ajustar mi estrategia. Lo importante es que descubrí exactamente hacia quién debo dirigir mi atención.

— ¿*El Dragón*? —Sabía que aún era pronto para tantas preguntas, pero quería aprovechar la oportunidad.

— Quiero entender mejor sus motivos antes de decidir cómo le arrancaré la cabeza.

Ettore ya había decidido el destino de ese hombre.

La única cuestión era cómo y cuándo.

Me observó por un momento y luego deslizó la mano hacia mi nuca, atrayéndome hacia un beso lento, profundo, como si sellara entre nosotros un acuerdo silencioso que decía: ya basta de preguntas, *Bella Rosa*.

Cuando se apartó, sus labios aún rozaban los míos.

— Quieres ver a las pequeñas, ¿verdad?

— Más que nada.

— Entonces disfrútalo —sonrió de lado, complacido.

La sombra de la guerra aún planeaba sobre nosotros.

Pero, por ahora, Ettore Lucchese me estaba dando algo precioso: tiempo con mis hermanas.

Y no pensaba desperdiciar ni un segundo de él.

*****

El ronroneo grave del motor llenaba el silencio cómodo dentro del coche, mezclándose con el sonido suave de mi respiración.

El cristal lateral reflejaba el paisaje que nos rodeaba: largos tramos de carretera flanqueados por árboles teñidos en tonos cálidos, señalando la transición del verano al otoño.

El cielo, de un azul impecable, contrastaba con las hojas rojizas que comenzaban a acumularse en los arcenes.

Me giré hacia Ettore, analizando su perfil mientras conducía con una calma calculada.

Las mangas remangadas de su camisa negra dejaban al descubierto sus antebrazos musculosos, cubiertos por los tatuajes que ya me sabía de memoria. Su mandíbula estaba tensa, pero sus ojos —protegidos tras unas gafas de sol— permanecían atentos a la carretera.

— ¿Cuánto falta? —pregunté, rompiendo el silencio.

Sus dedos se deslizaron por el volante, y tomó una curva suave antes de responder:

— Unos quince minutos.

Me mordí el labio, vacilante.

No tenía ni idea de dónde estaba esa dichosa casa segura y, por más que confiara en Ettore, una parte de mí ansiaba alguna certeza.

— ¿A dónde vamos exactamente?

No apartó los ojos de la carretera, pero una media sonrisa curvó la comisura de su boca.

— A *East Aurora*.

Fruncí el ceño.

— ¿Es una granja?

— Sí —esta vez giró ligeramente el rostro hacia mí, aunque sin perder de vista la carretera—. Pertenecía a mis abuelos maternos. Una herencia de mi *mamma*.

Algo en la forma en que lo dijo me apretó el pecho.

— Parece un lugar especial…

Ettore asintió, con los dedos firmes sobre el volante.

— *Papà* siempre mantuvo en secreto su ubicación. Solíamos pasar allí muchas temporadas cuando *mamma* aún vivía.

No hubo vacilación en su voz, pero la tensión en su mandíbula delataba que ese recuerdo aún le dolía.

Conocía bien ese tipo de dolor.

La pérdida que desgarra y convierte los recuerdos preciosos en espectros de algo que ya no puede volver.

— Te va a gustar el sitio —continuó Ettore, su voz retomando el tono habitual—. Hay mucho espacio, y las pequeñas deben estar divirtiéndose con los ponis.

— ¿¡Ponis!? —Mis labios se curvaron sin que pudiera evitarlo.

— Tu *papà* las metió en clases de equitación cuando cumplieron dos años. Tomaban lecciones en el club hípico. Le pedí a *Tommy* que organizara el traslado de los ponis a la casa segura.

Mi pecho se apretó al escucharlo.

Mi *papà*...

El impacto de esa revelación seguía resonando en mi subconsciente como un eco persistente. Intentaba ignorarlo, reprimirlo, pero las dudas se colaban por los huecos de los detalles.

¿*Ticiano Povvi* era realmente mi padre?

Según *Gutierrez*, no.

Y si lo analizaba con frialdad… tenía mucho sentido.

Nunca me trató con el mismo afecto que mostraba hacia *Allegra* y *Arianna*.
No fue cruel, no... pero siempre fue distante, casi... indiferente.

Y *mamma*...

Siempre tan cautelosa, tan protectora conmigo.

Inventando mil formas de mantenerme al margen en cada evento, acaparando la atención sobre sí misma para que yo pasara desapercibida.

El estómago me dio un vuelco.

Si *Ticiano* no era mi padre, ¿quién lo era?

¿Y por qué me lo ocultaron toda la vida?

Pero… ¿con quién gritaría ahora, si quienes podían responder a esas preguntas ya estaban muertos?

El paisaje pasaba difuso ante mis ojos cuando la voz grave de Ettore cortó mis pensamientos:

— ¿Por qué ese silencio repentino?

Parpadeé, volviendo a la realidad.

No apartó los ojos de la carretera, pero la rigidez en su postura dejaba claro que había notado el cambio sutil en mí.

Forcé una sonrisa, desviando la mirada de nuevo hacia la ventana.

— Conoces a mis hermanas mucho mejor que yo.

Aunque las amo… *Allegra* y *Arianna* son prácticamente unas desconocidas para mí.

Ettore soltó un suspiro pesado.

— No es tu culpa, *Rosalinda*. Te acercarás a ellas ahora que has vuelto a *Buffalo*.

Asentí, pero las palabras se me quedaron atrapadas en la garganta.
No sabía si sería tan sencillo.

— ¿Y *Lúcifer*? —cambié de tema antes de que el peso de los pensamientos me hiciera estallar el pecho.

La sombra de una sonrisa cruzó el rostro de *Ettore*.

— Probablemente esté corriendo como un condenado por la propiedad. Le encantará saber que tiene espacio de sobra para él.

Solté una risa baja, imaginando la escena.

Mi dóberman no era precisamente un explorador nato.

Las niñas debían de estar agotando toda su paciencia.

Al menos así estarían distraídas.

Quizá eso hiciera que la ausencia de nuestros padres doliera un poco menos para ellas.

El silencio volvió a instalarse, pero no era incómodo… solo pesado.
Una transición entre todo lo que había pasado y todo lo que aún estaba por venir.

Sabía que *Ettore* no hacía nada sin motivo. Y, aunque me estuviera llevando a ver a mis hermanas, ese viaje también hablaba de él.

Ettore había perdido a dos de sus mejores amigos.

La *famiglia* había perdido a su *Consigliere*.

La *Vendetta* aún no estaba completa.

El verdadero enemigo seguía respirando.

Apreté las mangas de mi suéter entre los dedos y me acurruqué un poco más en el asiento, buscando algo de consuelo dentro del torbellino que me habitaba.

Pero desde aquella sala de tortura… con *Gutierrez*… ya no tenía suelo bajo los pies.

Ettore seguía conduciendo con la misma tranquilidad calculada, los dedos firmes sobre el volante. Pero me conocía demasiado bien como para no notar que algo no iba bien.

— *Bella Rosa*... —su voz grave cortó el silencio, cargada de algo cálido y posesivo.

Cerré los ojos por un instante, dejando que el tono ronco de sus palabras se deslizara por mi piel.

— No importa lo que estés pensando ahora… perteneces al clan *Povvi*. Siempre perteneciste.

Y pronto… también serás una *Lucchese*.

Giré lentamente el rostro para mirarlo.

No apartó la vista de la carretera, pero el leve apretón en el volante delataba que no quería que dudara de eso.

— La verdad siempre encuentra la forma de salir a la luz —continuó, con la mandíbula apretada por un segundo—. Y cuando eso ocurra, quiero que sepas que no estarás sola.

Quería creerle.

Quería aferrarme a esa certeza con toda mi alma, pero el miedo susurraba otra cosa al oído.

Si *Ticiano* no era mi padre… ¿entonces quién lo era?

Antes de que mi mente pudiera hundirse más en ese abismo, sentí los dedos de *Ettore* tocar mi muslo, cálidos y firmes.

Un recordatorio silencioso de su presencia.

— Eres mía, *Rosalinda Povvi* —la declaración salió baja, casi como un gruñido—. Y nada puede cambiar eso.

Esa promesa reverberó en mi interior como un juramento sagrado.

*****

La carretera sinuosa dio paso a un portón alto de hierro forjado, imponente pero discreto, flanqueado por setos que se extendían hasta donde alcanzaba la vista. En cuanto nos acercamos, se abrió en silencio, como si ya esperara nuestra llegada.

El SUV negro con *Marco* y *Alessandro* aceleró delante de nosotros, adelantándonos y tomando el camino de grava que conducía hasta la casa segura.

La propiedad se revelaba poco a poco entre los árboles robustos y cuidados, como si escondiera un secreto ancestral.

Y al final del sendero, imponente contra el cielo azul pálido de septiembre, se alzaba el magnífico caserón.

Mi respiración se tambaleó.

Era una construcción grandiosa, clásica y con una presencia tan contundente como la de sus propietarios.

Paredes de piedra clara contrastaban con los detalles de madera oscura en los balcones y los marcos de las ventanas, mientras columnas sólidas sostenían la segunda planta. El tejado oscuro brillaba bajo el sol tenue de la mañana, y un amplio porche abrazaba toda la fachada, dándole a la mansión un aire atemporal y misterioso.

Era tan grande como la mansión *Povvi*.

Solo que parecía más... acogedora.

Estaba a punto de preguntar cuánto tiempo llevaba la propiedad en la familia *Lucchese* y si había pasado por reformas, cuando noté que *Ettore* disminuía la velocidad.

En lugar de seguir al SUV de *Marco* y *Alessandro* hasta el caserón, giró el coche hacia el arcén y se detuvo antes de acercarse demasiado a la entrada principal.

Fruncí el ceño, sintiendo de inmediato que algo no iba bien.

— ¿Qué pasa?

Ettore apoyó un brazo sobre el volante y soltó un suspiro, sus ojos recorriendo la propiedad antes de quitarse las gafas de sol y, finalmente, mirarme.

— Tenemos que hablar.

Esa frase disparó una alarma interna. Crucé los brazos y me recosté en el asiento.

— Vale... —murmuré, intentando ignorar la incomodidad que empezaba a crecerme en el pecho.

Él dudó un segundo antes de decir:

— Mientras estemos aquí, dormiremos en habitaciones separadas.

Parpadeé varias veces, intentando entender a qué venía eso.

— ¿Qué?

— *Bibiana* y *Sabino* son tradicionalistas. No dejarían pasar algo así por alto. Además, hay otros empleados en la propiedad. —Su voz era firme, pero sin arrogancia. Realmente parecía creer que estaba haciendo lo correcto—. No sería bueno para tu reputación que...

— ¿Reputación, Ettore? —lo interrumpí, incapaz de contener la incredulidad en mi voz—. ¿Estás hablando en serio?

Él entrecerró los ojos ligeramente, pero mantuvo la calma.

— Tus padres acaban de fallecer. No quedaría bien que todos vieran que, apenas nos hemos comprometido, ya estamos...

No terminó la frase.

No hacía falta.

— ¿Follando como dos animales en celo, sobre cualquier superficie disponible? —Crucé los brazos, sin apartar la mirada de la suya—. ¿Entonces debo comportarme como una doncella recatada para que nadie sospeche que ya he pasado varias noches gimiendo tu nombre?

La forma en que su mandíbula se tensó y sus ojos se oscurecieron solo me animó a seguir.

— Porque si eso es lo que estás intentando decir, puedo recordarte que fuiste tú quien se coló por la ventana de mi habitación en plena madrugada… ¡para meterte en mi cama!

— ¡Y tu coño me recibió empapado, con muchísimo gusto!

La forma en que lo dijo, completamente impasible y sin el más mínimo atisbo de arrepentimiento, me dejó sin aliento por un instante.

Parpadeé.

Una.

Dos veces.

— ¿Cuál es tu maldito problema? —Incliné la cabeza, evaluando su expresión.

El Ettore que me había despertado con desayuno en la cama hacía apenas unas horas se había evaporado, dando paso a un imbécil que ahora hablaba de reputación… después de follarme sin la menor pizca de decencia.

Cerró los ojos por un segundo, inspiró hondo y soltó el aire lentamente por la nariz.

— Solo estoy intentando explicártelo. No soy un hipócrita conservador, pero mi padre valora ciertas tradiciones. Los mayores de la *famiglia* también y…

— Y tú quieres que me comporte como si nuestro compromiso no fuera más que una conveniencia —solté, amarga… dolida… cabreada, ni siquiera lo sabía—. Espero que el voto de *Omertà* también mantenga callados a todos los *soldati* que te oyeron follarme en el comedor anoche.

Ettore murmuró una maldición por lo bajo, pasándose las manos por la cara.

— No será por mucho tiempo. Nos casaremos dentro de un mes.

— ¿Qué? —Mi corazón se detuvo por un segundo y mi cuerpo se tensó.

Sostuvo mi mirada sin vacilar.

— *Arianna* y *Allegra* están bajo mi tutela ahora. También soy el administrador de los bienes que dejaron tus padres. Lo más adecuado sería que nos casáramos cuanto antes, para asumir públicamente que somos una familia en construcción.

El impacto me dejó sin capacidad de reacción inmediata.

"Familia en construcción."

Esa frase resonaba en mi cabeza como un eco cruel.

— Claro… adecuado —el nudo en mi garganta se apretó.

— ¿Qué prefieres, *Rosalinda*? —su tono se volvió áspero, la mirada afilada —. ¿Que envíe a tus hermanas al mismo internado donde pasaste años exiliada?

Mi pecho se contrajo ante aquella acusación velada.

— ¡No es eso! Yo...

— ¿Quieres otro año sabático en Italia, fingiendo que esta realidad no va contigo?

— ¡No quiero huir! —mi voz salió más alta de lo que pretendía.

Me miró, como si evaluara la sinceridad de mis palabras.

— No puedo vivir bajo el mismo techo que tú y las pequeñas si no estamos casados —me lanzó una mirada desafiante—. ¿Qué te parece vivir con mi *papà*, tomarte tu tiempo para asumir la idea de convertirte en mi esposa?

— ¿Esto es un ultimátum? —la rabia me subía por el pecho como fuego—. ¿Por eso estás actuando como un capullo?

— ¿Por querer tenerte a ti y a tus hermanas bajo mi protección constante? ¡Solo te estoy mostrando la realidad!

— ¡Estás empujándome a la fuerza! —Mi corazón latía con furia, pero sabía que no servía de nada discutir con él.

Ettore ya lo había decidido todo por su cuenta.

Sin preguntarme.

Sin importar mi opinión.

Sin darme ningún derecho a elegir.

Así es como él lo hacía todo.

Con mano firme, órdenes claras y estrategia precisa.

Pero yo no era uno de sus *soldati*...

Apreté la mandíbula. Respiré hondo.

Y lo solté, en un hilo de voz:

— Pensé que ya me conocías mejor.

Sus ojos parpadearon, sorprendidos, como si no esperara oír eso.

— *Ettore*... —me pasé las manos por el rostro, intentando calmar la avalancha de sentimientos que me atravesaban—. Solo han pasado unos días desde nuestro compromiso. Yo solo quería...

¡Qué patético!

¿Cuándo me permití llegar tan lejos en mis propias ilusiones?

Tragué saliva, la rabia mezclándose con algo mucho más hondo.

— Quería tener más tiempo para acercarme a mis hermanas. Quizá tener algunas citas románticas... salir contigo... —negué con la cabeza, sintiendo el ardor de las lágrimas presionando detrás de mis ojos—. Organizar la boda de mis sueños...

De repente, todo parecía escaparse entre mis dedos. Otra vez.

¿Cómo pude ser tan ingenua y olvidarlo tan rápido?

Mis decisiones, mi futuro... Nunca habían sido realmente míos.

— Como si no bastara con que todos mis cumpleaños hayan sido una mierda, y que la noche de mi compromiso se convirtiera en la noche en que perdí a mis padres... —mi voz se quebró al final—. Pero claro, una boda relámpago... porque es lo más *adecuado*, ¿no? ¿Dónde estaría el problema?

Ettore contuvo la respiración, y por un segundo creí que diría algo para suavizar el golpe.

Pero no dijo nada.

Porque ya lo tenía decidido.

Porque, en su cabeza, lo único que importaba era asegurarse de que yo y las niñas estuviéramos protegidas.

Pero la protección nunca venía sin un precio.

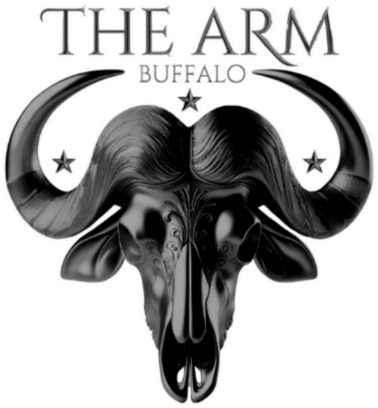
Y, aparentemente, ese precio era mi individualidad.

Solté una risa sin humor y tiré de la manilla de la puerta, necesitando salir de allí antes de que esas malditas lágrimas se me escaparan de verdad.

— ¿Sabes qué? Olvídalo. Ya lo has decidido todo por tu cuenta. —Abrí la puerta y salí, ignorando a *Ettore* y su presencia sofocante mientras intentaba tragarme esa sensación de impotencia.

Porque, al final del día, no importaba cuántas veces gritara.

Mi voz nunca tendría el mismo peso que la suya.



CAPÍTULO 41

ROSALINDA

La grava crujía bajo mis pies mientras avanzaba por el sendero, con el corazón aún latiendo al ritmo acelerado de la discusión con *Ettore*.
El aire fresco de la propiedad no aliviaba en nada el nudo asfixiante en mi pecho. Cada paso que daba parecía arrastrar el peso de una decisión que nunca me fue permitida.

El matrimonio.

La tutela.

El destino que ya había sido trazado para mí, sin que pudiera siquiera cuestionarlo.

Pero entonces, escuché voces infantiles romper el silencio.

— ¡*Sorellina*! —gritaron las gemelas al unísono en cuanto me vieron, lanzándose hacia mí con pasos torpes y los brazos abiertos.

Mi cuerpo se congeló por un instante, sorprendida por la urgencia de esas pequeñas figuras rubias corriendo por el césped como si sus vidas dependieran de ello.

Justo detrás de ellas, *Lúcifer* apareció trotando con su porte imponente de siempre, las orejas atentas y los ojos oscuros fijos en mí.

No era un animal de gestos efusivos, pero la forma en que aceleró el paso y bajó las orejas me decía que también me había echado de menos.

— ¿Alguien tenía ganas de verme? —murmuré, abriendo los brazos y arrodillándome en el césped, sin importarme la tierra húmeda bajo las rodillas.

Ambas se me lanzaron encima con fuerza, tumbándome de espaldas sobre la hierba, y en segundos estuve rodeada por manitas que agarraban mi rostro, mi pelo, mis hombros, y boquitas cálidas que dejaban besos apresurados por toda mi cara.

Solté una risa involuntaria, un sonido que no salía de mí de forma genuina desde hacía días.

Cerré los ojos, respirando profundamente el aroma de sus cabellos perfumados, absorbiendo la suavidad de sus ropas contra mi piel.
El olor a hierba y tierra húmeda, el sonido amortiguado del viento agitando las hojas a nuestro alrededor.

El mundo giraba exactamente como antes, como si nada me hubiera sido arrebatado.
Como si la vida no me hubiera empujado a un abismo del que nunca volvería.
Pero la ilusión duró apenas un instante.

Lo supe en cuanto sentí de nuevo el peso de la hoja entre mis dedos.
El olor metálico de la sangre en el aire, la piel caliente de un hombre deshaciéndose bajo el filo de la navaja.

El recuerdo se coló sin avisar, infiltrándose como una sombra invisible, extendiéndose como veneno.

La oscuridad dentro de mí aún no era sólida, pero ya estaba allí.
Y no se iría jamás.

Las gemelas seguían hablando, sus voces llenas de quejas y secretos infantiles, mientras sus ojos brillaban bajo la luz de la mañana.
Como si los monstruos del mundo no pudieran tocarlas.
Como si aún fueran intocables.

Yo también fui así.

Antes de conocer la brutalidad del lugar al que realmente pertenecía.

Por un instante, deseé poder congelar ese momento.

Deseé que pudiera durar para siempre, que ese fuera el único destino que me aguardaba.

Pero el encanto se rompió con la realidad, dicha en voz baja por una niña:

— Pensamos que tú también te habías ido al cielo y que nos habías dejado solas... como *papà* y *mamma* —murmuró *Arianna*, con la voz rota, sus manitas sujetando mi cara como si necesitara comprobar que era real.

Sentí cada palabra como una puñalada en el pecho.

Tragué la angustia que amenazaba con desbordarse, intentando mantener la compostura.

Ellas necesitaban que yo fuera fuerte.

— Oh, cariño... —susurré, rodeando sus cuerpecitos frágiles con los brazos. Cerré los ojos por un segundo, luchando contra el nudo en la garganta —. Perdón por no haber venido antes… Lo siento muchísimo.

Eran demasiado pequeñas para cargar con un dolor así.

Las abracé más fuerte, como si pudiera alejar toda la tragedia que ya las había marcado.

— *La madrina Fiorella* dijo que estabas con nuestro *padrino*... Pero pensamos que él también se había ido al cielo... —sollozó *Allegra*, su vocecita impregnada de miedo infantil.

Sentí el corazón partirse en mil pedazos.

— No, mi amor. Ni yo ni *Ettore* vamos a irnos al cielo tan pronto, ¿de acuerdo? —mi voz salió baja, firme.

Necesitaba que lo creyeran.

Necesitaba aferrarme a esa certeza.

Sus ojos me miraban, inseguros.

— Solo estábamos cuidando a *Lilith*, la gatita que vive en su piso. ¿Ya la conocéis?

Las reacciones fueron inmediatas.

— ¿¡Un gatooo!? —*Arianna* abrió los ojos como platos, llevándose un mechón de pelo a los labios en un gesto pensativo—. ¡Va a querer comerse al señor *Splinter*!

La boca de *Allegra* se torció en una expresión decidida.

— Si hace eso, ¡mandamos a *Luci* a que se la coma a ella!

No pude contener la risa, a pesar del nudo que aún se agarraba a mi pecho.

— Eh, en esta familia ningún animal se va a comer a otro, ¿entendido? — sujeté sus caritas entre mis manos y arqueé una ceja—. *Lilith* es una buena gata. Y si queréis, podéis conocerla cuando volvamos a casa.

No mencioné que ni siquiera sabía cuál era esa "casa" ahora.
Pero ese era un problema para más adelante.

Antes de que alguna pudiera responder, sentí un peso cálido contra mi pierna.

Lúcifer.

Me miraba, inmóvil, esperando que reconociera su presencia.
Sus ojos oscuros e inteligentes destilaban juicio.

— Eh, chico. ¿Tú también me echaste de menos? —solté un suspiro y pasé los brazos por su cuello fuerte, hundiendo el rostro en su pelaje.

Él no respondió, claro.

Pero cuando su lengua áspera y caliente me lamió la cara, no quedó duda alguna.

— ¡Ya basta, *Luci*! ¡Necesito respirar! —me quejé entre risas, escondida contra su pelo.

Y por un instante… solo por un instante, todo pareció normal.

Yo y mis hermanas, juntas.

El calor del sol sobre la piel.

La seguridad de un hogar, aunque fuera temporal.

Pero la realidad no nos permitiría olvidarlo por mucho tiempo.

Me puse de pie, ajustando la ropa, mientras *Allegra* y *Arianna* se colgaban de mis brazos.

— ¡Estoy muerta de hambre! —murmuré, mirando hacia la terraza. *Bibiana* y *Fiorella* nos observaban desde allí, con expresiones marcadas por el alivio y la preocupación. Les hice un gesto con la mano—. ¿Quedarán panqueques para mí?

Allegra se inclinó como si fuera a contarme un secreto.

— Esta vez los hizo la *madrina*… —susurró—. Pero no cocina muy bien.

Me tapé la risa con la mano.

— Seguro que están deliciosos.

Arianna salió disparada hacia el interior de la casa, seguida de cerca por *Lúcifer*. *Allegra* apretó mi mano y tiró de mí en dirección al caserón.

Antes de entrar, algo me hizo mirar hacia atrás.

El *Maserati* seguía allí, parado justo donde *Ettore* y yo discutimos.

El ronroneo del motor era bajo, pero persistente.

Casi como una advertencia.

Un recordatorio de que, por más que intentara huir, él siempre estaría ahí. Esperando. Decidiendo. Controlando.

Por un instante, tuve la ilusión de que *Ettore* saldría del coche.

Que bajaría y vendría tras de mí.

Que pediría perdón, o al menos intentaría arreglar el daño.

Pero entonces, sin saludar a sus ahijadas ni a su propia hermana, giró el volante y aceleró, saliendo de la propiedad.

Y fue en ese preciso momento, mientras veía la parte trasera del coche desaparecer por el portón, que entendí lo que siempre había intentado negar:
Ya no podía volver a ser aquella niña intocada por el mundo.

Solté el aire lentamente, sintiendo cómo *Allegra* apretaba mi mano.

Tragué saliva y me obligué a avanzar.

Porque, al final, no importaba cuántas veces *Ettore Lucchese* me hiciera creer que tenía una elección.

La verdad era que, cuando se trataba de él… Nunca la tuve.

Y *Ettore* no me dejaría olvidarlo.

*****

— ¿Qué ha pasado? —la voz de *Fiorella* cortó el silencio en cuanto tuvimos un momento a solas.

Simple. Directa. Sin rodeos.

Suspiré con fuerza, pasándome las manos por el rostro antes de mirarla. Su mirada era aguda, pero cargaba un matiz de preocupación que me irritó más de lo que debería.

Allegra y *Arianna* acababan de quedarse dormidas, después de un día entero drenándome con juegos infinitos.

Ahora entendía perfectamente por qué *Ettore* las llamaba "diablillas" con tanto cariño.

Pequeños huracanes rubios, imposibles de contener.

Solo el recuerdo de él hizo que mi humor se agriara.

La propiedad de los *Lucchese* era un paraíso.

Espaciosa, silenciosa, rodeada de una naturaleza que me hacía sentir lejos de todo y de todos.

Podría vivir allí.

Quería vivir allí.

Lejos de *Buffalo* y de las expectativas asfixiantes de la *famiglia*.

Lejos de *Ettore*.

Pero ya era demasiado tarde para desear algo así.

Mi mente era un caos, y el silencio a mi alrededor solo hacía que los pensamientos retumbaran con más fuerza dentro de mí.

— ¿Vas a contármelo o tengo que sacártelo a la fuerza? —*Fiorella* arqueó una ceja, cruzando los brazos.

— No sé si quiero hablar de eso.

— *Ah, andiamo!* —alzando las manos, exasperada—. ¿No fuiste tú misma la que me dijo que las mujeres seguras consiguen lo que quieren? ¿Qué pasa, *sorella*? ¿No conseguiste lo que querías?

Tragué saliva. Me estaba lanzando mis propias palabras como un espejo. Peor aún: me estaba recordando la mujer en la que me convertí por su culpa.

"Consigue lo que deseas, Rosalinda. Haz que Ettore te vea como una mujer. Él será un Lucchese, pero tú no has nacido para inclinarte."

Palabras dichas en susurros cómplices entre risas ahogadas.
Palabras que me sirvieron de combustible para cruzar océanos y hacer que *Ettore* finalmente cediera a lo que siempre estuvo entre nosotros.

Pero ahora… después de todo… después de que él decidiera mi futuro una vez más, sin siquiera consultarme…

Ya no sabía si había conseguido lo que quería… o si había sido capturada y sometida por él.

Cerré los ojos, sintiendo una risa amarga formarse en lo más profundo de la garganta.

— Hice exactamente lo que me dijiste que hiciera, *madrina* —mi voz salió baja, cargada de algo peligroso—. Conseguí lo que quería. Y ahora estoy atrapada con ello.

Fiorella frunció el ceño, confundida al principio.

Pero entonces algo pasó por sus ojos: comprensión.

Porque conocía a *Ettore*.

Sabía cómo actuaba.

Sabía cómo operaban los *Lucchese*.

Y tal vez, en ese momento, por fin entendió que yo nunca tuve una elección real.

Abrió la boca para hablar, pero dudó.

Y cuando por fin encontró las palabras, su voz venía cargada de culpa genuina:

— Lo siento...

Solté una risa seca, incrédula.

— Mira tú, *sorella* —incliné la cabeza, evaluando su expresión—. Hija de un *Don*, con la suerte de poder elegir al hombre que quiera, pero aun así te metiste en un convento durante años y ni siquiera quieres ser monja de verdad. ¿Cómo pude tomarte en serio como mi mentora si tu vida es un caos, Fiorella?

No lo dije para herirla.

Ni de lejos.

Solo era la verdad.

Dos ilusas.

Durante un momento, *Fiorella* se quedó en silencio.
Sus intensos ojos azules brillaban bajo la luz tenue del salón.
Pero, a diferencia de la mirada depredadora e impenetrable de su hermano mayor, la suya cargaba algo vulnerable.

— Tienes razón... —soltó un suspiro largo, presionando los dedos contra las sienes—. Tengo mi propio caos por resolver, y aun así decidí meterme en el caos ajeno.

— Vamos, admítelo —crucé los brazos, dejándome caer en el sofá—. Querías ver a tu hermano rendido y casado, solo para que tu padre dejara de presionarte. Y me usaste como arma secreta.

— ¿Eso fue un sermón o un cumplido? —*Fiorella* alzó una ceja, con una sonrisa sin humor.

— Fue un hecho. —Ella rió, pero sin una pizca de ligereza.
Incliné la cabeza, observándola con atención—. ¿Sabes? Me recuerdas a alguien. Creo que tú y *Tommaso Caccini* debéis de ser almas gemelas. Porque él es tan manipulador como tú.

Sus ojos brillaron con algo distinto... algo oscuro.

Pero *Fiorella Lucchese* nunca fue una mujer fácil de descifrar.

Solo sonrió, recostándose contra el sillón frente a mí, y murmuró:

— Entonces, estamos todos jodidos.

******

La habitación estaba sumida en un silencio denso, roto solo por el ritmo de mi respiración y el suave susurro de las hojas al otro lado de la ventana entreabierta. La brisa nocturna entraba y traía consigo el olor húmedo de la tierra, junto al lejano murmullo de los árboles que rodeaban la propiedad.

Lúcifer dormía a los pies de la cama, su cuerpo grande y cálido extendido sobre la alfombra, la respiración pesada llenando el espacio. Sabía que, incluso en sueño profundo, él permanecía alerta.

Pero ni siquiera su presencia me protegía de lo que venía en cuanto cerraba los ojos.

Las sombras se deslizaron por mi mente como un veneno, arrastrándome de nuevo a un lugar que reconocí al instante.

La sala de interrogatorios en el almacén de *The Arm*.
El olor a orina, heces, cigarro, moho… y sangre.

El eco lejano de mis propias palabras:

"¡Me obligaste a hacer esto!"

Gutierrez estaba allí. Vivo. Sentado frente a mí, con la cabeza ladeada, los ojos hundidos y la piel teñida de muerte. Su boca se abrió en una mueca repugnante, los dientes amarilleando en una burla silenciosa hacia mí.

— Qué niña más débil… —su voz salió distorsionada, rasgada, como un lamento arrancado del infierno—. Te escondiste tras la hoja como una zorra asustada…

Mi pecho se apretó, el corazón martillando contra mis costillas. Mis manos estaban manchadas de sangre, y al mirar hacia abajo, vi la navaja aferrada entre mis dedos.

La hoja temblaba.

Yo temblaba.

"¡No es mi culpa!"

Pero la hoja y la sangre seguían en mis manos.

— Me mataste, *muchacha*. —*Gutierrez* sonrió aún más, sus ojos perdiéndose en las órbitas vacías—. ¿Sabes qué es lo peor? Que no sentiste ningún remordimiento.

La sala se desvaneció a mi alrededor.

Y entonces apareció otra escena.

Estaba al volante del *Maserati*, pero no ocupaba el asiento del copiloto: estaba en el lugar de *Ettore*, con las manos firmes en el volante. A mi lado, había otra yo misma… una versión distinta.

Una *Rosalinda* vacía. Sin miedo. Sin emoción.

— Te di lo que querías, *Bella Rosa* —mi otra voz sonó junto a mí. Pero no era mía. Era un eco retorcido, una sombra burlona—. Lo mataste. Ahora, se honesta… ¿no te gustó esa sensación?

— Para...

— Te gustó —mi copia sonrió, con los labios teñidos de sangre—. Y a *Ettore* le encantó verlo.

— ¡Cállate!

Pero la imagen se deshizo, y de pronto estaba de pie en el césped de la propiedad. El cielo estaba oscuro, sin luna, sin estrellas. Solo un viento gélido y cortante.

Y allí, quietos delante de mí, estaban ellos: *mamma* y *papà*.

El pelo de *Rosalia* recogido en un moño perfecto como siempre, pero sus ojos estaban demasiado hundidos. *Ticiano* llevaba su traje impecable, pero su piel estaba pálida como mármol.

Ambos me miraban.

Lo sabían.

— Decidme la verdad. —Mi voz surgió baja, débil, pero cargada de desesperación—. ¿Me mintió?

Ninguno respondió y mi corazón se contrajo.

— *Papà*... —Mis ojos ardían—. ¿Tú eres mi padre o no?

Mamma desvió primero la mirada.

Y entonces *Ticiano* insinuó una sonrisa lenta. Vacía.

— No quieres saberlo, *Rosalinda*.

— ¡Quiero la verdad! —La angustia me golpeó con fuerza.

Los ojos de *Ticiano* se oscurecieron.

Una mirada idéntica a la de *Ettore*.

— Nunca tuviste elección.

El grito se me quedó atrancado en la garganta cuando algo me agarró las piernas con fuerza, arrastrándome hacia la oscuridad. Las sombras devoraron todo, y de pronto no pude respirar.

"¡Rosalinda!"

Mi propio nombre estalló en el aire, y mis ojos se abrieron de golpe con un sobresalto.

La habitación estaba en penumbra.

Mi respiración llegó entrecortada y temblorosa, mi cuerpo empapado de sudor frío.

El pecho subía y bajaba de forma errática, y al tocar mi rostro supe que estaba llorando.

Lúcifer se acercó y se tumbó junto a mí, observándome con esos ojos profundos, como si supiera que algo me había hecho añicos.
Mis dedos temblaron al acariciar su pelaje, buscando un ancla en la incertidumbre.

Pero la verdad era que ya nada me sostenía.

Estaba a la deriva… y sola.

*****

La luz suave de la mañana se filtraba a través de las cortinas, dibujando sombras delicadas sobre las paredes del dormitorio. Pero dentro de mí no había nada de suave.

Mi cuerpo pesaba por el agotamiento, y mi mente era un borrón de imágenes que prefería olvidar.

La pesadilla seguía erizándome la piel, como un roce siniestro, frío e invisible. Mi pecho subía y bajaba con lentitud, pero no era paz… ni descanso.

Me giré hacia un lado y deslicé la mano por el colchón a mi lado.
Vacío.

Dormir sin *Ettore* era una mierda. Estar peleada con él, aún peor.

Solté un suspiro frustrado y me obligué a levantarme. El silencio del cuarto parecía burlarse de mí mientras caminaba hasta el tocador. Cogí el móvil que *Marco* me había devuelto el día anterior y desbloqueé la pantalla.
Ningún mensaje. Ninguna llamada.

Ese silencio fue un golpe certero a mi orgullo. No porque quisiera que se arrodillara y me suplicara perdón, sino porque…

¿Me estaba dando espacio?

¿O simplemente quería que sintiera su ausencia como un castigo silencioso?

Exhalé largo, sintiéndome triste y decepcionada.

Si esto era un juego, yo no iba a jugar.

Con un gesto seco, apagué el móvil y lo dejé sobre el tocador, sin ganas de volver a mirar esa pantalla inútil. Fue entonces cuando mis ojos se posaron sobre las joyas que yacían junto al aparato.

La fina cadena de oro blanco brillaba bajo la luz matinal, el pequeño colgante descansando delicadamente sobre la madera. El regalo de cumpleaños que *Ettore* me había dado. Y junto a él, el anillo de compromiso.

El pecho se me oprimió, y una oleada de emociones encontradas se enroscó dentro de mí. Pasión, rabia, frustración… todo mezclado en un torbellino que ya no sabía cómo contener.

Deslicé los dedos sobre las piezas, sintiendo el metal frío contra mi piel. El peso simbólico era infinitamente mayor que los quilates que pudieran tener. Pero aquella mañana… no quería cargar con ningún peso.

Me giré de espaldas al tocador y caminé hacia el baño, decidiendo que, al menos por ese día, sería solo *Rosalinda Povvi*.

Sin anillo. Sin cadenas.

Sin recordarme que *Ettore Lucchese* ya había decidido por mí una vez más.

*****

Bajé a la cocina, con el aroma intenso del café filtrándose en mis sentidos antes siquiera de cruzar la puerta. El murmullo discreto de voces familiares llenaba el ambiente, pero el espacio aún parecía silencioso sin las gemelas y sus incansables preguntas infantiles.

Bibiana estaba de pie junto a los fogones, con un delantal atado a la cintura y esa expresión suya tan calmada y meticulosa mientras removía algo en una olla. *Sabino* estaba sentado a la mesa, leyendo un periódico doblado por la mitad, mientras *Marco* y *Alessandro* tomaban café y conversaban en voz baja.

— *Buongiorno, tesoro* —sonrió *Bibiana* al verme, aunque sus ojos me examinaron con atención, como si pudiera ver el cansancio atrapado bajo mis ojeras.

— *Buongiorno, Bibi* —murmuré, sirviéndome una taza de café antes de sentarme a la mesa.

— ¿Mala noche? —*Marco* alzó una ceja hacia mí.

Rodé los ojos y bebí un sorbo de la bebida amarga.

— Podría haber sido peor.

Sabino hizo un ruido de aprobación, pero no comentó nada. *Bibiana* se sentó a mi lado y deslizó un plato hacia mí, repleto de frutas y tostadas.

— Come. Estás pálida.

— Soy naturalmente pálida, *Bibi*. —Le lancé una mirada divertida, aunque no lo bastante convincente.

— No *esa* palidez —replicó con una sonrisa afilada—. Esa viene por falta de sueño.

Suspiré, pero obedecí. Mientras masticaba, me di cuenta de que mi amiga aún no estaba allí, y ella solía ser muy estricta con sus rutinas matutinas desde el convento.

— ¿Dónde está *Fiorella*?

Bibiana alzó la vista de su taza.

— La *signorina Lucchese* tenía un compromiso y salió temprano. Dijo que volvería mañana.

No me sorprendió. *Fiorella* siempre tuvo sus escapadas misteriosas y, considerando nuestra última conversación, quizás solo necesitaba un poco de espacio para sí misma. Ya estaba haciendo más que suficiente por mí y por mis hermanas.

El silencio se instaló durante unos segundos antes de que deslizara la mirada hacia *Marco* y *Alessandro* de nuevo.

— Necesito moverme. —Los dos me miraron sin entender—. Si vamos a quedarnos aquí un tiempo, quiero aprovechar para entrenar con vosotros. En el gimnasio.

Las miradas que se intercambiaron me hicieron entrecerrar los ojos.

— No estoy pidiendo permiso.

— Lo sé —*Marco* sonrió de lado—. Solo pensaba que al *Underboss* probablemente no le gustará la idea.

— Pues es una pena que ahora mismo no me interese su opinión.

Alessandro soltó una risa, dio otro sorbo al café y respondió:

— Está bien, *signorina*. Entrenaremos contigo.

Sonreí con satisfacción, sintiendo por primera vez desde que desperté que tenía el control de *algo* en mi vida. No pensaba pasar mis días esperando a que *Ettore* decidiera el próximo paso.

Si quería silencio, se lo daría.



CAPÍTULO 42

ETTORE

El maldito silencio dentro del Maserati era peor que cualquier grito.

El sabor amargo de la discusión con *Rosalinda* aún me pesaba en la boca, mezclado con esa sensación de que algo estaba terriblemente mal, enroscándose en mi pecho como un nudo imposible de deshacer.

Debería haber ido tras ella cuando salió del coche.

Tal vez, en otro momento, en otra situación, lo habría hecho. Habría sujetado su brazo antes de que me diera la espalda, la habría obligado a escucharme, a entenderme. La habría devuelto al asiento del copiloto, abrochado el cinturón sobre su cuerpo y decidido que esa conversación solo acabaría cuando yo lo dictara.

Pero no lo hice. No hablé. No evité nada.

Solo la observé.

Vi cómo *Arianna* y *Allegra* la vieron y corrieron hacia ella, esas pequeñas piernas torpes lanzándose sobre el césped, esos huracanes rubios que convertían todo en caos y risa. Vi a *Lúcifer*, siempre atento y protector, acercarse como si supiera que ella necesitaba algo sólido a lo que aferrarse. Vi cómo *Rosalinda* abrió los brazos y se arrodilló sobre el césped, dejándose devorar por el amor incondicional de sus hermanas.

Y la vi reír.

Una risa genuina que jamás había presenciado antes. Como si, por un instante, todo estuviera en su sitio.

Aquello me golpeó como un puñetazo.

Rosalinda Povvi, mi prometida, estaba allí, con sus hermanas, como si el peso de mi nombre y de mis decisiones no la estuvieran aplastando.

¿Y yo?

Yo no hice otra cosa que añadir más escombros a los restos.

Fue en ese momento cuando comprendí mi error.

No solo decidí por ella.

Me la tragué entera.

Y por primera vez, me permití pensar que... tal vez, debería haberle preguntado.

"Me gustaría que, alguna vez, me preguntaras antes de decidirlo todo por mí y soltarlo como si fuera un decreto irrevocable."

Recordé sus palabras, días atrás, casi suplicando.

Le prometí que lo intentaría, pero ignoré esa promesa.

Porque nunca necesité preguntar. Siempre fui el tipo de hombre que manda, no el que pide permiso.

Supuse que, porque *Rosalinda* gemía mi nombre en la cama, y me miraba con esa intensidad cargada de deseo, hambre y necesidad, era suficiente. Creí que, porque aceptaba mis manos rodeando su cuello, las órdenes susurradas mientras la follaba, y mis besos manchados de posesión, también aceptaría con los ojos cerrados cualquier cosa que yo pusiera en su camino.

Pero no era así, ¿verdad?

La forma en que me miró dentro de aquel coche, con el cuerpo rígido y los ojos vidriosos de dolor y decepción... como si hubiera roto algo valioso dentro de ella. Esa imagen seguía clavada en mi mente.

El silencio del coche, mientras regresaba a Buffalo, no era más que un recordatorio de ello.

Y no podía dejar de preguntarme si la había cagado por completo.

Tal vez no en la decisión...

Pero sí en la forma de ejecutarla. En cómo le solté todo encima.

Rosalinda necesitaba mi control, sí.

Pero yo debería haberla preparado para ello.

Apreté los dedos contra el volante, sintiendo cómo la tensión se extendía por mis brazos. Mis pensamientos eran un laberinto sin salida.

Ella quería tiempo.

¿Para qué?

¿Para seguir fingiendo que podía escapar de esta realidad? ¿Para creer, ingenuamente, que podía moldear su destino, en lugar de dejarse moldear por él?

No.

Yo sabía quiénes éramos. Lo que estábamos convirtiéndonos.

Y no había vuelta atrás.

Pero debería haberle dado la oportunidad de hablar. De aceptar, no porque yo lo impusiera, sino porque ella misma comprendiera que no había otra opción.

¿Eso cambiaría algo? Probablemente no.

Pero quizás habría evitado este sabor a mierda en mi boca.

¡Que se joda todo!

La boda se celebraría y no importaba cuántas sonrisas, lágrimas o maldiciones *Rosalinda* me lanzara.

Ya lo había decidido.

Y ahora me tocaba asumir las consecuencias.

Entonces, ¿por qué ese maldito infierno dentro de mí seguía ardiendo?

*****

El rugido del motor del Maserati se desvaneció en cuanto aparqué detrás del almacén. Salí del coche sin dudar, cerrando las puertas con un clic seco. El sol aún estaba alto, proyectando sombras largas sobre el hormigón caliente.
Pero mi mente estaba en cualquier parte menos allí.

El trayecto de vuelta desde *East Aurora* hasta *Buffalo* había sido un borrón. Conduje en piloto automático, atrapado en el instante exacto en que *Rosalinda* cerró de un portazo y se alejó hacia la propiedad de los *Lucchese*.

Mannaggia.

El almacén estaba inusualmente silencioso para esa hora del día.
Mejor así. No quería espectadores.

Los hombres iban y venían a cualquier hora, entrenando, perfeccionando técnicas, reforzando la disciplina impuesta por la *famiglia*. Algunos *soldati* ocupaban el área de entrenamiento táctico, pero el gimnasio del fondo parecía vacío.

El olor a sudor y tabaco impregnaba el ambiente.

El espacio era amplio, con tatamis desgastados y sacos de boxeo colgando del techo, iluminado por la luz fría de los focos industriales.

Me desabroché la camisa sin prisa, sintiendo el aire frío contra la piel caliente. La dejé caer sobre uno de los bancos de madera y me subí los bajos del pantalón de vestir antes de quitarme los zapatos. Me quedé solo con los calcetines y el pantalón, el cuerpo tenso, los músculos rígidos por la frustración.

Necesitaba desahogarme.

La rabia se me acumulaba en el pecho, un peso que me comprimía las costillas desde que dejé a *Rosalinda* en la casa segura. El silencio del *Maserati*, la imagen de ella rodeada por sus hermanas, esa risa genuina que no había provocado yo... Todo eso me estaba carcomiendo.

Caminé hasta uno de los sacos de boxeo, girando las muñecas para calentar las articulaciones. Apenas cerré los puños cuando una voz inconfundible resonó a mis espaldas.

— Ora, ora... Che cazzo fai qui, Lucchese?

Tommaso.

Miré por encima del hombro y ahí estaba, apoyado contra la pared con esa actitud suya de vago encantador, aún con la americana puesta, la corbata floja y un cigarrillo apagado colgando de los labios.

Su mirada astuta me recorrió de arriba abajo antes de que una sonrisa burlona se dibujara en su cara.

— ¿No deberías estar ahora mismo enterrado entre las piernas de tu preciosa prometida?

Rodé los hombros, crují el cuello, e ignoré la provocación.

— Necesito ocuparme de otra cosa antes de romper algo que no se pueda arreglar. ¿Y tú? ¿No deberías estar en la hípica fingiendo que trabajas?

Soltó una carcajada suave, separándose de la pared y acercándose.

— Trabajo, *fratellone*. Solo que tengo prioridades. — Sus ojos pasearon por mi torso desnudo antes de volver a mi cara con una diversión descarada. — Pero al parecer, quien necesita revisar sus prioridades eres tú.

Respiré hondo, soltando el aire con más fuerza de la que pretendía.

— Solo quiero desahogarme. Si puedes cerrar la puta boca y dejarme en paz, te lo agradecería.

Tommaso alzó las manos en gesto de rendición, pero la sonrisa seguía ahí.

— Claro, claro. Pero dime... ¿esa necesidad de partirle la cara a algo tiene nombre y apellidos? ¿Empieza por *Rosalinda* y termina por *Povvi*?

Ignoré el comentario y me coloqué frente al saco. Cerré los puños y lancé el primer golpe. El impacto retumbó en mi brazo, pero no fue suficiente. Otro golpe. Y otro más. El sonido sordo de los puñetazos resonaba en el espacio vacío. Ni siquiera me había vendado las muñecas. Quería golpear hasta sangrar.

Tommaso silbó entre dientes.

— Interesante... — Cruzó los brazos y ladeó la cabeza. — ¿Has preferido volver al almacén en lugar de quedarte con tus chicas Povvi? Eso solo puede

significar que tu prometida está que echa humo contigo.

Apreté la mandíbula.

Otro golpe.

— Como sigas diciendo gilipolleces, *Caccini*, te voy a reventar la cara.

— Te lo advertí, *fratellone*, pero nunca me escuchas. — Tommaso suspiró con dramatismo y se dirigió al tatami. — ¿Quieres partirle la cara a alguien de verdad?

— No me toques los cojones, *Tommy*.

— Tocar los cojones es mi especialidad.

— Lo estás haciendo a propósito. — Mis ojos se entrecerraron.

— *Che cazzo*, ¿y tú apenas te das cuenta ahora? — El cabrón sonrió de lado, se quitó los zapatos de una patada, se sacó la chaqueta y remangó la camisa blanca antes de escupir el cigarro en la papelera más cercana. — Ya que estás tan jodidamente alterado, voy a facilitarte las cosas.

— ¿De verdad quieres hacer esto? — Lo miré, desafiante.

— Si no soy yo, será algún pobre desgraciado. Un saco de cuero no es suficiente... tú quieres sangre. — Hizo crujir el cuello y caminó hacia el tatami, girando las muñecas con una sonrisa maliciosa. — Vamos, *Underboss*. Enséñame lo que sabes hacer.

¡Que se joda!

Solté el saco de boxeo y avancé directo hacia el tatami. Si quería llevarse unos golpes, iba a hacerle ese favor.

Tommaso adoptó posición, los pies bien firmes en el suelo, los ojos atentos a mis movimientos. No perdí tiempo. Lancé el primer golpe, un directo con la derecha. Lo esquivó con facilidad, pero ya lo esperaba. Giré el cuerpo y conecté un cruzado en su abdomen.

Esta vez lo sintió.

— Mierda, Ettore... sí que estás cabreado.

— ¡Cállate la puta boca!

Tommaso rió, secándose el sudor de la frente antes de avanzar contra mí. Bloqueé el primer golpe, pero el segundo me dio de lleno en el hombro. Respondí al instante, agarrándole el antebrazo y girando el cuerpo para tirarlo al suelo. Cayó, pero me arrastró con él.

Ahora los dos estábamos en el suelo, jadeando, la adrenalina disparada. *Tommaso* me empujó a un lado y se sentó, frotándose la mandíbula. Rió, pero sus ojos se volvieron más serios.

— ¿Quieres un consejo?

— No eres precisamente bueno en eso. — Me pasé la mano por el pelo empapado de sudor, soltando una risa seca mientras me ponía de pie.

Él hizo lo mismo.

— Pues ahora soy el *Consigliere*, así que tendrás que acostumbrarte.

Nos separamos un poco, girando el uno alrededor del otro, pies descalzos sobre el tatami. Su mirada era afilada, pero había algo más ahí.

Tommaso estaba haciendo eso por mí.

Provocándome. Pinchándome.

Dándome un motivo para sacar toda esa mierda que me estaba comiendo por dentro.

— ¿Me lo vas a contar o prefieres que te siga pateando el culo hasta que hables? — preguntó, esquivando otro golpe antes de darme un directo en las costillas.

El impacto me dejó sin aliento, pero me reí. *Tommy* podía ser un cabrón provocador, pero sabía exactamente lo que hacía.

Me limpié la comisura de los labios con el dorso de la mano antes de lanzarme otra vez. Esta vez lo pillé desprevenido, conectando un directo en su mandíbula. El golpe fue seco y él tambaleó hacia atrás, riendo mientras escupía en el suelo.

— *Figlio di puttana...* — Se frotó la mandíbula. — Estás jodidamente furioso, ¿eh?

— *Rosalinda* quiere tiempo — gruñí, sin rodeos.

— Y tú no quieres dárselo. — *Tommaso* alzó una ceja, haciendo crujir los hombros antes de volver a colocarse en guardia.

— No puedo dárselo.

Esta vez no esquivó. Me dejó acercarme, el puño impactando contra su hombro. Gruñó, pero usó la fuerza para girar y lanzarme una patada al costado, obligándome a retroceder.

— Tienes que dejar de pensar como *Underboss* y empezar a pensar como un futuro marido, *fratellone*.

Me pasé el pulgar por la boca, limpiando el hilo de sangre, y entrecerré los ojos.

— ¿Qué coño quieres decir con eso?

Tommaso rió, pero sin rastro de humor.

— ¿Quieres casarte con *Rosalinda* o conquistarla como si fuera otro puto territorio de *The Arm*?

El silencio cayó entre nosotros.

Tommy se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas.

— Sé que quieres controlarlo todo — continuó. — Que *Rosalinda* acepte tus putas decisiones sin rechistar. Pero el matrimonio no es la *cosa nostra*, *Ettore*.

Mis puños seguían en alto, listos para otra ráfaga de golpes, pero sus palabras atravesaron mi cabeza como una bala bien colocada. Le lancé una mirada afilada, pero guardé silencio. Escuché lo que tenía que decir.

— ¿Quieres que esto funcione o solo que ella acate todo como un *soldato* acata las órdenes de un *Don*?

— *¡Rosalinda es mía!* — Ataqué de nuevo, pero esta vez los movimientos eran más calculados, menos impulsados por la rabia. *Tommaso* bloqueó y contraatacó, pero estaba claro que los dos rozábamos ya el límite.

Tras intercambiar varios golpes más, retrocedimos al mismo tiempo, respirando con dificultad, los cuerpos cubiertos de sudor, la adrenalina a flor de piel.

Tommy sonrió, limpiándose un hilo de sangre del mentón.

— No voy a hacer de terapeuta, pero si de verdad quieres que esto funcione, piénsalo, *fratellone*. — Me dio una palmada en el hombro antes de alejarse. — Puedes mandar en el puto mundo, pero si no aprendes a manejar a la mujer que has elegido, acabarás durmiendo solo más veces de las que te gustaría.

No respondí. Me quedé ahí, con el corazón martilleando en las costillas, la respiración descompasada y ese maldito sabor a orgullo herido en la boca.

Tommaso no esperó respuesta.

— Voy a por un whisky. Deberías hacer lo mismo… o mejor aún, volver a la casa segura y arreglarlo con tu prometida antes de que se dé cuenta de que puede vivir sin ti.

Me dejé caer sobre el tatami, los pensamientos un puto torbellino.

Había estado tan centrado en eliminar amenazas, trazar estrategias y mantener el control, que no fui capaz de ver el caos que se estaba formando a mi alrededor.

El duelo de *Rosalinda* y las niñas no era un daño colateral. Era el verdadero campo de batalla. Lo habían perdido todo.

¿Y yo?

Yo pensaba en la sangre derramada y en los enemigos que aún debía aplastar. Pero no me detuve a imaginar cómo sería vivir en un mundo donde la única familia que conocías desaparece de golpe.

Llevaba años sin una madre, pero aún recordaba cómo eran las cosas cuando *mamma* estaba viva.

Papà podía ser un *Don*, temido y admirado en la *cosa nostra*, pero en casa, era un marido devoto. Un padre presente. Un hombre que, aunque sostenía una pistola con la mano derecha, sabía que el verdadero poder estaba

en la izquierda, donde llevaba la alianza, y donde *mamma* le sujetaba los dedos y moldeaba lo que necesitaba ser moldeado.

Papà la escuchaba.

La respetaba.

Aceptaba sus consejos, y yo lo veía en los gestos pequeños, en las miradas, en cómo inclinaba la cabeza cada vez que ella hablaba, como si cada palabra fuese una orden más poderosa que cualquier decreto mafioso.

Eran compañeros de vida.

Durante años rechacé la idea del matrimonio porque nunca creí que pudiera tener algo así. Nunca creí que un matrimonio arreglado pudiera ofrecerme lo que mis padres tuvieron.

Y en el fondo… tampoco creía que una mujer pudiera amarme por quien soy. No *Ettore Lucchese*, el *Underboss* de *The Arm*. No el hombre que mató por primera vez a los quince años, que construyó su nombre sobre un imperio de sangre.

La *cosa nostra* era mi vida.

Mi lealtad estaba con la *famiglia*.

Y para un hombre como yo, eso significaba ser una hoja siempre lista para cortar, un escudo siempre alzado contra el mundo.

¿Amor?

No había espacio para esa mierda.

Cuando acepté casarme con *Rosalinda*, ella solo tenía dieciséis años. No fue una decisión racional. Fue una promesa silenciosa a *Rosalia*. La mujer a quien, años atrás, pedí en matrimonio... y que me rechazó. Ella eligió a *Ticiano*, y yo lo acepté con cierto alivio.

Mi amor por *Rosalia* siempre fue fraternal.

Aquel compromiso fue mi intento de protegerla de un mundo cruel, como una forma de devolverle el favor por haberme salvado la vida. Pero *Rosalia* nunca necesitó mi protección. Nunca la pidió.

Y de forma torcida, casarme con su hija quizá era una compensación. Al fin y al cabo, fui yo quien trajo a *Rosalia* a *The Arm*. Su matrimonio con *Ticiano* la ató a la *cosa nostra*, y con eso, arrastró también el destino de *Rosalinda, Allegra y Arianna* a nuestras tradiciones.

Cuando *papà* propuso el compromiso, no dudé. Casarme con *Rosalinda* significaba asegurarme de que no sería tratada como moneda de cambio. Como su madre lo fue. Significaba que tendría una vida sin miedo a ser tocada por un extraño.

¿Y yo?

Yo tendría una esposa-trofeo.

Podría seguir con mi vida como siempre. Mujeres sin nombre. Placer sin vínculo. Nada que me alejara de mi verdadera misión.

Un plan perfecto.

Hasta que dejó de serlo.

Hasta que *Rosalinda* creció.

Hasta que dejó de ser una pieza en el tablero y se convirtió en el puto juego entero.

Intenté no notarlo. Ignorar la forma en que me desafiaba, cómo sus ojos ardían cuando me miraban, cómo cada palabra suya era una provocación envuelta en dulzura peligrosa.

Pero el día que la vi de vuelta en *Buffalo*, adulta, fuerte, ardiendo en furia y deseo a la vez… supe que estaba jodido.

Nunca estuve en control de esta mierda.

Porque el deseo me atravesó como una bala.

Porque, por primera vez, supe que no podría mantenerme lejos de ella.

Y entonces cedí.

Y tomé lo que ya era mío por derecho.

Y ahora… ahora estoy aquí, tragándome cada una de mis decisiones, porque me doy cuenta —demasiado tarde— que en medio de esta guerra, el

único enemigo que no supe prever… fue el que yo mismo creé.

Rosalinda Povvi ya no es una niña prometida en matrimonio.

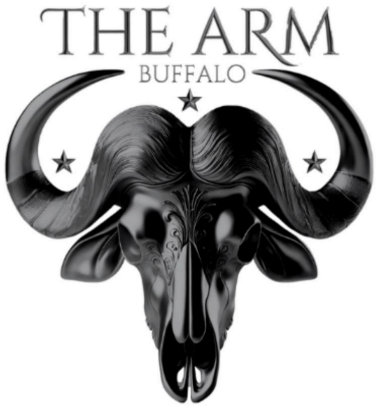
Es la mujer que deseo.

Y estoy empezando a entender el peso de eso.

El peso de que sea mía.

La cuestión es:

¿Ella aún quiere serlo?



CAPÍTULO 43

ETTORE

La *Peccato* latía como un organismo vivo.

Luces rojas y doradas brillaban en la fachada imponente, reflejándose en las calles mojadas de *Buffalo*. El letrero, en cursiva brillante, parecía más un susurro seductor que una invitación evidente al pecado.

Aparqué el *Maserati* en el lugar reservado y salí del coche sin prisa.
Los porteros vestidos con elegancia se abrieron paso a mi lado, dispuestos a allanar el camino.

El respeto era silencioso y sólido. Era *The Arm* escrito en cada mirada desviándose al pasar junto a mí.

El olor a alcohol caro, perfumes y deseo impregnó el aire en cuanto crucé la puerta. La música electrónica retumbaba en el piso principal, haciendo vibrar el cuero de los sofás. Botellas de champán estallaban, risas se alzaban con descaro, cuerpos se movían al ritmo de la música y los billetes circulaban como un ritual sagrado. Era un imperio dentro del imperio.

Pasé por la barra sin mirar a nadie. Mis pasos me llevaron por inercia al área *VIP*, el refugio de magnates, hombres poderosos y príncipes del inframundo. Sofás de cuero, mesas de mármol, y lámparas que convertían el techo en un cielo de cristales rotos. Pero el verdadero espectáculo estaba en los pequeños escenarios repartidos por el espacio.

Danzarinas giraban alrededor de sus postes de *pole dance*, los cuerpos moviéndose como serpentinas. Algunas llevaban máscaras que cubrían la mitad del rostro, un toque de misterio que vendía el espejismo del anonimato.

Me dejé caer en un sofá, alzando la copa de whisky cuando el camarero me la ofreció. El líquido bajó caliente, pero no lo bastante para disolver los pensamientos que bullían en mi mente.

Rosalinda.

Joder.

Mis ojos recorrieron el salón hasta que se posaron en uno de los escenarios. La memoria me invadió sin avisar: cuerpo esbelto, cabello platino cayendo como seda, vestido de vinilo brillando bajo la tenue luz… La máscara de conejita ocultando su identidad, pero no esos ojos desafiantes que me miraban, totalmente consciente de quién era.

Nunca quise matar a nadie en la *Peccato*.

Pero esa noche tuve que contenerme para no arrancar el corazón a cualquiera que se atreviera a mirarla… aunque no supieran que se trataba de mi prometida.

Moví el vaso entre los dedos, los ojos fijos en la bailarina.
Una mujer se deslizó a mi lado en el sofá. Perfume demasiado dulce. Vestido de seda ceñido al cuerpo.

— Pensé que necesitarías compañía —murmuró, voz rasposa.

— Si hubiera querido, te habría pedido. —Ni siquiera la miré.

Su cuerpo se tensó un segundo y se retiró. No me importó.

No quería a otra mujer.

Quería a *Rosalinda*.

Otro trago de whisky. El alcohol empezó a formar un velo en mi mente… hasta que la visión me cortó como una daga: otra mujer bailaba en uno de los escenarios. Cabello platino. Máscara de conejita. Cuerpo ondulando alrededor del poste con precisión… casi idéntica.

La boca se me llenó de bilis.

¡Cazzo!

El cerebro me traicionó por un instante. El pulso se aceleró. El corazón embistió dentro del pecho.

No puede ser ella…

Parpadeé. El espejismo se disipó como humo.

No era *Rosalinda*. Solo una bailarina que parecía calcada, por un cruel capricho del universo, de aquélla noche.

Exhalé entre dientes y recosté el cuerpo en el sofá.

— Al diablo, qué macabro sentido del humor tiene el demonio.

Debía largarme de allí. Me levanté, listo para volver a la barra por otra copa, cuando sentí alguien acercarse.

— Me alegra verte, *fratello*.

La mandíbula me dio un vuelco. Reconocí la voz al instante.
Y al ver cómo cruzó los brazos y alzó la ceja, supe que *Fiorella* intuyó exactamente lo que bullía en mi mente.

Mi hermana menor se deslizó hasta el banco frente a mí, cruzando las piernas con esa gracia tranquila de quien siempre ha dominado todo espacio que ocupa.

— No sabía que el temido *L'Uomo Nero* huía de los enfrentamientos — murmuró, tomando mi vaso de whisky recién servido y llevándoselo a los labios sin pedirme permiso.

— Sabes que no es así. — La tensión en mis hombros se hizo aún más rígida.

— Entonces ¿por qué coño estás aquí en lugar de enfrentarte a tu prometida?

— Ella pidió tiempo. Se lo estoy dando.

— *Ah, che cazzo!* — Fiorella soltó una risa áspera, inclinándose hacia delante. — Nunca le diste tiempo a nadie, Ettore. Ni a mí, ni a *papà*, ni a los

hombres de *The Arm*. Tú marcas el tiempo. Tú dominas el reloj. Pero cuando se trata de Rosalinda… estás aquí, bebiendo, mientras ella está dolida contigo. Interesante... por no decir patético.

Me recosté en el sofá, observándola.

Fiorella era un problema, no porque me desafiara. Sino porque me conocía.

— ¿Te sientes responsable por esto, *sorella*? — Incliné la cabeza, forzando una sonrisa sin humor. — ¿Qué pasa? ¿Te ha invadido la culpa?

Sostuvo mi mirada. Sus ojos azules ardían con algo peligroso.

— No me malinterpretes. Lo haría todo otra vez. Animaría a Rosalinda a ser tu compañera y no solo un trofeo. Le enseñaría a verte como un hombre, no como un *Underboss*. Pero tú… — Su sonrisa se volvió una mueca afilada. — Ni siquiera ves a la mujer con la que vas a casarte. La reduces a un cuerpo caliente en tu cama.

— Cuida tus palabras, Fiorella.

— Cuida tú las tuyas. — Giró el vaso entre los dedos, sus ojos chispeando. — Estás jugando con algo que podrías perder si no sabes sostenerlo.

Estaba equivocada.

No perdería a Rosalinda.

Pero... algo dentro de mí se revolvió.

Bebí un trago del nuevo whisky que me sirvieron antes de mirarla otra vez.

— Ahora entiendo cómo acabó Rosalinda en *Peccato* aquella noche. Tú la empujaste, ¿no?

Fiorella soltó una risa baja, lamiéndose los dientes antes de contestar.

— ¿De verdad crees que alguien puede empujar a Rosalinda a hacer algo que no quiere? A menos que seas tú, claro.

Eso me jodió más de lo que debería.

— La manipulaste.

— Curioso oírtelo decir tú. — Alzó una ceja. — Tú y Tommaso sois tal para cual. Él siempre dice que soy una serpiente astuta, pero creo que en el fondo le da celos que juegue mejor que él. Lo que no esperaba era jugar mejor que tú, *fratello*. No manipulé a Rosalinda, le di un propósito.

Mi mandíbula se tensó.

— Tommy tiene razón. Siempre estás lista para atacar.

Ella soltó un suspiro dramático y empujó el vaso vacío hacia el centro de la mesa.

— Este es mi último ataque, Ettore. Mi última intervención entre tú y Rosalinda. Lo que pase de aquí en adelante, ya no es asunto mío.

— ¿Por qué esa frase suena a despedida? — Algo en su tono me inquietó.

Mi hermana sabía mantenerse en la sombra. Eso la convertía en una jugadora peligrosa.

— Porque ya hice lo que estaba en mis manos. Ahora te toca a ti. — Fiorella sonrió, pero había algo más en esa sonrisa que no supe descifrar.

Se levantó antes de que pudiera responder. El vestido largo se movía con elegancia en torno a sus piernas al girarse. Mi mirada la siguió mientras salía de la sala VIP, esquivando a los hombres que la observaban con esa mezcla de gracia calculada y mirada de acero.

El pecho me pesaba.

Tommaso, el cabrón, tenía razón.

Tal vez era hora de dejar de comportarme como un *Underboss*... y empezar a actuar como el marido que quiero ser.

Pero antes... tenía que decidir qué tipo de marido quería ser.

*****

Su silencio me estaba matando.

He pasado la vida entera rodeado de ruido: órdenes gritadas, disparos que rompían la noche, el golpe seco de cuerpos cayendo al suelo, el rugido de

los motores de fuga, los gemidos de mujeres a las que me tiraba entre sábanas.

¿Y ahora, qué oía?

Nada.

Desde el momento en que dejé a Rosalinda en la casa segura, no ha habido ni una sola señal de ella. Ninguna llamada, ningún mensaje… ni el más mínimo intento de acercamiento.

Y eso me inquietaba.

No porque esperase que regresara arrastrándose o admitiera que yo tenía razón. Esto nunca fue sobre poder ni orgullo.

Era sobre ella.

Sobre el hecho de que, antes de nuestra discusión, estaba empezando a conocerla de verdad. No solo a la chica descarada que siempre me desafiaba, sino a la mujer detrás de cada provocación, sonrisa mordaz y mirada afilada.

Conozco el sabor de su piel, el sonido exacto de su gemido cuando muerdo su cuello, y la forma en que sus uñas se clavan en mis hombros cuando la acerco más.

Pero no sé cuál es su comida favorita. Si prefiere el café solo o con leche, con o sin azúcar.

Sé cómo reacciona al placer, pero no sé cómo lidia con el dolor. Y esa revelación me golpeó como una maldita hostia en el estómago.

No quiero una esposa que duerma en mi cama pero que en el fondo sea una extraña.

No quiero a Rosalinda solo en el papel, llevando mi apellido y un diamante en el dedo.

Quiero que sea mía en todos los sentidos.

Y su silencio, ahora...

Me hacía sentir que, incluso después de todo, había un abismo entre nosotros.

Solté un largo suspiro, pasándome la mano por el pelo. Estaba en el despacho de la *Peccato*, los informes del movimiento del *Cartel del Viento* abiertos en el portátil frente a mí. Intentaba concentrarme, pero nada lograba retener mi atención por más de unos minutos.

Rosalinda.

Siempre ella.

Cogí el móvil, girándolo entre los dedos, dudando antes de desbloquear la pantalla.

Podría llamarla.

Pero rompería mi palabra.

Me prometí a mí mismo que le daría el tiempo que pidió. Y yo no me retracto de una maldita promesa.

Así que, en lugar de eso, marqué otro número.

Marco contestó al segundo tono.

— *Señor Lucchese* — saludó con tono formal.

— ¿Cómo va todo? — Mi voz sonó más ronca de lo esperado.

Hubo una breve pausa antes de que respondiera.

— Todo tranquilo por aquí.

— ¿Rosalinda?

— Entrenando mucho. Alessandro y yo estamos intensificando los combates cuerpo a cuerpo. Ella lo pidió.

Por supuesto que lo pidió.

No es de las que pasan los días encerradas llorando por un corazón roto.

Eso sí lo sabía bien.

Pero necesitaba saber más.

— Y… ¿cómo está?

Esta vez, Marco tardó más en responder.

— Concentrada. Decidida. — Hubo otra pausa antes de añadir: — Y… callada.

Mi pecho se contrajo.

Callada.

Mi *Bella Rosa*, que adoraba replicar y nunca aceptaba una orden sin soltar antes una provocación… ¿ahora estaba en silencio?

Eso no era buena señal.

— ¿Y las diablillas?

— Traviesas e hiperactivas, como siempre. Pero Rosalinda ha pasado menos tiempo con ellas últimamente. Después de entrenar, a veces sale a caminar sola por la propiedad, con Lúcifer.

Apreté la mandíbula.

Sabía lo que eso significaba.

Rosalinda no lo estaba llevando bien.

Se estaba cerrando. Y eso… eso no podía permitirlo.

— Mantén en secreto esta conversación — ordené, antes de colgar.

Dejé caer el móvil sobre la mesa y me froté la cara con ambas manos, inspirando hondo.

No importaba lo que tuviera que hacer.

No permitiría que me empujara lejos.

No después de todo.

Pero antes de ocuparme de mi mujer, necesitaba asegurarme de que nadie más intentaría quitármela.

Me incliné hacia adelante, tomando los informes sobre *El Dragón*.

Sebastián Ortega aún no había movido un dedo contra Buffalo. Ninguno de sus hombres había intentado siquiera cruzar la frontera.
Pero yo sabía que eso no significaba que se había rendido.

Todo lo contrario. Estaba esperando el momento perfecto para atacar.

El momento perfecto para intentar arrebatármela.

Pero ese momento nunca llegaría.

No mientras yo siguiera respirando.

Mi mirada recorrió el portátil, absorbiendo cada detalle. Ortega no salía de Monterrey, eso era un hecho. El *Padrino* del *Cartel del Viento* era un hombre metódico, calculador, que solo actuaba cuando tenía la victoria asegurada.

Pero yo ya estaba vigilando cada uno de sus movimientos. Sabía dónde dormía, dónde comía, con quién se acostaba y qué escoltas lo acompañaban. Cuáles eran sus rutas, sus horarios. Si se atrevía a mover un solo dedo contra Rosalinda… no viviría para intentarlo una segunda vez.

Cerré el portátil y saqué un puro del cajón, recostándome en la butaca de cuero, intentando disipar la inquietud que crecía dentro de mí.

Pero nada funcionaba. Ni las amenazas del cartel, ni las estrategias. Ni siquiera la certeza del derramamiento de sangre que se avecinaba.

Porque, al final del día, podía matar a cualquier hombre.

Pero no sabía cómo matar este maldito vacío que Rosalinda dejó cuando se alejó de mí.

Y eso, sí que era un problema que no sabía cómo resolver.

*****

El viento frío me cortaba la cara mientras cabalgaba por el sendero sinuoso del club hípico. El sonido de los cascos de Áquila sobre la tierra era un ritmo constante, casi hipnótico, llenando el vacío que crecía dentro de mí en los últimos días.

No importaba cuánto intentara concentrarme en los negocios o en cualquier asunto que requiriera mi atención… mis pensamientos siempre volvían ella.

A su silencio.

A la distancia que se abría entre nosotros como un abismo.

Casi dos semanas sin verla y empezaba a preguntarme si no había cometido un error.

Apreté las riendas con más fuerza, guiando a Áquila por una curva cerrada antes de dejarle ganar velocidad. El caballo era un pura sangre imponente, ágil y fuerte, y lo entrenaba desde potro.

Como yo, no se dejaba domar fácilmente.

Cuando sentí que ya había ido lo suficientemente lejos, tiré de las riendas, bajando el ritmo. Áquila resopló, reduciendo el paso hasta un trote suave, mientras yo inhalaba hondo, absorbiendo el olor a tierra mojada y cuero.

La duda que intentaba enterrar volvió a surgir.

¿Me echaba de menos como yo a ella?

¿O había descubierto que, al final, lo mejor era mantenerse lejos de mí?

Pensé en Marco diciendo que estaba "centrada" y "callada".

Rosalinda nunca fue callada.

Y eso me jodía más de lo que debería.

Al regresar con Áquila a los establos, comencé a cepillar su pelaje oscuro, sintiendo cómo la tensión en mis hombros se aliviaba ligeramente con el movimiento repetitivo.

Fue entonces cuando escuché la voz arrastrada detrás de mí:

— Sabes, Lucchese... De verdad pensé que ya estarías arrastrando tu culo de vuelta con tu ragazza.

Tommaso.

Rodé los ojos antes incluso de girarme para encararlo. Estaba apoyado en la puerta del establo, un cigarro colgando de la comisura de los labios, las mangas de su camisa blanca remangadas hasta los codos.

— No empieces, Caccini.

Rió, dando una calada larga antes de soltar el humo al aire.

— Solo estoy sorprendido. No es propio de ti postergar un enfrentamiento.

— ¿Cómo van las cosas en la hípica? — seguí cepillando a Áquila, ignorando su provocación.

— Apuestas, vicios, trampas y mucha sangre. — Se encogió de hombros. — Justo como me gusta.

— ¿Algún problema?

— Siempre hay alguno. — Exhaló más humo antes de continuar: — Pero uno en particular tenía vínculos con Los Santinos.

— ¿Qué pasó? — Mi mano se detuvo un segundo sobre el lomo de Áquila.

El cartel, otra vez. Qué cojones.

— El hijo del diablo, Martin Santino, creyó que podía irse sin pagar. Un cabrón adicto al juego.

Escuché el resumen de Tommaso y me tranquilizó saber que papà ya se había comunicado con Don Alejandro y todo estaba resuelto. No conocía a Martin, ni me interesaba. Pero parecía problemático e impredecible, lo cual no es bueno para los negocios de su padre.

— Espero que eso con Los Santinos termine aquí.

— ¿Cuál es el problema? — Tommaso alzó una ceja. — No me digas que estás preocupado, fratellone.

— De momento, ninguno. — Negué con la cabeza. — Esperemos que siga así. Ya tengo bastante con el Cartel del Viento tocándome los cojones.

No había olvidado lo que Don Alejandro dijo sobre las conexiones de Rosalinda con Guadalajara… Solo esperaba no llevarme la sorpresa de un parentesco.

¿Y si Martin Santino era el padre de Rosalinda?

¿Una nieta bastarda haría que Don Alejandro pusiera un pie en territorio de The Arm después de veinte años?

No tenía mucho sentido, ya que fue el mismo demonio quien me permitió traer a Rosalia de México en aquella época. Y supo del embarazo enseguida.

Si Rosalinda fuera su nieta, ya la habría reclamado. Especialmente siendo mi prometida. Sería una alianza muy ventajosa para el Cartel Los Santinos.

Entonces, ¿por qué Don Alejandro intentó intervenir con la excusa de protegerla durante el entierro de Ticiano y Rosalia?

— ¿En qué piensas? — Tommaso me observaba con atención.

Fijé la mirada en la suya, sintiendo cómo una oleada de rabia me crecía en el pecho.

— En el diablo… En qué pasaría si lo matara.

Tommy rió, apagando el cigarro contra la pared del establo.

— El puto apocalipsis.

Áquila bufó a mi lado, como si percibiera mi inquietud.

Y sabía que Tommy tenía razón.

Si tocaba a Don Alejandro, las puertas del infierno se abrirían.

Pero quizás eso era justo lo que quería.

Porque si estaba tramando algo para quitarme a Rosalinda...

El infierno no bastaría.

Yo quemaría el mundo entero.

*****

El silencio del apartamento era ensordecedor.

La única compañía que me quedaba estaba tumbada a mi lado en la cama, ronroneando suavemente, ajena a la maldita sensación de vacío que me devoraba.

— Deberías ser la única en mi vida, Lilith. — Mi voz sonó baja, amarga, mientras acariciaba el pelaje suave de la gata.

Ni siquiera abrió los ojos, solo se estiró con desgana antes de volver a acomodarse.

Me giré de lado, mirando el techo oscuro. Mis músculos estaban tensos, el pecho oprimido por algo que me negaba a nombrar.

Era como una abstinencia.

Solo habían pasado dos malditas semanas, pero se sentía como una eternidad desde la última vez que la toqué. Desde que su aroma se impregnó en las sábanas, desde que escuché su voz cargada de provocación… desde que estuve dentro de ella.

Juro que intenté mantener mi mente centrada en cualquier otra cosa que no fuera ella. Pero era inútil. Bastaba cerrar los ojos y ahí estaba: en mis pensamientos, en mi piel, en cada rincón de mi maldito sistema. Como una droga que necesitaba con desesperación.

Pasé la lengua por los dientes, notando cómo mi paciencia se evaporaba a pasos agigantados.

La idea de que pudiera estar durmiendo tranquila, sin pensar en mí ni un segundo, me cabreaba más de lo que debería.

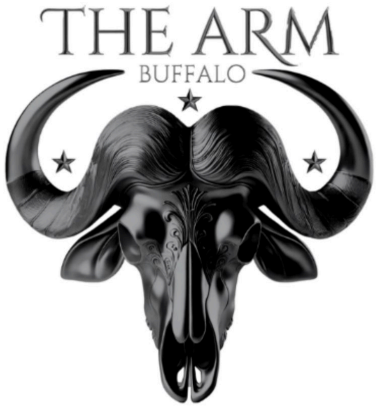
— ¡A la mierda! — Me levanté de golpe, y Lilith, asustada, saltó de la cama y salió corriendo por la puerta entreabierta.

La decisión ya estaba tomada.

Necesitaba verla.

— Se acabó el tiempo, Bella Rosa.

Ya no pensaba esperar ni un segundo más.



CAPÍTULO 44

ROSALINDA

El cepillo tiraba suavemente de mi cuero cabelludo, y con cada nuevo mechón entrelazado, Arianna tarareaba una canción infantil, completamente inmersa en la obra de arte que estaba creando con mi pelo. Allegra, a su lado, observaba con los ojos muy abiertos, las manos inquietas mientras aplaudía emocionada.

— ¡Listo! ¡Ahora pareces Elsa! — exclamó, dando palmaditas entusiasmadas en cuanto Arianna terminó la trenza.

Solté una risa suave, pasando los dedos por el peinado.

— ¿Por qué Elsa y no Rapunzel?

Allegra cruzó los brazos, con una expresión demasiado seria para alguien de su edad.

— Porque Elsa no necesita un príncipe encantado.

Arianna asintió con la cabeza, los ojos brillando.

— Elsa es poderosa y cuida de su hermana, igual que tú cuidas de nosotras ahora.

Tragué saliva.

Aquel elogio infantil debería haberme calentado el pecho. Pero lo único que hizo fue recordarme que no era poderosa. Ni fuerte.

Ellas, con apenas cuatro años, eran más resilientes de lo que yo había sido nunca.

Arianna era delicada, dulce y sensible en cada gesto. Hablaba bajito, como si el mundo fuera demasiado frágil para romperlo con su voz. Y a pesar de su corta edad, le encantaba ver tutoriales en internet y me asombraba todo lo que sabía de belleza y estética, aunque las palabras aún se le atropellaran.

Allegra era todo lo contrario. Nació con una fuerza innata, una líder que no aceptaba órdenes sin discutir. Aunque no tuviera razón, argumentaba hasta el final. Si Arianna era dulzura, Allegra era fuego. Defendía a su hermana con una intensidad que me estremecía.

Y ahora… empezaba a hacer lo mismo conmigo.

Yo debía ser la fuerte, no ellas. Debía ser quien protegiera. Pero por dentro, me sentía rota. Falsa. Una impostora.

— Entonces está decidido. ¡Soy Elsa! — declaré, forzando una sonrisa que no alcanzó los ojos.

Las dos vibraron de emoción, celebrando la pequeña decisión como si fuera un decreto oficial, y yo las abracé, sintiendo esos cuerpecitos calientes acurrucarse contra mí. El olor dulzón de su champú infantil me envolvió en una oleada de emociones que me obligó a cerrar los ojos por un momento.

Sería maravilloso poder ser una princesa de hielo.

Poder congelar cada sentimiento, cada pensamiento y cada maldito recuerdo que me atormentaba desde la última vez que vi a Ettore.

Pero, por mucho que lo deseara, su ausencia me abrasaba. Un fuego lento y cruel.

¡Qué ridículo!

¿Cómo podía sentirme así por un hombre que apenas conocía? ¿Cómo podía desear tanto su tacto, su olor, el sonido de su voz susurrando obscenidades en mi oído?

Debería odiarlo. ¡Y quería odiarlo! Pero Ettore Lucchese se había infiltrado en mí como una maldición. Y lo peor de todo era que, incluso herida, sabía que

no había nada que pudiera hacer.

Era suya.

Nuestros destinos estaban entrelazados en medio del caos.

Al principio pensé que era cuestión de suerte. Dadas las circunstancias, que nos atrajéramos y conectáramos tan rápido era inusual, inesperado… y muy bienvenido. Al fin y al cabo, íbamos a casarnos. Era mejor que nos lleváramos bien. En la cama. Y fuera de ella.

Pero me dejé llevar. Por un momento, creí que podía significar algo más para él. Cuando en realidad, Ettore se había convertido en mucho más para mí.

Los últimos cuatro años pensando que lo haría comer de mi mano y besar el suelo que pisaba… no fueron más que una ilusión ingenua.

No tenía tanta fuerza.

Era terca, sí. Pero débil.

Ni siquiera haber matado a un hombre cambiaba eso.

¿Cómo pude creer que sería una buena jugadora? No era más que una pieza empujada de un lado a otro por un estratega mucho más experto.

Aceptar eso me carcomía por dentro. Y tragarlo… era como masticar cristal.

Entonces, ¿qué me quedaba?

¿Ser una esposa sumisa y complaciente por el bien de mis hermanas? ¿Fingir ante todos que me conformaba con ese papel? ¿Y como recompensa, dormir en la cama del único hombre que me hacía sentir viva?

Lo peor de todo era que una parte de mí contemplaba esa posibilidad.

Una parte de mí quería aceptar ese destino.

Y aun así… seguía pareciéndome un precio demasiado alto.

*****

La mansión llevaba la marca del tiempo en cada detalle, y el gimnasio reflejaba esa historia.

El espacio, aunque funcional, conservaba la esencia de la antigua construcción: paredes de piedra oscura, vigas robustas en el techo y un suelo de madera marcado por los años de uso. No era grande ni lujoso, pero tenía lo necesario.

Los aparatos de musculación se alineaban contra una de las paredes, algunos mostrando signos sutiles de desgaste. En el centro, un cuadrilátero de entrenamiento exhibía huellas de golpes pasados, y el tatami gastado delimitaba la zona de combate.

La luz amarillenta de los apliques proyectaba sombras alargadas en las paredes, mientras algunas bombillas frías zumbaban arriba, lanzando un resplandor pálido sobre el ambiente. El aire estaba impregnado de una mezcla de cuero envejecido, madera pulida y ese leve matiz metálico del sudor seco que se aferraba a los sacos de boxeo que raramente eran sustituidos.

Mis pulmones ardían y el sudor me corría por la nuca mientras me mantenía en posición de defensa, con los puños en alto y las piernas ligeramente flexionadas. Alessandro se movía a mi alrededor, analizando mis movimientos con ojos críticos, mientras Marco observaba con los brazos cruzados.

— Estás volviéndote más rápida — comentó Alessandro, esquivando mi golpe con facilidad. — Pero todavía dudas antes de atacar.

Gruñí entre dientes y lancé una patada a la altura de su cintura. Retrocedió un paso, pero esta vez su expresión mostró aprobación.

— Mejor. — Se alejó, haciendo un gesto para que retomara la posición inicial. — Otra vez.

Obedecí sin protestar, los músculos palpitando por la repetición de los movimientos. Llevaba el pelo recogido en un moño, pero varios mechones se pegaban a mi frente. Debería estar agotada. Sin embargo, cada movimiento me hacía sentir viva. Como si pudiera canalizar todo el caos interior en cada golpe, patada y bloqueo.

— Aprendes rápido — elogió Marco. — Lo suficiente para que cualquier imbécil se lo piense dos veces antes de ponerte un dedo encima.

Alessandro bufó, cogiendo una botella de agua y lanzándomela.

— Pero aún espero que nunca tengas que usar nada de esto.

Bebí unos tragos antes de limpiarme la boca con el dorso de la mano.

— Creo que ya he perdido ese privilegio.

El silencio que siguió fue breve, pero denso. Marco y Alessandro intercambiaron una mirada rápida, como si midieran sus palabras antes de hablar.

— No estás sola, signorina — aseguró Marco, con un tono más suave de lo habitual. — Pase lo que pase, estamos aquí para protegerte.

— Y no tenemos intención de fallar — añadió Alessandro, asintiendo con firmeza.

Apreté la botella entre las manos, sintiendo un nudo formarse en la garganta.

Ambos eran soldados leales de The Arm, hombres que ya servían a Nestore Lucchese antes de que yo supiera siquiera de su existencia. Pero en los últimos años, se habían convertido en una presencia constante, un refugio seguro en medio de las tormentas que enfrenté desde la adolescencia.

Marco y Alessandro eran casi una extensión de mí, una familia que la vida me entregó como consuelo, cuando mis propios padres me mantenían a distancia.

— No voy a dejar que falléis — dije, con una determinación que me sorprendió incluso a mí.

La sonrisa de Alessandro fue breve, pero genuina. Y antes de que pudiera responder, el sonido de aplausos resonó en el gimnasio.

— Vaya, vaya… Jamás pensé que llegaría a ver a Rosalinda Povvi lanzando puñetazos como un hombre.

Giré la cabeza y encontré a Fiorella apoyada en la puerta, los brazos cruzados sobre el pecho, una sonrisa juguetona en los labios.

Marco y Alessandro nos dedicaron una leve inclinación de cabeza antes de retirarse, respetando nuestro momento. En cuanto nos quedamos solas, Fiorella caminó hasta uno de los bancos, cogió mi toalla y me la lanzó.

— No sé por qué todavía me sorprendo — me analizó de arriba abajo —. De verdad te lo estás tomando en serio.

— Porque lo necesito.

Asintió despacio, como si comprendiera el peso de mi respuesta.

— Impresionante, sorellina — sus ojos azules brillaban ahora con diversión —. Eres buena en esto. Pequeña, rápida... y letal. Lo cual es genial, porque nadie sospecha nunca de las pequeñas.

Solté un suspiro mientras me secaba el sudor de la nuca. Fiorella siempre tenía esa manía irritante de analizarme como si viera algo que ni yo misma era capaz de reconocer.

— Quizá he aprendido a esconder bien mis cartas — respondí, intentando sonar ligera.

Ella esbozó una sonrisa ladeada.

— Puede ser — su tono tenía un significado oculto que preferí ignorar.

Durante los últimos días habíamos pasado algunas noches juntas, bebiendo vino en la terraza, viendo películas y charlando sin rumbo.

No le pregunté a Fiorella dónde había estado durante los días que salió de la casa segura. Tampoco ella ofreció explicaciones.

Pero no era la única que guardaba secretos.

Fiorella no sabía nada de Gutierrez.

Ni que su sangre manchaba mis manos.

No sabía que las ojeras bajo mis ojos no se debían solo a cuánto extrañaba a Ettore, sino a las pesadillas que no me dejaban dormir desde que maté al asesino de mis padres.

Apartando esos pensamientos oscuros, miré a mi mejor amiga, que me observaba con esa expresión tan suya, la que solía poner justo antes de soltar una bomba.

— ¿Qué pasa? — pregunté, alzando una ceja.

Fiorella sonrió.

— He tomado una decisión.

— Eso suena peligroso viniendo de ti.

Se rió por lo bajo, arrastrando una silla para sentarse con una postura relajada.

— Voy a salir del convento.

Parpadeé, absorbiendo la información.

Fiorella llevaba años entrando y saliendo de aquel lugar, como si estuviera siempre atrapada entre dos mundos: el que le correspondía por nacimiento y aquel que intentó elegir como una fuga desesperada de su realidad.

— ¿Y qué opina Don Lucchese de eso?

Encogió los hombros.

— Aún no lo sabe. Pero es solo cuestión de tiempo.

Examiné su expresión, buscando el más mínimo atisbo de duda.

No lo había.

Fiorella estaba completamente decidida.

— ¿Y cuando lo sepa? ¿Qué harás si Don Lucchese empieza a presionarte para que elijas marido de una vez?

Ese era el dilema de los hermanos Lucchese: ambos podían elegir con quién casarse, pero ninguno podía optar por permanecer soltero.

Para Fiorella, el convento le había dado un respiro. Pero al salir, Don Lucchese no le daría tregua hasta verla casada. Mi cuñada tenía veinticinco años, lo cual, en la *cosa nostra*, ya era considerado "estar soltera demasiado tiempo". Y lo había hecho a propósito. Aunque yo aún no sabía por qué.

— Está bien — Fiorella sonrió, despacio y con ese aire enigmático que tanto le gustaba.

— ¿Está bien? — fruncí el ceño.

Se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas.

— Ya sé exactamente quién va a ser mi marido.

Mi frente se frunció al instante.

— Fiorella…

— No te preocupes, sorellina — sus labios se curvaron en una sonrisa afilada —. El que debería estar preocupado es él, no yo.

Y fue entonces cuando lo supe… fuera quien fuera el pobre infeliz, Fiorella estaba convencida.

Y nada, absolutamente nada, la haría cambiar de idea.

*****

La oscuridad me devoró.

El aire era cálido y espeso, impregnado con el olor a sudor, óxido y sangre reseca. Mi espalda dolía contra el metal frío, y algo apretaba mis muñecas y tobillos… cadenas. El sonido de los eslabones retumbaba en la sala cada vez que me movía, un tintineo bajo y siniestro, como una advertencia.

Ya había estado allí antes. En la sala de interrogatorio del almacén de The Arm. Pero esta vez, no estaba observando desde fuera. Estaba en el lugar de Gutierrez.

La respiración se me trabó en la garganta. El sudor resbalaba por el lateral de mi rostro, mezclado con el sabor del miedo en la boca.

Y entonces, surgió de la penumbra. Ettore.

Sus pies descalzos arrastrándose sobre el hormigón, los pantalones usados cayendo sobre las caderas. El resplandor ámbar del puro encendido iluminaba su rostro de forma irregular, proyectando sombras filosas sobre sus rasgos. Se parecía a un fantasma. Una aparición salida directamente de mis pecados.

Pero no fue eso lo que me dejó sin aliento.

Su pecho estaba al descubierto, y donde un día había tenido tatuado "Bella Rosa", ahora solo había carne quemada, cicatrices abiertas, como si él mismo hubiera arrancado mi nombre de su piel.

Lo mismo con su mano. La rosa que antes florecía allí había desaparecido, reemplazada por heridas abiertas, como si se hubiera hundido una cuchilla para librarse del lazo que una vez nos unió.

— Ettore… — intenté llamarlo, pero mi voz salió quebrada.

Él llevó la botella de whisky a los labios, bebiendo con calma antes de inclinar la cabeza hacia un lado, analizándome como un depredador a su presa.

— ¿Sabes por qué estás aquí? — su tono ronco, cargado de algo que me estremeció.

— ¿Qué… qué está pasando?

— Estás en el lugar en el que deberías haber estado desde el principio. — Avanzó un paso, el fuerte olor a alcohol y tabaco llenando el espacio entre nosotros. — Presa. Siendo juzgada por tus pecados. Ya es hora de equilibrar la balanza, bambina.

— ¡Esto no es real! Tú estás… — sacudí la cabeza frenéticamente.

— Estoy donde siempre estuve. — Se agachó, sus ojos verdes ardiendo como brasas encendidas. — Pero tú… necesitas escuchar la verdad.

— ¿Qué verdad?

La sala pareció encogerse. El aire se volvió aún más denso.

Él tragó el puro, exhalando el humo con lentitud antes de hablar:

— Que mataste a tus padres.

El mundo se paralizó y el aire fue arrancado de mis pulmones.

— No… — mi voz salió en un susurro.

— Sí… murieron por tu culpa. Todo lo que pasó fue porque tú existes. Si Ticiano nunca te hubiera reconocido como su hija…

— ¡Para! — tiré de las cadenas, luchando contra un peso invisible que me apretaba el pecho. — ¡Cállate!

— Siempre quisiste demostrar tu fortaleza, ¿no? Pero lo único que hiciste fue condenar a quienes amabas. — Se incorporó, mirándome con frialdad

calculada. — ¿Y ahora, las 'pestinhas' son mías. Allegra y Arianna están bajo mi cuidado. ¿Y tú? Ya no tienes nada.

— ¡Estás mintiendo!

— ¿Lo creo? — se rio, su voz grave reverberando en la estancia. — ¿Crees que tienes algún derecho sobre ellas? ¿Qué es lo que realmente puedes ofrecer? Estás completamente sola ahora.

— Lúcifer…

— ¿Lúcifer? — su sonrisa se amplió, cruel. — ¿Cómo crees que conseguiste ese perro? Te lo di yo. Y así como te quité a Lilith, puedo arrebatártelo también.

Mis ojos ardían por las lágrimas, pero no podía ceder.

— Marco… Alessandro… Fiorella…

— Ellos pertenecen a The Arm, no a ti. Y Fiorella es mi hermana. No tienes derecho alguno.

No…

— Además… — se inclinó hasta que sus labios rozaron mi oído. — Nunca fuiste una Povvi.

El grito arrancó un surco en mi garganta.

Desperté.

El cuarto seguía a oscuras, el sonido de mi propia respiración agitada llenaba el silencio. Mi cuerpo temblaba sin control, y entonces sentí un peso cálido a mi lado.

Manos firmes sostenían mis brazos. Un olor familiar me envolvió. Tabaco, whisky, y algo puro… Ettore.

Parpadeé, aún confusa entre la pesadilla y la realidad.

— Hei, amore… — su voz grave susurró junto a mi oído. — Despierta.

Un sollozo se escapó antes de que pudiera contenerlo. Y entonces, sin pensarlo, me lancé contra él. Sus brazos me envolvieron al instante,

atrayéndome con fuerza contras su cuerpo sólido, anclándome de nuevo a la realidad.

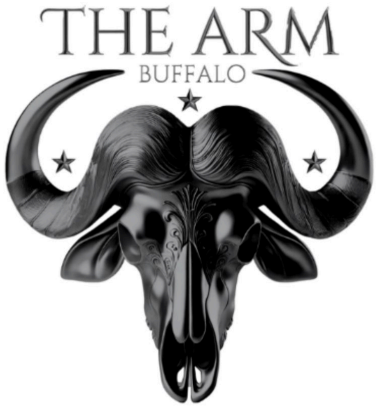
Temblaba… las lágrimas rodaban sin detenerse. Ettore no dijo nada. Solo me abrazó más fuerte, sus labios rozando la coronilla en un gesto silencioso de consuelo.

Y entonces susurré:

— Diez minutos. Dame diez minutos…

— El tiempo que necesites, Bella Rosa. — Sus brazos se estrecharon alrededor de mí, y su suspiro fue un soplo cálido contra mi piel.

En ese instante, no existía nada más que nosotros dos.



CAPÍTULO 45

ETTORE

La madrugada envolvía East Aurora como un velo espeso, cargado de un silencio absoluto. Bajé del coche sin prisa, sintiendo el frío nocturno en mi piel. Las piedras del camino crujían bajo mis botas, y los *soldati* apostados en la entrada del caserón se erguían al instante. No había sorpresa en sus miradas, solo el respeto sólido e inquebrantable de The Arm.

Sabían que vendría. Aun así, mi pecho seguía tenso. Allí no había amenazas visibles. Pero había algo mucho más dañino, invisible, que me consumía desde hacía días: el silencio de Rosalinda.

La puerta se abrió con facilidad y la casa me recibió con un vacío opresivo. La penumbra devoraba cada rincón, dejando solo los contornos de los muebles y el tenue resplandor de una lámpara olvidada en la cocina. El aire olía a madera antigua y lavanda.

Saqué el móvil del bolsillo y encendí la linterna, lanzando haces de luz por el pasillo oscuro. El silencio era absoluto. Todos dormían. Subí las escaleras despacio y las tablas crujían bajo mi peso.

Ella estaba ahí. Lo sabía. Pero no tenía idea de cuál sería la puerta correcta. Mis ojos recorrieron el pasillo, cada habitación cerrada como un muro invisible que nos separaba. Un segundo de duda y después hice lo obvio: me

dirigí a la única que sabía vacía: la mía. Pero antes de tocar el picaporte, algo me detuvo.

Susurros bajos y quebrados.

Me acerqué sin pensarlo, y lo que oí se clavó en mi pecho:

Sollozos.

Maldita sea.

La manilla cedió al contacto. La puerta no estaba cerrada. Al empujarla, me encontré con mi primer obstáculo: Lúcifer. El dóberman alzó la cabeza de golpe, los ojos oscuros brillando en la penumbra. El pelo erizado a lo largo del lomo y un gruñido profundo resonaron en la estancia.

Me reconocía, pero también reconocía su miedo. Rosalinda se hundía en él. Ahí, en la cama, su cuerpo se retorcía bajo las sábanas, respirando entrecortada, soltando palabras entrecortadas. Las lágrimas surcaban su rostro incluso mientras dormía.

Maldita sea.

Mi corazón se apretó de un modo que no había sentido desde la noche en que la sostuve en brazos, cubierta de sangre, en shock tras matar a Gutierrez.

Pero esto era distinto.

Porque estaba rota por algo que no veía.

— *Facile, ragazzo…* — murmuré al perro, agachando el cuerpo con cuidado.

Lúcifer gruñó una vez más, pero no avanzó. Sus ojos se movían entre él y yo, dudando entre vigilarla o marcar presencia. Mantuve una postura tranquila. No era una amenaza para ella. Tras un largo instante, su gruñido murió y el dóberman retrocedió lo justo, aún tenso.

El primer obstáculo salvado.

Ahora debía encarar lo que realmente importaba.

Me arrodillé junto a la cama, con los ojos fijos en su figura. Sus labios temblaban, el ceño fruncido, la respiración sofocada.

¡Infierno!

Toqué su brazo, deslizando los dedos por su piel fría.

— Rosalinda… — llamé, la voz más suave de lo que pretendía —. Despierta.

Se removió.

Su rostro se contrajo aún más.

Después, abrió la boca para gritar.

— ¡Cazzo!

Subí a la cama sin pensar, sentándome junto a ella. Mis manos la sujetaron por los hombros, sintiendo su cuerpo vibrar de puro pánico.

— Ei, amore… — mi voz, más firme esta vez —. Despierta.

Sus ojos se abrieron de golpe, desorbitados, perdidos. No me veía. Seguía atrapada en aquel oscuro infierno. Y entonces, sin previo aviso, se lanzó hacia mí.

Mis brazos la envolvieron de inmediato, pegándola contra mi pecho. Sentí todo su miedo aflorar, como espinas que se clonaban contra mi corazón. Mi mandíbula se tensó y no la solté.

No esta vez.

Nunca más.

Se enterró contra mí, como si yo fuera el único ancla que aún le quedaba.

— Tiempo diez minutos. Dame diez minutos… — murmuró entre sollozos.

Esas palabras me impactaron como un disparo.

Porque ya había estado en ese lugar. Ya la sostuve en brazos, sintiendo su dolor retumbar en mi piel. Y en esa noche le di diez minutos para llorar. Pero esta vez…

La apreté contra mí, mis labios rozando su pelo mojado por el sudor del mal sueño.

— El tiempo que necesites, Bella Rosa — murmuré contra su piel —. Te lo prometo.

En ese instante el mundo dejó de existir. Solo éramos ella y yo, con el destino entrelazado de una forma que no podíamos evitar.

La respiración de Rosalinda seguía agitada contra mi cuello, cálida y entrecortada por los sollozos que intentaba contener. Su cuerpo temblaba de una forma que despertaba en mí unas ganas insoportables de destruir todo lo que la atormentaba, de arrancar a la fuerza cualquier mierda que la hubiera llevado a ese estado.

Mis manos se deslizaron lentamente por su espalda, con un toque firme, intentando calmarla, anclarla a la puta realidad. No sabía qué demonios había soñado, pero el miedo seguía impregnado en su piel, en la forma en que sus dedos se aferraban a mi camisa como si yo fuera lo único sólido en medio del caos.

Y quizá lo era.

—Estoy aquí, Bella Rosa... —murmuré contra su pelo húmedo.

Sus sollozos iban disminuyendo, pero su cuerpo seguía rígido. Como si una parte de ella aún no estuviera segura de haber despertado de verdad.

—Solo fue un sueño, amore... —continué, sin soltarla—. Estás a salvo.

Inspiró hondo, como si intentara absorber cada palabra, y durante un momento, la habitación quedó en silencio. Solo se oía su respiración entrecortada, el susurro de las sábanas y el leve roce de Lúcifer al tumbarse junto a la cama, atento.

Rosalinda finalmente apartó la cara de mi cuello, pero no me soltó. Sus ojos estaban hinchados, enrojecidos, brillando bajo la tenue luz de la luna que se colaba entre las cortinas. Su piel ardía, y su pecho subía y bajaba a un ritmo acelerado.

—Parecía real... —su voz salió ronca, temblorosa—. Podía sentirlo todo. El olor... el dolor...

¡Cazzo! Si había algo peor que verla llorar, era oírla decir eso.

—Pero no lo era. —Le acaricié la cara, secando una lágrima que le resbalaba por la mejilla—. Estás aquí, conmigo.

Parpadeó, como si intentara procesar lo que le decía, y luego soltó el aire en un suspiro largo, apoyando la frente en mi pecho.

—Odio sentirme así…

—¿Así cómo? —Pasé los dedos por su pelo, deshaciendo algunos nudos.

—Frágil.

Mis manos se detuvieron un instante.

Ella no era frágil.

Rosalinda Povvi podía sentirse perdida, pero no era débil.
Había enfrentado la muerte de sus padres sin romperse, había cargado con el peso de un apellido que nunca supo si le pertenecía o no, había sobrevivido en un mundo que intentaba devorarla desde niña... y ahora, incluso destrozada, seguía ahí.

Incliné la cabeza, rozando sus cabellos con los labios.

—Tú no eres frágil, Bella Rosa.

No respondió. Pero sus manos se aferraron con más fuerza a mi camisa, como si absorbiera mis palabras a través del contacto.

Nos quedamos así un buen rato. Solo respirando, sintiendo la presencia del otro. El calor de su cuerpo empezó a calmarme también, haciéndome notar cuán jodido estaba sin ella.

Nunca había tenido algo así. Nunca lo había querido.

Pero con ella... ¡que se joda todo! Con ella, lo quería todo.

Después de unos minutos, sentí cómo su cuerpo se relajaba. Su respiración recuperó un ritmo tranquilo, y sus dedos dejaron de presionar.

Ella estaba más serena. Pero yo no.

Nunca estaría del todo en paz mientras algo siguiera atormentando a mi maldita mujer.

Besé su pelo una última vez antes de susurrar:

—Duerme, amore.

Vaciló, pero asintió despacio, como si, por primera vez en días, confiara lo suficiente en alguien como para bajar la guardia. Me acomodé en la cama sin soltarla, dejándola acurrucarse contra mi pecho. Esta vez, cuando cerró los ojos, ya no hubo más lágrimas. Y yo me quedé ahí, velando su sueño mientras el mundo fuera seguía girando sin ninguna importancia.

Ella estaba en mis brazos ahora, y no pensaba dejarla marchar.

Nunca más.

****

La habitación seguía sumida en la penumbra cuando sentí a Rosalinda moverse contra mí. Pequeños movimientos cautelosos, como si su propio cuerpo despertara antes que su mente.

Y entonces llegó el momento en que su respiración se cortó, como si justo entonces se diera cuenta de que no estaba sola en la cama.

Me quedé quieto, solo esperando.

Se apartó lentamente, sentándose sobre las sábanas arrugadas, y parpadeó unas cuantas veces antes de girarse para mirarme. Vi la confusión en sus ojos transformarse en sorpresa. Y entonces, volvió a alzarse el maldito muro.

—¿Qué haces aquí? —su voz salió ronca por el sueño, pero ya lo bastante afilada como para desafiarme.

Solté un suspiro bajo, arrastrando la palma por el rostro antes de recostarme contra el cabecero.

—Eso debería preguntártelo yo. —Mi voz seguía cargada de sueño—. Esta siempre fue mi habitación.

Bufó, cruzándose de brazos con gesto irritado.

—No fui yo quien eligió quedarme aquí.

Mis ojos recorrieron su cuerpo, aún cubierto por el fino tejido del camisón. El pelo despeinado, la piel cálida de haber dormido, y en sus ojos... una chispa de incertidumbre.

Si supiera lo jodido que estaba por tenerla lejos, quizá no me miraría así, como si yo fuera el único culpable de toda esta puta distancia entre nosotros.

—Estabas llorando, Rosalinda. —Mi voz bajó, pero con el peso suficiente para que sus hombros se tensaran—. ¿De verdad crees que podría oír eso y simplemente darme la vuelta?

Desvió la mirada, cerrando los dedos en un puño sobre su regazo.

—No tenías que quedarte.

Reí por lo bajo, sin rastro de humor.

—¿No tenía? —Incliné la cabeza, sin apartar los ojos de los suyos—. He pasado estas semanas fingiendo que podía darte ese tiempo que tanto pedías. Pero llega un punto en que demasiado tiempo se convierte en distancia. Y eso… no es algo que esté dispuesto a permitir.

Rosalinda me sostuvo la mirada, pero no dijo nada.

—¿Quieres saber la verdad? —Respiré hondo, sintiendo la maldita tensión subir por mi columna—. No fue fácil, Bella Rosa. Ni un puto segundo.

Ella se humedeció los labios, y en ese instante supe que había dado en el clavo. Porque ella también había sentido esta mierda de distancia. Lo sabía.

Pero aún así, no cedió.

—Ettore… —su voz se quebró un poco.

—No, amore. —Me incliné hacia delante, la voz ronca, llena de un cansancio que ni siquiera sabía que llevaba encima—. Dímelo tú… ¿fue fácil para ti? Porque yo no me lo creo ni de coña.

Apretó la mandíbula, y vi el conflicto reflejarse en sus ojos. Sí. Quería mentir, fingir que no lo había sentido tanto como yo, pero era una pésima jugadora cuando el juego era conmigo.

Bajó la vista, como si el peso de la mía le cayera encima.

—No sé qué esperas de mí, Ettore… —murmuró.

Cerré los ojos un momento, pasándome la mano por la nuca, sintiendo el peso de todo.

—Te quiero a ti. —Mi voz salió baja, firme—. Pero entera, no en pedazos.

Ella respiró hondo, como si tratara de asimilar el significado de esas palabras. La habitación quedó en silencio unos instantes. La tregua flotaba entre nosotros, tenue e incierta. Pero entonces, Rosalinda alzó la barbilla, recuperando la fuerza que antes había flaqueado.

—Necesito una ducha.

Levanté una ceja, entendiendo perfectamente lo que intentaba.

—¿No quieres que me quede?

—No. —Mantuvo mi mirada.

¡Cazzo! No quería irme. Pero sabía que si presionaba ahora, rompería la conexión que empezábamos a reconstruir esta madrugada. Así que me levanté despacio, pasándome los dedos por la mandíbula antes de inclinar un poco la cabeza.

—Está bien, amore. —Me acerqué un poco más, lo justo para oler su aroma aún impregnado en las sábanas—. Pero no creas que esta conversación ha terminado.

Sus ojos brillaron, pero no se echó atrás. Porque sabía que hablaba en serio.

Sin decir nada más, me di la vuelta y salí de la habitación.

*****

Después de instalarme en una de las habitaciones y darme una ducha, bajé las escaleras, sintiendo el aroma del café recién hecho mezclarse con el olor amaderado del viejo caserón. El sonido apagado de voces infantiles y risas llegaba desde fuera, captando mi atención hacia la terraza.

Allegra y Arianna.

Me detuve un instante, absorbiendo la escena antes siquiera de anunciarme. Las pequeñas estaban sentadas en el suelo de madera, rodeadas de caballitos de juguete y con un álbum de cromos abierto entre ellas. Lúcifer yacía a su lado, la cabeza pesada apoyada sobre las patas, observándolas con la paciencia de un guardián.

No me veían desde el entierro de sus padres. La última vez que las abracé, seguían en estado de shock, aferradas a mí con ese pánico infantil de quien acaba de perderlo todo. Y ahora estaban ahí... intentando vivir un día normal, a pesar de todo.

Pasé una mano por la nuca y solté un suspiro antes de acercarme.

—¿Alguien por aquí todavía se acuerda de su padrino? —provocqué, cruzándome de brazos.

El grito fue inmediato.

—¡¡Padrinooo!!

Ambas corrieron hacia mí y me embistieron antes de que pudiera reaccionar. Allegra se lanzó contra mi pecho mientras Arianna se agarraba a mi cintura, sus caritas apretándose contra mí. Mi instinto fue abrazarlas con fuerza, atrayéndolas hacia un abrazo firme y seguro.

—¿Por qué tardaste tanto? —se quejó Allegra, su voz amortiguada contra mi camisa.

—Te he echado de menos... —murmuró Arianna, aún aferrada a mí.

El pecho se me encogió. La había cagado manteniéndome alejado. Sabía que estaban bajo el cuidado de Rosalinda y Fiorella, pero joder... yo era su padrino. Tendría que haber estado aquí antes.

—Lo sé, bambine. Yo también os he echado mucho de menos. —Besé la coronilla de cada una—. Pero ya estoy aquí.

Asintieron y enseguida volvieron a su energía habitual.

—¿Sabes lo que pasa dentro de pocos días? —preguntó Allegra, con los ojos brillantes.

—¡Nuestro cumpleaños! —completó Arianna.

—Y queremos una fiesta. ¡Con caballos! —cruzó los brazos Allegra—. De verdad, no de mentira.

Solté una risa baja.

—Ah, ¿así que ya no queréis ponis? Porque estaba pensando que un paseo por la finca podría ser buena idea...

Sus ojos se iluminaron de inmediato.

—¿De verdad? —Arianna casi dio un salto.

—¿Lo juras, padrino? —preguntó Allegra, abriendo los ojos como platos.

—Lo prometo. —Les revolví el pelo—. Pero tenéis que demostrarme que habéis estado practicando bien.

La emoción fue instantánea. Salieron corriendo hacia dentro, gritando algo sobre trajes de equitación y cascos. Suspiré, negando con la cabeza, justo cuando un golpe suave en la espalda me hizo girarme.

Fiorella me miraba con una sonrisa pequeña, pero satisfecha.

—Por fin vuelves a parecer un hermano decente —bromeó.

—No empieces. —Rodé los ojos, aunque una comisura de mi boca se alzó.

Mientras las pequeñas corrían por la casa, impulsadas por esa energía infantil imparable, mi mirada se desvió hacia un rincón de la terraza. Rosalinda estaba allí, un poco apartada, con los brazos cruzados y una expresión indescifrable.

Observó la escena durante unos segundos, pero luego se dio la vuelta y se marchó sin decir nada. No sabía exactamente en qué estaba pensando.
Pero algo dentro de mí me decía que, poco a poco, el hielo empezaba a derretirse.

Y esa... era la primera victoria que necesitaba.

*****

Me apoyé contra el marco de la puerta, los brazos cruzados mientras atravesaba aquella imagen que había estado rondando en mi mente: Rosalinda practicando con Marco y Alessandro en el tatami. Vestía una camiseta sin mangas oscura, leggings ajustados, el cabello recogido en un moño algo despeinado, con mechones sueltos enmarcando su rostro. El sudor hacía su piel brillar bajo la luz austera del gimnasio.

Cada golpe seco, cada respiración controlada, me encogía el puño del abrasador sentimiento en mi pecho: celos. Marco y Alessandro la entrenaban con cuidado, como si fuera su hija, pero no podían ser yo. No conocían el mapa de su piel, no respiraban el mismo aire que impregnaba mi alma. Y eso bastaba para encenderme.

Ella estaba firme, avanzando con determinación, pero necesitaba dar ese salto final: abandonar la razón, desatar algo salvaje en su entrenamiento. Protegerla no me bastaba: quería que se defendiera de verdad.

— ¿Esto es todo, Bella Rosa? — solté, y mi voz retumbó en la sala, templada por la determinación de un desafío.

Rosalinda se congeló; abrió su boca para responder, pero en lugar de palabras, fue una carcajada mordaz la que bajó hasta la botella de agua. Bebió un sorbo pausado, su mirada fija en mí ahora, encendida.

— Si has venido solo a molestar, la puerta está ahí —respondió, seca, sin dejar de mirarme.

Di un paso adelante, haciendo crujir la puerta contra la pared para subrayar mis intenciones.

— He venido a desafiarte —alcancé a decir, con una advertencia en la curva de los labios.

Ella me devolvió una mirada aguda, desafiante, lista para aceptar el reto.

— Prefiero tener alguna posibilidad de ganar. — Alzó una ceja.

— Y por eso nunca estarás preparada. — Di un paso al frente, acercándome con lentitud. — Dudas porque ya estás demasiado acostumbrada a Marco y Alessandro. Ya conoces su ritmo, sabes cómo se mueven. Pero dime, ¿y un enemigo de verdad, eh? ¿Crees que un cabrón va a darte tiempo para reaccionar?

Ella apretó la mandíbula.

— Ya he matado a un hombre, Ettore.

— Atado y jodido de tanto ser torturado. — Incliné la cabeza. — Yo estuve allí, amore. Te lo dejé listo para el remate. Tú solo diste el golpe final.

No quería quitarle mérito. Pero si eso la cabreaba, mejor. Quería que soltara toda esa maldita rabia.

Sus ojos brillaron con algo peligroso.

Rosalinda dio unos pasos hacia mí, enfrentándome como si quisiera fulminarme allí mismo.

— ¿Y cuál es tu brillante idea? — su voz salió baja, afilada.

— Sencillo. Luchas conmigo.

— No digas estupideces. — Parpadeó, incrédula.

— Hablo en serio, Bella Rosa. — Me coloqué sobre el tatami, me quité los zapatos y arremangué la camisa. — Necesitas aprender a atacar a alguien que realmente quiera hacerte daño.

— ¿Y tú quieres hacerme daño? — Cruzó los brazos.

— Ya te he hecho daño, ¿no? — Ladeé la cabeza. — Y sin siquiera tocarte.

Obvio que jamás le haría daño. Preferiría morir antes. Pero necesitaba que estuviera dispuesta a darlo todo en ese combate.

El silencio se alargó. Marco y Alessandro observaban sin intervenir, aunque sabía que solo esperaban a ver cómo terminaba aquello.

Rosalinda me analizó largo rato.

— ¿Y esto no será solo una excusa para poner tus manazas encima de mí?

Solté una risa seca.

— ¿Quieres la verdad, amore? Espero de verdad que me golpees.

— ¿Qué? — Parpadeó, claramente sorprendida.

— Te he visto entrenar. — Me quité el reloj y lo dejé sobre la repisa. — Veo cómo sigues dudando. Cómo te guardas todo lo que sientes. Y sé lo que eso hace por dentro.

Sus ojos brillaban, y no era solo por el sudor.

— Y sé que estás cabreada conmigo. — Continué, dando un paso más. — Que me odias un poco ahora. Y quizá esta sea la única forma de hacerte reaccionar de verdad.

Ella me sostuvo la mirada durante unos segundos más.

— ¿Y si te rompo la nariz?

Sonreí despacio.

— Lo superaré.

Otro silencio.

Y entonces, para mi sorpresa, Rosalinda empezó a enrollarse de nuevo las vendas en los puños.

— Es una idea de mierda… — murmuró.

Pero cuando sus ojos se cruzaron con los míos, la duda ya no estaba ahí.



CAPÍTULO 46

ROSALINDA

El tatami frío bajo mis pies contrastaba con el calor que subía por mi piel. Mis manos seguían apretadas, los dedos tensos dentro de las vendas, como si mi cuerpo ya supiera que el enfrentamiento no iba a ser solo físico.

Ettore me observaba al otro lado, con la mirada afilada, los músculos del cuello tensos casi sin mostrarlo. Sus puños estaban descubiertos, sin vendas ni protecciones. Como si no necesitara más que su propia fuerza para derribar a quien tuviese delante.

No tenía prisa, simplemente me estudiaba.

Y eso me enfureció.

— ¿Esto es todo, Bella Rosa? — reté, corrigiendo la postura.

Se le dibujó una leve sonrisa y supe que había caído justo en la trampa que había preparado.

— Parece que estás ansiosa, amore. ¿Tienes miedo de perder?

Mis dientes crujieron.

— No tengo miedo — respondí.

Ettore inclinó apenas la cabeza, el brillo en sus ojos puro cálculo, midiendo cada reacción.

— ¿De verdad? — se acercó un paso, y aunque la distancia seguía siendo considerable, mi cuerpo reaccionó instintivamente, tensándose antes de darme cuenta. — Entonces, ¿por qué te pones tan rígida?

Exhalé despacio, tratando de ignorar cómo su presencia parecía apretar el ambiente.

— Porque sé que vas a jugar sucio.

— ¿Y no eres precisamente tú quien debe aprender eso? — El tono de su sonrisa era lento, afilado.

Me mantuve firme, caderas alineadas, rodillas flexionadas apenas, lista para responder al primer movimiento. Ettore, en cambio, parecía tranquilo, sus pies apenas rozaban el tatami mientras giraba a mi alrededor. Como estudiándome.

Eso me cabreó aún más.

— ¿Qué has dicho, amore? — su voz bajó, cargada de algo que me sacudió. — ¿No estás acostumbrada a ser cazada?

Entrecerré los ojos y, sin pensarlo, lancé el primer ataque. Un puñetazo directo al pecho. Ettore lo esquivó sin esfuerzo, como si golpeara el aire.

Mi segundo golpe fue una patada lateral al tronco. La atrapó con el antebrazo, firme, sin sudar.

La frustración me subió por las venas.

— Dices que dudas — dijo él, desviando mi patada. — Sabes que tienes que golpearme, pero algo te frena.

— Porque no pierdo el tiempo con idioteces — respondí.

— Curioso — arqueó una ceja. — Fue justo eso lo que hiciste al apartarme.

Apreté los dientes y el siguiente golpe salió cargado de fuerza.

Él se rió.

¡Se rió!

Ettore retrocedió, esquivó con frialdad, y eso me sacó aún más de mis casillas.

— ¿Esto es todo, Bella Rosa? — repitió. — Ahí está el motivo por el que nunca ganas... nunca vas a jugar de verdad.

Mi respiración se detuvo un instante. Y eso bastó. Ettore atacó. Yo ni llegué a reaccionar.

Fue la rapidez más pura. Implacable. Necesaria.

Cuando intenté contraatacar, Ettore simplemente bloqueó mis movimientos. Mis puños impactaron contra sus antebrazos, mi patada fue detenida antes de llegar al objetivo. No conseguía tocarle de verdad, porque él no lo permitía.

— ¿Ya has terminado? — arqueó una ceja.

Durante un segundo, mi visión se tiñó de rojo. Quería que perdiera el control. Y lo estaba consiguiendo.

Exhalé con fuerza, girando el cuerpo para intentar golpearle por el lateral. Se apartó en el último instante y, antes de que pudiera reaccionar, Ettore usó su propio peso para derribarme.

Mi espalda chocó contra el tatami y él se colocó encima en un abrir y cerrar de ojos. Me sujetó las muñecas sobre la cabeza, sus rodillas firmes contra mis caderas, inmovilizándome por completo. Me debatí, intentando zafarme, pero era inútil.

Ettore era más fuerte, más rápido.

Y lo peor: lo sabía.

— Nunca dudaste conmigo en la cama, Bella Rosa… — su voz fue un susurro cargado de algo que me erizó la piel. — Entonces, ¿por qué demonios dudas ahora?

Mi respiración se atascó en la garganta.

Ettore se inclinó un poco más, sus labios a escasos centímetros de los míos.

— Dime, amore... ¿Qué quieres?

Mis uñas se clavaron en las vendas que cubrían mis propios puños.

— Quiero que te quites de encima.

— Mentira.

— ¡Vete a la mierda, Ettore!

Sus ojos se clavaron en los míos, y durante un segundo, el mundo desapareció.

Solo existíamos nosotros dos.

— Quiero saber… — bajó el rostro, su aliento caliente rozando mi piel — ¿Cuánto tiempo necesitas, Bella Rosa? Podemos encontrar una solución.

Mi pecho subía y bajaba con rapidez, más por el peso del momento que por el esfuerzo físico.

— ¿Qué quieres decir? — Mi corazón se aceleró.

— Puedo darte tiempo — su voz descendió a un tono más grave. Su sonrisa… puro veneno. — Podemos negociar. Pero no soy un hombre razonable.

¿Estaba retractándose de lo que dijo aquel día?

¿De verdad me estaba pidiendo opinión? ¿Dándome una opción?

¿O simplemente me estaba manipulando?

— Un mes es demasiado pronto — repliqué.

Sobre todo porque, en realidad, quedaban menos de dos semanas.

Él ladeó la cabeza, como si realmente lo estuviera considerando.

— Un año es inviable.

Durante unos segundos, dejé que sus palabras resonaran entre nosotros.

Después de semanas de silencio, de distancia, de dolor enterrado bajo capas de orgullo y rencor, Ettore Lucchese —el hombre que tomaba lo que quería— me estaba dejando espacio para hablar.

Eso significaba algo.

Lo que fuera que estuviera pasando entre nosotros… lo que él estuviera sintiendo, era suficiente para hacerle reconsiderar sus propios plazos.

Pero la duda era: ¿eso cambiaba algo para mí?

Sabía que no tenía elección. Nunca la tuve. Desde el momento en que fui prometida a él, la decisión ya estaba tomada. Mi destino, sellado.

Y de repente, el hecho de que Ettore me estuviera ofreciendo ese tiempo por voluntad propia… hacía que todo pareciera distinto.

Menos como una condena.

Y más como un pacto.

Mis labios se entreabrieron y, antes de poder pensarlo dos veces, las palabras salieron solas:

— Ni un mes. Ni un año. — Mi voz sonó firme, sin hostilidad. Solo curiosidad. — ¿Cuánto tiempo considerarías razonable?

La mirada de Ettore cambió. No esperaba que yo preguntara. No esperaba que quisiera escucharle. Entonces se inclinó ligeramente hacia delante, sus ojos aún fijos en los míos.

— Tres meses.

No sabía exactamente qué respuesta esperaba, pero hubo algo en la manera en que Ettore contestó… sin dudar, sin rodeos, como si me estuviera ofreciendo una concesión sin reconocerlo abiertamente.

Y ese era el punto.

No tenía por qué darme tiempo. No necesitaba preguntar qué pensaba o si estaba de acuerdo. Pero el hecho de que me ofreciera esa pequeña rendija, que considerara mi opinión, que me permitiera ver que estaba dispuesto a negociar… cambiaba todo.

Porque me daba espacio.

No para rechazar.

Sino para sentir que, de algún modo, aún había una parte de mí que podía decidir algo.

— ¿Cuatro? — puse a prueba sus límites con mis últimas fichas.

El silencio que siguió fue denso.

Ettore no respondió enseguida; solo me observó. Y en ese instante comprendí que, a pesar de haber propuesto una negociación, él seguía teniendo el control absoluto de la situación. Si quería, podía negarse. Podía sonreír con esa arrogancia suya y afirmar que cuatro meses era demasiado. Porque su voluntad siempre prevalecía.

Pero no lo hizo. Porque no era una batalla que quisiera ganar.

Era una elección que me estaba permitiendo hacer.

Su mirada de halcón se estrechó ligeramente antes de que su mandíbula se relajara. Entonces asintió con una firmeza que hizo temblar algo dentro de mí.

— Cuatro meses, entonces. — Las palabras cayeron entre nosotros como un peso, sellando algo que ya no podía deshacerse.

Ettore no discutió.

No replicó.

Aceptó.

Y de algún modo, eso significaba más que cualquier otra cosa que pudiera haber dicho.

— Cuatro meses, Bella Rosa — repitió, con un tono pausado, cargado de una advertencia silenciosa. — Y ni un día más.

Algo en mi interior se calentó con aquella respuesta. No porque hubiera conseguido lo que quería, sino porque, de alguna manera, Ettore había hecho lo que no solía hacer: ceder. No del todo. Pero lo suficiente como para hacerme sentir que me escuchaba. Que mi voz contaba en esta relación.

Flexioné los dedos envueltos en vendas, el cuerpo aún en alerta, sintiendo el impacto del combate, la tensión, su cercanía.

Ettore bajó ligeramente el rostro, y fue entonces cuando noté algo mucho peor que el calor del ejercicio: estaba duro. Y no se molestaba en ocultarlo.

Mis ojos se abrieron de par en par.

Él sonrió.

— Si sigues moviéndote así, amore… vas a convertir este combate en otra cosa.

La tensión que ahora flotaba entre nosotros era de un tipo completamente distinto.

Ettore me mantenía atrapada bajo su cuerpo, sus manos aún sujetando mis muñecas, sus caderas presionadas contra las mías, y podía sentir claramente la provocación descarada entre nosotros.

No se arrepentía en absoluto. Al contrario. La sonrisa ladeada en sus labios decía exactamente qué tipo de juego quería jugar.

— ¿Vas a soltarme? — Mi voz salió controlada, aunque por dentro ardía.

— Aún no lo he decidido. — Su tono era lento, cargado de algo peligroso.

Apreté la mandíbula, pero antes de poder responder, sus dedos se deslizaron suavemente por la piel sensible de mi muñeca. Y odié la forma en que eso hizo que mi estómago se contrajera.

Su mirada se fijó en la mía, sus ojos verdes recorriendo mi rostro como si me estuviera leyendo, desnudando capa por capa.

— Estás roja, Bella Rosa… — Sonrió despacio, sus labios acercándose a mi oído. — Y no es solo por el esfuerzo.

Odiaba cómo me hacía reaccionar. Cómo mi cuerpo reconocía su presencia antes incluso de que mi cerebro pudiera procesarlo. Pero lo peor de todo… era que él sabía exactamente lo que me estaba haciendo.

El aire entre nosotros se volvió más denso, más cargado, empujándonos hacia un terreno peligroso, donde el deseo se mezclaba con la rabia, la rendición y el puro y maldito instinto.

Ettore se inclinó un poco más y, entonces, lo noté: estábamos solos. Marco y Alessandro se habían ido y la puerta del gimnasio estaba cerrada.

— Parece que nos han dejado privacidad — murmuró con una risa baja, cálida, al notar mi expresión.

— Suéltame — mi cuerpo se tensó.

Él bajó la mirada hacia mi boca antes de volver a encontrar mis ojos.

— Dime que no lo deseas.

Cerré los puños, sintiendo cómo las uñas se clavaban en las vendas. El puto silencio entre nosotros era un campo minado, y sabía que cualquier movimiento en falso me haría caer justo donde él quería.

Ettore estaba completamente concentrado en mí, en mis labios, en la tensión que vibraba entre ambos. Quería verme ceder, que le dijera que no quería que me soltara.

Pero jamás lo haría.

Su sonrisa seguía ahí, bailando en sus labios, convencida, satisfecha, como si ya hubiese ganado. Como si supiera exactamente cómo acabaría aquel combate.

¡Arrogante!

Estaba tan seguro de que me controlaba, de que me tenía justo donde quería, que ni siquiera se dio cuenta del error que acababa de cometer.

Ettore subestimó mis ganas de ganar. Así que hice lo único que podía darme la ventaja. Solté un suspiro derrotado, relajándome bajo él, dejando que mi cuerpo se ablandara contra el tatami. Aparté la mirada, como si aceptara mi posición de inferioridad... como si estuviera a punto de rendirme.

Y entonces, él bajó la guardia. Fue sutil, casi imperceptible. Pero lo sentí.

Y fue suficiente.

En un movimiento rápido, impulsé las caderas hacia arriba, forzando un pequeño desequilibrio entre nosotros. Y antes de que Ettore pudiera reaccionar, levanté la pierna... y mi rodilla le dio de lleno en los cojones.

El impacto fue inmediato.

El aire le abandonó los pulmones en un sonido ahogado, su cuerpo se tensó de golpe y un gemido gutural escapó de su garganta.

Aproveché el momento y giré el cuerpo, empujándole con toda la fuerza que tenía. Ettore cayó a un lado, soltándome por puro reflejo del dolor, y yo me coloqué encima de él en un instante, sujetando sus muñecas contra el tatami, replicando exactamente la posición en la que él me había tenido antes.

Abrió los ojos despacio, el maxilar apretado, los músculos del cuello tensos y la respiración entrecortada.

— Bella Rosa... — Su voz salió rasgada, tensa. La sonrisa había desaparecido.

Me incliné un poco más, sintiendo el poder latir dentro de mí.

— Dijiste que tenía que aprender a jugar sucio. — Mis labios se curvaron con lentitud. — Creo que he aprendido.

Ettore parpadeó, mirándome como si nunca me hubiera visto de verdad. Como si, por primera vez, estuviera realmente viéndome.

Mi corazón latía con fuerza contra las costillas, y no era solo por la pelea. Era porque, en ese instante, supe que nuestra balanza nunca estaría completamente equilibrada, que siempre oscilaría…

Pero aunque el juego entre nosotros nunca tuviera un único ganador, Ettore acababa de descubrir que yo era una jugadora a su altura.

Y ahora le tocaba a él aprender a vivir con eso.

*****

El atardecer teñía el cielo de tonos anaranjados y dorados, mientras la brisa cálida recorría los campos de East Aurora, llevando consigo el dulce aroma de la tierra húmeda. El viento susurraba entre las hojas y el sonido rítmico de las patas de Lúcifer sobre el camino de grava me situaba en el presente, distraída de la batalla silenciosa que libraba desde hacía días.

Ettore.

Desde nuestro combate en el gimnasio, el ambiente entre nosotros había quedado en un frágil estado de tregua. Ya no éramos lo que éramos antes, pero

tampoco estábamos completamente rotos.

Y eso no lo hacía más fácil.

Él seguía tan cerca, pero tan fuera de mi alcance. La imagen de su cuerpo contra el mío en el tatami me acechaba en los momentos de silencio y se filtraba en los espacios vacíos de las noches sin él.

Lo había intentado al entrar en mi cuarto aquella noche.

Y yo cerré la puerta con llave.

Pero no fue por falta de deseo.

Fue una tortura para mí misma, porque mi cuerpo ardía por él. Pasé la noche con las piernas presionadas una contra la otra, mis dedos hallando su camino entre mis muslos, mi mente envenenada por imágenes suyas... Sus ojos fijos en los míos, la voz ronca susurrando obscenidades en italiano, su mano firme en mi garganta, sus dientes clavados en mi piel.

Lo odié por eso.

Pero no lo suficiente como para no repetirlo la noche siguiente.

Ahora, dos días después, intentaba distraerme.

Había pasado la tarde con Fiorella y Bibiana, organizando el cumpleaños de las gemelas. La fecha se acercaba, y el entusiasmo infantil de ellas hacía todo más soportable. Me sorprendí sonriendo varias veces mientras observaba a Ettore con las niñas, cuando él creía que no lo veía.

Pero lo sabía.

Las miradas cruzadas eran inevitables. En las comidas, cuando nuestras rodillas se rozaban bajo la mesa. Cuando pasaba junto a mí en el pasillo y su mano rozaba mi cintura, apenas lo justo para hacerme contener el aliento.

Todo era cuestión de quién cedía primero. Él quería que fuera yo. Y yo quería hacerlo arder tanto como estaba ardiendo.

Pensando en eso, me aparté de la casa, necesitada de despejar mis ideas. Lúcifer caminaba a mi lado, firme y atento mientras explorábamos los

alrededores de la propiedad. El cielo se había oscurecido, tomando tonos grisáseos a medida que el sol se ocultaba tras los árboles.

Entonces, el sonido de cascos me alertó. Y mi cuerpo lo sintió antes que mi mente: una descarga eléctrica como si se desencadenara una tormenta.

Giré la cabeza lentamente, y mi corazón se paralizó por un instante.

Ettore venía en caballo, la camisa oscura ceñida al pecho, mangas arremangadas hasta los antebrazos firmes. El pantalón de equitación se ajustaba a su figura impecable. Pero fue la forma de moverse lo que me secó la boca. Control absoluto, como si llevara esas riendas toda la vida.

La fuerza y el dominio emanaban de él.

Ettore siempre había sido peligroso. Pero allí, montado en un caballo negro, era algo primitivo... indomable.

Y lo odié aún más por eso.

Porque pese a todo, mi cuerpo reaccionó.

Mis piernas se tensaron y un calor indeseado ascendió entre ellas. Mi respiración se agitó solo un poco y su mirada ya estaba clavada en mí, como si leyera cada pensamiento en mi cabeza.

Él tiró suavemente de las riendas y detuvo el caballo a mi lado. El animal resopló, inquieto, y Lúcifer adoptó una postura alerta, gruñendo bajo.

— ¿Paseando sola, Bella Rosa? — su voz era pura provocación, baja y cargada, rozando mi piel como seda y veneno.

— No estoy sola — respondí. Lúcifer se acercó a mí, un recordatorio claro de que no necesitaba protección adicional.

Su sonrisa ladeada apareció y desapareció en segundos.

— Justo. Pero podría hacerte compañía.

No estaba allí por casualidad.

— ¿Qué quieres, Ettore? — crucé los brazos, mi voz contenida en control.

Él inclinó ligeramente la cabeza, recorriendo mi rostro con la mirada antes de bajar por mi cuerpo. Su mirada se oscureció al notar mis pezones

endurecidos bajo la blusa fina.

De pronto, ahogó una respiración y reaccionó:

— Quiero un momento. Para hablar.

No fue una orden. Fue una petición.

Y eso me hizo ceder.

— Está bien — susurré.

Aquella diminuta aprobación que le di provocó un brillo leve en sus ojos.

Entonces me ofreció su mano.

La miré por un largo segundo.

— Lo siento, pero... nunca he montado a caballo. — La confesión quedó entre nosotros. Él me observó sin decir nada, mientras el caballo resoplaba, impaciente por mi timidez.

— ¿Nunca? — su voz era suave, contenida, pero cargada de sorpresa.

Habitualmente, mi padre nunca me había llevado a la hípica — respondí, apartando los ojos para mirar al animal bajo la luz mortecina —. Ni siquiera cuando lo pedía.

Un silencio invitó a resonar el peso de mis palabras. Pude sentir cómo Ettore todavía me miraba, conectando aquellos fragmentos no dichos, leyendo lo que mis labios ni mi voz se atrevieron pronunciar.

Entonces, sin decir una sola palabra, desmontó.

El movimiento fue ágil, fluido. Cuando sus botas tocaron el suelo, la diferencia de altura entre nosotros se redujo, y avanzó con calma, sujetando las riendas del caballo con una sola mano.

— Entonces ha llegado el momento de aprender — dijo, sin más. Pero viniendo de Ettore, esas palabras pesaban más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Sentí cómo mis dedos se contraían a los lados del cuerpo.

— ¿Y si me caigo? — No pude evitar que la duda se colara en mi voz.

— ¿No confías en mí, Bella Rosa?

Abrí la boca para responder. Pero me detuve.

¿Confiar?

La confianza entre nosotros era un terreno resbaladizo.

Sabía que nunca permitiría que me hicieran daño. Que si el mundo se viniera abajo, él me mantendría a salvo. Pero confiar... era más que eso.

Ettore percibió mi vacilación.

— No voy a dejar que te caigas.

El aire entre nosotros se volvió denso. Debería haberme apartado. Debería haber dicho que no necesitaba esto. Pero la verdad era que lo deseaba.

Quizá porque Ticiano nunca se molestó en enseñarme. Y tal vez porque, en ese momento, Ettore me estaba ofreciendo algo que nadie había creído que mereciera. Y quizá… porque una parte de mí sabía que, si él decía que no me dejaría caer, era verdad.

— Está bien — exhalé despacio.

Ettore no sonrió. Solo dio un paso más y giró las riendas entre los dedos antes de señalar al caballo.

— Primero, acostúmbrate a él — su voz bajó de tono, volviéndose más áspera. Deslizó los dedos largos por el cuello del animal —. Tócalo. Deja que Furio te reconozca.

— Furio… — Probé el nombre en voz baja, mientras el caballo alzaba levemente las orejas al oírlo —. ¿Es tan intenso como su dueño?

Escuché una risa grave a mi lado.

— Digamos que Furio no acepta órdenes de cualquiera — respondió con lentitud, con ese tono que hacía que mi piel ardiera —. Pero cuando encuentra a alguien que merece su lealtad… no hay fuerza que lo haga retroceder.

No supe si hablaba del caballo. O de sí mismo.

Deslicé los dedos con suavidad por su pelaje negro, sintiendo el calor bajo su piel. El caballo se estremeció, pero no retrocedió.

— ¿Lo ves? — murmuró Ettore, aún observándome de cerca —. Te está aceptando.

Mi respiración se volvió más pausada.

— ¿Y ahora?

Él soltó un leve sonido de aprobación.

— Ahora, montas.

Fruncí el ceño, y antes de que pudiera preguntar cómo, Ettore ya se movía. Me giró con suavidad, colocándose a mi espalda, y sus manos descendieron hasta mi cintura.

El contacto fue firme. Seguro. Y, para mi desgracia… demasiado familiar.

— Agárrate aquí — indicó el arnés —. A mi señal, impulsa el pie.

Tragué saliva. Pero obedecí.

Con un solo movimiento, Ettore me alzó y, de repente, el mundo dio un giro. Mis pies se separaron del suelo, mi cuerpo aterrizó en la silla, y cuando parpadeé, ya estaba sentada sobre el caballo.

— ¡Mierda! — solté en voz baja, cerrando los dedos instintivamente sobre las riendas de cuero.

Ettore soltó una carcajada grave.

— Muy bien, Bella Rosa — su voz tenía ese tono peligroso de quien disfruta viéndote perder el control.

Antes de que pudiera contestar, se subió justo detrás de mí. El calor de su cuerpo me envolvió por completo. Su pecho firme se apoyó contra mi espalda, sus brazos rodeándome, sus manos cerrándose sobre las riendas junto a las mías.

Su aliento cálido rozó el lateral de mi rostro.

— Relájate — murmuró, casi como un conjuro.

¡Fácil para él decirlo!

El caballo se movió ligeramente, y mi corazón se disparó.

— Ettore…

— He dicho que no dejaría que te cayeras. Confía en mí — su boca rozó mi oído. Tragué saliva. Su mano apretó la mía —. Solo siente el movimiento.

Cerré los ojos un segundo e inspiré hondo, obligándome a soltar la tensión del cuerpo. El calor de su cuerpo contra el mío, el ritmo suave del caballo bajo mí… Poco a poco, el miedo fue cediendo paso a algo más primitivo.

Control.

— Así… — murmuró al notar el cambio en mi postura —. ¿Lo ves? Estás empezando a entender.

El orgullo en su voz fue lo que me hizo abrir los ojos y mirar el paisaje frente a mí. El sol dorado comenzaba a ponerse en el horizonte, bañando de luz cálida los campos abiertos de East Aurora.

— Vamos a dar una vuelta — dijo Ettore, guiando las riendas con suavidad.

Mis dedos se aferraron con más fuerza, pero no retrocedí. El caballo comenzó a trotar despacio, y el abrazo de Ettore se mantuvo firme, guiándome con él.

Poco a poco, sentí cómo la tensión se derretía.

Quizá tenía razón. Quizá solo necesitaba confiar.

Antes de que pudiera dejarme llevar del todo por ese momento, un movimiento a nuestro lado captó mi atención. Lúcifer. El dóberman trotaba con ligereza junto al caballo, atento, marcando cada paso.

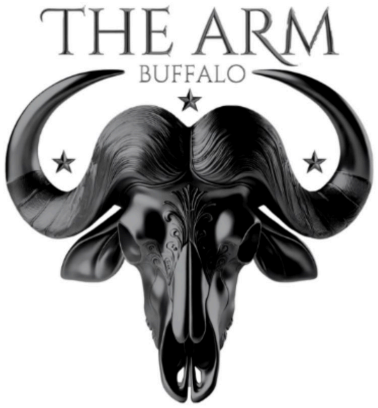
Ettore chasqueó la lengua.

— Vamos, ragazzo.

El perro alzó las orejas y aceleró el ritmo, corriendo junto al caballo.

No pude evitar que una pequeña sonrisa se dibujara en mis labios.

Ettore lo notó, pero no dijo nada. Solo me mantuvo firme en sus brazos.



CAPÍTULO 47

ROSALINDA

El aroma del heno y la tierra húmeda flotaba en el aire cuando Ettore guío a Furio hacia el interior del establo. Lo observé en silencio, sintiendo el calor residual de nuestro paseo aún vibrar bajo mi piel. Esa tarde estaba distinto. No en su apariencia, sino en la forma en que me miraba, como si esperara el momento exacto para algo importante.

— Ven conmigo, por favor —su voz cortó el silencio, baja pero firme.

— ¿A dónde?

— Ya lo verás.

Antes de que pudiera responder, Ettore se giró hacia Lúcifer, que permanecía a unos pasos, observando con atención cada movimiento.

— Vete a casa, ragazzo —su orden fue suave pero indiscutible.

Lúcifer tardó un instante, sus orejas erguidas evaluando la situación. Luego soltó un leve gruñido de descontento y se dio la vuelta, trotando hacia la casa.

Ettore esperó hasta que desapareció entre los árboles antes de enfrentarse a mí de nuevo.

— Ahora, vamos. —Me ofreció la mano.

Dudé un segundo, pero la intensidad de su mirada me impidió rehusar. Puse mi mano en la suya, sintiendo el calor de su piel, y me dejé guiar.

Me condujo por un sendero apartado, alejado de la casa principal. La brisa tibia agitaba las hojas y la luz del atardecer filtraba en destellos que hacía todo más íntimo.

Cuando la estructura apareció entre los árboles, mi corazón dio un vuelco.

No era una casita de niños, sino una construcción sólida y bien pensada, con escalones de madera robusta que conducían a una entrada espaciosa.

— ¿Tú construiste esto? —pregunté, sorprendida.

Asintió sin dejar de mirar la edificación.

— Cuando era adolescente —su tono guardaba una nostalgia inusual—. Pasé años puliendo cada detalle. Y cuando nacieron las peques, pensé en reformarla para ellas.

Mis dedos rozaron el pasamanos, absorbiendo esa nueva faceta de él. No era algo que hubiera imaginado saber sobre Ettore Lucchese, pero, de alguna forma, tenía sentido.

— Nunca lo mencionaste —confesé.

— Nunca hubo motivo. Hasta ahora —respondió encogiéndose de hombros mientras subía.

Lo seguí, mi pecho latía con calma contenida. Al entrar, comprendí que la casa no solo era funcional, sino también acogedora: un tapete sobre tablas, una estantería con libros y un sofá de cuero envejecido contra la pared.

Ettore se apoyó en el marco de la puerta y me contempló largo rato.

— El día en que deberíamos haber hecho oficial nuestro compromiso… —comenzó, la tensión en su voz era palpable—. Hace cuatro años. Tú escuchaste a Tici acusarme de aceptar este matrimonio porque tú eras la versión joven de Rosalia. ¿Lo recuerdas?

El estómago se me revolvió.

Recordaba perfectamente.

«— La hija es un consuelo perfecto, ¿no?»

En aquel entonces, no comprendí completamente el peso de esas palabras. Solo sentí el dolor.

«Todo el mundo sabe que querías a mi esposa. Pero ahora tienes a su hija.»

Respondí en un susurro:

— Sí…

Se alejó de la puerta y se acercó. Ahora estábamos a apenas unos centímetros. Su mirada se mantuvo firme, desafiante, sin parpadear.

— Ha llegado el momento de que sepas cómo conocí a tu madre.

El silencio entre nosotros era denso. Él no me dejaba apartar los ojos. Sus iris verdes eran un abismo, retándome a entender lo que estaba por venir.

Durante años, mi madre fue un enigma para mí. Un fantasma moldeado en sonrisas que nunca terminaban de ser sinceras, en miradas que escondían secretos, en cicatrices que jamás me explicó cómo obtuvo. Nunca supe quién había sido antes de convertirse en Rosalia Povvi.

Y ahora, Ettore estaba a punto de cambiar eso.

— Te escucho.

Humedeció los labios, desviando la mirada por un instante, como si buscara la forma correcta de empezar. Luego pasó una mano por la nuca, un gesto inusual de duda que por un momento me hizo dudar si aquel era el mismo hombre que siempre parecía inquebrantable ante todo.

Cuando volvió a mirarme, su expresión recuperó la confianza habitual, pero algo en sus ojos me dijo que revivir aquella historia no iba a ser fácil.

— Cuando conocí a Rosalia Pérez, tenía diecisiete años… —Su voz era baja, controlada, pero la tensión en su mandíbula delataba que aquello no era algo que contara con facilidad—. Fue en Monterrey, en un Día de los Muertos. Aunque aún era joven, papà me llevaba en sus viajes de negocios para que me fuera acostumbrando.

Hizo una pausa, los dedos recorriendo distraídamente la madera del sofá, como si la textura lo anclara al presente.

— Sabiendo quién era mi padre, miembros de un cartel local me secuestraron… querían sacar algo de dinero de la famiglia, pero no planeaban devolverme con vida. Fue la primera vez que me torturaron.

El aire se negó a salir de mis pulmones.

Torturado…

La palabra se me clavó hondo.

Por un instante, mi mente llenó los vacíos: Ettore, aún adolescente, atado a una silla, el olor metálico de la sangre impregnando el aire, la piel desgarrada por cuchillas, las muñecas marcadas por las cuerdas.

Yo lo conocía como L'Uomo Nero, el hombre cuya sombra hacía temblar a los demás. Pero allí, en ese primer contacto con el precio de llevar el apellido Lucchese, él había sido la presa.

Y eso me dolió más de lo que esperaba.

Mi mirada recorrió su cuerpo de forma inconsciente, como si pudiera ver a través de su ropa las cicatrices que tantas veces había notado… pero sobre las que nunca pregunté.

— Sin saber quién era yo… tu madre me salvó —continuó—. Pero para hacerlo, acabó matando a alguien. A otro chico, más o menos de mi edad.

Mi mundo se tambaleó.

— ¿Qué? —Mi voz salió más ronca de lo que me hubiera gustado.

Ettore asintió lentamente, como si entendiera lo que aquello representaba para mí.

— El muchacho la sorprendió cuando intentaba ayudarme a escapar y… no pude protegerla, estaba atado. Durante el forcejeo, el arma se disparó sola y le atravesó la garganta.

El silencio que siguió fue brutal.

Mi madre había matado a alguien.

Debería haberme horrorizado. Pero, en lugar de verla como una asesina, solo pude imaginar lo que vino antes: la presión del momento, la adrenalina en las venas, la certeza de que era matar o morir.

Yo también había matado.

Y no sentí culpa.

¿Qué decía eso de mí?

— Rosalia estaba en aquella hacienda como espía. Enviada por Don Alejandro Santino, El Padrino del Cartel Los Santinos. Estuvo en el funeral de tus padres, no sé si lo recuerdas.

Lo recordaba. Aquel hombre mayor, de mirada penetrante y voz cargada de un acento español cortante. Pero no tenía ni idea de que era un jefe de cartel. Mucho menos, que pudiera tener alguna conexión con mamma.

Sin embargo, Ettore no me dio tiempo a preguntar.

— Tu madre fue criada en su hacienda, huérfana de padre y madre. Tan hermosa como era, Santino la utilizó para infiltrarse en el cartel rival... Tenía solo dieciséis años entonces.

Cada palabra que salía de su boca rompía algo dentro de mí.

Mi madre fue... utilizada como un peón.

Dieciséis años...

Esa era mi edad cuando Ettore y Ticiano sellaron el acuerdo de nuestro matrimonio. Cuando me arrebataron la libertad y ataron mi destino al suyo, sin dejarme elegir.

Pero mamma... la lanzaron directamente a la boca de los lobos.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

¿Qué le hicieron?

No necesitaba que Ettore lo dijera en voz alta.

— Imagino que ya sabes lo que ocurrió durante los casi cuatro años que Rosalia pasó en aquel lugar.

Mis puños se cerraron con fuerza.

Sabía perfectamente a qué se refería, aunque no pudiera ponerlo en palabras. Mamma tuvo que sobrevivir como pudo... porque nunca tuvo otra opción.

Y ahora todo empezaba a encajar.

— En resumen —continuó Ettore, con la voz más baja, como si midiera cada palabra—, el chico al que tu madre mató aquella noche era el único hijo de Sebastián "El Dragón" Ortega. El único heredero del Cartel del Viento.

Cerré los ojos un segundo, intentando asimilarlo.

El Dragón... Cartel del Viento…

No tardé en hacer la conexión.

¡Era el nombre que mencionó el asesino de mis padres antes de morir!

— Gutierrez... — Cuando volví a mirar a Ettore, el pecho se me agitaba.

El suelo pareció desaparecer bajo mis pies.

Era como si todas las piezas de un rompecabezas se hubieran dispersado y, de repente, encajaran.

Sebastián Ortega.

El Dragón.

El monstruo detrás de la sombra que destrozó mi vida.

— Al salvarme, tu madre firmó su propia sentencia de muerte. — Se inclinó ligeramente hacia mí, como si necesitara asegurarse de que no me perdiera ni una palabra—. Pero conseguimos salir de allí antes de que descubrieran que había sido ella... Al menos, eso creíamos.

— ¿Crees que ese Dragón vino a por mamma para vengar la muerte de su hijo? — Un escalofrío me recorrió entera—. ¿Y que llevarme a mí forma parte de esa venganza? ¿Ojo por ojo, diente por diente?

¿Pero por qué esperar veinte años para hacerlo?

Las palabras se me quedaron atascadas en la garganta y Ettore no respondió de inmediato. Parecía estar sopesando lo que acababa de decir.

Soltó el aire con fuerza y se pasó ambas manos por el pelo, visiblemente alterado, antes de continuar desvelando el pasado:

— Así fue como tu madre acabó en Búfalo. Porque un Lucchese siempre cumple sus promesas. Papà y Don Alejandro acababan de firmar un acuerdo de no injerencia para los negocios del cartel en Búfalo. Y Rosalia fue entregada a The Arm como un... regalo.

El mundo a mi alrededor empezó a girar, y sentí que necesitaba algo a lo que agarrarme. Mis dedos se aferraron al borde del sofá, intentando encontrar algo de estabilidad.

Pero entonces llegó el golpe final:

— Lo que no sabíamos… es que tú ya venías en el paquete.

El silencio que siguió no fue solo pesado. Fue brutal.

¿Por qué mamma nunca me lo contó? ¿Por qué me hizo creer toda mi vida que era hija de Ticiano Povvi, cuando en realidad éramos rehenes de una historia mucho más grande que nosotras?

Mi visión se nubló ligeramente con las lágrimas. El impacto me atravesaba en oleadas, cada detalle de esa revelación se infiltraba en mi mente como el veneno tras la mordedura de una serpiente.

Yo no era realmente hija de Ticiano Povvi. Era el efecto colateral de un pasado jodido que mamma decidió ocultarme.

Un tornado causado por el aleteo de una mariposa.

Ettore maldijo en voz baja. En un instante, ya estaba frente a mí, con las rodillas apoyadas sobre el suelo de madera de la casa del árbol, su rostro tan cerca que su aliento cálido se mezclaba con el mío.

— *Amore... escúchame.* — Sus dedos firmes rodearon mi rostro, sosteniéndolo entre sus manos grandes, como si quisiera anclarme allí. Como si intentara evitar que me precipitara en ese abismo de verdades dolorosas. — Cuando dije que Rosalia fue entregada a *The Arm* como un regalo, quise decir que *papà* usó ese argumento para que Don Alejandro permitiera que viniera con nosotros. De lo contrario, tu madre podría haber sido descartada.

¿Descartada? ¡Muerta!

La sensación de vértigo se intensificó, pero Ettore no permitió que me desmoronara. Sus ojos eran un faro en medio de aquella tormenta, clavados en los míos con una intensidad casi posesiva, como si me retara a apartar la mirada. Como si me retara a no creerle.

— Sacarla de México sin el permiso de Santino podría haber desencadenado un baño de sangre. — Su voz no perdió firmeza. — Pero Rosalia no fue obligada a venir a Búfalo. Ella quería una nueva vida, y yo se la debía.

Pestañeé lentamente. Las piezas seguían encajando en el rompecabezas distorsionado del pasado.

— *The Arm* acogió a Rosalia y fue el nuevo comienzo que tanto deseaba. — Su frente tocó la mía por un instante, cálida y reconfortante. — Así fue como conoció a Tici y se enamoraron.

Mi mente aún intentaba digerirlo todo, coser los huecos, procesar el peso de cada nueva revelación.

— ¿Mamma no fue forzada a casarse con Ticiano? — La pregunta salió sola, sin que pudiera evitarlo, porque hasta ese momento, me había imaginado otra realidad. — ¿Ella lo eligió... por amor?

Los ojos de Ettore sostuvieron los míos durante un segundo demasiado largo.

Entonces negó levemente con la cabeza.

— En realidad... — Ettore deslizó los pulgares por mi piel antes de continuar. — Tici necesitaba el apoyo de mi *papà* para poder casarse con Rosalia. Ella no era italiana, ni venía de una familia que aportara ventajas en una alianza con los Povvi y la *famiglia*. El padre de Tici, que en aquella época era *Consigliere*, no aprobaba la relación.

Sentí un nudo formarse en mi garganta.

— Entonces... ¿tuvieron que pedir permiso a *The Arm* para estar juntos?

Ettore asintió despacio.

— Todo entre ellos fue muy rápido... incluso para mí fue una sorpresa. Sobre todo cuando Rosalia me contó que estaba embarazada. — Humedeció los labios, titubeando una fracción de segundo antes de seguir. — Antes de saber que ella y Ticiano estaban juntos... me ofrecí a hacerme cargo del bebé. Entonces le propuse casarnos.

— ¿¡Qué!? — El impacto desgarró mi garganta como cristal roto. Se me erizó la piel, y sin darme cuenta, me aparté de su contacto, retrocediendo como si necesitara espacio para procesar lo que acababa de oír.

El estómago me dio un vuelco violento. La bilis me subió por la garganta.

La sola idea de él siendo mi padrastro hizo que todo mi cuerpo se retrajera.

— ¿Tú querías casarte con mi madre? — Mi propia voz sonó distante, como si no fuera mía.

Ettore se pasó las manos por el pelo, un gesto tenso que dejaba claro que ya esperaba esa reacción.

— ¡Fue antes de saber que ella y Ticiano estaban enamorados!

Pero no era eso lo que me revolvía por dentro, esa repulsión inexplicable.

Tragué saliva, sintiendo la lengua pesada en la boca.

— Entonces fue por eso que pa... — Las palabras se atascaron. Ya no podía llamarlo así. No después de todo lo que había descubierto. — ¿Por eso Ticiano pensaba que estabas enamorado de mamma?

Ettore guardó silencio un momento.

— Tici siempre estuvo loco por Rosalia. Desde el primer momento en que la vio. Celoso, posesivo... Le costaba aceptar la conexión que había entre ella y yo desde que nos conocimos en aquellas circunstancias. Pero Rosalia y yo siempre fuimos como... hermanos.

La palabra sonó extraña en mis oídos, pero al mismo tiempo... correcta.

— *Hermanos...* — Inspiré hondo e intenté digerirlo.

Lo que antes me parecía inquietante ahora empezaba a transformarse en algo más... comprensible.

La mirada de Ettore se suavizó levemente, pero su expresión seguía cargada de algo indescifrable.

— Ella me salvó. — Soltó un suspiro, como si esas palabras llevaran mucho más peso del que su tono dejaba entrever. — Yo la salvé a ella.

Era un intercambio visceral. Un tipo de vínculo que Ticiano nunca podría comprender. Algo que nació en el límite entre la vida y la muerte.

¿Y yo? ¿Lo comprendía?

Antes de que mi mente se sumergiera demasiado en ese abismo, Ettore continuó:

— Cuando supe del embarazo… — Su voz descendió un tono, como si cada palabra estuviese cuidadosamente medida. — Y Rosalia insistió en que quería quedarse con el bebé... lo único que pasó por mi cabeza fue que quería proteger esa vida inocente, para que nunca sufriera lo mismo que sufrió su madre.

Una presión invisible se instaló en el centro de mi pecho.

Porque estaba hablando de mí.

De todas las cosas que Ettore Lucchese podía decirme aquella noche… esa era la que más me desarmaba.

— Querías casarte con ella por mi culpa… — Sentí la garganta seca. — Y años después, quisiste casarte conmigo por ella.

Ettore simplemente me observó, como si esperara que llegara yo misma a la conclusión.

Y llegué.

A cada segundo, todo empezaba a tener más y más sentido.

Ticiano asumió mi paternidad por amor a mamma, y nosotras dos nos convertimos en miembros del clan Povvi, uno de los más respetados de la *famiglia The Arm*.

Pero llevar el apellido de un *Consigliere* tenía un precio muy alto.

Los matrimonios en la *cosa nostra* no se trataban de amor. Se trataban de poder. De alianzas. De control. Ser una Povvi me ponía en lo alto de la lista, sobre todo cuando la hija del *Don* optó por convertirse en monja.

Ettore lo sabía. Y al aceptar el acuerdo matrimonial, se aseguró de que yo me quedara en Búfalo... con mamma.

— No quería que os separaran. — Su voz llevaba un peso silencioso, algo imposible de ignorar.

Dio...

Sabía que mamma no tenía forma de protegerme de un matrimonio arreglado. Que si era prometida a otra *famiglia*, no podría intervenir por mí.

Mi visión se volvió borrosa, como si todas las certezas que había tenido hasta esa noche se reescribieran ante mis ojos.

Apreté las manos a ambos lados del cuerpo, sintiendo los nudillos volverse blancos.

— Entonces... — La palabra salió en un susurro. — Por eso me elegiste.

No dudó.

— Y no me arrepiento ni un solo segundo.

Porque lo que sentíamos...

No tenía nada que ver con aquel acuerdo.



CAPÍTULO 48

ETTORE

La noche cayó sobre East Aurora trayendo consigo un silencio inusual. No de paz, sino de ese tipo que retumba como un eco sordo de algo que aún necesita resolverse.

Cuando regresamos a la casa, Rosalinda no dijo ni una palabra. No hacía falta. Su mirada distante, la forma en que se recogió dentro de sí misma, los pasos medidos que la llevaron directamente a su habitación sin mirar atrás… todo en ella gritaba que necesitaba espacio.

Fiorella quiso llamarla para cenar, pero la detuve antes de que siquiera se acercara a la puerta.

—Déjala. —Mi tono fue definitivo.

Mi sorella frunció el ceño, dudando, pero algo en mi mirada bastó para que comprendiera. Rosalinda necesitaba tiempo para procesarlo todo, y nadie más que ella podía decidir cuándo estaría lista para salir de la tormenta.

No cené. Ni siquiera logré sentarme a la mesa. El ambiente era demasiado denso, aunque nadie mencionara lo obvio. Fiorella me lanzó una mirada cargada de significado antes de ocuparse de las niñas. Sabía que quería respuestas. Pero también sabía que esa noche no las tendría.

Cuando finalmente todos se retiraron, mi mente me llevó a un solo lugar: su habitación. El pasillo estaba oscuro cuando me detuve frente a su puerta

cerrada. Llamé con el puño una vez. Luego otra.

—Rosalinda...

Nada.

Giré el pomo. Cerrado con llave.

Por supuesto.

Apoyé la frente contra la madera por un instante, soltando el aire lentamente por la nariz. Su perfume seguía impregnado allí, dulce y cálido como su cuerpo contra el mío, apenas unas horas antes.

Di un paso atrás y rocé la madera una última vez, casi con reticencia.

Podría haber insistido. Podría haberle dicho que no tenía que pasar por esto sola, que no necesitaba alejarse. Pero una parte de mí sabía que no era el momento.

Así que hice lo que nunca fue mi fuerte.

Me retiré.

Mi cuarto estaba demasiado oscuro y amplio cuando cerré la puerta tras de mí. Toda la casa parecía opresiva, como si hubiera un peso invisible flotando en el aire.

Fui directo al baño, dejando la ropa sucia en el suelo antes de abrir la ducha y meterme bajo el agua caliente. La tensión se acumulaba en mis hombros, en los músculos rígidos del cuello, en la mandíbula apretada desde que empecé a contarle la verdad. Los recuerdos me asaltaban sin tregua.

El modo en que me miró cuando comprendió que nunca se trató de control o posesión.

Ella no era un trofeo. Nunca lo fue.

La elegí para protegerla.

Y ahora, lo sabía.

El vapor llenó el baño, envolviéndolo todo en una neblina espesa. Me pasé las manos por la cara, sintiendo la barba áspera contra las palmas antes de tomar la cuchilla y recortarla con movimientos metódicos. Cualquier cosa con tal

de mantener mis manos ocupadas y no rendirme a la tentación de cruzar ese pasillo y forzar aquella puerta.

Al salir de la ducha, me puse solo un pantalón de chándal, dejando que el calor se disipara al aire. Me dejé caer sobre el colchón y mantuve el móvil sobre el pecho por un momento antes de encenderlo y revisar el correo cifrado.

Mis ojos recorrieron la información con atención. Nada inusual. Ningún movimiento sospechoso. Ningún desplazamiento fuera de lo común. Como si Sebastián Ortega siguiera con su vida como si nada. Como si no hubiese ordenado una incursión en territorio de The Arm para eliminar a la mujer que mató a su hijo... O quizá sabía que no necesitaba mancharse las manos para conseguir lo que quería.

Solté un gruñido bajo, apretando el móvil antes de bloquearlo y dejarlo sobre la mesilla de noche.

El sueño no llegó. Como si algo invisible me impidiera apagar la mente del todo. Me giré hacia un lado. Luego al otro. Mis ojos fijos en el techo oscuro, las sombras moviéndose con la luz tenue de la luna que se filtraba por las cortinas.

Y entonces, ocurrió.

Un golpe suave en la puerta.

Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente. En un instante, ya estaba sentado, los músculos tensos, el pecho subiendo y bajando lentamente.

El sonido se repitió. Esta vez, más vacilante.

Mis pies tocaron el suelo de madera fría. El silencio entre los golpes era como un maldito metrónomo en mi pecho. Caminé hacia la puerta. Giré el pomo. Y entonces...

Allí estaba ella.

Descalza, vestida solo con una camisola de satén negro. El cabello suelto enmarcando su rostro, pero fueron sus ojos los que me golpearon. Oscuros. Llenos de preguntas sin respuesta.

Y antes de que pudiera decir nada, Rosalinda humedeció los labios, respiró hondo y susurró:

—Diez minutos... dame diez minutos.

Mi mano se tensó en el pomo y mi cuerpo se quedó rígido un segundo.

Fue apenas un ruego, una voz rota, un susurro de rendición. Pero cayó sobre mí como un golpe certero.

Me aparté lo suficiente para dejarla pasar. Rosalinda cruzó el umbral sin dudar, y en cuanto la puerta se cerró tras ella, se lanzó a mis brazos.

El impacto fue leve, pero mi respiración se detuvo.

Sus brazos rodearon mi cintura y su rostro se escondió contra mi pecho. Pequeña. Suave. Frágil de una forma que jamás admitiría ser.

Mis manos recorrieron su espalda, deslizándose por su curva hasta la base de su columna. Cerré los ojos un segundo, sintiendo su aliento cálido sobre mi piel desnuda. El olor de ella... ¡el maldito olor de ella!

Debería decir algo. Preguntarle si estaba bien. Pero la verdad era que nada en el mundo me haría romper ese silencio ahora.

Así que hice lo único que mi instinto me suplicaba hacer.

Me abrazaste con todas mis fuerzas, acercándola aún más. Mis manos se deslizaron hasta sus caderas, sintiendo la textura del satén de la camisola que apenas cubría su piel. Su rostro encajó contra mi pecho y, en un impulso inconsciente, incliné la cabeza y apoyé la barbilla en la cima de su cabeza.

El tiempo se ralentizó. El mundo fuera de esa habitación dejó de existir.

Su cuerpo se adaptó al mío, cálido y vulnerable, como si por fin hubiera encontrado su lugar. Como si realmente perteneciera ahí.

Mis manos se movieron despacio, casi como memorizando cada centímetro, cada curva. Rosalinda no dijo nada. Y supe que necesitaba ese momento tanto como yo.

La respiración concentrada inundaba el espacio entre nosotros y entonces, sin apartarla ni un solo segundo, mi voz quedó ronca contra su cabello:

— Estoy vigilando a Ortega. — Su cuerpo se tensó un instante, pero no se alejó. Sentí su corazón acelerarse contra mi pecho, mis dedos presionando suavemente su piel. — No permitiré que te haga daño. Ni que te aleje de mí. Más pronto o más tarde, tendré la cabeza de El Dragón servida en una bandeja.

Mi promesa fue un susurro cargado de una verdad brutal. Pero no se quedaba solo en eso. No quería vengar a Tici o a Rosalia únicamente. Ni mantener mi palabra de protegerla.

Rosalinda necesitaba saberlo.

Mi mano subió por su espalda, hasta la base de su nuca, y acerqué mis labios para rozar su sien:

— No lo haré solo por la famiglia... — recé un murmullo, los ojos cerrados mientras disfrutaba de su cuerpo entre mis brazos. — Ni por la promesa hecha a tu madre.

Ella alzó la mirada lentamente, sus ojos oscuros brillando en la penumbra. Mi mano viajó hasta su mandíbula, el pulgar recorriendo esa línea tan delicada.

— También soy egoísta, amore. — Mi voz bajó, casi gutural. — Porque mi mayor miedo es perderte.

El brillo en su mirada absorbía cada palabra, intentando captar cada fragmento de verdad. No necesitaba que lo comprendiera por completo. Porque ya lo sabía.

— Eres la única mujer por la que me arrodillaría y rogaría, Bella Rosa.

Su labio inferior tembló apenas, y eso fue suficiente para que me desmoronara. Todas las defensas cayeron. En ese instante, ya no importaban la promesa ni la venganza.

Lo único que importaba era que nunca amé nada en este mundo más que a Rosalinda Povvi. Y fingir lo contrario me estaba matando día tras día.

Podía escuchar su respiración irregular, vacilante, como si luchara contra sí misma. Mi pulgar acarició la comisura de sus labios y el suave temblor que recorrió su cuerpo me hizo apretar los dientes.

Sus dedos, antes relajados sobre mi espalda, se deslizaron por mi abdomen desnudo, marcando senderos de calor en mi piel. Mi corazón latía tan fuerte que sentí que iba a estallar. Mi pulgar trazó otra vez la línea de su mandíbula hasta que, finalmente, comprendí que tenía que ser ella la que decidiera.

Entonces, sin aviso, Rosalinda se elevó de puntillas y presionó sus labios contra los míos.

Fue un beso suave. Delicado.

Pero ¡puta madre!, la explosión que provocó dentro de mí fue brutal.

La atraje hacia mí de inmediato, y la paciencia que podía quedarme se evaporó en un segundo.

Rosalinda ya no quería espacio. Ni tiempo.

Quería tenerme.

Y en ese momento... me tenía por completo.

Mis dedos se hundieron en su cintura, atrayéndola con fuerza contra mí, y la respuesta fue inmediata. Un gemido bajo y pecaminoso escapó de sus labios cuando mi lengua se deslizó dentro de su boca, tomando posesión de cada rincón, saboreándola como si fuera mi última oportunidad.

Mi mano se deslizó hacia su nuca, atrayéndola aún más, y al segundo siguiente, su espalda ya estaba presionada contra la puerta del dormitorio. No tenía adónde huir. Y no quería huir. El calor de su cuerpo traspasaba el fino satén del camisón, y lo único que me impedía arrancárselo de encima era el maldito peso del momento.

Necesitaba que supiera que esto no era solo deseo.

Mi cuerpo se movió contra el suyo, mis manos descendieron hasta la base de sus muslos, levantándola del suelo como si no pesara nada. Rosalinda soltó un suspiro sorprendido antes de rodearme el cuello con los brazos, y entonces… sonrió.

Una sonrisa pequeña, casi tímida, pero que cargaba algo que me desmoronó por completo. Porque, después de todo... finalmente se permitía ser

mía.

Una sonrisa pequeña, casi tímida, pero que llevaba algo que me destrozó por dentro. Porque, después de todo... por fin se permitía ser mía.

La besé como si mi vida dependiera de ello.

Y tal vez dependía.

El hambre desbordaba en cada movimiento de su boca, en la forma en que sus dedos se clavaban en mi nuca, atrayéndome más, como si quisiera que la devorase por completo.

Di unos pasos hasta la cama sin separarme de su boca, me senté en el colchón y la acomodé sobre mi regazo. Su cuerpo encajaba con el mío de una forma que debería estar prohibida, su coño caliente y empapado rozándose contra mi erección, separada solo por el maldito pantalón de chándal, demasiado fino para contener el infierno en el que estaba atrapado.

— *Cazzo...* — gruñí, la voz ronca, primitiva, escapando desde lo más profundo de mi garganta.

Rosalinda jadeó, los ojos oscurecidos por el deseo. Sus caderas comenzaron a moverse, frotándose lentamente contra mí, y estuve a punto de perder la cordura.

— Quiero sentirte dentro de mí otra vez… bien profundo… — su voz era un susurro cargado de promesas.

¡A la mierda la razón!

Alzó los brazos, con la intención escrita en cada línea de su mirada. Agarré el borde de su camisón y lo deslicé hacia arriba, deshaciéndome de la barrera de satén entre nosotros. Sus pechos se ofrecieron ante mí, los pezones duros, la piel erizada al menor roce del aire frío del cuarto.

Se me secó la boca.

— ¿Estás segura? — Mi voz salió aún más ronca de lo que planeaba, mientras mis dedos recorrían desde la curva de su cintura hasta la base de sus pechos.

— Eres mío. Yo soy tuya. — Sus ojos se clavaron en los míos, ardientes como el pecado. — No hay vuelta atrás, Ettore. ¿Te basta eso como respuesta?

Hice lo único que podía hacer: tomé uno de sus pechos con la boca, succionando el pezón erguido mientras mi otra mano apretaba el otro, provocándola con un leve pellizco.

Rosalinda soltó un gemido entrecortado.

Lami y mordisqueé cada centímetro de aquella piel deliciosa, mi lengua dibujando círculos perezosos, saboreándola, escuchando cómo sus pequeños gemidos se transformaban en sonidos jadeantes, cargados de puro deseo.

Mis manos descendieron por su espalda, deslizándose bajo la braguita de encaje, hasta alcanzar la curva perfecta de su trasero. Mis dedos siguieron un camino torturador, explorando cada contorno, hasta adentrarse entre los pliegues ardientes de su coño.

Dio… tan mojada para mí...

Un gruñido escapó de mi garganta al hundir un dedo en su interior, sintiendo cómo su coño apretado palpitaba alrededor de mí. Rosalinda echó la cabeza hacia atrás y un gemido alto resonó por toda la habitación.

¡A la mierda! Que todos en esta casa sepan que es mía.

Bella Rosa se aferró a mí mientras mi mano no tenía piedad con su cuerpo, mis dedos deslizándose sobre su clítoris hinchado, provocándola, jugando con su resistencia.

Gimió contra mi boca, su cuerpo temblando. Y entonces, explotó. Se corrió en mi mano, caliente y desinhibida, y joder... ya no podía esperar más.

Con su ayuda, bajé el pantalón de chándal lo justo para liberar mi polla dura, y me hundí en ella de un solo y certero empujón.

— ¡Mannaggia! — maldije, sintiéndome por fin completo otra vez.

— Dio mio… — jadeó Rosalinda, su frente apoyada contra la mía, los ojos entrecerrados, brillando en la penumbra.

— ¿Estás bien? — sujeté su cadera, obligándome a no moverme. Era grande, y en esa posición, sabía que podía ser demasiado para ella.

Bella Rosa humedeció los labios, jadeando, la mirada fija en la mía.

— Es solo que… — Su voz era un hilo de aire caliente contra mi boca. — Así… se siente jodidamente bien.

Dejé escapar una pequeña risa. Estaba tan preciosa, avergonzada y al mismo tiempo desesperada por ser follada.

Mía.

Apreté su rostro entre mis manos y la besé con fuerza, mi lengua buscando la suya, hasta que empezó a moverse lentamente sobre mí.

Un gruñido grave se escapó de mi garganta.

— Así, amore… justo así… tan perfecta, joder…

Rosalinda se movía sobre mi polla, cada vaivén apretado haciéndome perder el control poco a poco.

— Te he echado tanto de menos… — gimió.

Sujeté su rostro con más fuerza, mis manos apretando su culo, guiando sus movimientos.

— Y yo a ti, amore… Más de lo que puedas imaginar.

Ella cabalgaba más rápido, su coño tragándome por completo, follándose en mí como quería, como necesitaba.

— Es tan bueno… me voy a correr… ¡Ah!

Y fue ahí, entre gemidos desesperados y respiraciones entrecortadas, que lo supe: me tenía en la palma de su mano.

Apreté su cintura con más fuerza, hundiendo los dedos en su carne suave mientras sentía su cuerpo temblar alrededor del mío.

— Así, amore… — Mi voz salió ronca, cargada de deseo y posesión.

Echó la cabeza hacia atrás, el pelo cayendo en cascada sobre sus hombros desnudos, los pechos subiendo y bajando con cada movimiento mientras me montaba sin un ápice de pudor.

Mi Bella Rosa era lo más hermoso que había visto en mi vida.

Sentí su coño apretarse aún más a mi alrededor, el placer escalando por cada fibra de su cuerpo mientras alcanzaba el clímax, los gemidos entrecortados, la piel perlada de sudor bajo la penumbra del dormitorio.

Me quedé inmóvil dentro de ella, sintiendo cada contracción espasmar en torno a mi polla, cada pequeño temblor recorriéndole los muslos, las caderas y, joder, hasta el alma.

Podría haberme corrido en ese mismo instante, follado por su entrega total.

Pero no.

Rosalinda Povvi aún no había terminado conmigo.

Mis brazos la rodearon antes de que pudiera recuperarse. Con un movimiento rápido, la hice rodar sobre la cama, poniéndola boca abajo contra el colchón, atrapándola bajo mi cuerpo.

— Ettore… — exhaló con la voz entrecortada, las pupilas dilatadas, el cuerpo aún temblando por el orgasmo.

Mi boca la alcanzó en un beso voraz, un choque de lenguas y dientes mientras mis manos la recorrían sin prisa, redibujando cada curva como si quisiera grabarla en mi memoria.

¡Mía!

Separé sus rodillas, abriéndola para mí, y me interné nuevamente, más profundo, provocando un gemido sofocado que escapó de su garganta.

— ¡Dio! — clavó sus uñas en mis hombros, los ojos en blanco por un instante. — Me llenas tanto…

— Siempre, Bella Rosa. — Mis embestidas empezaron en un ritmo lento y dolorosamente deliberate, lleno de deseo.

Rosalinda mordió el labio inferior y arqueó el cuerpo en respuesta, buscando aún más.

Y yo le di todo.

Aceleré los movimientos, penetrándola con la cadencia precisa que sabía que deseaba.

Su cuerpo se amoldaba al mío, cediendo a cada empuje, sus gemidos resonando altos en la habitación, mi boca alternando entre sus senos y su cuello, mordiendo, chupando, dejando mi marca.

Porque ella era mía.

Porque no había retorno.

— Ettore… — su voz se quebró, como si estuviera perdiendo el aliento.

Escuchar mi nombre en sus labios era música cargada de pecado.

Nuestros ojos se encontraron, y en ese instante, las palabras simplemente fluyeron.

— *Ti amo, Bella Rosa.*

Sus ojos se abrieron con sorpresa durante un segundo, su pecho subía y bajaba con rapidez. Y entonces gimió alto, deshaciéndose de nuevo a mi alrededor.

Sostuve su rostro con una mano mientras follábamos en medio del caos de la pasión y la desesperación.

— *No vuelvas a alejarte de mí.* — Mis dientes rozaron su boca.

— *Nunca…* — fue lo único que logró decir, sus dedos deslizándose hacia mi nuca, tirando de mí para acercarme aún más.

Mi respiración se quebraba contra la piel húmeda de su cuello, los músculos tensos mientras mi control se desmoronaba a toda velocidad.

Aún temblaba a mi alrededor, su coño palpitando, succionándome más y más dentro, llevándome al borde del abismo. Quería alargar ese instante, sentir su piel contra la mía por el resto de mi jodida vida, pero el placer ascendía como un incendio imparable, consumiéndome por completo.

Mis manos bajaron hasta sujetar sus caderas con fuerza, mientras mis embestidas se volvían irregulares, desesperadas, mi cuerpo buscando lo único que solo ella podía darme.

— *Cazzo…* — rechiné los dientes al sentir cómo el orgasmo se apoderaba de mí. Mi cabeza cayó hacia atrás, los ojos cerrados mientras la explosión me atravesaba de dentro hacia fuera.

Rosalinda jadeó cuando me hundí hasta el fondo, un gruñido ronco escapando de mi garganta al derramarme dentro de ella, caliente y sin control.

Joder, estaba perdido.

¡Completamente jodido!

Mi pecho subía y bajaba acelerado, cada músculo de mi cuerpo se contraía mientras la llenaba, mi nombre escapando de sus labios en un susurro cargado de pecado.

Cuando la última sacudida recorrió mi cuerpo, me apoyé sobre los codos para no aplastarla, mi frente apoyada contra la suya mientras intentaba recuperar el aliento.

El silencio que siguió no era vacío. Estaba lleno del sonido de nuestras respiraciones entrecortadas, del calor que aún vibraba en el aire entre nosotros, y del hecho de que nada… absolutamente nada volvería a ser igual después de aquella noche.

— *Ti amo, Ettore...* — Rosalinda deslizó los dedos por mi pelo húmedo, apartando los mechones de mi frente.

Debería decir algo.

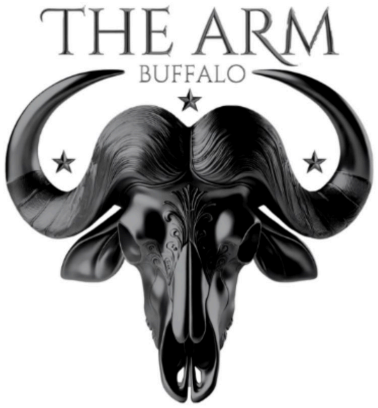
Debería encontrar las palabras para expresar toda esa jodida intensidad que sentía.

Pero lo único que fui capaz de hacer fue sostener su rostro entre mis manos y besarla.

Despacito.

Como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Porque ahora… ella era, de verdad y definitivamente, mía.



CAPÍTULO 49

ROSALINDA

La habitación seguía sumida en la penumbra.

El calor de nuestros cuerpos se mezclaba con el sudor impregnado en las sábanas arrugadas bajo nosotros. La respiración de Ettore era profunda, pero irregular, como si, igual que yo, su cuerpo estuviese agotado, pero su mente aún se mantuviera alerta.

Tumbado de espaldas, tenía un brazo bajo la cabeza mientras el otro reposaba sobre mi cintura, sus dedos dibujando círculos perezosos sobre mi piel desnuda. Yo estaba acurrucada contra él, una pierna sobre las suyas, sintiendo el leve subir y bajar de su pecho bajo mi mejilla.

El silencio entre nosotros no era incómodo. Pero algo en mi interior ardía por salir.

—¿En qué piensas? —Su voz fue baja, ronca, de ese modo que solo podía ser tras pasar horas pronunciando mi nombre entre gemidos y promesas susurradas.

Alcé la mirada y encontré sus ojos verdes en la penumbra.

—Estoy cansada… de todo esto.

Ettore frunció el ceño, sus dedos en mi cintura se tensaron ligeramente.

—¿A qué te refieres, amore?

Cerré los ojos por un segundo, respiré hondo y volví a mirarlo.

—¿Recuerdas aquella conversación que tuvimos sobre la teoría del caos? —Vi cómo la comprensión cruzaba su mirada al asentir. Entonces, continué:— Después de todo lo que me contaste sobre el pasado de mamma… creo que todos los caminos nos han traído hasta este momento.

La punta de sus dedos se deslizó por mi cintura, un gesto sutil de aliento para que siguiera.

—No quiero cuestionar el pasado, ni pensar en todos los "y si". —Mi voz era firme, porque sabía que cada palabra era sincera.— Esta es mi vida, soy quien soy. Pero...

Ettore subió la mano hasta mi barbilla, inclinando mi rostro para que no apartara la mirada.

—¿Pero...?

—Tú y yo.

Su mirada se intensificó.

—¿Qué pasa con nosotros?

—Dejémoslo todo atrás. —Sentí el peso de la frase tomando forma a medida que la pronunciaba.— Olvida las deudas de honor y los acuerdos por conveniencia... Si estamos juntos, que sea por lo que sentimos.

El músculo de su mandíbula se contrajo, pero permaneció en silencio, escuchándome.

—No quiero casarme porque es… lo adecuado. —Proseguí, sin apartar mis ojos de los suyos.— No quiero que seas tú quien tome todas las decisiones sobre nuestra relación. Y mucho menos que decidas sobre el futuro de mis hermanas sin que yo lo sepa o esté de acuerdo.

Los ojos de Ettore se entrecerraron levemente, pero su voz fue calmada, reflexiva:

—Nunca ha sido mi intención dejarte fuera, Bella Rosa. Cada vez que tomo una decisión, lo hago pensando en protegerte.

—Lo sé. —Suspiré, deslizando los dedos por su pecho.— Pero no quiero que me protejas de esa forma. He crecido dentro de esta vida. Sabes que puedo con ello.

Su mirada permaneció fija en la mía durante varios segundos.

—Sigue.

Respiré hondo.

—Puedo ser tu esposa-trofeo ante toda la *cosa nostra*, no me importa. —Una sonrisa sin humor curvó levemente mis labios.— Mamma me entrenó muy bien. Sé perfectamente cómo debo comportarme.

Ettore soltó un sonido bajo, como si detestara oír aquello.

—No quiero que seas un trofeo.

Sonreí, trazando la línea de su mandíbula con el pulgar.

—Pero eso no significa que no sepa jugar este juego, *amore*.

Sus ojos brillaron con algo difícil de definir… ¿admiración, tal vez?
Estaba poniendo todas mis cartas sobre la mesa, apostando todo a esa conversación brutalmente honesta. Ya no había espacio para faroles.

—Puedes ser el *Underboss* de la *famiglia* y el futuro *Don*… —Mis dedos recorrieron su pecho, sintiendo el latido firme bajo mi palma.— Pero cuando estés conmigo, solo sé Ettore.

Contuvo la respiración.

—Rosalinda…

—Deja tu apellido y el peso que conlleva fuera de esto. —Mi voz era un susurro cargado de intensidad.— No soy tu *soldato*. Soy tu futura esposa. La mujer que estará a tu lado hasta el fin de la vida.

Sus manos subieron hasta mi rostro, sujetándome como si fuera lo único que le importaba en este mundo.

—Puedo matar y morir por ti, te lo juro. —Mi voz salió con una convicción cruda, sin vacilar.— Pero no me reduzcas a un adorno bonito, ni intentes silenciar mi presencia.

Sus ojos se cerraron un segundo, su mandíbula apretada.

—Nunca he querido apagar tu luz, Bella Rosa.

Sabía que no sería una conversación fácil, pero era necesaria. Él tenía que entender mi parte de la historia. Saber cómo me sentí todos esos años en los que mi voz nunca fue escuchada y mis sentimientos, ignorados.

Si queríamos un futuro juntos, necesitábamos estar en sintonía.

—Mamma y papà lo hicieron conmigo toda la vida, Ettore. Pero nuestro matrimonio no puede ser mi prisión… Estos son mis términos.

El silencio entre nosotros pareció extenderse más allá del tiempo, un peso invisible instalándose en el centro de mi pecho.

Se me quedó la respiración atrapada en la garganta cuando su expresión se mantuvo impasible. Estaba absorbiendo mis palabras, sopesando cada exigencia como si las estuviera calibrando una a una en la balanza de su propia verdad.

Tal vez estaba pidiendo demasiado...

Tal vez me había engañado pensando que, después de todo, por fin podríamos resolver nuestras diferencias.

¿Y si Ettore decía que estaba intentando ocupar un lugar que no me correspondía? ¿Y si toda aquella ilusión de compañerismo no era más que una mentira bonita que me había contado a mí misma? ¿De verdad podríamos ser socios?

Mis dedos se deslizaron suavemente sobre la sábana, intentando disimular las ganas de agarrarlo, zarandearlo y arrancarle una respuesta antes de que la incertidumbre me devorara por completo.

Ettore no estaba acostumbrado a tratar con mujeres que pusieran condiciones.

Pero yo no podía ser menos que eso.

Cuando mis pensamientos empezaban a ahogarse en un mar de inseguridad, Ettore por fin rompió el silencio.

—Acepto cada una de ellas, Bella Rosa. —Sus ojos no vacilaron.

Aquellas palabras me atravesaron como fuego. El aire que ni siquiera me había dado cuenta de estar conteniendo escapó de mis pulmones en un suspiro tembloroso.

No supe qué me golpeó primero: el alivio, la certeza o el modo en que sus palabras resonaron en mí, cargadas de algo tan inquebrantable como un pacto de sangre.

No dudó. No preguntó. Simplemente aceptó. Y por Dio, eso fue todo lo que necesitaba para saber que aquel era mi lugar. Con él.

Deslicé la pierna sobre la suya, rozando mi piel desnuda con la suya, sintiendo cómo cada fibra rígida de su cuerpo reaccionaba a mi cercanía.

—Y tú eres mío. —Mi boca rozó la suya. —Totalmente mío.

—Lo soy —murmuró contra mis labios, con esa voz áspera y llena de promesas.

Sentí un calor recorrerme el vientre al verlo así... entregado.

Mi Ettore.

—Y más vale que todas las demás mujeres lo sepan. —Mi lengua resbaló por el borde de su boca antes de morder su labio inferior.— Como ya te he dicho, puedo matar… por ti. Y eso incluye a cualquier zorra que mire lo que me pertenece.

—¿Estás sacando las uñas? —soltó una risa baja y ronca, vibrando contra mi piel.

Pasé la pierna sobre su cadera, enredándome más en él.

—Garras y dientes. —Siseé.— Estoy harta de que me subestimen.

La sonrisa de Ettore se desvaneció. Sus ojos se tornaron más profundos, con un brillo intenso y decidido encendiéndose en ellos.

—Es exactamente eso lo que quiero. —Su voz fue firme y una de sus manos subió hasta mi pelo, acariciándolo con lentitud.— Compañerismo. Complicidad. En los días en que te di espacio, pensé mucho. Recordé cuando

mamma aún vivía... Y cómo mi papà, incluso siendo el Don, también sabía ser marido.

Se me secó la garganta.

Ettore se movió tan rápido que un pequeño grito se escapó de mis labios. En un instante, estaba tumbada de espaldas sobre el colchón, su cuerpo sobre el mío, sus ojos ardiendo de deseo y orgullo.

—Haré todo lo posible para que no te arrepientas de haberme aceptado en tu vida, Bella Rosa. Más allá de cualquier conveniencia.

Mi pecho subió y bajó en un suspiro profundo.
Estaba jodida. Completamente jodida.

Y me encantaba cada segundo de ello.

—Si voy a ser tu esposa, mi reputación tiene que estar a la altura, ¿no crees? Ya sabes… las balanzas desequilibradas me sacan de quicio, *amore*.

Me miró con una intensidad que me dejó sin aliento. Sus dedos se deslizaron hasta mi garganta, sujetándola con una suavidad peligrosa.

—Entonces asegurémonos de que todo esté equilibrado.

Ettore aplastó su boca contra la mía y...

No importaba el pasado.

No importaba el destino.

Yo tenía a Ettore Lucchese.

Y él me tenía a mí.

*****

Cuando bajé las escaleras por la mañana, el aroma a café recién hecho y pan calentito flotaba en el aire, acompañado por el murmullo de voces femeninas que llenaban el comedor.

Durante un instante, me quedé parada en el último peldaño, observando la escena frente a mí.

Fiorella servía leche a las niñas mientras Allegra y Arianna discutían qué color combinaba mejor con los vestidos nuevos que llevarían a la fiesta de cumpleaños.

Pequeños detalles, conversaciones cotidianas... pero que me hicieron darme cuenta de algo: incluso después de todo lo que había pasado, la vida seguía.

El pasado que moldeó mi existencia y trazó un camino antes incluso de que yo pudiera elegir en qué dirección caminar, no podía deshacerse. Había perdido a mis padres. Y en medio del caos, casi me pierdo a mí misma.

Pero no iba a permitirlo... No dejaría que eso me convirtiera en alguien que no quería ser.

Porque todavía tenía a Allegra y Arianna… y a Luci.

Y a Fiorella, Marco, Alessandro, Bibi y Sabino.

Tenía a Ettore, que, después de todas las dudas, se había convertido en mi mayor certeza.

En el momento en que salí de mi habitación y llamé a su puerta, ya sabía que, a partir de entonces, todo sería diferente. No quería hundirme en rencores ni dejar que el pasado me encadenara. Y más que nada, no quería negar lo que sentía por él.

Y cuando Ettore susurró "ti amo" contra mis labios anoche, algo dentro de mí se arraigó para siempre. No iba a permitir que nadie destruyera mi felicidad.

Inspiré hondo y entré en la sala con paso firme. Fiorella fue la primera en alzar la vista en mi dirección, y una pequeña sonrisa maliciosa apareció en sus labios cuando me acerqué a la mesa.

—Parece que la fiestecita de anoche te sentó de maravilla —comentó con aire casual, sirviéndose una taza de café.

Entrecerré los ojos.

¿Acaso todos en esa casa nos habían escuchado?

—¿Qué fiestecita? —frunció el ceño Arianna, curiosa. —¿Por qué no nos llevaste contigo, *sorellina*?

—¿Había tarta? —Allegra abrió los ojos como platos—. ¿Trajiste un trozo?

Miré a mi mejor amiga y cuñada, intentando no poner los ojos en blanco ante su expresión divertida.

—No era ese tipo de fiestecita, *bambine* —me apresuré a aclarar, lanzando una mirada rápida a Fiorella, que intentaba contener la risa. —Pero cuando seáis lo bastante mayores, la *madrina* os explicará todo.

—¡Ni pensarlo! —Fiorella soltó una carcajada, clavando en mí una mirada entrecerrada. —Eso se lo dejo al *padrino*. Ettore es buenísimo para ese tipo de charlas.

Me incliné sobre la mesa, apoyando los codos, y la miré con una sonrisa irónica.

—Oh, sí. Es *buenísimo*. —Reímos juntas.

—¡Nosotras también queremos una fiestecita! —protestó Allegra, cruzándose de brazos.

—Esperad a vuestro *padrino*. Ettore dijo que tenía una sorpresa, así que preparaos —les guiñé un ojo.

Aunque apenas habíamos dormido, se había levantado temprano para trabajar en la casa del árbol y hacer las reparaciones necesarias, dejándolo todo listo para celebrar el cumpleaños de las gemelas antes de regresar finalmente a Buffalo.

¿Quién habría dicho que, después de días de tensión y distancia, acabaríamos planeando una fiesta infantil?

—¿Qué sorpresa? —Arianna aplaudió emocionada.

—Si os lo cuento, dejaría de ser sorpresa —me encogí de hombros con fingida indiferencia mientras me servía una taza de café.

Allegra hizo un puchero, pero enseguida volvió a concentrarse en la tostada que tenía entre las manos, mientras Arianna seguía dando saltitos en la silla, llena de expectación.

Fiorella esperó hasta que las niñas estuvieran distraídas, y entonces se inclinó un poco más sobre la mesa, bajando la voz:

—¿Estás bien?

Suspiré suavemente y le dediqué una sonrisa.

—Sí. —Mis dedos giraban distraídamente el asa de la taza—. Y creo que a partir de ahora, las cosas solo pueden mejorar.

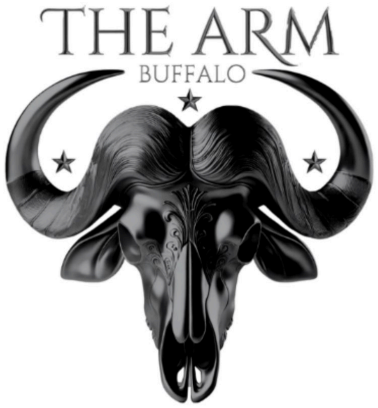
Eso esperaba. Y haría todo lo posible para que así fuera.

Fiorella me observó durante un momento antes de asentir, con un brillo satisfecho en los ojos.

—Me alegro por vosotros, de verdad, *sorella*.

Sostuve su mirada un segundo más de lo que pretendía, absorbiendo la sinceridad en su voz. Sabía que Fiorella siempre me había tenido un cariño genuino, pero en ese instante comprendí que había algo más: alivio.
Quizá porque, después de todo, por fin estaba donde debía estar.

Y por primera vez… me sentía exactamente así.



CAPÍTULO 50

ETTORE

Las pequeñas manos de Allegra y Arianna se aferraban a las nuestras mientras caminábamos por el sendero detrás de la finca. Rosalinda y yo guiábamos a cada una, y aunque llevaban los ojos vendados, las gemelas daban pasitos seguros, sin soltar los deditos entrelazados la una con la otra.

— ¿Falta mucho? — preguntó Arianna, la voz cargada de impaciencia infantil.

— Solo un poquito más, bambina — acaricié su cabecita con la mano libre, sintiendo los mechones finos y suaves bajo mis dedos.

El cielo empezaba a teñirse de tonos anaranjados, anunciando el atardecer. El olor a tierra húmeda y madera recién tratada se mezclaba con el perfume dulce que escapaba de la cesta de golosinas que Rosalinda llevaba en el brazo.

Lúcifer trotaba a nuestro alrededor, atento y vigilante, como si comprendiera la importancia de ese momento. Fiorella venía unos pasos atrás, cargando la jaula del Sr. Splinter, mientras Marco y Alessandro se habían adelantado para comprobar que todo estuviera listo antes de la gran revelación.

Pasé los últimos días asegurándome de que cada detalle fuera perfecto. La casa del árbol, antes descuidada por el tiempo, ahora brillaba bajo la iluminación tenue de las luces que colgamos entre los árboles. Las antiguas

lámparas de gas fueron reemplazadas por un sistema eléctrico discreto, garantizando que el espacio fuera acogedor y seguro incluso después del anochecer.

Se trató la madera, se reforzaron los escalones, y Fiorella eligió nuevas cortinas para las ventanas, insistiendo en que cada detalle debía tener un toque especial. Pero lo que hacía verdaderamente único aquel lugar eran las pequeñas linternas de papel esparcidas por el entorno, formando un sendero iluminado que conducía hasta la estructura rústica, donde mesas improvisadas estaban repletas de dulces, bocadillos y pasteles caseros. Aquel lugar olía a infancia, a algo que debería ser eterno.

Pero Tici y Rosalia no estaban allí para presenciarlo.

Un nudo me oprimió el pecho, silencioso pero implacable. Mis mejores amigos no verían a sus hijas celebrar su cuarto cumpleaños. No estarían para tomar sus manitas, abrazarlas y asegurarse de que el mundo supiera que esas niñas lo eran todo para ellos.

Pero yo sí estaría. Ellas no crecerían huérfanas. No serían olvidadas ni moldeadas por el peso de la ausencia. Rosalinda y yo haríamos lo que hiciera falta para honrar nuestra promesa. Allegra y Arianna tendrían una infancia segura, lejos de la sangre y de la oscuridad de nuestra realidad. No serían introducidas en la cosa nostra antes de tiempo. No perderían la inocencia demasiado pronto.

Tendrían derecho a ser simplemente niñas.

Rosalinda soltó una risita cuando Allegra tropezó levemente al pisar una raíz, sujetándose de su brazo.

— ¿Podemos quitárnosla ya? — insistió la bambina, apretando mi mano con la suya.

Miré a mi prometida. Ella sonrió con suavidad y asintió.

— Sí — mi voz salió más baja de lo que esperaba —. Ya podéis quitarla.

Las niñas alzaron las manos y se quitaron los antifaces de panda al mismo tiempo. El silencio fue lo primero. Los ojitos abiertos de par en par, las boquitas entreabiertas, como si sus cabecitas aún procesaran la escena frente a ellas.

Y entonces, ocurrió.

— ¡Es un castillo! — exclamó Arianna, los ojos brillando.

— ¡Una casita solo nuestra! — completó Allegra, mirando de mí a Rosalinda.

Ambas salieron disparadas hacia el árbol, los gritos de emoción resonando en el claro. Subieron los primeros escalones con los ojitos brillantes de encanto.

El sonido de sus risas llenó el aire, puro, despreocupado, algo que hacía mucho tiempo que no oía. Sentí una punzada en el pecho, algo que no sabía cómo nombrar, pero que me hacía sentir completo.

Me quedé quieto, observando.

Eso era exactamente lo que Rosalia habría querido para ellas.

El calor suave de la palma de Rosalinda se deslizó sobre la mía, sus dedos entrelazándose con firmeza.

— Has hecho un trabajo precioso, amore.

Tragué en seco, absorbiendo esa escena.

Quizás era egoísta, pero en ese momento, quise congelar el tiempo.

Y entonces, como si la escena no fuera ya lo bastante perfecta, Bibiana y Sabino aparecieron por el sendero, cargando dos cajas grandes, cada una con una tarta diferente. La primera era azul con detalles lilas y estrellitas brillantes. La segunda, roja intensa, cubierta con confites dorados.

Las niñas se detuvieron, parpadeando varias veces antes de asimilar lo que veían.

— ¿¡Hay DOS tartas!? — exclamó Allegra, como si aquello fuera un milagro.

— ¡Una para cada una! — sonrió Bibiana.

Arianna miró a Allegra, luego a nosotros, las mejillas sonrojadas de felicidad.

— ¡Es el mejor día del mundo!

No sabía que un corazón podía apretarse y expandirse a la vez, pero fue exactamente lo que sentí cuando se lanzaron sobre Rosalinda y sobre mí, envolviéndonos en un abrazo fuerte, las risitas enterradas contra nuestra ropa.

Las rodeé con los brazos, cerrando los ojos un instante. En ese momento, todo estaba justo donde debía estar. Y haría hasta lo imposible para que siguiera así.

*****

El cielo ya se había oscurecido, y las luces colgadas entre los árboles brillaban como luciérnagas en la noche que acababa de llegar. El calor del día se había disipado, dejando una frescura agradable que mezclaba el aroma de la madera de la casa del árbol con el dulce olor de los pasteles y las golosinas sobre las mesas improvisadas.

Allegra y Arianna estaban exhaustas por tanta emoción, pero no habían dejado de moverse ni un segundo. Durante todo el día, el claro detrás de la casa del árbol estuvo lleno de risas infantiles, charlas animadas y una sensación genuina de pertenencia que hacía mucho tiempo no experimentaba.

Marco y Alessandro se turnaban vigilando para que las niñas no se metieran en líos. Bibiana y Sabino estaban sentados cerca de las mesas, observando todo con sonrisas sinceras, mientras Fiorella sostenía el celular, filmando cada instante.

Y allí estábamos nosotros.

Las gemelas sentadas en un banco de madera delante de la casa del árbol; sus vestidos coloridos un poco manchados de pastel y tierra, pero sus caritas iluminadas por la anticipación.

Al lado de ellas, Rosalinda las observaba en silencio, con una mirada cargada de emociones que yo sabía que aún estaba procesando.

Tenía que hacerlo bien.

— ¿Recuerdan cuando me dijeron que Rosalinda parecía la Bella Durmiente? — empecé, con un tono ligero, aunque mi corazón latía más rápido que yo.

— ¡Sí! — respondieron Allegra y Arianna emocionadas.

— Y me pidieron que le diera un beso de amor verdadero… — continué con calma.

— Pero el padrino no quiso… ¡porque no es un príncipe encantado! — añadió Arianna, rodando los ojos como si eso hubiera sido una gran decepción.

— En verdad, no lo soy — dije, mirando a Allegra—. Sin embargo tú, bambina, me dijiste que no tenía que ser un príncipe, solo tener amor verdadero.

Las dos intercambiaron una mirada cómplice, típica de gemelas que no necesitan palabras para entenderse.

No esperaba sentirme nervioso en ese momento, pero la verdad es que lo estaba.

— ¿La Rosalinda no es la Bella Durmiente? — preguntó Arianna, frunciendo el ceño.

— Porque ella no necesita beso de amor verdadero… ¡ahora ella es nuestra princesa Elsa! — declaró Allegra, convencida.

— ¡Y la princesa Elsa no necesita un príncipe!

¡¿Qué?!

Parpadeé, tratando de procesar la idea, y automáticamente miré a Fiorella esperando ayuda. Pero mi sorella estaba grabándome con el celular, registrando cada segundo de mi humillación pública.

— ¡Apaga eso ahora! — gruñí, haciendo que Rosalinda contuviera una risa.

Las niñas me enfocaron con expectación, y respiré con fuerza antes de volver a ellas. Me agaché frente a las dos y saqué del bolsillo interior de mi chaqueta un par de cajas de terciopelo.

— Perdón, bambine — sonreí suavemente para tranquilizarlas —. Estoy un poco nervioso.

— ¿Por qué? — preguntaron al unísono.

— Porque tengo un regalo especial para las dos, junto con una promesa muy importante. Quizás hoy no lo entiendan completamente, pero cuando sean mayores, captarán su significado. ¿Quieren saber qué es?

— ¡Sí!

— ¡Perfecto! — abrí ambas cajitas mostrando anillos en forma de corona, cada uno acompañado por una cadena de oro —. Estos anillos simbolizan mi amor verdadero por ustedes, como mis hijas del corazón. Quiero que los lleven siempre. Y cuando crezcan y ya no les queden, pueden colgarlos en estas cadenas y usarlos como collares. A partir de hoy, ustedes son oficialmente dos princesas de la famiglia.

Los ojos de ambas se abrieron de asombro ante tanta emoción.

— Es tan bonito… — susurró Allegra, con voz temblorosa.

— ¡Como un verdadero tesoro! — completó Arianna, sosteniendo la pequeña caja con reverencia.

Saqué el primer anillo y me dirigí a Allegra.

— Ven, dame tu manita, bambina.

Ella extendió la mano derecha, los deditos temblando levemente.

— Yo, Ettore Lucchese, juro protegerte con mi vida. Prometo respetar tu corazón y cumplir un importante deseo tuyo en el futuro. Como hombre de honor, tienes mi palabra. ¿Lo aceptas?

Ella parpadeó varias veces, con los ojos brillando.

— ¡Sí, acepto, padrino!

Le coloqué el anillo en el dedo anular y la besé suavemente para sellar mi promesa. Luego hice lo mismo con Arianna que, aunque más impaciente, estaba tan emocionada como su hermana.

— Ahora necesito pedirles algo a las dos.

— ¿Para qué? — Allegra me miró con desconfianza.

— Acabo de convertirlas en princesas… — hice una pausa intencional —, pero quiero saber si puedo preguntarle a Rosalinda si acepta ser mi reina.

— ¡Pero tú no eres un rey de verdad! — frunció Arianna.

— ¡Ni príncipe! — agregó Allegra con los brazos cruzados, con la misma expresión analítica que Rosalinda usa para descifrarme.

Suspiré largo.

— Tienen razón. No soy un príncipe ni un rey de cuento de hadas. Pero lo que intento decir es que quiero casarme con Rosalinda. Y les estoy pidiendo permiso para preguntarle si quiere ser mi esposa.

Entonces vinieron una avalancha de preguntas:

— ¿Casarse?

— ¿Como papá y mamá?

— ¿Van a tener bebés?

— ¿Con quién vamos a vivir?

— ¡No quiero vivir con la madrina Fiorella, sus panqueques son malos!

Por Dio…

— Cuando me case con tu sorella, ustedes dos y el Señor Splinter vivirán con nosotros. — Miré de reojo a Rosalinda, que me devolvía una sonrisa emocionada. — Y la madrina tiene prohibido hacer panqueques.

— ¡Gracias a Dios! — murmuró Rosalinda, haciendo que Fiorella abriera mucho los ojos, indignada.

— ¡Lo escuché! — respondió Fiorella.

— Era necesario. — Rosalinda le guiñó un ojo, divertida.

Antes de que Fiorella pudiera replicar, Arianna captó mi atención con voz preocupada:

— ¿Y Lilith?

— ¿Qué pasa con Lilith?

— ¡Le va a querer comer al Señor Splinter! — exclamó Allegra.

— ¡Y Luci la va a querer comer a ella! — agregó Arianna, como si ese fuera el problema más grave.

Por Dio…

— ¡Nadie va a comer a nadie! — aseguré, llevándome las manos al rostro. — Vamos a ser una familia grande y feliz. Todos juntos.

Las dos aún dudaban, así que bajé la voz y tomé sus manitas.

— ¿De verdad? — Allegra entrecerró los ojos, tratando de detectar alguna mentira.

— De verdad. — Apreté delicadamente sus dedillos. — Lo prometo.

Ellas se miraron brevemente y, por fin, sonrieron.

— ¡Está bien! — exclamó Arianna.

— ¡Aceptamos casarnos contigo y con Rosalinda! — sentenció Allegra.

El alivio recorrió mi pecho de manera casi cómica. Suspiré, exhalando sin darme cuenta del aire que tenía retenido, y me levanté.

Cuando giré para mirar a Rosalinda, encontré su mirada de inmediato. Estaba unos pasos delante, con las manos entrelazadas frente a ella, los ojos húmedos y brillantes bajo la suave luz de la casa del árbol. Sus labios temblorosos, apenas entreabiertos, delataban que contenía la respiración.

Yo ya sabía la respuesta. Pero por Dio, quería escucharla de su boca.

Me acerqué con paso firme, ignorando las presencias a nuestro alrededor. Rosalinda tragó saliva cuando me detuve frente a ella.

— No soy un príncipe, Bella Rosa. — Mi voz era ronca, cargada de la cruda verdad que solo ella conocía. — Nunca lo fui. Pero soy un hombre de palabra.

Saqué el anillo del bolsillo. No era una joya lujosa ni un diamante ostentoso como el que le regalé en su cena de cumpleaños delante de los invitados.

Era un fragmento de mi pasado.

Un anillo dorado, sencillo, clásico, atemporal.

Los ojos de Rosalinda se fijaron en él y, por un instante, se percibió confusión en su mirada.

— Fue de mi mamma. — Mis dedos rozaron suavemente la pieza. — Ella lo usó hasta el último día de su vida. Y antes de irse, me hizo prometer que solo se lo daría a una mujer… — La tomé de la mirada, dejando que mi alma hablara antes que mis palabras —, la única mujer por la que me arrodillaría.

Sin apartar los ojos de los suyos, me arrodillé.

— Prometí protegerte, Bella Rosa. — Mi voz estaba firme, sin dureza.

Solo amor.

Honestidad.

Certeza.

El silencio espeso a nuestro alrededor solo fue interrumpido por el susurro de las hojas y la brisa suave de la noche.

— Pero esto no tiene nada que ver con acuerdos, ni con la *cosa nostra*. — Respiré hondo, sosteniendo su mano. — Tiene que ver contigo y conmigo. Con lo que somos.

— Ettore… — Rosalinda parpadeó rápido, y las lágrimas finalmente escaparon por las comisuras de sus ojos.

— No hay otro camino para mí. — Mi pulgar acarició el dorso de su mano, presionando suavemente su piel cálida. — Ningún destino que no me lleve hasta ti.

Ella apretó mi mano con fuerza. Sus labios se entreabrieron, su pecho subía y bajaba con dificultad.

— Te amo, Rosalinda. — La frase salió baja, pero tan cargada de verdad que sentí cómo su cuerpo se estremecía. — Cásate conmigo.

Los segundos que siguieron fueron los más largos de mi vida. Y entonces, Rosalinda rió entre sollozos, limpiándose una lágrima solitaria con el dorso de la mano.

— No puedo creer que me hayas hecho llorar delante de todos... — Su voz temblaba, y sus ojos rebosaban amor.

— ¿Vas a hacerme esperar mucho, *amore*?

Ella respiró hondo, miró nuestras manos entrelazadas y su sonrisa se ensanchó.

— Sí, Ettore. Me casaré contigo.

El peso que ni siquiera sabía que llevaba en el pecho se desvaneció en el mismo instante en que deslicé el anillo en su dedo.

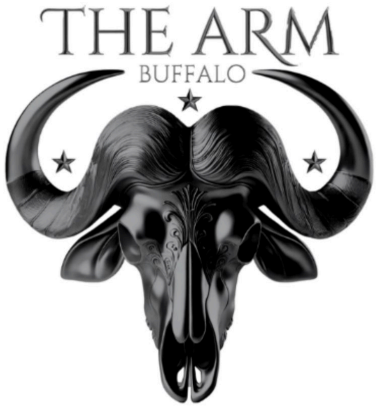
Y entonces, se lanzó a mis brazos.

El murmullo de aplausos y gritos eufóricos llenó el aire, pero lo único que sentí fue el calor de su cuerpo contra el mío, sus brazos rodeando mi cuello y su boca encontrando la mía en un beso intenso.

Mi corazón martilleaba, la certeza llenándome por completo.

Tendría a Rosalinda el resto de mi vida.

Y *cazzo*, haría que cada segundo valiera la pena.



CAPÍTULO 51

ETTORE

El tiempo se arrastró y voló al mismo tiempo.

Las hermanas Povvi regresaron a Buffalo, y con ellas, el caos organizado que se había convertido en la definición de mi vida.

Sabino y Bibiana asumieron el papel de anfitriones en la mansión Povvi. Fiorella, para sorpresa de absolutamente nadie, anunció su salida definitiva del convento, instalándose en la mansión con la excusa de ayudar con las gemelas hasta mi boda con Rosalinda, aunque yo sabía que, en realidad, estaba evitando enfrentarse a nuestro *papà*.

Al renunciar al noviciado en vísperas de su voto perpetuo, *Don Lucchese* no descansaría hasta que *sorella* eligiera un marido.

Mientras tanto, mi prometida ocupaba su tiempo entre pequeñas reformas en la propiedad y los preparativos para la ceremonia de matrimonio que, por más que quisiéramos algo íntimo, requería de ciertos... protocolos tradicionales que debíamos seguir, precisamente por ser quienes éramos.

Marco y Alessandro acompañaban a Rosalinda a todas partes, pero a pesar de confiar en los dos *soldati*, insistí en reforzar la seguridad de mi prometida. El miedo a perderla se había convertido en mi nuevo tormento y, aunque mi *Bella Rosa* se quejaba de la protección obsesiva y exagerada,

comprendía que, para mi tranquilidad, esa era una exigencia con la que no pensaba negociar.

Si pudiera, la mantendría bajo mi campo de visión todo el tiempo, para protegerla yo mismo. Pero tenía deberes que cumplir con la *famiglia* y debía confiar en mis hombres.

Hace algunas semanas, Tommaso fue reconocido oficialmente como el nuevo *Consigliere*, y Domenico nombrado gerente, asumiendo las apuestas de las carreras de caballos en el club hípico. Lorenzo, por su parte, se convirtió en gerente de la *Peccato*. Cambios necesarios, anticipando la transición de poder que no tardaría en llegar dentro de la *famiglia*. A medida que se acercaba mi boda, *Don Lucchese* daba señales de que el periodo de sucesión al Trono de *The Arm* estaba cada vez más cerca.

No tenía prisa por asumir, porque aunque ser el *Boss* era un legado para el que me había preparado toda la vida, también quería disfrutar un tiempo siendo simplemente... esposo.

Parte de mí insistía en que esa era la verdadera razón de mi reticencia a tomar el mando de *The Arm* de inmediato. Pero si realmente fuera honesto... aún no me sentía digno del Trono.

No mientras la *Vendetta* siguiera inconclusa.

Todavía quedaba una deuda de sangre pendiente, y eso me jodía muchísimo.

Me hacía sentir que había fallado a Tici y Rosalia.

Que había fallado a la *famiglia*.

Sebastián Ortega estaba demasiado callado. Ningún movimiento sospechoso. Y sabía que eso era un problema. ¿Cómo podía tener paz, si el riesgo de que intentaran arrebatarme a Rosalinda seguía latente?

El verdadero asesino de Ticiano y Rosalia seguía respirando, y cada segundo que pasaba sin tener su cabeza en una bandeja era una afrenta a la promesa que hice ante la tumba de mi mejor amigo.

Podría matar a *El Dragón* y acabar de una vez con esta puta inquietud.

Podría pagar el precio de una ejecución silenciosa. Pero eso levantaría sospechas ante Alejandro Santino, y mi padre no quería una guerra declarada contra los mexicanos sin tener la certeza de que saldríamos victoriosos.
Mientras tanto, tendría que ser paciente.

*****

La mansión Povvi estaba en silencio cuando cruzamos el pasillo de la planta superior, los pasos suaves resonando contra el suelo de madera pulida. Ya pasaba de la medianoche, y aunque el evento de la *famiglia* había sido una formalidad inevitable, mi paciencia pendía de un hilo desde el momento en que vi a Rosalinda bajar las escaleras con aquel maldito vestido rojo.

Dio… ¿Cómo podía alguien ser tan indecente y pura al mismo tiempo?

La tela caía sobre su cuerpo como una segunda piel, dejando sus hombros desnudos y pegándose al pecho, ajustándose a cada curva como si hubiese sido diseñada exclusivamente para torturarme. Y mientras empujaba la puerta del dormitorio, entrando sin siquiera mirarme, supe que no podría esperar mucho más para tener mis manos y mi boca sobre ella.

— Qué curioso cómo cambian las cosas, ¿no? — Rosalinda rompió el silencio, deslizando los dedos por el lateral del cuello mientras caminaba hasta el espejo junto al tocador.

Seguí cada uno de sus movimientos con la mirada, completamente hipnotizado.

— ¿A qué te refieres, *Bella Rosa*?

Encontró mi mirada en el reflejo del espejo y una sonrisita jugó en sus labios pintados de rojo.

— ¿Te acuerdas de cuando fuimos a la casa segura? Te marcaste todo un discurso sobre cómo no podíamos dormir en la misma habitación para no manchar mi reputación — Se giró, cruzando los brazos. — Pero ahora parece que no puedes mantenerte alejado de mi cama.

Cazzo…

Cerré la puerta detrás de mí, despacio. Cada palabra suya era una provocación descarada, y cada maldita parte de mi cuerpo reaccionaba a ello.

— *Ah, amore…* — Me acerqué lentamente, hasta quedarme a escasos centímetros de ella. — Cuando estoy enterrado en ese coñito apretado, tu reputación es lo último que me importa.

Rosalinda se mordió el labio, y vi cómo se encendía la chispa de la provocación en sus ojos oscuros.

— Tan arrogante como siempre…

— Solo sincero. — Mi mirada recorrió su cuerpo. — Y estoy seguro de que, a estas alturas, toda la *famiglia* ya sabe lo que hacemos entre cuatro paredes.

Alzó una ceja fingiendo indiferencia, pero el rubor en su piel delataba el efecto de mis palabras.

— ¿Y por qué crees eso?

La agarré por la cintura, atrayéndola hacia mí, sintiendo el calor de su cuerpo contra el mío.

— Porque no lo puedo ocultar. — Mi boca rozó la suya, sin llegar a tocarla de verdad. — Cuando estás cerca, *Bella Rosa*, no puedo apartar la mirada ni mantener las manos lejos de ti.

— Es tu problema, *amore*. — Suspiró teatralmente. — Porque yo podría esperar hasta la boda para volver a... consumar.

Mi risa salió baja y grave.

— *Porca miseria*, ni de coña, Rosalinda.

— ¿Quieres apostar? — Inclinó la cabeza, provocadora.

— ¿Vas a probarme? — Mi mandíbula se tensó.

— Mmm... Solo tengo curiosidad por saber si podrías resistirte… — Se giró, caminando hacia el vestidor con pasos provocadores, las caderas moviéndose lentamente bajo el vestido ceñido. — Después de todo, solo falta un mes.

La observé mientras abría la cremallera lateral del vestido, dejando aún más a la vista sus hombros y la piel pálida de su espalda. Deslizó la tela despacio, dejándola resbalar por su cuerpo hasta quedar colgando justo en la curva de ese culo perfecto.

Y entonces lo vi.

— *Porca troia…* — Me acerqué en un segundo, deslizando los dedos por su piel desnuda. — ¿No llevabas bragas en todo este tiempo?

Rosalinda sonrió y escapó de mis manos, corriendo hacia el baño.

Dio…

Solté una risa baja y empecé a desnudarme, tirando de la corbata y desabrochando los botones de la camisa mientras la seguía. En cuanto entré en el baño, encontré a mi mujer frente al espejo del lavabo, quitándose los pendientes y el collar para dejarlos en un platito dorado. La luz cálida del ambiente resaltaba cada curva y cada detalle de su piel suave y caliente.

Ella alzó la mirada en el reflejo y se encontró con la mía.

Una sonrisa lenta se dibujó en mis labios mientras me colocaba justo detrás de ella, desnudo, con la polla ya completamente dura y presionada contra su culo.

— ¿Me estás desafiando, *amore*? — Mi voz salió baja y ronca.

Rosalinda se humedeció los labios, fingiendo indiferencia mientras se quitaba el último anillo.

— ¿Y por qué, Ettore? ¿Crees que podrías resistirte?

Deslicé una mano por el costado de su cuerpo, apretando su cintura antes de subir para rodear su garganta con suavidad.

— Yo creo… — Me incliné, rozando los labios contra el borde de su oreja. — Que quieres que te folle contra este lavabo hasta que olvides cómo te llamas.

Rosalinda jadeó y cerró los ojos.

Mi otra mano bajó lentamente por su vientre hasta encontrar ese puto clítoris hinchado.

— Mírate. — Mi voz era una orden baja y pecaminosa.

Abrió los ojos despacio y su cuerpo tembló al verse reflejada. Mis brazos fuertes la mantenían atrapada, los músculos tensos y tatuados contrastando con su piel clara. Las hojas y espinas negras sobre mi piel parecían enmarcar su cuerpo delicado.

Pero fue la rosa tatuada en el dorso de mi mano lo que captó su atención.

Esa mierda fue hecha para ella.

— ¿Ves esto, *Bella Rosa*? — Presioné un poco más su garganta, sin hacerle daño, solo para que sintiera el control. — Eres mía. Estás atada a mí. Y no voy a ninguna parte.

Sus dedos se clavaron en mis antebrazos, y deslicé un dedo dentro de ella, sintiendo lo caliente y mojada que ya estaba.

— *Porca miseria…* — Cerré los ojos un segundo. — Mira cómo ese coño está listo para mí.

Ella mordió el labio, intentando contener un gemido.

— No te hagas la difícil ahora, *amore*… — Mi voz era puro pecado. — Cuando estés tumbada en la cama, suplicando por mi polla, nos vamos a acordar de esta conversación.

— Eres… insufrible. — Jadeó cuando froté el pulgar contra su clítoris al mismo tiempo que deslizaba otro dedo dentro de ella.

Mi polla rozó su columna y vi en el reflejo cómo se destacaba allí, dura y sedienta de enterrarse en su interior.

Rosalinda intentó alejarse, pero la sujeté con más fuerza, empujando los dedos más profundo.

— ¿De verdad crees que puedes aguantar hasta la boda? — Fue mi turno de provocarla. — Total… solo falta un mes.

Un puto mes que para mí parecía una eternidad.

— Puedo… — Gimió, sus piernas flaqueando.

Apreté su garganta y metí los dedos hasta el fondo.

— ¿Estás segura?

— S-sí...

¿Qué mierda estaba pensando esta mujer?

Mi mirada se volvió oscura al verla sujetarse al lavabo, las rodillas cediendo mientras la penetraba con los dedos. ¿Quería hacerse la difícil? ¿Fingir que podía estar un mes sin mi polla?

Dio mio… Yo sin duda acabaría perdiendo la cabeza.

Ella jadeó cuando moví los dedos aún más profundo, con el pulgar presionando justo en el punto que la hacía temblar.

— Parece que te has olvidado de lo mucho que te gusta que te folle, *Bella Rosa*… — Mi voz salió baja, cargada de amenaza. — Pero no te preocupes… Te refrescaré la memoria.

Un gemido suave se escapó de sus labios.

— Mira bien mientras te follo, *amore*. — Me incliné para mordisquear el lóbulo de su oreja. — Quiero que veas tu carita de viciosa mientras me ruegas que te haga correrte. Y luego... hablamos.

Rosalinda apretó los bordes del lavabo, y una sonrisa lenta se dibujó en mis labios al verla rendida antes incluso de que la penetrara.

¿Quería jugar? Entonces que jugara como se debe.

Solté su garganta solo lo suficiente para girarle el rostro un poco más hacia el espejo, obligándola a mirarse mientras me colocaba detrás de ella. Mi otra mano sujetó su cadera, atrayéndola hacia mí.

Y entonces, lentamente, la llené.

Cada puto centímetro.

Soltó un gemido agudo, los ojos cerrándose de inmediato.

Pessima giocatrice…

Apreté su garganta de nuevo, sin hacerle daño, solo para recordarle quién tenía el control.

— Ojos abiertos, *Bella Rosa*. — Mi voz era una orden.

Ella jadeó, las pestañas temblando antes de abrirse para mirarme en el reflejo.

— Así… — Una sonrisa satisfecha se formó en mis labios mientras comenzaba a moverme dentro de ella, con un ritmo lento, torturante. — Mírate… tan preciosa, deshaciéndote en mi polla.

Un gemido entrecortado escapó de sus labios, su cabeza cayendo levemente hacia atrás, dándome aún más espacio para explorar su garganta con mis dedos.

— No sé si me gusta más esa boquita insolente tuya… — Mi mano se deslizó hasta sus pechos, apretándolos y provocando sus pezones duros. — O cuando gimes como si solo yo pudiera hacerte sentir así.

Rosalinda se sujetó al lavabo con más fuerza mientras mi polla deslizaba dentro de ella con facilidad, cada embestida aumentando la puta urgencia.

— ¿Todavía crees que puedes aguantar un mes sin esto, *eh*? — Mi voz salió más áspera mientras aceleraba los movimientos.

Intentó responder, pero su respiración se rompió. Apreté su clítoris entre los dedos, frotando justo al ritmo que sabía que la llevaría al borde.

— ¡Responde, *Bella Rosa*!

Ella jadeó, los ojos oscurecidos en el reflejo.

— N-no…

— Buena chica. — Sonreí contra su piel, satisfecho.

Y entonces, follamos como si no hubiera un mañana.

Mis embestidas se volvieron más profundas, brutales, y Rosalinda se aferraba al lavabo como si su vida dependiera de ello, todo su cuerpo temblando mientras la llevaba directo al abismo.

— *Correte para mí, amore* — Susurré contra su cuello.

Se deshizo con un grito entrecortado, su coño apretando mi polla de una forma que casi me hizo venirme con ella.

Pero yo aún no había terminado.

Mantuve el ritmo, sintiendo cada espasmo de su cuerpo, el calor derramándose entre nosotros, el reflejo en el espejo mostrando exactamente lo que éramos: una puta perdición el uno para el otro.

Y cuando alcancé mi propio límite, me hundí en ella por última vez, enterrando el rostro en su pelo mientras un gruñido ronco escapaba de mi garganta.

El mundo se detuvo.

Toda la puta realidad se redujo al calor de su cuerpo y al hecho de que jamás me saciaría de esta mujer.

Mis manos se deslizaron por sus costados, sujetando su cintura mientras respirábamos agitadamente. Acerqué mis labios a su oreja, mi voz aún ronca y cargada de la más absoluta satisfacción:

— Y entonces, *amore*… ¿aún crees que podrías pasar un mes sin esto?

Rosalinda abrió los ojos despacio, esbozando una sonrisa perezosa y satisfecha.

— No. — Mordió su labio inferior, con la malicia brillando en sus ojos. — Pero tú te volverías loco antes.

Solté una risa baja, atrayéndola aún más contra mí.

— De eso no tengo ninguna duda, *Bella Rosa*.

Y entonces, la llevé a la ducha.

Porque la noche… apenas comenzaba.

*****

El ambiente en la oficina del club hípico estaba tan cargado como mi humor.

Ni siquiera el aroma y sabor familiar del whisky era suficiente para aliviar la puta tensión, y el susurro de las hojas esparcidas sobre el escritorio de Tommaso solo contribuía a aumentar la irritación que llevaba acumulando desde hacía tres días.

Sí, exactamente tres días.

Porque ese fue el tiempo que Rosalinda necesitó para convertir mi vida en un infierno.

— A ver si lo he entendido bien… — Tommaso se recostó en la butaca de cuero, balanceando un vaso de whisky entre los dedos con una expresión de puro entretenimiento. — ¿De verdad apostaste con tu prometida que podrías pasar un mes sin follártela?

Mi mandíbula se tensó.

— En realidad, tanto yo como Rosalinda sabemos que no aguantaremos. — Llevé el vaso a los labios, sintiendo el ardor del líquido bajando por la garganta. — El punto ahora es ver quién de los dos cede primero.

Tommaso soltó una risa grave, cargada de escepticismo.

— Y supongo que confías en que será ella.

Apoyé el vaso sobre la mesa, golpeando la base contra la madera.

— Aunque tenga que masturbarme cada día hasta que me suplique.

Tommaso echó la cabeza hacia atrás, riéndose con ganas.

— Oh, estoy seguro de que lo harás… pero aun así, creo que vas a perder.

Entrecerré los ojos.

— ¿Y por qué carajo crees eso?

Mi *Consigliere* dio un sorbo al whisky con toda la calma del mundo, saboreando mi enfado antes de responder.

— Porque jamás hay que subestimar a una mujer decidida, *fratello*. — Sus ojos brillaban con diversión. — Esta apuesta apenas ha comenzado y ya estás de mala hostia. Antes, podías buscar cualquier coño para descargar… pero ahora eres un hombre de un solo coño, y encima estás privado de tocarlo.

Solté un bufido impaciente, llevándome los dedos al puente de la nariz.

— Estás olvidando que ella también está privada de mí.

Tommaso sonrió de medio lado, negando con la cabeza.

— ¿Y quién te ha dicho que eso sea un problema para ella? — Alzó las cejas. — Tu *Bella Rosa* pasó veinte años sin sexo… ¿qué es un mes más?

Mis músculos se tensaron.

¡Hijo de puta!

— ¿Quieres cerrar esa puta boca, Tommy?

Volvió a reírse, disfrutando de mi jodido infierno personal.

No solía compartir detalles de mi vida sexual. Y mucho menos si involucraban a Rosalinda. Pero por algún motivo que se me escapaba, después de unas cuantas copas de whisky, el tema simplemente… salió.

Y ahora me estaba arrepintiendo como un cabrón. Porque mi amigo, además de insoportable, no dejaba de provocarme.

Y lo peor… es que tenía razón.

Desde que acepté ese estúpido reto prenupcial, mi humor había sido una mierda. No solo porque sabía que un mes sin tocarla sería el puto infierno, sino porque… Rosalinda estaba jugando muy, pero que muy sucio.

El acuerdo era simple: nada de provocaciones físicas.

Yo no podía tocarla para hacerla caer.

Y ella tampoco.

Pero, *cazzo*… nadie especificó que las provocaciones se limitaban solo a eso. Y mi *Bella Rosa* estaba aprovechándose.

Llamadas a medianoche, gimiendo mi nombre al otro lado de la línea.

Fotos de sus dedos cubiertos con los fluidos de su propio coño, acompañadas de mensajes como: "no te preocupes, *amore*… me las arreglo bien con mi abstinencia."

Y la mejor de todas:

Una puta caja llena de juguetes eróticos.

Según ella, regalo de *Fiorella* por su vigésimo cumpleaños.

Mi polla se endurecía cada vez que abría esos mensajes. Y lo único que me impedía mandar esa apuesta al carajo y plantarme en la mansión *Povvi* para follarme a Rosalinda hasta que olvidara su propio nombre…

Era el hecho de que, si lo hacía primero… perdería.

Mi orgullo no lo permitiría.

No solo el orgullo, sino la recompensa por ganar.

*****

Se suponía que era solo una broma.

O al menos, eso pensé.

Rosalinda mencionó el tema entre beso y beso, tumbada sobre mi pecho, sus dedos dibujando patrones invisibles sobre la piel desnuda de mi clavícula.

— Pensándolo bien, creo que deberíamos abstenernos hasta la boda. — Su voz llegó suave, demasiado casual para la puta bomba que acababa de soltar.

— ¿Qué? — Mi cuerpo se puso rígido al instante.

Ella rió, levantó la cabeza y me miró con esa expresión de quien se está divirtiendo a tu costa.

— Sería un reto interesante, ¿no te parece?

Solté una risa incrédula, deslizando las manos por su cintura y apretándola contra mí.

— Nada en este mundo me convencería de pasar un mes entero sin follarte, Bella Rosa.

Su sonrisa se ensanchó, como si estuviera esperando exactamente esa respuesta.

— ¿Y si hubiese un gran premio en juego?

Rosalinda apoyó la barbilla sobre el dorso de la mano, analizándome como si estudiara la mejor forma de provocarme.

— ¿Qué gano si gano yo? — No soy un hombre que apuesta sin saber lo que está en juego.

— Seré tu puta durante toda una noche.

Mi expresión se endureció de inmediato.

— Tú no eres una puta. — Mi voz salió baja y cargada de irritación.

Ella rió, deslizando la mano por mi abdomen hasta llegar justo a la línea baja de mi pelvis.

— Lo sé. Pero solo por una noche… seré completamente tuya.

Mis músculos se tensaron.

— ¿Y eso qué significa exactamente?

La provocación centelleaba en sus ojos.

— Confía en mí, Ettore. Pagarías mucho dinero por averiguarlo. Así que solo tienes que vencerme en este pequeño reto prenupcial.

Mi mandíbula se contrajo.

— ¿Y qué ganas tú si yo pierdo?

Fue la sonrisa más maliciosa que he visto jamás en sus labios.

— Te pondré un collar en el cuello… y tendrás que hacer todo lo que yo diga… durante toda una noche.

¿De dónde coño había sacado esa maldita idea?

— ¿Qué significa exactamente eso? — Fruncí el ceño, desconfiado.

Rosalinda se inclinó hasta que su boca rozó mi oído.

— Tendrás que perder para descubrirlo.

La puta de mi polla se endureció al instante.

¡Mierda! No iba a perder.

Sujeté su rostro entre mis manos, mirándola directamente a los ojos.

— Acepto el reto, Bella Rosa.

Si hubiese sabido el infierno que me esperaba, habría mandado esa apuesta a la mierda antes de que empezara.

*****

— Pareces tenso, fratello… — Tommaso giró el vaso de whisky en la mano, el líquido ámbar meciéndose bajo la luz tenue de la oficina. Su mirada me evaluaba con ese maldito brillo divertido que me daba ganas de golpearlo.

Mis dientes rechinaron.

— Te juro, Tommy… si no te callas, haré que te tragues este whisky junto con la botella.

Él soltó un suave silbido, levantando las manos en una rendición exagerada.

— Solo digo… este jueguecito de poder y control entre vosotros es solo un anticipo de cuánto el matrimonio será cualquier cosa menos aburrido.

Rodé los ojos y me dejé caer contra el respaldo de la butaca.

— ¿Tienes envidia? Consigue una esposa.

— Quizá debería… — giró el vaso entre los dedos, pensativo. — Estoy harto de bocas al azar.

— Fiorella ya salió del convento — esbocé una sonrisa ladeada.

— Quiero una esposa, ¡no un demonio! — Tommaso se atragantó con su propio whisky.

Reí bajo, pero él me fulminó con la mirada mientras se limpiaba la boca con el dorso de la mano. Abrí la boca para replicar, cuando el móvil vibró sobre la mesa.

Número oculto.

Entrecerré los ojos. Tommaso notó el cambio en mi semblante y se calló de inmediato. Deslizó un dedo sobre la pantalla y llevó el aparato al oído.

— Lucchese.

El silencio duró un segundo más de lo necesario. Luego, una voz con fuerte acento latino resonó al otro lado:

— Señor Lucchese… — la entonación era lenta, cada sílaba un veneno—. Llamo por cortesía. ¿Por qué demonios *The Arm* está vigilando todos mis pasos?

Me apretó la mandíbula. El vaso hizo un crujido leve bajo mi agarre. Tommaso se puso tenso al ver mi cara.

Sebastián Ortega.

Era una llamada cifrada; de otro modo, no estaría hablando tan directo.

— Si te interesa hacer negocios, sugiero que fijemos una reunión pronto. De lo contrario… retirad a vuestros hombres de mi territorio en 24 horas. — Su risa fue breve, sin humor, pero cargada de amenaza—. Si no, nuestra tregua terminará en una cadena de ejecuciones, y los cuerpos de vuestros soldati nunca serán encontrados.

Mi mente comenzó a girar a mil por hora. No hablaba como alguien que lamentara sus actos.

— Me intriga tu silencio, El Dragón — dije con voz fría.

Ortega vaciló un instante antes de responder:

— Buffalo no me interesa. ¿Para qué haría ruido? Ese territorio pertenece a *Los Santinos*. Solo espero a que el viejo diablo muera. No necesito manchar mis manos.

No me gustan los enigmas. Y aquello no tenía sentido.

— Enviar a matar a mi Consigliere y su esposa, por una venganza veinte años tarde, hizo bastante ruido en mi famiglia...

El silencio se hizo aún más denso al otro lado.

— No tengo ni idea de qué hablas, chaval.

Me quedé quieto, con algo advirtiéndome que algo no cuadraba. Pero antes de procesar el maldito contenido de esa conversación, la puerta de la oficina se abrió de golpe.

Fiorella irrumpió, los ojos desorbitados y llenos de desesperación, el rostro surcado por lágrimas. Pero lo que me heló el corazón fue la sangre en sus dedos y salpicando su blusa blanca.

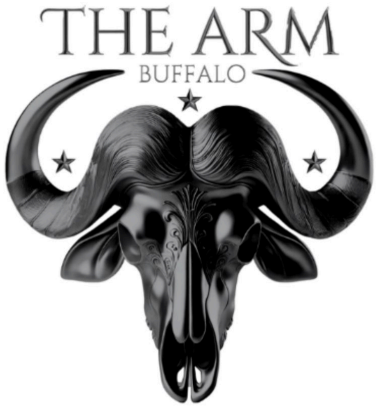
Un nudo feroz me tensó el pecho.

— Rosalinda — jadeó Fiorella, y un sollozo quebró su garganta.

El teléfono resbaló de mis dedos y cayó al suelo.

El mundo a mi alrededor se desvaneció.

En ese instante… nada importaba más que mi *Bella Rosa.*



CAPÍTULO 52

ROSALINDA

El viento cálido de la tarde despeinaba mi cabello mientras desmontaba de Aquila, acariciando su pelaje oscuro y sedoso. El animal resopló suavemente, como aprobando mi progreso, y una sonrisa satisfecha se dibujó en mis labios.

— Estás mejorando, sorella — dijo Fiorella, con los brazos cruzados y apoyada en la cerca del picadero. El sol se reflejaba en sus gafas de sol, pero sabía que su mirada estaba llena de provocación.

Suspiré mientras conducía a Aquila hacia el establo.

— Si estoy mejorando, ¿por qué siento que cada músculo de mi cuerpo ha sido golpeado?

Ella rió, nos alejamos de la cerca y me acompañó.

— Si te sirve de consuelo, estás mucho mejor de lo que esperaba.

— Solo porque pensabas que me estrellaría en el suelo en la primera vuelta.

— Eso es verdad.

Bufé y rodé los ojos.

Desde que conocí a Furio en la casa segura y cabalgué con Ettore por primera vez, algo en mí despertó. Había una conexión poderosa entre caballos y jinetes, una armonía entre fuerza y control que me fascinaba.

Cuando regresamos a Buffalo, Allegra y Arianna volvieron a sus clases de equitación en la hípica, y fue imposible no imaginarme allí también. No solo porque quería compartir ese hobby con Ettore y mis hermanas, sino porque realmente deseaba aprender.

Ettore no cuestionó mi decisión, pero vi en sus ojos esa chispa de orgullo cuando anuncié que comenzaría las clases.

— Tu hermano no está muy contento de que monte a Aquila — comenté, pasando los dedos por la crin del caballo —. Dice que tiene un carácter difícil.

Fiorella sonrió de lado.

— Además de ser *obsesivo* y *posesivo* contigo, mi hermano también es sumamente celoso con Aquila y Furio. Compartirlos debe ser todo un reto para su sanidad.

Reí en voz baja.

— Hablando de la sanidad de Ettore… apuesto a que rompió algo cuando vio la foto de mi nueva lencería de vinilo — dije, divertida.

— ¡Me hubiera encantado ver su cara! — exclamó Fiorella entre risas.

— Me llamó diez segundos después. Todo lo que escuché fue el sonido de un vaso rompiéndose al fondo antes de que colgara.

— ¡Eres mala, sorellina! — se rió mientras entrábamos al establo. Se sacudió la cabeza tratando de recuperar el aliento —. Siempre supe que tenías un lado diabólico, ¡pero esto fue pura crueldad!

— ¿Crueldad? — levanté una ceja y solté la montura de Aquila —. Yo lo llamo estrategia. Además, aprendí de la mejor.

Ella encogió los hombros, como si no fuera ella quien siempre me empujaba a ser buena jugadora y usar mi sensualidad como arma de seducción y control.

— Dime que al menos haces trampa un poco.

Suspiré con exageración.

— Por desgracia, tampoco puedo tocarlo.

Las risas de Fiorella se apagaron de golpe y me miró como si acabara de cometer un crimen de guerra.

— Parece que a alguien aquí le gusta jugar con fuego — dijo mientras me tocaba los hombros y me daba palmadas alentadoras —. Estás comprometida con un Lucchese… un hombre que se alimenta del deseo y la violencia, y decidiste proponerle un desafío de abstinencia sexual… No sé si sentir orgullo o pena.

— Ettore es un hombre de palabra — respondí, ocultando una sonrisa pícara —. Y me gusta ver hasta dónde puede resistir.

Fiorella me estudió por un momento y luego se echó a reír de nuevo.

— Va a explotar antes de la boda. ¡Literalmente!

Encojí los hombros.

— Ese es el plan.

Ella terminó de atarse el pelo en un moño alto y sacó el móvil del bolsillo del pantalón.

— Voy a buscar mi bolso con Marco y traer agua fría. ¿Quieres algo más?

— No, gracias — respondí, todavía cepillando el lomo de Aquila.

Ya estaba a unos pasos cuando se giró de nuevo:

— Cuídate, sorellina.

Le sonreí mientras me concentraba en mi caballo, con el corazón latiendo fuerte ante todo lo que estaba por venir.

El viento de la tarde seguía despeinando mi cabello mientras terminaba de cepillar a Aquila, sintiendo la suavidad de su pelaje oscuro bajo cada pasada. Cuando Fiorella se alejó, el establo quedó inmerso en un silencio tenso. Era uno de esos pocos momentos en que los guardias me daban algo de espacio, permiso que Ettore me concedió tras una discusión agotadora: él me acusó de imprudente, yo lo llamé paranoico.

Al final, alcanzamos un acuerdo: cuando estuviera en la hípica, Marco y Alessandro me darían libertad. Aquella no era una zona cualquiera, era territorio

de *The Arm*, con vigilancia constante y cámaras por doquier. Ettore consideraba que el riesgo era mínimo —solo ingresaban clientes importantes y personal autorizado— y por eso me concedió cierta independencia.

El viento movió mi cabello y sentí una chispa de vida recorrerme. Acaricié una última vez a Aquila cuando unos pasos se filtraron entre las tablas del establo.

Me alerté de inmediato.

Aquello no era el paso tranquilo de un empleado: era pesado, irregular, alguien que intentaba acercarse sin éxito.

Mi respiración se detuvo por un instante, pero no me giré. Primero, verifiqué si estaba segura de lo que escuché. Luego, una voz masculina, cargada de un marcado acento latino, rompió el silencio:

— Lo arruinaste todo...

Mi espalda se tensó.

Aquila resopló, captando la amenaza en el ambiente.

Con calma fingida, guardé la escoba y al mismo tiempo moví mis dedos al interior de la bota, rozando el frío mango de la pequeña navaja dorada que Tommaso me regaló. Tomé el arma y mantuve la mirada fija en la sombra proyectada sobre el suelo.

— Perdón...? — mi voz sonó neutra, intento de disimulo al miedo que me palpitaba en el pecho.

El hombre dio un paso al frente y me giré ligeramente para observarlo. Era alto, corpulento, su rostro surcado por marcas profundas. Del ambiente llegó un olor intenso a alcohol y sudor: agrio, nauseabundo. Pero lo que sacudió mi piel no fue eso.

Fue su mirada.

Oscura.
Intensa.
Obsesiva.

— ¿Por qué te aclaraste el cabello? — inclinó la cabeza, estudiándome como si le hubiese cometido una grave traición — Estabas mucho más hermosa morena.

Aquello no me cuadraba. Nunca lo había visto, pero parecía conocerme.

Calmada, mantuve el gesto sereno.

— Creo que me confundes con otra persona — desvíe la vista, aunque él dio un paso más, obligándome a enfrentarlo.

— ¿Cómo puedes decir eso? — soltó un rictus sin humor — ¿Cómo puedes fingir que no me conoces después de todo lo que hice por ti?

Un mal presentimiento me aferró el pecho.

Mi mente corría.

— No tengo idea de quién seas — respondí, con voz firme.

Los músculos de su mandíbula parecieron temblar.

— ¿Creíste que podías desaparecer después de traicionarme? — bramó, enojado, pero también con un atisbo de dolor — Te casaste con un maldito italiano… ¡Eras mía!

El nudo en mi estómago se apretó con fuerza.

Un hombre latino. Un pasado que no podía ignorar. Algo me hizo recordar la historia de mamma.

— Creo que realmente… me confundiste — repetí, rezando para que todo fuera un error.

Él avanzó. Sentí el peso metálico de la pistola que me apuntaba. Mi escape parecía imposible.

Sabía quién era.

Sebastián Ortega… *El Dragón*… el padrino del Cartel Del Viento.

El hombre al que mi madre le quitó todo.

El hombre que le quitó un hijo.

Sentí la urgencia de correr. De defenderme. Pero estaba atrapada, en medio del establo, sin salida.

Cada segundo contaba. El aire parecía volverse más denso. Y él estaba allí, enfrente, con la mirada fija.

Toqué con fuerza la navaja dentro de mi bota. Estaba lista para lo que viniera.

Pero huir no era una opción.

No cuando sabía que me mataría antes de llegar siquiera a la puerta.

Mi mente trabajaba a toda velocidad, ensamblando cada pieza, cada detalle. La forma en que balanceaba el peso de su cuerpo, la ligera vacilación al sostener el arma, el brillo febril y desquiciado en su mirada.

Estaba alterado.

Intoxicado por su propia obsesión.

Y yo podía usar eso en su contra.

"No titubees. Sé rápida. Si vas a atrapar al enemigo, hazlo antes de que él te atrape a ti."

Las palabras de Ettore resonaron en mi cabeza como un susurro feroz. Igual que el día en que estuve cara a cara con Gutiérrez, comprendí que el verdadero poder no está solo en el arma… sino en la mente. Y en ese momento, necesitaba hacer que Ortega creyera que era el depredador, cuando en realidad, era mi presa.

Mis dedos ya rodeaban el mango de la navaja escondida bajo la manga de mi blusa. Solo necesitaba una oportunidad.

— ¿Crees que soy Rosalia? — murmuré, levantando la vista hacia él con cautela. Mi voz sonó suave, vacilante. Exactamente como quería.

Ortega esbozó una sonrisa repugnante.

— Sé perfectamente quién eres.

Mi corazón latía con fuerza, pero mantuve la expresión neutra. Di un paso hacia adelante, observando su reacción. Ortega no retrocedió.

Perfecto.

— ¿Olvidaste que está muerta? — proseguí, con un tono un poco más firme. — Pagaste a un asesino para que entrara en la mansión Povvi.

Soltó una carcajada áspera, cargada de desprecio.

— Es cierto. Pero no quería matar a esa zorra… Solo capturarla. Si no, ¿cómo iba a vengarme?

La forma en que lo dijo me heló la sangre.

No solo quería matar a mi madre.

Quería… castigarla.

— ¿Qué clase de venganza planeabas? — pregunté, sin perder la compostura. — ¿Matarla no fue suficiente?

Ortega ladeó la cabeza, sus ojos oscuros chispeaban con una locura peligrosa.

— Quería follarme a la hija de esa traidora hasta que dejara de respirar… y luego follármela encima del cadáver de su hija… antes de matarla con mis propias manos.

Un escalofrío me recorrió la columna.

La bilis me subió por la garganta, pero la contuve.

No era momento de ceder al asco, al miedo, ni a la rabia.

— ¿Eso es lo que quieres hacerme ahora? ¿Follarme? — Mi voz cambió entonces. Se volvió sedosa. Provocadora. Una leve sonrisa asomó en la comisura de mis labios. — Para eso no necesitas un arma.

Vi la vacilación en sus ojos. Pequeña, pero suficiente.

— ¿Eres una zorra traidora como tu madre? — entrecerró los ojos. — ¿Qué pasa? ¿Lucchese no sabe cómo follarte como es debido?

Quise arrancarle la lengua con mis propias manos. Pero en lugar de eso, hice lo que sabía que lo desestabilizaría aún más.

Avancé otro paso. Sonriendo. Vi cómo la tensión en sus hombros se disipaba ligeramente, su mirada descendía por mi cuerpo como si ya me hubiera

poseído.

Exactamente lo que quería.

— ¿De verdad quieres saber por qué me decoloré el cabello? — incliné la cabeza de lado, mi voz venenosa un susurro intoxicante. Supo captarme: sus labios se humedecieron, sus ojos se clavaron en los míos, duros pero peligrosamente seductores. — Porque no quería que me confundieran con mi madre. No soy Rosalia. Soy Rosalinda.

Hice una pausa, permitiéndole digerir cada palabra. La forma en que lo dije era justo lo que él anhelaba escuchar: odio.

— ¡Estoy harta de que me comparen con ella!

Ortega soltó una carcajada baja, complacido.

— Me alegra que pienses así, cariño. Entonces, ¿por qué no me das las gracias por haber matado a esa zorra enterrando esa boceta en mi polla?

El odio se encendió en mí como lava, pero por fuera solo esbocé una sonrisa. Humedecí mis labios lentamente, dejando que mis ojos relucieran con una malicia calculada.

Él había caído justo donde quería. Su cuerpo se relajó una fracción, su dedo resbaló apenas del gatillo. Mi oportunidad.

— Tengo una idea mejor, ¿te interesa? — sujeté el mango de la navaja bajo la manga.

Ortega esbozó una sonrisa ladeada.

— Me encantaría…

Entonces me incliné y, al oído, susurré:

— En lugar de sentarme en tu polla… voy a cortarte la maldita garganta.

No le di tiempo a reaccionar. Con un movimiento certero, el filo acarició su cuello, rasgando carne y venas en un solo instante.

El choque se dibujó en su rostro antes del dolor. Sus ojos se abrieron como platos, la boca quedó inmóvil en un gorgoteo sin voz.

La sangre brotó caliente, viscosa, jateando contra el suelo de madera del *picadero*.

Ortega retrocedió tambaleante, la mano temblorosa en su propia garganta, intentando detener lo irreversible. El arma cayó al suelo con un golpe sordo.

Podría haber huido. Tal vez debí hacerlo. Pero no lo hice.

El roce rojizo se aferra a mi piel, caliente y pegajoso. El aroma a hierro llenó el aire, mezclado con mi adrenalina. Y entonces, la rabia lo consumió todo.

Furia.

Odio.

Dolor.

Por mi *mamma*.

Por Ticiano.

Por mis hermanas.

Por mí.

— ¡MUERE, HIJO DE PUTA! — rugí con fuerza, avanzando de nuevo hacia Ortega, la navaja firme en mi mano.

Esta vez el filo buscó su rostro, trazando un surco profundo en su mejilla, abriendo un canal de piel y sangre hasta la mandíbula.

Ortega tropezó, tambaleándose, pero yo no me detuve.

No podía detenerme.

Mi pierna golpeó su muslo con fuerza, haciéndole perder el equilibrio.

Cayó de espaldas al suelo, jadeando, ahogándose en su propia sangre.

Me lancé sobre él.

¡Montón de mierda asqueroso!

Abrí las piernas a ambos lados de su cuerpo, inmovilizándolo. Mis manos se aferraron a su camisa, arrancando los botones con un movimiento brutal.

La navaja brilló bajo la tenue luz del establo antes de hundirse en su piel.

— ¡ESTO ES POR MI *MAMMA*, MALNACIDO! — el filo desgarró su pecho.

Ortega se agitó, sus manos intentaron apartar mi brazo, pero ya no tenía fuerzas.

— ¡ESTO ES POR TICIANO! — otro corte.

Mis propias lágrimas nublaban la vista, pero no me importaba.

— ¡ESTO ES POR MÍ!

Tenía las manos cubiertas de sangre.

El rostro.

Los brazos.

El mundo era una mancha roja palpitante de odio, y no podía parar.

No hasta que sentí una presencia acercándose.

— *Dio mio, Rosalinda!* — la voz de Fiorella retumbó como una bofetada.

Parpadeé, el aire escapando de mis pulmones. La navaja temblaba entre mis dedos. Mi pecho subía y bajaba frenético.

Ortega ya no se movía. La sangre se acumulaba bajo su cuerpo, empapando la tela rasgada de su camisa.

Mi mente daba vueltas, y solo vi la expresión horrorizada de Fiorella cuando me giré hacia ella. Dio un paso más y se agachó frente a mí, pero cuando moví las manos para apartarla, la sangre salpicó el bajo de su blusa, haciéndola retroceder.

Fiorella tuvo que apoyar las manos en el suelo para no caer, pero se levantó de golpe cuando sus dedos resbalaron por el charco de sangre de Ortega en el suelo del establo.

— *Merda… ¡Merda!* — Negó con la cabeza, su respiración entrecortada. Sus ojos se clavaron en los míos, grandes y desbordados de miedo. — ¡No te muevas, joder!

Y entonces, se dio la vuelta y salió corriendo.

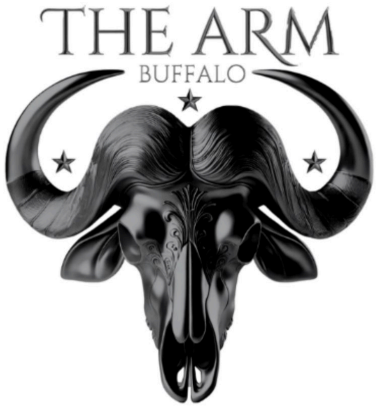
Yo seguía jadeando, temblando, sentada sobre el cuerpo sin vida de Ortega, con los dedos aferrados aún a la navaja.

Mi mente zumbaba con una única verdad: lo había matado.

Ettore siempre decía que dudaba.

Pero esa vez, no dudé.

Y fue la mejor sensación del mundo.



CAPÍTULO 53

ETTORE

El nombre de Rosalinda aún resonaba en la voz chillona de Fiorella cuando mis pies ya se movían por instinto. La puerta del despacho se abrió de golpe al empujarla con fuerza, la madera retumbando contra la pared.

Salí disparado por los pasillos del picadero, cada célula de mi cuerpo palpitando con urgencia, cada latido de mi corazón vibrando como un tambor de guerra en el pecho. Fiorella corría delante, sus pasos rápidos, tropezando con su propia angustia, mientras Tommaso me seguía de cerca.

Cuando la entrada de los establos apareció ante mí, mis ojos se clavaron de inmediato en Marco y Alessandro. Estaban de pie frente a la puerta, inmóviles, como si montaran guardia.

¿Por qué?

Mi visión se nubló por un segundo.

No. No. No.

Ni siquiera se miraban entre ellos, los rostros tensos, serios, como si supieran algo que yo no. Como si estuvieran protegiendo algo ahí dentro. O a alguien.

Pasé junto a los dos soldados de un empujón, dejándolos atrás sin importarme si estaban preparados para detenerme.

Y entonces la vi.

Rosalinda estaba arrodillada sobre un cuerpo. Su rostro, su pelo, su ropa... todo teñido de rojo.

La sangre brillaba bajo la tenue luz del establo, chorreaba de sus dedos, formaba un charco denso alrededor del cadáver. El olor metálico se incrustó en mis pulmones, un recordatorio brutal de que, fuera lo que fuese que había ocurrido ahí... ya estaba terminado.

Estaba viva.

Mi corazón casi estalló con esa certeza.

Pero no era solo eso.

No parecía herida.

La navaja dorada aún temblaba en su mano.

Reconocí el objeto al instante. Un regalo de Tommaso, que detesté desde el primer momento, pero que prefería antes que una maldita pistola. Ahora, contemplando la escena ante mí, ya no estaba tan seguro de haber hecho lo correcto.

Durante un instante, me quedé simplemente ahí, observando.

Mi *Bella Rosa*... la mujer a la que juré amar y proteger. Su expresión estaba distante, como si estuviera atrapada entre el presente y el instante exacto en que clavó la hoja en ese hijo de puta.

No era la primera vez que mataba a un hombre.

Pero esta vez... no sabía si eso la había roto.

O si la había fortalecido.

Quería arrancarla de ese suelo.

Abrazarla.

Mandar el mundo entero a la mierda y llevármela de allí.

Pero no lo haría.

Necesitaba enfrentarse a lo que había hecho. No huir.

Lo entendía mejor que nadie.

La primera vez que matas, aún te asusta.

La segunda, aprendes a aceptarlo.

Y después... empiezas a disfrutarlo.

Me acerqué despacio.

— Dime qué ha pasado, *amore*...

— Ortega... — Parpadeó lentamente, como si regresara de un trance.

Mi mente procesó el nombre como un rayo.

Sebastián Ortega. *El Dragón*. El hombre con el que estaba hablando por teléfono segundos antes de que Fiorella apareciera llorando.

No tenía ningún sentido.

Pero antes de que pudiera decir nada, Tommaso entró en el establo detrás de mí. Su mirada se posó sobre la escena, y le oí contener la respiración.

— *Cazzo...* — murmuró, los ojos moviéndose rápidamente entre Rosalinda y el cuerpo en el suelo.

Sus pasos resonaron cuando se acercó, inclinándose sobre el cadáver. El silencio fue cortado por otra maldición, cargada de incredulidad.

Se giró hacia mí, el rostro descompuesto:

— Estamos jodidos, Ettore.

— ¿Qué? — Ya estaba en tensión, pero la forma en que Tommaso lo dijo hizo que algo aún peor se instalara en mi pecho.

No necesitó más que un segundo para soltar la bomba:

— Es el puto Martin Santino. — Señaló el cuerpo, el ceño fruncido. Mi mente estalló. Rosalinda se congeló. — ¡El hijo del diablo!

El nombre cayó como una maldición.

Un sabor amargo me subió por la garganta.

Mi mirada volvió al hombre tirado en el suelo, la garganta y el rostro desgarrados, el pecho cubierto de laceraciones.

El heredero de Don Alejandro Santino.

El hombre que algún día lideraría el Cártel de Los Santinos.

Y estaba muerto. En mi territorio. A manos de mi mujer.

Santa mierda.

El silencio en el establo era asfixiante. El único sonido que se oía era la respiración entrecortada de Rosalinda, aún en shock, y los murmullos de Tommaso, que mascullaba algo inaudible.

Me ardían las manos por sacar a mi mujer de allí cuanto antes, pero antes... necesitaba saberlo todo. Entender cómo coño Martin Santino había acabado ahí y por qué lo había matado. Porque la escena que teníamos delante dejaba claro que no fue solo defensa propia. Fue ataque. Brutal. Lleno de rabia.

Entonces, algo en medio del charco de sangre llamó mi atención:
Una pistola. Negra. Compacta. El brillo metálico del silenciador.

El arma de Martin Santino.

Me agaché, extendiendo la mano y recogiendo el objeto frío entre los dedos. El olor a pólvora aún impregnaba el metal, como si acabara de ser ensamblada.

Mis ojos se movieron hacia Rosalinda, y luego hacia la navaja dorada, aún manchada de sangre, en su mano.

Nunca tuvo la oportunidad de disparar.

Mi mujer no dudó. Justo como yo le enseñé.

Una sensación oscura se extendió por mi pecho y volví a mirar el arma en mi mano, girándola lentamente entre los dedos. Martin vino armado para llevarse a mi mujer. Pero el que saldría de allí en una bolsa negra sería ese cabrón.

— Fue él. — Rosalinda se incorporó, cerrando la navaja con un chasquido metálico antes de esconderla de nuevo en su bota. Sus ojos estaban más enfocados ahora, como si hubiera despertado de un limbo.

Tenía sangre en la piel, en los mechones platinados del pelo, en los pliegues de la blusa. Pero no era suya. Y eso debería tranquilizarme. Sin embargo, lo que sentí fue un maldito nudo apretándome el pecho.

— ¿De qué estás hablando? — mi voz salió grave, controlada, pero con una urgencia latente.

Ella inspiró hondo, sus ojos clavándose en los míos cuando volví a ponerme de pie.

— Al principio, creyó que yo era mamma. — La confesión salió lenta, cargada de algo que me erizó la nuca. — Estaba borracho, y parecía obsesionado. Dijo que ella lo traicionó y huyó.

Mis puños se cerraron con fuerza.

Rosalinda continuó:

— También admitió haber enviado a alguien a la mansión Povvi... — Su mirada se desvió hacia el cadáver en el suelo. — Que su intención era capturarnos a las dos y vengarse. Por eso supuse que era Ortega.

El suelo de madera bajo mis pies pareció temblar. Pero antes de que pudiera procesar el peso de esa mierda, Tommaso ya se movía.

— Voy a llamar al equipo de limpieza... tenemos que actuar rápido. — Su expresión era una mezcla de confusión y rabia mientras marcaba en su móvil.

Mi mente giraba, reevaluando cada detalle de aquella situación de mierda.

La sangre me hervía en las venas.

La adrenalina aún latía en el cuerpo de Rosalinda. Sus hombros estaban tensos, pero las manos ya no le temblaban. Había algo diferente en su mirada. No era shock. Ni miedo. Era furia.

No aguanté más. Sin poder contenerme, la atraje hacia mí.

— ¿Estás herida? — Mi voz salió más baja, ronca. Mis brazos la envolvieron con fuerza, aplastándola contra mi pecho. — *Cazzo…*

Mis dedos se deslizaron por su rostro, apartando un mechón manchado de sangre.

Rosalinda no reaccionó al principio. Pero entonces, su mano se aferró a la parte trasera de mi camisa, como si necesitara absorber mi presencia, y escondió la cara contra mi pecho.

Era una escena familiar, pero completamente distinta.
Cuando mató a Gutierrez, la saqué de allí lo más rápido posible. Esta vez, la dejé en el lugar para que entendiera que había cruzado una nueva línea. Y se acostumbrara a ello.

— He cometido un error, ¿verdad? — Su voz salió ahogada contra mi pecho.

Mi mandíbula se tensó.

— Has honrado a la *famiglia*. — Besé la parte superior de su cabeza, sintiendo la sangre en su pelo mojarme los labios. — Una vez más.

Mi mirada se alzó hacia Tommaso, que seguía hablando por teléfono, dando instrucciones rápidas al equipo de limpieza. Marco y Alessandro mantenían una postura rígida en la puerta, atentos a cualquier movimiento. Fiorella seguía en silencio, sentada sobre un bloque de heno, observándolo todo.

Aún no sabía cómo coño íbamos a salir de esa. Pero una cosa era segura: La guerra que *papà* intentó evitar... estaba a punto de llamar a nuestra puerta.

Y yo no daría ni un solo paso atrás.

¡Ni de coña!

*****

"'El enemigo de mi enemigo es mi amigo.'

Nunca creí en esa mierda. Pero hay otro dicho que, junto a ese, encaja perfectamente en lo que necesito ahora:

'Si no puedes vencerlo, únete a él.'

La *cosa nostra* nunca ha sido de mezclarse con extranjeros. Lo hacíamos solo por necesidad, estableciendo acuerdos de no intervención. Manteníamos nuestros negocios internos sin atraer atención de las autoridades y, sobre todo, respetábamos la discreción.

Pero Alejandro Santino no respetó una mierda.

Él cruzó nuestras fronteras. Invadió el territorio de The Arm y desmanteló la *famiglia* al ordenar el asesinato de dos de los nuestros, de manera sucia y cobarde. Como la rata que es.

El cabrón no declaró la guerra. Atacó en la sombra. Y como si eso no bastara, volvió a Buffalo, caminó entre nuestros muertos, nos miró a los ojos. Se mezcló con nuestro dolor y se ofreció para proteger a Rosalinda.

La rabia quemaba dentro de mí como una brasa viva.

El infierno sería un paraíso para ese maldito. Pero no me importaría mandarlo allí cuanto antes.

El problema es que la reputación de Santino no es casualidad. Ese hombre no es solo un nombre temido. Es una leyenda viva. Mi papá lo sabe. La Comisión lo sabe. Y por eso, nadie se atreve a desafiarlo.

El silencio pesaba en el despacho de la mansión Lucchese cuando terminé de contar toda la verdad sobre la implicación de Martin Santino en la muerte de Ticiano y Rosalia.

Tommaso y yo estábamos de pie frente al *Don*, esperando su respuesta.

La mierda ya estaba hecha. Ahora tenemos que decidir cómo limpiar este desastre.

Nestore Lucchese siempre fue un hombre rígido, forjado por su propia sangre y la tradición. Un líder que pone el honor de la *famiglia* por encima de todo.

Pero bajo esa impasibilidad, vi algo más: orgullo.

Él no lo dirá en voz alta, pero está orgulloso de mi elección. Sabe que Rosalinda no es solo alguien que porta el nombre Lucchese, sino que ha probado su valor. Comenzó a hacerse un lugar en la *famiglia*. Una mujer digna de un Don. No tengo dudas de que pronto la iniciará como Sorella d'Omertà. La primera en toda la historia de The Arm. Una de las pocas en toda la *cosa nostra*.

Pero ese orgullo no cambia lo inevitable: matar a Alejandro Santino traerá consecuencias. Lo sé. Me importa una mierda.

— La Comisión nunca aprobaría esta vendetta — dijo Don Lucchese al fin, firme pero sin convicción.

Porque en el fondo sabe qué debe hacerse.

Rosalinda mató a Martin y, aunque eliminamos todas las pruebas, incluso el cuerpo, su desaparición tarde o temprano hará que Santino empiece a mover sus hilos en busca de su único heredero.

Debido a su adicción al juego y problemas de dinero con la hípica, hace unos meses el padrino del Cartel Los Santinos conectaría la desaparición de su hijo con *The Arm.*

La guerra con los mexicanos es inminente.

— No estoy pidiendo permiso a las *Cinque Famiglie* — mis ojos nunca se apartaron de los suyos. Mi mandíbula se tensó. — Estoy harto de dormir con un ojo abierto y el otro cerrado, con el riesgo de que se lleven a mi mujer o la maten.

Papá me devolvió la mirada en silencio.

Tommaso apenas respiraba.

Yo ya tomé mi decisión, y nadie me hará cambiar de idea.

— ¡Que se joda! — apoyé las manos sobre la mesa sintiendo la rabia hervir. — Voy a matar a ese viejo.

— ¿Y cómo piensas hacerlo, *figlio*?

— El enemigo de mi enemigo es mi amigo.

*****

La mansión Povvi estaba en silencio cuando cerré la puerta del dormitorio de Rosalinda tras de mí. El cansancio pesaba sobre mis hombros, pero mi mente aún ardía. Necesité un momento para respirar hondo antes de avanzar hacia la cama.

Lúcifer alzó la cabeza al verme, sus ojos brillando en la penumbra antes de volver a relajarse junto al lecho. Rosalinda dormía de lado, los mechones

platino extendidos sobre la almohada, su cuerpo menudo envuelto en una sábana fina.

El pecho se me encogió. Parecía tan frágil ahí, tan inocente... pero yo sabía que mi *Bella Rosa* no era ni una cosa ni la otra.

Solté un suspiro y empecé a desvestirme, quitándome cada prenda hasta quedarme solo en bóxer. El peso de la noche seguía sobre mí, pero en ese momento, nada más importaba.

Solo ella.

Solo nosotros.

Me deslicé bajo la sábana y la rodeé con un brazo firme por la cintura, atrayéndola hacia mí. El calor de su cuerpo se fundió con el mío al instante. Rosalinda se acurrucó contra mí, dejando escapar un suspiro dormido. Sus piernas se entrelazaron con las mías y hundí el rostro en la curva de su cuello, inhalando su aroma, grabando su presencia en lo más profundo de mi alma.

La estreché con más fuerza. Besé su hombro, su clavícula, la piel cálida de su cuello. Como si mi vida dependiera de ello. Como si solo su sabor pudiera mantenerme entero.

Se removió ligeramente y abrió los ojos, somnolienta y preocupada.

—¿Qué ha pasado? —su voz salió ronca, sus dedos acariciando mi barba, sujetando mi rostro entre sus manos.

Cerré los ojos un instante, absorbiendo su contacto.

—¿Cómo te sientes? —murmuré contra sus labios.

Parpadeó, reflexionando la pregunta.

—Extrañamente… aliviada —respondió con lentitud, pero sin dudar.

—¿Aliviada? —me alejé un poco para mirarla mejor.

Asintió, sus ojos escudriñando mi rostro como si buscara una señal de que estaba bien sentirse así.

—Nunca imaginé que sería con mis propias manos que vengaría la muerte de mis padres… pero así ha sido. Y por muy raro que suene, me siento… fuerte

—su voz era firme, cargada de algo que me llenó de orgullo—. He descubierto que soy capaz de protegerme. Y de luchar por los que amo.

Deslicé el dorso de los dedos por su rostro, delineando su mejilla, sus labios. Pero entonces su expresión cambió.

—Al mismo tiempo… tengo miedo.

—¿De qué? —mi mano se detuvo.

—De las consecuencias —desvió la mirada un instante antes de volver a mí—. De lo que mis actos pueden acarrear a la *famiglia*.

Suspiré y la atraje aún más, deslizando la palma por la curva de su espalda.

—Todo irá bien —mis labios rozaron su frente—. Ahora es tu turno de dejar que el futuro Don cargue con un poco del peso, ¿hmm? Si no, *papà* empezará a replantearse pasar el Trono a ti.

Rosalinda abrió los ojos, sorprendida, antes de soltar una risa baja.

—Sería un gran honor para la *famiglia* —bromeó, alzando una ceja.

Solté un gruñido divertido.

—Ni de coña.

Rió más, sus ojos brillando mientras pasaba los dedos por mi barba.

—¿Tienes miedo de perder ante una mujer, Lucchese?

—No te tengo miedo, *amore* —mi mirada se volvió felina. Mi mano se deslizó hasta su nuca, atrayéndola hasta que nuestros labios casi se rozaron.

—¿No?

—No. Porque tú no eres solo una mujer.

—¿Y qué soy entonces? —sus ojos se oscurecieron.

—Eres *mi* mujer.

Rosalinda contuvo la respiración.

Deslicé los labios sobre los suyos, sintiéndola derretirse contra mí.

—Y ha llegado el momento de cumplir con mi jodida promesa.

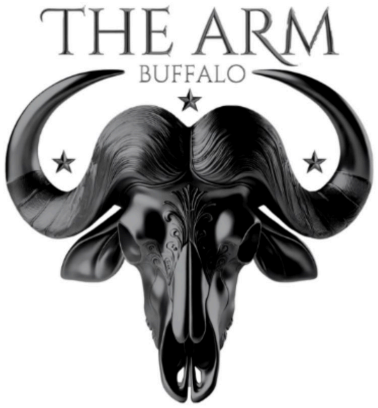
Parpadeó, confundida.

—¿Qué promesa?

La miré a los ojos, mi voz salió en un susurro sombrío contra sus labios:

—Que incendiaría el mundo, si hace falta, para proteger a mis chicas Povvi.

Y empezaría por Guadalajara.



CAPÍTULO 54

ROSALINDA

El mundo se redujo al sonido del motor del SUV blindado y al peso de la mirada de Ettore sobre mí. La reunión estaba programada en Laredo, al sur de Texas, pegado a la frontera con Nuevo Laredo, México.

Territorio neutral.

Pero eso no significaba seguro.

El Dragón no era un nombre que inspirara confianza, ni siquiera ahora que estábamos a punto de sentarnos en la misma mesa. Sin embargo, si había alguien que deseaba ver a Alejandro Santino muerto tanto como nosotros, era él.

Aun así, eso no reducía el riesgo.

Destroyer, un asociado de la *famiglia* GoodFellas de San Diego, había organizado un perímetro con francotiradores. Ante cualquier indicio de emboscada, la ciudad vería cuerpos caer antes de que alguien reaccionara.

Pero yo no debería estar allí. A Ettore le disgustó esa parte. Vi en su mirada la duda, en sus labios tensos el deseo de mandar a Sebastián Ortega a la mierda y cancelar la reunión antes de que empezara. Pero mi presencia fue la única condición impuesta por el hombre.

Él casi renunció. Pero yo lo animé. Si el precio por contar con un aliado lo suficientemente fuerte para destruir al Cartel Los Santinos era estar allí, estaba dispuesta a pagarlo.

— Hemos llegado —dijo Tommaso desde el asiento delantero.

Mi corazón latió fuerte mientras el SUV frenaba, deteniéndose junto a la acera. Marco y Alessandro estaban alerta, listos para cualquier mierda.

Salimos en silencio. Primero Ettore y Tommaso. Luego yo y los guardias.

La heladería era pequeña, discreta, con unas pocas mesas al aire libre. El calor de la tarde texana era sofocante, pero el hielo recorriendo mi espalda era aún más profundo.

Sebastián Ortega estaba sentado solo en una mesa, exactamente según lo acordado. Frente a él, un ramo de rosas rojas reposaba sobre la madera. La señal de que este era el lugar.

Parecía tranquilo, casi casual, con una camisa de lino oscura y mangas remangadas hasta los antebrazos. El cabello castaño, con mechas grises en las sienes. Su rostro, marcado por el tiempo, pero sus ojos… oscuros como la noche, fijos en mí incluso antes de acercarme, imposibles de interpretar.

Ettore y Tommaso fueron los primeros en acercarse. Ortega se levantó para saludarlos. Formal. Tenso.

Observaba cada detalle, cada gesto, cada tensión.

¿Por qué me quería allí?

Solo había dos sillas libres. Ortega señaló una para Ettore, en un gesto silencioso de invitación. Pero no hizo lo mismo para Tommaso. Antes de que quien fuera pudiera intervenir, la mirada de El Dragón se fijó en mí.

El aire pareció hacerse denso. Su mirada era intensa, feroz. Un escalofrío recorrió mi piel, aunque no sabía si era miedo o algo más.

Entonces habló:

— Ven a tu padre, hija mía —Su voz grave sonó con su acento.

Los ojos de Ettore se entrecerraron en pura furia.

La tensión giraba a mi alrededor como un alambre de púas, apretando, sofocando. El mundo a nuestro lado parecía irrelevante. Solo importaba él, con sus ojos clavados en mí.

¿Mi padre?

El impacto de esas palabras todavía reverberaba dentro de mí, pero antes de que pudiera procesarlo, Ettore se levantó de golpe, arrastrando la silla de un tirón.

— ¿Qué carajo es esto? —gruñó, cada fibra de su cuerpo emanando amenaza.

Sebastián Ortega levantó la mano, como calmando a un animal iracundo.

— Exigí su presencia por una razón. ¿No tienen curiosidad por saberla?

Tommaso se mantuvo en silencio junto a Ettore, aunque sus ojos eran fríos y calculadores. Sabía que había mierda en el aire.

— Ettore... —murmuré, mi voz tan calmada como antes, no porque me sintiera segura, sino porque intentaba impedir que él convirtiera esta reunión en un baño de sangre.

Ortega sonrió con ironía, como complacido por mi intervención.

— Vamos… —inclinó la cabeza, sus ojos aún en mí antes de deslizarse hacia Ettore—. He permanecido en silencio años, respetando mi promesa a Rosalia. Fue usted quien invadió mi territorio y desenterró el pasado, Lucchese.

El nombre de mi madre salió de sus labios y me estremeció. Una sombra de recuerdo pasó en los ojos de Ortega, peligrosa e indecible.

— Si tocas un sólo dedo de ella, esta reunión se convertirá en homicidio —Ettore se inclinó sobre la mesa, el maxilar apretado.

Para mi sorpresa, Ortega se rió. No se burló; su risa resultó profunda, auténtica, como si le divirtiera.

— Me alegra saber que mi yerno es tan superprotector.

La palabra "yerno" cayó con un placer evidente, como un provocador golpe directo.

— Tiene mi palabra, Lucchese. No tocaré a Rosalinda sin su permiso.

Ettore se tensó, su cuerpo temblando al borde de explotar.

— Y la mía —gruñó, cada sílaba una amenaza goteando veneno.

Ortega arqueó una ceja, pensativo, y asintió pausadamente.

— Y la suya —concedió—, por supuesto.

Volvió a mirarme, diseccionando mi expresión y postura.

— Ven, acércate, niña. Siéntate aquí —señaló la silla vacía a su lado.

Ettore no se movió, pero la tensión que emanaba de su cuerpo era palpable. Tommaso permanecía en silencio, aunque sus ojos estaban clavados en Ortega como si lo desafiara a hacer un solo movimiento en falso.

Me acerqué despacio y arrastré la silla junto a Ettore antes de sentarme frente a Ortega. Me observó con algo que pudo ser satisfacción, acomodándose en su asiento, y con un gesto casual levantó la mano para llamar a la camarera.

La chica vino sin titubear, como si ya esperara la orden. Sus movimientos eran rápidos y eficientes, y no pude evitar notar un leve temblor en sus dedos cuando sacó un sobre marrón de su delantal y se lo entregó a Ortega antes de apartarse.

Él tomó el sobre y lo colocó sobre la mesa, golpeándolo suavemente con la punta de los dedos antes de deslizar la mirada hacia mí.

— Iré al grano —su voz era neutral, pero cargada de algo que no supe definir—. Prueba de ADN, confirmando mi paternidad.

Mi respiración se enredó cuando extendió el sobre en mi dirección.

¿Cómo consiguió mi ADN?

— Podemos repetirlo, si lo desea —añadió, como si realmente no le importara mi aceptación inmediata—. También tengo el acta de mi matrimonio con Rosalia Pérez. Fue una boda secreta, justo cuando cumplió dieciocho años... Santino no podía enterarse o la habría matado.

Un zumbido llenó mi mente.

El estómago se me revolvió.

La idea de tocar ese sobre me hacía temblar. Pero antes de que pudiera decidir, Ettore lo agarró. Con movimientos rápidos y precisos, abrió el contenido y comenzó a revisar los documentos. Su mandíbula estaba tensa, los ojos duros mientras hojeaba cada hoja.

No pude articular palabra.

¿Mi madre… estuvo casada con Sebastián Ortega?

Ettore me había explicado que mi madre fue espía de Don Alejandro. Que pasó casi cuatro años en la finca de *El Dragón*, enviando información al Cartel Los Santinos.

Ortega mantuvo la mirada firme, pero hubo algo en sus ojos que me erizó la piel.

— También hay algunas cartas que Rosalia me envió después de huir de México —dijo, entrelazando los dedos sobre la mesa—. Fue así como me enteré de tu existencia, hija.

Mi boca se abrió un segundo y luego se cerró.

— ¿Siguieron en contacto? —mi voz fue más débil de lo que deseaba.

Él negó suavemente, con una sombra de tristeza apenas visible.

— La última carta fue para informarme del matrimonio con Ticiano Povvi. Ella me pedía perdón por haberse enamorado de otro hombre después de todo lo que vivimos... después de todo lo que hice para protegerla. Pero rogaba que la dejara ir.

El apretón de Ettore sobre los papeles se intensificó.

— ¿Y tú aceptaste eso? —su tono mezclaba escepticismo y desprecio.

— ¿Qué podía hacer? —Ortega soltó una risa sin alegría—. ¿Forzarla a volver conmigo? No soy ese tipo de hombre.

— No lo entiendo... —moví la cabeza desvía, intentando encajar cada pieza.

La mirada de Ortega se fijó en mí, paciente, firme.

Pero no necesitaba respuestas suyas ahora.

— Me dijiste que mi madre fue espía de Alejandro Santino. Que vivió años en tu finca pasando información al cartel... —miré a Ettore, pero él permanecía en silencio, procesando la misma historia.

— ¿Quieres la verdad? Aquí está —Ortega rompió el silencio, su voz grave y cortante—. Alejandro Santino envió a Rosalia a mi finca para que me espiara y me informara. Pero no tardé en descubrirlo.

— ¿Cómo lo supiste? —mi voz sonaba ronca.

— Porque ese hijo de puta de Martin… estaba obsesionado con ella y la acosaba dentro de mi territorio. La protegí de ser violada por ese cabrón… y ella juró lealtad a mí.

Mis manos apretaron la tela del pantalón.

— ¿Y la información? —La voz de Ettore era tan afilada que sonaba a acusación—.

— Solo di lo que quería que Santino supiera —respondió Ortega, esbozando una media sonrisa sin humor—.

— Usaste el arma de tu enemigo contra él mismo —dije, sorprendiéndome a mí misma.

Ortega me devolvió la mirada directamente.

— Y a cambio, la protegí de Martin y de cualquier hombre que intentara tocarla sin consentimiento.

— ¿Y se enamoraron? —dije, sin poder creer lo que escuchaba, aturdida por la mezcla de tantas verdades.

— Con la convivencia, sí. — Deslizó los dedos sobre la madera de la mesa. — Pero lo mantuvimos en secreto para que Alejandro no lo descubriera. Aún no tenía el poder suficiente para enfrentar una guerra contra él. Y ese viejo demonio jamás habría permitido que se quedara conmigo. La habría matado a la primera oportunidad por escupir en la mano que la alimentó.
Traición.
Mamma traicionó a Santino por amor a Ortega.

— Permitiste que Rosalia huyera conmigo —la voz de Ettore sonó contundente.
No fue una pregunta. Fue una afirmación.

El Dragón no mostró ninguna reacción más allá de su propia autoconfianza.

— Nada ocurre en mis tierras sin que yo lo sepa, Lucchese. Si saliste de allí con vida, fue porque yo lo permití. — Soltó un suspiro cargado. — Quería a Rosalia fuera de ese mundo. Por más que la amara... no teníamos futuro juntos mientras no fuera más poderoso que Don Alejandro... Y era solo cuestión de tiempo hasta que descubriera su traición. Dejarla marchar no fue una elección fácil, pero sí necesaria.

— ¿Y tu hijo? — Ettore no parecía convencido de esa versión romántica del pasado de *mamma*. — Rosalia lo mató. Era tu único heredero.

— Ese bastardo era un cabrón adicto a la coca... jamás habría sido digno de mi legado. — Su tono rebosaba desprecio. — Te secuestró sin que yo lo supiera. Rosalia me hizo un favor matándolo.

Y por lo que sabíamos de los informes, *El Dragón* no había tenido más hijos.

Amó a *mamma*...

Sabía de mí todo el tiempo...

Ettore mantuvo el rostro frío, los ojos oscuros clavados en Ortega como si intentara arrancarle más verdades. El calor asfixiante de Laredo ya era insoportable, pero nada comparado con el peso de las palabras que soltó mi prometido:

— Hay algo que aún no entiendo. — Su voz fue firme, contenida. — En el entierro de Tici y Rosalia, Don Alejandro estuvo presente. Quería llevarse a Rosalinda, alegando que quería protegerla de quienes querían matarla. Ya sabía desde hacía años que no era hija de nuestro *Consigliere*. Dijo que tenía conexiones con Guadalajara... Incluso llegué a pensar que era hija de Martin.

Miré a Ettore, con el pecho apretado de forma casi dolorosa. Nunca me había contado eso.

No sabía qué verdad sería peor: ser hija de Sebastián Ortega o de Martin Santino. Pero si algo podía consolarme, era que al menos no había matado a mi verdadero padre en ese establo, sino al monstruo que llevó su obsesión por *mamma* hasta las últimas consecuencias.

La náusea me subió por la garganta y tuve que obligarme a respirar hondo.

— Martin nunca la poseyó. — Sebastián Ortega se recostó en la silla, apoyando un brazo en el respaldo y entrecerrando los ojos hacia Ettore. — Tal vez por eso su obsesión con Rosalia empeoraba cada vez más. En su mente enferma, ella era suya y lo amaba. Pero Rosalia no estuvo con nadie antes de mí. Y después... se casó con otro.

Se me revolvieron las entrañas. La simple mención de algo así hizo que la piel se me erizara con un escalofrío. Pero Ortega no apartó la mirada, ni retrocedió ante la furia contenida de Ettore.

— Pero tienes razón, Lucchese... Don Alejandro supo de lo nuestro en cuanto se enteró de que ella estaba embarazada.

Sentí el peso de la mirada de Ettore sobre mí, como si quisiera evaluar mi reacción antes de continuar.

— ¿Cómo lo descubrió? — pregunté, la tensión latiendo en mi voz.

— Al perder a su única informante cuando se la llevaron a América... — Se encogió de hombros, como si no hiciera falta decir más.

— Se las arregló para infiltrar a otra persona —completé, con el cuerpo estremeciéndose de pies a cabeza.

Ortega asintió lentamente, sus ojos oscuros como un pozo sin fondo.

— Alguien que tuvo acceso a las cartas.

Ettore apoyó ambas manos con fuerza sobre la mesa, los nudillos blancos, el autocontrol colgando de un hilo.

— Santino dejó claro que sabía quién había matado a Rosalia y Ticiano, pero dijo que esa persona solo moriría cuando y si le convenía. — Su mirada

ardía contra Ortega. — El cabrón hablaba de su propio hijo, pero por lo que dijo Gutierrez, deduje que eras tú.

Ortega permaneció imperturbable, aunque una sombra oscura cruzó su rostro.

— Gutierrez era el perro más leal de Santino. — Su tono helado rebosaba desprecio. — Fue él quien se infiltró en mi finca.

Ettore se humedeció los labios antes de soltar una risa seca y sin humor.

— Aun así, Don Alejandro no tocó a Rosalia en veinte años —dijo con razón.

Mamma traicionó al Cartel Los Santinos, huyó de México, se casó con Ticiano Povvi, me tuvo a mí, a las gemelas, y vivió en paz durante dos décadas. Y Don Alejandro nunca la castigó. ¿Por qué?

Había un peso enorme tras esa decisión, pero la respuesta llegó con la voz grave de Ortega:

— Porque teníamos un acuerdo. A cambio de que dejara vivir a Rosalia, yo renunciaría a disputar los territorios y no le arrancaría la cabeza a Martin.

— ¿Qué? — Abrí los ojos de par en par, sin poder reaccionar.

Sebastián *El Dragón* Ortega lo había dejado todo.

Poder, territorio, venganza, amor...

Por *mamma*.

Por mí.

El pecho se me encogió, la respiración se atascó en la garganta.

El hombre frente a nosotros era uno de los capos más temidos del crimen organizado en México, conocido por su frialdad y brutalidad… Pero se había arrodillado ante un enemigo para garantizarle a la mujer que amaba una oportunidad de vivir, incluso habiéndola dejado ir… incluso renunciando a su propia hija.

La sangre me retumbaba en los oídos.

Las manos, frías.

El peso de toda la verdad me golpeaba como una sucesión de puñetazos en el estómago.

Ettore soltó una risa baja, sin pizca de humor, como si finalmente hubiese entendido algo que le venía carcomiendo desde hacía tiempo.

— Con la muerte de Rosalia a manos de Martin, Santino sabía que el acuerdo llegaría a su fin. — Me miró de reojo antes de volver a clavar los ojos en Ortega. — Por eso intentó llevarse a Rosalinda… como garantía de que tú no se volverías contra él.

Don Alejandro nunca quiso protegerme.

Quiso usarme.

Yo no era más que un tratado de paz firmado con sangre.

La rabia me recorrió como una brasa incandescente.

Ortega, sin embargo, esbozó una leve sonrisa amarga.

— Y ese fue el error que lo condenó.

Hizo un gesto discreto con la mano para llamar a la camarera otra vez. La joven desapareció en el interior del local y volvió poco después con una tablet entre las manos. Se la entregó a Ortega con una expresión tensa y se alejó de inmediato.

— Durante estas dos décadas, quien decidió cuándo y cómo Don Alejandro Santino dejaría este mundo… fui yo. — Empujó el aparato sobre la mesa hasta dejarlo frente a mí. — Este es tu regalo de bodas, hija mía.

Mis ojos se clavaron en la pantalla.

Toqué el botón de reproducción y el vídeo comenzó.

La imagen temblaba un poco, pero era clara. Demasiado clara.

Don Alejandro Santino estaba de rodillas en el suelo de una habitación oscura. Sus ojos hundidos, la ropa manchada de sangre, el rostro demacrado. Sostenía una pistola apuntada a su propia sien. Una voz masculina, fuera de cámara, soltó una orden en español. El viejo demonio tembló, pero apretó la

mandíbula. Sus dedos se afirmaron en la empuñadura del arma. El sudor le corría por la frente.

Y entonces, sin dudar… apretó el gatillo.

El estruendo retumbó en el vídeo y su cabeza se echó hacia atrás antes de que su cuerpo cayese al suelo, inerte.

Me llevé la mano a la boca.

El impacto me recorrió como un rayo.

Pero no era el final.

La siguiente escena mostraba una gran propiedad. Las llamas lo consumían todo. Las estructuras ardían como si el infierno se hubiese desatado allí mismo.

El imperio de Don Alejandro Santino estaba siendo devorado por el fuego.

— Mientras conversábamos, el Cartel Los Santinos fue reducido a cenizas. — Sebastián Ortega se reclinó en la silla, observando mi reacción. — A partir de ahora, todo lo que pertenecía a Don Alejandro… me pertenece. Y en el futuro, le pertenecerá a mi única heredera.

Su voz era baja, pero su poder llenaba cada rincón.

Se puso de pie, ajustándose los puños de la camisa con un chasquido de dedos. Luego miró a Ettore, que seguía en silencio, con el rostro cerrado.

— Pero esa… es una conversación para otro momento. — Esbozó una media sonrisa calculada. — Por desgracia, no podré asistir a la boda.

El silencio que siguió fue ensordecedor.

Sebastián Ortega nos lanzó una última mirada antes de girarse para marcharse.

— Pero esperaré la invitación para el bautizo de mi primer nieto.



CAPÍTULO 55

ETTORE

El rugido del motor cortaba la noche mientras el coche deslizaba por las calles de Buffalo, llevándome directo a lo que consideraba la mayor pérdida de tiempo de mi vida.

— Odio esta idea — resoplé, los ojos fijos en la carretera mientras Tommaso conducía, una sonrisa canalla firmemente plantada en la cara.

— Te va a gustar, fratello.

— Lo dudo muchísimo.

— ¡Cazzo, Ettore! — se rió. — Estás tan amargado sin foder que pareces un viejo gruñón.

El hijo de puta no estaba equivocado. Hacía más de una semana que no veía a Rosalinda, y eso me estaba matando lenta y cruelmente.

Además del desafío de abstinencia sexual, en el que ninguno de los dos quería perder… mi noiva tuvo la brillante idea de que solo nos viéramos el día de la boda. Y yo, un fodido del caralho, acepté.

Después de todo el caos que precedió a las últimas semanas de nuestro noviazgo, entendí que Rosalinda necesitaba un tiempo para recluirse en su zona

de confort, sin la intensidad que yo siempre traía conmigo—por el peso de mi apellido y el cargo que ocupaba en la famiglia.

Ella estaba muy reflexiva desde que regresamos de Texas. Desde que descubrió que era hija de Sebastián *El Dragón* Ortega. Y como si eso no fuera suficientemente increíble, el hombre dejó clarísimo su intención de permanecer en su vida… y lo que más me ponía nervioso sobre el futuro: su intención de convertir a Rosalinda en la heredera del Cartel Del Viento.

Pero no quería pensar en eso antes de tiempo.

Lo importante era que todas las amenazas habían sido neutralizadas, la *Vendetta* ejecutada con maestría y el equilibrio restaurado en la famiglia.

Y ahí estaba yo. Con abstinencia de mi propia mujer y siendo arrastrado a una porra de despedida de soltero que no quería.

— Si me metes en una sala llena de vadias semidesnudas, te acabo con la raza, Tommy.

Estaba al límite, y solo no invadiría la mansión Povvi esa noche porque mi boda era a la mañana siguiente. Y entonces… Rosalinda finalmente sería mi esposa.

— Sin vadias, lo juro — levantó una mano, pero no pudo evitar reír. — Solo uísque, puros y póker.

Suspiré pesadamente, rindiéndome. Después de todo, necesitábamos relajarnos un poco. Él también. Había hecho mucho por mí y por la *The Arm* desde que Tici nos dejó.

Pensar en Ticiano era un cóctel de emociones encontradas. Fue mi mejor amigo, alguien que consideraba un hermano y amaba como carne de mi carne. Pero también fue un padre de mierda para Rosalinda, y la dejó sobre mis hombros cuando ella aún era adolescente, por puro celoso… como si la chica fuera un consuelo, un premio de consolación por no haberme casado con Rosalia.

Tici era un idiota. Pero aun así lo extrañaba a la puta.

— ¡Llegamos! — Tommaso frenó frente a la *Peccato*, y bajamos, dejando el coche al valet.

Lorenzo nos esperaba en la entrada, pero el maldito mal pudo contener una sonrisa al verme. Eso me enojó.

— ¿Qué puta mierda están tramando?

— Relájate, *Underboss*. — Tommaso me puso un brazo por encima de los hombros, guiándome al interior de la bolera. — Solo te estamos dando una última noche de libertad antes de que la alianza pese en el dedo.

— ¡Vete a foder, Tommy!

Pasamos por la zona VIP y entramos al ascensor privado que llevaba al sótano de la *Peccato*. Ese era mi territorio. Mi lugar seguro. Pero igual...

— No me gusta esto — mascullé desconfiado.

— ¿Puedes calmarte, coño? Nadie aquí va a meterte una bala en la cabeza. — Tommy abrió la puerta de una de las salas privadas y me empujó dentro. — Es solo una puta sorpresa.

Al instante, mis instintos se activaron.

— ¿Qué puta mierda es esta, Tommaso?

La sala estaba vacía.

— Yo… no sé. — Se rascó la nuca, claramente desconcertado. — Se suponía que todo estuviera listo. Voy a verificar con Lorenzo, vuelvo enseguida.

El maldito desapareció por la puerta, dejándome solo.

Y entonces, las malditas luces se apagaron.

El lugar se sumió en la penumbra, salvo por una única luz roja al fondo, que proyectaba sombras distorsionadas en las paredes.

Mi cuerpo se tensó, los sentidos alerta.

Estaba a un segundo de sacar mi arma del coldre oculto en la cintura, cuando una silueta femenina emergió de la oscuridad.

Y entonces… las orejitas de conejo revelaron que llevaba máscara.

— ¿Listo para tu despedida de soltero, señor Lucchese?

Mi polla se puso dura al instante.

La voz de ella... ¡Mi puta mujer!

— ¿Qué mierda haces aquí, Bella Rosa? — di un paso al frente, la respiración atrapada en el pecho.

— Dándote exactamente lo que quieres. — Se acercó y, a pesar de la penumbra y de la máscara, sabía que estaba sonriendo.

Ese sonrisa torcida y peligrosa que siempre me hacía arrodillar.

Mis ojos recorrieron su cuerpo, la luz roja resaltando el brillo del vinilo ceñido a cada curva. El corsé negro realzaba sus senos, y las putas medias de red… ¡Dio mio!

Avancé.

Ella retrocedió.

Un paso a la vez, como una cacería silenciosa.

— ¿Esto es un secuestro? — Mi voz salió más ronca de lo que me habría gustado.

— Si quieres que lo sea. — Alzó el mentón. Desafiante.

Me acerqué hasta que no quedó espacio entre nosotros. Deslicé las manos por sus muslos, sintiendo el calor de su piel bajo la fina tela de las medias.

— ¿Sabes lo que le pasa a quien provoca a un hombre peligroso, Bella Rosa?

Su mirada ardía.

— ¿Que me folla hasta que olvido cómo me llamo?

¡Cazzo!

Le agarré la nuca y la besé.

Mi lengua se abrió paso en su boca, tomando posesión de cada rincón, saboreando jodidamente la nostalgia, su sabor, todo lo que no había podido

tener en esta última semana.

Ella gimió contra mis labios.

Mis manos apretaron su cadera, sus músculos se tensaron cuando la levanté en brazos y la empotré contra la pared.

Rosalinda sonrió contra mi boca, los ojos brillando con puro desafío.

— Cásate conmigo primero, Ettore.

Mi polla latía dolorosamente dentro del pantalón.

Entonces solté una risa baja, oscura.

— Estás completamente jodida, Bella Rosa.

Mi risa grave aún flotaba en el aire cuando Rosalinda hizo lo inesperado.

— Suéltame. Ahora. — El tono autoritario me golpeó como un puñetazo en el estómago.

Mi mente tardó un segundo en procesar esa exigencia, y el efecto fue como un cubo de agua helada escurriendo por mi cuerpo.

— ¿Qué coj…?

— ¿Estás dispuesto a perder el desafío? — Su mirada chispeaba bajo la luz roja, cada palabra destilando veneno y deseo. — ¿Te pondrás un collar y harás todo lo que yo diga durante una noche entera?

Mis manos seguían clavadas en sus muslos, la erección empujando contra su vientre. Sabía exactamente lo que estaba haciendo.

Jugaba sucio.

Me provocaba hasta el límite.

Y yo no pensaba perder contra ella.

Gruñendo de frustración, la solté. Mis músculos protestaron con el gesto, como si mi propia piel se negara a no tenerla pegada a mí.

Ella dio un paso atrás, con esa jodida máscara de conejita aún ocultando parte de su rostro, pero no su satisfacción.

— ¿Qué has planeado para esta noche? — Me pasé la mano por la barba, intentando controlar la irritación y la frustración. — ¿Torturarme? ¿Atarme? ¿Cortarme la polla?

Su sonrisa fue lenta, depredadora.

Rosalinda ladeó la cabeza, estudiando mi expresión con un placer cruel.

— Qué buenas ideas. Pero vamos a empezar por lo básico... — Señaló el sofá de cuero en el centro de la sala. — Siéntate.

Mi mandíbula se tensó, pero obedecí. Me dejé caer en el sofá, abriendo las piernas en una invitación silenciosa, los ojos devorando con hambre cada centímetro de aquella maldita provocadora.

— ¿Conoces las reglas de la casa, señor Lucchese? — Rosalinda alzó un dedo, fingiendo inocencia. — Se puede mirar, pero no tocar.

— Quieres matarme, amore mio. — Reí, negando con la cabeza.

— Sin reglas, no hay juego.

¡Cazzo!

Rosalinda se apartó y, antes de que pudiera protestar, un golpe grave llenó la sala. El sonido sensual del bajo hizo que mis músculos se tensaran.

Mis ojos siguieron cada movimiento mientras empezaba a bailar.

Lenta.

Sensual.

Sus caderas se mecían, las manos deslizándose por su propio cuerpo cubierto por ese vinilo ajustado que parecía haber sido cosido directamente a su piel.

— Sé que me has echado de menos... — Su voz era veneno en el aire, tan adictiva como el mismísimo infierno.

La máscara de conejita lo hacía todo aún más erótico.

No respondí.

No podía.

Estaba demasiado ocupado intentando controlar mi instinto de arrastrarla a mi regazo y arrancarle esa lencería con los dientes.

Se giró hacia mí. Recorrió su cuerpo con las manos, despacio, hasta llegar a las caderas.

— Hace más de una semana que no me tocas, Ettore... — Mordió su labio inferior, la provocación sucia en la mirada. — ¿No lo echas de menos?

Mis pantalones ya eran un puto suplicio.

No solo lo echaba de menos. Me estaba pudriendo por dentro.

Se arrodilló frente a mí, sus dedos hábiles alcanzando mis tobillos. Me quitó los zapatos. Luego los calcetines. Sus caricias eran suaves, pero deliberadamente crueles.

Entonces alzó la mirada, aún de rodillas. Y su voz cayó sobre mí como un pecado:

— ¿Harías cualquier cosa por tener ahora mismo mi boca en tu polla?

Solté un gruñido bajo, mi paciencia yéndose al carajo.

Pero no podía tocarla.

Me dolía la mandíbula de tanto apretar los dientes.

Se incorporó de nuevo, sus dedos rozando los botones de mi camisa.

— Me encanta cómo te queda esta camisa, Ettore... — Su voz era pura provocación, sus uñas arañando suavemente la tela antes de desabotonar el primero. — Pero me gustas mucho más sin ella.

Cada botón que se abría hacía que mi polla latiera aún más fuerte. Apartó la camisa de mis hombros, dejándome solo con los pantalones.

— Mucho mejor... — Rosalinda se lamió los labios, sus ojos hambrientos recorriendo cada centímetro de mi torso.

Y entonces, sin previo aviso... Se sentó en mi regazo.

Mis manos se movieron por instinto, pero antes de que pudiera agarrarla, Rosalinda sujetó mis muñecas y las empujó contra el respaldo del sofá.

— Si rompes las reglas... paro.

— Eres cruel, amore mio. — Mi respiración temblaba.

— ¡Soy tu infierno!

Dio mio.

Y entonces empezó a moverse.

Su cuerpo ondulaba sobre el mío.

Deslizándose.

Torturando.

El maldito vinilo contra el tejido de mis pantalones creaba una fricción absurda, aumentando la presión, haciendo que todo fuera más jodido e insoportable.

Mis manos temblaban de rabia, frustración y un deseo salvaje.

— Ojalá fuera mi coño el que te estuviera devorando ahora mismo... — susurró Rosalinda contra mi oído. — Sintiendo cómo te abres paso dentro de mí... bien profundo.

Solté un gruñido de pura desesperación.

Ella rió, moviendo las caderas con más fuerza, con un ritmo más marcado.

— ¿Sabes cuál es mi mayor placer?

Mi respiración era entrecortada, la cabeza cayendo hacia atrás.

— Verte desesperado por mí.

Mis uñas se clavaron en el cuero del sofá.

No iba a aguantar.

¡Iba a perder, joder!

Se frotó con más fuerza.

Mi polla estaba más dura de lo que debería ser humanamente posible.

— Estás taaaan duro... — Su lengua recorrió el lóbulo de mi oreja, provocando una oleada de calor en el centro de mi cuerpo. — Apuesto a que te duele... Así de excitado y sin poder follarme.

— Estás jugando con fuego, Bella Rosa...

Rosalinda arqueó la espalda, sus pechos duros contra mi pecho, sus uñas clavadas en mis hombros mientras se frotaba aún más fuerte, aún más rápido. Todo mi cuerpo estaba en tensión, el placer tan insoportable que mi cerebro ya no respondía.

Y entonces, susurró la sentencia final:

— Qué pena que solo podrás tenerme... cuando seas oficialmente mi marido.

El orgasmo me golpeó sin aviso.

Mi cabeza cayó hacia atrás y un gemido ronco me desgarró la garganta mientras las sacudidas de placer estremecían mi cuerpo y la puta corrida explotaba dentro de mis pantalones.

¡La maldita me hizo correrme como un puto adolescente!

Rosalinda solo observó, una sonrisa maliciosa curvando sus labios antes de deslizar un dedo por mi mandíbula, su aliento cálido contra mi piel.

— Parece que L'Uomo Nero ha perdido el control...

Lenta y provocadora, se apartó de mi regazo, moviéndose con la sensualidad de quien acaba de ganar una partida sucia. La máscara de conejita aún cubría parte de su rostro, pero la sonrisa canalla en sus labios no dejaba lugar a dudas: estaba saboreando cada segundo de su victoria.

— ¿Te has divertido? — Mi pecho subía y bajaba con lentitud, mi autocontrol colgando de un hilo.

Soltó una risa baja. Un sonido dulce y pecaminoso.

— Mucho.

— Bien. — Me levanté despacio, ajustándome los pantalones todavía húmedos, con los ojos fijos en su nuca. Mi pecho vibró con una risa seca. — No tienes ni idea de lo que te espera en nuestra noche de bodas.

Finalmente, se giró. Se quedó ahí un momento, mirándome, como si intentara medir hasta dónde llegaba el peligro en mi voz.

— ¿Vas a hacer que pague por esto? — Entonces mordió su labio inferior. — No puedo esperar...

La sonrisa en sus labios era una invitación a la perdición. Pensé que se iría, satisfecha con su victoria. Pero entonces hizo lo inesperado:

— Aún tengo una última sorpresa para ti.

Entrecerré los ojos.

— Ya he tenido suficientes sorpresas por hoy, Bella Rosa.

Ella soltó una risa suave, ladeando la cabeza mientras evaluaba mi expresión.

— Solo confía en mí. Siéntate y observa. Al final, valdrá la pena.

La forma en que lo dijo hizo que cediera. Mi cuerpo seguía tenso, los pantalones marcados por mi propia corrida, la frustración ardiendo en mis venas... Pero algo dentro de mí sabía que Rosalinda siempre ofrecía más de lo que prometía.

— Más te vale que esto sea realmente bueno... — bufé y me dejé caer de nuevo en el sofá.

— No tienes ni idea de lo que te espera... — El ritmo sensual de una nueva canción llenó el ambiente.

Y entonces, empezó a desnudarse.

El tiempo pareció ralentizarse cuando Rosalinda se quitó las sandalias de tacón y me las lanzó, sin prisas, manteniendo una distancia segura. Luego vinieron las medias de red, deslizándose por sus piernas, dejando al descubierto cada centímetro de piel, cada curva que yo conocía mejor que nadie.

Se me secó la boca cuando alcanzó el cierre del corsé de vinilo. Sus dedos soltaron la prenda ajustada, revelando toda la perfección que yo idolatraba. Mis ojos recorrieron cada centímetro expuesto de su piel, y mi polla, aún sensible y dolorida, respondió de inmediato.

La máscara fue lo último en caer. Rosalinda la retiró lentamente, dejando que el accesorio se deslizara por sus dedos antes de lanzarlo a mi lado.

Después, recogió su melena en una coleta alta y caminó hasta la barra de pole dance en el centro de la sala.

Contuve la respiración cuando mi prometida agarró el metal frío, inclinó la cabeza hacia mí y susurró:

— ¿Recuerdas la primera vez que me viste bailar?

Mis dedos se clavaron en el cuero del sofá.

¡Claro que me acordaba!

Cada detalle.

Cada movimiento.

Cada latido jodido de mi corazón en ese instante.

Rosalinda se subió a la barra con la misma destreza que yo recordaba.

Su cuerpo se deslizaba como si estuviera hecho para eso, la piel desnuda brillando bajo la penumbra roja. El cabello recogido resaltaba su cuello largo, los hombros definidos, la curva perfecta de su espalda al arquearla, abriendo las piernas en el aire y girando suavemente.

Se movía con una confianza brutal.

Su cuerpo giraba alrededor del poste, los músculos tensándose con cada flexión, los pechos al aire balanceándose suavemente, las braguitas de encaje rojo cubriendo casi nada.

Estaba hipnotizado.

Cada ondulación de sus caderas, cada sacudida de pelo, cada roce de sus muslos contra el metal hacía que mi polla palpitara como si no hubiese sufrido bastante y ahora rogara por alivio.

Mi pecho subía y bajaba pesadamente.

Y entonces... la música llegó a su fin.

Las luces se encendieron, y el aire desapareció de mis pulmones.

Rosalinda estaba de pie frente a mí.

Y lo vi.

Las braguitas rojas.

Las mismas que yo había elegido en aquel cajón.

Las mismas que le ayudé a ponerse de rodillas.

Pero lo que congeló mi corazón fue el pequeño bulto en su vientre. No era mucho. Tal vez otro no lo habría notado. Pero yo conocía cada centímetro del cuerpo de mi mujer. Podría dibujarlo con los ojos cerrados. Y eso significaba algo.

Me levanté de un salto, crucé la distancia entre nosotros y levanté a Rosalinda en brazos, suspendiéndola en el aire. Su espalda chocó suavemente contra el poste, sus pechos ahora a la altura de mi rostro.

Mi boca atrapó uno de sus pezones, succionando con fuerza solo para oírla jadear. La mantuve suspendida mientras la miraba a los ojos, como si el mundo alrededor ya no importara, solo ese nuevo descubrimiento.

— ¿Es eso? — Mi voz salió baja, ronca.

Ella mordió su labio inferior, los ojos brillando de emoción.

— Sí.

Tragué saliva.

— ¿Desde cuándo lo sabes?

— Desde hace poco más de una semana... — susurró. — Quería estar segura antes de decírtelo.

La abracé más fuerte.

— Joder... — Respiré hondo. — ¡Voy a ser padre!

Rosalinda asintió, una sonrisa temblorosa en los labios.

— Sí. ¡Vas a serlo!

Cerré los ojos un momento, dejando que la verdad me invadiera. Mi corazón latía con tanta fuerza que parecía a punto de estallar.

Dio!

La deposité con cuidado en el suelo, mis manos deslizándose hasta su vientre. Lo acaricié con suavidad, sintiendo ese pequeño abultamiento bajo mis dedos, y entonces me arrodillé frente a ella.

Mis labios rozaron su piel en un beso largo. Y luego, sin poder contener la emoción, rodeé su cintura con los brazos y apoyé mi rostro contra su vientre.

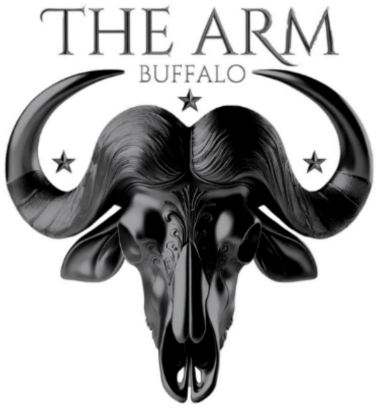
— *Grazie, amore*. — Mi voz era un susurro. — Por hacerme el hombre más feliz del mundo.

Sus dedos se deslizaron por mi cabello, y cuando levanté la vista, vi lágrimas silenciosas cayendo por su rostro.

— ¡Ettore! — jadeó sorprendida cuando volví a alzarla en brazos.

— A la mierda el reto. — Mi tono fue firme, pero lleno de amor. La apreté contra mi pecho. — Nada me impedirá dormir abrazado a mi mujer embarazada esta noche.

Y nada, ni nadie, podría quitarme eso.



EPÍLOGO

ROSALINDA

El murmullo de las voces en la iglesia se desvaneció en el instante en que el sonido del órgano llenó el ambiente.

Mi respiración se detuvo.

Las puertas se abrieron, y la luz dorada invadió la nave central como un presagio silencioso.

Luci fue el primero en entrar, llevando una rosa roja entre los dientes. Su porte era impecable, resultado de días de paciencia y entrenamiento. El dóberman parecía una pintura renacentista y, por un instante, estuve a punto de reír al imaginar lo que habría dicho Ticiano Povvi al ver a un perro encabezando mi cortejo.

Después, Allegra y Arianna aparecieron, esparciendo pétalos rojos a su paso. Las gemelas estaban encantadoras con sus vestidos delicados, pero sus sonrisas traviesas delataban que, pese a la apariencia angelical, seguían siendo las mismas pequeñas gamberras de siempre.

El perfume de las flores se mezclaba con el incienso que ardía en los altares laterales, impregnando el aire con una esencia sagrada. Todo era perfecto. Tal y como lo había soñado. Una ceremonia sencilla. Íntima. Sin ostentación, solo con la presencia de quienes realmente importaban.

Ettore me esperaba junto al altar.

Parecía una visión intocable, con el traje impecable, los hombros anchos, el rostro marcado por la intensidad de quien siempre supo lo que quería. Pero fue su mirada la que me robó el aliento. Esa mirada de posesión absoluta. De amor brutal e irrevocable.

Di un paso al frente. Y entonces, sentí el peso de la ausencia.
Había elegido entrar sola. No quería que nadie ocupara un espacio que siempre debió haber sido de Ticiano.

Pero a medida que mis pies pisaban la alfombra que me conducía al altar, no pude evitar imaginar cómo sería si él estuviera allí. Si, a pesar de todos sus errores, me llevara del brazo, guiándome hasta Ettore.

Independientemente de todo, Ticiano Povvi fue mi *papà*. Y ahora, mientras caminaba hacia mi futuro, me preguntaba si estaría orgulloso de mí. Si sería feliz al verme llevar la reliquia familiar que me regaló en mi último cumpleaños.

Si *mamma* estaría sonriendo, al ver a su hija vestir el mismo vestido que ella usó en el día de su propia boda. El encaje había sido ajustado para que nadie notara la pequeña curva que empezaba a formarse en mi vientre.

El embarazo aún era un secreto. Solo unos pocos lo sabían.

Mis ojos vagaron hasta el altar. Don Nestore Lucchese estaba cerca de Ettore, su presencia imponente sellando el momento con un orgullo silencioso. Tommaso y Fiorella estaban entre los padrinos de mi prometido. Bibiana y Sabino, a mi lado.

Entonces, mi mirada se desvió hacia un banco vacío.

Sebastián Ortega había dicho que no vendría a la boda. Pero mencionó el bautizo del primer nieto. Y la pregunta que rondaba en mi mente desde entonces era si yo estaba preparada para permitir que formara parte de mi vida.

Negué con la cabeza, apartando las preguntas aún sin respuesta.

Hoy no se trataba del pasado.

Hoy se trataba de Ettore, de mí, y de nuestro futuro.

El mundo a mi alrededor se desvaneció cuando mi futuro esposo me alcanzó frente al altar.

— ¿Listo para decir "sí", *L'Uomo Nero*? — mi voz fue baja, pero cargada de certeza.

La comisura de sus labios se curvó en una sonrisa lenta y posesiva.

— Por ti, siempre. *Bella Rosa*.

Tomó mi mano entre las suyas. Pero entonces, sus ojos bajaron hasta mi palma. Su pulgar acarició mi piel con ternura distraída, hasta detenerse sobre un corte fino en mi dedo. Luego, sus dedos recorrieron el contorno de las pequeñas marcas de quemaduras en mi piel.

Un destello de comprensión cruzó sus ojos de lince.

No preguntó.

Porque lo sabía.

Y entonces, sonrió.

*****

El juramento

El cielo aún era un manto negro salpicado de estrellas cuando Marco y Alessandro me condujeron hasta la mansión Lucchese.

La ciudad dormía, pero dentro de mí, todo estaba despierto.

Sabía exactamente lo que estaba a punto de suceder.

Los nervios se entrelazaban con una extraña sensación de certeza.

Atravesamos los portones de hierro en completo silencio. El viento cortante de la madrugada se colaba bajo el abrigo, erizando mi piel.

Tommaso ya nos esperaba en la entrada. Su rostro quedaba medio oculto por la penumbra, pero su postura rígida dejaba claro que aquello no era un mero formalismo.

No pronunció palabra. Solo asintió con la cabeza, y los tres hombres me guiaron hacia el interior.

Las paredes de la mansión Lucchese parecían aún más imponentes bajo la luz temblorosa de los candelabros encendidos. Cada detalle del mobiliario llevaba el peso de una historia que yo apenas empezaba a comprender.

El despacho del *Don* se encontraba al final de un largo pasillo.

Mi corazón golpeaba con fuerza contra las costillas cuando Tommaso abrió la puerta.

Don Nestore estaba allí.

El líder de la *famiglia*.

El padre de Ettore.

El hombre que, con una sola palabra, podía aceptarme… o rechazarme.

Se levantó lentamente de su sillón de cuero, sus ojos analizándome de arriba abajo con atención.

— *Sei perché sei qui, figliola?* —Su voz sonó como un trueno apagado en mitad de la madrugada.

Lo sabía. Pero aun así, mi garganta se cerró.

— *Sì, Don Nestore.*

Sus ojos se entrecerraron ligeramente, como si midiera la firmeza de mi respuesta.

Tommaso, Marco y Alessandro tomaron posición alrededor de la sala. Eran los testigos. El ritual requería tres hombres de confianza del *Don* para validar el juramento.

— Dime, Rosalinda… —dio un paso al frente, su presencia imponiéndose—. ¿Qué significa pertenecer a *la nostra famiglia*?

Respiré hondo. Mis dedos estaban fríos, pero mi voz no titubeó:

— Lealtad por encima de la vida. Sangre antes que ley. Justicia antes que misericordia. Significa honor, *Don Nestore*.

El silencio que siguió pesó como plomo. Luego, él asintió lentamente.

— ¿Y aceptas convertirte en una *Sorella D'Omertà*?

La pregunta flotó en el aire.

La respuesta ya vivía en mi interior.

— *Sì.*

Don Nestore giró el anillo de sello en su dedo anular.

Tommaso sacó del bolsillo un pequeño folleto con la imagen de *Santa Rosalia*.

Conocía esa imagen. Mi madre la llevaba colgada de un hilo de oro al cuello. Ettore me dijo una vez que era una tradición siciliana.

Don Nestore tomó una navaja plateada y la abrió con un clic suave. Después, sujetó mi mano derecha con firmeza. Sus ojos clavados en los míos mientras la hoja deslizaba un corte en la yema de mi dedo anular. Pequeño, pero lo bastante profundo para que la sangre empezara a brotar.

El folleto de *Santa Rosalia* fue colocado sobre mi palma abierta. El papel se tiñó de rojo

— *Il sangue ti lega alla nostra famiglia.* —Su voz era baja, pero cargada de significado—. *Ora il fuoco sigillerà la tua promessa.*

El mechero se encendió. La llama besó el papel, y el fuego lo consumió con rapidez. El calor se esparció de inmediato, quemando mi piel.

Pero no temblé.

No retrocedí.

No cerré la mano para ahogar las llamas.

Soportaría.

El dolor era solo un recordatorio del precio de la lealtad.

Los ojos del *Don* permanecieron fijos en mí, evaluando mi resistencia mientras las cenizas de la imagen sagrada se mezclaban con mi sangre.

Mi pecho subía y bajaba con respiraciones medidas.

Cuando la última brasa se extinguió, él tomó mi mano, observó la quemadura y, finalmente, asintió.

— *Se tradirò, brucerò come questo santo.*

Mi voz fue firme:

— *Se tradirò, brucerò come questo santo.*

El fuego y la sangre sellaban el pacto.

Ahora pertenecía a la *famiglia*.

Marco y Alessandro sonrieron. Tommaso simplemente asintió, como si siempre hubiese sabido que ese era el único desenlace posible.

Don Nestore alzó su mano derecha. El anillo de sello brilló bajo la luz tenue del despacho.

Incliné la cabeza y me arrodillé ante él, llevando sus dedos a mis labios y depositando un beso silencioso sobre el anillo que sellaba su autoridad sobre mí.

Respeto.

Sumisión.

Lealtad.

Cuando alcé la mirada, *Don Nestore* sonrió.

— *Benvenuta, figlia.*